DE LA AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

ELLE KENNEDY



El MÉTODO CHARLIE

wonderbooks

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Carta
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Texto
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Chat
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Texto
Capítulo 31
Capítulo 32
Texto
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Chat
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Sms
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Chat
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Epílogo
Texto

Capítulo extra
Agradecimientos de la autora
Sobre la autora

Elle Kennedy

El método Charlie

Traducción de
Andrea Arroyo Valverde

wonderbooks

Este libro está dedicado a todas las personas a las que se les da muy muy mal tomar decisiones.

CAPÍTULO 1

CHARLOTTE



Podría decirse que llevo una doble vida

Nunca te enrolles con jugadores de fútbol en un coche.

Eso es lo que siempre me decía mi madre.

Vale, mentira. Nunca dijo nada por el estilo. Pero es completamente cierto que mi madre no aprobaría lo que estoy haciendo ahora mismo.

O, mejor dicho, a la persona con quien estoy a punto de hacerlo.

Isaac Grant mide dos metros, es corpulento y apenas cabe en el asiento delantero de su coche. Es un deportivo, por supuesto. Un Porsche 911 cupé plateado que me hizo relamerme los labios cuando entré en el aparcamiento trasero del centro de ancianos de Hastings y lo vi aparcado. Es un coche tan *sexy* que me estremezco solo de verlo.

O quizá es Isaac quien me estremece; su lengua explora mi boca y me provoca con movimientos lentos y hábiles. Besa muy bien. Mientras tanto, mueve los dedos dentro de mí. Eso también se le da bien. Curva los dos dedos para rozar mi punto sensible, y el torrente de placer resultante me obliga a apretarle la mano.

—Mmm, nena —gime contra mis labios—. Me muero por sentir cómo me aprietas la polla.

Una oleada de deseo me atraviesa. Me pone muchísimo que me digan guarradas. Mis músculos internos se contraen con sus palabras

perversas, como si intentaran capturar sus dedos dentro de mí. Isaac deja escapar otro gemido estrangulado, plagado de necesidad. Me froto contra él de forma descarada, pero no parece importarle mi absoluta falta de control.

Comienza a besarme el cuello. Se me pone la piel de gallina, y me recorre una oleada de escalofríos cuando lo siento contra mi muslo. Un pene largo y duro, que parece no tener fin, lo que confirma la teoría de mi mejor amiga, Faith, de que el tamaño de las manos de un hombre está directamente relacionado con el tamaño de su polla.

Hablando de Faith… Estoy a unos diez segundos de un orgasmo desenfrenado cuando su tono de llamada suena a través de la niebla de jadeos que invade el asiento delantero.

—Mierda —murmuro mientras detengo mis movimientos de cadera.

—No lo cojas —susurra Isaac en respuesta.

—Tengo que hacerlo.

Con gran pesar, me inclino hacia el asiento del pasajero, donde dejé el teléfono.

Faith Grierson es la única persona que conoce mi paradero actual. La única persona que está al tanto de los encuentros clandestinos en los que me gusta participar de vez en cuando. Sí, podría haber quedado con Isaac esta noche sin decírselo a nadie y ahorrarme los comentarios amables que recibiré luego, pero por si acaso se esconde un asesino tras su máscara de receptor estrella del equipo de fútbol, es mejor que Faith sepa dónde estoy. Ella no me juzgará.

—Nooo —se queja Isaac cuando agarro el teléfono con los dedos.

—Lo siento. Puede que sea una emergencia. —Me llevo el móvil al oído—. Hola, ¿qué pasa?

—Perdón por interrumpir, pero al parecer esta noche tenemos una reunión para hablar de la Gala de Presidentas.

—No, qué va. Es mañana.

—Bueno, verás, Charlotte —responde Faith con su característico tono seco—, yo sé que es mañana, y tú sabes que es mañana, pero ¿quién no sabe que es mañana y ha decidido engañar a toda la casa para que crea que nosotras nos equivocamos?

—Maldita Agatha —refunfuño.

—Maldita Agatha —confirma. Su risa resuena en mi oído—. Le dije que estás de camino, así que mejor ven cagando leches si no quieres que mañana te suelte una bronca de dos horas.

—Uf. Voy enseguida. Gracias por el aviso.

Cuelgo y maldigo en voz baja. Agatha Buckley-Ellis suele hacer estas chorradas. La presidenta de Delta Pi, una hermandad de la Universidad de Briar, es incapaz de admitir que se equivoca o que ha cometido un error. Para disimular, se mete en un lío tan profundo que es un milagro que no salga por otro estado.

Sin lugar a dudas, la reunión era mañana. Mi agenda no es el salvaje oeste: no entra absolutamente nada sin su debida confirmación. Probablemente no es algo de lo que debería presumir, pero tengo una obsesión enfermiza con mi agenda.

Además, nunca nos reunimos los viernes por la noche. Todo el mundo sabe que la mano derecha de Agatha, Sherise, tiene cita fija los viernes por la noche en la peluquería de Hastings para retocarse las canas. Sherise afirma que empezaron a salirle canas en las sienes en cuarto de secundaria (al parecer, las canas prematuras son algo común en las mujeres de su familia), pero Faith y yo creemos que es por Agatha. La presidenta de nuestra hermandad puede causar un estrés descomunal.

—Lo siento mucho —le digo a Isaac—. Me olvidé por completo de que tengo una reunión importante.

—¿Eres una empresaria de alto nivel?

—No, pero estoy en el consejo administrativo de Delta Pi, así que tengo que asistir.

Isaac me mira fijamente. Echo un vistazo hacia abajo y veo que su erección se está deshinchando; aunque incluso así, sigue siendo impresionante.

—¿Estás bien? —pregunto mientras me bajo de su regazo. El asiento del pasajero tampoco es muy ancho que digamos, pero consigo volver a ponerme la ropa interior blanca de encaje y alisarme los pliegues de la falda sobre los muslos.

El jugador de fútbol sentado a mi lado sigue observándome.

—Quiero que seas sincera conmigo.

—¿De acuerdo? —Me peino el pelo con los dedos antes de colocármelo detrás de las orejas.

—¿Te doy asco?

—Perdona, ¿qué?

—¿Te doy asco? —repite con los dientes apretados. Las venas de su antebrazo se hinchan mientras se frota el puente de la nariz. Está claro que esto le resulta doloroso.

—Isaac… hasta hace un momento, tenías los dedos dentro de mí —le recuerdo.

—Sí, y ahora huyes. ¿Es porque no he conseguido que te corrieras?

¡Oh, Dios mío! Sé que reírme no es lo apropiado en esta situación, pero cada vez me cuesta más contenerme. Contengo una risa en la garganta que exige ser liberada.

—¿Es por eso? —insiste.

—No. —Utilizo el tono más certero que puedo adoptar—. Iba a correrme en segundos, lo prometo.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena. Simplemente, había olvidado que tengo una reunión en casa esta noche.

Como si ni siquiera hubiera hablado, pregunta:

—¿No soy atractivo?

Lo miro boquiabierta.

—Eres Isaac Grant.

—Ya, bueno, eso creía yo también. Por lo general, atraigo a las chicas sin siquiera intentarlo. Entro en una habitación y hay como cinco mil mujeres dispuestas a acompañarme a casa. Pero, de repente, aparece una a la que no le gusto, y me suelta de sopetón: «Espera, ¿estás coqueteando conmigo? Lo siento, tengo planes, hasta otra». —Gime, indignado—. ¡Creía que era Isaac Grant!

—Oh, cariño. ¿Alguien te hace dudar de quién eres?

—No.

Obviamente, está mintiendo. El ejemplo que ha puesto es muy específico.

Extiendo el brazo por encima de la consola central y le doy una palmadita en su enorme bíceps.

—Quienquiera que sea, no se merece este conflicto mental. —Señalo su cuerpo ancho y musculoso con la mano—. Eres un dios. Tu cuerpo es… —Se me nubla la vista por un segundo y me inclino como si fuera a besarlo, pero de pronto caigo en la cuenta de lo que estoy haciendo y salgo de mi ensoñación—. Créeme. Estás cañón. Y tu juego de dedos es espectacular. Olvídate de esa chica.

Sus labios se curvan en una sonrisa esperanzada.

—¿Tengo que olvidarme de ti también?

—¿Eh?

—Es lo que dijiste ayer delante del Coffee Hut, ¿recuerdas? Que nos veríamos esta noche y luego olvidaríamos lo que había pasado.

—Disimularíamos lo que había pasado —corrijo.

Es la frase que suelo ofrecer a mis ligues. «Si nos cruzamos en el campus, haz como si no nos conociéramos». Lo último que necesito es un puñado de hombres embelesados que se me acerquen para hablar de nuestra aventura de una noche, cuando estoy con las puritanas de la hermandad Delta Pi.

Aunque, si soy sincera, la última persona con la que esperaba enrollarme era Isaac Grant. Cuando comenzó a coquetear conmigo ayer en la cafetería del campus, pensaba ignorarlo. Sin embargo, me conquistó. Todavía no sé cómo. El tío no tiene nada de qué preocuparse en cuanto a sus habilidades para encandilar a la gente, eso seguro.

—Técnicamente, esto no cuenta como un lío —dice mientras mueve las cejas—. Porque ninguno de los dos ha terminado.

—Puede, pero esta era mi única noche libre de las próximas semanas, así que… —Me inclino y lo beso en la mejilla—. Ya seguiremos. Y si no, ha sido un placer conocerte. Pero, de verdad, tengo que irme.

—Ten cuidado con el coche.

—Lo tendré.

Salgo de su Porsche y corro hacia el sedán de segunda mano que me regaló mi hermana Ava cuando se graduó en Briar, hace cuatro años. Toda mi familia ha estudiado en esta universidad. Mi madre es una institución en Delta Pi, por eso no tuve más remedio que entrar en esa hermandad el primer curso. Por mí, no sería de ninguna. O,

por lo menos, habría escogido una más divertida. En cambio, me veo obligada a volver corriendo a casa desde Hastings porque nuestra presidenta es una tirana.

A tan solo diez minutos del campus de Briar, Hastings es un pueblecillo típico de la Costa Este, con una calle principal idílica, tiendas exclusivas y una plaza histórica. Isaac y yo quedamos esta noche detrás del centro de ancianos, porque el aparcamiento se queda desierto en cuanto el reloj marca las cuatro de la tarde y los ancianos acuden en masa al comedor para cenar temprano. Él vive cerca, en una de las calles residenciales bordeadas de árboles, pero no quería ir a su casa porque la comparte con otros tres jugadores de fútbol y no me apetece que me vean.

Podría decirse que llevo una doble vida.

Bueno. Faith lo asegura.

Pero la afirmación de mi mejor amiga no es del todo cierta. No es una doble vida, sino más bien una vida extremadamente privada. Me gusta participar en ciertas actividades, con algún riesgo incluido, que no se adecúan a lo que se espera de mí.

Para mi familia, soy Charlotte, trabajadora y responsable, una hija perfecta y una hermana adorada.

Para mis compañeras de la hermandad, procedo de una tradición académica y soy fuerte, pero recatada; segura, pero casta.

Se supone que debo enorgullecer a mis padres y servir de ejemplo a mis compañeras de primer curso. Pero estoy bastante segura de que acostarse con un jugador de fútbol americano atractivo en un aparcamiento desierto no es muy buen ejemplo.

De cualquier modo, llegado el momento de la verdad, no me gusta decepcionar a la gente. La mera idea casi me produce urticaria. Así que, si quiero evitar sentir la horrible sensación de ver una profunda decepción en los ojos de mi familia y amigos, es fundamental que mantenga mis poco respetables actividades extracurriculares en secreto.

Vuelvo rápidamente a Briar, aminoro la marcha cuando giro hacia las amplias calles que conforman Greek Row, donde se encuentran todas las hermandades. En la mayoría de los casos, solo se permite

aparcar en la acera, frente a las casas, pero Delta Pi está al final de la calle y tiene aparcamiento para sus miembros.

Además, la casa de Delta Pi es la más imponente de Greek Row, sin lugar a dudas. Es una majestuosa mansión de tres pisos, con columnas blancas que enmarcan la entrada, y una fachada de ladrillo cubierta de hiedra. La hiedra ya ha perdido el tono verde vibrante tan típico de primavera y verano, pero las hebras marrones se niegan a soltar los ladrillos y se aferran obstinadamente a las paredes.

Cojo la bolsa del portátil del asiento del pasajero y subo rápidamente los amplios escalones que conducen hacia unas puertas dobles, adornadas con relucientes aldabas de latón. Las aldabas son puramente ornamentales: para entrar, hay que introducir un código de acceso en el teclado numérico, mucho más moderno, adherido al marco. Sobre las puertas, nuestras letras griegas bañadas en oro brillan con orgullo.

«Todo lo relacionado con Delta Pi exuda elegancia y exclusividad. No somos fiesteras, de nuestra hermandad surgen esposas de senadores y primeras damas. En algún momento de las últimas décadas, se decidió que podíamos ejercer la política y emprender, pero sin venirnos arriba con el feminismo. Aún seguimos sometidas al patriarcado». Estas son las palabras exactas que Agatha soltó a las novatas que se unieron en septiembre.

Uf, casi puedo oír su tono condescendiente. Me dan ganas de dar media vuelta y volver corriendo a mi coche.

Pero respiro hondo y acepto mi destino antes de introducir el código para abrir la puerta. En cuanto entro, oigo el parloteo de voces femeninas que proviene del comedor.

No puedo negar que vivir en una casa llena de chicas me fastidia. No hay privacidad. Cero. Lo que significa que es imposible traer a mis ligues a casa. De hecho, ni siquiera se permite a los hombres subir al piso de arriba. El patriarcado no tolera que se queden a dormir. No se puede permitir que las futuras esposas de esos grandes hombres se acuesten con universitarios cachondos y estudiantes de arte hípsteres. Tampoco organizamos fiestas, salvo

dos cenas de gala al año. Y con eso me refiero a vajillas de porcelana, servicio de *catering* y código de vestimenta.

En nuestra última cena, Faith cometió una grave infracción al llevar a su cita al piso de arriba. Estuvieron tonteando un rato, hasta que una de las secuaces de Agatha la delató, Faith tuvo que asistir a una reunión con el consejo administrativo para determinar su castigo por un acto tan atroz.

Como vicepresidenta de finanzas, formé parte de las agotadoras deliberaciones. Me opuse a incorporar una amonestación en el expediente de Faith, pero las demás votaron a favor. Soy miembro de un consejo administrativo sediento de sangre.

Mis manoletinas repiquetean contra el suelo de madera del vestíbulo mientras corro por la amplia escalera de caracol que sube al segundo piso. Una lámpara de araña de cristal cuelga del techo y proyecta un brillo plateado a su alrededor. El interior de la casa está tan impecable como el exterior. Agatha lo tiene todo muy organizado, por lo que nuestro horario para hacer las tareas domésticas es inamovible.

En el comedor hay una mesa larga de caoba, con capacidad para treinta miembros, que se usa para cenas formales y reuniones semanales, varias lámparas de araña cuelgan del techo y, al fondo, hay un par de puertas francesas que se abren a un gran porche trasero con muebles de mimbre. La casa entera rebosa la típica riqueza de la Costa Este.

Cuando entro, ya están todas sentadas alrededor de la mesa. Nuestra hermandad roza los cien miembros, pero solo treinta viven en la casa y el número de asistentes a cualquier reunión nunca supera los cincuenta.

Todas las miradas se posan en mí. Agatha, nuestra ilustre presidenta, arquea una ceja impecablemente depilada.

—Mirad quién ha decidido honrarnos con su presencia. —Su voz destila falsa dulzura.

—Lo siento mucho —digo—. Tenía apuntada esta reunión para mañana.

Esbozo una sonrisa de lo más apenada mientras me dirijo a mi asiento habitual, al lado de nuestra vicepresidenta, Sherise, una

hermosa chica negra, con ojos oscuros y calculadores, que frunce los labios en una mueca de desaprobación por mi retraso. Las chicas que forman parte del consejo administrativo se toman sus cargos muy en serio.

Las que no tienen sillas, principalmente novatas y estudiantes de primer año, se quedan de pie contra las paredes durante las reuniones, como si estuvieran castigadas.

En cuanto toco la silla con el culo, me inclino para sacar el portátil de la bolsa. Siento que Agatha no despega los ojos de mí.

Cuando levanto la mirada, inclina la cabeza hacia un lado y me examina como si fuera un insecto al que duda en aplastar.

—La puntualidad es una virtud indispensable para una hermana Delta Pi, Charlotte. Especialmente si se trata de la vicepresidenta de finanzas, en quien se supone que debemos confiar por encima de todas las demás.

¿Por encima de todas? ¿Por qué? ¿Acaso soy el Papa?

Solo soy la que gestiona el dinero: preparo el presupuesto anual de la hermandad, controlo ingresos y gastos y, si tengo suerte, a veces compruebo los libros de cuentas, pero hasta yo sé que cualquiera un poco ducho en matemáticas básicas podría desempeñar mi función en la hermandad.

Joder, ni siquiera quería el cargo y probablemente no habría cedido al estereotipo de «a los asiáticos se les dan bien las matemáticas» si no fuera porque mi madre ocupó la misma vicepresidencia. Ella deseaba que yo formara parte del consejo administrativo. Bueno, nunca me lo dijo, pero yo sabía que significaba mucho para ella que siguiera sus pasos, sobre todo porque mi hermana mayor no quiso saber nada de las hermandades.

—Entendido. Intentaré gestionar mejor mi agenda —digo sin mirar a Faith a los ojos. Sé que le brillan divertidos.

Agatha entrecierra los ojos ligeramente como si intentara averiguar si soy sarcástica. Obviamente, le decepciona que no me haya humillado más, pero todo el comedor está esperando, así que asiente y dice:

—Comencemos.

Se sienta a la cabecera de la mesa, junta las manos sobre la reluciente superficie y entrelaza los dedos realzados por una manicura francesa. Lleva un collar de perlas alrededor del cuello.

En serio, solo Agatha Buckley-Ellis se pondría perlas para una reunión en casa. Dedica toda la vida a mantener una imagen impecable. Su armario consiste en una cuidada colección de ropa de firma, perfectamente coordinado en tonos pastel o estampados pijos, y nunca sale de su habitación sin estar perfectamente maquillada y peinada.

—Esta noche tenemos que hablar de la Gala de Presidentas, un evento anual que celebramos en enero para homenajear a las expresidentas de Delta Pi.

Normalmente paso de Samantha, nuestra vicepresidenta de programación, que supervisa la planificación de todas las celebraciones de la hermandad, pero resulta que una de las dos homenajeadas en la gala de este año es mi madre. Y mientras Samantha parlotea sobre las listas de invitados y los posibles lugares, por dentro pongo los ojos en blanco con tanta fuerza que corro el riesgo de romperme el nervio óptico. Siempre habla en un tono sumamente serio, como si planificar eventos benéficos y sociales fuera tan complicado como la neurocirugía.

Durante la siguiente hora, tomo notas y hablo solo si alguien me pregunta si hay presupuesto para algo. Cuando la reunión termina por fin, soy una de las primeras personas en levantarse de la silla.

Faith me agarra del brazo en el pasillo y junta nuestras cabezas, de modo que sus rizos oscuros rebotan y un olor a champú de fresa llega a mis fosas nasales.

—Por favor, dime que al menos llegaste a correrte antes de que os interrumpiera —me susurra al oído.

Apoyo la cabeza en su hombro con tristeza.

—No.

—Lo siento. Me sentí fatal por molestarte.

—Tranquila, no pasa nada. No me habrían dejado en paz si me hubiera perdido la reunión.

Veo que Blake Logan me está esperando en el amplio vestíbulo. Levanto la mano para saludarla y luego miro a Faith.

—Tengo que hablar con Blake. ¿Quieres que luego veamos algo en mi habitación?

—No puedo. He quedado en Fairview House con algunos amigos de clase. Ven si quieres.

—Gracias, pero no me apetece volver a salir.

—¿Sigue en pie la visita a tu familia mañana?

Asiento con la cabeza.

—Saldré por la mañana.

Faith me mira fijamente.

—¿Y esta vez se lo vas a decir?

—Ese es el plan —digo a la ligera.

La semana pasada tenía el mismo plan. Por contra, hice el viaje de dos horas y media hasta Connecticut para terminar acobardándome y no mencionar el verdadero motivo de mi visita. Me limité a comer con mis padres y volver a Briar. Un viaje de cinco horas para una comida de una hora. Y pensar que la gente cree que soy inteligente…

—Vale, bueno, si necesitas apoyo moral, ponme discretamente en el altavoz y te enviaré ánimos por teléfono.

—Trato hecho.

Faith me abraza y sale pitando y yo me acerco a Blake. La preciosa morena de cara pecosa es mi «protegida» este año. Siempre he detestado ese término: es una estudiante de primero, no una niña de preescolar. Por desgracia, no se puede luchar contra la tradición. Delta Pi incluso organiza una gran ceremonia para hacer públicas las parejas de Protegidas y Mentoras tras la semana de iniciación. Es repugnantemente tierna, con regalos temáticos y una revelación la mar de detallada, como si fuéramos padres primerizos que estallan globos para descubrir si el confeti es rosa o azul.

Aunque no me importa lo de ser mentora. Mi trabajo este año es guiarla, por lo que intentamos reunirnos una vez a la semana para hablar sobre sus objetivos, sus estudios o cualquier otra cosa que le preocupe.

—Hola —digo mientras le aprieto el brazo a modo de saludo.

Me fijo en la pulsera de su muñeca (la que le regalé en la fiesta de Protegida-Mentora) y me conmueve ver que la lleva puesta. Se

supone que las piedras de color verde azulado te ayudan a encontrar claridad, o al menos eso es lo que afirmó la señora de la boutique holística de Hastings. Me pareció apropiada para Blake porque, durante su iniciación, admitió que no tiene ni idea de lo que quiere hacer con su vida. Todavía no ha elegido especialidad, algo que le ocurre a la mayoría de los estudiantes de primer año, pero Agatha es muy estricta: las hermanas Delta Pi deben tener un objetivo, una estructura y un Plan, con P mayúscula.

—¿Cómo te ha ido la semana? —pregunto.

Blake no vive en la casa (los estudiantes de primero de Briar se alojan en la residencia), pero es obligatorio que las nuevas hermanas asistan a todas las reuniones. Solo pueden faltar si están muriéndose o casi muertas.

—Bien. Pero quería hablar contigo de mi clase de radiodifusión. Quizá podemos quedar el domingo para desayunar… —De repente, pega un bote y se mete la mano en el bolsillo—. Lo siento. Tengo el teléfono en vibración. Me ha dado un susto de muerte.

Sonrío y la observo mientras saca el teléfono. Blake mira la pantalla, pone los ojos en blanco y vuelve a guardar el elegante dispositivo negro en el bolsillo.

—¿Quién era?

—Nadie importante. Bueno, alguien que quiere ser importante —corrige. Y sin darme tiempo a preguntar más, dice—: Bueno, ¿desayunamos el domingo? Puedo venir aquí o nos vemos en Carver Hall. Me han dicho que las tortillas de ahí están exquisitas.

—Mejor en Carver. ¿Llevo el portátil? ¿Habrá que escribir alguna lista detallada?

Aprieta los labios como si estuviera conteniendo la risa.

—Para que lo sepas, la mirada orgásmica que se te pone cuando hablas de hacer listas es un poco… aterradora.

—Lo sé —suspiro—. Intentaré contener mi excitación.

Blake resopla.

—Vamos, te acompaño a la salida —digo.

Llegamos a la puerta principal al mismo tiempo que Noelle y Veda, que creían que se escabullían sigilosamente.

—¿Vais a algún sitio? —pregunto con voz divertida.

Ambas se dan la vuelta con la culpa grabada en sus hermosos rostros. Veo que ninguna de las dos viste de una manera que Agatha aprobaría.

—Hay una fiesta en Sigma. —Noelle baja la voz y mira por encima del hombro para asegurarse de que la supervisora no la oiga.

Dato curioso: algunas universidades de la Ivy League desalientan o restringen explícitamente la participación en fiestas de fraternidades. ¿En la hermandad Delta Pi de Briar? La propia hermandad lo restringe.

Delta Pi está considerada como una de las mejores hermandades por su filantropía, su desarrollo en liderazgo, su excelencia académica… y su aburrimiento puro y duro. Sin embargo, aunque se nos desaconseja asistir a las fiestas de Greek Row, ni siquiera Agatha puede impedir que unas estudiantes jóvenes quieran divertirse en la universidad.

—¿Os apetece venir? —pregunta Noelle prácticamente susurrando mientras Veda se encarga de vigilar la escalera con ojos de lince para asegurarse de que Agatha no baje por sorpresa.

—No, gracias —respondo, y las dos chicas huyen de casa como fugitivas.

Me despido de Blake, me quedo en la puerta para asegurarme de que se monta en el Uber sin problemas y luego subo a mi habitación. Las que duermen en el tercer piso comparten habitación, mientras que las estudiantes de último año y las del comité, incluida una servidora, tienen prioridad y se quedan con las individuales del segundo piso.

En el pasillo, me cruzo con Jia, la otra hermana coreanoamericana de la casa. Sin embargo, no somos las únicas asiáticas. Aunque Agatha tiene muchos defectos desagradables, acepta sin trabas a personas de otras razas o etnias en Delta Pi… siempre y cuando sean de clase alta. Nuestra estimada líder no es racista. No, es clasista. ¿Tu familia no es rica? Olvídate de entrar aquí.

Me quito las manoletinas de una patada y cierro la puerta con llave; al menos se nos permiten las cerraduras. Aunque una vez, Agatha intentó introducir una norma interna para prohibirlas. Fue después de que el novio de Fareeda se encerrara en su habitación y

amenazara con no salir de allí hasta que ella aceptara no romper la relación. Tuvimos que llamar a los bomberos para abrir la puerta y sacar al idiota de ahí.

Todas se rieron de Agatha cuando sugirió quitar las cerraduras. Me gustó ver que mis hermanas Delta Pi son capaces de oponerse a los deseos de la reina, al menos cuando nuestra privacidad se ve amenazada.

Después de ponerme el pijama, me meto bajo el grueso edredón blanco y cotilleo mi teléfono. Apenas son las nueve y media, pero mañana tengo que madrugar para ir a Hamden.

Aparecen algunas notificaciones mientras toqueteo el teléfono, todas de mi aplicación de citas.

Vale. Es una aplicación de *sexting.* ¿Citas? ¿Quién tiene tiempo para citas? Tengo muchísimo trabajo, que es lo que pasa cuando estás en un programa de ciencias. Además, no quiero novio ahora mismo. Requieren demasiado esfuerzo… si nos basamos en mi última relación.

Mitch necesitaba garantías constantemente y que le masajeara el ego innumerables veces al día. Tenía problemas, que no juzgo, porque todos tenemos nuestras mierdas, yo incluida. Pero Mitch se merecía a alguien que le diera mucho más de lo que yo podía. Alguien más paciente. Alguien que no lo dejara tirado accidentalmente porque se quedaba hasta tarde en el laboratorio y perdía la noción del tiempo. Alguien cuya libido inducida por el estrés no estuviera en pleno apogeo a todas horas, lo que hacía que me presentara a menudo en su dormitorio y me lanzara sobre su pene sin siquiera saludarlo.

Por ahora, me conformo con sexo casual, pero es un equilibrio muy delicado, porque tengo una reputación que mantener. Una chica Delta Pi no puede ir follando por todo el campus.

Afortunadamente, a veces los mensajes eróticos son todo lo que necesitas para aliviar la picazón.

Abro la aplicación y entro en mi bandeja de entrada. Estuve hablando con un chico durante un tiempo, pero las guarradas que decía eran pésimas. Miro su mensaje más reciente y tengo que contener la risa:

Estoy muy hinchado y no dejo de palpitar por ti.

¿En qué mundo alguien se excitaría con eso?

Claramente, ya toca encontrar un nuevo compañero de chat.

Tras diez minutos de búsqueda, consigo encontrar algunos potenciales, pero no hago *match* con ninguno. Al menos por ahora. Seguramente conseguiría muchos más *matches* si subiera una foto con mi cara. Faith dice que la mayoría de los chicos piensan que las fotos de cuerpos bonitos sin rostro son bots.

Pero ni de coña voy a publicar mi cara en una aplicación para ligar. Mi perfil tiene dos fotos: una en bikini, en la que no se me ve la cara, durante las vacaciones familiares del verano pasado en las Bahamas, y otra en la que salgo acostada en mi cama con un camisón de encaje violeta y unas bragas diminutas a juego.

La última foto es atrevida, pero me aseguré de que no hubiera nada identificable en ella antes de subirla. Si circulara por Internet, solo sería una chica sin rostro en una cama indistinta. El riesgo de que alguien la rastree hasta mí es mínimo. O al menos esa fue la conclusión final a la que llegó el Método, y confío inequívocamente en mi Método.

Faith se burla de mí por usarlo, pero no debería criticarlo sin probarlo primero. El Método nunca me ha fallado. Y sí, hay un documento entero en mi ordenador lleno de informes realizados con el Método, incluido el de publicar fotos *sexys* de mi cuerpo en una aplicación de citas.

Soy y siempre seré una friki obsesiva.

Pero también me lío con jugadores de fútbol americano en aparcamientos.

Soy una cebolla, como dijo Faith una vez. Capa sobre capa.

Visualizo más perfiles. Hay un aluvión de pechos desnudos y tentadores, pero ninguna de las caras me atrae. Paso perfiles de

forma automática hasta que la aplicación me lanza una bola curva: no uno sino dos pechos desnudos en la misma foto.

El perfil se llama LARS & B**.**

Vale. Estoy intrigada.

Entro en el perfil para leer más, pero, a decir verdad, cada vez leo menos y babeo más. Son dos cuerpos extremadamente duros. Puedo contar los músculos abdominales uno a uno.

Uno de los chicos está bronceado y casi no tiene vello corporal, salvo por una fina capa en los brazos y las piernas. Es rubio, y lo sé porque el pelo le llega hasta la barbilla, que es justo donde se corta la foto. Me imagino a una especie de Thor, si me baso en el tamaño, el color de pelo y los músculos.

El otro también es de piel clara, con un poco de vello entre sus pectorales definidos y un rastro oscuro y apetitoso que conduce a un bañador que lleva lo suficientemente bajo como para enseñar su V.

Thor también tiene V.

Me sofoco con tanto hombre con V.

No puedo dejar de mirar. Literalmente, son los cuerpos más *sexys* que he visto nunca, lo que significa que probablemente sus caras serán horribles. Nadie está genéticamente bendecido con tanta belleza.

Contengo la respiración y paso a la siguiente foto, preparada para encontrar dos ogros sonrientes.

No. Es otra foto sin cara. En esta solo aparece el rubio. Lleva unos pantalones de chándal grises. Sus oblicuos, aún más esculpidos, tientan mis ojos.

La tercera foto es del otro tío, va con unos tejanos rotos y un polo ajustado que deja ver sus brazos esculpidos.

Su biografía es igual de intrigante:

Dos tíos, un perfil. El doble de encanto, el doble de problemas. Buscamos a una chica que pueda soportar el doble de diversión ;) Si te gusta el morbo, charlemos.

Charlemos, ¿eh?

A ver, supongo que me gusta el morbo. Pero…

Pero nada. No es como si firmara un juramento de sangre para conocer a estos chicos. No tengo ninguna obligación más allá de chatear con ellos en la aplicación y eliminarlos si no quiero seguir con el juego. No contraemos un matrimonio virtual.

Mi dedo vuela sobre el icono del corazón. Me relamo los labios y… lo toco.

No pasa nada.

Tanta incertidumbre y ni siquiera hemos hecho *match.*

CAPÍTULO 2

BECKETT



Pensar está sobrevalorado

Hemos perdido el partido, pero no podemos estar decaídos porque el entrenador nos ha ordenado, bajo pena de muerte, ser positivos. Nos han instruido para que visualicemos ondas que irradien energía y felicidad por todo el vestuario como si estuviéramos en una orgía de positividad.

En otras palabras, ¿recordáis los asesores para el trabajo en grupo y la confianza que causaron estragos en el equipo masculino de *hockey* de la Universidad de Briar la temporada pasada? Pues han vuelto para atormentarnos.

Cuando salgo con mis compañeros del túnel y entramos en el vestuario, Jordan Trager, nuestro eterno cascarrabias, mira con furia a un delantero izquierdo de primer año.

—¡Me cago en la puta, Ingram! ¡Jodiste…!

—¡Eh! —La dura reprimenda proviene del entrenador asistente Maran, que frunce el ceño desde la puerta—. ¡Sed positivos, idiotas!

Trager se retracta rápidamente.

—Echaste… a perder una oportunidad maravillosa cuando disparaste a la red y fallaste en lugar de pasársela al niño de Kansas, que…

—Que gritaba con entusiasmo que tenía el camino despejado —concluye Patrick Armstrong, el agraviado.

Nuestro cocapitán, Case Colson, se gira hacia Maran con expresión de dolor.

—Venga, entrenador. ¿Cuánto tiempo tenemos que fingir esta estúpida felicidad y armonía? ¿Por qué Sheldon y Nance nos castigan así?

—No culpes a esos tontainas. Agradece a la UCS que nos haya traído de vuelta a nuestras vidas a Sheldon y Nance.

Maldita UCS. Estamos en octubre y la temporada acaba de comenzar, pero el campus de la Universidad de California en Sacramento se ha derrumbado por completo. Cancelaron el programa de *hockey* masculino por una novatada peligrosa que terminó con un estudiante de primero cayendo del techo de la pista de hielo.

El chico murió.

El escándalo tiene tantas versiones diferentes que ya es casi imposible saber la verdadera historia. Pero si tenemos en cuenta la cantidad de imbéciles agresivos que he conocido durante mi trayectoria en el mundo del *hockey,* me atrevo a decir que el estudiante murió víctima de una novatada.

Con su programa suspendido, la UCS ha cancelado todos los partidos. Mientras la universidad y la Policía de Sacramento investigan los hechos, la NCAA no quiere arriesgarse a que se repita esa situación en ninguna de las otras universidades de primera división, así que ha enviado representantes a todos los programas para que pasen casualmente a saludar y, de paso, vigilen. Ya sabéis, quieren comprobar que no incitamos a jóvenes borrachos a saltar de edificios. Lo de siempre.

Nuestro entrenador principal, Chad Jensen, organizó una reunión de equipo la semana pasada y dejó bien claro que quiere que parezcamos, sonemos y actuemos como monaguillos el resto de la temporada. Al parecer, ahora incluso las palabrotas se consideran acoso o novatadas.

Aunque dudo que el entrenador decidiera traer a Sheldon y Nance para guiarnos moralmente. Jensen odia a esos idiotas tanto como nosotros.

Me quito la camiseta sudada y gruño cuando se engancha en la pechera. Ya noto que se me está formando un moretón en el lado izquierdo, justo debajo de las costillas. Me di un golpe fuerte, en el segundo tiempo, cuando el defensa de Yale me estrelló contra la valla.

Con Shane Lindley y Luke Ryder pisándome los talones, voy a las duchas y empujo la mampara baja del cubículo más cercano. Mis amigos se meten en los cubículos de mi izquierda, mientras Trager y Colson se desvían a la derecha.

—Vale, aquí va un ejercicio de reflexión muy bueno —dice Shane mientras abre el grifo de la ducha—. Se te acerca un misterioso hombre británico con una gabardina…

—¿Cómo se llama? —pregunta Trager desde el otro lado.

¡Vaya! Mira a quién le interesan de repente nuestros ejercicios de reflexión. La temporada pasada, cuando la Universidad de Eastwood, mi antigua universidad, se fusionó con Briar, Trager fue el primero en burlarse de los de Eastwood por nuestras estúpidas tradiciones. Ahora está pendiente de cada palabra de Shane.

—Se llama Albert —interviene un defensa—. Es un nombre muy británico.

Shane pone los ojos en blanco.

—Vale, como quieres. Entonces dice: «Buenos días, me llamo Albert», y luego te ofrece mil pavos al mes durante los próximos veinte años…

—¿Dólares o libras? —pregunta Trager con seriedad.

—Eso —insiste Colson no tan serio—, ¿a cómo está el cambio de divisa?

—Dólares —responde Shane—. Mil dólares al mes, veinte años en total.

Al otro lado de Shane, Ryder mete la cabeza bajo el chorro y se aparta el pelo oscuro de la cara. Su voz suena amortiguada por el torrente de agua que llena el espacio de vapor.

—¿Cuál es el inconveniente?

Shane parece muy satisfecho de sí mismo cuando revela:

—Para recibir el dinero, tienes que ver a tus padres practicar sexo una vez al año.

Todos estallamos en carcajadas y unos fuertes resoplidos rebotan contra las paredes de azulejos. Hago espuma con el jabón y me froto el pecho mientras pienso en la situación que ha descrito Shane.

Colson responde rápidamente.

—Paso —asegura con la cara pálida—. Prefiero ser pobre.

—Has respondido demasiado rápido —protesta Trager—. Tengo más preguntas.

—No hay suficientes preguntas en el mundo que puedan convencerme para ver cómo follan mis padres.

—Lindley —llama Trager a Shane—. ¿Follan en una habitación a oscuras?

—La habitación está muy iluminada —responde Shane.

—¿Se corren?

—Los dos. Ella varias veces.

—¿Es un orgasmo ruidoso?

—Mucho.

Tras pensarlo un buen rato, Trager suspira.

—Yo lo haría. No puedo rechazar dinero gratis.

Shane me mira con una sonrisa.

—¿Beck?

Me meto bajo el chorro para enjuagar el jabón de mi cuerpo magullado y dolorido.

—No —respondo finalmente—. Creo que puedo ganar doce mil al año sin tener que oír a mis padres gritar mientras se corren. Invertiré en mí.

Ryder se ríe entre dientes.

Mientras Trager lanza su propio ejercicio de reflexión, cierro el grifo, cojo la toalla del gancho y me la enrollo en la cintura. Vuelvo al vestuario con Shane y Ryder pisándome los talones. En la taquilla de al lado, veo que Will Larsen, todavía con el uniforme completo, frunce el ceño con la vista clavada en su teléfono.

—¿Va todo bien? —pregunto.

Incluso sin el ceño fruncido, sabría que algo le preocupa. Larsen y yo estamos así de conectados. Es lo que pasa cuando compartes tantas mujeres en la cama. Lo cual suena más sórdido de lo que es. Veneramos a las mujeres. Por eso siempre vuelven.

—Bien. Mi padre está haciendo las gilipolleces de siempre —refunfuña Will.

Me lanza el teléfono. No puedo evitar reírme cuando leo el correo electrónico que aparece en la pantalla.

De: Alessia Mason-Bybee
Para: Will Larsen
Asunto: Solicitud de reunión

Hola, Will:
Tu padre desea reunirse contigo lo antes posible. Por favor, dime cuándo estás disponible esta semana.
Atentamente,
Alessia

—¡Le pide a su asistente que programe tus visitas! —exclamo.

—Por supuesto. —La voz de Will destila sarcasmo—. Solo soy una reunión de negocios más.

—Tío, qué fuerte —dice Shane mientras le lanza una mirada compasiva.

Will se encoge de hombros, deja el teléfono en el estante superior de su taquilla y empieza a desvestirse. Luego, lanza la camiseta en el banco.

—Da igual. Siempre ha sido así. Ni siquiera recuerdo la última vez que hablamos sin una agenda programada. Alessia también me la manda previamente por correo.

Ryder suelta una carcajada.

—Joder. Bueno, yo no tengo padres, así que no puedo dar fe de esto, pero no creo que sea la forma de relacionarse padres e hijos.

Disimulo mi sorpresa. Es raro que Ryder mencione su infancia, si tenemos en cuenta el asesinato de su madre y el consecuente encarcelamiento de su padre. Pero todos hemos notado que es mucho más abierto desde que se casó con la estrella de Briar, Gigi Graham. Gigi es la hija del antiguo alumno más famoso de esta

universidad, y eso es mucho decir, porque de aquí han salido dos presidentes estadounidenses.

Gracias a Gigi, Ryder se está convirtiendo en un hombre nuevo. Ahora tiene familia, y me alegro muchísimo por él. Se lo merece.

Pero Larsen, bueno, me da un poco de pena. Se mudó a nuestra casa en agosto, después de que Shane y Ryder se fueran, y su padre no lo ha visitado ni una sola vez. Ese hombre me parece un completo imbécil.

—No, esa no es la forma —confirma Shane antes de levantar su teléfono como prueba—. ¿Ves esto? Es de mi padre. Un pedazo de texto, tío. —Pasa el dedo por encima de tres párrafos por lo menos —. Y solo para preguntarme qué quiero que ase a la parrilla cuando vaya a casa en un par de semanas.

—Debe ser agradable —dice Will con ironía.

Sonrío.

—Entonces, ¿vas a enviarle tu horario?

—No. —Bloquea el teléfono y lo guarda en el bolsillo.

La mayoría de los chicos van al Malone, el bar deportivo del pueblo, pero Will y yo tenemos planes, así que nos separamos de nuestros compañeros en el aparcamiento, detrás del Graham Center, y subimos al brillante todoterreno negro de Will. Cortesía de su padre, por supuesto.

Will se sienta en el asiento del conductor y me mira de reojo.

—¿Cuándo viene Caitlin?

—No lo sé. Me escribió durante el partido. Déjame comprobarlo.

Pero lo único que dice su mensaje es: «Llámame».

—Oye, baja esa mierda —refunfuño, refiriéndome a la canción *country* que sale a todo volumen de los altavoces del coche. Soy más de rock y rap, pero al señor Boston aquí presente, por alguna inexplicable razón, le gusta la música *country.* Su coche, sus reglas. Cabronazo.

—Hola —digo cuando Caitlin responde al teléfono—. ¿A qué hora vienes?

Se produce un breve silencio.

—¿Caitlin? ¿Estás ahí?

—Sí. Lo siento. Estoy aquí. Eh… No creo que vaya.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

Después de otra larga pausa, un fuerte suspiro llega a mi oído.

—Me he enamorado.

—Te has enamorado —repito.

—Sí.

—¿De cuál de los dos?

Oigo una risita que proviene del asiento del conductor. Will y yo intercambiamos una sonrisa.

—De ti, idiota.

Asiento para mis adentros. Normalmente, las chicas escogen equitativamente a uno de los dos para enamorarse locamente.

Ni una sola vez han respondido «ambos».

Aunque tampoco quiero que lo hagan. Sería rarísimo, joder. Sí, tenemos fetiches similares en la cama, pero no somos dos tíos que buscan una novia especial para completar nuestra tríada, o como demonios lo llamen ahora.

—Sé que se suponía que solo nos estábamos divirtiendo —continúa Caitlin con un tono avergonzado—. Y fue divertido que tonteáramos los tres. De verdad que no esperaba que surgieran sentimientos.

Ah, ¿no?

Pues yo sí. No recuerdo la última vez que conocí a una mujer que no desarrollara sentimientos cuando nuestro rollo duraba más de una noche. Ah, sí, nunca. Esa es la cantidad de chicas inmunes a los sentimientos que he conocido. Cero.

Me encantan las mujeres. De verdad. Me arrodillaría y las veneraría en su santuario de feminidad. Me encanta su aspecto, su sabor, su olor. Lo suaves que son entre mis brazos. Los sonidos cuando gimen en mi oído.

Y sí, no dudo que haya algunas excepciones, pero en mis veintiún años de existencia todavía no he conocido a ninguna que no acabara sintiendo algo.

—Así que… —Suspira de nuevo—. No sé… Quizá en lugar de ir a tu casa, podríamos ir al cine o algo. Ya sabes, como… —Su voz se apaga.

—¿Como una cita? —pregunto.

Will vuelve a mirarme, esta vez con intriga.

—Sí —dice ella—. ¿Tan mal te parece?

—No, seguro que sería divertido, pero… —Me preparo para la reacción que provocarán mis siguientes palabras—. No busco novia.

Silencio.

La tensión que emana del teléfono llena el coche. Will baja la ventanilla como si fuera algo tangible que pudiera sentir. Sin embargo, el suave silbido del aire fresco me resulta agradable a la cara.

—¿No te intereso? ¿Ni un poquito? ¿Qué pasa? ¿No tengo madera de novia?

—Qué va, no es eso. Si quisiera una novia, tú serías la primera en mi lista. ¡Joder! Serías la única en la lista. Entiendes mis chistes y te tragas mis películas sobre viajes en el tiempo. ¿Sabes lo raro que es eso?

Por el rabillo del ojo, veo que Will sonríe de nuevo.

—Esas películas son muy aburridas.

—Lo sé, y me encanta que las hayas visto a pesar de eso. Créeme, Caitlin, me abalanzaría sobre ti si buscara algo serio. Pero no me van los compromisos. No se me dan bien. Lo único que quiero hacer en mi último año es jugar al *hockey* y acostarme con tías.

Soy sincero a más no poder. Siempre he actuado así con las mujeres, sobre todo por cómo terminó mi última relación. He estado soltero desde mi último año de instituto y no tengo intención de cambiar de estado civil en un futuro próximo.

Espero algún tipo de reacción violenta, pero Caitlin demuestra que es tan genial como creía.

—Está bien. Pero dicho esto, es obvio que no puedo seguir viéndoos. Espero que lo entiendas.

—Lo entiendo.

—De verdad, me lo he pasado muy bien —afirma con voz melancólica.

—Sí. Lo mismo digo.

—Saluda a Will. Nos vemos, Beckett.

—Hasta luego, nena. —Cuelgo el teléfono y me giro hacia el asiento del conductor—. Acabo de dejar a una chica con la que ni siquiera estaba saliendo.

Will resopla.

—Bienvenido al club. ¿Recuerdas a Felicity, la de primavera? Tío, lloró cuando le dije que no la quería. Te has librado de una buena.

—Cierto.

Llegamos a nuestra casa, que está mucho más tranquila desde que Shane no vive aquí. Ryder, bueno, apenas noto que el señor Silencioso y Melancólico se ha ido, pero Shane es otra historia. Su personalidad llena cualquier habitación a la que entra. Will y yo somos más relajados. Probablemente por eso nos llevamos tan bien desde que nuestros programas de *hockey* se fusionaron.

La primera vez que hablamos, parecía que nos conocíamos de toda la vida. Por desgracia, a los jugadores de Eastwood no se nos permitía llevarnos bien con nuestros rivales de Briar (éramos enemigos mortales), así que mantuvimos nuestra amistad en secreto durante meses. Pero en cuanto Ryder empezó a tontear con Gigi, la ex de Case Colson, las reglas cambiaron. Si a él se le permitía confraternizar con el enemigo, a la mierda, a mí se me permitía quedar con Will para ver películas de ciencia ficción alucinantes.

Larsen es el tipo de tío con el que te sientes cómodo siempre. Pero la primera vez que me desperté y me encontré a una mujer desnuda y a Will desnudo en mi cama, no puedo negar que me resultó… desconcertante.

La noche anterior a esa incómoda mañana fue divertidísima. En cuanto al sexo, soy de los que opinan que cuantas más perversiones, mejor. Y resulta que, cuantas más personas, todavía mejor. Esa noche se me puso dura como una piedra cuando vi a una morena cachonda montando a Will como si fuera su caballo de carreras y ella aspirara a ganar el Derby de Kentucky. Luego, la chica se inclinó para comerme la polla mientras lo montaba, y todo se volvió mil veces más excitante.

Había hecho un par de tríos antes, pero ninguno tan intenso. Y la cosa fue mejorando hasta este verano, cuando Will decidió que

nuestras travesuras eran demasiado atrevidas. Creo que utilizó la palabra «perversas».

Entiendo de dónde vinieron sus dudas. Will es analítico. Le da demasiadas vueltas a las cosas. En mi opinión, pensar está sobrevalorado. Haz lo que te haga sentir bien. Punto.

—¿Vamos al Malone? —Will apaga el motor y se desabrocha el cinturón de seguridad.

—Sí, me parece bien.

No tenemos partido mañana, ni entrenamiento matutino, y si Caitlin no va a venir, no hay razón para no cogerse un pedo esta noche.

La calle principal solo está a diez minutos a pie de nuestra casa, por lo que decidimos caminar hasta el bar en lugar de pedir un coche.

Mientras caminamos al mismo ritmo por la acera, Will dice:

—Entonces, ¿de verdad no quieres salir con Caitlin?

—Qué va, tío.

Pone los ojos en blanco.

—Comprometerse no es tan malo como crees.

—Sí, no es malo. Es horrible.

Simplemente te destruye el alma y la fe en las cosas buenas de la forma más pura y absoluta, como tristemente puedo afirmar.

A tomar por culo. Después de la forma en que Shannon me arrancó el corazón la semana antes de la graduación del instituto, no pienso tener una relación seria con otra mujer en mucho, mucho tiempo.

Quizá en un futuro lejano. Algún día. Un día en un futuro vago e indeterminado.

Pero, sin duda, esta noche no. No, esta noche voy a abrir nuestra *app* favorita para ligar, puesto que Caitlin ya ha quedado atrás en mi vida sexual.

—¿Has entrado en nuestro perfil? —Will suena divertido mientras echa un vistazo a mi teléfono.

—Sí. Solo comprobaba si había algún mensaje.

Creamos un perfil de los dos juntos hace unas semanas, sobre todo porque es incómodo estar en algún sitio coqueteando con una

chica e intentar descubrir si le interesamos los dos sin parecer un degenerado. Una *app* para ligar parece una forma eficiente de sondear a alguien de antemano y ahorrarse la vergüenza del rechazo o la indignación.

Aunque no soy de los que se avergüenzan fácilmente. Se necesita mucho para que algo me importe una mierda. Mi estado por defecto siempre ha sido la indiferencia.

—¿Algo bueno?

—Creo que estos mensajes son de un bot.

Los borro, deshago el *match* con la chica y, cuando estoy a punto de salir de la aplicación, me fijo en el perfil en la pantalla principal.

—¡Joder, Larsen! Mira esto.

Cuando le enseño la foto, me dedica una sonrisa cómplice.

—¿El lacito?

—El lacito —gimo.

La chica de la foto está tumbada en la cama, con un sujetador de encaje morado y unas bragas del mismo tono, con un lacito rosa en el centro de la cinturilla. Me pirran los lazos. Quiero capturar ese lazo con los dientes. Mordisquearlo. Y luego mordisquear cada centímetro de ese cuerpo. Pechos pequeños y firmes. Cintura estrecha. Piernas largas.

Ni siquiera me importa su cara. Su cuerpo es mortal. Quiero recorrerlo entero con la boca.

—Sí, nos gusta.

Will se ríe entre dientes.

—¿Alguna vez dejas de pensar en el sexo?

—No entiendo la pregunta.

Toco el corazón situado en la esquina de su foto de perfil y rezo para que también le gustemos. Un segundo después, aparece mi notificación favorita:

¡Habéis hecho match!

CAPÍTULO 3

CHARLOTTE



Mi crítica interior es una zorra muy beligerante

Tenía seis años cuando comprendí lo que «significaba» ser adoptada. Me di cuenta mientras discutía con una niña de mi clase durante el recreo. Stacey. Maldita Stacey. No recuerdo cómo empezó, pero fue una pelea de lo más tonta, discutíamos por todo lo que nos comprarían nuestros padres. Lo cual era un sentimiento absurdo, yo jamás fui una niña malcriada.

Stacey presumió de que sus padres irían a comprarle un helado en medio de una tormenta de nieve si ella se lo pidiera. Cuando respondí una tontería parecida, soltó:

—Los tuyos nunca harían eso.

Y luego, con una sonrisa burlona, lanzó como con descuido el comentario que destrozó mi mundo.

—Ni siquiera eres su verdadera hija.

Sus palabras se clavaron en mi corazón como pequeñas dagas. Sabía que era adoptada desde que tuve la edad suficiente para preguntar por qué me parecía más a mi amiga Daisy Jeong y a sus padres que a mi propia familia. Pero creo que no terminé de comprender el concepto hasta aquella pelea con Stacey.

Salí corriendo con la cara cubierta de lágrimas. Estaba tan disgustada que los profesores tuvieron que llamar a mis padres para que vinieran a recogerme. A papá le tocó la peor parte, ¡tuvo que

salir del trabajo a mediodía! Me negué a decirle qué me pasaba, y no dejé que me consolara. Pero más tarde, cuando fue a arroparme por la noche, por fin me derrumbé: rompí a llorar y le confesé lo que Stacey había dicho. Mamá entró corriendo a mi habitación y los dos me tranquilizaron y me explicaron que no tener la misma sangre no significaba que yo no fuera su verdadera hija.

Pero sus palabras no pudieron borrar el miedo que se había arraigado en mi corazón.

«¿Qué pasa si deciden que ya no me quieren?».

Intenté enterrar esos miedos, pero durante mi infancia fueron recurrentes. Cada vez que me portaba mal, cada vez que sacaba una mala nota, una voz en mi interior me susurraba que quizá me devolverían. Empecé a observar cada uno de sus movimientos, a analizar sus palabras y acciones, en busca de señales que demostraran que su amor por mí era condicional.

Ahora tengo veintiún años, cumplo veintidós el próximo verano, y la mayoría de esos miedos han desaparecido. Ha pasado muchísimo tiempo desde que miré las fotos familiares de casa y me pregunté si de verdad pertenezco a ese lugar.

Pero en momentos como este, cuando nos sentamos alrededor de la mesa del comedor y cada uno propone una meta o expone un logro del que está orgulloso ese mes, desearía que las personas que me adoptaron no fueran tan jodidamente perfectas.

Los quiero muchísimo, pero en mi familia todos son superdotados.

Mamá sabe preparar un suflé y tiene un doctorado en matemáticas. Pero no obliga a la gente a llamarla «doctora». No es tan pomposa.

Papá dirige su propia empresa multimillonaria de ciberseguridad desde la planta de arriba.

Ava, cuatro años mayor que yo, consiguió el trabajo de sus sueños nada más salir de la universidad, con un sueldo tan alto que puede permitirse vivir en un apartamento de dos habitaciones en Manhattan, en lugar de en un estudio infestado de cucarachas.

Oliver, seis años mayor, está a punto de convertirse en el socio más joven del bufete donde trabaja como abogado especializado en derecho de familia.

Son asquerosamente exitosos y están perfectamente acomodados, todos y cada uno de ellos. Incluso Katherine, la mujer de Oliver, encaja en ese molde. Kat trabaja para una organización que lucha contra la trata de menores y se ocupa de la reunificación familiar de los supervivientes. Oliver se casó literalmente con la única persona que es incluso más perfecta que él.

—¡Qué noticia tan fantástica! —Mamá le lanza una sonrisa radiante a Ava, quien acaba de informarnos de que quizá la asciendan. Porque no podía ser de otra manera—. Estoy muy orgullosa de ti, cariño.

—¿Y tú, preciosa? —me pregunta papá con una sonrisa mientras corta un trozo de tarta de manzana con el tenedor—. ¿Algún logro u objetivo cumplido?

—He sacado un sobresaliente en el último examen de biología.

La respuesta parece una evasiva.

Pero ¿qué otra cosa puedo decir? ¿Me he liado con un receptor de fútbol americano en su coche?

Seguramente mi padre se atragantaría con el postre. Aunque no correría peligro, ya que toda mi familia tiene conocimientos de primeros auxilios, incluida la maniobra de Heimlich. A mamá se le ocurrió hacer un curso familiar de RCP y técnicas de rescate un verano. Por diversión. Su idea de diversión es muy diferente a la mía.

«Siempre puedes decirles que has enviado una muestra de ADN a una web de genealogía».

Uf. Mi crítica interior es una zorra muy beligerante.

Está bien. Lo pillo, ¿vale? Supongo que es la oportunidad perfecta. Pasar de los logros a un nuevo y emocionante acontecimiento en mi vida.

¿Sabéis qué? ¡Estoy buscando a mi verdadera familia!

Oh, Dios mío. ¿Y si se lo toman así? No quiero que piensen que soy una desagradecida o que no son suficientes para mí.

Simplemente es algo que necesito hacer. Algo que me ha atormentado durante los últimos años. Me adoptaron cuando tenía ocho meses. No conozco mis orígenes. Y antes no me interesaba saberlo. Las preguntas me rondaban la cabeza, por supuesto, pero

las respuestas no me parecían imprescindibles ni cruciales. Era feliz con mis amigos, mi familia y mi vida. Sigo siendo feliz con todo eso.

Pero últimamente ansío esas respuestas.

Supongo que quiero entender y saber quiénes son mis padres biológicos. O quiénes eran, si ya no viven. Quiero saber por qué mi madre biológica me abandonó. Por qué creyó que esa era su única opción.

Mis padres dijeron que me dejó en un orfanato de Seúl, en una cesta de plástico para la ropa sucia, con un conejito de peluche azul pegado a mi costado. Todavía conservo el peluche. Se llama Tigre. Oliver le puso el nombre. Mis padres me contaron que cuando me trajeron a casa y me presentaron a Oliver y Ava, mis nuevos hermanos se quedaron prendados de mí casi al instante.

Y son mis hermanos. Son mis padres. Nunca los he llamado «hermanos adoptivos» ni «madre adoptiva». ¡Ni de coña! Son mi madre y mi padre. Oliver es mi hermano. Ava es mi hermana. Son la única familia que he conocido y los quiero muchísimo.

Se me atasca un gemido en la garganta. Maldita sea, ¿por qué me registré en esa web? Detesto el caos emocional. Cualquier caos, en realidad. Solo cuando vivo mi otra vida, esa en la que no se espera que sea perfecta, me permito aceptar la anarquía. Esa vida está repleta de riesgo y emoción.

Esta… no tanto.

Salgo de mi ensoñación y me doy cuenta de que la oportunidad perfecta ha pasado y han centrado su atención en Kat, que cuenta que alcanzó su objetivo de caminar diez mil pasos diarios durante una semana. Y eso es todo.

Nuestra tradición familiar es cursi, lo sé, pero no es tan pretenciosa como parece. Mis padres quieren que nos sintamos orgullosos de nosotros mismos y de lo que hacemos, incluso si el logro es algo pequeño, como «hoy he dado un paseo y fue muy agradable sentir el aire en la cara». El ejercicio consiste en ser positivos.

Mientras recogemos la mesa, Oliver y yo charlamos sobre un despiadado caso de custodia que lleva en su bufete. Es asombroso lo mucho que se parece a nuestro padre, incluso en la raya natural

de su pelo rubio rojizo y la forma de sus uñas. Y Ava es una copia exacta de mamá: el mismo pelo castaño claro y tupido, las mismas pestañas kilométricas e incluso las mismas motas grises alrededor de sus iris azules.

Y luego estoy yo. De pequeña, me miraba al espejo y me preguntaba a cuál de mis padres biológicos me parecía. Aunque no creo que eso importe. No me querían. Así pues, ¿por qué querría parecerme a ellos?

No siento ningún rencor. De verdad que no. Sé que algunas personas tienen sentimientos encontrados sobre su adopción, pero estoy muy agradecida por la vida que me ha tocado y la familia que me acogió. Me trataron como a una más, como a una Kingston en toda regla, desde el momento en que me vieron por primera vez.

Oliver y yo llevamos los platos sucios a la cocina, donde mamá se está remangando frente al fregadero.

—Ve con papá —le digo a mi hermano—. Ya ayudo yo a mamá.

—Gracias, peque.

En cuanto se va, mi madre y yo nos colocamos una junto a la otra en el fregadero para enjuagar los platos. Comete el error de preguntar por Delta Pi, lo que me hace gruñir y quejarme de Agatha durante diez minutos, por lo menos.

—¿Crees que es mala? —pregunta cuando hago una pausa para coger aire mientras me pasa un plato para meterlo en el lavavajillas —. Su madre es cien veces peor.

—Eso no me sorprende en lo más mínimo.

La madre de Agatha, Lillian, es una de nuestras asesoras graduadas. Está ahí para «apoyar» al comité de administración, pero en realidad aprovecha las reuniones mensuales para entrometerse en cada mínimo detalle de la casa y sermonearnos sobre lo que hacemos mal. Son tal para cual en esa familia. Se parecen tanto que incluso van vestidas de la misma marca.

—Dios mío —dice mamá con un gruñido—. Lillian hacía una cosa que llamaba «prueba de brillo».

—¿Brillo de qué? ¿De los zapatos?

—Del pelo.

—¿En serio?

—Sí. Antes de una cena o evento importante, nos obligaba a colocarnos frente a la puerta de nuestra habitación mientras ella recorría la fila y examinaba nuestro pelo. Nos hacía inclinar la cabeza hasta que la luz le diera en el punto perfecto para evaluar su brillo. Y si no pasábamos la prueba del brillo…

—¿Qué hacía? ¿Os daba una paliza? —jadeo.

—Sí, Charlotte, nos daba una paliza.

—¿¡Qué!?

—¡No! ¡Claro que no! —Mamá suelta una carcajada—. Si había tiempo para volver a peinarnos, nos dejaba hacerlo. Si no, no podíamos asistir al evento.

—¿Eso es todo lo que hacía falta para saltarse esos eventos aburridos? ¿No tener el pelo completamente brillante? ¿Por qué Agatha no es así?

Cuando terminamos de cargar el lavavajillas, me lavo las manos y cojo un paño de cocina con estampado floral para secármelas.

—¿Sabes? —le digo—. La única razón por la que presto atención en esas reuniones es por ti, señora presidenta.

—Y te lo agradezco mucho.

Se acerca por detrás y me rodea los hombros con los brazos para darme un fuerte abrazo. Luego me da un beso en la mejilla y se pone a limpiar las encimeras.

«Hazlo ahora que está de buen humor», implora una voz interior. «Dile que quieres buscar a tus parientes biológicos».

Se ha presentado otra oportunidad. Las dos estamos tranquilas y contentas: es el momento perfecto para soltar una bomba como la que tengo preparada.

«Hazlo».

«Díselo».

—Venga —me apremia mamá mientras se dirige hacia la puerta—. Vamos a ver si tu hermana y Kat todavía quieren dar un paseo.

La oportunidad se me escapa una vez más entre los dedos.

Me he vuelto a acobardar.

Asqueada conmigo misma, echo un vistazo a mi teléfono mientras ella sale de la cocina para ir a buscar a Ava. Veo una notificación de

mi aplicación para ligar que me informa de que tengo un nuevo *match.*

Con curiosidad, entro y descubro que me han hecho *match* los dueños de los dos torsos ridículamente definidos. Abro el chat, suponiendo que veré una foto de un pene lleno de venas o alguna frase lasciva como «Hola, nena, enséñanos las tetas».

En cambio, me dejan perpleja.

Lars y B: ¿Crees que es posible viajar en el tiempo? Y si la respuesta es no, ¿qué se siente al estar tan sumamente equivocada?

Me muerdo el labio para contener la risa. No esperaba eso. De hecho, tengo que pensarlo un minuto antes de escribir una respuesta.

Yo: Creo que sí, pero no que se pueda cambiar el pasado. De lo contrario, sería imposible conciliar todas las paradojas de los viajes en el tiempo. Hay un físico, Novikov, que tiene toda una teoría al respecto.

Para mi sorpresa, alguien comienza a escribir de inmediato.

Lars y B: ¡Hostia puta! ¿Conoces el principio de autoconsistencia de Novikov?

Yo: ¿Y quién no? Creo que es de sentido común.

Lars y B: ¿Quieres casarte conmigo?

Yo: Depende. ¿Con quién estoy hablando? ¿Con Lars o con B?

Lars y B: Con B. Lars está perdido por aquí.

Yo: ¿Vais a Briar?

Su ubicación actual está lo suficientemente lejos como para indicarme que habrían vuelto a Hastings. Cuando hice *match,* tan solo estábamos a unos tres kilómetros de distancia, así que es razonable pensar que él y Lars viven cerca de Briar.

B: Sí, los dos estudiamos ahí. ¿Y tú?

Yo: También.

B: ¿Tercer año? ¿Cuarto?

Puse que tengo veintiún años en la aplicación, así que podría estar en cualquiera de los dos años. Me decanto por decir que voy a tercero, ya que siempre digo algunas mentiras piadosas en este tipo de aplicaciones.

Yo: Tercero. ¿Vosotros?

B: Ambos, en cuarto.

Está escribiendo de nuevo. Oigo a mi madre y a mi hermana en el pasillo.

Aparece el siguiente mensaje.

B: Has leído nuestro perfil, ¿verdad? Solo quiero asegurarme de que no fliparás si Lars aparece por aquí luego y empieza a chatear contigo.

Yo: Lo he leído.

B: ¿Y?

Yo: ¿Y qué?

B: ¿Has estado con dos chicos antes?

Estoy a punto de responder cuando Ava asoma la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Vienes…? —Se detiene a mitad de frase con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué estás sonrojada?

Tengo la maldición genética de transformarme en un tomate cuando bebo más de medio vaso de alcohol o estoy avergonzada. Y como es media tarde y solo he bebido agua, mi hermana mayor deduce correctamente la causa.

—¿Estás hablando con un chico?

—No —miento.

—¡Claro que sí! ¡Tus mejillas te delatan! —Suelta un gemido—. Ay, no. ¿Has vuelto con Mitch?

—Me encanta que hayas empezado la pregunta con un «Ay, no».

No es ningún secreto que a Ava no le caía, ni le cae, nada bien mi ex. Sospecho que a mis padres tampoco les gustaba. Nunca llegaron

a decírmelo, pero los pillaba intercambiando miradas contrariadas cada vez que Mitch pasaba tiempo con nuestra familia. Normalmente, cuando se ponía en plan posesivo, un comportamiento que se manifestó al final de nuestra relación y que tampoco me hacía ninguna gracia.

—Él no era adecuado para ti. —Se limita a responder Ava.

—Estoy de acuerdo —digo con ligereza—. Por eso la respuesta es no, no hemos vuelto. Estaba hablando con Faith.

Guardo el teléfono en el bolsillo tras cerrar la aplicación. La conversación tendrá que esperar hasta dentro de un rato.



—¿Cómo se lo han tomado?

Faith se abalanza sobre mí en cuanto entro por la puerta por la noche. Lleva un pantalón de pijama y una sudadera con capucha de Delta Pi y se ha recogido los rizos con una diadema de color amarillo neón. Su tez morena, completamente desprovista de maquillaje, no tiene ni una sola imperfección. Mataría por tener su piel.

Cuando me dirijo a las escaleras, Faith me sigue como un cachorro ansioso.

—Les pareció bien, ¿verdad? —insiste—. Te lo dije.

Me detengo en el rellano del segundo piso y suspiro.

—No se lo he dicho.

—¡Charlotte!

—¡Ya lo sé! Pero no encontré el momento adecuado.

Salgo disparada hacia mi habitación, pero Faith me pisa los talones.

—No tienes que esperar el momento adecuado. Le das demasiadas vueltas. No les importará que quieras buscar a tus parientes biológicos. Por ejemplo, si Ava enviara una muestra de

ADN para intentar encontrar a unos primos perdidos hace mucho tiempo, ni se inmutarían, ¿verdad?

Nos detenemos delante de la puerta de mi habitación porque meto la llave al revés. Anoto mentalmente volver a plantear el cambio a cerraduras con teclado numérico en la próxima reunión del consejo. Agatha y Sherise rechazaron la idea la última vez porque creían que le daría a nuestra casa un «ambiente de prisión».

—Siento que soy una desagradecida al hacer esto —confieso en cuanto por fin consigo abrir la puerta—. Como si no fuera feliz con la vida que me han dado. Como si me faltara algo.

—Es que te falta algo —afirma Faith sin rodeos.

Se sube a mi cama de un salto y se estira para coger mi conejito de peluche. Sí, me traje a Tiger a la universidad. Va conmigo a todas partes.

—Quieres saber de dónde vienes —continúa mientras juega con las orejas de Tiger—. Eso no cambia el hecho de que tu familia sea fantástica. Te quieren y son tus padres. Pero existe otra parte de ti completamente diferente, un trocito de tu historia que flota en alguna parte y que necesitas encontrar.

Tiene razón. Lo necesito.

Me pita el teléfono.

Cuando le echo un vistazo, me encuentro con una evidencia real e indiscutible de que nuestros teléfonos nos escuchan a todas horas.

—Oh, Dios mío —le digo a Faith—. Acabo de recibir una notificación de BioRoots.

Se sienta de golpe.

—¿Qué dice?

—«Búsqueda completada. Vea sus resultados».

Faith jadea.

—¡Tienes los resultados! Eso significa que la web habrá encontrado a uno o dos familiares, ¿no?

—Bueno, los resultados podrían ser «cero coincidencias» —respondo en tono seco.

—Ábrelo. ¡Vamos a descubrirlo!

—Quería esperar hasta contárselo a mi familia antes de volver a iniciar sesión.

—No, creo que es mejor que veas los resultados primero. Quizá ni siquiera haya nada que contar.

Bien visto. Me siento a su lado y, tras abrir la aplicación, utilizo el reconocimiento facial para iniciar sesión.

«¡Bienvenida de nuevo!», me saluda la pantalla.

Debajo hay un botón que pone: «Ver tus resultados».

—Vamos, dale —me anima Faith.

Me muerdo el labio y presiono el botón. Me lleva a una nueva página, que contiene una lista de todas las conexiones genealógicas asociadas con mi ADN. Echo un vistazo a la primera entrada y me quedo sin aliento.

—¡Joder! —exclama Faith.

BioRoots sacó el máximo rendimiento a su potente motor de búsqueda para descubrir parentescos que se remontaban a generaciones anteriores. Esperaba encontrar quizá a un bisabuelo. Un primo tercero o cuarto vagamente emparentado con otro primo. Alguien que, a su vez, pudiera indicarme dónde estaban mis padres biológicos, los que me abandonaron en un orfanato.

Lo último que esperaba era encontrar un hermano biológico.

CAPÍTULO 4

CHARLOTTE



Traidora asquerosa y repugnante

Mi hermano me llama la tarde siguiente.

Mi hermano verdadero.

Espera, pero ¿no debería ser mi nuevo hermano el «verdadero» debido a nuestra conexión biológica?

Entonces, ¿en qué convierte eso a Oliver?

¡Oliver no es mi hermano falso!

«¡Estás entrando en bucle, Charlotte!».

¡Oh, Dios mío! Es cierto. Llevo obsesionada con este bombazo genético desde anoche. Lo primero que hice al despertarme esta mañana fue entrar en la web para asegurarme de que el informe seguía ahí y no había alucinado. Y, efectivamente, ahí seguía. La empresa localizó a un hermano biológico… y en Estados Unidos. ¿Es un estudiante internacional de Corea? ¿También lo adoptaron y creció aquí? ¿Se mudó a América él solo?

No he parado de darle vueltas a la cabeza durante todo el día, con un millón de preguntas sin responder. Pero solo hay una que importa de verdad.

¿Debería ponerme en contacto con él?

Estaba a punto de analizarlo con el Método, ya con el portátil abierto y los dedos apoyados en el teclado, cuando empezó a vibrar el teléfono.

Cierro el ordenador y me recuesto en la silla. Es grande y cómoda. Además, giratoria, lo que mi padre considera un gran peligro. Discutimos sobre el tema en la tienda de muebles, lo que llevó a un intenso debate sobre si una silla giratoria tiene más o menos probabilidades de causar la muerte. Al poco rato, mi madre encontró varias estadísticas al respecto, porque así somos en nuestra familia.

—Hola —saludo a Oliver—. ¿Qué hay?

—Dímelo tú.

—¿Qué quieres decir?

—Ayer estuviste muy rara. Creí que lo mejor era esperar a que volvieras a la universidad, lejos de las miradas de mamá y papá, para que me contaras por qué estabas así.

—No estaba rara —protesto.

—Sí, y sigues siendo una mentirosa horrible. ¿Qué pasa?

«Oh, nada del otro mundo. Acabo de descubrir que tengo un hermano biológico por ahí vagando por el mismo planeta que yo».

Me trago las palabras. Tengo muy buena relación con mis dos hermanos, pero quizá no tenemos tanta confianza. Sé que cualquiera de los dos me ayudarían sin dudarlo si les pidiera que me sacaran de la cárcel o si rompiera con un novio. Pero ¿qué hay de los temas serios? ¿De las inseguridades y dudas que siguen atormentándome algunas noches, como un perro que no deja de mordisquear el mismo hueso de siempre? No sé si Oliver o Ava serían las primeras personas a las que recurriría en busca de apoyo.

No ayuda que ambos sean mayores. Cuando yo tenía doce años, Oliver ya estaba en la universidad, y Ava se fue cuando cumplí catorce. No presenciaron aquellos horribles años marcados por la pubertad y la ansiedad propia de la adolescencia, y creo que, como se perdieron todo eso, siempre me han tratado como a una adulta pequeña. Fuerte, capaz y completamente segura de mí misma.

—Todo va bien —digo—. Solo estoy estresada por la universidad. Y el otro día, mientras revisaba mis solicitudes para el posgrado, me di cuenta de que había consultado los requisitos de admisión de hace tres años. Al parecer, ahora hay que enviar redacciones personales a algunos programas.

—¿Cómo que a algunos programas? ¿Dudas entre más de dos? Creía que te habías decidido por el MIT y pusiste Cornell como segunda opción.

Papá estudió en el MIT. Mamá, en Cornell. Así que, por supuesto, mi familia me ha presionado para que presente esas solicitudes. Y sí, aunque sería más práctico quedarme en la Costa Este, también estaría genial… ir a otro sitio. Disfrutar de un clima diferente durante un par de años, para variar. Los inviernos de Nueva Inglaterra son horribles.

—He solicitado plaza en otras también —confieso.

—¿Dónde? ¿Yale? ¿Brown?

Me encanta que solo mencione universidades a tiro de piedra de nuestra casa.

—Sí, y algunas más.

Algunas como, ya sabéis… la Universidad de Sídney. La Universidad de Melbourne. Oxford. Un programa increíble que encontré en Copenhague.

Sin embargo, no tengo muchas posibilidades. Mi nota media es excepcional, pero la ingeniería biomédica es un sector muy competitivo. Son programas que reciben muchísimas solicitudes.

—Bueno, si necesitas que corrija tus redacciones, avísame. Te ayudaré encantado.

—Oh. Claro, lo haré. Gracias.

—No hay de qué. Te quiero, peque.

—Te quiero.

La culpa me revuelve el estómago mientras abro el portátil para reanudar mi traicionera misión.

Soy una traidora.

Una traidora asquerosa y repugnante.

Aquí estoy, diciéndole a mi hermano que lo quiero mientras intento decidir si debería ponerme en contacto con otro hermano que ni siquiera sabía que existía. Parece que estoy traicionando a mi familia.

Me concentro en el documento que tengo delante; la plantilla familiar y sus encabezados me tranquilizan como una taza de chocolate caliente. No me importa si eso me convierte en una

obsesa. El Método me funciona. Me hace sentir mejor, más segura de mis decisiones.

Tomo aire y realizo el relajante proceso, analizando todos los elementos de la decisión.

ACCIÓN: Contactar con mi hermano biológico.

A continuación, viene el apartado de pros y contras. Comienzo a escribir los puntos en cada columna.

VENTAJAS:
Aprender sobre mis orígenes
Posiblemente, hacer un nuevo amigo

CONTRAS:
Traicionar a mi familia
¿Y si se enfadan?
¿Y si dejan de hablarme?
¿Y si el tío es un gilipollas?

Cuando ya he escrito todos los pros y contras que se me ocurren, me reclino en la silla y me froto las manos. Ahora es cuando el proceso pasa de ser una lista normal de pros y contras a convertirse en el Método. Es el momento de que Charlie brille.

Dado que esto implica analizar las consecuencias negativas, copio y pego la lista de contras en un nuevo apartado y amplío cada uno de ellos.

El objetivo: determinar el peor resultado posible tras llevar a cabo la acción.

Para sacar el máximo partido del Método, tiendo a excluir cosas como «asesinato» y «torturada en la mazmorra del sótano de un asesino en serie» de la lista de peores casos, ya que las estadísticas de esos resultados siempre son demasiado bajas para tenerlas en cuenta siquiera.

El propósito del Método es establecer el peor resultado con la mayor probabilidad de ocurrir y, luego, determinar si puedo vivir con sus consecuencias.

RESULTADO 1: Mi familia nunca volverá a dirigirme la palabra.

Sí, parece un resultado desgarrador. Pero ¿qué grado de probabilidad tiene?

Es hora de hacer una evaluación exhaustiva. A veces, la respuesta se basa en el sentido común. Otras, es circunstancial. Casi siempre, implica cierta investigación. Y si algo me entusiasma más que una agenda organizada es la investigación.

Siendo realista, no me imagino a mi familia retirándome la palabra. Mi padre todavía se habla con su hermano, a pesar de que el tío Erik le robó el número de la tarjeta de crédito y estuvo cargando gastos en su cuenta durante un año, después de divorciarse de su mujer, quien se quedó con todo su dinero. Si mi padre puede perdonar eso, puede perdonar cualquier cosa.

Pero, por supuesto, nunca digas nunca, así que minimizo los riesgos y le asigno a este resultado un uno por ciento de probabilidad.

A la pregunta «¿Puedo vivir con esto?», escribo «NO».

Sigamos. ¿Qué es lo siguiente peor que podría pasar?

RESULTADO 2: Nuestra relación cambiará para siempre.

Me muerdo el interior de la mejilla. Sin duda, es muy probable. Y esto sí puedo confirmarlo, más o menos. Me paso la siguiente hora buscando y analizando historias de niños adoptados que buscaron a sus padres biológicos y publicaron cómo reaccionaron sus familias adoptivas. Parece que, en general, los apoyaron. Sí, su relación cambió para siempre. Pero ¿es un cambio a peor? Quizá no.

Le doy un noventa por ciento de probabilidad, pero como las estadísticas confirman que no será un cambio negativo, puedo vivir con ello. Cada vez que respondo «SÍ» a esa pregunta, el resultado desaparece de la lista de posibilidades.

Sigo con el proceso, evaluando todos los resultados.

Podríamos conocernos y que mi hermano me rechazara. Es medianamente probable. ¿Puedo vivir con eso? «SÍ».

Podría pasar de mí. Es muy probable. ¿Puedo vivir con eso? «SÍ».

Podríamos conocernos y que no me guste. Es bastante probable. ¿Puedo vivir con eso? «SÍ».

Cuando termino de hacer los cálculos, el Método determina que el uno por ciento de probabilidades de que mi familia deje de dirigirme la palabra es el peor resultado posible, lo cual sería sumamente devastador e inimaginable para mí.

En otras palabras, contactar con el tío que Internet dice que es mi hermano no será el fin del mundo.

Mi teléfono está al otro lado de la habitación, así que abro la web de BioRoots en mi portátil y envío un mensaje. Al registrarte, tienes la opción de mostrar tu nombre, y yo lo hice. El objetivo era encontrar parientes biológicos, si existen, por lo tanto, quiero que puedan contactar conmigo.

No obstante, esos parientes pueden conservar el anonimato, que es lo que escogió esta coincidencia biológica. Su nombre de usuario es HLS315.

Pienso unos minutos antes de escribir, pero luego decido que esto no es un artículo de física cuántica. Tiene que ser breve y sencillo. Mis dedos vuelan por el teclado.

Hola:
Seguro que recibiste la misma notificación que yo. Si no… bueno, al parecer, soy tu hermana biológica. ¡Sorpresa!

Sé que esto es incómodo y un poco estresante. Mi intención no es presionarte, en absoluto. Solo quería que supieras que estoy aquí por si te apetece charlar por teléfono, mensaje o en persona. Vivo a las afueras de Boston y estudio en la Universidad de Briar. No sé en

qué estado vives (solo pone «Estados Unidos»), pero si alguna vez quieres que nos veamos o hablemos, no dudes en contactarme.

Atentamente,

Charlotte

CAPÍTULO 5

WILL



Me preguntaste qué tiene de molesto mi vida. ¡Pues eso, joder!

Mi padre cree que es la persona más importante allá donde vaya.

Claro que, en Della's Diner, un lunes por la tarde, probablemente lo sea. Desde luego, no veo a ningún otro congresista estadounidense sentado en ninguno de los reservados de vinilo rojo. El problema es que este congresista es más pomposo que la mayoría, lo cual es decir mucho, porque nunca he conocido a un político que no estuviera obsesionado consigo mismo.

Sin embargo, mi padre lleva el egocentrismo a otro nivel. Que tenga más éxito que la mayoría de la gente con la que se encuentra no le da derecho a presumir y a tratar a los demás con condescendencia. O peor aún, a ignorarlos. Su presencia y sus opiniones. Mi padre se ha pasado la vida ignorándome. De hecho, me echa directamente cuando voy a casa para las fiestas. Me mira por encima de sus gafas y me dice: «Puedes irte, William».

Nadie más me llama William. Y sospecho que solo se debe a que le gusta oír su propio nombre. Sí, soy su tocayo. William Larsen II. Hay cosas peores. Al menos no quiere que le llamen Bill. Si no, yo sería Bill.

El Congreso está en periodo de sesiones, así que el hecho de que mi padre volara de Washington D. C. a Massachusetts para visitar a

su hijo en la universidad indica que esto es importante… al menos para él. En mis veintiún años de existencia he aprendido que mi padre y yo pocas veces coincidimos en lo que consideramos importante.

—Gracias —dice cuando la camarera nos sirve el café.

Yo pedí algo para comer, pero él no. Supongo que se irá antes de que me sirvan la comida y me dejará solo. Lo cual seguramente prefiero.

Le dedica a la camarera la sonrisa falsa que siempre utiliza en campaña. La que reserva para la gente común.

—¿Sería tan amable de traerme un poco de azúcar, señorita?

La camarera ronda los cincuenta y debería saber que no debe caer en la trampa. La mayoría de las mujeres se dan cuenta de que es un adulador y les parece infantil que las llamen así. Pero el instinto de mi padre es muy preciso. Sabe leer perfectamente a la gente y le dice exactamente lo que necesita oír en todo momento.

La mujer se sonroja como una quinceañera y le hace un gesto tímido con la mano.

—Oh, qué amable.

Intento no poner los ojos en blanco cuando se aleja.

—¿Cómo te van las clases? —pregunta papá.

—Bien.

—Alessia me envió tu horario. He visto que no te has matriculado en Ética, como te recomendé.

«Sí, porque es mi horario, no el tuyo».

Me contengo. Y, desde luego, no pienso darle la satisfacción de admitir que el temario de Ética me pareció bastante interesante. Hacer lo contrario de lo que mi padre quiere es un reflejo instintivo para mí. Pero en este caso, al menos, no me ha salido el tiro por la culata: la clase que elegí es igual de interesante.

—¿Por qué elegiste biología? —insiste.

—Es un laboratorio de ingeniería.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo. Ya hablamos de esto.

No. Él habló de esto. Le gusta planificar mi vida. Cada semestre, me obliga a enviarle una copia de mi horario por correo electrónico a

su asistente, que se lo enseña para que decida si lo considera conveniente.

Me estoy especializando en Ciencias Políticas, obligado por mi padre, claro, quien básicamente me ha preparado para la política desde los cinco años. Cree que vamos a ser una dinastía presidencial. Padre e hijo. Lo cual es improbable porque, primero, eso requeriría que los votantes eligieran a un adulador como él para la Casa Blanca algún día, y me gusta pensar que la mayoría percibe su falsedad y sus mentiras. Y segundo, yo tendría que querer… y no es así. No tengo ningún interés en ser político.

Sin embargo, estoy en el último año y no puedo evitar pensar en mi futuro. Sinceramente, no tengo ni puta idea de qué hacer. A veces pienso en dedicarme a algo en segundo plano dentro de la política. Quizá a la gestión de campañas. A preparar a un candidato, a uno de verdad, para el cargo. Alguien que pueda conseguir un cambio real y no las falsas promesas que a mi padre y sus aliados les gusta vender a las masas desventuradas.

—William —dice.

—Perdona, ¿qué?

—Digo que no quieres ser científico. ¿Por qué perder el tiempo mirando por microscopios y examinando placas de Petri?

—Porque me parece interesante. ¿No es ese el objetivo de la universidad? ¿Aprender mierdas que encuentro interesantes?

—Vigila tu lenguaje.

Intento cambiar de tema.

—¿Cómo está Kelsey?

Kelsey es mi madrastra. Se casaron cuando yo tenía cuatro años, así que, técnicamente, es la única madre que conozco. No recuerdo nada antes de ella. Papá tiene fotos de mamá en la repisa de la chimenea para que parezca que tiene sentimientos cuando nos hacen reportajes. Para demostrar que amaba con locura a su primera mujer. Seguro que lo hacía. Aunque, según mi abuelo, su matrimonio fue más por conveniencia que por amor. Mi madre provenía de otra dinastía política y muy acaudalada. Unieron sus fortunas y todo lo demás.

Kelsey no tiene dinero, pero sí contactos. Era estudiante de derecho cuando se conocieron y ahora es abogada especializada en derecho penal en Washington D. C.

La verdad es que me gusta mi madrastra. Es buena. Afectuosa. Nunca entenderé lo que ve en mi padre.

—Está encantada de que vengas a casa en Acción de Gracias —responde—. También vendrán todos tus primos. Es perfecto. No tenemos una buena foto familiar desde hace tiempo.

No hay nada como una sesión de fotos para que el Día de Acción de Gracias sea mágico e inolvidable.

Le doy un sorbo al café. Podría soltarle: «¿qué demonios quieres?». Pero a papá no le gusta que le pregunten. Le gusta tener el poder. Si tomase la iniciativa, se limitaría a darme largas. Me soltaría un sermón sobre cómo comportarme y luego daría un rodeo todavía más largo para llegar a la verdadera razón por la que está aquí. Así que es mejor aparentar que no sé que tiene segundas intenciones. Así lo soltará antes.

—Quería verte, entre otras cosas… —comienza a decir. ¿Veis? Ten paciencia y él mismo te lo servirá en bandeja—… para saber tu opinión sobre ese lío de la UCS.

—¿Qué problema hay? No es mi universidad.

—No, pero es tu deporte.

—¿Qué cojones insinúas? Al parecer, un grupo de jugadores de *hockey* acosaron a alguien hasta la muerte. ¿Significa eso que yo también soy culpable?

—Baja la voz.

Pongo los ojos en blanco.

—Al contrario de lo que crees, nadie nos escucha ni graba esta conversación. A nadie en Hastings le importa una mierda. Y el equipo de *hockey* de Briar no tiene nada que ver con la UCS.

—No. Pero no es la primera vez que un equipo de *hockey* de la NCAA es famoso por su mal comportamiento.

—¿Conoces al entrenador Jensen? Ese hombre es muy estricto. Los jugadores de Briar no andan con tonterías.

—No hablamos de eso.

—Entonces, ¿de qué?

Estoy empezando a enfadarme. ¿Por qué no puede ser un padre normal que visita amablemente a su hijo? Un padre que me pregunte cómo fue el partido del fin de semana, si creo que llegaremos a la postemporada o si estoy saliendo con alguien.

Se fija en mi expresión y frunce los labios mientras aprieta los dientes.

—William. Ningún hombre es una isla.

¿Ahora me viene con frases hechas? ¿Reflexiones profundas de William Larsen padre?

—¿Qué dices? —refunfuño.

—Que a mí no me afecta solo lo que yo hago. El comportamiento de mi hijo también me afecta. Mi hijo juega al *hockey.* Y mi hijo va a la universidad. De forma aislada, eso podría parecer inofensivo. Sin embargo, ahora mismo, un programa de *hockey* universitario se ha visto implicado en un escándalo de novatadas que terminó con la caída de un chico de un tejado. Y, naturalmente, los buitres de Washington D. C. han empezado a hacer preguntas. La primera y más importante: «Congresista, ¿qué opina su hijo al respecto?».

—¿Y por qué les importa lo que yo piense?

—Porque les importo yo.

Yo, yo, yo, yo, yo. A eso se reduce todo, ¿no?

—¿Crees que te perjudicará que juegue al *hockey?* Anda ya, papá. Les da igual.

—De verdad, no entiendo por qué te pones tan agresivo. Cualquiera pensaría que ambos desaprobamos el comportamiento de los jugadores de Sacramento.

—¿Es eso lo que necesitas? En serio, ve directo al grano. ¿Quieres que haga una declaración para condenar su conducta? Porque lo haré. La condenaré.

Niega con la cabeza ante mi sarcasmo.

—Eso es solo palabrería. Y en este ambiente político, necesitamos más que palabras, así que dicho esto…

Se me revuelve el estómago.

—He encargado a *Capitol Magazine* que te haga un reportaje.

—No. —Me niego al instante.

—William, no puedes rechazar una entrevista con *Capitol.*

La camarera elige ese momento para volver con la hamburguesa y las patatas fritas. Se las puede comer ella. Mi apetito se ha extinguido como los dinosaurios.

Cuando deja el plato en la mesa, papá le dedica su sonrisa encantadora y le da las gracias, pero vuelve a fruncir el ceño en cuanto se va. Yo no he dejado de hacerlo en todo el rato.

—No quiero que escriban sobre mí —digo en voz baja.

—Bueno, ya está confirmado, así que… —Se encoge de hombros —. Puedes quejarte o comportarte como el hijo de un congresista y hablar con la periodista.

Aprieto los dientes.

—También he dispuesto que un grupo de grabación siga a tu equipo —añade mi padre mientras remueve su café de forma despreocupada.

—Perdona, ¿qué? ¿Un grupo de grabación? Dijiste que era una entrevista escrita.

Me mira por encima del borde de la taza, con esa expresión exasperantemente tranquila que siempre lleva plasmada en su rostro de político.

—Será ambas cosas. Harás una entrevista con la periodista de *Capitol;* Alessia se encargará de todo, así que no te preocupes. Ya está todo arreglado. Pero la revista se ha asociado con *Capitol TV* para producir un breve documental. Grabarán imágenes de tus próximos partidos y entrevistarán a algunos de tus compañeros.

—Ni de coña, vamos.

—William. —Su tono es firme. Impaciente—. Se trata de garantizar la transparencia, de demostrar que tu equipo es inocente y honesto.

—Somos inocentes —espeto, y siento que la frustración me invade—. E independientemente de eso, no te corresponde a ti dictar el nivel de transparencia del Programa de *Hockey* Masculino de Briar. No necesitamos que un grupo de cámaras invada nuestro espacio para demostrar nada.

—Las apariencias importan, hijo. Esta entrevista demostrará al público que no hay nada que ocultar.

—Quieres decir que demostrará que tú no tienes nada que ocultar —murmuro, incapaz de disimular el resentimiento en mi voz.

—No te pongas petulante. Esto es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién, papá? Para mi equipo no, desde luego. No somos un circo para tu imagen política.

Suspira, su señal habitual de que se le está agotando la paciencia.

—Reconozco que no es ideal ni para ti ni para tus compañeros. Pero no se trata solo de *hockey.* Se trata de proteger la reputación de nuestra familia. Una mala historia y seremos la comidilla mediática. De esta manera, nos adelantamos a cualquier posible problema.

—Siempre te ha importado más cómo se ven las cosas que cómo son en realidad.

—Eso no es justo. Me importas tú, y me importa el nombre de nuestra familia. A veces, eso significa tomar decisiones difíciles.

—Y, a veces, significa tomar decisiones que perjudican a las personas que dices que te importan.

Ni se inmuta, se limita a mirarme fijamente con esos ojos penetrantes.

—Eres joven. Algún día entenderás la importancia de gestionar la opinión pública.

Me recuesto en el asiento del reservado y me cruzo de brazos.

—El entrenador nunca aceptará algo así.

—Ya está todo arreglado.

—¿Hablaste con el entrenador Jensen? —Aprieto los dientes con tanta fuerza que temo agrietar el esmalte.

—Sí. Permite que entren las cámaras al vestuario durante los próximos partidos y concederá algunas entrevistas breves sobre el *hockey* universitario. Cree que esto le dará más reconocimiento al programa.

Y una mierda. Es imposible que Jensen accediera. Seguro que papá fue a ver al decano primero.

Confirma mis sospechas cuando dice:

—Dean Allen también está de acuerdo. Lo que sea con tal de destacar y mostrar los logros de Briar. —Me mira fijamente—. Ahora

come, antes de que nuestra encantadora camarera empiece a pensar que ocurre algo.

Le dedico una sonrisa falsa y me meto una patata frita en la boca.

Asiente con la cabeza.

—Así me gusta.



Tengo una clase por la tarde que no empieza hasta dentro de un par de horas, así que por lo general iría a casa a echarme una siesta. No obstante, hoy me acerco directamente al campus, al Graham Center, el estadio que lleva el nombre del tío que donó un dineral a Briar para mejorar las instalaciones. Y me refiero a mejoras enormes: un gimnasio y un centro de entrenamiento completamente nuevos, salas con bañeras de hidromasaje y de hielo, dos pistas de hielo y un pasillo lleno de salas de prensa. Probablemente será la mejor instalación de *hockey* del país.

Camino hacia las oficinas de los entrenadores y llego a la de Jensen cuando sale un hombre. Parece de unos cuarenta y pocos años, con el pelo más gris que castaño y unos ojos azules que me escudriñan.

—Creo que nos hemos visto antes —dice.

Parpadeo.

—Ah. Puede. No lo sé.

—¿Conoces a Hudson Fitzgerald?

—No…

—Ya, supongo. —Me mira con los ojos entrecerrados—. No pareces de primer año. Hudson cursa primero.

—¿En Briar?

—No, en la Universidad de Connecticut.

«Entonces, ¿de qué iba a conocerlo?», quiero gritar.

La conversación me resulta desconcertante e incómoda, así que me acerco lentamente a la puerta del despacho del entrenador y le digo al desconocido de forma atropellada:

—Bueno, tengo que irme.

Me escapo y toco la puerta, aunque la abro a la vez. El entrenador, sentado en su escritorio, levanta la mirada cuando me ve entrar.

—Hola, entrenador.

—¿Qué pasa, Larsen?

—Has hablado con mi padre —respondo en un tono neutro, porque no lo mencionó en el entrenamiento de esta mañana.

Asiente con la cabeza.

—Pasa.

Cierro la puerta y me siento en la incómoda silla que hay frente a su escritorio. De ningún modo el entrenador tendría sillas cómodas para las visitas. Porque no quiere visitas. Todo en él, desde su corte de pelo rapado hasta su ceño permanentemente fruncido, grita: «Aléjate de mí, joder».

Me dejo caer en la silla.

—Lo siento, entrenador. No sabía que iba a hacer esto. Intenté disuadirlo, pero no me escuchó. —Niego con la cabeza mientras miro a Jensen—. ¿Por qué accedió?

—El decano no me dio muchas opciones. Además, me he enfrentado a problemas peores y dirijo un equipo impecable con buenos hombres. No tenemos nada que ocultar.

—Lo sé, pero es muy molesto.

—Hay muy pocas cosas en la vida que no sean molestas, chico.

Desvío la mirada hacia las fotografías de los estantes que están detrás de su escritorio, en todas aparecen miembros de su familia sonrientes. Jensen también sonríe en algunas, lo cual es francamente impactante.

—No sé qué decir —aseguro mientras señalo los marcos—. Parece que lleva una vida bastante buena.

Buenísima, en realidad. Tiene dos hijas. Un par de nietos. Una esposa que sigue siendo despampanante incluso a los sesenta años.

—Créeme, mi familia también me molesta. Mi hija Taylor va a organizarle una fiesta de unicornios a mi nieta para su décimo cumpleaños. Morgan insistió. —Frunce el ceño—. Todo el mundo debe llevar cuernos.

Contengo la risa.

—No se preocupe. Creo que un cuerno de unicornio le quedará genial —digo con amabilidad.

Me fulmina con la mirada.

—Y para colmo de males, mi nieto ha decidido venir a Briar el año que viene.

Arqueo una ceja al escuchar eso.

—¿Se refiere a Connelly?

A. J. Connelly es uno de los jugadores más famosos de secundaria. Ese chico recibirá una beca completa durante cuatro años para ir a la universidad que elija, donde le alimentarán el ego. Briar sería afortunada de tenerlo.

—Dicen que la NHL estaba intentando reclutarlo. ¿No pasa directamente a jugador profesional?

—No. Mi yerno quiere que se titule y que la NCAA lo prepare antes de echarlo a los leones.

Me encanta la naturalidad con la que Jensen habla. El yerno en cuestión es Jake Connelly. Literalmente, una leyenda viva. Llevó a Edmonton a ganar más de una Copa Stanley.

—No lo entiendo. ¿No quiere que A. J. estudie aquí?

—Sí, me encantaría. Ese chaval es más rápido que su padre.

¡Joder! Eso es decir mucho. En sus tiempos, el apodo de Jake Connelly era el Rayo del Hielo.

—Todavía no entiendo qué le molesta.

—¡Mi maldito yerno! —gruñe Jensen—. Y ni me hables de mi hija. Esos dos no dejarán de intervenir en los entrenamientos.

Me río disimuladamente.

—Bueno, podría ser peor.

—Sí —concede, aunque a regañadientes—. Pero me preguntaste qué tiene de malo mi vida. ¡Pues eso, joder!

—La verdad, entrenador… —Vuelvo a hundir los hombros en señal de derrota—. Creo que prefiero sus problemas a tener un padre

egocéntrico que se preocupa más por su imagen que por la privacidad de su hijo.

CAPÍTULO 6



B: ¿Has estado con dos chicos antes?

Charlie: No.

B: Virgen, ¿eh?

Charlie: Para nada.

B: Virgen en cuanto a tríos, entonces.

Charlie: Sí.

B: ¿Te gusta la idea de estar con dos chicos?

Charlie: Sinceramente, la mecánica del asunto me asusta.

B: ¡Ja! ¿En qué sentido?

Charlie: Bueno… Hay demasiadas partes en movimiento. Aunque soy muy buena haciendo varias cosas a la vez, así que creo que se me daría bien. Debería añadirlo en el currículo. Habilidades: se me dan bien los tríos.

B: «Experta en recibir una polla por detrás y otra en la boca».

Charlie: Dios mío, ¿has dicho eso?

B: ¿Qué? Es la postura típica de un trío. Un clásico.

Charlie: Oh, así que hay clásicos en los tríos, ¿eh?

B: Ya te digo. Esa postura se llama «La Torre Eiffel».

Charlie: Ay, Dios mío.

B: Tengo la sensación de que te estás sonrojando.

Charlie: No.

B: ¿Estás mintiendo?

Charlie: Sí. Entonces, ¿tú y tu amigo abristeis esta cuenta solo para encontrar chicas dispuestas a follar con los dos a la vez?

B: Suena muy sórdido cuando lo dices así. Pero, sinceramente, sí, nos pareció una buena manera de advertir a la candidata para saber qué opina antes de vernos.

B: Hasta ahora solo hemos chateado, y en la mayoría de los casos no hemos llegado a nada. Nunca hemos quedado con nadie fuera de la aplicación. ¿Y tú?

Charlie: Dos veces. La primera fue genial. Era igual que en las fotos. Había química. La segunda fue un completo desastre.

B: Vale, ahora dame detalles. ¿Qué pasó? ¿Micropene? ¿Olía a culo?

Charlie: Es curioso que uses la palabra culo.

B: Ohhh… ¿Quería metértela por el culo y la dulce Charlie se horrorizó ante ello?

Charlie: No, quería que yo se la metiera a él por el culo. Y me parece bien, cada cual a lo suyo. Apoyo las perversiones de todo el mundo. Ya ves, estoy hablando con un tío que hace tríos con su amigo. Pero eso no me pone nada. No quiero penetrar yo.

B: ¡Pues estás de suerte! A mí me encantaría penetrarte.

Charlie: Es la conversación más rara que he tenido en la vida.

B: Seguro que mucho más entretenida que las otras que has tenido por aquí.

B: Por cierto, todo lo que digas en este chat, Lars lo leerá.

Charlie: Ah, ¿sí?

B: Sí. También es su perfil.

Charlie: Cuéntame el encuentro sexual más ardiente que habéis tenido juntos.

B: Lo siento, nena. No hablamos de nuestros encuentros con otras chicas.

Charlie: Vale. Supongo que lo respeto.

B: Pero puedo decirte lo que quiero hacerte a ti. Tengo una fantasía que

quiero cumplir contigo.

Charlie: Te escucho…

B: Tiene que ver con las bragas que llevas puestas en la segunda foto.

Charlie: Espera. Ni siquiera recuerdo cuáles son. Déjame mirar.

Charlie: Lilas. ¿Te gusta el lila?

B: No es por el lila sino por el lazo. Lars te puede confirmar cuánto me gusta que las mujeres lleven lazos. Parecen tan inocentes así, joder.

Charlie: Oh, alguien tiene una pequeña fantasía virginal.

B: Puede.

Charlie: Vale, fuera bromas. Cuéntame la fantasía.

B: Pues… estoy saliendo de la ducha cuando Lars me llama para que vaya a su habitación. Dice que tiene un regalo para mí. Me acerco al umbral de la puerta y te veo en el centro de la habitación, con Lars detrás de ti. Voy a entrar, pero me detiene. Me dice que primero tiene que desenvolver mi regalo. Así que me quedo ahí de pie y observo cómo empieza a desvestirte. Te baja la cremallera de la falda. Te quita la camiseta. Te desabrocha el sujetador. Solo te deja las bragas. Estoy tan duro que me duele la polla, pero sigue sin permitir que me acerque. Vuelve a colocarse detrás de ti y te rodea con los brazos para tocarte las tetas. Luego, desliza las manos por tu cuerpo hasta que sus dedos rozan ese maldito lazo. Juguetea con él, muy complacido consigo mismo mientras te ofrece a mí. Y tú me miras, esperando a saber qué haré a continuación.

Charlie: ¿Y qué harás a continuación?

CAPÍTULO 7

CHARLOTTE



Más bien una tragedia griega

Hay un jugador de *hockey* en mi optativa de Política Medioambiental que se cree encantador, pero no es más que un tío insoportable y presumido. Se llama Beckett. Por supuesto que es Beckett.

Y como el universo tiene un sentido del humor muy retorcido, siempre llegamos a la Facultad de Ciencias Sociales a la misma hora. Seguro que me está acosando. Vale, probablemente no. Quizá le gusta llegar diez minutos antes los martes por la mañana, igual que a mí. Si no tuviera una relación tóxica con mi horario, modificaría mis hábitos para llegar quince minutos antes o cinco minutos después. Pero soy de las que llegan diez minutos antes, y ningún jugador de *hockey* me hará renunciar a mis principios.

Aun así, el peor momento de la mañana es cuando llego a la escalera de piedra caliza al mismo tiempo que él. El tío es más guapo de lo que se merece: pelo rubio, ojos grises y un cuerpo robusto, siempre enfundado en unos vaqueros y una chaqueta de *hockey* negra y plateada.

Todos los días que coincidimos, me lanza una sonrisa que le marcan dos hoyuelos, y cuando me acerco, me suelta:

—Buenos días, buñuelito.

Porque un día, una puta vez, me comí un buñuelo de azúcar.

¡Y no he vuelto a probarlos desde entonces! A principios de semestre, la panadería del centro estudiantil anunció que promocionaban una nueva pasta. Yo pasaba continuamente por delante de unos carteles con la imagen de una bola gigante y reluciente recubierta de azúcar blanco. Parecía deliciosa y horrorosa a la vez, era literalmente una bola de masa y azúcar del tamaño de una pelota de béisbol, y yo necesitaba saber el porqué de su existencia. Así que entré y compré una. Compré un puto buñuelo de azúcar y lo traje a este edificio, caminé hacia las escaleras y le di un mordisco justo cuando el señor *Hockey* se acercaba. Me saludó intentando contener la risa al verme toda la cara cubierta de azúcar.

Algo en su sonrisa me molestó, así que dije a la defensiva:

—Es un buñuelo de azúcar, ¿vale?

Y, desde ese día, lo odio.

—¿Terminaste el trabajo sobre el precio del carbono? —pregunta con el pelo perfectamente despeinado, como si acabara de levantarse de la cama con ese aspecto.

—Sí. —Subo los escalones con la esperanza de que capte la indirecta, pero aumenta el ritmo para alcanzarme.

—Yo envié el mío cinco minutos después de medianoche. ¿Crees que lo aceptará?

No parece muy preocupado y a mí no me da ninguna pena. Nuestra profesora está loca por él. Le hace ojitos cada vez que se acerca al estrado.

—No deberías entregar los trabajos a última hora. Tendrías que romper ese hábito. —Soy de lo más hipócrita, yo entregué el mío a las 23.56.

Pero eso él no lo sabe.

—Bueno, no todo el mundo es tan estudioso y puntual como tú, buñuelito.

—Podrían serlo si se esforzaran, Ice Boy.

He pasado mucho tiempo buscando un apodo que le moleste tanto como me fastidia a mí el de «Buñuelito», y esperaba estrenarlo en el próximo encuentro. Tiene un ligero acento australiano, así que durante un tiempo indagué en el mundo australiano. Lo he llamado «dingo», «cangurito» y probé con «señor

Outback». Ni se inmutó. Así que ahora he pasado a la terminología relacionada con el *hockey.*

Ice Boy es bastante mediocre. Lo reconozco. Sigo dándole vueltas.

—Parece el nombre de un superhéroe —suelta mientras le da unas vueltas al nombre—. Ice Boy. Me gusta.

—Pensaré otro —gruño.

Lleva el teléfono en la mano y le vibra mientras nos acercamos al aula. Mira la pantalla y luego se aleja de las puertas.

—Nos vemos dentro.

Ja. Ya le gustaría. En el aula hay asientos asignados por orden alfabético, lo cual es un alivio, porque así no tengo que sentarme con Agatha ni con Ciara, compañera de hermandad. Ellas están en primera fila, porque sus apellidos empiezan por «B». Como el mío empieza por «K», estoy en el centro del aula, junto a una pelirroja llamada Nikki Kepler.

Me dirijo a nuestra fila cuando oigo una voz masculina:

—Hola, Char.

Disimulo mi reticencia y me detengo para saludar a Mitch. De todas las optativas que podría haber escogido este semestre, me las he apañado para terminar en una clase con Ice Boy, Agatha y mi exnovio. Es como el preludio de un chiste malo.

—Hola —respondo al tiempo que fuerzo una sonrisa—. ¿Cómo te va?

—Bien. —Se cruza de brazos y, aunque sospecho que intenta parecer informal, su postura parece agresiva.

Durante los últimos ocho meses, he hecho todo lo posible por evitar hablar con él. Las cosas no terminaron bien entre nosotros, por eso, cada encuentro con Mitch es sumamente incómodo y, a menudo, hostil.

Esta mañana no es la excepción.

Cambio el peso de una pierna a otra mientras me observa con sus ojos oscuros. Ha perdido mucho peso desde que estuvimos juntos, y tampoco era muy corpulento antes, así que ahora tiene el aspecto de un príncipe victoriano enfermizo. ¿Qué enfermedad se padecía

mucho en aquella época? Sí… ¡tuberculosis! Eso. Parece que Mitch la tiene.

—¿Charlotte? —dice molesto—. Te he preguntado qué tal estás.

Salgo de mi ensoñación.

—Oh, lo siento. Genial, mejor que nunca.

—Ah, ¿sí? —Inclina la cabeza y esboza una sonrisa engreída—. ¿Por fin has terminado tu exhaustiva búsqueda?

Frunzo el ceño con confusión.

—¿Eh?

—Para encontrar esa polla mágica que pueda satisfacer tus necesidades incontrolables.

Me quedo boquiabierta. Niego con la cabeza mientras me debato entre la ira y la incredulidad.

—Vete a la mierda, Mitch.

—Dios, relájate. Solo era una broma. —Estira el brazo con brusquedad cuando intento alejarme.

—Pues no tiene ninguna gracia. Y no me toques.

Me quito su mano de encima y me dirijo a mi asiento mientras respiro hondo para calmarme. Por eso lo bloqueé cuando rompimos. Por sus comentarios sarcásticos y su total incapacidad para aceptar que no quise herir su frágil ego.

A veces me pregunto si Mitch quería salir con una chica asiática porque pensaba que sería sumisa o algo así. Nunca le gustó que discutiera con él o que me defendiera sola, y mucho menos que tuviera un gran apetito sexual. Solo podíamos follar cuando él estaba de humor.

Seguro que le reventé su pequeña burbuja cuando se dio cuenta de que yo no cumplía con el estereotipo.

—Hola —saludo a Nikki cuando me siento a su lado.

Levanta la vista de su teléfono.

—Hola.

Saco el portátil de la mochila y organizo mis cosas, antes de mirar el teléfono por centésima vez esta mañana.

Se me acelera el corazón mientras espero a que cargue la aplicación BioRoots. Envié el mensaje a HLS315 el domingo y sé que lo leyó porque hay una pequeña marca verde en la esquina que

indica que lo abrió. Hoy me contestará. Estamos a martes. Es obvio que necesitaba un par de días para procesar mi mensaje, ahora me responderá…

Cero mensajes.

La decepción me hace un nudo en la garganta. Maldita sea. ¿Por qué no responde?

Mi mente se esfuerza por darle un giro al asunto. Solo estamos a martes. Hay quienes necesitan más de un par de días para acoger a una nueva hermana en sus vidas.

Mañana me responderá, sin duda.

Cuando enciendo el portátil y abro un nuevo documento para la clase de hoy, una perturbación en la fuerza (también conocida como el suspiro soñador de mi compañera de asiento) me obliga a apartar la vista de la pantalla. Veo a Ice Boy por el rabillo del ojo.

Camina con aire fanfarrón por el pasillo, y Nikki prácticamente se derrite en su silla.

—¡Oh, Dios mío! Parece un dios griego o algo así.

Pongo los ojos en blanco.

—Más bien una tragedia griega.

Justo en ese preciso momento, el señor Demasiado Sexy Para Su Propio Bien llega a su asiento dos filas por detrás de la nuestra y se detiene para desabrocharse la chaqueta. Hace todo un numerito, como si fuera un mago a punto de sacar un conejo de su chistera. Pero en lugar de un conejo, deja al descubierto un brazo bien definido cuando se quita la cazadora. Nikki suspira como si estuviera viendo una escena de una película romántica.

—Me gustaría ser esa cazadora.

Resoplo.

Beckett cuelga la cazadora en el respaldo de su silla. Luego levanta la vista por encima del hombro y nos pilla mirándolo. Esboza una sonrisa lenta y perezosa y arquea una ceja.

—Me alegro de que estéis disfrutando del espectáculo, chicas —grita lo bastante alto como para que media aula lo escuche—. Sobre todo tú, buñuelito. Si queréis, puedo quitarme la camiseta también.

Me sonrojo cuando algunos estudiantes se giran para mirarnos. Incluido Mitch, que aprieta los labios ligeramente.

Nikki gira la cabeza hacia mí.

—¿Buñuelito? ¿Lo conoces? ¡Oh, Dios mío! ¿Te has acostado con él?

—Puaj. No.

Fulmino a Beckett con la mirada, esperando que mi expresión transmita lo poco que me importa su estúpida invitación.

—Déjate la camiseta puesta, gracias —grito.

Su sonrisa se amplía, sin inmutarse por mi actitud distante.

—Tú te lo pierdes.

Nikki me mira boquiabierta, como si acabara de rechazar unas vacaciones en las islas Fiyi con todos los gastos pagados.

—¿Cómo es posible que no te guste?

—¿El qué? ¿El espectáculo de deportista egocéntrico que acabo de ver? —pregunto con auténtica curiosidad.

Niega con la cabeza, exasperada por mi falta de entusiasmo.

—No todos los deportistas son egocéntricos, ¿sabes?

—Claro —respondo con una sonrisa socarrona—. Y no todos los cachorros son adorables.

Nikki resopla y vuelve a prestar atención a su teléfono, pero no sin antes lanzarle una última mirada deseosa a Beckett.

Me desconcierta la obsesión de los estudiantes de Briar con los chicos del *hockey.* Pero cuando comienza la clase e intento concentrarme en las palabras de la profesora, no puedo evitar fijarme en lo anchos que son sus hombros. Imponentes. Respiro hondo y mis dedos se quedan suspendidos sobre el teclado.

No. Sigue sin impresionarme.

La próxima vez que vuelve a mirarme, me aseguro de fulminarlo aún más fuerte con la mirada, por si acaso necesita un recordatorio.



Para resumir, odio los martes por la mañana por culpa de Beckett y sus molestos buñuelitos.

Pero todavía odio más los martes por la tarde.

Normalmente, me correría con solo oír las palabras «ingeniería celular y de tejidos». Pero este laboratorio ha resultado ser una auténtica pesadilla. En septiembre, cuando aún era joven e ilusa, predije que serían mis prácticas favoritas. Casi dos meses después, soy una vieja canosa que reza para que termine el semestre.

Mi compañero de laboratorio es un idiota.

Bueno, quizá «idiota» no sea la palabra correcta. En lo que respecta a coeficiente intelectual, seguramente es inteligente, porque uno no se inscribe en un laboratorio de ingeniería de nivel superior si es estúpido. Así que puede que la palabra correcta sea… irritante. Sí, es irritante. Como los abedules durante la temporada de alergias. Odio los abedules. Y odio a George.

El tío parece decidido a bajarme la nota media, ya que se pasa el rato suspirando por su novia, Lourdes. Incluso se mandan mensajitos en clase, y mira que está sentada a tan solo dos mesas de distancia. Me da pena su compañero de laboratorio. Él y yo somos como soldados en el mismo campo de prisioneros de guerra.

Aunque esta tarde, un día nublado de octubre, sucede algo glorioso.

—Charlotte —me llama la profesora adjunta, Mónica, cuando entro al laboratorio de luces fluorescentes—. Tienes un nuevo compañero.

Apenas puedo contener la alegría cuando me acerco a su mesa.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Ayer aprobaron la solicitud. El profesor Bianchi la consideró necesaria para el bienestar del estudiante.

Frunzo el ceño.

—¿El bienestar?

Mira a su alrededor para asegurarse de que nadie la escuche y luego baja la voz.

—Era por un problema de salud mental.

—Espere… —La miro con confusión y una pizca de horror—. Lo siento, pero ¿George me ha acusado de ser un peligro para su salud

mental?

—¡Oh, no, no! Nada de eso.

— Entonces, ¿por qué…?

Mónica hace un gesto con la mano, con una sonrisa irónica en los labios.

—Acepta la victoria, Charlotte. Ambas sabemos que odiabas trabajar con él.

Me encojo de hombros. Pillada.

—Trabajarás con Will en lo que queda de semestre.

Señala la mesa de Lourdes y Will. No conozco de nada a ese chico, solo sé que es de último año y jugador de *hockey.* Lleva la misma chaqueta negra y plateada que Beckett, de mi clase de Política Medioambiental, con el logo de Briar y dos palos de *hockey* entrecruzados sobre el pecho izquierdo.

No sé nada de ese deporte y como mi único modelo de jugador de *hockey* es Beckett, solo espero que este dedique más tiempo a trabajar que a coquetear.

Al menos, rezo para que sea mejor que George.

Me siento en la silla que hay junto a él y dejo mi mochila debajo de nuestra mesa, al lado de la suya.

—Hola —saludo—. Soy Charlotte.

—Will. —Su voz es más grave de lo que esperaba. Creo que nunca lo había oído hablar.

Me observa con atención, así que yo también le doy un repaso, porque es lo justo. Tiene ese atractivo clásico por el que la mayoría de los hombres matarían. Rasgos simétricos, nariz recta, mandíbula perfecta. Y aunque su rostro bien afeitado y su sonrisa fácil le dan ese aire tan americano, la complexión de deportista me gusta. Pero no voy a liarme con mi compañero de laboratorio por muy guapo que sea.

Me atraviesa con sus ojos marrones y su mirada intensa y centrada deja al descubierto tanto su inteligencia como un toque de travesura.

—¿Por qué me miras tanto? —pregunto.

—Perdona, estaba intentando averiguar si eso que tienes sobre el labio es un lunar o una semilla de amapola. No era cuestión de

decir: oye, tienes una semilla de amapola en la cara y que luego resulte ser un lunar. No quería avergonzarte.

—Es un lunar.

—¿Ves? Bueno, me alegro de haberme callado.

Me río entre dientes. Sigue entrando gente en el aula, pero aún no he visto a nuestros antiguos compañeros de laboratorio.

—¿Sabes de qué va todo esto? —pregunto mientras señalo mi antigua mesa, que está vacía.

Will sonríe.

—¿George no te lo ha contado?

—Nunca he tenido ni una conversación con George fuera de este laboratorio. ¿Por qué? ¿Tú hablas con Lourdes?

—Qué suerte. Lourdes me obligó a darle mi teléfono el primer día y me escribe al menos una vez por semana para suplicarme que le haga los deberes. Anoche me explicó todo. Básicamente, no soportan estar separados y eso está afectando a su rendimiento. Le escribieron una carta al jefe de departamento en la que insistieron en que por eso les va tan mal en este laboratorio, y que, si fueran compañeros, aprobarían todas las tareas con sobresaliente por la fuerza de su amor.

No puedo contener la risa.

—Es coña.

—No. Me mandó una copia de la carta.

—Oh, Dios mío. Envíamela ya.

Sonríe.

—Si querías mi número, solo tenías que pedírmelo, sin excusas.

—No es una excusa. Me muero por leer esa carta.

—Créeme, debes leerla. Es un disparate melodramático, pero muy bien redactada. Lo cual no me sorprende, Lourdes es escritora.

—Ah, ¿sí?

—Más o menos —le tiemblan los labios de la risa—. Escribe fanficción de romance histórico. ¿O era de aventuras históricas? Una vez le corregí un texto. Trataba sobre la reina Isabel, la Reina Virgen, a la que desfloraba Alejandro Magno.

—No soy experta en historia ni nada por el estilo, pero ¿esos dos no vivieron con dos milenios de diferencia?

—Sí.

—Vale, bueno. Supongo que el tiempo no pone límites al amor ni a las fanficciones. En fin, probablemente sea buena idea que intercambiemos nuestros números de teléfono. Ahora eres mi compañero de laboratorio.

—Pero a George no le diste el tuyo…

—Tenía la sensación de que iba a abusar del privilegio.

—Oh, sin duda alguna.

—Y creo que tú no lo harás. —Hago una pausa—. A pesar de ser deportista.

—¿A pesar de ser deportista? ¿Qué pasa? ¿Crees que los deportistas son más propensos a abusar de los privilegios telefónicos?

Por experiencia, desde luego. Algunos con los que he estado siguen enviándome mensajes lascivos en mitad de la noche con la esperanza de repetir conmigo. Pero Will parece un tipo normal y sin hábitos extraños, así que estoy dispuesta a correr el riesgo.

Cuando nuestros antiguos compañeros de laboratorio entran por fin de la mano, George me pilla mirándolo y se detiene al lado de la mesa.

Con un suspiro dramático, se pasa la mano por el pelo castaño y encrespado.

—Supongo que te has enterado.

No sé cómo, pero consigo disimular cuánto me divierto.

—Sí.

—Es mejor así, Charlotte. Ya verás. —Me da una palmadita en el hombro y continúa hacia nuestra antigua mesa, donde se sienta junto a Lourdes.

Will se ríe entre dientes.

—Se la ha jugado al cambiar de compañero de laboratorio justo antes de los exámenes parciales, y más sabiendo que te dejaría desconsolada.

—Destrozada.

Hoy empezamos un nuevo tema. Mónica nos envió las instrucciones del experimento por correo electrónico este fin de

semana, parece bastante sencillo. Debemos crear una matriz tisular y determinar su capacidad para soportar el crecimiento celular.

Le dirijo una mirada severa a Will.

—Esta es tu primera prueba.

—¿Qué tengo que demostrar?

—Que sabes seguir bien las instrucciones y que te gustan mis chistes.

—¿Que me gusten tus chistes es un requisito?

—Para ser un buen compañero de laboratorio, sí.

Organizamos los materiales y repasamos el experimento. Lo primero que hay que hacer es preparar la solución de polímero necesaria para crear la matriz.

—¿Quieres empezar tú? —propongo.

Entrecierra los ojos.

—¿Es otra prueba?

—Obvio. No la cagues.

—Pero sin presión, ¿eh?

Con una sonrisa en los labios, vierte la solución en las placas, que luego se depositarán en un entorno controlado, donde podrán solidificarse y formar la matriz.

—Oye, Will —digo mientras observo cómo vierte la solución. Tiene buen pulso. Me gusta—. ¿Qué nombre le pusieron los biólogos a su hijo?

—No sé, ¿cuál?

—¡Gen! —No puedo contener la risa.

Suelta un gemido, pero cuando levanta la mirada, veo que esboza una pequeña sonrisa.

—Es malísimo.

—Llegaste a un acuerdo oficial en el cual aceptabas que te gustarían mis chistes.

—Propongo modificar la palabra «gustar» por «tolerar».

—Moción denegada.

Vuelve a concentrarse en la tarea. Cuando oigo vibrar mi teléfono en la mochila, me invade la esperanza. Sabía que hoy me respondería.

Al ver que Will lo tiene todo bajo control, saco mi teléfono y echo un vistazo a la notificación.

Mi emoción se desvanece.

No es de BioRoots.

De nuevo, la decepción me atraviesa el cuerpo, pero no es tan devastadora como antes, porque también estaba esperando esta notificación. Un mensaje de uno de los componentes de mi dúo de abdominales. Pienso tanto en este chat que empieza a ser vergonzoso.

Lars y B: Escríbenos esta noche si estás por aquí. B.

Me da un vuelco el corazón. Solo he hablado con B, quien me dijo que es el rubio del pantalón deportivo gris. Lo cual me parece un poco raro, ya que el nombre de Lars, tan sueco, encaja mejor con ese aspecto.

Por otra parte, ¿quién dice que B no tiene también un nombre sueco? ¡Uy! Como Björn.

Bueno, si no era su nombre, ahora sí lo es.

Vuelvo a guardar el teléfono en la mochila con una pequeña sonrisa en los labios. Luego miro a Will y veo que me está observando.

—¿Quién era? —Arquea una ceja.

—Nadie. Solo un amigo.

—¿Solo un amigo que te hace sonreír así?

Siento que me arden las mejillas.

—Cállate.

—¿Novio?

—No.

—Te estás sonrojando.

—Qué va.

—Tienes la cara roja como un tomate.

—Lo que tú digas. Vuelve a nuestras matrices o pediré volver con George.

Se ríe.

—Está bien, lo dejaré correr.

Volvemos a nuestro trabajo. Nos quedamos callados un rato, hasta que Will rompe el silencio.

—Mmm… si una planta está deprimida, ¿crees que sus hojas se fotosensibilizarán con ella? —pregunta con expresión seria.

Gruño.

—Oh, Dios mío. Ha sido horrible.

—Le dijo la sartén al cazo.

Después de clase, salimos juntos del laboratorio y oímos el habitual murmullo de conversaciones que llena el pasillo. No podremos sembrar las células hasta mañana, ya que el proceso para crear las matrices tarda hasta un día en evaporar el disolvente y solidificar todo.

Cuando salimos del edificio, quedamos en que Will se pasará por la mañana para revisar la matriz. Sopla el viento fuera y me revuelve el pelo, que me golpea en la cara.

Me lo aparto justo cuando unos jugadores de *hockey* aparecen al pie de la escalera de entrada. Uno de ellos llama a Will y reprimo un gemido al darme cuenta de que es Beckett, de la clase de esta mañana. Uf, espero que no me vea.

Por desgracia, cualquier esperanza de pasar desapercibida se desvanece cuando otra ráfaga de viento me levanta la falda.

Me bajo la falda de lana gris de un manotazo, no sin antes escuchar el silbido exagerado que me lanza Ice Boy y ver algunas sonrisas en las caras de sus amigos.

—Controla a tus perros —le digo a Will refunfuñando.

Me mira con expresión avergonzada.

—A ver… se te ha subido la falda.

—Pero tú no has mirado —suelto con un tono seco.

—Claro que no. Nunca me fijaría en el color de tu ropa interior. —Cuando baja las escaleras, oigo que dice mientras tose—: Rosa.

Estoy casi segura de que me he ruborizado otra vez, pero logro mantener la compostura cuando paso junto al grupo de jugadores

de *hockey,* al pie de las escaleras.

—Hasta luego, buñuelito —murmura Beckett, y sus amigos se ríen.

Sigo caminando sin mirarlo siquiera.

Estimado señor Eckhart:

Esperamos que se encuentre en buen estado de salud y ánimo. Le escribimos esta carta no solo en calidad de estudiantes, sino también como dos almas irrevocablemente unidas por la ambición académica y el amor profundo.

Como ya sabe, las rigurosas exigencias del programa de ciencias ponen a prueba tanto nuestras capacidades intelectuales como nuestra resiliencia como seres humanos. Nos enorgullece decir que hemos estado a la altura de las circunstancias en todos los sentidos. Sin embargo, hay un aspecto de nuestra trayectoria académica que nos ha causado una angustia considerable: la separación que se nos impuso en las prácticas de laboratorio para la asignatura de Ingeniería Celular y de Tejidos, impartida por el profesor Bianchi.

Nuestra relación no es un impedimento para nuestro aprendizaje, sino una ventaja. Es la base sobre la que se construye nuestro éxito académico. Cuando trabajamos juntos, nuestros intelectos florecen de formas que desafían lo común. Por ello, le pedimos que reconsidere la asignación actual de compañeros de laboratorio y nos permitan trabajar juntos de ahora en adelante.

Para fundamentar aún más nuestra petición, adjuntamos una carta de nuestra terapeuta, una profesional acreditada y respetada, que ha observado con astucia la relación simbiótica entre nuestro amor y el rendimiento académico. La terapeuta avala que nuestro bienestar emocional está intrínsecamente ligado a nuestra capacidad para trabajar juntos. El apoyo mutuo que nos brindamos es incomparable y fomenta una sinergia intelectual que da como resultado un trabajo de la más alta calidad.

Según esta experta, la separación podría resultar perjudicial para nuestra salud mental y posiblemente nos llevaría a una bajada significativa en las calificaciones, una situación que sería devastadora no solo para nosotros, sino también para la reputación de este ilustre departamento.

Gracias por su comprensión y consideración.

Con el más profundo respeto y esperanza,
Lourdes y George,
Siempre Unidos por el Amor y el Aprendizaje

CAPÍTULO 8

WILL



El misterioso Lars

Me llega un mensaje de mi nueva compañera de laboratorio justo cuando me estoy quitando la sudadera. La tiro sobre la cama, abro el mensaje y sonrío.

Charlotte: La carta de Lourdes y George es una obra de arte. Pura genialidad.

Me quito los pantalones y los lanzo al suelo de una patada antes de responder.

Yo: Te lo dije. Lourdes tiene habilidades.

Charlotte: ¿En serio van a una terapeuta?

Yo: No, creo que pagaron a uno de esos psiquiatras online sin licencia para que escribiera una carta a su favor.

Charlotte: ¡Madre mía!

Charlotte: La frase que dice que la terapeuta ha observado la relación simbiótica entre su amor y su rendimiento académico es mi parte favorita.

Yo: La mía es la firma de despedida. Siempre Unidos por el Amor y el Aprendizaje.

Charlotte: ¡Magnífica! ¡Y funcionó! El profesor Bianchi nos reasignó.

Desnudo, entro al baño del pasillo y abro el grifo de la ducha. Beckett ha salido con algunos del equipo esta noche, pero yo estaba

demasiado cansado y me daba pereza ir al bar. Además, mañana tenemos entrenamiento a primera hora y no quiero que el entrenador se cabree por llegar con resaca. A diferencia de Beck, yo no me recupero tan fácilmente después de una noche de copas.

Aun así, cuando recibo un mensaje de Case después de ducharme y me pregunta si me apetece hacer algo de tranquis, le digo que venga a casa. Quedarme en casa con Case es muchísimo más cómodo que arreglarme e ir al Malone. Case vive calle abajo, en una casa que comparte con Trager y dos estudiantes de segundo año del equipo, así que entra por la puerta en menos de cinco minutos.

—Hola —lo saludo asomando la cabeza por la puerta de la cocina —. ¿Quieres algo de beber?

—Agua. —Igual que yo, Case no bebe demasiado durante la temporada de *hockey.*

Me dirijo al salón con dos botellas de agua y le lanzo una. Case y yo somos amigos desde el primer año de universidad, pero nuestros caminos se cruzaron docenas de veces durante la secundaria, porque nuestros equipos se enfrentaron a menudo en todos esos años. Yo le presenté a Gigi Graham, que estudió en el mismo instituto que yo.

A quien Case fue infiel… pero eso no es asunto mío. No me meto en la vida sexual de los otros. Además, al final todo salió bien. Case lo ha superado y Gigi se casó con Luke Ryder. Es evidente que es más feliz con Ryder que con Case.

Case se recuesta en el sillón mientras yo hago *zapping* de forma distraída. Beck y yo ni siquiera necesitamos antena porque solo vemos contenido en *streaming,* pero me gusta saber que mi padre paga una fortuna por este paquete de tele por cable que únicamente usamos para ver los canales de deportes.

—¿Has hablado con ella últimamente? —pregunta Case.

—¿Con quién? —De verdad que no sé de quién habla.

—Gigi.

La melancolía en su voz no me pasa desapercibida.

Oh.

Pues vaya.

Supongo que me equivocaba con lo de que lo había superado.

—¿Qué pasa? —dice con incomodidad—. ¿Por qué me miras así?

—Fuiste a su boda, tío.

Frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir con…? Ya no estoy enamorado de ella.

—Has dicho su nombre en un tono muy raro.

—Joder, vale. No voy a mentir. A veces la echo de menos. Ya no nos hablamos.

Asiento lentamente.

—Probablemente sea lo mejor, ¿no crees? Está casada.

—Lo sé. Pero… —Deja la frase a medias.

Durante un minuto, solo se oyen las voces apagadas de la televisión. Luego vuelve a hablar, esta vez más bajito.

—Me arrepiento a todas horas, joder.

—¿De la mamada?

Suelta un suspiro.

—De la mamada.

De todos mis amigos, Case es el último que hubiera esperado que engañara a su novia.

—No dejo de darle vueltas. ¿Y si no hubiera metido la pata? ¿Y si no me hubiera emborrachado y enrollado con esa chica? ¿Y si la hubiera detenido cuando empezó a desabrocharme los pantalones? No paro de preguntarme cómo serían las cosas si no hubiera sido tan idiota.

No digo nada. No hay nada que decir. La cagó muchísimo y perdió a una de las mejores mujeres que jamás conocerá. Me parece muy cruel restregárselo por la cara, así que me limito a esperar que continúe.

—Fui un estúpido, tío. Eché a perder algo bueno porque me dio miedo, me aburrí o lo que fuera. Y ahora ella es feliz con otro. Y me alegro por ella, de verdad. Pero a veces… siento que hay una vida paralela ahí fuera, una en la que no la cagué.

Le lanzo una sonrisa socarrona para intentar relajar un poco el ambiente.

—¿Ves? Por eso necesitamos viajar en el tiempo. Para que puedas volver atrás, darte una bofetada y no ser un idiota.

Suelta una risa, pero suena sin humor.

Volvemos a quedarnos en silencio.

—¿Y qué hay de ti? —pregunta, cambiando de tema—. ¿Alguna vez has pensado en sentar la cabeza?

—Bah, por ahora no. Pero algún día, supongo. Cuando sea mayor y más sensato.

—Es decir, nunca, ¿no? —bromea.

—Ja, ja. Solo digo que no hay prisa. Quiero disfrutar de la vida, divertirme. Pero sí, llegado el momento, buscaré algo serio. Únicamente tengo que encontrar a la chica adecuada.

Case se recuesta en el sillón y se apoya en los codos. Está hablando con seriedad, algo que raras veces sucede, y se está sincerando en lugar de bromear para desviar la conversación.

—Así que… eh… tú y Beckett. Parecéis muy unidos últimamente.

No puedo contener la risa al escuchar su tono diplomático.

—¿Me estás preguntando si soy gay?

Sonríe con timidez.

—Se me ha pasado por la cabeza.

—No. Pero… —Dudo un segundo antes de continuar.

Nunca había hablado de esto con Case. Ryder y Shane lo saben porque son los mejores amigos de Beckett, pero la verdad es que yo no he dicho nada a mis amigos, a los que eran del equipo de Briar antes de que vinieran los de Eastwood.

—Beck y yo no nos gustamos en ese sentido, pero a veces… compartimos. —Me remuevo con incomodidad—. Mujeres, quiero decir. Es algo que, bueno, nos gusta.

Case pone los ojos en blanco.

—No me digas. No es precisamente un secreto, ¿sabes? La gente habla.

—Pues no vamos anunciándolo por ahí, pero tampoco lo ocultamos. Que cada uno piense lo que quiera.

Frunce los labios, pensativo.

—¿Así que no hay celos? ¿No os sentís incómodos?

—Qué va. —Niego con la cabeza—. No. Ambos sabemos en qué andamos, y las chicas también. Es solo diversión. Sin sentimientos ni dramas.

—Siempre y cuando todos estéis de acuerdo, supongo. —Frunce el ceño.

—¿Qué?

—No sé. Es que no parece algo tan fácil de aceptar. Eres como el niño bueno que todo el mundo aspira a ser.

—Luché contra eso durante un tiempo —confieso—. Creía que me pasaba algo malo porque disfrutaba de ese tipo de cosas. Pero ahora intento no darle demasiadas vueltas. Me tomo las cosas con calma, ¿sabes? No hay razón para complicarse la vida sin necesidad.

—Sí, pero ¿qué pasará en el futuro? ¿Alguna vez has pensado qué ocurrirá si empiezas una relación estable?

Me encojo de hombros como si no me preocupara. Pero lo he pensado. Y lo es.

Preocupante, quiero decir.

No quiero quedarme soltero toda la vida. En algún momento me gustaría sentar la cabeza y casarme. Dudo lo de tener hijos, nunca me he visualizado como padre. No creo que se me diera bien la paternidad o que la disfrutara. Pero quiero lo demás: una esposa, una compañera, alguien con quien envejecer.

Supongo que mi única esperanza es sacarme de la cabeza, en el futuro, el sexo en grupo y cuánto me excita que Beckett y yo nos unamos para hacer gemir de placer a una mujer. Me gusta que esté ahí conmigo. Me gusta cuando observa. Me gusta todo.

Beckett no quiere novias, y mucho menos casarse. Probablemente le da asco la idea. Nunca me han dejado, así que no sé lo que se siente, pero tampoco he querido a una chica lo suficiente como para que me importara que me abandonase.

No voy a mentir, me sorprendí mucho cuando me di cuenta de lo mucho que Beckett amaba a su ex. El tío estaba locamente enamorado de ella. La adoró durante cuatro años, toda su etapa en el instituto, y ella le arrancó el corazón.

No lo culpo por dar un giro de ciento ochenta grados a su vida al llegar a la universidad. Ahora es un mujeriego y no siente ningún remordimiento. No quiere enamorarse. No busca una relación seria.

Pero yo no soy Beck. Yo sí quiero. Y sé que en cuanto encuentre a alguien, a una mujer por la que sienta lo mismo que Beckett por su

ex, no podré permitir que mi mejor amigo entre en nuestra habitación. Ninguna mujer estaría de acuerdo con eso, y no la culparía.

—Supongo que cruzaré ese puente cuando llegue el momento —digo finalmente—. Ahora, me limito a disfrutar de la vida. No tengo ninguna prisa por solucionar nada.

—Te entiendo —responde Case riéndose—. Sinceramente, admiro la forma en que simplificas las cosas. Yo sigo machacándome por el pasado y ahí estás tú, viviendo el presente.

—Cada uno lidia con sus mierdas a su manera, tío. Pero no puedes dejar que el pasado arruine tu futuro, ¿sabes?

La cosa empieza a ponerse un poco intensa, así que encendemos la consola y nos ponemos a jugar la última entrega de *Orcus Games,* cuyo diseño artístico es el más impresionante que he visto en un RPG. ¡Chapó por el diseñador!

Case se va a casa un par de horas después, pero sigo jugando hasta que me llega un mensaje al teléfono. Pauso el juego para echar un vistazo y descubro que es de la chica con la que Beck ha estado chateando.

Leo todos los mensajes del chat y se me pone la polla dura. Vale. Sí. Qué conversación más excitante.

Su último mensaje dice: «Hola, ¿está alguno de los dos por aquí?».

Dejo el mando a un lado y me recuesto en los cojines del sofá con el teléfono en la mano. Creo que ha llegado el momento de presentarme.

Yo: Sí. Soy Lars.

Charlie: ¡Oooh! Por fin conozco al misterioso Lars.

Yo: ¿Misterioso?

Charlie: Desde luego. ¿Por dónde andabas?

Yo: Por ningún sitio, en realidad. No he estado muy pendiente del teléfono. Pero aquí me tienes. Ponme al día. ¿Qué clase de mentiras te ha contado B sobre mí?

Cuando creamos este perfil, Beck y yo acordamos no revelar nuestros nombres reales a menos que decidiéramos conocernos en persona. Aunque nuestros «alias» tampoco es que sean dignos de espías. Basta con que uno de los dos meta la pata y diga que jugamos al *hockey* para que cualquiera sume dos más dos y se dé cuenta de que Lars es el diminutivo de Larsen. A partir de ahí, es fácil atar cabos.

Aun así, más vale prevenir que lamentar. Hoy en día, nunca se sabe con quién hablas por Internet. Por lo que sabemos, Charlie podría ser un hombre de cincuenta años llamado Aldo. O un bot. O una viuda negra que intenta arrastrarnos a la muerte.

Charlie: Sinceramente, no hemos hablado mucho de ti. Estábamos… ocupados.

Yo: Oh, ya lo sé. Acabo de leer todos tus mensajes.

Charlie: ¿Y hay algo que te gusta?

Yo: Todo. Me ha gustado todo, joder.

Charlie: Je je, de nada :)

Charlie: ¿Quién convenció al otro para crear esta cuenta conjunta? Seguro que se le ocurrió a B.

Sonrío a la pantalla. Buena suposición, Charlie. Pero tengo curiosidad por escuchar su razonamiento, así que escribo rápidamente una respuesta.

Yo: ¿Por qué lo dices?

Charlie: Tú pareces más… reservado y él, más liberal. Como si estuviera dispuesto a todo.

Yo: Lo está. Aunque no le costó mucho convencerme. Los tríos son divertidísimos.

Charlie: ¿También os acostáis? Los dos solos, me refiero.

Yo: No.

Charlie: ¿Te gustaría hacerlo?

Lo pienso. Si me hubiera hecho esa pregunta hace un año, probablemente me habría sentido incómodo. Habría soltado un «Por supuesto que no» y bromeado al respecto.

Ahora considero la pregunta de verdad.

He visto la polla de Beck muchas veces. No me asusta. Pero nunca se me ha ocurrido chuparla. Nunca he deseado que me la metiera por el culo. Si ahora visualizo esa situación, ni siquiera se me mueve la polla.

Yo: No lo sé. ¿Probablemente no?

Charlie: ¿«Probablemente» no?

Yo: No lo he pensado mucho. Supongo que depende de la situación. De cómo me sienta en ese momento. Si los tres nos estuviéramos enrollando y él me agarrase el pene, puede que no le apartara la mano.

Charlie: Tiene sentido. ¿Y mi mano? ¿La apartarías?

Yo: Creo que no tengo fuerza de voluntad para hacer eso. Aunque probablemente preferiría tu boca.

Charlie: ¿Y qué hace B mientras tú disfrutas de mi boca?

Yo: Bueno… obviamente… él disfruta de tu coño.

Aparecen tres puntos que indican que está escribiendo. Distraídamente, bajo la mano y me froto la erección por encima de los pantalones.

Charlie: Estoy muy excitada ahora mismo.

Yo: Ah, ¿sí? ¿Estás mojada?

Charlie: Empapada.

De repente, me siento muy agradecido por haber decidido quedarme en casa esta noche.

CAPÍTULO 9

BECKETT



Deja en paz a mi pequeña

—A ver, si el entrenador dice que no pasa nada, pues ya está.

—Ambos sabemos que no tiene elección. —Se oye un ruido fuerte en la cocina.

Will está furioso. No lo culpo. Esta noche, cuando jugábamos fuera de casa, el grupo de televisión de su padre apareció en la pista del equipo rival para entrevistar al entrenador Jensen, lo que significa que Jensen estaría de mal humor incluso antes de que cayera el primer disco. Luego hicieron tomas de nuestro calentamiento, lo cual enfureció al entrenador del Boston College, ya que, al parecer, nadie pidió autorización para grabar.

Ah, y, además, perdimos el partido. Así que Will está doblemente cabreado.

Si mis padres metieran las narices en mi vida cada dos por tres, tampoco me haría mucha gracia. Por suerte, mis padres son personas maravillosas que solo se ocupan de sus asuntos. El padre de Will, no tanto.

Todavía no conozco al tipo, y Will vive conmigo desde el verano. Ya estamos a finales de otoño. El señor congresista no ha aparecido ni una sola vez, aunque recibimos una cesta por la inauguración de la casa. Estaba llena de mermeladas locales y panes artesanales,

junto con una nota que probablemente algún ayudante dictó al empleado de la tienda de mermeladas.

El padre de Will parece un completo idiota.

Mientras tanto, Will sigue haciendo ruido en la cocina como si fuera un crío que acaba de descubrir las ollas y las sartenes.

—Colega, ¿qué haces? —grito—. Creía que ibas a buscar tu teléfono.

—Sí, pero luego he visto el fregadero.

—Ya, culpa mía. —Me tocaba fregar los platos—. Pero podemos recoger mañana.

—Ni hablar. Mañana me toca hacer el desayuno. Necesito una cocina limpia para cocinar.

—Déjalo para luego, para cuando volvamos a casa.

—Estaremos demasiado borrachos.

—Qué pejiguero eres.

—Vete a la mierda. No tardaré más de tres minutos.

Sonrío para mis adentros. Will era un angelito cuando lo conocí. Ahora me manda a la mierda a diario. Es genial.

Me dejo caer en el sofá y me entretengo echando un vistazo a mis mensajes. Tengo uno de una preciosa estudiante de segundo que conocí en el campus hace unos días, pero me interesa más el chat con Charlie. Lo abro y descubro que Will por fin ha conocido a nuestro *match.*

Me recuesto más y, a continuación, leo su conversación y arqueo una ceja cuando un mensaje me llama la atención.

«Si los tres nos estuviéramos enrollando y él me agarrase el pene, puede que no le apartara la mano».

Interesante. Ni se me había ocurrido agarrarle la polla a Larsen. Es de lo más heterosexual. Yo también, por lo general. Simplemente, soy más abierto que la mayoría, y nada me pone más que excitar a alguien. Así que, si Charlie fantasease con eso, quién sabe, quizá no le apartaría la polla.

Me relamo los labios y me recoloco un poco las partes cuando su conversación se vuelve totalmente porno. Hablando de fantasías… Fíjate, Charlie tiene una fantasía automovilística. Nuestra chica *sexy* y morbosa quiere que la follen sobre el capó de un deportivo.

Estoy casi empalmado cuando Will aparece por la puerta.

—¿Qué te pasa? —pregunta al ver mi expresión de dolor.

Le enseño el teléfono.

—Veo que has conocido a Charlie.

Esboza una sonrisa tímida.

—Me gusta.

—Sí, a mí también.

—Todavía no le has propuesto que nos veamos —señala.

—Tú tampoco.

Will se encoge de hombros.

—No está lista para eso.

—Exacto.

Os juro que compartimos la misma mente. A veces siento que somos una sola persona. O más que una sola persona, dos complementarias. Estamos muy equilibrados. Will es bastante intenso. Yo, demasiado despreocupado. A él le gusta llevar la voz cantante cuando nos enrollamos con una chica. Yo no tengo problemas en seguir sus instrucciones. «Cómele el coño, Beck». «Fóllatela por detrás». Y yo encantado.

Me muero por conocer a Charlie. Es graciosa. Guapísima. Me gusta que escriba frases enteras y utilice signos de puntuación. No soy de esos que dicen: «Stas x ahi? M pones a 1000, nena!». Ahora que existe el autocorrector y la escritura por voz, no hay motivo para usar abreviaturas.

—El coche ya está aquí —informa Will mientras mira su teléfono.

Me levanto del sofá con dificultad y lo sigo hasta el recibidor. Como hace demasiado viento para caminar esta noche, decidimos ser unos derrochadores y pedir un coche. Will se lo puede permitir. Todos los gastos corren a cuenta de su padre. Empezaba a sentirme como un muerto de hambre cada vez que Will sacaba la tarjeta (no me deja pagar la compra, la gasolina ni las suscripciones de las cuentas de *streaming),* pero creo que Will disfruta fastidiando a su padre. Me sorprende que el congresista todavía no haya empezado a pagar las facturas de mi teléfono.

El coche nos deja frente al Malone exactamente cuatro minutos y medio después. Hay mucho ruido y gente en el bar, todo es un caos

cuando entramos, justo como me gusta. El sitio está abarrotado, lo que me obliga a abrirme paso a codazos. Siempre que un aficionado al *hockey* nos ve, nos saluda con palmadas en la espalda y vítores, lo cual es increíble si tenemos en cuenta que hoy hemos jugado fatal. Lo mejor que hice en el hielo fue estampar a un defensa del Boston College contra la valla para que Shane cogiera el disco y anotara el único gol de la noche. Aun así, nos dieron una paliza: 3 a 1.

El aire está impregnado de cerveza, sudor y ligeros toques de perfume y colonia. Al pasar junto a una pareja, cometo el error de inhalar justo en ese momento y me llega el olor almizclado del gel de ducha del tío. ¡Joder! Hay que usarlo con moderación, colega.

Echo un vistazo a la barra y veo una fila interminable de gente que espera su turno con impaciencia para pedir algo de beber.

—Yo voy a por una jarra —dice Will en voz alta para que pueda oírlo por encima de la música—. Tú a buscar a los chicos.

—De acuerdo.

Todas las mesas y reservados están ocupados, principalmente por estudiantes de Briar. Deambulo por la primera sala y paso a la contigua, que alberga algunas mesas de billar y otra larga hilera de reservados. Escudriño a la gente en busca de mis compañeros de equipo. Siempre intento localizar a Patrick porque su pelo rojo y brillante es el más fácil de identificar. ¡Premio! Está en medio de la sala, apretujado en un reservado con Nazzy, Nick Lattimore y otros cuantos compañeros.

Me abro paso hacia mis chicos, pero aminoro la marcha al ver una cara conocida: Charlotte, de mi clase.

Nuestras miradas se encuentran y frunce el ceño. Respondo con una sonrisa. Esta chica me odia por la sencilla razón de que la avergoncé el primer día. Vale, supongo que sería un buen motivo… si hubiera pretendido avergonzarla. No sabía que fuera alérgica a los chistes. En lugar de reírse, se puso roja como un tomate mientras intentaba limpiarse el azúcar de la cara.

Me habría olvidado del asunto si incordiar a Charlotte Kingston no fuera lo más emocionante de Política Medioambiental. Esas clases son aburridísimas. De hecho, en casi todas nos sueltan sermones

largos y monótonos en lugar de mandarnos trabajos prácticos. Pensaba que, como estudiante de Ciencias Ambientales, haría cosas guays, como colgarme de molinos de viento y salvar ballenas varadas con una sola mano.

He vivido engañado.

—Buñuelito —la saludo y asiento con la cabeza.

—Ice Boy.

Qué pena que siempre me mire con el ceño fruncido, porque la verdad es que está buenísima. La oí contar a alguien que nació en Corea del Sur, pero que la adoptaron de bebé y se crió en Connecticut. Sin duda alguna, encaja con el estilo de Connecticut, con esos suéteres ajustados y las faldas plisadas. Me sorprende que no lleve unas merceditas relucientes. Pero prefiere los botines de ante. Tobilleros. Se cubre los tobillos como debe ser. Dios no quiera que los hombres se pongan cachondos al verlos y se saquen la polla de los pantalones.

Estoy a punto de seguir mi camino cuando su acompañante me llama la atención.

—Oh, a ti te conozco —digo con una sonrisa.

La chica sentada frente a Charlotte es una morena, esbelta, con unos ojos azules enormes y unas cuantas pecas en su delicada nariz. Pero un cuerpo que quita el sentido metido en unos vaqueros ajustados y un top diminuto, que deja a la vista un vientre plano y unos pechos respingones, contradice su cara bonita, rebosante de inocencia.

—Lárgate —gruñe Charlotte—. Deja en paz a mi pequeña.

—¿Tu protegida? —Arqueo una ceja.

—Te dije que no me llamaras así en público —protesta la morena.

—¡Blake! —exclamo cuando recuerdo su nombre.

Vino a una fiesta con nosotros hace unas semanas. Acompañaba a Diana Dixon, la novia de Shane.

Charlotte nos mira con suspicacia.

—¿Os conocéis?

—Eres la prima de Gigi, ¿verdad? —le digo a la morena, ignorando la mirada asesina de Buñuelito.

—Amigos de la familia. En realidad, no somos parientes.

—Tu padre es John Logan.

Blake parece divertida.

—¿Por qué lo dices como si hubiera cometido un delito?

—Hombre, ¿cómo te atreves a dejarte criar por ese hombre? Debería ser mi padre.

—Puedes quedártelo. Es demasiado protector.

—Creo que me encantaría que John Logan me protegiera. Podría acurrucarme en sus brazos y gozar de toda esa grandeza del *hockey.*

Charlotte nos interrumpe, molesta.

—Estamos un poco ocupadas. ¿Podrías…? —Hace un pequeño gesto con la mano para invitarme a irme de allí.

—Un día de estos dejarás de ser mala conmigo —digo.

—No soy mala.

Me vuelvo hacia Blake.

—Normalmente, le haría un favor a tu padre y no te dejaría a merced de un grupo de tíos cachondos en un bar deportivo vestida así, porque o sales de aquí con novio o con un rollete. Pero estás con Charlotte, que es un repelente para los hombres. Así que…

—Ja, ja. —Buñuelito suelta una carcajada de lo más falsa—. Lárgate, Ice Boy.

—Sí, Su Majestad. —Le guiño un ojo y sigo caminando hacia mi reservado.

CAPÍTULO 10

CHARLOTTE



Super Magnums

—Les acabas cogiendo el gusto —suelta Blake.

—¿A quiénes?

—A los jugadores de *hockey.* Pueden ser muy molestos, pero lo compensan con su encanto.

—No hay duda de que este se cree encantador… —Señalo la dirección por la que se fue Beckett Dunne con un gesto de cabeza.

—Creo que eres la única persona inmune a él. —Se ríe y se lleva la pajita a los labios para darle un sorbo a su té helado.

Quise invitarla a una cerveza. Bueno, podría haberla comprado ella misma porque ni siquiera le pidieron el carné al entrar, pero Blake me dijo que no bebe mucho. Yo tampoco, el alcohol me da sofocos. Como si tuviera la maldita menopausia.

Así pues, ella está tomando un té helado y yo, una Coca-Cola. Somos la definición de dos fiesteras que disfrutan de un sábado por la noche. La habría llevado al restaurante, pero hoy está cerrado por una fiesta privada.

—¿Y tú? ¿También eres inmune a sus encantos? —le pregunto a Blake mientras la miro con los ojos entrecerrados.

Se encoge de hombros.

—Creo que está buenísimo.

Suelto un gruñido. Traidora.

—Vamos, Charlotte. Sabes que está buenísimo.

—Objetivamente, sí.

—Oh, venga ya. —Se ríe—. Subjetivamente también. Beckett Dunne es guapísimo.

Vale, tienes razón. Es alto y atlético, con el pelo rubio despeinado. Tiene unos impresionantes ojos grises que siempre brillan con picardía y una sonrisa arrogante que adorna su imponente mandíbula.

—No te dejes engañar por su encanto. Parece de esos que van rompiendo corazones allá por donde pasa.

—Eh, es demasiado mayor para mí. Mi padre me mataría si saliera con uno de cuarto. Una vez, me oyó decir a mamá que Wyatt, el hermano de Gigi, me parece guapo, y casi le da un infarto.

—¿Wyatt estudia aquí?

—No, creo que ahora está en Nashville. Es un músico atormentado. —Suspira—. Eso sí, muy *sexy.*

Uf, sí que lo es.

¿Y por qué seguimos los estereotipos? ¿Por qué las mujeres siempre se decantan por los chicos malos y melancólicos? Supongo que porque queremos cambiarlos. Domarlos. Pero ¿no hemos aprendido la lección tras siglos de anécdotas? Estos tíos no se pueden cambiar. Son un peligro andante.

—Pero bueno, nada de tíos mayores para mí. Ni de jugadores de *hockey.* —Hace una pausa—. Al menos, ya no. —Intenta disimular una sonrisa mientras da otro sorbo.

—¿Ya no? —pregunto.

—Perdí mi virginidad con uno —confiesa—. El año pasado.

¡Ja! Lo sabía.

—¿Estuvo bien?

—Sorprendentemente bien.

—Qué suerte. Mi primera vez fue un desastre —admito—. Estaba muy tensa porque temía que mis padres volvieran antes del fin de semana de spa, al que fueron por su aniversario. No podía relajarme, así que me quedé ahí tumbada, con todos los músculos del cuerpo tensos, y cuanto más amable intentaba ser el tío, más me estresaba. Hasta que al final le solté: «¡Acaba ya de una vez!».

Blake se echa a reír.

—¡No! ¿En serio?

—Ya lo creo que sí. Pero no me refería a terminar de follar. Solo quería quitarme de encima la penetración. —Blake tiembla de la risa —. Quería que me rompiera el himen y pasáramos a la parte que se supone que es divertida.

—¿Y lo hizo? O sea, ¿te divertiste después de lo del himen? — Sigue riéndose.

—No. Fue horrible. Se le rompió el condón y solo tenía uno.

—¿No compraste condones por si acaso?

—Sí, claro, pero…

—¿Qué?

Me muerdo el labio para contener la risa.

—Le quedaban grandes.

Suelta otra fuerte carcajada.

—¿Qué? ¿¡Por qué!?

—Compré la talla inadecuada —explico. Ya no puedo contener la risa—. Por resumir, cuando tenía doce años, mi hermana mayor salía con un chico del instituto y, husmeando, encontré una caja de Super Magnums en el cajón de su mesita de noche…

—¿Super Magnums?

—Sí, son el doble de grandes que los Magnums normales. Ava me pilló husmeando y acabamos hablando de sexo y métodos anticonceptivos, mi hermana me dijo que las mujeres deben tener sus propios condones. Le pregunté por qué había comprado esa marca y me aseguró que eran los más cómodos. —Resoplo—. Pensé que se refería a que eran más cómodos para ella. No caí en que eran los adecuados para el enorme pene de su novio. Así que el día que mis padres se fueron de viaje, fui a la farmacia y compré una caja de Super Magnums. Cuando a aquel chico se le rompió el condón, le di uno mío, y te juro por Dios que le colgaba del pene como si fuera una bolsa de plástico.

Blake se desploma sobre la mesa, muerta de risa.

—¡No puedo! Me voy a mear encima.

—Vale, ahora quiero oír el chiste —dice una voz masculina.

Me quedo helada cuando me doy cuenta de que es Isaac Grant.

¿Qué hace aquí?

Solo nos hemos visto en un aparcamiento clandestino. Como en un intercambio de rehenes, siendo los rehenes fluidos corporales. Él sabe que no debe hablar conmigo en público.

Aunque… no me mira a mí.

—Me dejaste en visto —la acusa con un tono mordaz.

Me cuesta la vida mantener la boca cerrada. ¿Cómo? ¿De qué se conocen estos dos?

Por un segundo, me siento un pelín celosa y quizá un poco insultada porque finge que no me conoce. Pero cuando su mirada se posa en mí y me dedica una sonrisa imperceptible, me doy cuenta de que simplemente está haciendo lo que le pedí. «No hablar en público después de esto» fue una de las reglas que le impuse antes de meterle la lengua en la boca.

—¿Quién es? —le pregunto a Blake, haciéndome la tonta.

Ahora el chico me dedica una sonrisa en condiciones.

—Soy Isaac.

—Juega al fútbol o algo así —me dice Blake.

Me muerdo el labio. «Juega al fútbol o algo así». Isaac es, literalmente, la estrella del equipo. La temporada pasada, lo eligieron mejor jugador, por encima del *quarterback.*

Isaac la mira con los ojos entrecerrados.

—¿Quieres bailar?

—No me gusta bailar.

—Vale. Pues nos podemos quedar ahí de pie.

—No me gusta estar de pie. Además —me señala con la mano—, estamos en medio de una conversación.

—¿Vienes a buscarme después de tu conversación?

—Claro, te enviaré un mensaje. —Con una mirada significativa, espera a que el chico se vaya.

Prácticamente veo cómo le palpita la vena de la frente mientras se aleja.

Me asomo por el lateral del reservado para echar un vistazo a dónde se dirige. Se adentra en la zona recreativa, donde dos corpulentos linieros rodean una de las mesas de billar. No pintan nada aquí. Probablemente, porque este no es su lugar. Que no sea

fan del *hockey* no significa que no sepa que el Malone es su bar. El bar que hay calle abajo es donde se reúnen los jugadores de fútbol americano, al menos cuando salen de sus casas. Estos suelen dar fiestas más discretas, mientras que a los de *hockey* no les importa armar un buen escándalo.

—¿De qué iba eso? —pregunto, divertida.

—Mi amiga Diana nos presentó en una fiesta de la fraternidad y se quedó prendadito de mí.

Nunca he escuchado a nadie hablar con tan poco entusiasmo.

—Te das cuenta de que el noventa y cinco por ciento de las mujeres de esta universidad, y probablemente de la sociedad en general, estarían encantadas de que Isaac Grant estuviera coladito por ellas, ¿verdad?

—¡Ja! Entonces, ¿sabes quién es?

Pongo los ojos en blanco.

—Por supuesto. No hay muchos famosos en el campus de Briar.

Una parte de mí tiene la tentación de confesar que me lié con él, en su coche, la semana pasada, pero tengo una reputación que mantener. Charlotte Kingston es una chica respetable, de una hermandad que presidió su madre. Será ingeniera biomédica y tiene una media de sobresaliente.

No mantiene conversaciones guarras con dos guaperas sin rostro en una *app* antes de acostarse. Y no va a admitir que casi tuvo un lío de una noche con un jugador de fútbol en un aparcamiento. Ni de coña.

Me suena el teléfono cuando me llega un mensaje de otra persona de la que no voy a hablarle a Blake Logan.

Dante: ¿Sigue en pie lo de esta noche?

—Perdona, tengo que responder. Grupo de estudio —miento mientras desbloqueo el teléfono.

Yo: Claro. Nos vemos a medianoche.

Dante: Me muero de ganas.

Blake me observa mientras guardo el teléfono.

—¿Qué?

—¿Por qué tengo la sensación de que eres más de lo que aparentas?

Arqueo una ceja.

—¿Acaso no puede decirse eso de todo el mundo?

—Supongo —reconoce mientras remueve el líquido del vaso con la pajita—. Pero normalmente se me da bien juzgar a las personas.

«Tienes dieciocho», estoy a punto de soltar. Pero me doy cuenta de lo condescendiente que suena. A los dieciocho años se puede juzgar bien a las personas. Ser tres años mayor no me hace más sabia.

—No sé qué decirte. Soy exactamente lo que parezco. Mejor que sigamos con lo que estábamos antes de que Isaac nos interrumpiera de forma tan grosera.

—¿De qué hablábamos?

—Eh… perdiste la virginidad con un jugador de *hockey.* Estás coladita por un músico atormentado. Super Magnums. Ah, sí, la razón por la que estamos aquí: tu deseo de especializarte en Comunicación.

Volvemos al tema que nos incumbe, porque eso es lo que se supone que debo hacer con esta chica: guiarla.

Nos quedamos en el Malone una hora más y luego pagamos la cuenta. Blake tiene que ir al baño antes de irnos, así que me dirijo a

la puerta para esperarla afuera. A mitad de camino, veo una figura familiar. Will, mi nuevo compañero de laboratorio.

Es el tipo de chico que llama la atención por su altura y complexión. Sus robustos hombros se estrechan hasta dar paso a una cintura esbelta. Se le marcan los músculos bajo su camisa azul de manga larga.

—Hola —me saluda. Parece contento de verme.

—Hola.

Se inclina hacia mí para que pueda oírlo por encima de la música.

—¿Cómo has visto las muestras hoy?

Will tenía entrenamiento de *hockey* esta mañana, así que yo me encargué de comprobar las células en el laboratorio. Las colocamos en el biorreactor a principios de semana, y ahora debemos extraer muestras periódicamente y analizarlas con el microscopio para evaluar la viabilidad de esas células para sobrevivir en la matriz.

—¡Pinta muy bien! Hay un montón de células adheridas a la matriz.

—Genial. —Gesticula—. ¡Joder, qué calor hace aquí!

Cuando se remanga, no puedo evitar fijarme en sus fuertes manos y las venas que le recorren los antebrazos. Lo visualizo con un palo de *hockey* en la mano, estampando el disco en la red, mientras su cuerpo se mueve con una fuerza descomunal y, de repente, comprendo por qué el *hockey* resulta tan atractivo.

Me sorprende sentir un cosquilleo entre las piernas. Qué lástima no tener tiempo para hablar con mis sensuales suecos y disfrutar de un orgasmo o dos mientras Lars o B me dicen todo lo que quieren hacerle a mi cuerpo.

No obstante, esta noche tengo un plan mejor.

CAPÍTULO 11

CHARLOTTE



Mejor que los orgasmos y los sobresalientes

La residencia de Blake está en dirección contraria a donde tengo que ir, pero ella cree que yo también voy a casa, así que me veo obligada a conducir hasta el campus, dar media vuelta y volver a Hastings para coger la interestatal. Pongo la dirección en el GPS, aunque me sé el camino de memoria. Dante y yo somos unos profesionales ya.

Como es octubre en Nueva Inglaterra, la autovía está completamente oscura y, de repente, caigo en que, si tengo un accidente de coche ahora mismo, nadie sabrá por qué estoy aquí, en medio de la nada. Al menos hasta que lean mis mensajes y vean que iba a reunirme con Dante. Ni siquiera he hablado con Faith de estas excursiones nocturnas. Me apoya hasta cierto punto, pero me da la sensación de que esto no lo aprobaría.

Busco una lista de reproducción de canciones pop y pongo la primera a todo volumen, una canción movida de Mollie May que me invita a tamborilear el volante con los dedos mientras canto. Normalmente escucho alguno de mis audiolibros de la universidad, pero lo último que me apetece ahora mismo es pensar en las clases.

Ha sido una semana estresante. Los exámenes parciales fueron más difíciles de lo que esperaba, y estudié muchísimo. Siempre lo hago. Pero me preocupa haberla cagado con el trabajo sobre el

desarrollo de órganos artificiales. Creo que no incluí suficientes detalles.

No puedo permitirme bajar mi media en esa clase, sobre todo porque ya me está costando bastante el laboratorio de instrumentación. Este último es todavía más aterrador, ya que mi proyecto final está directamente relacionado con él: estoy diseñando un dispositivo médico similar a los que probamos en el laboratorio.

Estaba convencida de que mi proyecto final tendría algo que ver con la biotecnología. Joder, el plan de estudios del laboratorio de Biología se enfoca en la clonación y la modificación genética. Había apostado plenamente por ese campo… hasta que me fascinaron las técnicas de procesamiento de señales que se utilizan en el diseño de dispositivos médicos. Creí que me aburriría con tanto diagnóstico, pero, no sé por qué, Instrumentación terminó siendo una de mis asignaturas favoritas. Sacar mala nota es inadmisible en esa asignatura.

Cuando suena la siguiente canción, subo el volumen. No puedo dejar que el estrés me afecte. Tengo que acallar mis pensamientos antes de que…

Demasiado tarde.

Empieza a formarse una oleada. Me arrolla cada vez que me siento abrumada, pero no es exactamente un ataque de pánico. No tengo el corazón acelerado ni las palmas de las manos sudorosas. Es más bien una sensación de presión sofocante que me envuelve por todas partes. La denomino «ola de presión».

Y, ahora mismo, está creciendo y amenaza con arrastrarme mientras recuerdo todo lo que tengo que hacer.

Mantener mi nota media.

Clavar mi proyecto final.

Administrar las finanzas de Delta Pi.

Planificar la gala.

Enviar las solicitudes para el posgrado.

Madre mía, ni siquiera he empezado con las solicitudes, lo estoy dejando para el último momento. Tengo que escribir tres redacciones personales para la semana que viene. ¡Tres! ¿Por qué es un requisito, joder? Ya la hice para el grado. Escribí sobre mi

adopción y los desafíos que me supuso desvincularme de la cultura en la que nací, pero nunca conocí. Supongo que podría escribir algo parecido y luego adaptarlo a los requisitos de redacción de cada programa…

«¡Conténla, Charlotte!», grita una voz en mi interior cuando la presión se agudiza y me oprime.

Respiro profundamente, pero el aire no me llega a los pulmones. Normalmente, cuando la ola de presión me golpea, recurro a un método de contención. Es solo uno de los muchos que utilizo a diario. Es un poco friki, pero me ayudan.

Vuelvo a inhalar, visualizo la ola y empiezo a absorberla. Meto cada gramo de presión y pesadez en la pequeña caja gris que hay en mi mente. Embuto la enorme ola ahí dentro, y consigo aplastarla y comprimirla hasta que queda completamente contenida. Luego cojo la caja y la meto en el microondas.

Sí, hay un microondas en mi visión.

La pantalla del microondas no tiene números, solo un botón que dice: «EXPLÓTALO». Lo presiono y, cuando la pantalla empieza a mostrar una cuenta regresiva desde cinco, agarro el microondas y lo tiro a una piscina.

El pesado aparato se hunde hasta el fondo y explota enseguida. Toda la presión que había en su interior se disipa en ondas relajantes que recorren la piscina en todas direcciones, y siento una oleada de alivio que, os prometo, es mejor que un orgasmo.

No estoy segura de que esto fuera lo que mi terapeuta del instituto tenía en mente cuando me recomendó la visualización, pero a mí me funciona, y eso es lo único que importa. Me siento considerablemente más ligera cuando estoy a punto de llegar al final del trayecto de noventa minutos.

Resulta espeluznante venir aquí de noche. Como todo está a oscuras, lo primero que veo siempre son los imponentes focos que se ciernen sobre la tribuna. Son tan brillantes que se ven desde lejos, y proyectan una luz fantasmal sobre el edificio que ilumina los bordes de la pista y el oscuro descampado lleno de plazas de aparcamiento vacías. Mis faros proyectan largas sombras sobre el asfalto cuando llego a la entrada, que está señalizada por un enorme

letrero desgastado y con la pintura descolorida tras años de exposición a las inclemencias del tiempo.

Amato Racing

El nombre está grabado en letras gruesas, negras. Debajo del letrero, una valla metálica rodea el perímetro, bordeado por algunas luces de seguridad.

La grava cruje bajo mis neumáticos cuando aparco junto a una camioneta que conozco. La de Dante.

Por un momento, siento la habitual punzada de inquietud por estar aquí, sola, a estas horas de la noche. Pero siempre extremo las precauciones. Le escribo a Dante para avisarle de que estoy aquí y me quedo en el coche con las puertas cerradas hasta que lo veo salir del edificio. Siempre viene a buscarme para acompañarme adentro.

Con suerte, cualquier asesino que merodee por los alrededores le echará un vistazo a Dante y será lo suficientemente listo como para no meterse con él. Puede que no sea muy alto, pero es corpulento, está cubierto de tatuajes y tiene el ceño fruncido. Si no supiera lo tierno que es por dentro, cruzaría la calle solo de verlo.

Salgo del coche e inhalo el aire fresco de la noche, que trae un ligero olor a gasolina y caucho.

—Hola, princesa —saluda Dante mientras me rodea con su corpulento brazo—. ¿Qué tal el viaje?

—Tranquilo. —Me inclino para darle un beso en la mejilla—. Me alegro de verte.

—Te he echado de menos —dice al tiempo que me aprieta el hombro—. Has escogido una buena noche para venir. Tengo una sorpresa para ti.

La expectativa me revuelve el estómago. Las sorpresas de Dante son las mejores.

Lo tomo de la mano, prácticamente lo arrastro hacia la entrada, y le provoco una carcajada. Cada vez que Dante se ríe, suena como si le saliera de lo más profundo del pecho.

Atravesamos el edificio principal y desembocamos en la parte trasera. La tribuna está parcialmente iluminada por los focos, con la mayoría de las zonas sumidas en una profunda sombra, los asientos vacíos resultan escalofriantes en la oscuridad. A la izquierda de la

pista principal se encuentra la de karts, más pequeña, con unas curvas sinuosas que apenas se ven por la noche.

Dante y yo pasamos de largo ambas pistas y nos dirigimos a una zona bien iluminada situada a la derecha.

También conocido como mi paraíso personal.

La familia de Dante no solo es dueña de un circuito de velocidad, sino que también dirige un negocio paralelo, que ofrece una experiencia de lujo a clientes que sueñan con conducir deportivos de alta gama. Me refiero a Ferraris, Lamborghinis y Porsches. Dante me contó que este servicio representa casi la mitad de los beneficios del circuito.

Y a mí me deja usarlo gratis.

Si no fuera el hijo del dueño, sin duda lo despedirían por esto.

—¿Cómo te ha ido la semana? —pregunta.

—Ajetreada.

Me quejo de los exámenes parciales durante unos minutos, y él me lo permite porque es ese tipo de amigo, de los que muestran entusiasmo por tus intereses, aunque se mueran de aburrimiento, solo porque sabe que son importantes para ti.

Nos conocimos en una fiesta en una piscina, en Boston, cuando estaba en segundo. Fui con unas chicas de clase, pero ellas se marcharon pronto y yo me quedé un rato más. Activé el modo Charlie y coqueteé con un chico muy mono en el porche. El chico estaba hablando cuando Dante llegó en un Alfa Romeo como si fuera el puto amo. Dejé tirado al chico a mitad de frase y me acerqué para admirar el coche. Dante me preguntó si quería dar una vuelta, y el resto es historia. Me fui de Boston esa noche con un subidón de adrenalina y un mejor amigo gay cuya familia era dueña de un circuito como Dios manda.

La primera vez que Dante me invitó de madrugada, estaba tan paranoico que resultaba casi gracioso. Se sentó en el asiento del copiloto de un McLaren blanco descapotable con los puños apretados contra los muslos, muerto de ansiedad. Se negó a dejarme conducir a más de cincuenta kilómetros por hora hasta que decidiera si merecía aumentar la velocidad. En cada visita,

aumentaba el límite de velocidad y, a día de hoy, no tiene reparos en dejarme conducir sin restricciones por la pista a toda velocidad.

Mis padres me matarían si supieran que conduzco coches de carreras en una pista vacía a medianoche, pero soy una conductora precavida. Nunca voy más rápido de lo que puedo controlar, y Dante insiste en que nos pongamos casco, aunque técnicamente no es necesario.

—Estoy muy estresada. —Suspiro, dando por terminada mi sesión de quejas.

—Bueno, ahora podrás olvidarte de todas esas tonterías durante un rato. —Dante sonríe—. Vamos. Te va a encantar.

Me guía por la hilera de coches de lujo apostados en el aparcamiento, cuyas carrocerías elegantes y pulidas brillan bajo las luces.

La emoción me invade al detenernos frente a un coche que nunca había visto aquí. Un Corvette Stingray, rojo cereza, que parece diseñado para superar todos los límites de velocidad existentes.

Suelto un fuerte gemido.

Dante se estremece.

—¡Joder, princesa! Soy gay, pero ese gemido sexual me la ha puesto dura hasta a mí.

—Quiero casarme con este coche. —Apenas soy capaz de contener la emoción—. Esta noche quiero conducirlo.

—Sabía que dirías eso. Pero no te pases, ¿vale?

Le sonrío.

—No prometo nada.

—Prepárate —me ordena y me lanza mi casco habitual.

En cuanto me siento en el asiento del conductor, el lujoso interior me envuelve como un caparazón. Los asientos de cuero son suaves como la mantequilla. El salpicadero parece sacado de una película de ciencia ficción. El corazón me late con fuerza cuando acaricio el volante con las manos, y el ansia se apodera de mí.

Dante se acerca y pulsa el botón de arranque. El motor cobra vida y suelta un sonido grave y potente que me provoca un escalofrío y un hormigueo entre las piernas.

Los coches me ponen.

El trabajo de laboratorio me pone.

Soy una cebolla con más y más capas.

Miro a Dante, quien asiente para darme el visto bueno. Conduzco el Stingray hacia la pista con cuidado, con el pie suspendido sobre el acelerador. Los focos proyectan un brillo casi surrealista sobre el asfalto, de modo que parece una cinta de seda negra que se despliega en la oscuridad de la noche.

—Dalo todo —me anima.

Respiro profundamente y piso el pedal del acelerador.

El Stingray sale disparado y la fuerza de la aceleración me empuja hacia atrás. ¡Joder, sí! Afuera, el mundo se vuelve borroso a medida que el velocímetro sube, y siento una estimulante descarga de adrenalina. Los neumáticos se adhieren a la pista con precisión mientras guío el deportivo por la primera curva. Tengo el control total, estoy completamente sincronizada con el automóvil.

Dante chilla a mi lado, un grito apenas audible por encima del rugido del motor.

—¡Sí, nena, sí, joder!

Me río, y el sonido brota de lo más profundo de mí.

—Es fantástico, ¿verdad?

Le doy más potencia al coche, aumento la velocidad y dejo que me domine. Esto es mejor que el sexo. Es mejor que los orgasmos y los sobresalientes.

Esto es el cielo.

La pista es un sendero sinuoso y lleno de curvas, pero la recorro con soltura, con las manos firmes en el volante y el pie fijo en el acelerador. Cada curva es como una danza entre el control y el caos. Estoy aturdida. El Stingray responde a cada uno de mis movimientos como si fuera una extensión de mí y, por unos instantes, siento que nada más importa.

Mientras recorro la recta final con el coche a toda velocidad, la tensión de los últimos días se desvanece y da paso a una euforia salvaje y despreocupada.

Finalmente, levanto el pie del acelerador y detengo el Stingray. El coche se queda al ralentí con un ronroneo bajo y satisfecho, como si acabara de echar un buen polvo.

Me vuelvo hacia Dante, sin aliento y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ha sido increíble.

—Te dije que valdría la pena.

—¿Otra vuelta?

—Joder, sí.

CAPÍTULO 12



Charlie: Perdón por no responder anoche. Llegué a casa como a las cinco de la mañana.

Lars y B: Parece que tuviste una noche movidita.

Charlie: Pues sí. ¿Con quién estoy hablando?

Lars: Oh, lo siento, soy Lars.

Charlie: ¡Mi rompecorazones sueco! ¿Cómo está Björn?

Lars: Mmm… ¿quién?

Charlie: Oh, a B lo llamo Björn. Os imagino como dos suecos musculosos. Veo a dos gloriosos vikingos.

Lars: Creo que la mayor parte de los vikingos eran de Noruega, no de Suecia.

Charlie: Por favor, no me lo arruines.

Lars: ¿Tienes un fetiche vikingo? ¿Es eso?

Charlie: No creía que lo tuviera, hasta ahora…

Lars: Te gusta la idea de que te conquisten.

Charlie: Dios mío. Creo que sí.

Lars: Está bien. Digamos que B y yo queremos conquistarte. ¿Cómo se desarrolla la situación?

Charlie: Mmm. Vale. Supongo que empezáis derribando mi puerta y entrando en la habitación.

Lars: ¿Te encontramos en la cama? ¿En el escritorio?

Charlie: Estoy en la cama. Desnuda. Tocándome.

Lars: ¿Te interrumpimos mientras te masturbabas?

Charlie: Sí.

Lars: ¿Estabas cerca?

Charlie: Muy cerca.

Lars: Oh, qué pena. Porque no te dejamos terminar, ¿verdad, Charlie? Tu orgasmo ahora nos pertenece. Intentas cubrirte, pero es demasiado tarde. Hemos visto todo tu cuerpo, tan sexy y apretado. Y ahora estás a nuestra merced. Me subo a la cama contigo y te sujeto. B se arrodilla a los pies de la cama. ¿Te resistes a nosotros o nos suplicas?

Charlie: Suplico.

Lars: Claro que sí. Nos gusta oírte suplicar. Deslizo la mano entre tus piernas y te abro el coño para él.

Charlie: Oh, Dios mío.

Lars: Te susurro guarradas al oído mientras él te lame. Luego entrelazo los dedos en su pelo para sujetarle la cabeza y mantenerlo entre tus piernas.

Lars: ¿Nena? ¿Sigues ahí? No te atrevas a dejarme tirado ahora.

Charlie: Lo siento. Ya estoy aquí. Tenía que quitarme las mallas.

Lars: ¿Te estás tocando?

Charlie: ¿Cómo no voy a hacerlo? ¿Me estás diciendo que no se te ha puesto la polla dura?

Lars: Como una piedra. Pero sigue dentro de los pantalones.

Charlie: Sácatela. Por favor.

Lars: Joder.

Charlie: ¿Lo has hecho?

Lars: Sí.

CAPÍTULO 13

CHARLOTTE



Imagina mi magnificencia en tu mesa

Después de más de una semana, puedo afirmar con mucha certeza que mi hermano biológico no está interesado en contactar conmigo.

El Método me garantizó que podía vivir con ese resultado, pero… sigue siendo una mierda.

Nunca he sido una persona muy optimista. Tampoco soy escéptica. Supongo que solo soy realista. Reconozco que ocurrirán cosas muy buenas y otras no tanto. Pero no puedo negar que esta vez había apostado por el optimismo.

De verdad creía que querría conocerme.

Faith llama a la puerta de mi habitación el miércoles por la noche y, cuando entra, me pilla en un momento de bajón.

—¿Estás lista para la reunión?

—No —respondo con tristeza.

—Bueno, no lo decía en sentido figurado, sino más bien en sentido literal. ¿Estás lista para bajar o tienes que ir al baño?

Me levanto de la cama perfectamente hecha y me acerco al escritorio para coger el portátil y el teléfono.

—No, estoy bien. Vámonos.

—¿Qué ocurre?

—Me ha dejado en visto.

—¿Quién?

—Mi hermano biológico.

—Ah. Lo siento.

—No pasa nada. Da igual.

Me aliso el bajo de mi suéter blanco de cachemira. Faith siempre se burla de mí por la frecuencia con la que visto de blanco. No tiene ni idea de cómo consigo mantener la ropa impoluta.

—No, sí que pasa —me reprocha con voz firme mientras tira de mí hacia ella para abrazarme—. Ven aquí, señorita Tristona.

Cuando me dejo caer en sus brazos, me frota los hombros en un gesto reconfortante.

—Lo siento, cariño. Sé que querías que esto saliera bien. Pero que haya visto tu mensaje no significa que no vaya a responderte. ¿Cuánto tiempo llevas en visto?

—Bueno, le envié el mensaje hace diez días… y hace nueve que lo leyó.

—Oh. —Parpadea—. Vale. No pinta muy bien.

Se me escapa una carcajada.

—¿Ves?

—Mira, no es raro que alguien no te conteste en semana y media. Pero si no lo hace, pues da igual. Él se lo pierde. Eres maravillosa.

—Sí.

Esboza una sonrisa.

—Y también modesta.

—La persona más modesta que conocerás en la vida.

Entrelazamos nuestros brazos y bajamos para soportar otra reunión de hermandad con Agatha… bueno, la insufrible Agatha. Al menos, esta vez tenemos un orden del día interesante. Yara, que se encarga de la decoración de la gala, creó una presentación de PowerPoint, y me encantan las presentaciones. Sobre todo, las de Yara, sus encabezados de diapositivas son insuperables.

—Muy bien —anuncia mientras se coloca junto al proyector, y todas centramos nuestra atención en la pantalla—. A continuación, os presentaré las opciones de centros de mesa.

Aparece la primera diapositiva.

¿Soy un centro de mesa?

Faith se apoya en mi brazo y se ríe contra mi manga. Oigo algunas risitas de las novatas, es decir, de la escoria humana que se apoya contra la pared. Cuando miro por encima del hombro, veo a Blake detrás de mí con una sonrisa en los labios. Está guapa hoy, con el pelo recogido en dos trenzas que le caen por los hombros.

—Vale, esta es la primera opción —informa Yara.

Aparece la siguiente diapositiva, que muestra un jarrón alto y transparente con una cinta de satén blanca en el centro, con forma de un elegante lazo. Está sobre un espejo redondo que refleja las flores del jarrón: paniculata, hojas de helecho y algunas peonías de color rosa pastel para darle un toque más colorido.

El encabezado de la primera opción dice:

Soy bonito, pero podría mejorar

—Este no me impresiona mucho —admite Sherise mientras mordisquea la tapa de su bolígrafo.

—Es el peor de todos —coincide Yara—. Pero el más barato.

La segunda opción lleva el siguiente título:

Soy más bonito

Se trata de un jarrón de vidrio esmerilado sobre un camino de mesa de encaje, con rosas rosadas envueltas en paniculata blanca. Es mejor que el primero, pero no tan espectacular como la tercera opción, que provoca gritos de admiración en toda la sala.

Imagina mi magnificencia en tu mesa

Esta opción también se ciñe a nuestra combinación de colores blanco y rosa pálido, pero se han incorporado toques dorados.

—Este es un poco más caro —admite Yara con la mirada clavada en mí.

—¿Cuánto más? —pregunto con los dedos sobre el teclado. Me tomo mi trabajo como vicepresidenta de finanzas muy en serio. Porque Agatha me obliga.

Yara empieza a parlotear sin sentido.

—Bueno, sé que asignamos un presupuesto muy ajustado para los centros de mesa y, sin duda, este se pasa del presupuesto, pero…

—¿Cuánto se pasa?

—Un veinte por ciento —murmura sin mirarme.

—Ni en broma —niego al instante.

—¡Pero míralo!

Miro la pantalla y reprimo un gemido cuando Yara pasa de diapositiva y aparece una que muestra los tres centros alineados en una fila.

No hay duda de que los detalles dorados atraen la mirada.

Agatha me señala con la cabeza.

—¿Podemos permitírnoslo? —pregunta con vehemencia.

—Si quieres sacar ese veinte por ciento de otra partida, de la de música, por ejemplo, entonces, sí.

—¡Ni se te ocurra recortar el presupuesto para la música! —exclama Robin. La música es su especialidad.

Agatha me mira de nuevo.

Me encojo de hombros.

—El dinero que hay en la cuenta bancaria de la casa es limitado. No puedo hacer que aparezca más milagrosamente. Así que, si no recortas las otras partidas, solo te queda pedir que alguien lo financie.

—Déjame hablar con mi madre —dice Agatha—. Aparcaremos el asunto de los centros de mesa por ahora y lo revisaremos en la próxima reunión. Quizá alguna antigua alumna quiera aportar algo de dinero para la gala…

Un fuerte zumbido que proviene de la zona donde se encuentra Blake la interrumpe.

Agatha la mira con desdén.

—Móviles en silencio.

—Lo siento —murmura Blake. Frunce el ceño cuando echa un vistazo a su teléfono y lo pone en silencio.

Pasamos al menú de la gala y se discute la opción de un plato picante, veo que Blake no deja de mirar su teléfono.

—¿Todo bien? —susurro.

—Sí, mi acosador. —O eso es lo que creo que dice entre dientes.

No tengo tiempo para interrogarla porque empiezan los gritos.

—¡Nadie dice que el picante sea malo, Dana! ¡Me encanta el picante! —exclama Noelle, exasperada—. Pero hay muchas señoras mayores invitadas y no todas toleran el picante. La gente mayor no digiere bien.

—Bueno, algo de razón tienes —concede Dana.

—Genial. Pues quedémonos con el maldito pollo marsala.

—Bien. —Dana mira su portátil—. Pasemos al postre.

Blake se aclara la garganta antes de que Dana continúe.

—Voy a salir un segundo, si no os impor…

—No —espeta Agatha.

—Sí, Logan —le reprocha Faith—. Nadie se va de una reunión antes de tiempo a menos que sea con los pies por delante.

Casi me ahogo de la risa.

Agatha fulmina a Faith con la mirada.

—Cállate, Faith. No siempre nos apetece oír tu lengua viperina.

Por suerte, el resto de la reunión transcurre sin problemas y, cuando Agatha nos deja marchar, respiro aliviada. Blake también parece ansiosa por irse, aunque su estado de agitación indica que no solo está estresada por Agatha.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras la persigo cuando salimos del comedor.

—Tengo que ocuparme de algo.

—Parece divertido —canturrea Faith, que se coloca al otro lado de Blake—. ¿De qué tenemos que ocuparnos?

—¡Dios mío, de nada! Por favor, no me obligues a hacer esto con gente delante.

Faith y yo intercambiamos una mirada.

Luego, aceleramos el paso.

La joven intenta dejarnos atrás antes de llegar a la puerta, incluso intenta cerrarla tras ella, pero Faith hacía atletismo en el instituto y yo soy rapidísima. La seguimos a toda prisa hasta el porche, y nos detenemos de golpe cuando vemos al gigante de pelo rubio rojizo en el jardín delantero.

—¿Es que nunca te rindes? —grita Blake mientras baja los escalones del porche a zancadas y se acerca a él.

Isaac Grant se encoge de hombros, lo que enfatiza su increíble amplitud.

—No. Juego al fútbol. Es un juego de yardas.

Blake hace un ruido molesto y se lleva ambas manos a las caderas.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Eres mi yarda.

—No soy tu puta yarda, colega. Lárgate.

Faith y yo soltamos una risita desde el porche, pero nos callamos cuando Blake se gira y nos fulmina con la mirada.

—Solo digo que sé que te gusto. —Isaac esboza una sonrisa arrogante, y sus dientes perfectos brillan a la luz de la luna—. Así que dejémonos de tonterías. Aquí estamos, a tan solo unas yardas de la zona de anotación.

—Vete a casa —ordena la joven entre dientes.

—Una cita. Acepta una cita y me iré.

—Tío, esa no es forma de convencer a nadie de que salga contigo. «Dejaré de acosarte si me dejas invitarte a cenar». —Blake resopla, irritada—. No me interesa.

—Mira, ángel…

—¿Ángel? No me pongas apodos.

—Demasiado tarde —suelta con suficiencia—. Ángel, escúchame. Es lo único que te pido, una cita. Bueno —rectifica—, y tienes que prometerme pasártelo bien.

—No puedo prometerte eso. ¿Y si es una cita de mierda?

Él se aprovecha de su error y la mira con una sonrisa radiante.

—Genial. Así que aceptas la cita.

—¿Qué? ¡No!

Sus gritos han llamado la atención, y no me refiero a la de nosotras dos. Otras hermanas de Delta Pi salen a investigar el revuelo, junto con un puñado de curiosos de otras casas de la Greek Row.

Debo admitir que Isaac es un espectáculo digno de admirar. Casi dos metros de alto. Musculoso. Ojos penetrantes y mandíbula cuadrada. Es el sueño erótico de cualquier mujer.

Al menos de la mayoría.

—Una cita —suplica el chico.

—Ni siquiera te conozco —refunfuña Blake.

—Ese es el propósito de una cita. Conocerse. Te lo aseguro, soy formidable.

—¿Quién se considera a sí mismo «formidable»? —Faith resopla.

—Vamos. ¿Qué tengo que hacer? ¿Quieres que lo grite a pleno pulmón? ¿Que me arrodille?

—Por favor, no…

Isaac cae de rodillas.

—Blake Logan —declara—. Ángel. Eres la chica más hermosa que he visto en la vida.

Vaya, le está haciendo la pelota.

Espera. ¿Debería sentirme celosa? Quiero decir, hace apenas un par de semanas me lié con él, y ahora ni siquiera me mira.

¿Acaso quiero que me mire?

«¿Estás loca? ¡Claro que no!».

Recupero la cordura. A ver, solo hay que verlo, no necesito este tipo de drama en mi vida.

—Por favor, apiádate de mí y sal conmigo —implora Isaac.

—Tío, no quiero…

—¡Ayudadme! —Isaac abre los brazos mientras se dirige a los espectadores. El tío tiene la envergadura de un avión de pasajeros —. ¡Ciudadanos de Greek Row! —grita como un gladiador romano—. ¡Os pido ayuda!

Se hace un silencio sepulcral y, a continuación, se escucha un grito que proviene de la casa Sigma Nu:

—Por el amor de Dios, sal con él y haz que termine este sufrimiento.

—Ángel —repite Isaac.

—Oh, Dios mío. ¡Vale! —exclama Blake—. Vale. —Se acerca a él y lo coge del brazo para obligarlo a levantarse.

El rostro del jugador se ilumina.

—¿Cuándo será nuestra cita?

—No lo sé. Lárgate de una vez.

—El viernes por la noche. Te escribiré.

—Lo que tú digas. Ahora vete.

Luego, se da la vuelta y regresa a la casa.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Isaac se va pavoneándose hacia el deportivo con el que estoy muy familiarizada y se aleja.

En el vestíbulo, Blake mira a Agatha, quien le devuelve una mirada de reproche.

—Lo siento. Por si no te habías dado cuenta, no tengo la culpa.

Nuestra vicepresidenta, Sherise, sonríe a Blake.

—Tía, era Isaac Grant. Ve a por él, Logan.

—No —dice Agatha con firmeza—. No queremos que esos mastodontes del fútbol manchen el nombre de nuestra casa.

Sherise nos sorprende a todas cuando le contesta a nuestra presidenta.

—Vamos, Agatha. Hasta tú tienes que admitir que ha sido bastante impresionante.

—No estoy de acuerdo. Esos mujeriegos del fútbol dan vergüenza ajena.

—Bueno, no a todas nos cortejan inmaculados jugadores de *lacrosse* —interviene Faith.

—Cállate, Faith —gruñe Agatha, y luego se aleja entre resoplidos.

Cuando el grupo se dispersa, aparto a Blake a un lado y bajo la voz para que nadie nos escuche.

—Sabes que no tienes que salir con él si no quieres, ¿verdad? Puedes decir que solo aceptaste para que se callara. No estás obligada a seguir adelante con esto.

Se encoge de hombros.

—No pasa nada. Al menos es entretenido.

—Lo sé. Pero ten cuidado, ¿vale?

—¿Qué? ¿Te preocupa que me enamore de él? —Blake parece divertida.

—Es Isaac Grant. Creo firmemente que media universidad está enamorada de él.

—Solo es una cita, Charlotte. No tienes de qué preocuparte.

Quizá, pero lo hago. Me preocupa que Blake no sea más que un reto para Isaac. Llevo más de dos años oyendo hablar de las aventuras sexuales de ese tipo. Joder, su promiscuidad fue lo que me atrajo de él al principio. A Isaac no le interesan las novias. Y sí, siempre cabe la posibilidad de que haya conocido a la mujer que le robará el corazón y acabará con su vida de mujeriego, pero eso no suele pasar más que en las películas y novelas románticas. Un capullo no deja de ser un capullo, y un mujeriego no suele cambiar de actitud.

—Blake, ¿aún quieres que te lleve a la residencia? —pregunta Dana mientras se acerca a nosotras. Igual que Blake, ella tampoco vive en la casa.

—Sí. Gracias. —Blake me mira—. Ah, antes de irme, se me olvidó preguntarte. ¿Quieres venir al partido mañana por la noche? Voy con mi prima.

—¿A qué juegan?

—Hockey.

Hago una mueca.

—Paso.

—Oh, venga ya —intenta persuadirme—. Será divertido. Te lo prometo.

—No sé. Te escribiré por la mañana.

Ya en la privacidad de mi habitación, abro la *app* de BioRoots para comprobar mi bandeja de entrada. Sigue vacía. Aunque la falta de notificaciones me da una idea.

Para distraerme un poco, abro la aplicación que sí tiene una notificación, la cual ignoré cuando me llegó anoche porque estuve trabajando hasta tarde en el laboratorio.

Admito que he sacado mucho provecho a este chat. Hablo de dos orgasmos como mínimo cada vez que chateo con Lars o Björn. Mis rompecorazones suecos. Mis amantes virtuales.

Pero este nuevo mensaje cambia las reglas del juego.
Les gustaría llevar esto más allá del mundo virtual.
Quieren que nos conozcamos en persona.

CAPÍTULO 14

WILL



Guárdalo para el hielo

—Tío, ¿esto saldrá en la TSBN y tu suegro hablará de nosotros en *Los Reyes del Hockey?*

—Es un artículo político —dice Ryder mientras le lanza una mirada exasperada a Trager—. ¿Por qué hablarían de eso en *Los Reyes del Hockey?*

—No lo entiendo. —Trager se vuelve hacia mí en busca de ayuda —. ¿Y de qué va la entrevista?

Ni siquiera levanto la cabeza de mi taquilla. Tengo el teléfono en la mano y, por décima vez hoy, echo un vistazo a la aplicación.

—Del *hockey* universitario, su cultura, de cómo empezaste a jugar —respondo distraído—. Seguro que harán preguntas absurdas sobre lo que significa ser un líder y la razón por la que el *hockey* forja grandes hombres.

—¿Como en *Forjado a fuego?* —pregunta Patrick. No es muy listo, pero es un gran tipo.

—Sí, como en *Forjado a fuego* —dice Beckett con solemnidad—. Quieren entrevistarte para saber cómo se forjan a fuego los jugadores de *hockey.*

Abro el chat y me trago mi decepción. Sigue sin haber respuesta de Charlie. Anoche, Beck y yo le preguntamos si quería conocernos en persona y desde entonces no ha dicho ni una sola palabra.

—Chicos, solo es un reportaje para elogiarme, ¿vale? —Dejo el teléfono en el estante superior de la taquilla y me giro para mirar a mis compañeros—. Mi padre quiere demostrarles a sus electores que su hijo es un universitario ejemplar, con amigos ejemplares, que juega en su excelente equipo de *hockey.* Eso es todo.

El entrenador Jensen entra en el vestuario con los entrenadores asistentes, Maran y Peretti. Solo con verle la cara, ya sé que está furioso.

La causa de su furia aparece un segundo después: la productora del reportaje de vídeo de este espectáculo de mierda que mi padre nos ha impuesto.

Se llama Marjorie Neven, es una tía rubia, alta y delgada, de unos cincuenta años, sin expresión en la cara. Ninguna. No sé si está feliz, enfadada, triste o decepcionada. Los kilos y kilos de bótox le han paralizado los músculos faciales.

Se acerca a nosotros con un traje pantalón de color azul pálido y una cantidad excesiva de joyas de oro, que reflejan las luces de los fluorescentes, lo que me daña los ojos.

—Muy bien, chicos —dice Marjorie con una sonrisa o el ceño fruncido—. Esta noche grabaremos mientras os ponéis el uniforme, así que no os quitéis los pantalones todavía, las camisetas si queréis, sí.

—¿No será un desnudo integral? —pregunta Beckett con una voz ronca mientras se desabrocha los pantalones teatralmente.

Nadie es inmune a su encanto. Ni siquiera una productora cincuentona que claramente no ha mojado en al menos veinticinco de esos cincuenta años.

La mujer suelta una risita nerviosa ante su comentario lascivo.

—Por muy atractivo que resulte para el público femenino…

—Y el público LGBTQ+ —señala el cámara.

—Me temo que es un programa familiar —concluye.

Beck le guiña un ojo.

—Qué pena.

Marjorie da una palmada.

—Muy bien, escuchad. Ignorad la cámara, haced como si no estuviera aquí. Actuad con naturalidad. Fingid que os preparáis para

el partido.

—Se preparan para el partido —gruñe el entrenador desde la puerta.

—Lo sé. Me refería a que… —La mujer se fija en su rostro, en la habitual mirada mortal de Jensen, y deja de hablar.

—Escuche, señora.

Uf, el entrenador ha soltado el temido «señora». Por el rabillo del ojo, veo que Shane contiene la risa.

—Está aquí por pura cortesía —continúa el entrenador, irritado—. No tenemos ninguna obligación de dejarle entrar al vestuario e invadir la privacidad de mis hombres.

Marjorie tiene el valor de protestar.

—Todos firmaron la autorización…

—No tenían ni puta idea de lo que firmaban. Son unos idiotas.

Shane suelta una risotada desde su taquilla, incapaz de seguir conteniéndola.

—Nos está distrayendo, señora. Los calentamientos están a punto de empezar. Mis hombres necesitan concentrarse en el partido. Así que siga con su pequeño «reportaje». —Hace el gesto de las comillas en el aire con las manos—. Grabe sus «escenas» y lárguese de aquí.

Tras decir eso, atraviesa toda la habitación y se dirige hacia el pasillo que conduce a las salas de fisioterapia.

—Creo que se ha enfadado —dice Marjorie mirándonos con incertidumbre.

—Él es así —le asegura Case—. Pero sí, le recomiendo que grabe rápido las escenas.

Mi irritación va a más cuando el cámara empieza a grabar la preparación previa al partido, y lo hace de la manera más intrusiva posible. Al mismo tiempo, todos fingimos, no nos preparamos de verdad, mientras Marjorie nos ordena que no miremos directamente a la cámara.

Me estoy abrochando los patines, sentado en el banco, cuando la sombra de Marjorie se cierne sobre mí.

—William, ¿te parece bien que te haga unas preguntas ahora?

No, señora. ¡Ni de coña! Estoy a punto de enfrentarme a uno de los rivales más duros de nuestra liga.

—Claro —miento.

Me engancha un pequeño micro al cuello del jersey y se aparta del encuadre para que la cámara solo me enfoque a mí. Espero que me haga una pregunta sencilla.

—Dime, William, ¿crees que las novatadas son necesarias para fortalecer los lazos del equipo o son más bien una tradición anticuada y dañina?

Esta pregunta no es nada sencilla.

Reprimo mi enfado.

—En Briar no hacemos novatadas de ningún tipo. Que yo sepa, nunca se han hecho.

—Entonces, ¿no has experimentado ningún ritual de iniciación en los tres años que llevas aquí?

—No.

Marjorie me lanza otra pregunta implacable.

—El *hockey* es conocido por su intensidad física. ¿Crees que el nivel de violencia en el hielo ha sobrepasado los límites en los últimos años?

—¿En serio? Mira, voy a jugar tres periodos de *hockey.* Es un juego mental, no tengo suficiente capacidad para desperdiciarla con estas preguntas.

—Es un deporte violento —señala—. Las peleas…

—En la NCAA no se toleran las peleas. Son muy estrictos con esas gilipolleces.

Marjorie hace una mueca.

—¿Puedes repetir eso sin ser tan grosero?

Aprieto los dientes.

—Se acabó. Tengo que concentrarme.

—¿Y si te digo algunas frases para que las repitas?

Se me escapa una carcajada.

—¿Lo dices en serio?

—Tu padre nos envió algunos temas de conversación, ¿de acuerdo? —Parece tan molesta como yo—. Así que pon cara seria y di esto: «Somos deportistas y sabemos que muchos jugadores

jóvenes y aficionados nos admiran, pues eso nos lo tomamos muy en serio…».

—Esto es ridículo.

—Tú limítate a decirlo. Y luego añade algo así como: «El *hockey* es un deporte físico, pero es importante mostrar a los jóvenes que la agresividad solo se acepta dentro de las normas y de forma controlada y respetuosa».

Con los dientes apretados, repito el discursito. Resulta irónico perorar sobre la necesidad de sobreponerse a la violencia cuando nada me gustaría más que arrancarle la cámara de las manos al tipo ese ahora mismo.

—Perfecto. Gracias, William.

—Will —murmuro mientras se aleja.

Beckett, que merodeaba por aquí cerca, se sienta a mi lado en el banco. Sus labios se curvan cuando ve lo que sea en mi cara.

—Guárdalo para el hielo —murmura.

Me conoce a la perfección.

Intento silenciar las voces. Marjorie está entrevistando a Austin Pope, nuestro delantero de segundo año que parece un cervatillo deslumbrado. No deja de juguetear con el micrófono de su jersey hasta que Marjorie finalmente suelta:

—Estate quieto.

La mujer se recupera rápidamente y respira profundamente antes de adoptar su voz de periodista profesional.

—Bueno, Austin —continúa—, el año pasado jugaste con el equipo estadounidense en el Mundial Juvenil, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué sentiste al representar a tu país en un evento tan prestigioso?

Austin parpadea.

—No sé. Yo, eh… yo solo, bueno, jugué al *hockey.*

Alguien suelta una risita.

—Esa no era la pregunta, Pope —grita otra persona.

—Perdona, ¿cuál era la pregunta? —Se frota la nuca—. No me gustan las entrevistas. Lo siento. ¿Puedo irme ya? —Me lanza una mirada para suplicarme ayuda en silencio.

Mi paciencia está a punto de agotarse. Se supone que este es nuestro momento para concentrarnos, no para quedar bien con el equipo de relaciones públicas de mi padre.

Marjorie se da por vencida, le quita el micrófono a Pope y camina hacia Ryder, quien me mira como si quisiera matarme.

La productora se presenta y prácticamente le clava el micrófono en el cuello.

—¿Tienes algún ritual para antes del partido? —pregunta.

Ryder se encoge de hombros.

—Esta temporada he empezado a escuchar sonidos de ballenas. A mi mujer le encantan esas cosas.

Toda la sala estalla en carcajadas, e incluso yo tengo que contener una sonrisa. Lo triste es que ni siquiera se está burlando. Gigi está obsesionada con los paisajes sonoros y se lo ha inculcado a Ryder. Dice que lo ayudan a concentrarse y relajarse.

El entrenador vuelve unos minutos después. Mira a la cámara y las venas del cuello le laten con tanta fuerza que las veo incluso desde aquí.

—¿Por qué sigue aquí? —espeta—. Lárguese. Tengo que hablar con mis hombres antes de que empiece el partido.

Los ojos de Marjorie se iluminan, pero su rostro permanece inexpresivo.

—¿Una charla motivacional? ¡Maravilloso! Me encantaría grabarla si…

—¡Fuera! —ruge el entrenador—. ¡Ahora!

El cámara se escabulle hacia la salida. Marjorie balbucea una disculpa mientras el dúo sale del vestuario. La puerta se cierra de golpe y su ruido reverbera en la silenciosa sala.

—Gracias a Dios —gime Trager.

El entrenador señala con el dedo a Trager.

—Cállate. Estoy hablando.

Tras una breve y concisa charla motivacional, sin motivación alguna, la sala se vacía. Los chicos se adentran en el túnel que lleva hacia la pista. Yo me quedo atrás y cojo el teléfono.

Seguimos sin tener noticias de Charlie. Supongo que ese encuentro no se llevará a cabo. Saber eso empeora mi mal humor.

Llamo a mi padre y me salta el contestador. Por supuesto. La ira me invade el cuerpo cuando llamo a su asistente. Alessia contesta al instante. Por supuesto.

—Will, ¿qué puedo hacer por ti?

—Necesito que le des un mensaje a mi padre —respondo con sequedad—. Tiene que decirle a su equipo de cámaras que se retire.

—¿Han invadido tu privacidad? —Parece asombrada.

—¡Pues claro que sí! —espeto, y luego bajo la voz cuando la oigo resonar por toda la sala—. Esta noche tenemos partido. No deberíamos estar respondiendo preguntas tontas, ¿vale?

—Will…

Ni siquiera sé por qué estoy enfadado, así que simplemente cuelgo.

Mierda.

Incluso cuando hablo con su representante, mi padre consigue que me hierva la sangre.



Todo debería haber terminado con esas odiosas entrevistas. Pero no. El cámara de mi padre tiene algo más reservado para nosotros. Resulta que Dean Allen le dio permiso para grabar desde el banquillo, una decisión de último minuto que enfurece al entrenador Jensen.

No puedo concentrarme durante los calentamientos, porque sé que la cámara capta todos y cada uno de mis movimientos. Sé que soy la razón por la que el entrenador está cabreado. Patino con fuerza para intentar liberar la tensión. El sonido del disco al golpear contra la valla me reconforta, como si me recordara que este es mi territorio, pero hoy parece un ruido que augura un desastre inminente. Cada vez que miro hacia el banquillo, veo a ese maldito

cámara. Ni siquiera me he molestado en aprenderme su nombre, así de resentido estoy con su presencia.

Por fin, empieza el primer periodo y, cuando saltamos a la pista, el público ruge. Hoy nos enfrentamos a Harvard, cuya plantilla es fenomenal esta temporada. Muchos de los novatos que no estuvieron a la altura el año pasado se han convertido en auténticas superestrellas.

Las primeras maniobras son un borrón de cuerpos que chocan y palos que golpean mientras el disco rebota violentamente sobre el hielo. Intento ignorar la cámara, pero la sigo viendo de reojo, como un mosquito persistente que no puedo espantar.

—¡Larsen! ¡Concéntrate! —grita Nick Lattimore mientras patinamos uno junto al otro durante un cambio de fila.

Me esfuerzo al máximo. Juego en la primera línea con nuestros cocapitanes, Case y Ryder, y nuestros dos mejores defensas. Es una alineación potente, pero esta noche no estamos nada conectados.

Durante todo el periodo nos pisamos los talones. Harvard percibe nuestra falta de concentración y la aprovecha. Son implacables, y no dejan de acechar nuestra portería ni de acribillar a tiros a nuestro portero, Nelson. Oigo que el entrenador grita desde el banquillo con rabia, por la frustración, mientras luchamos para mantener el ritmo.

—¡Moved el disco! —grita cuando intentamos salir de nuestra zona.

A mitad del segundo periodo, me hago con el disco tras una carrera. Normalmente, aquí es cuando brillo. Velocidad, instinto, pura adrenalina. Pero mientras corro por la pista, listo para hacer mi movimiento, veo el *flash* de la cámara por el rabillo del ojo y dudo.

Solo es una fracción de segundo, pero basta.

El defensa percibe mi vacilación, se acerca para arrebatarme el disco y, antes de darme cuenta, choco contra la valla y el disco sale volando en dirección contraria.

—¡Hijo de puta! —gruño mientras golpeo el palo contra el hielo y me apresuro a volver al partido.

Demasiado tarde. Es un dos contra uno y Nelson no tiene ninguna posibilidad.

La luz roja parpadea cuando el disco toca el fondo de la red y la multitud protesta con desaprobación.

—¡Concéntrate en el partido! —grita el entrenador desde el banquillo mientras patino hacia él—. ¡Ha sido culpa tuya, Larsen! ¡Tuya!

Lo sé, y me repatea. Me dejo caer en el banquillo, me quito el casco de un tirón y me paso la mano por el pelo empapado de sudor. Me cuesta respirar, pero no solo por el esfuerzo. Estoy furioso con el cámara, mi padre y conmigo.

El partido continúa, pero lo veo todo borroso. Oigo las cuchillas que cortan el hielo, los gritos de mis compañeros, el eco del disco al rebotar contra la valla, pero no soy consciente de nada. Lo único en lo que puedo pensar es en cuánto desearía que mi padre estuviera aquí para darle un puñetazo en la puta cara delante de sus putas cámaras.

El entrenador ha perdido los papeles, grita órdenes dando vueltas por el banquillo. El equipo está desincronizado, los pases se desvían, los jugadores chocan cuando intentamos hacer alguna jugada. Y, mientras tanto, el cámara sigue ahí, grabando cada doloroso segundo.

Otra carrera, otra oportunidad. El disco está de nuevo en nuestra zona y nos movemos rápido para intentar despejarla. Veo que el disco rebota y queda libre. ¡Sí, joder! Es mi oportunidad de sacarlo de ahí. Me lanzo a por él, pero antes de que pueda tocarlo con el palo, el centro de Harvard se abalanza y lo lanza directo a nuestra portería.

Suena la bocina, el marcador señala que vamos perdiendo por dos… y el reloj no deja de avanzar. El segundo periodo está a punto de terminar.

Patino de vuelta al banquillo, con la sensación de que se me está escapando el partido de las manos. El cámara ha pasado de ser un mosquito molesto a un enjambre de abejas, sin dejar de moverse detrás de nosotros para conseguir sus malditas tomas. Está distrayendo a todo el mundo, incluido Beckett, que no consigue llegar al cambio a tiempo, porque el cámara bloquea la puerta cuando Jensen pide un cambio de línea.

—¡¡Se acabó!! —Parece que el entrenador va a sufrir un aneurisma. Tiene la cara rojísima y suelta un rugido furioso—: ¡Fuera de mi banquillo!

El cámara es lo suficientemente astuto como para saber cuándo darse por vencido, así que desaparece por el túnel. Pero el daño ya está hecho.

—¡Dunne! —grita el entrenador a Beck—. Si vuelves a joder un cambio de línea, te quedarás en el banquillo el resto del partido.

Aunque no fue culpa suya, Beckett también sabe que es mejor no discutir, pero, a todas luces, mi chico está furioso. Tiene la mandíbula apretada y sus ojos grises arden de ira.

Jensen vuelve a cambiar de línea. Beckett y Shane, que comparten la misma línea esta noche, salen por la puerta del banquillo. A juzgar por el lenguaje corporal de Beck, es obvio que está sediento de sangre.

No mentía cuando le dije a Marjorie que las peleas están prohibidas en el *hockey* universitario, pero unos veinte segundos después de que Beckett salga a la pista, estalla una pelea.

CAPÍTULO 15

CHARLOTTE



Salvajismo puro

—No entiendo por qué siguen entrando y saliendo de esa manera sin que nadie pite falta —me quejo.

—Porque hacen cambios de línea en mitad del partido —explica Blake. No sé cómo, pero ha conseguido mantener la paciencia a pesar de las mil y una preguntas que le he hecho.

—Eso parece increíblemente peligroso. ¡Y en los dos o tres segundos que tardan en salir, faltan uno o dos hombres en el equipo! —Tengo que gritar por encima del último rugido de la multitud.

—Eso es lo que hace que el *hockey* sea tan emocionante.

Tiene razón. Esto es mucho más emocionante de lo que esperaba. En realidad, nunca había asistido a un partido de *hockey.* Pero sí a partidos de fútbol americano, donde después de cada jugada, el árbitro toca el silbato y todos se quedan ahí plantados durante cuarenta y cinco minutos hasta que se reanuda el juego.

Dicho esto, no tengo ni idea de qué pasa ahí abajo. Acepté venir al partido porque intento ser una buena mentora para Blake, pero aquí sentada en la grada, rodeada de fans incondicionales con camisetas de Briar, me siento como en un club secreto donde todo el mundo conoce la contraseña menos yo.

—¿De verdad te diviertes así? —pregunto a Gigi Graham, una compañera de último año que es muy amiga de Blake.

—¡El *hockey* es lo más! —grita. Está al otro lado de Blake y no ha apartado la vista del partido desde que nos sentamos.

Su intensidad es un poco desconcertante. ¡Y qué decir de su físico! Es una mujer despampanante. Tiene los ojos grandes, grises, unos rasgos perfectos y una espesa melena oscura recogida en una trenza a un lado. Lleva un jersey de Briar con el nombre Ryder escrito en el dorsal.

—Oye —digo mientras le doy un codazo a Blake en las costillas—. Tienes que conseguir una camiseta de fútbol que ponga «Grant» en la espalda.

—Perdona, ¿qué? —Gigi gira la cabeza hacia nosotras. Mira fijamente a Blake y lo que ve en el rostro de la joven la deja boquiabierta—. ¡No! ¿Aceptaste salir con él?

—Sí. Y no te atrevas a decírselo a tus padres. Porque se lo dirán a los míos.

Me río del tono mordaz de Blake.

—¿A vuestras madres les gusta cotillear?

Gigi resopla.

—Más bien a nuestros padres. Tienen un grupo de chat, que se llama «Chat de Padres».

—¡Ja! Mi padre no dudaría ni un segundo en unirse al grupo —digo con una sonrisa.

—¿Quieres saber lo peor? —pregunta Gigi.

—Me da miedo, pero suelta.

—Una vez al mes, todos envían una foto al chat para el Día del Fofisano.

¡Puaj! Imagino michelines y barrigas cerveceras, pero Gigi me saca del error:

—Discuten quién tiene más abdominales.

—Ah, claro. Tu padre es jugador de *hockey.* —Señalo a Blake—. ¿El tuyo también, Gigi?

Se encoge de hombros.

—Sí, hizo sus pinitos.

Blake suelta una risita, lo que indica que Gigi le está restando importancia y que su padre es probablemente el mejor jugador de todos los tiempos.

—Bueno, volvamos a esa horrible decisión que tomaste —exclama Gigi—. No puedes salir con un jugador de fútbol, Blakey. Te romperá el… —Se calla a mitad de frase con los ojos muy abiertos—. ¡Eso fue una zancadilla! —grita mientras se levanta de un salto.

Otros aficionados protestan igual que ella. Pero no pitan falta. Los jugadores siguen patinando y chocando entre ellos. Es difícil distinguir los nombres escritos en sus jerséis. Solo puedo verlos brevemente durante el saque, cuando están agachados, pero parece que siempre se encarga Ryder de hacerlo.

—¡No me obligues a bajar ahí! —grita Gigi al árbitro.

—Vaya, vaya —se mofa Blake—. Salió la defensora de su marido.

—Espera, ¿qué? —Me había fijado en el anillo de Gigi, pero no pensé que fuera una alianza.

Aunque es cierto que lo lleva en el dedo anular…

Mi zorra interior se burla de mí al instante. «Eres más lista que el hambre, Charlie. Por eso estás en un programa de ciencias».

En mi defensa, no conozco a muchos universitarios casados. Seguro que los hay, pero nadie de mi círculo está casado a esta edad.

—Ese de ahí es mi marido —explica Gigi mientras se deja caer en su asiento tras su rabieta—. El número 62. Ryder.

—Entonces, ¿eres la señora Ryder? —bromeo.

—La señora Graham-Ryder, si no te importa. Le prometí a mi padre que no me quitaría el apellido Graham a menos que Wyatt se casara y tuviera hijos que mantengan nuestro apellido.

Blake estalla en carcajadas.

—Igual pasa.

—Oye, a lo mejor… —Gigi sonríe—. A mi hermano gemelo no le va mucho el compromiso. Así que, si se queda soltero para siempre, mis hijos se llamarán Graham-Ryder.

Mientras siguen charlando sobre Wyatt, un hormigueo me recorre el cuerpo. Tengo la sensación de que me están observando.

Miro a mi alrededor para intentar localizar de dónde proviene esa intensa energía, pero toda la gente que me rodea está concentrada en el partido. La única excepción es un chico solitario, al que no consigo ver la cara, porque está absorto en su teléfono. Solo distingo una melena negra y una ceja oscura que, o bien tiene una cicatriz blanca que la atraviesa, o bien las luces crean un reflejo en ella.

Sigo sin poder librarme de esa extraña sensación, pero me obligo a ignorarla.

Vuelve a efectuarse un saque en la pista. El disco cae y el señor Graham-Ryder se hace con él. Los jugadores corren tras él a una velocidad que me marea. Apenas me entero de quién tiene el disco, y mucho menos qué se supone que deben hacer con él. Veo que el pequeño disco negro vuela por la pista y los jugadores lo persiguen como si les fuera la vida en ello. Cada pocos segundos, alguien se estrella contra la valla y todo el público aplaude o gruñe, según el equipo que haya provocado el choque. Parece que el único objetivo es golpear a los jugadores lo más fuerte posible y, de vez en cuando, acordarse de intentar anotar.

—Esto es mucho más agresivo de lo que esperaba —grito por encima de los vítores—. ¿Por qué es tan agresivo?

—¡Porque es *hockey!* —Gigi se ríe. Parece que disfruta de mi confusión—. La clave está en el contacto físico.

Es una forma amable de decirlo. Me estremezco cuando veo que le dan un golpe particularmente fuerte a un jugador de Harvard.

Arqueo una ceja.

—Eso no parecía muy necesario.

—Qué va. Beckett solo está demostrando quién manda. —Los ojos de Gigi brillan con aprobación—. Para lo tranquilo que es, defiende sorprendentemente bien.

Hago una mueca.

—Uf. ¿Beckett? Conozco a ese tío. Está en mi optativa de Ciencias Ambientales.

—¿No te cae bien? —Gigi parece divertida.

—Coquetea demasiado y se cree más encantador de lo que realmente es.

—Bueno… ¿no son así la mayoría de los hombres?

—También tienes razón.

Vuelve a apartar la mirada de nosotras.

—Joder. El entrenador parece muy enfadado.

Me inclino hacia adelante y estiro el cuello para ver mejor el banquillo de Briar.

—¿También entrena al equipo femenino?

—No. Nuestro entrenador sabe sonreír.

—No culpo a Jensen por perder la cabeza —suelta Blake, que también mira hacia la pista—. ¿Ese cámara tiene permiso para estar en el banquillo?

—¡Ah, es verdad! —dice Gigi—. Will me lo contó. Su padre está en plena campaña electoral y lo ha obligado a hacer un montón de entrevistas, incluido un anuncio de televisión. Supongo que tiene que ver con eso.

—Ya, bueno, Jensen está a punto de darle un puñetazo al cámara —predice Blake.

Tiene razón. El furioso hombre de pelo rapado no está para tonterías. Desde aquí arriba, da la impresión de que el cámara se ha entrometido en el cambio de línea. Uno de los jugadores sale tarde a la pista, y creo que le va a dar un infarto al entrenador.

Con el portapapeles pegado a su voluminoso pecho, se dirige con paso decidido al otro extremo del estrecho banquillo, donde el cámara se apoya contra la valla. Jensen le da un golpe en el pecho con el portapapeles y se planta delante de su cara. No oigo lo que dice, pero no es difícil adivinarlo.

Un momento después, el cámara huye despavorido.

—Beck podría haber recibido ese pase —se queja Gigi cuando el otro equipo se hace con el disco cerca del banquillo local.

El jugador contrario sale disparado y todo el equipo de Briar corre tras él en una vorágine negra y plateada. Es inútil. Harvard anota. El público suelta un gemido colectivo y una serie de abucheos.

Mientras el otro equipo lo celebra, un nuevo rugido estalla entre la multitud. Beckett empuja a uno de los jugadores de Harvard. El jugador tropieza, pero no se cae. En cambio, se quita los guantes y

agarra a Beckett por el jersey. Cuando lo atrae hacia su cuerpo, Beckett le da un codazo en la barbilla. Fuerte.

Jadeo cuando los puños empiezan a volar. Se están peleando. Se ha desatado una auténtica pelea. Se golpean a puñetazo limpio y los cascos salen volando.

Debería estar horrorizada, y lo estoy. Más o menos. Pero, al mismo tiempo, todo este enfrentamiento es…

Sexy.

Son tan agresivos. Tan rudos. Una extraña emoción me recorre el cuerpo cuando Beckett asesta un golpe contundente que manda a su oponente al suelo y el público enloquece.

No puedo apartar la mirada de él. La forma en que se contiene y la fuerza que desprende me mantienen cautivada.

Puede que no entienda todas las reglas del *hockey,* pero empiezo a comprender por qué a la gente le encanta. Tiene algo primitivo, algo que se te mete bajo la piel y te obliga a seguir mirando, sin importar lo brutal que sea.

—Creía que las peleas estaban prohibidas —le grito a Blake.

—Sí. —Su expresión es sombría—. Se va a meter en un buen lío por eso.

Efectivamente, cuando los jugadores y los árbitros intervienen y separan a los dos jóvenes, Beckett regresa al banquillo entre jadeos para sufrir la ira de su entrenador.

El rostro de Beckett emana salvajismo puro. Will se acerca patinando, con su cara de niño bueno en tensión. Ambos chicos irradian una intensa energía. Es increíblemente *sexy.*

Sigo con el pulso acelerado y estoy más que un poco avergonzada por lo mucho que he disfrutado al ver a dos hombres adultos dándose una paliza.

Will detiene a Beckett antes de entrar al banquillo y le susurra al oído. Cuando Beckett lo oye, se le relajan los hombros.

—Parece un encantador de perros —observo.

Gigi suelta una risita.

—Sí, Will sabe cómo calmarlo.

—Sigo sin entenderlo —señala Blake—. ¿No están liados?

—Creo que no. Pero les gusta compartir.

Mi cabeza se gira hacia ella.

Perdona, ¿qué?

Gigi debe confundir mi sorpresa con confusión, porque me ofrece una sonrisa y una explicación:

—Suelen hacer, eh, tríos.

—¿Con quién? —pregunta Blake.

—Ni idea. Nunca han dicho nombres.

Se me hace un nudo en el estómago. Mi mirada vuelve a la pista, donde están sermoneando a Beckett. El entrenador le hace un gesto para que salga, con la cara roja y sudorosa.

—Mierda, lo han expulsado —dice Gigi.

Beckett se dirige hacia un pasillo sombrío sin echar la vista atrás. Mi mirada se desvía de su espalda a la fila de jugadores encorvados en el banquillo. Will se sienta junto a Ryder. Observo la espalda de su jersey.

Pone Larsen.

Lars.

¿Cómo es posible que no me diera cuenta antes?

O quizá no tiene nada que ver. Puede que solo sea una coincidencia. Puede que…

«¡Lars y B!», me grita mi cerebro. Larsen y Beckett.

Los nombres concuerdan. Los abdominales concuerdan.

Esos abdominales firmes y marcados…

Se me escapa un gemido de angustia. ¿Es posible que haya estado chateando con dos jugadores de *hockey* de Briar?

CAPÍTULO 16

CHARLOTTE



La base del Método

Llega la medianoche y sigo sin poder dormir. No he pegado ojo. No he dormido absolutamente nada en toda la maldita noche. La cabeza me va a mil por hora. Me ha estado dando vueltas como una peonza desde que salí del estadio de *hockey.*

No puedo quitarme de la cabeza la idea de que podría haber estado *sexting* con mi compañero de laboratorio y mi molesto compañero de clase, que no deja de llamarme «buñuelito».

En cuanto llegué a casa por la noche, releí nuestros chats en busca de alguna pista que indicara que Lars y B eran Will Larsen y Beckett Dunne. Al final, no conseguí encontrar nada en cuanto a su identidad, pero me puse muy cachonda con el contenido de nuestras conversaciones.

Como la fantasía que le confesé a Lars hace unas noches, cuando le revelé que, aunque he mantenido relaciones dentro de un coche, nunca lo he hecho encima de un coche.

Me sonrojo al leer los mensajes.

Lars: ¿Es eso, nena? ¿Quieres tumbarte abierta de piernas en el capó del

coche mientras nos turnamos para follarte?

Se me tensan los muslos al imaginar la perversa escena. Solo que ahora la fantasía se transforma. En lugar de los rostros vikingos difusos y anodinos que he imaginado, el tío que se cierne sobre mí por entre mis piernas es mi compañero de laboratorio, Will.

Me acaricia los muslos con las manos y me doy cuenta de que, si de verdad es Will, ya sé cómo son sus manos. Dedos largos y hábiles. Uñas cortas y romas. Me acaricia los muslos con esas palmas tan familiares mientras se queda ahí de pie, con la polla dura por fuera de los pantalones. Una gota perlada asoma por la punta de su pene.

Se me escapa un gemido y miro con timidez la puerta de mi habitación. Odio vivir en una casa donde otras diez chicas duermen en la misma planta y pueden oír cada suspiro y gemido que sale de mi habitación. Preferiría vivir en la residencia con una compañera de habitación. Así al menos solo tendría que preocuparme de que una única persona me escuchara mientras me masturbo.

Lo que precisamente voy a hacer ahora, porque solo pensar que he estado intercambiando mensajes calenturientos con los dos jugadores de *hockey* que vi esta noche, uno de los cuales intentó estampar la cara de otro chico contra el hielo como un animal salvaje…

Se me escapa otro gemido de la garganta.

Madre mía, ¿desde cuándo me excita la violencia? No debería ponerme tan cachonda. Y tampoco debería estar modificando mi fantasía para hacerla más excitante. Will Larsen sigue entre mis piernas, pero Beckett Dunne está a su lado. Me masajea el pecho y se inclina para besarme mientras su amigo se prepara para follarme.

Me muerdo el labio al imaginar la sonrisa burlona de Beckett. Los ojos brillantes de Will.

Un estremecimiento cálido me recorre el cuerpo. Se me cierran los ojos sin poder hacer nada para evitarlo. Deslizo la mano dentro de mis pantalones cortos de pijama, bajo la cinturilla de mis bragas.

Imagino las manos de Will en mi cintura mientras me penetra. Oigo la voz ronca de Beckett, suave y autoritaria, diciéndome cuánto me desea. Que está deseando que llegue su turno.

El calor en mi entrepierna se intensifica mientras me froto el clítoris con movimientos circulares y pausados. Casi puedo sentir el capó del coche, el frío metal contra mi espalda, mientras Will se aferra a mí. Siento su cuerpo contra el mío. Su miembro me llena por completo. Siento el pulgar de Beckett en mi pezón y sus labios recorriéndome la clavícula.

Contengo un gemido y levanto las caderas en busca de mis propias caricias.

Esto es irrefrenable. Un torbellino de imágenes pornográficas me colma la mente, pero el hecho de estar con los dos a la vez es lo que me lleva al límite. Se me tensa el cuerpo y siento unas oleadas de placer cuando oigo a Beckett susurrar mi nombre y a Will gruñir que también va a correrse. El orgasmo es intenso. Me hormiguean los dedos de las manos y de los pies, me chisporrotea la piel y me palpita la entrepierna.

Madre.

Mía.

¡Joder!

Me lleva unos minutos recuperar el aliento. «Bueno», pienso cuando por fin consigo calmar mi ritmo cardíaco. «Quizá no es del todo desagradable que mis atractivos suecos sean Will y Beckett».

Pero me pregunto: ¿esta fantasía debería mantenerla en el plano virtual o volverme loca y quedar con ellos para hacer un trío?

Porque, sinceramente, parece la premisa de un documental sobre un caso sin resolver del macabro asesinato de una universitaria.

Aunque existen modos de garantizar mi seguridad. Puedo pedirles una foto de cara para verificar que son ellos. Podemos quedar en un lugar público para vernos por primera vez y asegurarme de que Faith sepa dónde estoy.

La logística es manejable. Lo que temo son las consecuencias.

Por suerte, tengo una herramienta que puede ayudarme a decidir.

A pesar de la hora, estoy completamente despierta, así que salto de la cama para coger mi portátil. Luego me meto de nuevo bajo las

sábanas y abro un documento nuevo.

ACCIÓN: Quedar con los suecos.

Entre las ventajas se incluyen probar cosas nuevas, porque la universidad está pensada para experimentar y el infinito placer.

La desventaja: quizá no sea nada placentero.

En realidad, podría llevarme un chasco muy grande, porque todos sabemos que las fantasías nunca están a la altura de la realidad. Un trío suena genial sobre el papel, pero luego lo pones en práctica y, de repente, te ves inmerso en un mar de preguntas incómodas. Por ejemplo, ¿dónde y cómo se colocan los cuerpos? ¿Qué pasa cuando uno de ellos me está follando? ¿El otro juega a algo mientras espera su turno? «Por favor, señorita, ¿puedo penetrarla ahora?».

Contengo una carcajada. Ya… Me da a mí que la mecánica no es tan fluida ni tan sencilla como sugiere la fantasía.

¿Pero es suficiente razón para no hacerlo?

Presiono la tecla «Intro» y comienzo con el análisis de resultados. La base del Método.

¿Qué es lo peor que podría pasar si lo hago?

RESULTADO 1: Pillar una ETS.

Es posible. Pero supongo que usaríamos protección, ¿no?

Abro el navegador para buscar algunas estadísticas fiables.

Dos páginas web advierten que los condones tienen una eficacia del 85 al 98 por ciento para prevenir las ETS. Otra dice que la eficacia es del 97 por ciento, con un uso perfecto, y otra más, del 86 si se usa regularmente. Como perfeccionista empedernida que soy, me incluyo en el grupo del 97. A tope con el uso perfecto.

Pero bueno, seamos pragmáticos. Pongamos que tiene un 90 por ciento de efectividad. Aunque… esa estadística es menor para las ETS que no requieren protección completa con condón. En esos casos, el riesgo se reduce a un 70 por ciento. También tengo mayor

riesgo de contraer un herpes labial si practico sexo oral sin condón. Y seamos realistas: no pienso usar condón para una mamada. Así que… vamos a reducir el riesgo a un 30 por ciento para las mamadas sin condón.

Mis padres no tienen idea del tipo de monstruo que crearon cuando me permitieron acceder a Internet.

A la pregunta «¿Puedo vivir con esto?», escribo «SÍ».

RESULTADO 2: La gente lo descubrirá y me juzgará.

Ese aspecto me preocupa mucho; cuando termino de evaluar todos los resultados, solo respondo «NO» a la pregunta de si podría vivir con eso.

Porque me parece peor que la clamidia. No quiero que la gente chismorree sobre mí y mi vida sexual. ¿Y si se convierte en un rumor que se extiende por toda la universidad y llega a oídos de algún cazatalentos o de un profesor, cuya recomendación necesito para entrar en el posgrado?

Me tranquilizo al recordar que Gigi aseguró que los chicos nunca dicen nombres cuando les preguntan con quién se acuestan.

Aun así, tendría que confiar plenamente en ambos para hacerlo. Y, de repente, me doy cuenta de que me resultaría más fácil depositar esa confianza si Lars y B fueran realmente Will y Beckett. Porque no son unos completos desconocidos. Son personas a las que podría pedir cuentas si empezaran a circular rumores.

Y si todo lo demás falla, no hay más que mentir como una bellaca y negarlo todo.

Le asigno una probabilidad media al hecho de que la gente se entere. Pongamos un 50 por ciento. ¿Puedo vivir con eso?

Tal vez.

No.

Sí.

Creo que sí.

El corazón me late con fuerza mientras respondo a la invitación pendiente de respuesta en la aplicación.

Yo: No quedaré con vosotros sin ver una foto de vuestras caras primero.

Son casi las dos de la mañana, pero estoy hablando con dos chicos universitarios que seguramente siguen de fiesta, así que no me sorprende cuando veo que alguien empieza a escribir.

Lars y B: Nos parece bien.

Hay una larga pausa. Vuelven a escribir.

Lars y B: Ahí va.

Cuando la foto aparece en la pantalla, se me hace un nudo en la garganta y se me cierra la tráquea.

Confirmado.

Son ellos.

CAPÍTULO 17

WILL



No creo en el destino

Charlotte ha olvidado todos sus conocimientos científicos.

Va en serio. Esta mujer, que durante las últimas dos semanas ha liderado todos los proyectos, ahora me mira como si no supiera distinguir entre el verde y el rojo.

Hemos monitorizado la proliferación celular en nuestro experimento matricial de hidrogel. Es el tercer día y examino las células teñidas de la muestra de hoy con un microscopio de fluorescencia. Las células vivas son de color verde brillante y las muertas, rojas.

Sin embargo, mientras recito los resultados que Charlotte debería estar anotando en su cuaderno, me doy cuenta de que escribe resultados equivocados.

—Suelta el lápiz —le ordeno.

—¿Eh?

—Ni siquiera me escuchas. Esa no es la distribución celular correcta.

Baja la mirada a lo que estaba escribiendo.

—Ah, tienes razón. Parece una distribución desigual. Puede que la coloración fuera inconsistente.

—O que estés distraída y anotes mal los resultados. No dejas de escribir rojo cada vez que digo verde.

—Qué va, ni de broma.

Me inclino y le quito el lápiz de la mano.

—Te mando al banquillo temporalmente. Ahora dime qué te pasa para que lo hablemos y volvamos a nuestro trabajo.

—Nada.

Una voz femenina interrumpe mi interrogatorio.

—Will. Hola.

Me giro en la silla para saludar a mi excompañera de laboratorio.

—Hola, Lourdes.

—Solo quería asegurarme de que has recibido lo que, eh… te envié. —Su mirada se dirige hacia Charlotte, pero mi nueva compañera no le presta atención.

Ahora Charlotte tiene el ojo pegado al microscopio. Sí, definitivamente le pasa algo hoy.

—Me refiero al capítulo —susurra prácticamente Lourdes—. No me respondiste al correo.

—Todavía lo estoy leyendo. Lo terminaré esta noche.

Se acomoda su media melena por detrás de las orejas y me dedica una sonrisa de gratitud.

—Gracias. De verdad que te lo agradezco mucho.

—No hay de qué.

Lourdes vuelve junto a George, espero a que no pueda oírnos para girarme y sonreír a Charlotte. Mi humor se desvanece al notar su postura rígida. Y me está evitando la mirada.

—A ver, en serio, ¿qué te pasa? —insisto—. Porque la Charlotte con la que he trabajado este mes ya me habría preguntado por la conversación con Lourdes y exigido el último capítulo de la fanficción. ¿Tienes problemas en otras clases? ¿Has discutido con tus amigos?

—Todos mis amigos me quieren.

Se le escapa una risa.

—De acuerdo. ¿Problemas familiares?

—No. Volvamos al trabajo.

—No. Dime qué pasa.

—No tengo por qué.

Me aprovecho de su desliz.

—Entonces, pasa algo.

Por fin, clava su mirada en la mía. Luego me observa fijamente durante tanto tiempo que me remuevo en la silla. Pero no puedo apartar la mirada. Tiene unos ojos magnéticos. De un marrón oscuro, como el chocolate negro derretido. Y su piel parece muy suave al tacto. Me pregunto si su pelo también. En el laboratorio, siempre lo lleva recogido en un moño, sujeto con un pasador blanco, y con algunos mechones negros sueltos que le enmarcan el rostro. Mi mirada se desvía hacia su boca. Tiene unos labios preciosos. De un rosa pálido y carnosos.

—Me estás mirando.

—Empezaste tú. —Sonrío—. Creía que eso significaba que yo también podía hacerlo. —Cuando comienza a girarse hacia el microscopio, extiendo la mano y le toco el brazo. Mi voz se vuelve áspera—. Oye. ¿He hecho algo para enfadarte o molestarte? Porque empezaba a gustarme formar pareja contigo, pero si quieres cambiar de compañero de laboratorio…

—No —exclama Charlotte, con los ojos muy abiertos—. No quiero cambiar. No es eso.

—Entonces, ¿qué?

Se queda en silencio de nuevo, con la mirada clavada en la mesa de nuestra profesora. Mónica tiene la cabeza enterrada en la pila de trabajos que lleva corrigiendo toda la tarde.

Charlotte se inclina sobre su silla y mete la mano en la bolsa de tela azul marino que está a sus pies. Saca su teléfono y toca la pantalla con su delicado dedo. Luego, lo desliza por la mesa, y me topo con una foto de Beckett y mía que nos hicimos este verano en una fiesta, en la piscina de Shane.

—No lo pillo. ¿Soy amigo de Beckett? ¿Ese es el problema? —Reprimo un gemido—. ¿Te ha dicho algo? Le encanta coquetear, pero te juro que es inofensivo.

Golpea la pantalla con una uña pintada.

—¿Cómo conseguí esta foto, Will?

Frunzo el ceño. ¿Qué demonios significa…?

Oh, mierda.

La realidad me golpea como un rayo.

—Sí —afirma Charlotte al ver mi expresión.

Cierra la foto y deja a la vista el chat. Es imposible pasar por alto el nombre del perfil que aparece en la parte superior.

LARS y B

Charlotte vuelve a clavar su mirada en la mía.

—Soy Charlie —confiesa con un tono tan triste que casi me echo a reír.

Sin embargo, la sorpresa supera al humor.

Esto debe ser una broma. Charlie, el espíritu libre y *sexy* que fantasea con que dos tíos se la follen sobre el capó de un coche… ¿es Charlotte Kingston, la chica con la que me siento en el laboratorio, la chica de hermandad que viste faldas plisadas y suéteres a juego, lleva siempre el maquillaje impecable y ni un solo pelo fuera de lugar?

Me quedo atónito, sin palabras. Permanezco ahí sentado mientras intento asimilar todo, hasta que me arrebata el teléfono y cierra el chat.

Lo cierra… pero no lo borra.

Qué interesante.

—Will… —Se muerde el labio—. No le cuentes esto a nadie. Por favor.

—¿Contar qué? ¿Que intentabas organizar un trío?

—Yo no lo intentaba… —Baja la voz cuando llamamos la atención de algunos compañeros de clase—. Eras tú.

—No te desagradaba la idea. —Niego con la cabeza, divertido—. Vaya, joder. Esto es genial.

—No, en absoluto —susurra—. Es mortificante.

—O… —La miro con la cabeza inclinada—. Quizá estaba predestinado.

—¿Predestinado?

—Sí, como si todo esto fuera obra del destino.

—No creo en el destino.

—¿En serio? Pues durante seis semanas, tú y yo hemos trabajado con otros compañeros de laboratorio y no hemos intercambiado ni una palabra. Luego, sin saberlo, hicimos *match* en la aplicación pocos días antes de que nuestros compañeros escribieran una carta a lo Romeo y Julieta para exigir que los pusieran juntos. Ahora soy tu compañero de laboratorio, y resulta que eres la persona con quien hice *match* y con quien Beckett y yo estamos obsesionados.

Charlotte parpadea.

—¿Obsesionados?

—Sí. Joder. Nos moríamos de ganas de conocerte.

La cautela se instala en su expresión.

—¿Por qué?

—Porque eres increíble. —Me inclino para susurrarle al oído—. Y estás buenísima, joder.

No me pierdo la forma en que se estremece.

—No tienes ni idea de cuántas veces nos hemos masturbado contigo.

Levanta la cabeza de golpe y su mirada se encuentra con la mía.

—¿Juntos?

Me río entre dientes.

—No, por separado. No hablamos contigo a la vez.

—Entonces, ¿cómo funciona?

—¡Kingston, Larsen! —grita Mónica desde su mesa—. Menos charla y más trabajo.

Volvemos a los resultados, pero ahora los papeles se han invertido. Charlotte lo anota todo con diligencia, mientras que yo no puedo concentrarme en absolutamente nada.

—Charlotte —murmuro—. Venga. Háblame.

Su lenguaje corporal es de lo más reticente cuando vuelve a mirarme.

—Aún no me has prometido que no le contarás a nadie que hemos chateado.

—No lo haré. Te lo prometo. Pero… ¿qué pasa con esa copa?

La propuesta que Beck y yo sugerimos en la *app* pende entre nosotros. Como la fruta prohibida en el Jardín del Edén.

Quiero que le dé un mordisco. Un mordisco grande y jugoso, joder.

Pero se limita a negar con la cabeza.

—No quedaremos para tomar nada. Ni siquiera me cae bien tu estúpido amigo.

—Beck no es estúpido. —Sonrío.

—Me saca de quicio.

—No parecías muy molesta cuando hablabais sobre aquella fantasía en la que te desenvolvía como si fueras un regalo.

Se pone colorada. Esta chica no puede esconder su rubor ni aunque le vaya la vida en ello. Casi me da pena, pero no, porque ese rubor me ayuda a interpretarla. Intenta con todas sus fuerzas no mostrarme lo tentada que está. Lo mucho que desea llegar hasta el final. Pero lo sé por la forma en que se muerde el grueso labio inferior. Por cómo le late el pulso en la base del cuello.

Pero se ha cerrado en banda. Durante los veinte minutos restantes de clase, se esfuerza por mantener un tono profesional. Se centra en las muestras de células. Anota los resultados. Nada de charlas. Y absolutamente nada de contacto visual. Charlotte (Charlie) ha decidido que el contacto visual es demasiado peligroso.

Cuando termina la clase, recoge sus cosas tan rápido que apenas me da tiempo a parpadear. Corro para alcanzarla en el abarrotado pasillo, donde la aparto hacia la pared para dejar pasar a un grupo de gente.

—Vamos, Charlie —digo en voz baja—. Quieres esto. Querías conocernos.

Lo niega a toda prisa.

—No, no quería. Solo estábamos chateando, ¿vale?

—Nos pediste una foto de nuestras caras. Dijiste que la necesitabas antes de aceptar una cita.

—Exacto. —Me mira fijamente—. Nunca acepté el encuentro. Solo os pedí la foto por curiosidad. No estaba en mis planes seguir adelante.

—No te creo.

—No me importa lo que creas.

—¿Por qué te resistes tanto? —La frustración me oprime el pecho mientras la observo durante unos segundos—. No te pareces en nada a la chica de la *app.* —Levanto el teléfono para enfatizar mi afirmación—. ¿Dónde está esa chica?

—No existe, Will, interpretaba un papel.

—¿De verdad?

—¡Sí!

Su vehemencia me hace reflexionar. Sé mejor que nadie lo que es interpretar un papel. Ser dos personas. Durante la campaña electoral, dedico mi sonrisa más anodina, digna del hijo de un político, a los electores de mi padre. A mis amigos, les dejo ver mi lado tranquilo y ligeramente sarcástico. No obstante, poca gente puede ver más allá. Case, a veces, pero, últimamente, sobre todo Beckett. Él ve la intensidad que me gusta ocultar. Entiende los pensamientos y fantasías que nunca he compartido con nadie más.

Me pregunto qué partes de Charlotte Kingston son reales y cuáles son ficticias. O es la niña buena que saca sobresalientes y lleva suéteres, o es la chica *sexy* y arriesgada que me hace reír y me excita a partes iguales. Pero no creo que sea ambas cosas.

—¿Se lo contarás a Beckett? —me pregunta. Parece disgustada con la idea.

Asiento.

—Por supuesto.

—¿Es necesario?

—Lo siento, pero también es su cuenta. Y no le guardo secretos a mi compañero de piso.

—Tu compañero de piso.

—Compañero de piso. Compañero de equipo. Mejor amigo. Como quieras llamarlo. Pero te prometo que no dirá nada.

—¿En serio? Porque sé de lo que habláis los deportistas en el vestuario.

—Algunos deportistas. Nosotros no. Lo que hacemos no es asunto de nadie. No me malinterpretes, a veces hablan de nosotros. Pero te prometo que jamás te mencionarán.

—Gracias —murmura, y vuelvo a frustrarme cuando me doy cuenta de que esta conversación no va como esperaba.

—¿De verdad no quieres ver adónde llegamos? —pregunto.

Tras un instante, niega con la cabeza, lo que me provoca una profunda punzada de decepción.

—No puedo, Will. Es que eso… no va conmigo.

CAPÍTULO 7

YO SOY INGLATERRA

La luna brillaba baja en la ciudad de Londres, y su refulgente luz proyectaba largas sombras oblicuas sobre el palacio. Refulgente y hermosa, a pesar de la letalidad de la oscuridad de la noche. Y bajo ese refulgente resplandor que bañaba el palacio, el hombre se escabulló entre los guardias con movimientos sigilosos, cual león acechando a su presa.

Pero él no era un león.

Era aún más peligroso.

Era Alejandro. El mayor conquistador que el mundo ha conocido, con el ejército más temido a su disposición. Ese ejército aguardaba justo fuera de las murallas de la ciudad, listo para conquistarla, después de recibir la orden, pero esa no era la batalla que ocupaba su mente esa noche.

Dentro del gran salón, la reina Isabel se encontraba de pie junto a la ventana, bañada por el tenue resplandor de la luna. Vestía un majestuoso vestido de un color carmesí intenso. El color del desafío.

El color de Inglaterra.

Llevaba el cabello dorado cuidadosamente recogido, pero un mechón desafiante, tan rebelde como su dueña, rozaba su radiante mejilla. Entrecerró los ojos, agudos y calculadores, cuando oyó el leve crujido de la puerta tras ella.

—Creía que serías más sutil, Alejandro —dijo sin volverse—. ¿Entrar a hurtadillas en mi palacio? Es un movimiento arriesgado, incluso para ti.

Los labios de Alejandro esbozaron una sonrisa mientras daba un paso adelante. Vestía su armadura de guerrero, que brillaba con la promesa de la conquista. Sin embargo, sus ojos, esos ojos

legendarios que vieron la inmensidad del mundo conocido, se suavizaron al posarse sobre ella.

—La sutileza nunca fue mi fuerte —respondió con una voz grave y profunda—. La conquista, sin embargo, sí. Y tengo un acero de treinta centímetros para respaldar esa afirmación.

Isabel se giró, el corazón le latía con fuerza cuando se encontró con su mirada. Su presencia era embriagadora. Cuánto peligro. Cuánto carisma.

Pero ella era una reina, la reina de Inglaterra, y no se dejaría convencer fácilmente.

—Londres resultará mucho menos indulgente que las otras ciudades que has conquistado —alegó.

—Tal vez —dijo el hombre acercándose—, pero no he venido aquí por Londres. Ni por Inglaterra. He venido por ti.

Isabel dejó de respirar cuando Alejandro le rozó la mejilla con la mano. Su tacto era electrizante. A pesar de todo su poder como reina, de su célebre dominio, sintió que temblaba bajo su mirada.

—Yo soy Inglaterra —susurró, con un destello de vulnerabilidad en su voz.

—Eres Isabel —la corrigió Alejandro, con los ojos ardientes de intensidad—. Una mujer, no solo una reina; incluso las reinas tienen corazón.

Se inclinó hacia ella, tan cerca que la reina pudo sentir su aliento sobre la piel.

—Entrégamelo —murmuró, con los labios a tan solo un milímetro de los de ella.

El corazón de Isabel se aceleró mientras una tormenta de emociones la azotaba por dentro. Se había enfrentado a innumerables enemigos, había defendido su reino con una determinación inquebrantable, pero esta… era una clase de batalla muy diferente.

—Nunca —susurró con voz temblorosa.

—La ciudad, no. Sé que nunca la entregarás. —Le recorrió la mejilla con un dedo—. Pero tu corazón… Ese es otro tema.

Antes de que pudiera responder, la besó, de modo que capturó sus labios en un repentino y ardiente abrazo. El mundo se

desvaneció.

No existía el reino.

Ni el asedio.

Ni la guerra.

Solo ellos.

Isabel apoyó la mano en su pecho como si fuera a apartarlo, pero sus dedos se curvaron en su armadura. Podía sentir su poder, su fuerza bruta, viril, y, por primera vez en su vida, se sintió pequeña. No débil, sino pequeña ante algo más grande que ella. Comprendía que su cuerpo se abría como una flor cubierta de rocío, y le suplicaba que permitiera a ese hombre rozar sus pétalos. Se había privado de ello mucho tiempo.

Cuando se separaron, respiraba entrecortadamente.

—¿Quieres que te entregue mi corazón?

—No —respondió en voz baja—. Nunca te obligaría a eso. Pero lo aceptaré encantado si me lo das voluntariamente.

El peso de siglos de reinado, el legado de su corona, oprimía los hombros de Isabel.

Pero, en ese momento, lo único que deseaba era a él.

—Soy la Reina Virgen —declaró.

—Eres una mujer —repitió Alejandro—. Y ninguna reina, por poderosa que sea, debería estar sola. Pídeme que comparta habitación contigo esta noche, Isabel. No me obligues a marcharme.

La besó de nuevo, esta vez más despacio. Era una promesa. Un juramento no solo de conquista, sino también de devoción. Una promesa de cuidar el jardín que había descuidado tanto tiempo. Un jardinero conquistador con un deseo ardiente en la mirada y una espada amarrada a la cadera, la famosa daga con la que había degollado y destripado a sus enemigos.

—Alejandro —susurró la reina.

—Sí, Isabel. Dime qué quieres.

—Yo…

CAPÍTULO 18

BECKETT



Esta tensión sexual me está matando

Los martes por la tarde no tengo clases, así que vuelvo a casa sobre el mediodía y me paso el resto del día tumbado en el sofá en calzoncillos, viendo vídeos chorras en el portátil y comiendo galletas saladas. Es uno de los pocos tentempiés que Will tiene en casa. Sigue nuestro plan nutricional a rajatabla, lo que significa que no encontrarás nada sabroso en nuestra casa. A menos que te refieras a mi polla.

Hasta me sorprende que compre esas galletitas. Antes leí la información nutricional y es una locura el contenido de sodio que hay en una bolsa. Pero estas galletitas están deliciosas, así que no pienso tirar piedras sobre mi propio tejado y contar a Will este nuevo descubrimiento sobre el sodio. Si le da pereza leer la parte de atrás de la bolsa, es problema suyo.

Pasado un rato, por fin me levanto del sofá y trato de motivarme para hacer ejercicio. Hoy toca cardio. Debería salir a correr, pero el tiempo se ha vuelto en nuestra contra. El invierno ha ejercido su dominio sobre el otoño. Así que ahora hace un frío de cojones fuera.

En momentos como estos, desearía seguir viviendo en Australia. De hecho, es una putada que mis padres me concedieran diez años de sol radiante y sin ventiscas para luego mudarnos a Indianápolis, donde las ventiscas son el pan de cada día. Claro que yo decidí ir a

la universidad en Nueva Inglaterra, así que cada tormenta que he soportado desde entonces pesa sobre mi conciencia, no la suya.

Hablando de mis padres, el mío me llama justo cuando me estoy poniendo unos pantalones de chándal largos. ¡Joder, me enfrento a un viento helado ahí fuera!

—Hola, hijo. Solo llamaba para ver cómo estás.

—Todo bien. Me pillas a punto de desafiar a los elementos y salir a correr.

—¿No tienes entrenamiento hoy?

—He entrenado esta mañana.

—Espléndido.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo? ¿Por qué crees que pasa algo?

Resoplo.

—Porque has dicho «Espléndido». Solo dices estupideces de ese estilo cuando algo te molesta y no sabes cómo sacarlo.

—Me han ofrecido un trabajo —suelta de repente.

—¿Para mí? —Frunzo el ceño.

—No, para mí.

—Ah. No sabía que pensabas dejar Winchester Motors.

Mi padre ha trabajado para esa empresa de diseño de automóviles, fundada en Australia, desde que tenía veintipocos años. Fue ascendiendo en la escala corporativa y llegó a un puesto tan alto que, cuando la empresa decidió abrir una sucursal en Estados Unidos, le pidieron que supervisara toda la división.

—No, pero me llamó un cazatalentos.

—¿No es ilegal? ¿De verdad pueden sacarte de otra empresa y ficharte con total normalidad? ¿No es una infracción de la ley antimonopolio?

—¿Sabes qué es la ley antimonopolio, Beck?

Suspiro.

—No.

La risa de mi padre resuena en mis oídos.

—Bueno, no tiene nada que ver con los cazatalentos. Pero, de todos modos, el trabajo es un chollo. El doble de mi salario actual. No solo tendría responsabilidades corporativas, sino también la

oportunidad de trabajar codo a codo con el jefe de diseño. Hasta que no me dieron los detalles, no supe cuánto echaba de menos participar en ese aspecto del trabajo. Últimamente, lo único que hago en Winchester es papeleo.

—¡Guau, parece genial! ¿Qué te preocupa? ¿Dejar a Winchester en la estacada?

—No, no es eso.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Está en Sídney.

Se me corta la respiración.

—Joder, ¿en serio?

No puedo contener la emoción. Me encantaría que mis padres regresaran a Sídney. Voy todos los veranos y me quedo en casa de mis primos, pero si mamá y papá vivieran allí podría ir siempre que quisiera sin sentirme un acoplado en casa de mi tía Suzanne.

—Es una noticia fantástica.

—¿De verdad lo crees?

—Claro que sí, joder. Hace años que hablas de volver a casa.

—Sí, ¿verdad? ¿Ves? Eso es lo que le dije.

Contengo una sonrisa.

—¿Te refieres a mamá?

—Tu madre está muy disgustada.

—¿Por qué?

—No quiere que acepte el trabajo. Sería desarraigar nuestra vida por completo una segunda vez. No le apetece pasar por eso de nuevo.

—Pero volvería a casa.

—Dijo que ya no considera Sídney su hogar.

Supongo que no me sorprende. Mi madre lleva casi doce años viviendo en Indianápolis. Se ha integrado en la comunidad, ha forjado grandes amistades y ha desarrollado una sólida carrera. Arregló nuestra casa de arriba abajo.

Pero Indiana no es nuestro hogar. Y resulta irónico que el tío que solo vivió diez años en Sídney lo considere más su tierra que la mujer que pasó treinta años allí.

Sin embargo, mi padre es como yo. Cada Navidad, los dos miramos la nieve por la ventana con la misma cara, esa que dice: «podríamos estar surfeando ahora mismo». Sí, el *snowboard* es una pasada, pero las vacaciones siempre caen en plena temporada de *hockey.* El entrenador me rompería la pierna si me arriesgara a fracturármela en las estaciones de esquí durante la temporada.

—¿Y qué? ¿No lo aceptarás? —Agarro una camiseta, me la pongo y me vuelvo a llevar el teléfono a la oreja—. ¿Así, sin más? ¿Lo rechazas porque mamá dice que no?

—No quiero rechazarlo. Quiero este trabajo, de verdad. Pero el matrimonio es cosa de dos.

—El matrimonio también requiere compromiso.

—Ya cumplió una vez. Tu madre se mudó a Estados Unidos aunque no quería.

—Sí, y ahora vive muy a gusto aquí. Ahora dice que no quiere volver a Sídney, pero, a la larga, le encantará vivir allí.

—¿Por qué te entusiasma tanto la idea de volver a Australia, Beck?

—Me gusta la idea de que viváis allí. —Dudo un instante—. Si se da el caso, quizá yo también me mudaría.

—¿De verdad? —Parece sorprendido.

—Bueno. No lo sé. Lo pensaría. Pero de verdad creo que deberías aceptar el trabajo, sin duda alguna. ¿Quieres que hable con mamá?

—Me encantaría, pero pensará que nos hemos confabulado contra ella, así que mejor esperamos por ahora.

—¿Cuándo tienes que responder?

—Antes de diciembre. Empezaría en primavera.

—Tienes tiempo para convencerla. Si necesitas ayuda en Acción de Gracias, no tienes más que decirlo.

Se ríe entre dientes.

—Gracias, hijo. Ahora ve a correr. Ya te he entretenido bastante. Hablamos pronto.

—Hasta luego.

Me pongo una sudadera y meto las llaves y el móvil en el bolsillo delantero. Odio correr con las llaves, pero Will aún no ha vuelto de la universidad. Me pongo los auriculares y, durante la siguiente hora,

intento ignorar el tintineo de las llaves en el bolsillo. Vuelvo a casa sudado y congelado, pero me siento mejor después de darme una ducha caliente y comerme las sobras de *pizza* de anoche.

Me vuelvo a acomodar en el sofá y veo que mi portátil se ha quedado sin batería, así que cojo el de Will de la mesita auxiliar porque me da pereza ir a buscar un cargador. Abro la pantalla de su ordenador y me topo con un documento sin guardar. Algo llamado *La virgen y la espada,* de una tal Lourdes.

¿Qué cojones es esto?

La curiosidad puede conmigo, por lo que me recuesto y empiezo a leer. Y… ¡joder! Esto… No sé cómo describirlo. La autora utilizó la palabra «refulgente» tres veces en un mismo párrafo. Diría que no la he usado ni una vez en mi vida.

Hay una nota en un recuadro lateral. La abro y veo un comentario de Will que dice: «Lourdes, nadie usa la palabra "refulgente". Es muy repelente».

Me río entre dientes. Y, por alguna razón inexplicable, sigo leyendo, la historia me absorbe. No sabía que Alejandro Magno tuviera una polla enorme. ¿Es un canon histórico? Podría buscarlo en Internet, pero es más divertido escribirle a Nick, mi compañero de equipo, su novia estudia historia.

Yo: Oye, pregúntale a Darcy si Alejandro Magno era famoso por tener un pene grande.

Nick: No.

Yo: ¿Por favor?

Nick: Joder… Dame un segundo.

Me responde unos diez minutos después. Yo ya he retrocedido hasta el capítulo uno para leer la historia desde el principio. Así he descubierto que la espada que se menciona continuamente unas veces es una daga de verdad y, otras, una polla dura. Pero todavía no ha follado. Esta tensión sexual me está matando.

Nick: Dice que no y quiere saber por qué lo preguntas.

Yo: Estoy leyendo una fanficción de Alejandro y la reina Isabel.

Nick: ¿Por qué eres así, Dunne?

Esbozo una sonrisa y sigo leyendo. Un minuto después, me llega otro mensaje.

Nick: Darcy quiere el enlace a la fanficción.

Me llevo un chasco cuando me doy cuenta de que no hay nada más después del capítulo siete. Al parecer, Will va corrigiendo a medida que la tal Lourdes escribe.

Pero os juro que si Lourdes da un giro a la historia y Alejandro Magno termina siendo un viajero en el tiempo, esta obra maestra pasará a ser mi favorita de inmediato.

Cuando oigo que se abre la puerta, cierro de golpe el portátil de Will y cojo el mando a distancia. No me he pasado la última hora leyendo fanficciones raras. No.

—Hola. —Will asoma la cabeza por la puerta del salón—. Tengo un notición.

—¿Sí?

—Oh, sí.

Camina por el pasillo hacia la cocina. Desde la otra puerta que separa las dos habitaciones, veo que se detiene junto al frigorífico y coge una botella de agua. Destapa la botella y se apoya en el marco de la puerta.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Vas a compartir ese notición o a dejarme en ascuas…?

—Sé quién es Charlie.

CAPÍTULO 19

CHARLOTTE



¿Te está molestando el tonto este?

Es miércoles por la mañana, y hay una minirosquilla en mi escritorio. Es pequeña y está cubierta de azúcar glas. Mucho azúcar glas.

Desvío la mirada de la rosquilla al australiano rubio, sentado dos filas más abajo. Como si sintiera mi mirada clavada en él, Beckett se gira en su silla y esboza una sonrisa.

—Buenos días, buñuelito. Te he traído un caprichín.

Me estremezco.

—Por favor, no digas «caprichín».

—¿Por qué?

—Porque es espeluznante cuando sale de tu boca.

—Qué va. Te encanta lo que sale de mi boca.

Me guiña un ojo.

Lo fulmino con la mirada.

Will me dijo ayer que le contaría a Beckett que soy la del *match,* pero esperaba que Ice Boy tuviera la amabilidad de no mencionarlo.

Con movimientos rígidos y bruscos, me hundo en la silla y saco la funda del portátil; deseando haber escogido una optativa sin clases diarias e intentando por todos los medios ignorar el «caprichín» que hay sobre el escritorio. Está en uno de esos moldes de papel blanco con encaje.

Tiene una pinta espectacular.

—¿Sabías que ya no hacen buñuelos en el centro estudiantil? —suelta Beckett desde su asiento—. Le pregunté a la chica por qué, y me dijo que la gente se quejaba de que ensuciaban mucho cuando se los comía.

Lo ignoro. Vuelvo a mirar la rosquilla y mi traicionero estómago ruge. Es imposible que Beckett haya podido oírlo, pero su sonrisa se ensancha.

—Venga, cómetelo —me provoca—. Lo estás deseando.

Comienza una batalla interna: un lado me empuja a no desperdiciar una rosquilla en perfecto estado, pero el otro insiste en que no puedo darle esa satisfacción a Beckett Dunne.

El hambre gana.

Cojo la rosquilla y me la meto entera en la boca. Ni siquiera me importa parecer una cría con la cara llena de azúcar glas.

Beckett suelta una risa maravillada.

—¡Guau! Creía que le darías un mordisco, no que la engullirías como un caballo tragando una manzana entera.

—¿Charlotte?

Vuelvo la cabeza hacia el pasillo, donde Agatha se ha parado en seco. Mi presidenta me mira con incredulidad.

—Ese no es un comportamiento apropiado para una Delta Pi. Una dama come, Charlotte, no permite que la comida se la coma a ella.

Oigo una risita desde la silla de Beckett.

Agatha se gira hacia él y lo fulmina con la mirada.

—Lo siento —murmuro con la boca llena de rosquilla—. La repostería saca lo peor de mí. A ver si tengo un pañuelo.

—Sí, será mejor que lo busques.

Con un bufido de fastidio, Agatha sigue caminando hasta la primera fila mientras yo hurgo en mi mochila y encuentro un pañuelo limpio. Cuando se acomoda en su asiento, se da la vuelta para asegurarse de que me estoy limpiando la boca.

Al guardar el pañuelo en la mochila, la sombra de Beckett se cierne sobre mí.

—¿Nos hemos teletransportado a una academia de señoritas o algo así? —pregunta, divertido.

Lo miro con curiosidad.

—«Una dama come, Charlotte». ¿Por qué dejas que te sermonee así? —Señala a la espalda de Agatha con la cabeza.

—Soy una Delta Pi —respondo con voz tensa—. Y le gusta recordarnos lo que no deben hacer las Delta Pi.

—¿Cómo fantasear con que dos tíos te follen?

Respiro hondo.

—Para.

—¿Por qué? —Le brillan los ojos—. Parecías disfrutarlo cuando chateábamos en la aplicación.

—La aplicación no es la vida real.

Beckett pone cara pensativa.

—La gente suele hacer esto… No me gusta ni un pelo.

—¿De qué hablas?

Y sigue como si yo no hubiera dicho nada.

—Cree que Internet no es real, que por el simple hecho de estar escondida tras una pantalla, escribiendo cosas que jamás diría a la cara a nadie, no es real. Pero, realmente, la pantalla no escribe. Escribes tú. —Se inclina sobre mi escritorio, y un escalofrío me recorre el cuerpo cuando su cara queda a milímetros de la mía—. Deseas todo lo que decías en esos chats, Charlotte. «Quieres comerme la polla mientras Will te llena el coño».

Sus palabras suaves y tentadoras provocan una intensa reacción física en mí. Siento una descarga en la entrepierna. Una oleada de calor me recorre todo el cuerpo. Es el tipo de excitación que te deja sin aliento.

Beckett se endereza mientras suelta una risa.

—No hay nada de malo en desearlo.

—No lo deseo. —Me trago la desesperación que me sube por la garganta—. Como ya le dije a Will, solo fue un poco de diversión virtual. No estaba en mis planes conoceros en persona.

—Por supuesto. Una Delta Pi nunca debe rebajarse de esa manera —se burla—. Una Delta Pi debe mantener sus aires de pureza en todo momento. —De repente, se ríe entre dientes—. Joder. Acabo de caer en algo.

—¿Qué? —murmuro.

—Las iniciales de tu hermandad son DP, como la abreviatura de «Doble Penetración».

Suelto un gemido ahogado.

—Madre mía, Beckett. Para ya.

Sus labios se curvan en una sonrisa.

—Es la primera vez que dices mi nombre.

—¿Y?

—Me gusta.

El ruido sordo de unos pasos nos interrumpe antes de que una voz desagradable se una a la conversación.

—¿Char? ¿Va todo bien por aquí?

Mitch.

Mi ex parece diminuto al lado de Beckett, lo cual es absurdo si tenemos en cuenta que mide casi un metro ochenta. Mitch es más alto que la media. Pero con su más de metro ochenta, sus anchos hombros y su pecho musculoso, Beckett parece enorme en comparación.

—Todo bien —murmuro.

—¿Seguro? —Mitch nos lanza una mirada suspicaz—. ¿Te está molestando el tonto este?

—Oye —protesto, porque lo que ha dicho es de muy mala educación, joder.

Beckett no parece molesto por el insulto y se burla de mi ex.

—Charlotte me estaba explicando el concepto de la migración climática. Ya sabes, porque soy tonto. Gracias por aclarármelo, Charlotte.

Con una sonrisa, regresa a su asiento y me deja sola con Mitch.

—¿A qué coño ha venido eso? —siseo—. Has sido muy grosero.

—El muy cabrón estaba invadiendo tu espacio personal —suelta Mitch, sin ningún remordimiento—. No puedes dejar que los tíos babeen así sobre ti.

—¿Por qué no? —Le lanzo una mirada petulante y condescendiente—. Quizá me guste.

Sus ojos irradian ira. Me parece escuchar que murmura un «zorra» entre dientes, pero ignoro el escozor que me provoca y lo

observo mientras gira sobre sus talones y se dirige hacia su asiento, enfurruñado.

Por suerte, nuestro profesor llega y pone fin a todas estas conversaciones no deseadas.

Sin embargo, por mucho que me esfuerzo en prestar atención a la clase, no dejo de desviar la mirada hacia Beckett, dos filas más adelante. Y probablemente sea la idea más tonta que jamás se me ha pasado por la cabeza, pero…

Me gusta la forma en que se sienta.

De hecho, es tremendamente excitante. Se recuesta en su silla con una seguridad tan despreocupada que hace que se me acelere el corazón. La tela de su camisa gris se adhiere a sus hombros a la perfección. La forma en que se le mueven los músculos bajo la tela al recolocarse en el asiento es casi hipnótica.

Cuando se gira levemente de manera que deja entrever su mandíbula cincelada y un indicio de barba rubia que lo hace parecer un poco peligroso, se me corta la respiración.

Me cuesta horrores apartar la mirada de él, pero de algún modo lo consigo.



Lars y B: Ven a tomar algo con nosotros, Charlie.

Yo: Os he dicho que no me interesa.

Lars y B: Pero todavía no has eliminado la aplicación…

Llevo todo el día analizando esa conversación. Estoy bastante segura de que fue Beckett quien envió la invitación, ya que me llegó unos cinco minutos después de que terminara nuestra clase.

Quiero gritar.

Porque tiene razón.

Si no me interesara nada de esto, habría borrado la aplicación. O, al menos, habría deshecho el *match* con estos chicos.

Entonces, ¿por qué siguen en mi teléfono? ¿Por qué permito que me envíen mensajes?

Uf.

Porque me intriga. Por eso.

La idea de estar con ambos es la definición de la tentación, pero ahora que nuestro inofensivo coqueteo cibernético ha pasado a ser un encuentro en la vida real, me siento fuera de lugar. Incluso a mi *alter ego,* a quien le encanta correr riesgos, le preocupa apretar el gatillo. Y si Charlie está preocupada… Bueno, entonces no hay duda de que esto es una locura.

Cuando salgo de la última clase, le envío un breve mensaje a Dante. Solo son las tres y media, por lo que es improbable que esté libre, pero lo envío de todos modos.

Yo: Necesito despejar mi mente y quizá pedirte algún consejo. ¿Estás libre?

Dante: Sí, princesa, pásate por aquí. Esto está muerto entre semana.

Me cuelgo la mochila del hombro y echo a correr por el sendero, de modo que mis botas repiquetean en el empedrado a cada paso. ¡Madre mía, me encanta este campus! Es uno de los más antiguos del país, y todo, desde los senderos sinuosos hasta los bancos de hierro y la biblioteca cavernosa, rezuma historia. Y riqueza. A ver, es obvio que Briar la fundó gente rica, pero como todas las universidades de la Ivy League. No encontrarás ninguna que huela a humildad.

Cuando entro en el aparcamiento, se me erizan los pelos de la nuca al darme cuenta de repente de que alguien me sigue. Normalmente soy muy consciente de lo que me rodea, sobre todo cuando estoy sola, pero Will y Beckett me han nublado la mente y han echado a perder mis instintos.

Echo un vistazo al tío que ahora camina al mismo ritmo que yo. Frunzo el ceño. O me lo estoy imaginando o es el mismo tipo que vi en el partido de *hockey* la otra noche. Tiene la misma brecha en la ceja derecha, como si una cicatriz la partiera en dos.

O quizá no. Puede que solo le guste afeitarse la ceja, que sea algo típico de los jóvenes de hoy.

Mientras me acerco al coche, veo por el rabillo del ojo que se detiene en medio del aparcamiento. Siento su mirada clavada en mí, por lo que frunzo todavía más el ceño.

Agarro las llaves con fuerza y me doy la vuelta para mirarlo. Es unos años mayor que yo. Un chico asiático con el pelo negro azabache corto por los lados y largo por arriba. Tiene una estatura media y una complexión delgada. Parece completamente inofensivo, pero mi instinto me dice que me aleje de él.

—¿Puedo ayudarte en algo? —grito.

—No, lo siento. No recordaba dónde había aparcado. Pero ya lo veo. —Con una sonrisa amable, pasa junto a mí y se dirige hacia un Toyota rojo.

La sospecha me revuelve el estómago. ¿Se olvidó de dónde había aparcado? Ese coche rojo destaca en el aparcamiento como si fuera un faro. Pero vale. No voy a cuestionarme por qué mintió. Se ha montado en el coche de todas formas. Un momento después, se marcha a toda velocidad.

Yo hago lo mismo y salgo del campus tras introducir la dirección de Amato Racing en el GPS. Busco un audiolibro de la universidad para oír por el camino. Le doy al *play* y la narradora empieza a explicar uno de los procesos del diseño de circuitos electrónicos para dispositivos médicos, que está directamente relacionado con mi proyecto final de carrera.

Pero cuando estoy a mitad de camino, ya no aguanto más. Siento que me va a explotar la cabeza. Tanta información me sobrecarga: las clases, el proyecto final, los mil informes que he escrito con el Método desde que descubrí que Will y Beckett son Lars y B.

Intento distraerme con mi lista de reproducción favorita de Mollie May a todo volumen, antes de que me arrolle otra ola de presión. No me importa si el hecho de que me guste esta artista me convierte en una perdedora. Hay una razón por la que es la estrella del pop más grande del mundo y llena estadios. Sus canciones son pegadizas.

Me encuentro con Dante en la entrada principal del circuito, totalmente vacío, a pesar de que la pista de karts está abierta.

—No bromeabas cuando dijiste que estaba muerto. —Señalo mientras lo sigo adentro.

—No dejo de decirle a papá que es un desperdicio de electricidad mantener esto abierto cuando los niños tienen clases. Pero es más terco que una mula.

Dante señala con la cabeza al único empleado de la taquilla interior y me acompaña de nuevo al exterior por las puertas traseras. Llegamos a una estructura parecida a un hangar, situada a unos cien metros de la pista principal. Veo que es un garaje. Unas suaves notas de música *country* salen de un gran altavoz externo. Al fondo del amplio espacio, hay un Ferrari negro con el capó abierto.

Dante saca una llave inglesa de un soporte metálico y se acerca al deportivo.

—Seguiré trabajando mientras charlamos, si no te importa.

—¿Reparas tú estos coches? Me sorprende que te lo permitan. Por cuestión del seguro y demás.

—No, este es mío.

—Perdona, ¿qué? —exclamo—. ¿Este coche es tuyo?

—Bueno, es un modelo antiguo…

—¡Es un Ferrari, Dante! —Abro la boca de par en par.

—Sí, pero papá iba a deshacerse de él. Los clientes no lo quieren. Y necesita mucho trabajo.

—Así que… te regaló un Ferrari.

—Bueno, créeme, no volveré a cobrar en la vida. Prácticamente trabajaré gratis hasta el fin de mis días, pero… —Se encoge de hombros—. En fin…

—Vale la pena, sin duda —coincido—. Te lo pediré. Lo sabes, ¿verdad?

Mi amigo resopla.

—No te dejaré conducir este coche. Jamás.

—Pues los otros sí —protesto.

—Porque eres un cliente, y los clientes están asegurados. Este coche es mío y tú no entras en mi seguro.

—¡Pues méteme! Yo lo pagaré.

Esboza una sonrisa.

—Los coches son tu perdición, ¿eh?

—Sí, me tienen loca. Y no me da vergüenza admitirlo.

Dante señala la silla plegable que hay contra la pared.

—Acércate una silla. Siéntate.

—Estoy demasiado nerviosa para sentarme. —Me paseo por el garaje, como si quisiera abrir un socavón en el suelo con las botas—. Necesito consejo. He estado chateando con unos chicos por Internet…

—Guay. Tenía la esperanza de que tuvieras algún problema de hombres. Muy bien. Vamos al lío. —Se limpia las manos con un trapo y se acerca a una nevera portátil que hay cerca—. ¿Qué te apetece beber?

—Cualquier cosa sin alcohol.

—Qué muermo eres —gruñe, pero me lanza una bebida energética.

Genial. Eso es lo último que necesito: tomarme un Red Bull, también conocido como anfetamina líquida. Ya tengo la mente bastante acelerada. Pero, aun así, abro la lata y le doy un buen trago.

—Vale, y esos chicos… ¿son guapos?

—Están para comérselos —gimo—. Y quieren conocerme.

—Entonces, ¿cuál es el problema…? —Dante se detiene a mitad de frase y responde a su propia pregunta—. Ah, ya. No te gusta salir con varias personas a la vez. Recuerdo que lo dijiste una vez.

—No, ese no es el problema. No quieren verse por separado. No son dos chicos distintos. Es como si fueran un solo tío, pero son dos.

—Mmm… Me he perdido.

—Tienen la misma cuenta. Solo una para los dos.

—Se supone que eres superinteligente, pero te estás explicando de pena. —Se ríe entre dientes—. ¿Qué demonios intentas decir?

—Digo que ambos comparten una cuenta igual que les gusta compartir mujeres.

Se hace un silencio sepulcral en el garaje.

Dante me mira boquiabierto. Luego esboza una sonrisa de alegría.

—¿Estabas buscando integrantes para hacer un trío?

—Bueno, no activamente. Pero vi su perfil y… como ya te he dicho, ¡están para comérselos! Hicimos *match* y llevamos semanas chateando, pero ahora quieren que nos veamos en persona.

—Vale. Genial. Hazlo.

Su falta de vacilación me da que pensar.

—¿En serio? ¿Crees que debería ir a tomar algo con ellos?

—¿Por qué has pasado tanto tiempo chateando con ellos? Si solo querías un poco de ciberacción, genial. Pero has seguido hablando con ellos mucho tiempo. Semanas, de hecho. —Me observa con atención—. La cuestión es: ¿quieres tomar algo con ellos?

Me muerdo el labio, consternada.

—Nunca he hecho algo así, Dante.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—¿Qué pasa si los conozco y no quiero acostarme con ellos?

—Pues siento ser yo quien te lo diga, pero tendrás que quedarte allí como una virgen sacrificial y dejar que te hagan el trenecito.

—¡Qué!?

Se parte de risa.

—¡Madre mía, Charlie! Si no quieres follar con ellos, pues no folles con ellos. Nadie te obliga a acostarte con dos chicos. ¿Dónde quieren que os veáis?

—No lo sé. Solo me invitaron a tomar algo.

—Vale. —Lo medita durante un rato y luego continúa como si estuviera leyendo el manual oficial para tríos—. Te sugiero que quedéis en un lugar público. Dile a alguien adónde vas, a mí si quieres. Mándame sus nombres y alguna foto suya. No bebas nada de lo que te ofrezcan, por si acaso. Infórmate bien y luego decide si quieres, ya sabes, acostarte con dos tíos.

No puedo contener la risa.

—¿Por qué te lo tomas tan a la ligera?

—Porque no creo que sea para tanto.

—Esperaba que fueras tan juicioso como la mayoría de la gente.

—Que le den a la mayoría de la gente. ¿Qué opinión valoras de verdad? —Me guiña el ojo—. La mía, obviamente, has venido hasta aquí para pedirme consejo. ¿Y la de quién más?

—La de mi mejor amiga en Delta Pi. Faith.

—¿Te ha juzgado alguna vez?

—Nunca.

—Entonces, ¿qué más da? La gente que te importa no te juzga, así que no lo hagas tú.

«Mi familia me juzgará, y ellos me importan».

Me trago las palabras, junto con el nudo de vergüenza que se me forma en la garganta. Solo pensar que mis padres pudieran descubrir mis extrañas fantasías…

«Pero ¿cómo van a descubrirlo?», defiende otra parte de mí.

Cierto. Nunca he hablado con mis padres ni con mis hermanos sobre mi vida sexual. Así que, a menos que una de las poquísimas personas que lo sabrán decida contárselo a mi familia, es poco probable que lo descubran.

—¿Sabes qué? Voy a por todas —digo.

Estoy tan profundamente convencida que siento una oleada de adrenalina. Me bebo de un trago el resto del Red Bull, aplasto la lata y la tiro a la basura, lo que hace que Dante arquee las cejas.

—Te lo has bebido demasiado rápido.

—Ya. Por eso vamos a los karts.

Dante sonríe.

—Pues vamos allá.

CAPÍTULO 20

WILL



Solo tienes que pedirlo

Charlie: Una copa. Esta noche.

Justo después, envía otro mensaje con una hora y un lugar, lo que me provoca una sonrisa. Es jueves y estoy tumbado en un banco del vestíbulo del edificio de Ciencias Ambientales, esperando a Beckett para volver juntos a casa. Como su clase termina solo cuarenta minutos después de la mía, no me importa esperarlo. Pero es obvio que no atiende a la clase, porque me salta una notificación.

Beck: Charlie se apunta.

Yo: Acabo de verlo.

Beck: Supongo que iremos a Boston esta noche…

Deja la frase en el aire. Parece un poco ridículo conducir más de una hora hasta Boston y luego otros treinta minutos hasta las afueras. Eligió el bar más apartado posible. Pero si Charlie está dispuesta a hacer el viaje solo para vernos, supongo que nosotros también.

Cuando llegamos a casa una hora después, me quito los zapatos y voy a la cocina. No salimos hasta dentro de unas horas, así que tengo tiempo de sobra para preparar la cena.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Beckett desde el pasillo.

—Estaba pensando en un salteado. O puede que una ensalada de quinoa.

—Decidido, me pediré una hamburguesa con queso en el bar.

—Adelante. Ya si eso, mañana le explicas a Jensen por qué patinas tan lento.

En serio, si Beck se encargara de las comidas, quemaría las dietas del nutricionista del equipo y comería hamburguesas para desayunar, patatas fritas para comer, y *pizza* y alitas para cenar.

La ansiedad se apodera de mi estómago cada minuto que pasa. Me ducho después de cenar y me afeito la barba incipiente. Me pongo un polo de rayas y unos vaqueros oscuros y, cuando me reúno con Beckett abajo, veo que también se ha vestido informal. Lleva los dos primeros botones de la camisa desabrochados. Sus vaqueros están tan desgastados que prácticamente se desintegran. Pero aguantan firmes en sus caderas.

Se pasa una mano por el pelo rubio, desordenado.

—¿Quieres que lleve yo el coche?

—No, ya conduzco yo.

Durante el trayecto hasta el bar de Boston, escuchamos el partido de los Bruins por la radio. Cuando nos acercamos a las afueras, me giro hacia el asiento del copiloto y le advierto a Beckett.

—No la presiones demasiado.

Beckett levanta la vista de la pantalla del teléfono.

—¿A quién? ¿A Charlie?

—Sí, está nerviosa. Creo que se avergüenza.

—Ya lo sé. —Se encoge de hombros—. Pero voy a actuar como siempre. Que lo tome o lo deje.

Supongo que tiene razón. Si termina en nuestra cama, tendrá que acostumbrarse a la dinámica de todas formas. Beckett es un seductor empedernido. Le resulta imposible contener tanto carisma. La mayoría de las mujeres no quieren que lo haga. Pero Charlotte Kingston no es como la mayoría de las mujeres. Tengo la sensación de que le da vergüenza desear a dos hombres.

Entiendo muy bien ese sentimiento. Pasé todo el verano profundamente avergonzado por… desear otros sabores del sexo, como diría Diana. Tardé, pero finalmente llegué a la conclusión de que lo que hago a puerta cerrada no es asunto de nadie. Si todo el mundo consiente y se divierte, ¿a quién hacemos daño? Sí, algunos nos juzgarán. Pensarán que somos unos asquerosos. Pero hay una razón por la que la categoría de «trío» es tan popular en las páginas porno. Es una fantasía muy común.

Y resulta que yo he hecho realidad esa fantasía.

Charlotte escogió un bar en un pequeño centro comercial para reunirnos esta noche. El aparcamiento está abarrotado, aunque es jueves, probablemente por el partido. No sé si eso es bueno o malo. Supongo que depende de cuánta atención quiera atraer.

Como en clase me dio su número de teléfono, le escribo para avisarla de que hemos llegado. Una vez dentro, encontramos el típico bar deportivo, con una hilera de televisores de pantalla plana que retransmiten varios partidos y paredes adornadas con camisetas enmarcadas y recuerdos firmados.

Hay varias mesas y reservados y, mientras busco a Charlotte por toda la sala, me llega su respuesta.

Charlotte: Reservado de la esquina, cerca de la ventana. Llegué hace cinco minutos.

Giro la cabeza hacia la izquierda y vislumbro su pelo oscuro y un destello blanco. Su suéter. Joder, a esta chica le encanta vestir de blanco. Y, por supuesto, ha llegado temprano. Parece que también le gusta la puntualidad. O al menos, a esta versión de ella. La Charlie de la aplicación probablemente nos haría esperar una hora antes de aparecer con botas de tacón y decir «perdón por el retraso, chicos». Se regodearía por habernos mantenido en vilo mientras la esperábamos.

Levanta la mirada cuando nos acercamos, con los ojos llenos de aprensión. Su atuendo es el sello distintivo de Charlotte: un cárdigan blanco corto con pequeños botones en forma de perla combinado con una falda negra.

—Hola —la saludo con una sonrisa burlona.

Me meto en el reservado y me siento a su derecha. Luego dejo las llaves y el teléfono sobre la mesa. Beckett se sienta al otro lado, lo que la obliga a acercarse a mí para dejar más espacio.

—Hola —exclama Beck con tranquilidad.

—Hola. —Su voz suena nerviosa.

Toda ella irradia nerviosismo. Aprieta un vaso de agua con ambas manos con tanta fuerza que sus dedos dejan marcas en la condensación generada por los cubitos de hielo.

—Solo es agua. Os estaba esperando para pedir —explica con la mirada clavada en mí.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

—Genial.

Suena de lo más convincente…

—Solo vamos a tomar algo, Charlotte —le aseguro—. Sin expectativas.

Eso parece tranquilizarla. Se le relajan los hombros. Pero se le vuelven a tensar cuando aparece el camarero. Un joven bajito y

fornido con unos rizos rubios, rebeldes.

Mira a Charlie.

—¿Ya ha llegado el resto del grupo o tiene que venir alguien más?

—No, ya están todos aquí. Son unos… amigos de clase.

No había razón para matizar eso. Por el rabillo del ojo, veo que Beckett está conteniendo la risa. Ambos pedimos una cerveza. Para mi sorpresa, Charlotte pide un gintónic.

Parece que alguien necesita un poco de valor líquido.

Cuando el camarero se va, es evidente que Charlotte no sabe muy bien adónde mirar. Su mirada es como una pelota de *ping-pong:* pasa de mí a Beckett, de ahí a su vaso, y de ahí a la foto de Bobby Orr enmarcada en la pared. Luego el ciclo vuelve a empezar.

Pasado un rato, suelta un gruñido.

—Esto es muy raro. Raro e incómodo, creo que debería irme.

Me muerdo el labio, porque me resulta casi imposible contener la risa.

—De acuerdo. Nadie te retiene aquí.

Empiezo a moverme para salir del reservado, pero me detengo cuando Charlie dice:

—No. No te vayas.

Me desplomo sobre el asiento de nuevo.

—¿Seguro?

—Sí, pero… ¿no podéis al menos reconocer que esto es raro?

—Bueno, tú haces que parezca raro —dice Beckett con una sonrisa—. Pero no tiene por qué serlo.

—¿Cómo? Tengo una cita con dos chicos. No sé qué se hace en una cita así.

—Pues lo mismo que en una cita con uno. —Se encoge de hombros—. ¿Qué harías ahora si solo estuvieras con un chico?

—Probablemente le preguntaría sobre él. —Suelta otro gemido—. Preguntas normales. Pero las que me rondan la cabeza ahora no son nada normales.

Esta vez, no puedo contener la risa.

—Pregunta lo que quieras. Te prometo que no nos escandalizaremos.

—¿De verdad no os acostáis juntos? Ya sé que me dijisteis que no en la aplicación, pero…

Sabía que surgiría el asunto. Las chicas siempre nos lo preguntan. Incluso, en algunos casos, lo alientan activamente.

Niego con la cabeza.

—No nos acostamos.

—¿Todavía?

—¿La verdad? Probablemente, nunca. —Miro a Beck y luego a Charlotte—. Cuando estamos en el sofá o algo parecido jamás lo he mirado y me han entrado unas ganas locas de tirármelo. Solo he estado con mujeres.

—¿Y tú? —Se gira hacia Beckett.

—Solo mujeres —admite—. He besado a un par de chicos, pero en ambas ocasiones había una chica.

—Entonces, ¿eres bi? —pregunta con aire pensativo.

—No me gustan mucho las etiquetas. Mi filosofía siempre ha sido hacer lo que me sienta bien y nunca lo contrario.

Charlie esboza una sonrisa al escucharlo. Parece que se relaja. Así que, por supuesto, el camarero elige ese momento para volver con las bebidas. Cuando recuerda que no estamos solos y que cualquiera podría observarnos, prácticamente le arrebata la bebida al hombre y le da un buen trago.

—¿Y tú qué? —Beckett espera a que el camarero se vaya antes de lanzar la pregunta.

—Yo, ¿qué? —pregunta ella.

—¿Has estado con mujeres?

—No, y no me considero bisexual. Ni siquiera pansexual. Creo que nunca me he sentido atraída por una chica, excepto en sentido amistoso.

—Pero esto te atrae, ¿verdad? —Beck nos señala a los tres.

Sus ojos irradian resignación.

—Obviamente, estoy aquí. Pero nunca lo he hecho antes. —Da un sorbo y deja el vaso en la mesa riendo—. Siempre he sabido que soy ambiciosa, pero esto es llevarlo al extremo. Es mi primera cita en ocho meses y he decidido tenerla no con uno, sino con dos chicos.

—¿Cuándo fue tu última relación seria? —pregunto con curiosidad.

—Rompimos la primavera pasada. Estuvimos juntos casi año y medio. ¿Y vosotros?

Respondo yo primero.

—Estuve con alguien en segundo año, pero era más bien un acuerdo de amigos con derecho a roce —admito—. La última vez que llamé a alguien novia probablemente fue en el instituto.

—Yo también —dice Beckett—. Salí con una chica durante todo el instituto.

—¿Los cuatro años? —exclama.

—¿Por qué te sorprende tanto? —Parece dolido por un segundo, pero luego esboza su sonrisa despreocupada—. Estoy demasiado bueno para tener una relación larga, ¿verdad? Alguien tan atractivo necesita esparcir su amor.

Charlotte resopla.

—Al parecer, es a lo que te has dedicado desde que llegaste a Briar. ¿Por eso rompiste con la chica del instituto, para desmadrarte en la universidad?

No creo que Charlotte note que Beck se tensa, pero yo sí. Beckett odia hablar de Shannon. Lo máximo que le saqué de su ex fue que le destrozó el corazón cuando le puso los cuernos.

—No, no rompimos por eso. —Aunque responde con ligereza, tiene la mandíbula tensa—. Pero salí ganando. Desmadrarse es divertido. —Antes de que Charlie lo presione para que le cuente más, se vuelve hacia ella—. ¿Por qué rompiste con tu ex? —De repente, maldice—. Joder, espera. No me digas que salías con ese imbécil de clase.

—¿Qué imbécil? —pregunto.

—Ese machito llamado Mitch. ¿Por eso se comportó como un cavernícola posesivo cuando nos vio hablando?

—Mitch es mi ex y también un poco capullo. En fin. No era tan malo cuando estábamos juntos. A veces se ponía un poco empalagoso, pero no era controlador ni posesivo. La única razón por la que rompimos fue porque…

Se calla de golpe. Y no vuelve a hablar.

—¿Por qué? —insisto—. No puedes dejarnos así.

Charlotte le da otro sorbo a su gintónic.

—Teníamos algunas, eh, incompatibilidades.

—¿Algunas?

—Bueno, solo una. —Se pone colorada—. Disparidad de libidos.

Le brillan los ojos a Beckett.

—¿De quién era la libido más activa?

Puedo hacerme una idea.

Y la cara aún más roja de Charlotte lo confirma.

—La mía, obviamente. Me gusta… el sexo.

Joder, me palpita la polla cuando la oigo decir eso.

—¿Con qué frecuencia quieres hacerlo? —Beckett se lame la comisura de los labios. Como a mí, le ha afectado el giro de la conversación.

—Mmm… —Se encoge de hombros, avergonzada—. Al menos una vez al día.

—¿Al menos? —decimos al unísono y, a continuación, intercambiamos una sonrisa.

—Sí. —Respira hondo—. Aunque tenga la regla. —Cuando ni Beck ni yo parpadeamos, entrecierra esos grandes ojos oscuros—. ¿No os da asco?

Beckett se encoge de hombros.

—Por eso se inventó el sexo en la ducha.

Suelto una risita.

—Qué calor hace aquí. ¿No os parece? —Le tiemblan los dedos al desabrocharse el suéter—. Deberían encender el aire acondicionado.

Se quita el suéter y descubre una camiseta negra de tirantes finos. Deja el suéter en el asiento de al lado y vuelve a coger el vaso.

Cualquiera pensaría que lo ha hecho a propósito. Que intenta provocarnos. Seducirnos. Pero los nervios de Charlotte son palpables.

Jugueteo con la etiqueta de mi cerveza y paso el pulgar por la condensación que emana de la botella. Vuelvo a plantearme el mismo enigma que me desconcertó en el laboratorio.

¿Quién es la verdadera Charlotte?

Y como es posible que nunca vuelva a tener esta oportunidad, decido tirarme a la piscina y preguntarle.

Frunce el ceño.

—¿A qué te refieres con mi verdadero yo? —dice en cuanto lo suelto.

—Sí, yo también tengo curiosidad —interviene Beckett—. Porque, por un lado, tenemos a Charlotte. —Cambia de postura y endereza el cuerpo para parecer más formal—. La diligente estudiante de ciencias, cuyo promedio no puede bajar del 3.9999 y lleva suéteres de niña buena. —Coge el que Charlotte se acaba de quitar—. Te has vestido con cachemir blanco para ir a un bar, buñuelito. Es un poco intenso.

Ella frunce el ceño.

—No, no me malinterpretes —se apresura a tranquilizarla—. Esa actitud remilgada de chica de hermandad me pone muchísimo. Pero ahora no eres esa chica, ¿verdad? —Le acaricia el brazo desnudo con los dedos—. Ahora eres Charlie. Con las tetas prácticamente fuera de la camiseta. Charlie decidió no ponerse sujetador para la cita…

—Esta camiseta técnicamente hace de sujetador —murmura—. No pensaba quitarme el suéter.

—No —insiste Beck—. Charlie usa la camiseta de sujetador. No creo que le importe que se le marquen los pezones ni que se le pongan duros como piedras tras un simple roce del pulgar de Will.

Charlotte se muerde el labio al imaginarse la escena. No puedo negar que se me estremece la polla al pensarlo. Tampoco puedo negar que he notado las gotitas de sudor que le bajan por la camiseta.

—Charlie confiesa todas sus fantasías en una aplicación —continúa Beck—. Y Charlie condujo una hora y media desde su casa únicamente para conocernos. Eres como una agente doble. Me encanta.

Beckett sonríe mientras da un trago.

Observo la expresión de Charlotte. Parece agitada por el análisis de mi compañero, pero, al mismo tiempo, no se sorprende al oírlo.

—La gente tiene capas que muestran diferentes facetas de cada persona —afirma finalmente—. ¿No tenéis capas vosotros?

Lo medito un segundo.

—Sí. Supongo que sí.

—Entonces, ¿no es raro que vosotros seáis multifacéticos, pero que lo sea yo sí?

—No hablamos de que sea raro, solo decimos que nos gusta.

—Es *sexy* —declara Beckett sin rodeos—. Me gusta la idea de verte en clase con tus suéteres de cachemir y tus faldas plisadas sabiendo que fantaseas con que dos tíos te penetren a la vez.

Charlotte estaba bebiendo cuando Beck suelta eso y a la chica le da un ataque de tos al oírlo.

—Beck —lo increpo.

—Lo siento, colega. Es muy fácil provocarla.

Charlotte tose y luego se bebe de un trago lo que le queda para despejar las vías respiratorias.

—¿Así que solo es una provocación? ¿No lo hacéis?

Ahora es a mí a quien le da un ataque de tos.

—¿Preguntas por la doble penetración?

—A estas alturas, ¿de verdad hay algún tema tabú? —Me mira con la cabeza inclinada y luego se gira hacia él—. ¿Lo habéis hecho alguna vez?

—Ya te dijimos que no hablamos de nuestras aventuras —protesta.

—Está bien, reformularé la pregunta: ¿queréis hacerlo?

Toda la sangre de mi cuerpo se me acumula en la entrepierna. Por la intensidad con la que brillan los ojos de Beckett, sé que a él también le gusta la idea.

—¿Will? —insiste—. ¿Quieres?

—A veces —respondo finalmente—. Y a veces no me apetece. Quizá prefiero probar otras cosas. La verdad es que no planeo lo que voy a hacer cuando follo.

—Sí, eso es más una pregunta de Charlotte. Una agenda sexual. —Beckett termina la cerveza y esboza una sonrisa—. No creo que a Charlie le importe. Ella se dejaría llevar, ¿verdad?

Le tiembla la mano mientras juguetea con el borde de su vaso. Sin poder contenerme, extiendo la mano para sujetarla y entrelazo nuestros dedos. Se muerde el labio.

—Solo estamos tomando algo —le recuerdo con voz suave.

—Lo sé. Pero… Ya no me preocupa estar aquí. Me preocupa más…

—¿Qué?

Baja la mirada hacia nuestros dedos entrelazados. Permanece con la mirada gacha mientras confiesa:

—Estaba pensando en besaros. A los dos. —Suelta una risa ahogada—. Pero no al mismo tiempo. Porque eso no parece divertido.

Beckett se ríe entre dientes.

—Sí. Creo que a los únicos que les gustan los besos a tres bandas son a las parejas embadurnadas de aceite de Aventura o amor eterno.

—¡Oh, Dios mío! No me digáis que veis ese programa.

—No, pero un amigo nuestro sí —respondo con un bufido—. No deja de hablar del estúpido programa ese.

—Pero volvamos a lo del beso… —interviene Beckett.

El aire se vuelve más espeso por la tensión y crepita como la electricidad estática que se genera justo antes de una tormenta. Le acaricio el interior de la palma con el pulgar. La oigo jadear cuando Beckett se inclina hacia ella.

Beck esboza una pequeña sonrisa.

—Si quieres que te besemos, Charlie, solo tienes que pedirlo.

CAPÍTULO 21

CHARLOTTE



Dame un beso de buenas noches, Charlie

Me va a estallar el corazón. A un lado, Will ha descubierto una zona erógena que desconocía cuando me acaricia la palma de la mano con un movimiento sensual y provocador. Al otro, siento el cálido aliento de Beckett en el cuello mientras me acaricia el lóbulo de la oreja con los labios y se ofrece a besarme.

No creía que esta noche fuera a terminar así.

De verdad pensé que sería la cita más incómoda de mi vida.

Esperaba un diálogo forzado, en plan porno. «Oh, hola, jugadores de *hockey* buenorros. Por favor, os deseo muchísimo. Tomadme aquí y ahora».

En cambio, ha sido una conversación normal entre adultos. Bueno, si se considera «normal» hablar de doble penetración y si ellos follan entre sí. De cualquier modo, ha resultado fácil. Cómodo.

Hasta que cometí el error de confesar que quiero besarlos.

Ahora, tengo el pulso más acelerado que el kart que conduje ayer y las oleadas de deseo me cosquillean la piel. Estoy tensa y acalorada.

Las seductoras palabras de Beckett quedan suspendidas en el aire.

«Si quieres que te besemos, Charlie, solo tienes que pedirlo».

Antes de responder, veo que el camarero hace gestos preguntando si queremos algo más. De repente, recuerdo dónde estamos y lo que no debería pensar, así que suelto con brusquedad:

—No.

Los chicos se enderezan al instante. Will me suelta la mano. Beckett se aparta de mí. Es gratificante ver lo rápido que respetan mis límites, pero han malinterpretado mi respuesta.

—Yo, eh, quería decir que aquí no —balbuceo—. No en este reservado.

Ambos contienen una sonrisa.

—Esto es una cita, ¿verdad? —pregunto mientras miro a uno y otro.

Los dos asienten con la cabeza.

—Bueno, soy de las que besan en la primera cita. Besar me parece bien. Pero… eh… quizá cuando me acompañéis al coche o algo así.

El corazón me da un vuelco ante la idea.

¿Qué me pasa?

Los deseo muchísimo, de verdad. Joder, incluso a Beckett, que me ha dado la lata todo el semestre. Me muero por saber a qué saben sus labios. Qué se siente al tener la lengua de Will en la boca.

Tienen razón: soy dos personas. Sin embargo, por mucho que me cueste explicarlo, ninguna de las partes que me definen es falsa. La puritana chica de hermandad es solo una faceta de mi personalidad, que surge de forma natural cuando estoy en esa casa, bajo la mirada juiciosa y crítica de gente como Agatha. Y mi lado superdotado sale a relucir con mi familia, porque quiero…

Encajar.

Supongo que ese es mi mayor defecto. Mi talón de Aquiles. Ese deseo arraigado de encajar con mis compañeros, en mi familia.

Este aspecto de mi personalidad (Charlie, la chica sentada en un bar con camiseta y sin sujetador) no encaja en Delta Pi ni del todo con mi familia. Pero aquí, entre Will Larsen y Beckett Dunne, nunca se ha sentido más cómodo.

Cuando vuelve a venir el camarero, los chicos piden otra ronda de cervezas. Yo ya he sobrepasado mi límite de consumo de alcohol, así

que pido un refresco.

—Le estás dando demasiadas vueltas otra vez —me acusa Will.

Lo miro a los ojos, divertida, y suspiro.

—Siempre le doy demasiadas vueltas a todo. Mi monólogo interior nunca cesa.

—¿Y qué te dice ahora?

Siento que me arden las mejillas.

—Que me gustáis los dos y no creo que quiera elegir.

Beckett se encoge de hombros.

—Esa es la gracia. No tienes que elegir.

—¿Qué pasa si decido que solo quiero a uno de vosotros? —os desafío.

—Mmm. —Will inclina la cabeza hacia un lado, pensativo—. ¿Dices que quieres que compitamos por tu favor?

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Si quisiera, ¿cómo competirías exactamente?

Beckett me toma la mano y empieza a trazar círculos lentos, deliberados, sobre mi palma con el pulgar.

—Podríamos ver quién consigue que te corras más rápido.

Suelto una risa ahogada.

—Pero así, los dos disfrutaríais de mí.

—Oh, ¿en serio? —Parpadea con aire inocente.

Will también se ríe y me roza la mandíbula con los dedos mientras Beckett continúa acariciando mi palma.

Se me acelera el pulso. La doble sensación de sus manos sobre mi piel provoca una descarga eléctrica que me recorre el cuerpo. La emoción de ser el centro de su atención es embriagadora.

No creo que pudiera elegir, ni aunque me lo pidieran. Son tan diferentes. Beckett, con su encanto desenfrenado. Will, con esa sonrisa relajada que oculta la intensidad que se esconde bajo la superficie.

—¿Sabes lo que pienso? —Will clava la mirada en mí—. Creo que no quieres que luchemos por ti. Creo que quieres ver qué pasa cuando cooperamos.

Me imagino a mí misma, a mi cuerpo desnudo atrapado entre ellos, y se me escapa un gemido como Dios manda.

Ambos sonríen.

La sonrisa de Beckett irradia una confianza indolente mientras me observa con una mirada traviesa. La de Will es más sutil, más reservada, pero no menos atrevida.

Un pequeño movimiento al otro lado de la sala rompe la tensión y capta mi atención. Una chica de tez negra y esbelta, con una falda vaporosa y un top blanco, sube al pequeño escenario con una guitarra acústica en la mano. Un chico se une a ella y se sienta detrás de una batería eléctrica. La joven no se presenta, sino que ajusta directamente la altura del micrófono y empieza a tocar una canción folk lenta, que últimamente oigo en todas partes.

—Me encanta esta canción —digo. Esbozo una sonrisa a medida que me voy relajando de nuevo—. Como esto es una cita, uno de los dos tiene que bailar conmigo. ¿Quién será?

—Él mismo —responde de inmediato Beckett mientras señala a Will con la cabeza.

Suelto una risita.

—A ver, yo también podría sacarte a bailar, pero no dejaría de restregarme contra ti… —Se detiene a mitad de frase—. Pensándolo mejor, me encantaría bailar contigo.

—Vuelve a sentarte, anda. —Will, que ya estaba saliendo del reservado, se ríe y me tiende la mano—. ¿Me concedes este baile?

Tras un momento de vacilación, le tomo la mano.

La pista de baile es diminuta, un pequeño cuadrado frente al escenario. Pero al menos, no estamos solos. Hay otra pareja bailando, lo cual me tranquiliza.

Coloco las manos alrededor del cuello de Will. Él me rodea la cintura y me atrae hacia él. Nuestros cuerpos no están del todo pegados, pero tampoco hay mucha distancia entre ellos. Siento el calor que irradia del suyo. Paso los dedos por el suave vello de su nuca.

Me observa con atención.

—¿Estás bien?

—Sí. —Le ofrezco una sonrisa burlona—. ¿Y tú? Porque pareces un poco tenso.

—Intento con todas mis fuerzas no tocarte el culo ahora mismo.

Mi sonrisa se ensancha.

—Ya noto tus manos revoloteando por mi espalda. Se mueren por bajar, ¿verdad?

—Muchísimo —gruñe.

Mientras nos balanceamos al ritmo de la música, desvío la mirada hacia nuestra mesa. Beckett está hablando por teléfono, pero debe sentir mi mirada porque levanta la cabeza y me guiña un ojo.

—¿Sigues pensando que es un pesado? —pregunta Will con una mirada cómplice.

—No. —Admito a regañadientes—. Me gusta.

—Te lo dije. Es guay. Divertido.

—También me gustas tú —confieso con suavidad.

Will asiente con la cabeza.

—Yo también soy guay.

—Pero ¿no eres divertido? —bromeo.

—Diría que soy más sarcástico que divertido.

Ya había deducido que Will era el más serio de los dos. Pero lo que no esperaba era que fuera tan… *sexy.* Esta noche rezuma sensualidad por todos los poros de su piel. Nada que ver con el aire de *boy scout* que transmite en el laboratorio.

Cuando la canción termina, Will inclina la cabeza para susurrarme al oído:

—Joder, Charlotte, eres preciosa. No tienes ni idea.

Como ya he dicho, es de lo más sensual.

Habla con una voz tan ronca que me pone a mil. Charlotte, mi lado racional, piensa que probablemente solo me esté adulando para acostarse conmigo, pero cuando Will se aparta y veo su mirada ardiente llena de deseo, sé que habla en serio.

En este momento, me desea con todas sus fuerzas.

Beckett también. Lo sé porque me devora con la mirada cuando volvemos al reservado. Se lame el labio inferior y, de repente, me muero por probarlo. Solo una pizca. No tengo por qué darme un atracón de jugadores de *hockey,* pero un bocado sí puedo darles.

Miro de uno a otro.

—Pedid la cuenta.

Will levanta el brazo para avisar al camarero antes de que termine de la frase. Vaya. Parece que alguien también tiene prisa por irse.

Me pongo el suéter y me lo abrocho y, a continuación, me cuelgo el bolso del hombro y sigo a los chicos hacia la puerta. Vuelvo a sentir el corazón desbocado y a punto de estallar cuanto más nos acercamos al aparcamiento. No traje el abrigo porque solo iba a ir de casa al coche y del coche al bar, por lo que el aire fresco de noviembre me enfría la cara y hace que se me ericen los pezones. Me rodeo con los brazos y tiemblo mientras cruzamos el aparcamiento casi desierto en dirección a mi coche.

—¿Tienes frío? —murmura Beckett.

Asiento con la cabeza.

—Ven aquí. Deja que te caliente.

De repente, se acerca a mí por detrás. Dos brazos fuertes y musculosos me rodean. Me envuelve la cintura con un brazo y apoya la mano en mi muslo. Con la otra mano, me aparta el pelo de la cara y lo deja caer por la espalda.

Luego apoya su mejilla contra la mía y susurra:

—Dale a Larsen su beso de buenas noches.

Mi cuerpo entero palpita mientras permanezco ahí, pegada al cuerpo de Beckett. Noto un duro bulto que hace presión contra mi culo, y siento el calor de sus fuertes pectorales contra mis omóplatos.

Will se coloca frente a mí. Con mi metro sesenta y cinco, soy más alta que la media, pero aun así tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Estos chicos son altísimos. Me siento diminuta entre ellos.

Will se acerca un paso más. Baja la mano hasta mi cadera, mientras que el calor de la palma de Beckett me abrasa el otro costado. Will me acaricia la mejilla con la otra mano con una seguridad casi posesiva.

—Dame un beso de buenas noches, Charlie.

Me percato de que no lo hará sin mi permiso. Sin que yo dé el primer paso. Se lo agradezco, pero admito que odio estar en esta posición, ser la que impulsa el barco. Quiero dejarme llevar por la corriente. Pero entiendo su necesidad de claridad total. Ya sé que

Will y Beckett quieren besarme. Tengo que demostrarles que yo también.

Me pongo de puntillas y acorto la distancia entre nuestros labios. El movimiento hace que mi culo se restriegue contra la creciente erección de Beckett, y oigo que gime en mi oído justo cuando la boca de Will se posa en la mía. Sabe a cerveza y al caramelito de menta que venía con la cuenta.

Su beso no es delicado, pero tampoco brusco. Es un beso que demuestra que sabe exactamente lo que quiere y que está acostumbrado a conseguirlo. La pasión es casi abrumadora. Me derrito contra él, ansiosa por saborear su lengua, y me quedo sin aliento cuando finalmente se aparta.

Con la respiración entrecortada, me aprieta la cintura con ambas manos y gira mi cuerpo lentamente hasta que me encuentro con la resplandeciente mirada plateada de Beckett clavada en mí.

Me pasa el pulgar por el labio inferior.

—Dame un beso de buenas noches, Charlie.

Madre mía.

Mi nivel de excitación está llegando a límites insospechados. Temo que un orgasmo espontáneo arrase con mi cordura en cuanto nuestros labios se toquen. El clítoris me palpita. Me duelen los pezones. Respiro con dificultad.

Jadeo cuando Will me coge del pelo para echarme la cabeza hacia atrás. Agarro el cuello de la camiseta de Beckett y tiro de él hacia mí, pero, a diferencia de Will, Beckett me provoca y apenas me roza los labios. Es exasperante y emocionante a la vez, así lo deseo todavía más.

Tras lo que parece una eternidad de tensión juguetona, me da lo que quiero. Sus labios se mueven contra los míos a un ritmo lento y provocador, como si estuviera saboreando cada segundo. El beso de Beckett es tan hambriento como el de Will, igual de hábil. Pero no deja de provocarme y privarme de su lengua hasta que soy yo quien va en su busca dentro de su boca.

Cuando nuestras lenguas por fin se tocan, suelto un gemido de satisfacción y escucho que Will dice con voz ronca:

—Joder. Qué sonido tan dulce.

No quiero que esto termine nunca, por lo que gimoteo cuando Beckett rompe el beso.

—Vamos, es hora de ir a casa —anuncia.

Parpadeo. El corazón todavía me late de forma errática.

—¿Qué?

—Abre el coche.

Lo hago, pero me tiembla la mano cuando pulso el llavero.

Beckett me abre la puerta del conductor.

—Conduce con cuidado, ¿vale? Avísanos cuando llegues a casa para que sepamos que has llegado bien.

—¿Eso es todo? —pregunto, confundida—. ¿No queréis…?

—¿Qué? ¿Quieres que te follemos en el coche?

Se me tensan los muslos.

—A ver, podríamos hacerlo —dice—, pero sería una pena malgastar así nuestra primera vez, ¿no crees?

—Tiene razón. Un polvo rápido en el coche no es suficiente, Charlie —Will se acerca y me da otro beso en los labios antes de guiarme al asiento del conductor.

Él y Beckett se apartan mientras enciendo el motor, pero no se alejan.

—¿Os vais a quedar ahí mirándome mientras me voy? —pregunto.

—Claro —responde Will—. No nos iremos de aquí hasta que salgas del aparcamiento.

Todavía los veo por el espejo retrovisor mientras me alejo.

Will, con esa sonrisa infantil que empiezo a sospechar es una tapadera para esconder una pasión que haría sonrojar a cualquier mujer.

Beckett, tan erótico y sonriente, el típico hombre que deja un rastro de corazones rotos a sus espaldas y no se molesta en mirar atrás.

Aunque me pidieran que escogiera a uno de ellos, de verdad no creo que pudiera. Y ahora me maldigo por haberles dado un bocado, porque ese pedacito ha sido lo más delicioso que he probado en la vida.

¿Cómo narices voy a resistirme al atracón?

CAPÍTULO 22

WILL



Mi mujer os matará sin pensarlo dos veces

Llego a la pista lleno de energía para el entrenamiento matutino. Ni siquiera me importa que apenas sean las ocho de la mañana. Charlotte Kingston ocupa todos mis pensamientos. No he podido dejar de pensar en ella desde que Beck y yo volvimos a casa de nuestra cita de anoche.

Joder, cómo besa.

Quiero besarla otra vez. En todas partes.

Pero no nos dejó muy claro si quiere seguir con esto. Quería un beso de buenas noches, sí, pero eso no significa que le interese otra cita con nosotros e ir más allá. Me encantaría bombardearla a mensajes para preguntarle si podemos vernos otra vez, para saber qué piensa y decirle cuánto la deseo, pero no quiero asustarla.

Beckett tampoco quiere espantarla. Me convenció para enviarle solo el mensaje de «Me alegro de que hayas llegado bien a casa, gracias por lo de esta noche» y lo hice al llegar a casa.

Me habría encantado volver a verla esta noche, pero jugamos el primer partido de una serie de dos este fin de semana. El entrenador Jensen suele esperarnos en el hielo para entrenar, pero hoy está en el vestuario. Lo acompaña un hombre alto, de pelo canoso y ojos azules brillantes, estoy seguro de que lo conozco de algo, pero no sé

de qué. El recién llegado lleva una sudadera gris de la Universidad de Briar y un silbato colgado al cuello.

El entrenador espera a que estemos todos en el vestuario y da una palmada para llamar nuestra atención.

—¡Callaos! —grita y, en cuestión de segundos, todo queda en silencio—. Tengo que anunciaros algo. Este es el entrenador Hollis. Se unirá al cuerpo técnico a partir de hoy. Estará con nosotros el resto de la temporada.

Todos esperan que continúe. No lo hace.

—Nos vemos en la pista —se despide bruscamente y se marcha.

—No cambia nada —explica el entrenador Hollis con una sonrisa de oreja a oreja. Él también da una palmada—. Bueno, seré breve. Soy Mike Hollis. Podéis llamarme entrenador, Hollis o Mike, no soy quisquilloso. Los nombres no significan nada.

A mi lado, Case deja escapar un suave resoplido.

—Solo me importa una cosa —continúa el entrenador/Hollis/Mike —, así que necesito que todos prestéis mucha atención y me escuchéis, ¿de acuerdo? Abrid bien los oídos.

Case y yo intercambiamos una mirada. Todavía no sé qué pensar de este tío. Parece… pintoresco.

Y, de repente, recuerdo dónde lo he visto. Salía de la oficina de Jensen el día que fui a hablar con el entrenador sobre las entrevistas intrusivas de mi padre.

Hablando de entrevistas, hoy tengo una después del entrenamiento. La periodista de *Capitol Magazine* por fin consiguió una cita conmigo.

—Mis hijas están prohibidas, ¿me oís? —Hollis lanza una mirada severa—. Las gemelas y Anika son demasiado jóvenes para vosotros, así que ni las miréis. Pero RJ tiene vuestra edad… Ni se os ocurra mirarla, joder. Esto no es negociable. Mi mujer os matará sin pensarlo dos veces. Es una mujer aterradora. En resumen, ¿cuál es la regla?

Todos soltamos murmullos incongruentes, confundidos. ¿La regla? ¿De qué habla este hombre? A nadie le importan sus hijas.

—Repitamos la regla —ordena y nos señala. Al ver que nos quedamos mirándolo, refunfuña irritado—: Repetid después de mí:

sus hijas están prohibidas.

Tras una breve pausa, un coro de voces resuena en la habitación.

—Sus hijas están prohibidas.

—Prohibidas… —termina Patrick, quien se unió tarde al cántico.

—Así me gusta, chicos —nos felicita Hollis al tiempo que asiente con firmeza—. Bien, poneos los uniformes.

Se reanuda el bullicio en el vestuario, y todos nos volvemos hacia las taquillas para prepararnos. En el cubículo de al lado, Ryder se quita la sudadera. Asoma la cabeza justo cuando el nuevo entrenador se acerca.

—¡Hola, Luke! Te acuerdas de mí, ¿verdad? Estuve en tu boda.

Ryder pone cara de pocos amigos. No lo culpo. Había unas quinientas personas en su boda. Contra su voluntad, claro. El padre de Gigi se ocupó de la lista de invitados.

—Se me rompieron los pantalones en la pista de baile al hacer el *split* —aclara el entrenador Hollis—. Se me rasgaron justo por la entrepierna.

—¡Ah, sí! —exclama Shane desde el otro extremo del banco—. ¡Lo recuerdo! Tus *splits* fueron brutales, tío.

Parece que Shane habla en serio. Joder, supongo que Diana lo ha convertido en un bailarín. Estoy impresionado y asustado a la vez.

Hollis da otro paso, de manera que invade oficialmente el espacio de Ryder.

La expresión de Ryder no cambia, pero es evidente que está alerta, preguntándose qué quiere de él este hombre tan entusiasta.

—Escucha —dice Hollis con un tono tan serio que me preocupa—. Necesito que hables con Garrett.

—¿De qué? —pregunta Ryder con el ceño fruncido.

—Quiero entrar en el Chat de Padres.

—Ah. Mmm… Lo siento, entrenador, pero no tengo ni idea de qué habla.

—¡El Chat de Padres! —balbucea Hollis. No sé si está indignado o molesto. Quizá ambas cosas—. Solo puedes entrar si te invitan, y esos capullos no me dejan unirme. Fitzy entró porque tiene conexión con Di Laurentis. Connelly, porque básicamente compite con Logan

por conseguir el puesto de mejor amigo de G, pero Logan no se quedará con los brazos quietos.

—Cruzados —corrijo.

Hollis parpadea, confundido.

—¿Eh?

—La frase es «no se quedará de brazos cruzados».

—¿Por qué iba alguien a cruzarse de brazos si puede dejarlos quietos?

Estoy a punto de explicárselo, pero Hollis suelta otro gruñido de impaciencia y continúa.

—Así que los amenacé con demostrarles que era más maduro. No necesito estar en ese chat. Conor y yo podemos crear otro chat. No somos muy amigos, pero podríamos. Nada nos lo impide.

—¿Quién es Conor? —susurra alguien en el vestuario.

No tengo ni idea.

—¡Y luego me entero de que Conor entró en el chat el año pasado! Jake lo añadió porque sus respectivas mujeres son hermanas —gruñe Hollis—. ¿Es culpa mía no estar emparentado con ninguno de esos imbéciles? ¿Qué? ¿Debería haberme acostado con la hermana de Dean en lugar de casarme con mi mujer? ¿Es por eso? ¿Quieren que me divorcie de mi mujer?

—Yo me largo de aquí —anuncia Shane y, a continuación, con todo el descaro del mundo… se va.

Ryder, Beck y yo nos quedamos, atrapados en esta conversación, a pesar del precedente de Shane. Podríamos darnos prisa y ponernos las protecciones, pero nadie lo hace.

—Eh, puedo escribirle luego si quiere —le dice Ryder a nuestro nuevo entrenador asistente.

—Hazlo ahora. Esperaré.

—Eh. Sí. Vale, tío. Claro. —Ryder nos mira antes de coger su teléfono.



Después del entrenamiento, me ducho, me pongo la ropa de calle y conduzco de vuelta a Hastings. Decidí hacer la entrevista en el Della's Diner, porque no quiero que una periodista desconocida de Washington D. C. entre en mi casa.

Una campanilla suena cuando abro la puerta. Me detengo y echo un vistazo al luminoso restaurante hasta que mi mirada se posa en la persona que tiene más números de no ser de por aquí. La mujer del último reservado tiene ese aire típico de ciudad. Cabello brillante y perfectamente peinado, maquillaje impecable y una blusa de seda blanca como hecha a medida para su delgada figura.

Cuando me ve en la puerta, levanta la mano en un saludo enérgico.

Me desabrocho el abrigo mientras me dirijo hacia el reservado y asiento con la cabeza cuando llego a su lado.

—¿Señora Díaz?

—Llámame Tessa. Me alegra conocerte por fin, Will.

No creo que sea una pulla, pero no hay duda de que me está recordando que he pospuesto verme con ella semanas.

Lo último que quiero es sentarme para hacer una entrevista, pero así es mi vida. Mi padre me manipula como a una marioneta, tira de los hilos y me observa fijamente.

Tessa Díaz parece una mujer bastante agradable. Se acerca más a mi edad de lo que esperaba; no debe tener más de veinticinco años. Pero sigue siendo una agente política. Una figura habitual en los medios de Washington D. C.

En otras palabras, no se puede confiar en ella.

Me acomodo en el asiento frente a ella y me paso una mano por el pelo para alisarlo, el viento de noviembre me lo ha revuelto. Pido un café cuando aparece la camarera y mientras me llena la taza charlo un poco con Tessa.

Tessa coloca su teléfono boca arriba sobre la mesa, con la aplicación de grabación abierta.

—¿Te importa si grabo nuestra conversación?

—Tú misma.

—Genial. Gracias. —Pulsa el botón de grabar—. Muy bien, Will. Háblame de tu madre.

Le dedico una sonrisa nostálgica.

—Creía que íbamos a hablar de *hockey.* Porque esa pregunta se acerca peligrosamente a las que me harían en una sesión de terapia.

Me ofrece una sonrisa blanca y perfecta.

—Solo si tienes algún trauma grave con tu madre.

—No —respondo riendo—. No tengo ningún trauma. Sinceramente, apenas la recuerdo.

—Eras muy joven cuando ella murió. ¿Cinco años?

—Cuatro.

—Debió de ser muy duro.

—Ya te he dicho que no la recuerdo mucho. Tras morir mi madre, mi padre contrató varias niñeras. Solo recuerdo a una: Jodie. Era muy amable. —Me encojo de hombros—. Luego, pasado un año más o menos, conoció a Kelsey y un año después, se casó con ella.

—Sí. Tu madrastra, Kelsey Lowen. Tiene un currículum impresionante. Es muy respetada en el ámbito jurídico. ¿Qué opinas de ella?

—En serio, ¿no deberíamos hablar de *hockey?*

—No, abordaremos todos los aspectos de tu vida. Me gusta conocer las facetas de la persona sobre la que voy a escribir.

—Recuérdame otra vez por qué vas a escribir un artículo sobre mí.

—Bueno, técnicamente, es sobre tu padre.

«Entonces, ¿por qué cojones hablas conmigo?».

Esbozo una sonrisa educada.

—Pues no sé qué decirte. Si quieres desenterrar algún drama familiar o descubrir algo turbio…

Tessa se ríe.

—No hago ese periodismo, Will. ¿Nunca has leído algo mío?

Lo cierto es que sí, y su firma aparecía en muchos «panegíricos» de personajes destacados, lo que no significa que confíe en ella. ¿Quién dice que no escribirá hoy un artículo mordaz?

—¿Te importa si apago esto? —Señala la grabadora.

El recelo me invade por completo.

—Claro.

Tessa presiona el botón de parar.

—¿De verdad crees que estudié periodismo en Yale con el único objetivo de graduarme y escribir artículos aduladores sobre la vida universitaria del hijo de un congresista? —Su tono es más divertido que antagónico.

—Bueno, eso es más o menos lo que haces…

—Sí, se llama «cumplir con tu deber». Básicamente, hay un departamento entero dentro de la revista que se dedica a este tipo de tonterías transaccionales.

—¿Transaccionales en qué sentido?

—Pues primero escribo una historia preciosa sobre lo maravilloso que es el hijo del congresista Larsen y lo bien que lo crió. A cambio, él nos pasa información. Filtra que determinada votación no será inesperada, que un miembro de la Cámara de Representantes está a punto de ser arrestado por evasión de impuestos. Ese tipo de detalles. —Se encoge de hombros—. Con el tiempo, cuando lo haya adulado bastante, empezaré a escribir cosas más contundentes. Así que te aseguro que esto no es una trampa elaborada. Estas preguntas son simples formalidades que me ayudarán a hablar de forma más poética sobre cómo perseveraste tras la muerte de tu madre y que, en lugar de ser una Cenicienta que vive con su malvada madrastra, tú y Kelsey Lowen os lleváis de maravilla.

—De hecho, eso es verdad —afirmo riendo—. Kelsey es genial. Hemos quedado para comer la semana que viene.

—Qué bien. Bueno, ¿continuamos? —Vuelve a activar la grabadora.

Asiento con la cabeza. Ya se me ha diluido un poco la presión del pecho. Siempre tengo mucho cuidado con lo que digo en estas situaciones, pero he percibido sinceridad en las palabras de Tessa. Y

saber que no caigo en ninguna trampa me lleva a hablar con más franqueza de lo habitual.

Hablamos sobre mi madrastra. Mis clases. Le explico por qué elegí Briar y que empecé a jugar al *hockey* a los seis años, porque todos los demás deportes me aburrían.

—Así que te gusta la emoción.

No tiene ni idea de cuánto.

Pero, por desgracia, este artículo no se ocupa de mi vida sexual.

—Supongo que sí —respondo de forma despreocupada.

—¿Y qué hay de la violencia? ¿También te atrae?

—Yo no lo llamaría violencia. Las normas sobre el contacto físico en la universidad son estrictas. No se toleran las peleas.

—Pues llamémosle agresividad. El forcejeo del deporte. Lo disfrutas.

—Bueno… —Sonrío—. Nada te acelera tanto el corazón ni hace que te suba tanto la adrenalina como el *hockey.* Es fantástico.

Tessa esboza una sonrisa.

—Creo que es la primera sonrisa sincera de hoy.

—Es un deporte divertido.

—Pero ¿quieres dedicarte a ello profesionalmente?

—Sinceramente, no me apetece ese tipo de vida. Es desmesurada: excesiva presión para estar siempre en forma, muchos viajes y demasiado tiempo lejos de casa.

—Mmm… ¿Y a quién te gustaría ver al volver a casa? ¿Tienes pareja?

—Ahora mismo, no. Pero sí, no soportaría estar lejos de mi chica tanto tiempo. El *hockey* profesional es muy sacrificado. Hay jugadores que se pierden el nacimiento de sus hijos por participar en una serie de cinco partidos. Es un nivel de dedicación extremo. Algunos chicos de mi equipo, Colson, Ryder y Lindley, quieren ser profesionales desde el principio. Pero ese nunca fue mi sueño.

—¿Y qué decías que querías ser cuando eras pequeño?

—No lo sé. Cambiaba de opinión constantemente. A veces, policía; otras, bombero. En alguna ocasión pensé en ser médico, hasta que me di cuenta de que se manejan demasiados fluidos corporales.

Tessa suelta una carcajada.

—¿Y nunca quisiste seguir los pasos de tu padre?

Hago una mueca.

—Ni de coña.

—¿No te gustaría ser político?

—No, no quiero ese tipo de atención. El escrutinio mediático constante, tener que decir siempre lo correcto. —Hago una pausa—. Aunque no me desagrada lo que ocurre entre bastidores.

—Bueno, si lo que te gusta es la emoción —dice moviendo las cejas provocativamente—, no hay nada más excitante que trabajar en una campaña. ¿Alguna vez has ayudado a tu padre en alguna?

—Aparte de las típicas sesiones de fotos, no.

—Interesante.

—Pero como he dicho, no me desagrada la idea. Parece todo un desafío: coger a un candidato en ciernes, pulirlo, presentarlo ante una audiencia nacional y darle la oportunidad de expresar su programa político y sus ideales al público.

—Pero no trabajarás con tu padre.

Me encojo de hombros.

—Si alguna vez participo en una campaña, tendrá que ser para alguien que…

Me callo al darme cuenta del campo de minas que he estado a punto de pisar.

—Termina la frase.

—No, está bien.

—Esto es un publirreportaje. El equipo de tu padre dejó bien claro que no quería ni una sola palabra negativa en el artículo y dará el visto bueno antes de que vaya a imprenta.

Vuelvo a encogerme de hombros otra vez y decido terminar la frase, porque tiene razón: mi padre ha pagado una fortuna por este artículo; ni de coña permitirá que publiquen lo que voy a decir. Además, me cae bien Tessa. Parece inteligente. Espero que algún día llegue a escribir artículos más contundentes.

La miro a los ojos.

—Quisiera hacer campaña por alguien que se lo merezca más.

Tessa arquea una ceja.

—¿Crees que tu padre no se lo merece?

—Yo no he dicho eso. Es bueno en lo que hace. Pero creo que trabajaría más a gusto con el programa y el enfoque general de otra persona.

Cambia de tema de nuevo.

—¿Qué opinas del escándalo de la UCS?

Por suerte, estoy preparado para esta pregunta. La agencia de relaciones públicas de mi padre me envió una respuesta preelaborada.

—Estoy enfocado en mi propio equipo. Pero si las acusaciones son ciertas, querría que todo el peso de la ley cayera sobre los responsables.

La entrevista termina con eso, y, realmente, no ha sido para tanto. Tessa me dice que se pondrá en contacto conmigo si tiene alguna pregunta más y, a continuación, la acompaño a su coche. Luego me subo al mío y vuelvo a casa. Dispongo del tiempo suficiente para echarme una siesta y comer algo antes de volver al campus para subir al autobús. Los dos partidos de este fin de semana son en New Haven.

Justo cuando aparco en la entrada, me llega una notificación al teléfono.

Charlie.

El corazón me da un vuelco. Creo que nunca he tenido tantas ganas de abrir un mensaje.

Charlie: ¿Os apetece quedar mañana por la noche? En vuestra casa. Sin expectativas ni promesas. Podríamos ver una película o algo…

Le respondo al instante. Sé que a Beck no le importará. Lo desea tanto como yo.

Lars y B: Nos parece bien. Nos vemos mañana.

CHAT DE LOS CHICOS DEL DISCO

Shane: Tíos. ¿Quién cojones es ese Hollis?

Ryder: El entrenador me lo explicó después del partido. Exjugador de Briar. Ganó tres Frozen Four bajo el mando del entrenador. Era corredor de seguros, pero lo despidieron este verano y necesitaba trabajo. Creo que Jensen le está haciendo un favor.

Beck: Oohhh, sabía que había un corazoncito bajo la malhumorada coraza de Jensen.

Me gusta Hollis.

Shane: Tío. Está loco. Y lo digo literalmente. Parece que se escapó de un manicomio hace unos días y, no sé cómo, ha terminado siendo entrenador de hockey en Briar.

Ryder: Si el entrenador responde por él, seguro que es de fiar.

Shane: Es de fiar hasta que él y/o su mujer te asfixien mientras duermes por respirar accidentalmente cerca de alguna de sus hijas.

Beck: Quiero conocer a las hijas.

A la de nuestra edad.

Will: Te recomiendo que no lo hagas.

Shane: Joder, ¿te imaginas a ese tío de suegro? Preferiría mil veces a Garrett Graham.

Beck: Estoy seguro de que el hermano de Gigi sigue soltero. Podrías casarte con él para formar parte de la familia.

Shane: O no.

CAPÍTULO 23

CHARLOTTE



Animal de apoyo sexual

Aparco el coche a unas calles de su casa, porque me niego a que alguien lo vea si me quedo toda la noche.

Y no pienso pasar la noche ahí.

Solo vamos a ver una película.

No voy a acostarme con dos jugadores de *hockey.*

Solo.

Es.

Una película.

Cuando le dije a Faith que esta noche iba a casa de Will Larsen, me interrogó como si me hubiera pillado intentando traficar con cocaína. ¿Quién te dio las drogas? ¿Quién te presentó a Will Larsen?

Le expliqué que éramos compañeros de laboratorio. Nos conocimos en clase, me invitó a salir y la otra noche tomé algo con él en Boston. Lo que me valió un largo sermón y un gran sentimiento de culpa porque escogí a Dante en lugar de a Faith de contacto de emergencia por si se complicaba el asunto.

Respiro hondo y observo la casa de los chicos. Las luces están encendidas. Una sombra se mueve tras las cortinas y escucho el sonido apagado de una risa que se extiende en la quietud de la noche.

El corazón me va a mil por hora. Tengo las palmas de las manos húmedas. Me las seco en la falda y me obligo a salir del coche.

Esto es una locura.

Camino por el sendero.

Joder, ¿qué hago aquí?

Nunca había hecho algo así. Creía que todas las conversaciones picantes no pasarían de la aplicación. ¿En qué momento se hicieron realidad? Se suponía que eran provocaciones inofensivas. Una recopilación de fantasías para esas noches largas y estresantes en las que trabajo en el proyecto final.

La ansiedad me recorre las venas cuando toco el timbre. La puerta se abre un instante después… y ahí está Beckett, sonriéndome.

—Hola —me saluda mientras se aparta para dejarme entrar.

Lleva la camisa blanca desabrochada.

¿Quién le hace eso a una mujer?

Apenas puedo apartar la mirada del trozo de piel que queda a la vista entre la tela. Está bronceado y es musculoso, tiene unos abdominales…

—Hola —respondo con lo que espero sea una voz firme.

—Adelante.

En la sala de estar, Will está recostado en el sofá, con los pies apoyados en la mesita de centro. Lleva unos pantalones de chándal negros y una camiseta de la Universidad de Briar; ambas prendas realzan sus largas extremidades y sus esculpidos músculos.

Levanta la vista cuando entro y me recorre el cuerpo con la mirada, fijándose en cada detalle.

No me he arreglado en exceso, pero tampoco voy informal. Elegí un conjunto que usaría en cualquier otra cita: una falda de pana azul marino con unas medias negras hasta el muslo y un suéter gris corto sobre una camiseta blanca. Llevo el pelo recogido en una coleta baja y solo me he puesto un poco de brillo de labios.

—Hola —saluda Will—. Estás guapísima.

Uf. Siempre me desarma con esa sonrisa de niño bueno.

—Gracias.

—Ven, siéntate.

—¿Quieres algo de beber? —me ofrece Beckett—. ¿Agua? ¿Cerveza?

—¿Tienes té verde?

¡Por Dios! ¿Qué clase de pregunta es esa? Son dos universitarios que viven en una cueva de hombres. Por supuesto que no tienen té verde.

—Déjame echar un vistazo. La madre de Shane llenó la despensa de tés cuando vivía aquí.

Beckett desaparece en dirección a la cocina y Will vuelve a sonreírme.

—Puedes sentarte, ¿eh?

Tras unos segundos de vacilación, me siento en el centro del sofá en forma de U, cerca de Will.

—¿Qué tal el partido? —pregunto, porque sé que han jugado hoy. Por eso hemos quedado tan tarde. Ya son más de las nueve.

—Un puto desastre —contesta con un tono monótono—, ganamos por los pelos. No gracias a mi padre. Quiere montar un vídeo para la televisión sobre el *hockey* universitario y nos azuzó un cámara.

—Oh, lo vi en el partido en el que estuve con Blake y Gigi Graham.

Will esboza otra sonrisa.

—¿Viniste a ver un partido?

—No le des demasiada importancia. Lo hice por Blake.

—Claro, claro. —Ladea la cabeza—. ¿Fue antes o después de que descubrieras quiénes éramos?

—Antes. Pero ahí empecé a sumar dos más dos. ¿Contra quién jugabais esta noche?

—Yale. ¡Menudos cretinos!

Me río y siento que la tensión de mi pecho se disipa. Will siempre me tranquiliza.

—Oye, yo crecí a quince minutos de New Haven.

—Es verdad. Eres de Connecticut. ¿Tu familia todavía vive allí?

—Mis padres y mi hermano. Mi hermana, en Manhattan.

—Has tenido suerte. —Beckett reaparece con una gran taza azul en una mano y dos botellas de cerveza en la otra—. Teníamos té verde.

Deja la humeante taza en un posavasos cerca de mí. Luego le pasa una cerveza a Will.

—No le he puesto leche ni azúcar. Pero puedo traerte si quieres.

—No hace falta. Me gusta así. Gracias.

—Vivo para servirte, buñuelito.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Podemos olvidarnos ya de ese apodo?

—No. —Me guiña un ojo, destapa la botella y se deja caer a mi lado. Apoya el brazo en el respaldo del sofá, justo detrás de mi cabeza.

Huele a cítricos y sándalo y el champú debe llevar algo de coco porque también lo percibo. Su aroma fresco y limpio evoca al océano. Y su cercanía me provoca una descarga eléctrica en el cuerpo que me recuerda por qué estoy aquí.

—Bueno —dice Beckett con tono burlón—, ¿qué quieres hacer? Ver una peli, echar una partida de videojuego o… lo que te apetezca.

Se me hace un nudo en el estómago tras oír la sugerencia.

—Me inclino por una peli.

—¿Qué quieres ver? —pregunta Will mientras coge el mando a distancia.

—Mmm. Sorpréndeme.

Estoy de los nervios. Sé que dije que no había expectativas, pero es casi inevitable que termine liándome con ellos de nuevo. O puede que incluso algo más. La atracción es demasiado fuerte.

Sin embargo, la idea de acostarme con ellos es emocionante, aunque también, aterradora. No sé qué esperar, y la incertidumbre me está matando.

Beckett debe percibir la tensión que irradio porque suaviza la voz.

—Solo es una película, Charlie.

Trago saliva.

—De acuerdo. —Miro a Will, que asiente.

Cuando aparecen los créditos iniciales, intento relajarme, pero es difícil con Beckett a un lado y Will al otro. Cualquier otra chica mataría por estar en mi lugar. Atrapada entre dos apuestos jugadores de *hockey,* siendo el centro de su atención y el objeto de su deseo.

Siento que la tensión vuelve a crecer, pero la reprimo, decidida a mantener la calma. No estoy aquí para estresarme. Ya me basta con el estrés diario. Se supone que esta noche debo disfrutar de la parte divertida de mi doble vida. Ser libre y salvaje.

La película empieza con una escena en la que los protagonistas coquetean y bromean, pero se me encienden las mejillas cuando me doy cuenta de lo que viene a continuación.

Miro a Will de reojo.

—No pareces de los que les gustan las comedias románticas.

—Oye, no es una comedia romántica cualquiera. Por lo que sé, en esta hay desnudos.

Beckett resopla.

Me encantan las buenas comedias románticas, y estoy disfrutando con esta hasta que, de repente, me resulta demasiado familiar: la protagonista femenina, una rubia peculiar y torpe llamada Jessie, es adoptada. Y ese no es el único parecido.

Me tiembla la mano cuando cojo la taza. Doy un sorbo y el líquido caliente me quema la garganta.

—¿Estás bien? —pregunta Beckett—. Te has puesto muy seria.

—Bueno, me pregunto si esto es una coincidencia gigantesca o me habéis hackeado el correo electrónico.

—¿Eh?

Will pausa la película.

—¿Qué?

Dudo, porque es un tema complejo para tratar en una noche de peli.

—La trama de Jessie buscando a sus padres biológicos parece sacada de mi propia vida.

Con cierta incomodidad, les explico que me inscribí en BioRoots y descubrí que tengo un hermano en alguna parte.

—¿De verdad no llegó a responder? —Will me mira con compasión.

—No. —Dejo la taza en la mesa, incapaz de ocultar mi decepción. He intentado no pensar demasiado en esa bandeja de entrada vacía, en el *tic* verde de «leído» junto al mensaje que le envié.

—Podrías contactar de nuevo con él —sugiere Beckett.

—No. Si quisiera hablar conmigo, ya lo habría hecho. —Me encojo de hombros sin mucho entusiasmo—. No voy a presionarlo.

—Bueno, pues él se lo pierde —afirma Will con brusquedad mientras extiende la mano para tocarme la rodilla. Me da un leve apretón y, aunque sé que es un gesto de consuelo, me acelera el pulso.

Trago saliva.

—Es… es lo que hay. Venga, sigamos viendo la peli.

Reanuda la película, que resulta ser no solo una comedia romántica, sino un triángulo amoroso. Jessie se debate entre su novio abogado y el taciturno camarero del pequeño pueblo donde acaba mientras busca sus raíces.

Beckett me da un codazo.

—¿A quién crees que escogerá? ¿Al Abogado Guapo o al señor Melancólico?

—Quizá a ninguno. Puede que huya y se haga monja.

Will se ríe entre dientes desde el diván.

—Qué va. Tiene que elegir a alguien. La tensión la está matando.

Beckett suelta una risita.

Me sonrojo. Me río con nerviosismo, ya que las sugerentes escenas de la película no ayudan a mis pensamientos acelerados. En la pantalla, Jessie y el Abogado Guapo tienen una conversación acalorada que rápidamente escala a algo más. Entonces, la película cumple con su advertencia de desnudez al mostrarnos los pechos de Jessie. Pezones incluidos. Me quedo sin aliento cuando el Abogado Guapo se baja los pantalones y vislumbramos su pene por un segundo.

—¡Chicos! La película se está poniendo intensa. Acabamos de ver tetas y una erección.

—¿En serio? —pregunta Will con fingida inocencia—. No me había dado cuenta.

Los ojos de Beckett brillan con picardía.

—Sí, nena. No seas tan mal pensada.

No puedo evitar revolverme un poco. Esto es más de lo que esperaba.

—Empiezo a pensar que esto era una trampa.

Will me guiña un ojo.

—¿Una trampa? Para nada. He escogido esta película por casualidad. Lo juro.

—Una absoluta casualidad —insiste Beckett.

Es imposible obviar la electricidad que hay en el aire.

—Sois inaguantables.

En la pantalla, Jessie le dice al Abogado Guapo que no puede volver con él a la ciudad hasta que encuentre lo que busca en ese pueblo. Cuando el chico se va furioso, ella sale a caminar y termina liándose con el señor Melancólico en el huerto de melocotones que hay detrás de sus casas.

Beckett apoya la mano en mi muslo y la calidez de su tacto se filtra a través de la falda. Al otro lado, el brazo de Will sigue extendido, con la palma de la mano sobre mi rodilla.

—¿Estáis tratando de seducirme? —suelto de golpe.

—¿Crees que seducimos con una mano en la pierna? —pregunta Beckett con voz ronca—. Qué mona eres, joder.

—Entonces, ¿no es lo que hacéis?

—Antes no. —Desliza la palma sobre mi muslo y la mete por debajo del dobladillo de la falda—. Pero ahora sí.

Me muerdo el labio cuando la tensión en el aire alcanza su punto álgido. Soy hiperconsciente de ellos, del calor que irradian sus cuerpos. Intento concentrarme en la película, pero la vida amorosa de Jessie ya no me interesa.

La mía es mucho más impactante.

La mano de Will abandona mi rodilla y va al suéter, que se me ha subido hasta la cintura. Me toca la piel desnuda con los dedos y su roce, tan ligero como una pluma, me provoca un escalofrío.

Es difícil pensar con claridad si ambos me tocan así.

—Creo… —Trago saliva intentando concentrarme—. Ahora me apetece esa cerveza.

—Ya te la traigo. —Beckett suelta una risa, se mete en la cocina y regresa con una cerveza.

—Gracias. —Le doy un trago desesperado, sin importarme que se me pongan las mejillas coloradas—. Entonces, ¿siempre hacéis tríos? Es decir… ¿sois el animal de apoyo sexual del otro?

Beckett casi escupe su cerveza.

—No siempre hacemos tríos —contesta Will con una sonrisa torcida.

—¿Así que os acostáis con mujeres individualmente?

—Siempre. —Beckett parece igual de divertido—. Además, a diferencia de ti, señorita Deben Satisfacerme Tres Veces al Día, y contrariamente a la creencia popular, no todos los hombres buscan sexo diez veces al día. A veces necesitamos un descanso.

—Lo primero, una vez al día me basta. —Lo miro con altivez.

—¿Ves? Por eso este acuerdo —dice mientras se señala a él mismo y a Will— está hecho a medida de Charlotte Kingston. Los días que estoy muy cansado para ocuparme de ti, puedo llamar a Larsen.

Suelto una carcajada.

—Te agradezco que seas tan resolutivo. Pero ¿qué pasará los días en que los dos estéis muy cansados?

—La llamaremos la noche solitaria y tendrás que ocuparte tú de tus asuntos.

—Es lo que hago. Llevo ocho meses soltera. Todas las noches son solitarias.

—¿Cuántas veces te corriste con nuestras conversaciones?

Suspiro.

—Muchas.

—Para que lo sepas —confiesa Beckett—, no dejo de imaginarme los gemidos que haces cuando te corres.

Me atraganto a mitad de un sorbo y me da un ataque de tos.

Beckett esboza una sonrisa inocente.

Cuando me recupero, trago la cerveza y me limpio el líquido que se me derramó en la comisura de la boca.

—Bueno, siento decepcionarte, pero vivo en Delta Pi. Agatha no permite orgasmos ruidosos sin que el consejo administrativo se te eche encima. Por eso soy silenciosa como un ratón.

—Técnicamente, los ratones no son silenciosos —señala Beckett —. Chillan.

—No chillo cuando llego al orgasmo —protesto con una risita—. En serio, cuando estoy en casa, he perfeccionado el arte de no hacer

ruido durante una sesión solitaria.

Eso le intriga.

—Qué tontería.

Con un movimiento brusco, Will se levanta del diván.

—Necesito un trago —murmura antes de desaparecer en la cocina.

—¿A qué ha venido eso? —Arqueo una ceja mirando a Beckett, quien se encoge de hombros. Pero cuando Will regresa, silba al ver lo que su amigo lleva en la mano.

—Vaya, joder —exclama Beckett.

Ahora estoy aún más confundida. Veo que Will abre una botella de *whisky* y vierte el líquido ámbar en un vaso de chupito de los Boston Bruins. Se lo bebe de un trago y hace una mueca.

—¿Qué me he perdido? —pregunto.

Beckett resopla.

—Has puesto tan nervioso a Larsen que ha tenido que tomarse un chupito.

Me vuelvo hacia Will.

—¿Es eso cierto?

—Puede —responde con una pequeña sonrisa—. Pero solo porque sé exactamente cómo acabará esto.

El corazón me da un vuelco.

—¿Y cómo acabará?

—Beck está a punto de retarte a que te corras sin hacer ruido.

Me quedo sin aliento. Giro la cabeza hacia Beckett, quien sonríe.

—Más o menos, sí.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Pervertido.

—Bueno, ¿qué esperabas? Pero más que un reto, es una prueba. De verdad, no creo que lo logres.

—Deja de intentar engatusarme para que me toque.

Beckett se inclina hacia mí y me roza la oreja con los labios.

—Deja de fingir que no quieres hacerlo.

Una oleada de calor me crece en la entrepierna.

—Yo… —empiezo a decir, pero las palabras se me atascan en la garganta.

—Tú, ¿qué? —Will habla en voz baja. Seductora.

Esto es mucho, demasiado, pero en el mejor de los sentidos. La seducción, la forma en que ambos me miran, como si fuera lo único importante en la habitación.

Es adictivo.

—Creo que prefiero que me toquéis vosotros.

Ahí lo tienen.

Ya lo he dicho.

El aire es cada vez más denso.

Con una leve sonrisa, Will deja el *whisky* en la mesa y camina hacia nosotros. Se me acelera el pulso cuando se acomoda al otro lado y apoya la mano en mi cadera. Los dedos de Beckett se curvan sobre mi muslo, que acaricia con suavidad.

—Podemos parar cuando quieras —asegura Will—. Solo tienes que decirlo.

No quiero parar. Ahora no, cuando cada nervio de mi cuerpo vibra con las expectativas. Giro la cabeza y presiono los labios contra los de Will, lo que hace que suelte un gruñido de sorpresa seguido de un gemido de aprobación. El beso es suave al principio, pero rápidamente se profundiza cuando la mano de Beckett me aprieta el muslo y sus labios encuentran la curva de mi cuello.

Los nervios que tenía antes se disipan con el calor de su tacto. Siento la lengua de Will en la boca y la boca de Beckett explorando mi cuello. La película suena de fondo, pero ninguno prestamos atención.

—Ven aquí. —Will me levanta como si no pesara nada y me sube al diván, lo que nos permite recostarnos. Se sienta con la espalda en el cojín y luego me atrae hacia él para acomodarme contra su pecho —. Vamos a ponerte más cómoda.

Me cuesta respirar de nuevo. Y, cuando por fin logro inhalar, aspiro su aroma especiado, que me nubla la mente.

Beckett se mueve para sentarse en el borde del diván, a mi lado. Despacio, traza círculos en mi muslo con la mano antes de deslizarla hacia el dobladillo de la falda y agarrar la tela con los dedos.

—¿Le subo la falda? —Su voz es ronca—. ¿Qué te parece, colega?

—Creo que debería ser Charlie quien te lo pidiera. —El aliento de Will me hace cosquillas en la oreja—. Y pídelo por favor.

Me retuerzo de ansias.

—Sois malvados. Súbeme la falda de una vez.

—«Súbeme la falda», ¿qué? —Will me besa el cuello y desliza los labios hasta el lóbulo de mi oreja antes de succionarlo suavemente.

Gimo.

—¿Por favor?

—Buena chica.

Beckett me levanta la falda hasta la cintura, de modo que mis braguitas blancas quedan a la vista.

Suelta un gruñido.

—¿Nosotros somos malvados? Lo has hecho a propósito —me acusa.

Jugueteo con el pequeño lazo rosa de la cinturilla conteniendo una sonrisa.

—Quizá.

—Te das cuenta de que eso solo aumenta mi determinación para que demuestres que puedes correrte sin hacer ruido, ¿verdad?

—Te prometo que puedo.

—Demuéstralo. —Me cubre los nudillos con la palma, de modo que ahora ambos ahuecamos mi coño con las manos.

Reprimo un gemido.

—No es justo. Me lo estás poniendo muy difícil.

—¿Quién dijo que iba a ser fácil?

Will se ríe entre dientes.

—Beck tiene razón. Dices que puedes estar callada. Nuestro deber es poner a prueba tu autocontrol. Como científica, deberías valorar nuestra diligencia.

—No te atrevas a meter a la ciencia en esto.

Beckett me aparta la mano y desliza la suya dentro de mis bragas. Sus dedos bajan más y más… Respiro hondo cuando entran en contacto con mi clítoris. La excitación es inmediata: siento una familiar punzada de calor y una opresión fuerte.

—Acabas de hacer ruido —se burla.

—No. Respirar está permitido. En casa, nadie puede oírme respirar a través de la pared.

Detiene la mano mientras reflexiona.

—De acuerdo. Te lo permitimos. Pero cualquier cosa que supere un jadeo intenso cuenta como sonido.

Vuelve a mover la mano. Luego la quita por completo.

Una vez más, reprimo un gemido. Esta vez de pura angustia. Pero no tengo por qué preocuparme. Solo se lleva los dedos a la boca para lamérselos.

El alivio me recorre el cuerpo cuando reanuda su misión de satisfacerme con una sola mano. Desliza las yemas resbaladizas de sus dedos índice y corazón sobre mi clítoris, y me retuerzo de nuevo mientras disfruto de las suaves y tortuosas sensaciones.

Beckett sonríe ante mi creciente inquietud.

—Recuerda, nena… ni un sonido.

Se me acelera el corazón ante el desafío. Will me acaricia el pecho y lo aprieta con suavidad. Me muerdo el labio y respiro hondo cuando su pulgar juega con mi pezón por encima del suéter. Lo acaricia hasta que se convierte en un duro botón.

Con cada caricia de los dedos de Beckett contra mi clítoris, un gemido amenaza, pero aprieto los labios para detenerlo. Mi pecho sube y baja con respiraciones superficiales. Empiezo a temblar por el esfuerzo de mantenerme callada.

La lengua de Will me acaricia el lóbulo de la oreja.

—Veo que estás cerca. Lo deseas con todas tus fuerzas, ¿verdad? Quieres gritar.

Su aliento contra mi piel me provoca un escalofrío intenso, casi pierdo el control en ese instante. El placer aumenta y me oprime con más y más fuerza. Reprimo los sonidos que se acumulan en mi garganta, pero apenas puedo contenerlos.

Will me acaricia el cuello y me pellizca los pezones.

—Eso es, cariño. Disfrútalo.

La presión dentro de mí aumenta. Las yemas de los dedos de Beckett se sumergen en la humedad acumulada en mi entrada y la usa para acariciarme y rodearme el clítoris.

Oh, Dios mío. Tiene razón. Quiero gritar. Mi mente es una neblina de placer y contención, y todas mis terminaciones nerviosas vibran y hormiguean. Mi entorno se desvanece, mi visión se nubla.

A través de la neblina, oigo la voz de Beckett, que se burla de mí con ese leve acento.

—Déjanos oírte, pequeña.

Respiro entrecortadamente. Mis desesperadas caderas se elevan por sí solas, en busca de sus dedos. Del anhelado alivio. No sé cómo lo hago, pero permanezco callada. Esto es una tortura. Me clavo los dientes dolorosamente en el labio para ahogar cualquier sonido.

Cuando sienten lo cerca que estoy, los chicos aumentan el tormento y hacen todo lo posible por romperme en mil pedazos.

—¿Vas a dejar que te follemos esta noche? —Beckett se inclina hacia adelante para rozarme los labios con los suyos mientras me frota el clítoris en círculos.

Me trago otro gemido.

—Tenemos tantas ganas de follarte. —La lengua de Will encuentra mi cuello de nuevo y me lame la garganta.

Sé que lo desea. Siento su erección haciendo presión contra mi culo. Veo que Beckett se reajusta los pantalones.

—Dinos que tú también lo deseas —me susurra Will al oído—. Di que sí.

Es imposible pensar, y mucho menos hablar, con la forma en que Beckett me acaricia el sexo, con el modo en que me presiona todavía más el clítoris con esos dedos tan hábiles. Me froto contra su mano, y dejo su palma empapada con mi excitación.

Will deja un reguero de besos en mi cuello, y sus labios me recorren la mandíbula hasta que me muerde el labio inferior.

Sus ojos se clavan en los míos. Brillantes de deseo.

—Di que sí.

Beckett desliza un dedo dentro de mí.

—¡Sí! —grito.

El orgasmo me invade. Mi cuerpo convulsiona, mis caderas se mueven y mis músculos internos se tensan mientras me corro tan fuerte que unos puntos negros me nublan la vista. Cada centímetro de mi cuerpo palpita de satisfacción. Lo saboreo entre jadeos y,

cuando el placer por fin disminuye, me dejo caer contra el pecho de Will con la respiración entrecortada.

Ambos me observan con atención y sus expresiones son una mezcla de hambre y diversión.

—Has perdido —se regodea Beckett.

—¿Tú crees? —grazno—. Porque tal y como yo lo veo, dos tíos buenorros me acaban de hacer llegar al orgasmo. Para mí, eso es una victoria.

Will suelta una risita ante mi razonamiento.

—Razón no le falta, colega.

Vuelvo a coger aire, un poco preocupada porque mi ritmo cardíaco no parece disminuir.

—Bueno… eh… ¿y ahora qué?

Will me pone derecha en el sofá.

—Lo que tú quieras, Charlie.

—Tenemos toda la noche —interviene Beckett con media sonrisa —. Sin presiones. Solo… opciones.

—Vale. Bueno —susurro con la voz un poco temblorosa—, quizá deberíamos subir y explorar esas… opciones.

La sonrisa de Beckett se amplía.

—Tú primero —me invita Will mientras señala las escaleras.

CAPÍTULO 24

CHARLOTTE



Veinte, como mucho

A medida que nos acercamos a la habitación de Will, siento que todas las terminaciones nerviosas me vibran bajo la piel. La adrenalina no es algo nuevo para mí. Cuando conduzco uno de los deportivos de Dante por el circuito, la sangre fluye a toda máquina por mis venas. Pero, ahora mismo, lo que sea que corre por mis venas es mucho más potente. Un cóctel de adrenalina y ansia. Una droga vertiginosa a la que cualquier chica podría volverse adicta.

Entro en la habitación, no la ilumina la lámpara de techo, sino la de la mesita de noche, que proyecta un suave resplandor amarillo sobre la cama. Will se queda cerca de la puerta, pero Beckett se acerca a mí con los ojos clavados en mi rostro.

—¿Estás segura de esto? —pregunta.

—Sí.

Lo agarro por la camisa y lo atraigo hacia mí para besarlo, él se ríe contra mis labios. Es un sonido cálido y profundo que me recorre el cuerpo. Me devuelve el beso. Lentamente. Con intensidad. Sin apresurarse. Lo saborea, como si quisiera tomarse su tiempo conmigo. Luego, con un movimiento suave, me coge en brazos.

De forma instintiva, le rodeo la cintura con las piernas mientras me lleva a la cama. El corazón me late con más fuerza, y la emoción

y los nervios se entrelazan, pero en cuanto me acuesta en la cama y se tumba sobre mí, todas mis dudas se desvanecen.

Los labios de Beckett vuelven a posarse sobre los míos, pero, esta vez, el beso es más profundo. Ya no hay seducción en él, tan solo un hambre voraz. Está decidido a devorarme. Mueve las manos con premura para deshacerse de mi ropa: me quita la falda y las bragas y, a continuación, el suéter y la camiseta. Me deja las medias puestas.

—Dios, qué imagen más *sexy* —murmura mientras se incorpora y me observa tumbada debajo de él, solo con unas medias hasta los muslos.

Se quita la camisa y la tira al suelo. Se deshace de los pantalones. Luego se tumba a mi lado, apoyado sobre un codo, y me acaricia el cuerpo desnudo con la mano. Me agarra un pecho y me roza el pezón con el pulgar. Lo pellizca con suavidad.

—¡Joder! —gime Will.

Miro en su dirección y lo veo de pie a los pies de la cama. Se está tocando por encima del pantalón. Su mirada ardiente me hace sentir cohibida.

—¿Qué?

—No tienes ni idea de lo preciosa que eres —murmura—. Tu cuerpo es increíble.

—Sí, lo es —asiente Beckett. Ahora me mordisquea el pecho y me lame el pezón mientras sus dedos juegan con el otro.

—Mis tetas son muy pequeñas —protesto.

—Tienen la medida perfecta —susurra al tiempo que me succiona el pezón con fuerza.

El placer me recorre todo el cuerpo.

—No tengo culo.

—Claro que sí. —Aparta la boca de mi pecho y mete la mano por debajo de mi cuerpo para apretarme una nalga.

—Vas a discrepar de todo lo que diga —refunfuño.

—Si vas a criticar alguna parte de este cuerpo, sí. Eres una belleza, Charlie. Eres peligrosa.

Nunca me habían dicho que soy peligrosa. Creo que me gusta.

Alargo la mano entre nosotros para agarrarle la polla y lo masturbo lentamente. Suelta un gemido. Lo noto caliente y duro en la mano. Veo que Will se baja los pantalones por las caderas y se agarra la erección con el puño. Se acaricia mientras nos observa retozar en su cama.

—Beck —lo llama—. Quiero ver tu lengua en su clítoris.

Madre mía. ¿Qué está pasando?

Beckett se desliza entre mis piernas al tiempo que me besa la cara interna de los muslos. Me lame y me provoca hasta que le ruego que siga bajando. Le suplico lo mismo que Will desea: su lengua en mi coño. Compartimos ese sentimiento de todo corazón.

Por fin, siento que me besa ese montículo sensible y me estremezco de felicidad. Me recuesto y lo disfruto, mi mirada va de la boca de Beckett al rostro de Will. Miro de un lado a otro porque es imposible decidir qué es más excitante: la lengua de Beckett, que se desliza por mi clítoris, o la mirada lujuriosa de Will, que no deja de observar a su amigo mientras me lame.

El apremio que sentía abajo se ha atenuado. Ya no es una carrera hacia la meta, ni necesito correrme de forma desesperada y dolorosa. Ya he tenido un orgasmo esta noche. Espero tener otro. Pero, esta vez, quiero más. Lo quiero todo.

Gimo cuando Beckett me lame hasta llegar a mi entrada y me penetra con la lengua. Pero aún no es suficiente. Mi coño se tensa y se contrae. Ávido y vacío.

—Quiero… —jadeo, distraída por el dedo que añade a la mezcla.

La mirada de Will se clava en la mía.

—¿Qué quieres, Charlie?

—Quiero que me folléis.

Esboza una sonrisa.

—¿Cuál de los dos?

—Los dos.

Will se une a nosotros en la cama. Me acaricia el muslo con la mano, que luego desliza por mi cadera, mi estómago y mis costillas. Me quedo sin aliento cuando coge unos condones del cajón. Arranca uno de la tira y se arrodilla junto a nosotros mientras se lo pone.

Luego estira ese cuerpo largo y musculoso detrás de mí y se tumba de lado.

Cuando empiezo a girarme hacia él, me ordena:

—No, quédate así.

Me recoloca de modo que estoy mitad boca arriba, mitad de lado. Me levanta la pierna, me dobla la rodilla y me agarra por la corva, lo que empuja mi entrepierna hacia la hambrienta boca de Beckett.

—Sigue lamiéndola —le ordena a Beckett, quien gruñe en señal de aprobación.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Nunca había experimentado algo así. Siento una presión entre las piernas mientras la punta del pene de Will me roza la entrada. Me introduce la ancha cabeza un centímetro. Luego otro. Es una fricción deliciosa, pero demasiado lenta.

Sumamente. Lenta. Joder.

Intento echar el culo hacia atrás para tomarlo por completo, pero me agarra la cadera para detenerme.

—Déjame hacerlo a mi manera, nena. Te daré lo que necesitas.

Oh, Dios mío.

De repente, me doy cuenta de que Beckett ha dejado de lamerme. Ahora me frota el clítoris con el pulgar, sin apartar su mirada plateada de la polla de su amigo, que no deja de penetrarme lentamente.

—Joder, qué *sexy* —murmura.

Lo miro fijamente.

—¿En serio? ¿Incluso con condón?

—Bueno, sería más *sexy* sin condón, pero no queremos correr riesgos.

Yo tampoco, al menos en lo que a salud sexual se refiere, pero, no sé por qué, la idea de que Will se deslice dentro de mí sin barreras me excita de una forma inesperada. Supongo que es otra de mis perversiones imprevisibles, que hace que mi coño se aferre a Will con tanta fuerza que él me muerda el hombro.

—¡Me cago en la puta! —ruge Will—. ¿Por qué estás tan apretada?

Beckett se ríe entre dientes.

—Tío, es su reacción al imaginarte penetrándola sin condón.

—Deja de revelar mis secretos —me quejo, y Beck me guiña un ojo.

Will me rodea el cuerpo con el brazo y me agarra un pecho.

—¿No te gustan los condones?

—No me molestan. Pero en esta situación, yo…

—¿Qué tiene esta situación de diferente? —Me besa el hombro mientras desliza toda su longitud dentro de mí.

Ambos gemimos.

—Si me quitara el condón, ¿me dejarías correrme dentro de ti? —pregunta Will mientras echa las caderas hacia atrás y, luego, me penetra de nuevo. Duro. Profundo.

—Sí.

—Y cuando sea el turno de Beck, ¿le dejarás correrse dentro también?

Mi vagina vuelve a contraerse de forma involuntaria, y Will deja escapar un grito ahogado.

Beckett se ríe entre dientes y me da un beso en el muslo antes de mirarme con un brillo diabólico en los ojos.

—Ah, así que es eso. Quieres que ambos te llenemos.

Suelto un gemido.

Y no puedo contenerlo más. Me corro. Empiezo a restregarme contra Will al mismo tiempo que agarro el pelo rubio de Beckett y lo aprieto contra mi coño, de modo que prácticamente le obligo a lamerlo. No hace falta que se lo pida dos veces. Me rodea el clítoris con la lengua y luego lo succiona.

El orgasmo me recorre por completo. Grito de placer mientras exprimo la polla de Will y me froto contra la lengua de Beckett. Siento una descarga de dolor en la cadera, donde Will me clava los dedos. Oigo que maldice en voz baja mientras me embiste una última vez, tan profundo como puede, y se corre entre temblores.

Tardo unos segundos en darme cuenta de que Beckett se está riendo.

Abro los ojos de golpe y veo que le lanza una mirada irónica a Will.

—La idea no era echar un polvo rápido —lo acusa con los labios apretados por la risa.

—Tío, no tienes idea de lo bien que sienta. —Will me mordisquea el hombro y luego me lo lame para aliviar el dolor. Sigue respirando con dificultad—. Eres increíble, Charlie.

Sale de mí despacio, y ya lo echo de menos. Will se da la vuelta y se quita el condón, pero todavía quiero más. De nuevo, la urgencia ha desaparecido, pero mi cuerpo sigue vibrando, sensible a todo lo que lo rodea. Trago saliva mientras Beckett trepa por mi cuerpo y me besa. Siento su polla contra mi pierna.

—Coge un condón —le ordeno mientras se la acaricio.

Will extiende el brazo para agarrar otro paquete cuadrado. Se lo lanza a Beckett, quien no pierde tiempo en ponérselo.

Sin decir palabra, lo miro fijamente y separo los muslos para él. Con los ojos brillantes y las fosas nasales dilatadas, se coloca entre mis piernas abiertas. Se agarra el pene y lo guía hacia el lugar donde su amigo me embestía hace apenas unos minutos. Debería sentirme obscena. Pensar que esto es algo malo y prohibido. Pervertido, depravado o cualquier otro adjetivo que alguien como Agatha me soltaría si supiera lo que estamos haciendo.

Pero solo puedo concentrarme en la mirada necesitada de Beckett y en cuánto me desea. Cuánto lo deseo yo.

Se introduce en mi interior, y suelto un jadeo ante la repentina sensación de plenitud. Es más grueso que Will, así que tengo que estirarme más. Es una sensación celestial.

—Oh, joder, sí —susurra.

Apoya un instante la barbilla sobre mi hombro, y deposita un suave beso antes de ponerse de rodillas, agarrarme las caderas y atraer mi cuerpo hacia él. Me folla en esa posición mientras Will se tumba a mi lado para jugar con mis pezones y besarme el cuello.

—Tenías razón —le dice a Will. Su voz se vuelve ronca cuando clava la mirada en mí—. Tu coño es un paraíso, joder. Quiero vivir en él para siempre.

Mi placer vuelve a aumentar, avivado por sus palabras reverenciales. Levanto las caderas para recibir sus embestidas lentas y provocativas.

—¿Puedes correrte otra vez? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Si te mueves más rápido.

Beckett aumenta el ritmo, de manera que cada profunda embestida golpea un punto dentro de mí que me hace jadear sin aliento.

—Will —exclama con la mirada fija en la mía.

—Voy. —Will se lame los dedos y desliza la mano entre nuestros cuerpos hasta llegar al punto donde nos unimos.

Gimo en cuanto me roza el clítoris.

Beckett me penetra con más fuerza.

—No tardaré en correrme —me advierte.

—La idea no era echar un polvo rápido —se burla Will.

Beckett suelta una carcajada.

Jadeo cuando Will me frota el clítoris más rápido.

—Dáselo a Beck, nena —dice con brusquedad—. No le prives de lo que se siente al apretarle la polla mientras te corres. Hazle disfrutar, Charlie.

Es sumamente estimulante que me pida que le dé placer a su amigo mientras me chupa un pezón y me acaricia el clítoris.

Los rasgos de Beckett se tensan. Se muerde el labio.

—Sí, no aguanto más. ¡Me cago en la puta, joder! —gruñe mientras gime.

Me agarra las caderas mientras se estremece de placer y mantiene mi cuerpo pegado al suyo. Los ruidos que hace y el modo en que se le tensa el pecho con cada jadeo detonan mi propio clímax. Pero este es diferente a los anteriores. Se queda localizado en el punto donde estamos unidos y se propaga alrededor de su pene.

Tardo varios minutos en recordar cómo respirar de nuevo. Beckett se desploma encima de mí y, a continuación, se gira hasta quedar boca arriba.

—Maldita sea —gruñe mientras mira al techo.

—Joder —murmura Will.

Divertida, los miro.

—No sé si estáis enfadados o qué…

—No estoy enfadado —me asegura Will. Suelta un suspiro—. Es que nunca me había corrido tan rápido. Y nunca lo había visto correrse tan rápido.

—Inaudito —murmura Beckett—. Han sido… ¿Cuántas? ¿Diez embestidas?

—Veinte, como mucho —responde Will de forma generosa.

Suelto una carcajada.

—Sigo sin saber de qué os quejáis.

—Te prometo que no nos quejamos. —Will se apoya sobre el codo y me mira con tristeza—. Pero se suponía que debíamos hacerte disfrutar, no echar un polvo rápido.

—Créeme —le aseguro en voz baja—. Lo he disfrutado.

Se acerca a mí y me da la vuelta para acomodarme contra el pecho de Beckett. La polla de Will, todavía semierecta, se acurruca entre mis nalgas mientras me hace la cucharita. Una sensación de satisfacción flota en la habitación. Beckett me acaricia el pelo. Will me acaricia la cadera.

Pero, poco después, el ambiente cambia. Vuelve a vibrar con tensión cuando siento que la polla de Will se endurece contra mi trasero, giro la cabeza para sonreírle.

—¿En serio?

—No puedo evitarlo. Eres demasiado *sexy.* —Estira el brazo y me sujeta la mano.

Aprieto los muslos cuando me guía la mano hacia la entrepierna de Beckett y envuelve mis dedos alrededor del miembro de su amigo.

—Pónsela dura otra vez —me susurra Will al oído.

Madre mía.



Me despierto a las cinco de la mañana siguiente, momentáneamente desorientada. Pero no estoy borracha ni con resaca, así que los recuerdos me asaltan al instante. Aunque no fuera así, podría deducir exactamente lo que ocurrió basándome en el tío desnudo que tengo al lado en la cama. Will está tumbado bocabajo y, aun a oscuras, veo que tiene un culo magnífico. Beckett estaba aquí cuando me quedé dormida, pero debió de irse a su habitación en algún momento de la noche.

Tengo la entrepierna un poco irritada, algo que no suele pasarme tras una noche de sexo. Probablemente porque anoche follé con dos chicos. Varias veces. Sobria.

Se me cierra la garganta cuando la ansiedad comienza a revolverme el estómago.

Salgo de la cama, pero para hacerlo tengo que pasar por encima de Will, que se da la vuelta y se tumba boca arriba.

—¿Charlie? ¿Estás bien? —pregunta con voz adormilada.

—Sí. Pero tengo que irme. Siempre voy al gimnasio a las seis de la mañana.

—¿Quién va al gimnasio a las seis de la mañana? —murmura.

Los psicópatas, obviamente. Lo cual no soy, ya que no pienso ir al gimnasio. Quiero largarme de aquí y hacer mi paseo de la vergüenza tranquilamente, ahora que todo el vecindario sigue dormido. Un vecindario compuesto principalmente por universitarios del campus.

—Charlie —dice Will, todavía aturdido—. Espera. Te acompaño al coche.

—No, no te preocupes. Sigue durmiendo. Gracias por lo de anoche. Fue divertido.

Tengo que salir de aquí antes de que se despierte completamente y comprenda que estoy huyendo como un ladrón en plena noche.

Recojo la ropa tirada por el suelo del dormitorio y bajo corriendo las escaleras. Me doy cuenta de que me he dejado las bragas arriba, pero me despido de ellas porque nunca volveré a esta casa. Me subo las medias hasta los muslos, cojo el bolso y el teléfono.

Echo un vistazo al salón en penumbra para asegurarme de que tengo todo. Luego salgo corriendo por la puerta. Con suerte, me habré ido antes de que alguno de los dos note mi ausencia.

Espero que Will se haya vuelto a dormir y que no me molesten más ni me envíen mensajes…

Enviarme mensajes. Mierda.

Sentada en el asiento delantero del coche, saco el teléfono a toda prisa y abro la aplicación. Contemplo nuestro chat y no sé qué siento.

Sí lo sé.

Vergüenza.

Pero es algo extraño, porque una parte de mí lucha contra esa horrible sensación e insiste en que anoche no pasó nada malo. Sin embargo, la otra parte se entromete y enumera las mil razones por las que estuvo mal.

¿Acaso importa? ¿Sirve de algo esta batalla interna cuando la vergüenza que me ahoga es tan densa que apenas puedo respirar?

Sin pensarlo dos veces, desinstalo la aplicación.

Puede que anoche tuviera el mejor sexo de mi vida, pero no volverá a suceder.

CAPÍTULO 25

WILL



Todo desapareció como si nunca hubiera sucedido

Durante el resto del fin de semana, no puedo estar más de cinco minutos sin pensar en Charlotte.

En sus ojos llenos de deseo.

En su boca devorando la mía.

En su culo respingón restregándose contra mi polla mientras Beckett la lamía.

Sin lugar a dudas, fue el mejor sexo que he tenido nunca.

Pero cuando nos despertamos, ella ya no estaba. Había desaparecido de la aplicación. Borró su perfil. Fue una reacción instintiva, lo sé. La noche anterior, la acompañé en cada paso y observé cómo reaccionaba a nuestras caricias. A los besos. Al sexo. Estaba en su salsa. Disfrutó cada segundo y tenía todo el poder. Nos puso tan cachondos a los dos que no pudimos aguantar más de cinco minutos la primera vez. Habría sido vergonzoso de no ser por la segunda ronda, en la que dedicamos el resto de la noche a adorar su cuerpo.

Y luego…

Todo desapareció como si nunca hubiera sucedido.

Tengo su número de teléfono, pero el hecho de que borrara el chat lo dice todo. Me dio su número para hablar de los trabajos y

coordinar las visitas al laboratorio después de clase. Si la bombardeara a mensajes, sentiría que me estoy aprovechando.

Como voy a verla en quince minutos, paso todo el entrenamiento matutino nervioso, hasta el punto de que Shane lo comenta en el vestuario cuando terminamos.

—Tío, ¿por qué estás tan nervioso? No paras de mover el pie.

—No sé, quizá se me ha pegado algo de tus bailes de salón —respondo con sarcasmo.

Aunque no puedo negar que Shane lo petó la semana pasada. Él y Diana participaron en un concurso de baile para aficionados, al que el entrenador obligó a ir a todo el equipo.

—Los pantalones te quedaban muy apretados —suelta Trager al oírnos—. Creía que se te iba a salir la polla.

—Ya te gustaría —dice Shane con aire de suficiencia antes de dirigirse hacia la salida.

Beckett aparece por la puerta que da a las duchas con una toalla alrededor de la cintura.

—¿Tienes laboratorio ahora? —pregunta en voz baja. Él no tiene clase con ella hasta mañana.

—Sí.

—Escríbeme cuando salgas. Dime si está bien.

Beck también ha pensado en Charlotte. En Charlie, quiero decir. Charlotte, Charlie. Es difícil lidiar con ellas. Pero creo que sé a cuál me encontraré cuando entre en el laboratorio.

No me equivoco.

Tiene una mirada apagada e indiferente mientras me acomodo en mi taburete. Lleva unas mallas negras y un vestido gris de punto con cinturón, y se ha recogido el pelo en un moño con dos mechones que le enmarcan el rostro.

Está preciosa, joder, y se me tensa la entrepierna de forma involuntaria al verla.

Recuerdo lo apretada que estaba.

Recuerdo la forma en que gimió cuando llegó al orgasmo.

Cuando estábamos en el salón, se esforzó mucho por no verbalizar su placer. Todavía oigo la voz ronca de Beckett en mi cabeza mientras la provocaba. «Déjanos oírte, pequeña».

Joder.

—Buenos días —saludo con un nudo de pura lujuria que me obstruye la garganta.

—Buenos días —dice con un tono sin emoción.

—¿Qué tal el fin de semana?

Charlotte mantiene la mirada fija en su libro de texto.

—Bien.

—El mío también.

Charlotte no responde. Se limita a pasar la página.

Quiero hablar con ella, pero el profesor Bianchi entra y no me da tiempo. Es raro que aparezca en el laboratorio; normalmente, Mónica supervisa nuestros experimentos. Pero hoy empezamos un temario nuevo y, para mi disgusto, Bianchi no para de hablar durante las dos horas siguientes. Parece que las células madre se la ponen dura.

Me quedo ahí sentado, intentando escuchar mientras la frustración crece en mi interior. Cuando por fin termina la clase, mi compañera de laboratorio recoge sus cosas a toda prisa.

—Charlie —la llamo.

Aprieta la mandíbula.

—Charlotte.

—Lo siento, Charlotte. ¿Podemos hablar? —Frunzo el ceño al ver su frialdad y el modo en que sigue desviando la mirada.

—Tengo una reunión con mi asesora del proyecto final —responde, y acelero el paso mientras prácticamente la persigo hasta la puerta—. Es al otro lado del campus.

—Vale. Te acompaño.

Ella rechaza la oferta sin siquiera darse la vuelta.

—No. No tienes por qué.

—Pero quiero.

—Bueno, pues yo no —suelta con una voz tensa.

Sé cuándo dar marcha atrás, así que no insisto. Al menos en lo de acompañarla. Pero le agarro la mano y la detengo para que no se escape.

—¿Podemos hablar, aunque sea tres segundos, por favor?

Duda un momento. Luego asiente con la cabeza.

Caminamos hacia una zona más tranquila del pasillo, donde Charlotte juguetea con la correa de su bolso extragrande.

—Solo quiero asegurarme de que estás bien —digo en voz baja, con la mirada clavada en su rostro—. Borraste la aplicación, así que Beckett y yo pensamos…

Mira a su alrededor cuando menciono su nombre.

Reprimo un suspiro.

—Nadie nos escucha, Charlotte.

Se muerde el labio inferior antes de soltar un suspiro apresurado.

—Estoy bien. Lo prometo. —Su tono firme y su mirada decidida me indican que lo dice en serio.

—No te molestamos ni… te hicimos daño, ¿verdad? —Se me revuelve el estómago solo de pensarlo.

—Para nada. —Su dura expresión se suaviza—. Mierda. Lo siento mucho si pensaste eso.

Me encojo de hombros con tristeza.

—No sabía qué pensar. No has dado señales de vida desde que te escabulliste de casa ayer a las cinco de la mañana.

—Lo siento. Pero no tienes de qué preocuparte. —Habla tan flojito que apenas la oigo—. Me lo pasé genial.

—¿Seguro?

—Sí, fue… —Se muerde el labio otra vez—. Divertido.

Tiene las mejillas coloradas. Si la conversación no fuera tan tensa, quizá me burlaría de ella, pero sigue nerviosa y no quiero asustarla.

—Pero no puede volver a pasar, Will. Fue un rollo de una noche. Y tiene que seguir siendo así, por eso borré la aplicación. Necesitaba… —Su voz se apaga.

—Eliminar la tentación —termino la frase por ella.

—Sí, supongo.

—¿Por qué no puede volver a pasar? —Arqueo una ceja—. ¿Hay alguna razón?

—Sí, mil.

—Vale, dame una al menos.

—Porque no es normal —sisea de forma ininteligible.

—¿Qué?

—No es normal. —Con la mandíbula apretada, me mira a los ojos como si me desafiara a contradecirla.

Pero a mí me pasó lo mismo este verano. Me alejé de Beckett y de nuestras aventuras sexuales porque pensaba lo mismo. Que lo que hacía estaba mal. Que no era «normal».

—Charlotte, escucha, sé exactamente cómo te sientes, ¿vale? Te gustó demasiado.

Se queda boquiabierta.

—No te vengas tan arriba.

—Te gustó demasiado y te asustó, ¿verdad? Porque va en contra de lo que se supone que es el sexo «normal».

—Es que va en contra. —Se frota el puente de la nariz—. Al menos a largo plazo. Es divertido para una noche, Will. Pero hacerlo de forma habitual me parece… no sé… sórdido.

Siento como una comezón en la piel.

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué me convierte eso entonces? ¿Soy asqueroso?

Sorprendida, clava la mirada en mí.

—No. Para nada.

Suelto una carcajada desprovista de humor.

—Mira, Charlotte. Yo también me sentía igual. Básicamente evité a Beckett durante todo el verano porque me sentía así. Pero después de mucha introspección, me di cuenta de que no hay nada malo en que tenga mis propios gustos.

—Will…

—Así que, si de verdad crees lo que dices, pues… —Me encojo de hombros—. Tienes razón. Es mejor que no nos volvamos a ver. No puedo hablar por Beck, pero la sociedad ya es bastante prejuiciosa. No necesito que la chica con la que me acuesto también juzgue cómo pasamos el rato. ¿Quieres que borre tu contacto?

Parece afligida, como si no esperase que le dijera nada de eso.

—No. Puedes escribirme para cualquier cosa relacionada con las clases.

—Entendido. —Retrocedo un paso para alejarme—. Nos vemos mañana en el laboratorio.



El restaurante mexicano del pueblo está más tranquilo de lo habitual a pesar de que estamos en plena hora punta, una pequeña bendición si tenemos en cuenta el torbellino de pensamientos que me invaden. Cuando entro, veo al instante a mi madrastra sentada en una mesa en la esquina. Igual que Tessa Díaz, destaca como una mosca en la leche en este pequeño pueblo de Massachusetts. Se ve a leguas que es de Washington D. C., con ese elegante traje pantalón negro y el pelo rubio ceniza recogido en un moño perfecto.

Pero, aunque parezca que su sitio está al lado de un congresista, también posee una calidez de la que carecen la mayoría de esos chupasangres de Washington.

Su rostro se ilumina al verme.

—Hola, cariño. Me alegro de verte.

Se levanta para abrazarme, y no tengo que agacharme mucho para besarle la mejilla. Kelsey mide casi un metro ochenta, apenas unos centímetros menos que yo.

—Hola, Kelse. Estás preciosa.

—Gracias, cariño. Ven. Sentémonos. —Me toma de la mano y me guía hasta una silla—. Me alegra mucho que hayas podido encontrar un hueco en tu apretada agenda para quedar conmigo.

—Oye, debería ser yo quien te diera las gracias. Has conducido hasta aquí desde Boston.

—Lo sé, pero te he hecho esta oferta una docena de veces y es casi imposible conseguir que la aceptes. —Tiene los ojos de un verde claro brillante, lo que me indica que bromea.

Es cierto. Casi nunca acepto sus invitaciones para comer, porque cada vez que viene a la ciudad, mi padre casi siempre está con ella. Igual que papá y yo, nació y creció en Boston. Visita a sus padres a menudo, siempre me pide que nos veamos, y siento una punzada de culpa al recordar todas las veces que la he rechazado.

La verdad es que adoro a Kelsey. Es brillante. Preciosa. Exitosa. Más divertida de lo que parece. Es un desperdicio que una mujer como ella esté con mi padre.

Creo que mi padre es incapaz de conectar de forma sincera. Para él, las relaciones son estratégicas y se basan en el estatus en lugar del afecto mutuo. Rara vez deja que alguien vea más allá de su apariencia cuidadosamente construida.

—Ya sabes cómo es el *hockey* —digo encogiéndome de hombros, incómodo—. Tiene horarios muy exigentes.

Me lanza una sonrisa cómplice.

—Y esta es la primera vez en todo el año que estoy en Boston sin tu padre.

Pillado.

Cuando llega la camarera, ambos pedimos café. Kelsey le dice que aún no hemos decidido la comida y espera a que la mujer se vaya antes de mirarme con preocupación.

—Alessia dice que no has respondido a ninguno de los correos electrónicos de tu padre sobre Navidad.

—¿Te refieres a los de Alessia? Porque me llegan desde su dirección.

Mi madrastra suspira.

—Puede, pero la invitación viene de él. Tiene muchas ganas de que vayas a casa este año y te quedes más de una noche. —Arquea una ceja. A pesar de ser rubia, sus cejas son oscuras, lo que realza sus llamativos rasgos—. Y no me digas que tu horario no te lo permite, porque Alessia lo ha comprobado y tu equipo tiene una semana entera de descanso durante las vacaciones.

—No hace falta que me hagas sentir culpable —suelto poniendo los ojos en blanco—. Pensaba ir. Simplemente no he tenido tiempo de responder.

—Bien. Me alegro. Será genial tenerte en casa.

Echamos un vistazo a los menús y pedimos la comida a la camarera cuando regresa con dos tazas de café.

—Quizá podrías hacer algo divertido con tu padre algún día mientras estés en casa —sugiere Kelsey—. Como desayunar en la gofrería. O buscar un salón de billar.

Se me escapa una carcajada.

—Entiendo lo de la gofrería porque es un lugar ideal para una sesión de fotos. Pero ¿un salón de billar? ¿Por qué? ¿Intenta captar un nuevo grupo demográfico de votantes o qué?

—Will. No todo es una estrategia de campaña. Tu padre solo quiere pasar tiempo de calidad contigo.

Inclino la cabeza en señal de desafío.

—¿En serio? ¿Te lo ha dicho él?

—Bueno, no con estas palabras, pero…

Se me escapa otra risa.

—Kelse, te quiero, pero ya no hace falta que te esfuerces, deja de intentar que conectemos como padre e hijo. Nunca lleva a nada.

—Lo hará si lo permites.

Suspiro.

—Por favor, no me malinterpretes, pero no tengo ni la más remota idea de qué ves en él.

Su tono se vuelve irónico.

—Tu padre no es tan malo. Pero no estás dispuesto a verlo.

—Ponme un ejemplo. Ayúdame a entenderlo.

Se encoge de hombros.

—Puedo darte muchos. Me atraen los hombres poderosos. Me gusta nuestro estilo de vida. Disfruto de las conversaciones y los debates que tenemos; es un hombre muy inteligente y puede mantener conversaciones estimulantes, a diferencia de muchos otros que conozco. Se le da bien resolver problemas. El mes pasado, se me complicó un caso, y se sentó conmigo en la oficina durante horas para ayudarme. No es el hombre más paciente ni cariñoso, pero tiene sus puntos fuertes.

—Y también sus debilidades. Su imagen le importa más que su familia, por ejemplo.

No me lo discute.

—Bueno, una de las razones por las que quería quedar contigo hoy es para pedirte ayuda —admito—. Necesito que hables con papá y le digas que me deje en paz.

Kelsey sabe a qué me refiero y asiente con la cabeza.

—¿La estrategia mediática?

—Sí. —Doy un sorbo al café, tan amargo como mi estado de ánimo—. Me insiste para que haga esas entrevistas y no me deja en paz. Acepté el artículo de *Capitol Magazine* y ese ridículo vídeo de televisión, pero nada más. Y, de repente, Alessia me escribe para decirme que papá quiere organizarme una gira de prensa en mayo. Justo durante los exámenes finales. ¿De qué coño va?

—Se presentará a la reelección el próximo otoño —me recuerda Kelsey—. Y ya sabes cómo funciona esto, cariño. Tendrás que dejarte ver durante la campaña. Ambos tenemos que hacerlo. Es importante para él.

—Lo entiendo. Pero la universidad es importante para mí —respondo con sequedad—. Debo aprobar los exámenes finales si quiero graduarme. No tendré tiempo para ser su imagen. Necesito que hables con él, ¿vale? Dile que haré las apariciones obligatorias durante la campaña, pero después de graduarme.

Apoya la barbilla en la mano.

—Ya sabes cómo es tu padre. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja…

—Sí, pero siempre has logrado convencerlo. Por favor, eres la única que puede persuadirlo. Él te escucha. Necesito que me ayudes con esto.

Kelsey se queda callada un momento. Siempre me ha costado descifrarla, al menos cuando no quiere que lo hagan. Seguramente será una estrategia de los abogados. Pero cuando vuelve a hablar, lo hace con suavidad y afecto.

—Sabes que siempre te apoyaré, Will. He estado en tu situación, intentando encontrar el equilibrio entre lo que quieres y lo que se espera de ti, así que haré lo que pueda para calmar a tu padre, ¿de acuerdo? Hablaré con él.

—Gracias, Kelse. —Siento que me quitan un peso de encima.

Puede que no la llame «mamá», pero siempre la he visto así, aunque no tengamos lazos consanguíneos. Tras la muerte de mi madre, Kelsey tomó el relevo y llenó ese vacío sin dudarlo. Confío en ella. De hecho, confío más en ella que en mi padre, con quien comparto un vínculo consanguíneo.

Estira el brazo por encima de la mesa y me aprieta la mano.

—Concéntrate en la universidad, ¿vale? Deja que yo me encargue de tu padre.

CAPÍTULO 26

CHARLOTTE



Fantasía sexual del vecindario

—Es época de buscar pareja —se queja Faith—. Y yo todavía no la he encontrado.

—Tú no quieres tener novio —le recuerdo—. Cada vez que sales con alguien te quejas de él.

—Sí, en verano —dice con voz altiva—. En invierno me encanta tenerlo. Así me puedo poner sus sudaderas. Acurrucarnos. Tomar café con especias de calabaza. Disfrazarnos a juego en Halloween.

Uf. Sí que suena bien. Yo también echo de menos tener novio. Puede que Mitch sea un completo imbécil últimamente, pero nadie nos superaba en los disfraces combinados.

—¿Cuál fue tu relación más larga? —le pregunta Blake a Faith girando la pajita de su sangría. Como yo prefiero el té verde, Faith no tuvo más remedio que presionar a mi pequeña para pedir un par de sangrías.

Por insistencia de Faith, hemos venido al Malone esta noche. Mañana nos vamos a nuestras respectivas casas para pasar las vacaciones de Acción de Gracias, y Faith insistió en que necesitaba emborracharse para prepararse frente al drama familiar que le espera. No conozco a los padres de Faith, pero sí a cuatro de sus seis hermanos (sí, seis) y me imagino lo caóticas que son las fiestas en casa de los Grierson.

Parece que Blake también tendrá un Día de Acción de Gracias muy ajetreado. Su familia lo pasará con todos los amigos de sus padres y sus hijos.

Por mi parte, me alegró saber que este año íbamos a hacer algo sencillo. Solo mi familia directa. Prefiero unas vacaciones tranquilas. Así tengo más tiempo para estar con mis padres.

—Nunca han sido más de seis meses —responde Faith a Blake. Jadea—. ¡Joder! Soy una novia estacional.

Suelto una risita mientras doy un sorbo al té.

—¿Y tú, Charlotte? —pregunta Blake con curiosidad.

—Casi dos años con mi ex. Y no tuve novio en el instituto. Estaba demasiado ocupada para ligar.

—Yo nunca he tenido una relación —admite Blake.

La miro de reojo.

—¿Cómo te va con Isaac?

Lo único que sé por ahora es que salió un día con él. La llevó al cine a Hastings y no consiguió un beso de buenas noches. Fin.

Blake Logan es la persona menos comunicativa que he conocido. En serio, el secretismo parece parte de su esencia, por lo que me pregunto en qué clase de líos se mete sin que nadie se entere. Quizá lleva una doble vida. Puede que exista una… Blakey, como mi Charlie. Quizá también conduce coches de carrera en plena noche y se acuesta con varios jugadores de *hockey.*

—¿Lo has vuelto a ver? —insisto.

Se encoge de hombros, pero veo que reprime una sonrisa mientras le da un sorbo a su bebida.

—Oh, Dios mío. Sí.

Vuelve a encogerse de hombros.

—¿Cuántas veces?

Tras un momento, cede a nuestra demanda de chismorreos.

—Tres veces en total.

—¿Te has acostado con él? —pregunta Faith con una sonrisa.

Cuando Blake niega con la cabeza, intento no arquear las cejas. No creo que a Isaac Grant le parezca bien avanzar a este ritmo tan lento. El tío iba a acostarse conmigo tras coquetear cinco minutos

fuera del Coffee Hut. Su reputación no son rumores, se la ha ganado a pulso.

El recuerdo de mi velada interrumpida con Isaac me provoca una punzada de culpa. Había planeado contárselo a Blake después de que él se presentara en casa y montara un espectáculo para invitarla a salir, pero se me olvidó cuando las cosas con Will y Beckett se complicaron.

Ahora que nos ha confesado que ha quedado con él de forma regular, tengo que ser sincera con ella.

—Bueno… —digo mientras alargo el brazo por encima de la mesa para robarle el vaso a Faith. Se queda boquiabierta al verme dar un trago a su sangría—. Lo siento —me disculpo con ella—. Necesito un poco de valor líquido.

Por el rabillo del ojo, veo que Blake frunce el ceño.

—¿Valor líquido para qué?

Ahora, Faith me mira con complicidad. Como mi contacto de emergencia y de prevención de asesinato, es la única que conoce mi conexión con Isaac Grant.

Muevo mi silla y la coloco de cara a Blake.

—Esto es muy incómodo, pero para que quede claro, y antes de que decidas acostarte con él, deberías saber que Isaac y yo nos enrollamos una vez. Antes de que lo conocieras —añado apresuradamente.

Arquea las cejas hasta que le llegan al nacimiento del pelo.

—¿Qué? ¿Te liaste con Isaac?

La culpa me revuelve las entrañas.

—Sí. Pero no nos acostamos. Y siento no habértelo dicho antes…

Para mi sorpresa, agita la mano sin inmutarse.

—No, no importa. Ni siquiera tenías que decírmelo. Solo estoy… —Abre los ojos de par en par, asombrada—. Impresionada. Eres la última persona que habría esperado que tuviera rollos de una noche con jugadores de fútbol americano.

No me ofende. Mi fachada de Delta Pi, cuidadosamente diseñada, es tan efectiva que nadie sospecharía nunca que tengo una intensa vida sexual. Ese es el propósito del personaje.

—Lo sé. No es propio de mí. Pero… estaba aburrida. —Es la única respuesta que se me ocurre.

Faith cubre su bufido con una tos.

Blake no se deja engañar.

—No. Como ya te he dicho, sé que eres más de lo que aparentas. Esto solo aumenta el misterio.

Fiel a los votos de mejores amigas que hicimos, Faith interviene por mí.

—Bueno, ahora que hemos aclarado eso, quiero saber más sobre las citas —dice, cambiando la conversación—. No os habéis acostado, pero ¿os besasteis?

Una vez más, la estudiante de primer año se muestra cautelosa.

—Quizá.

—¿Besa bien? —insiste Faith.

—Muy bien. No es como esperaba —admite Blake.

—Entonces, ¿no es un futbolista arrogante que se cree con derecho a todo? —No puedo evitar bromear. Porque eso es exactamente lo que pensaba de Isaac, y el tiempo que pasé con él no desmintió la hipótesis.

—Sí, es todo eso, pero también tiene un lado dulce. Me escribe cada mañana y cada noche para desearme buenos días y buenas noches. Es… un poco sentimental.

Eso me sorprende casi tanto como que Isaac Grant espere más de tres citas para acostarse con alguien. Pero mi cerebro científico puede identificar fácilmente la solución: la naturaleza humana. La biología. Somos criaturas programadas para encontrar pareja y, generalmente, es el macho de una especie el que persigue a la hembra. La hembra se lo pone difícil porque tiene más opciones. Tiene todas las de ganar. Por eso los machos se esfuerzan más, sacan pecho y hacen lo que sea necesario para vencer a la competencia.

Con todo, no sé cuánto de este «lado dulce» se debe a que Isaac desea a Blake de verdad o a unas conexiones neuronales que le ordenan perseguirla.

Un ruido que llega de la puerta me llama la atención. Estamos sentadas en la sala principal, así que vemos perfectamente a todos

los que entran en el bar. Aparece un grupo de chicos y varios con chaquetas negras de *hockey.* Un destello de pelo rubio capta mi atención.

Beckett.

La última vez que lo vi me estaba follando tan duro que me hacía ver estrellas. Me clavaba los dedos en las caderas y los muslos con tanta fuerza que me dejaron pequeños moretones. Debería haberme alarmado al ver los moretones en el espejo al día siguiente, pero no fue así. Simplemente me puse cachonda al recordar lo que sentí mientras Beckett se movía dentro de mí y Will me animaba a ser una buena chica y correrme para su amigo.

Aprieto los muslos al recordarlo y aparto la mirada de la puerta. No. Está prohibido recordar el placer. Tengo que concentrarme en la vergüenza. Esa horrible y asfixiante sensación que sentí al salir de su casa, mientras me preguntaba qué pensaría la gente si supiera que acababa de acostarme con los dos chicos que vivían ahí dentro, como si fuera la fantasía sexual del vecindario.

—Deberíamos irnos —sugiere Faith mientras termina el resto de su sangría—. Tengo que coger un vuelo a primera hora.

Asiento con la cabeza.

—Voy al baño primero.

—Ve, yo pago. Me toca.

Camino hacia el pasillo trasero y me dirijo al baño. Hago pis rápido, me lavo las manos y me arreglo el pelo frente al espejo. Me aseguro de que la raya del pelo esté perfecta. No es que me importe lo que Beckett piense de mi raya del pelo. Pero bueno…

«Sí, quieres estar guapa para el chico con el que te acostaste mientras su mejor amigo miraba, ¿verdad?».

Mi crítica interior es una auténtica zorra.

Cuando salgo del baño, Beckett me espera fuera.

Normalmente, los baños están llenos hasta la hora del cierre, pero hoy es miércoles y todavía es temprano, así que no hay nadie en el pasillo. Estamos solos. Aun así, miro hacia el final del pasillo para asegurarme de que no viene nadie.

—¿Tienes miedo de que te vean conmigo, buñuelito? —Su acento australiano hace que me dé un vuelco el corazón.

—No, no es eso —miento.

—Demasiado sórdido para ti, ¿eh?

La culpa me encoge el estómago.

—Le dije a Will que no creo que sea asqueroso. Ninguno de los dos lo sois.

—También le dijiste que hacer tríos de forma habitual es sórdido. Así que no eres muy congruente, ¿verdad?

El estómago se me retuerce todavía más. Maldita sea. Me siento como una imbécil. Soy una imbécil. Porque tiene razón: los motivos para no querer volver a verlos contradicen mis palabras.

Pero lo confuso es que no los juzgo. De verdad que no creo que haya nada malo en lo que hacen.

«Entonces, ¿por qué está mal cuando lo haces tú?», me desafía una voz en mi cabeza.

La confusión me invade por completo. Yo… no tengo ni puta idea. Solo sé que me sentí avergonzada. Pero ellos no deberían avergonzarse. Porque…

Un gemido se me atasca en la garganta. ¿Por qué no encuentro sentido a nada de esto?

Como si percibiera mi confusión, Beckett se encoge de hombros.

—No pasa nada, Charlotte. Si no es para ti, no es para ti.

Cuando se aleja, percibo su familiar aroma, ese que tanto me recuerda al océano. Me invade los sentidos. Recuerdo haberlo inhalado mientras me besaba. Cuando hundió su rostro en mi cuello. Cuando deslizó los dedos por mi cuerpo para darme la vuelta y que Will pudiera meter su polla en…

Ya basta. Tengo que dejar de pensar en eso, maldita sea.

Me sonrojo, muerta de vergüenza.

—Era una fantasía. Ya la he cumplido.

—Si tú lo dices.

No me toca. Estamos a un palmo de distancia y tiene las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros desteñidos. Sin embargo, todavía recuerdo las sensaciones que esas manos provocaban sobre mi cuerpo. Cuando recorría mi muslo con la lengua mientras la deslizaba hacia mi…

—No pasa nada por desearlo, Charlie. —Una sonrisa cómplice se dibuja en sus labios.

Me muerdo el interior de la mejilla mientras intento contener el escozor de las lágrimas.

Luego exhalo y digo:

—Nunca me he sentido más avergonzada que cuando salí de tu casa esa mañana.

Beckett se sobresalta al oír eso.

—Charlotte…

—No. Déjalo. Tengo que irme. Mis amigas me están esperando.

Siento su mirada clavada en mí mientras me alejo, pero no miro atrás. Me encuentro con Faith y Blake en la entrada principal, pero no debo mantener muy bien la compostura, porque Faith me mira con cara de preocupación.

—¿Te encuentras bien? —pregunta—. Estás un poco pálida.

—Bien, sí. Acabo de recordar todo lo que tengo que hacer en casa. Supongo que estoy un poco abrumada.

—¿Es por los ensayos de admisión al posgrado?

Asiento con la cabeza.

—Han ampliado la fecha límite, así que quiero releerlos y cambiar alguna cosa. Los escribí con prisas por los exámenes parciales.

—Si te sirve de ayuda, puedo echarles un vistazo antes de que los envíes.

Su oferta me conmueve.

—Ay, gracias. Te lo agradecería mucho.

Cuando salimos del bar, meto la mano en el bolso y busco las llaves del coche. Mis dedos chocan contra el metal al mismo tiempo que me percato de que hay un tío de pie cerca de la entrada, parcialmente oculto en la oscuridad de la noche.

Hay algo en él (el corte de pelo, su postura, la forma en que intenta pasar desapercibido sin conseguirlo) que me eriza la piel.

Faith sigue mi mirada.

—¿Conoces a ese tío?

—Creo que no…

Me callo cuando se da la vuelta para irse y vislumbro su ceja. De repente, me viene a la cabeza la imagen de ese mismo tipo

merodeando en el aparcamiento del campus.

—Joder, espera. Sí que lo he visto antes. Mmm… Quédate aquí un momento.

Faith frunce el ceño.

—Charlotte…

La ignoro y camino hacia él con el corazón a mil por hora; no por el miedo, sino por la adrenalina de una confrontación inminente.

Cuando me acerco, el moreno se pone rígido al darse cuenta de que lo he visto. Intenta alejarse, pero soy más rápida y le bloqueo el paso.

—¡Oye! —grito con voz áspera—. ¿Por qué me sigues?

Abre los ojos de par en par y da un paso hacia atrás con las manos alzadas en señal de rendición.

—No te sigo, lo juro.

—Y una mierda —espeto mientras me acerco a él—. Te he visto por el campus, y ahora aquí. ¿Me estás acosando?

—Charlotte, ¿qué pasa? —Faith se acerca a mí mientras Blake permanece cerca de la entrada del Malone, alerta.

—Creo que este bicho raro me está acosando. —Faith lo mira con los ojos entrecerrados de inmediato.

Se pone rojo como un tomate y parece que quiere desaparecer de la faz de la Tierra.

—No, no es eso. Yo…

—Tú, ¿qué? —exijo saber, con los brazos cruzados.

El chico rebusca algo en su bolsillo.

Faith y yo retrocedemos instintivamente, me siento tonta cuando me doy cuenta de que solo está sacando su teléfono. Me lo tiende para que pueda echarle un vistazo a la pantalla.

—Mira. Me enviaste esto.

Me quedo impactada cuando reconozco el logo de BioRoots y leo mis propias palabras en la pantalla.

—No te acoso —confiesa con un profundo suspiro—. Soy tu hermano.

CAPÍTULO 27

BECKETT



Miéntele y dile a tu mujer que está radiante

Mis padres llevan peleándose desde que me recogieron en el aeropuerto. Se presentaron juntos, pero se pasaron todo el camino de vuelta a casa discutiendo y no han parado desde entonces. Al menos mantienen un volumen normal. Cuando dos australianos se emborrachan, pueden volverse bastante ruidosos. No obstante, por ahora solo se han tomado una o dos copas.

No tenemos familiares aquí (todos viven en Australia), pero, en esta última década, mi madre ha formado una pequeña familia, con otras dos familias que viven en nuestra calle, también inmigrantes con parientes en el extranjero y una pareja de jubilados, los Walker. Helen Walker no ha dejado de coquetear conmigo desde que entró en casa. Me ha pedido que le rellene la copa de vino al menos cinco veces. La señora está un poco perjudicada.

Mientras tanto, mamá y papá han sido incapaces de dejar de discutir. Todo es culpa de mi padre. Por alguna razón, decidió que sería buena idea compartir la noticia de su oferta de trabajo en Acción de Gracias, delante de todos sus amigos. Unos amigos que no dudan en dar su opinión.

Pero no todos coinciden con mamá. La señora Aghari incluso le dice que si tuviera la oportunidad de volver a Delhi con un buen trabajo y una buena casa, la aprovecharía sin dudarlo.

—Echo de menos a mis padres y hermanas —admite.

Y, aunque mi madre reconoce que echa de menos a sus padres y al resto de la familia, responde lo mismo que no deja de repetirle a mi padre:

—Hemos construido una vida aquí.

—Meghan… —murmura mi padre cuando surgió de nuevo el tema.

—No, James. No voy a desarraigarme otra vez.

Intento concentrarme en el puré de patatas de mi plato en lugar de en la creciente tensión entre mis padres. Mi madre juguetea con su copa de vino y evita la mirada de mi padre, quien clava los ojos en el pavo como si lo hubiera ofendido personalmente.

—¿Cómo te van las clases? —me pregunta el señor Aghari.

Lo miro con alivio. Señor Aghari al rescate.

—Es duro, pero voy adelante.

Después de eso, la conversación por fin cambia a temas neutrales como el clima y el trabajo caritativo de la señora D'Agostino.

—Beckett, querido —dice Helen golpeando su copa de vino.

Reprimo una sonrisa y me levanto de la silla para dirigirme hacia la barra integrada que hay al otro lado de la habitación. Me encanta esta casa. Entiendo por qué mamá no quiere irse: es una extensa propiedad en las afueras, con una terraza enorme y un jardín que tardó más de una década en plantar desde cero. Pero…

No es mi hogar. Indianápolis no tiene la Costa Dorada. No tiene las olas de Byron Bay. No tiene a mis primos. No se respira el mismo aire. El aire huele diferente ahí abajo. Si yo fuera mamá, aprovecharía esta oportunidad sin pensarlo dos veces.

—Te lo pone difícil, ¿eh? —murmuro cuando mi padre se acerca a mí para coger otra cerveza.

—Sí. Puede que necesite que intervengas un poco, hijo. Para que defiendas nuestro caso.

—No sé si ayudará en algo. No le hace ninguna gracia.

—No, en absoluto.

Lo miro de reojo.

—¿Qué es más importante para ti, la felicidad de tu mujer o la tuya?

—Ah, la eterna pregunta sobre cómo afrontar cualquier matrimonio. Ya lo descubrirás algún día.

—Tal vez. —Mi tono sigue siendo evasivo.

—Oh, ¿sigues fiel a tu promesa?

Me río entre dientes.

—No era una promesa, solo fue un comentario de borracho. Me pillaste en un mal momento.

Aunque tengo que admitirlo, tuve muchos días malos después de todo lo que pasó con Shannon. Recuerdo ese día. Me emborraché con unos compañeros de equipo después del último partido amistoso de un pequeño torneo de fin de semana. Papá me pilló entrando a escondidas a las cuatro de la mañana, intentando subir las escaleras de puntillas, con la delicadeza de un elefante en una chatarrería. Cuando me preguntó si había salido con una chica (creo que esperaba que sí), le solté una diatriba, completamente borracho, sobre que nunca volvería a amar ni me casaría porque «todo eso del amor» siempre termina de una manera desgarradora.

—Tenía dieciocho años —le recuerdo—. Era muy dramático.

—Fue una de las pocas veces que te vi perder la calma —murmura.

—Creía que me casaría con ella. —Me encojo de hombros y vuelvo a concentrarme en el vino de Helen Walker.

—Y la cosa no salió bien. Pero nos reponemos, Beck. Sanamos, seguimos adelante y reconstruimos lo roto.

—Y disfrutamos de nuestra soltería —digo con ligereza—. Al menos en mi caso. En el tuyo, deberías empezar a adularla como nunca, viejo.

Le doy una palmadita de ánimo en el hombro y luego regreso a la mesa. Espero no haber parecido demasiado ansioso por terminar esa conversación.

A las nueve en punto, los Aghari y los D'Agostinos se van y me dejan solo con mis padres y los Walker.

No sé cómo me han enredado así. Aquí me tenéis: un hombre de veintiún años tomando una cerveza, viendo el fútbol y escuchando a dos parejas discutir. Y aunque una tiene ochenta y tantos años y la otra, cuarenta, ambas se comportan como adolescentes.

Al principio, los Walker solo intentaban ayudar. Mamá había vuelto a criticar a papá y Albert cometió el error de mencionar una antigua pelea entre él y Helen, para demostrar cómo resolver conflictos. Pero resulta que la pelea de los Walker no se había resuelto, porque pasaron a discutir ellos.

Los buenos tiempos…

—¿De verdad vamos a revivir esto? —refunfuña Albert—. ¿Ahora? ¡Ya la dimos por finalizada, Helen!

Aunque no quiero echar más sal en la herida, la curiosidad puede conmigo.

—¿Por qué os peleasteis?

—Sí, Al. ¿Por qué nos peleamos? —La voz de Helen rezuma una dulzura que me revuelve el estómago—. ¿Por qué no le cuentas a todo el mundo lo que le dijiste a esa mujer?

—¿Esa mujer? —repito. No quiero mirar a mi padre porque sé que ambos nos partiremos de risa.

—Cuéntaselo —lo desafía Helen.

Albert gruñe por lo bajo.

—¿Cómo demonios voy a recordarlo? ¡Fue hace veinte años!

Casi me ahogo con la cerveza. Papá intenta distraerse cortando otra rebanada de pastel. Miro a mamá, que aprieta los labios para contener la risa.

¿Esta pelea empezó hace veinte años? Por cómo se comporta Helen, parece que este error, que casi destruyó su matrimonio, ocurrió la semana pasada.

—Sabes perfectamente lo que dijiste —protesta Helen entre dientes. Mira a mi madre, como si le estuviera pidiendo apoyo femenino—. Estábamos en la fiesta de aniversario de unos amigos y le dijo a Donna Henderson que estaba «radiante».

No aparto la vista del trozo de pastel que hay en mi plato.

Mi padre se aclara la garganta.

—Fue hace mucho tiempo, Helen. Quizá…

—Oh, no, no, no —lo interrumpe agitando la mano—. Todavía no es tarde para que Albert se explique, ¿verdad? —Se vuelve hacia su marido—. ¿Y bien, Al? Soy toda oídos.

El pobre Albert parece que preferiría enfrentarse a un avestruz rabioso.

—Helen. Solo estaba siendo educado. Era la anfitriona.

—Nunca me has dicho que estoy radiante.

—¡Siempre te digo que eres preciosa! —protesta mientras nos mira en busca de apoyo.

Ninguno se atreve a devolverle la mirada. Helen no es fea, pero tampoco diría que preciosa. Más bien… del montón.

Helen se pone roja.

—Dijiste que estaba «decente» la Navidad pasada, Albert.

Se me escapa un sonido estrangulado de los labios. Oh, joder.

Qué idiota eres, Al. ¿Decente? Miéntele y dile a tu mujer que está radiante.

Mi padre está a punto de desmayarse por el esfuerzo de contener la risa.

Mi madre, bendita sea, intenta intervenir.

—Helen, ¿quieres más café?

—No cambies de tema, querida. —Helen está decidida a seguir—. ¡Radiante! ¿Quién usa esa palabra? Llevo dos décadas preguntándome qué querías decir exactamente.

Tiemblo mientras suelto una risa silenciosa.

Mi madre, que sigue intentando llevar la conversación a un terreno más seguro, se ríe con nerviosismo.

—Estoy segura de que Albert no insinuaba nada. ¿Verdad, cariño?

Mamá clava la mirada en mí.

¿Por qué me está arrastrando a esta gilipollez?

—Mmm, claro. Quizá solo expresaba que le quedaba bien el vestido. Ya sabes… Hay gente que desprende un brillo radiante.

Helen me lanza una mirada que podría cortar la leche.

—Seguro que eres de esos que dicen a todas las chicas que son especiales únicamente para ver hasta dónde pueden llegar, ¿verdad?

Parece que su encaprichamiento por mí ha llegado a su fin.

Albert suspira, claramente derrotado.

—Cariño, si pudiera volver atrás y cambiar lo que dije, lo haría. Pero solo era una palabra. No significaba nada.

Su esposa se reclina en la silla y se cruza de brazos con aire triunfal.

—Bueno, me alegro de que lo hayamos aclarado. Pero que esto te sirva de lección, Albert. Piensa antes de hablar.

Después de eso, todos permanecemos ahí sentados en un silencio incómodo. Por suerte, veo que me entra una videollamada de Will, así que me levanto de un salto de la silla.

—Es uno de mis compañeros… Tengo que cogerlo.

Levanto el teléfono y lo señalo como si fuera la llamada más importante de mi vida. La Casa Blanca al aparato. Todos han muerto y yo soy el sucesor. Soy el nuevo presidente de Estados Unidos. Aunque eso es imposible porque no nací aquí. Pero qué más da.

Cuando consigo escapar, subo las escaleras de dos en dos y entro en mi antigua habitación.

—¡Joder! —gimo al responder la llamada—. Gracias.

Will me devuelve la sonrisa.

—¿Tan mal ha ido?

—No tienes ni idea del panorama del que acabas de rescatarme, colega.

—Y yo que pensaba que la familia Dunne siempre es luz y color.

—Esta noche, no. —Le cuento rápidamente lo del nuevo trabajo de mi padre y que mi madre no quiere que lo acepte.

—Si te sientes mejor, las cosas no van mucho mejor aquí.

Le da la vuelta a su teléfono para mostrarme la escena que hay detrás de él: una cena muy formal de Acción de Gracias. Los Larsen deben de cenar más tarde que nosotros porque la larga mesa del comedor sigue perfectamente puesta. De hecho, todo el salón está impecablemente decorado, como de revista. Sin embargo, el ambiente es más frío que un invierno canadiense.

Will pasa junto a una puerta en forma de arco que da a una sala que parece que alberga a unas treinta personas. Por un momento, me llega un fuerte parloteo a través del teléfono. Entra en otra habitación, cierra la puerta y el ruido se apaga.

—Hay mucha gente.

—Mi padre necesita su sesión de fotos. Han venido todos mis primos. Y esta mañana vino un periodista de una revista de

arquitectura. ¡Qué barbaridad! Qué ganas de volver mañana.

La temporada de *hockey* sigue durante las fiestas. Pero, casualmente, hemos descansado dos días por Acción de Gracias. Pero mañana tenemos un partido contra la Universidad de Connecticut.

—Yo también —admito mientras me froto las sienes—. Mis padres nunca discuten. Es estresante verlos así. Y encima volvemos a Briar justo para los finales y la clasificación. ¡Madre mía, tío! Necesito echar un polvo para aguantar tanto estrés.

—Lo mismo digo, tío.

Y sé que ahora ambos pensamos en Charlie. En lo bien que sabía. En lo cálida y suave que la sentía en mis brazos. Mi pene se hincha y hace presión contra la cremallera.

—¿Has hablado con ella? —pregunto.

Su expresión se nubla.

—No. ¿Tú?

—Nada desde que la vi en el Malone.

También conocida como la noche en que me sentí sucio por que ella se sintiera sucia.

Mi erección se desinfla al recordarlo.

No me quito de la cabeza esa mirada devastada y mortificada en sus grandes ojos marrones.

No tiene nada de qué avergonzarse. Pero lo entiendo. La vida se basa en un guion. Hay reglas que indican qué se puede hacer y qué no. Personas como Will y Charlotte se ponen histéricas cuando se salen del guion. Larsen tardó mucho en aceptar que a veces está bien improvisar. Charlie aún no ha llegado ahí. Nuestra chica no está lista para improvisar. Puede que nunca lo consiga.

—Tienes su número de teléfono, ¿verdad?

—Sí. —Me lanza una mirada de advertencia—. Pero no pienso abusar de eso. Le prometí que solo le escribiría para asuntos de clase.

—Lo sé. Es que… Joder, tío. Lo que dijo en el Malone esa noche… no me lo puedo quitar de la cabeza. Quiero escribirle para decirle que no tiene nada de lo que avergonzarse. Puede ignorarlo si quiere, pero… solo un mensaje, Larsen. ¿Por favor?

Will se queda callado. Pasan varios segundos, hasta que finalmente veo que desliza el dedo por la pantalla.

Un momento después, el número de teléfono de Charlotte aparece en mi pantalla.

CAPÍTULO 28

CHARLOTTE



Por dentro y por fuera

Mi hermano se llama Harrison Lee Stevens.

Es cuatro años mayor que yo, diseñador web *freelance* y vive en Nevada. Llegó a Massachusetts hace un mes, pero no se atrevió a hablar conmigo hasta anoche.

Esta es toda la información que intercambiamos fuera del Malone. Fue lo único que pude digerir porque tenía que salir temprano la mañana siguiente y la impresión de verlo me dejó aturdida.

Ahora estoy en casa, rodeada de mi familia, y no puedo hacer nada hasta que vuelva a la universidad. Me preguntó si podríamos vernos algún día, y le respondí que sí. Intercambiamos los números de teléfono y así quedó la cosa.

Quiero contárselo a mi familia, pero me preocupa su reacción. No me apetece arruinar las fiestas. Nos encanta el Día de Acción de Gracias, puede que incluso más que Navidad. Mamá se esmera en decorar la casa. Nuestro porche está prácticamente inundado de calabazas. En la puerta, hemos colgado una corona hecha a mano con forma de calabaza. Tenemos centros de mesa llenos de bellotas y, por alguna razón, cuernos, aunque nuestra familia jamás ha ido de caza ni nunca lo hará.

La familia de la mujer de mi hermano suele venir a cenar, pero este año han ido a Aruba, así que solo estamos los cinco, el tío Erik

y sus dos hijos. Ava se ha echado novio en Nueva York, pero no ha podido asistir, lo que me decepcionó un poco. Cuando me dijo que se llama Ash, me eché a reír porque no me sorprendió nada. Ambos tienen nombres de tres letras que empiezan por A. Ash y Ava… Suenan perfectos juntos. Todo el mundo de esta familia es perfecto.

Así que, en lugar de entablar una conversación emotiva y angustiosa tras confesar lo de Harrison, me pongo mi perfecta máscara y voy a ayudar a mamá a preparar el pastel. Nos hemos atiborrado de pavo y ahora todos esperan en el salón para echar unas partidas de juegos de mesa mientras tomamos el postre. No vemos el fútbol. No somos ese tipo de familia. A nosotros nos gusta el trivial.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta mamá, que me observa mientras me pongo de puntillas para abrir el armario de arriba.

—Genial. —Saco el plato de cerámica que me pidió.

—¿Segura? Pareces distraída.

Me giro para mirarla y le tiendo el plato.

—Supongo que solo estoy estresada. Los exámenes parciales fueron duros, así que ahora me preocupan los finales.

—No me cabe duda de que los parciales te salieron genial, Char.

—Lo sé, pero… los programas de posgrado a los que me he inscrito son muy competitivos. No quiero que me baje la media…

Siento que la ola de presión se me empieza a formar en la garganta y me obstruye la tráquea. Trago saliva con fuerza para obligarme a contenerla.

No. No puedo permitir que la ola me arrolle ahora. La última vez que me dio un ataque de ansiedad delante de mis padres, estaban tan preocupados que quisieron llamar a una ambulancia. Mi hermana tuvo que confiscarles los teléfonos.

—Te preocupas demasiado. —Mamá me coloca el pelo detrás de las orejas y me acaricia las mejillas—. Mi niña hermosa y perfecta. No tienes de qué preocuparte.

Ahí está esa palabra otra vez.

«Perfecta».

—Eres brillante —continúa diciendo con un tono cargado de confianza y convicción—. Puedes conseguir todo lo que te

propongas. Si tu media baja, la recuperarás. No tienes por qué estresarte.

La voz de mi padre suena desde la puerta.

—¿Quién está estresada? No será nuestra futura ingeniera, ¿no?

Sonrío.

—No es nada. Solo me estoy preparando mentalmente para los exámenes finales.

Se le arrugan las comisuras de los ojos cuando me devuelve la sonrisa.

—Bueno, qué va. Los aprobarás con los ojos cerrados. —Se dirige hacia la nevera para coger una cerveza—. ¿Qué tal las clases este semestre, cariño? Apenas hablas de ellas cuando vienes.

—Son exigentes, pero las llevo bien. Paso muchas noches en el laboratorio.

Su expresión se suaviza con orgullo.

—Siempre fuiste nuestra pequeña trasnochadora. ¿Recuerdas aquella feria de ciencias que ganaste en secundaria? Si no te hubiéramos arrastrado a la cama, te habrías quedado despierta toda la noche.

Mamá sonríe.

—Ganaste a los de octavo y te llevaste el primer premio. ¿Recuerdas?

—Sí. Lo recuerdo. —Tuve que faltar a la fiesta de cumpleaños de mi mejor amiga en un parque acuático ese fin de semana para terminar el proyecto. Fue todo sexto curso menos yo.

De repente, me doy cuenta de que es la oportunidad perfecta para contarles lo de Harrison. Estamos solos. Ni Ava ni Oliver pueden opinar.

Respiro hondo y abro la boca… justo al mismo tiempo que Ava nos llama desde el salón familiar.

—¡Chicos! ¡Este trivial no se juega solo!

Mi madre se ríe.

—Venga. Vamos a darle una paliza a tu padre, cariño.

—Ya os gustaría, ya —dice papá.

Mis padres ya no pueden jugar en el mismo equipo porque son muy competitivos. Se enfadan mucho cuando uno de los dos falla

una pregunta. Aún hoy seguimos burlándonos de papá por una de sus épicas broncas. «¡Anna! ¿Cómo has podido fallar esa pregunta? ¡Todo el mundo sabe que el Tratado de Fenicia puso fin a la Primera Guerra de Macedonia!».

Porque eso lo sabe todo el mundo, joder.

Mis padres entran en el salón antes que yo, me quedo en la puerta un momento para observar a mi familia y me fijo en cuánto se parecen entre ellos. Los ojos de mamá y Ava. El pelo de Oliver y papá. La nariz de papá y el tío Erik. Muchas conexiones tangibles.

Como científica, comprendo la importancia del ADN. De la sangre. De los hilos invisibles que te conectan con otro ser humano. Entiendo que la individualidad, si bien es un don, también es una especie de ilusión, porque bajo su superficie existe una profunda conexión biológica que te vincula con algo más grande que tú mismo. Algo que se remonta a generaciones.

Sé que es una tontería preocuparme tanto por todo esto. No importa si mi familia y yo compartimos un código genético común.

Son mi familia.

Siempre me han brindado mucho cariño y apoyo, y me siento como un monstruo por los pensamientos que a veces me pasan por la cabeza. Por los miedos irracionales que minan la confianza que sé que debería tener en ellos y por las inseguridades que me llevan a cuestionar su amor.

Pero tengo que conocer a Harrison, se lo debo a él y a mí misma. Y quizá tenga que hacerlo sin involucrar a mi familia por ahora. Puede que necesite afrontar esta nueva relación con la mente y el corazón despejados.

Entro en el salón familiar con las piernas temblorosas y todos me miran con sonrisas deslumbrantes.

—Ven a sentarte —dice mi madre—. Las chicas necesitamos a nuestra capitana.

Le devuelvo la sonrisa y me siento junto a mi hermana. Me deshago de todos los pensamientos que me atormentan. Las reflexiones filosóficas sobre el ADN, el sentimiento de pertenencia y si mis padres me quieren.

No es necesario tener la nariz de mi madre ni ser ambidiestra como mi padre para que me quieran. Sé que me quieren. Lo siento en mi corazón.

Así que aparto las inseguridades y me concentro en disfrutar de las fiestas con mi familia.



Más tarde, por la noche, me acurruco en mi habitación de cuando era pequeña y disfruto del entorno familiar. Siempre cuidé con mucho mimo los pósteres que adornaban mis paredes. Charlotte no podía permitir que estuvieran colgados con simple cinta adhesiva. Todos mis pósteres están enmarcados. Incluso el de Mollie May, en el que aparece la cantante con dieciséis años durante su primer concierto en directo. Estaba obsesionada con ella cuando debutó en el escenario. Ahora tiene veintipocos años, y sigo obsesionada. Su último álbum fue todo un éxito.

Mi teléfono vibra cuando me llega un mensaje. Le echo un vistazo y dejo escapar un gemido de angustia.

Han creado un grupo de chat.

Me froto la frente y me doy la vuelta; ojalá hubiera una solución fácil a mi problema con Will y Beckett. No he dejado de pensar en esa noche. El recuerdo me invade la mente al menos una vez cada hora. ¡Madre mía! El sexo fue alucinante.

Pero el sexo alucinante no es razón suficiente para volver a sentirme mal conmigo misma.

Estoy a punto de borrar el mensaje, pero la curiosidad puede conmigo. Suelto un suave gemido y me permito leer las palabras en la pantalla.

Beckett: Hola. Soy Beckett. Will me dio tu número, así que he creado este grupo de chat. Pero te prometo que no te escribiremos más mensajes… si nos lo pides. Solo quería decirte que me disgusté mucho cuando me confesaste que estabas avergonzada, Charlotte; no hiciste nada vergonzoso. Yo… Ambos disfrutamos de cada segundo contigo. Eres preciosa, inteligente, divertida, apasionante. Podría dedicar un párrafo entero a describir lo increíble que eres, y eso es mucho, no me van las chorradas sentimentales, como bien puede confirmar Larsen. No te castigues por pasártelo bien. Que le jodan al resto del mundo por lo que piense y a la gente que te juzga. Tu lado salvaje e intrépido es lo que más me gusta de ti. Eres preciosa por dentro y por fuera, Charlie. No lo olvides nunca.

CAPÍTULO 29

CHARLOTTE



Mundo frío y desconocido

El martes, una vez de vuelta al campus tras Acción de Gracias, hago lo impensable.

Me salto la clase.

Las clases, de hecho. No solo voy a faltar a la de Política Medioambiental, sino que tampoco pienso ir al laboratorio de ingeniería. El mensaje de Beckett me ha estado atormentando. No quiero verlo, ni a él ni a Will. Tengo las emociones a flor de piel.

¿Y qué mejor manera de calmar las emociones a flor de piel que comer con el hermano biológico que hasta hace un mes no sabía que tenía?

Quizá debería haber ido a clase.

Pero ya es demasiado tarde para echarse atrás. Harrison me espera fuera del Della's Diner cuando giro la esquina del aparcamiento. Va abrigado con un plumón negro y una bufanda a cuadros, y tiene las mejillas enrojecidas por el viento gélido. Cuando me acerco, me saluda con una sonrisa tímida.

—Ey.

—Hola.

Nos quedamos ahí plantados un momento, mirándonos fijamente. Esto es… mucho más incómodo de lo que esperaba.

—¿Entramos? —pregunta Harrison finalmente. El tono divertido en su voz alivia un poco la incomodidad de la situación.

—No sé. Creía que charlaríamos aquí afuera, a la intemperie —bromeo—. Eso intensificaría mucho el momento.

Suelta una carcajada y agarra la manilla de la puerta.

Encontramos una mesa tranquila al fondo y nos quitamos los abrigos antes de sentarnos uno frente al otro.

—Un té verde, por favor —le pido a la camarera cuando se acerca para tomarnos nota de la bebida y entregarnos las cartas.

—Yo tomaré un café —dice Harrison—. Gracias.

En cuanto la camarera se va, mi hermano junta las manos sobre la mesa. No hablamos ninguno. Volvemos a mirarnos fijamente, como si ambos estuviéramos intentando encontrar el parecido. O al menos eso es lo que hago yo.

No parece la versión masculina de mí, pero sí veo similitudes. Tenemos la misma boca. Las comisuras se le curvan ligeramente hacia arriba, como si siempre tuviera plasmada una sonrisa burlona en los labios. Su cabello es exactamente del mismo tono negro que el mío. Sus cejas tienen la misma forma, aunque las mías son más finas.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

Por fin hay alguien que se parece a mí.

La emoción me obstruye la garganta, se me cierra. No quiero llorar delante de él. Puede que sea mi hermano, pero también es un desconocido. Y yo no lloro delante de desconocidos.

Se prolonga un silencio pesado, cargado de todo lo que no sabemos cómo decir.

Al final, Harrison da el primer paso.

—Siento haberte asustado la semana pasada. Cogí un vuelo a Boston poco después de que me enviaras aquel mensaje —admite—. Quería echarte un vistazo antes de acercarme a ti y, cuando vi que parecías una persona normal, me dediqué a pensar cómo acercarme a ti, pero cada vez que te veía, me acobardaba. —Parece avergonzado—. Te juro que no soy ningún bicho raro. Tenía muchas ganas de conocerte, pero… eh… me cuesta confiar en la gente. No sabía si esto era una estafa, tenía que asegurarme.

—Entonces, ¿me has estado espiando? —pregunto mientras sigo procesando la información.

Se rasca la nuca con una mueca en los labios.

—Sí. No ha sido muy buena idea. Lo siento.

—¿Dónde te hospedas?

—Antes en un motel en Boston, pero ahora, en el de Hastings. —Se pasa una mano por el pelo. Parece suave. Me preguntó si será tan sedoso como el mío—. Este pueblito es genial. Aunque supongo que no creciste aquí, ¿no? ¿Estás aquí por la universidad?

Asiento con la cabeza.

—Crecí en Hamden, Connecticut —aclaro al ver su mirada incierta —. ¿Y tú? ¿Te criaste en Nevada?

—No exactamente. Solo he vivido ahí estos últimos años. Me mudé a varios sitios cuando era pequeña.

—¿Tus padres tuvieron que mudarse por trabajo? ¿O eran militares?

—Trabajo. Mi padre adoptivo cambiaba de trabajo constantemente. Nos mudábamos adonde lo contrataban.

«Su padre adoptivo». El calificativo me llama la atención porque nunca lo he usado. Y es imposible pasar por alto el tono monótono con el que lo dice.

—¿Y tu madre? —pregunto.

—Mi madre adoptiva murió dos años después de que me trajeran de Seúl. Un accidente de coche.

Su voz carece de emoción, y me pregunto si es porque le importa una mierda o porque hacía tan poco que la conocía que no tuvo tiempo de crear un vínculo con ella.

—Ella era quien quería tener hijos —me explica Harrison con expresión sombría—. Animó a Brian, mi padre adoptivo, a adoptar tras años luchando contra problemas de infertilidad. Sinceramente, no creo que él quisiera tener hijos, ni biológicos ni de ningún otro tipo. Lo hizo por ella.

«Y luego ella murió y lo dejó solo con un niño», comprendo sin que tenga que decir nada.

—¿Y tú? —me pregunta antes de que pueda responder—. ¿Cómo fue? Tu infancia, me refiero.

Veo que tensa la mandíbula y clava la mirada en sus dedos.

—Tuve una infancia fantástica, la verdad. Mis padres son maravillosos. Nunca me faltó de nada.

Asiente con la cabeza, pero algo en su expresión me revuelve el estómago.

—Qué bien. Me alegro de que te haya ido bien.

Percibo un matiz de amargura en su voz.

—¿Recuerdas algo de Seúl? ¿Del orfanato? Obviamente, yo era demasiado pequeña, pero tú tenías unos cuatro años, ¿no?

—Recuerdo muchas cosas. —Respira hondo y exhala despacio—. Después de que te adoptaran, me quedé un año más en el orfanato. Los niños mayores lo tienen complicado. La mayoría de la gente quiere bebés, sobre todo en las adopciones internacionales. Y nuestro orfanato solo trabajaba con agencias estadounidenses.

Trago saliva, la culpa me corroe.

—Lo siento. No lo sabía. Ni siquiera lo recuerdo…

—No es tu culpa —me interrumpe—. Solo eras un bebé. No tenías opción.

—Pero te quedaste ahí. —Esas palabras me pesan en el corazón —. No lo entiendo. ¿Por qué nos separaron? ¿No es habitual adoptar a los hermanos juntos?

La mirada de Harrison se vuelve distante, como si estuviera visualizando algo lejano.

—No lo sé. Al principio, cuando me enteré de que te habías ido, me enfadé. Los bebés vivían en la planta baja del edificio, así que apenas te vi desde que llegamos allí. Pedía que me dejaran quedarme contigo, junto a tu cuna, pero me obligaban a dormir arriba, en un dormitorio con los niños mayores. Y un día, cuando pregunté si podía bajar a verte, me dijeron que te habían adoptado. No entendía por qué tu nueva familia te había acogido a ti y a mí no.

Arqueo las cejas.

—¿Crees que mis padres lo hicieron deliberadamente?

—Tú lo acabas de decir: se suele adoptar a los hermanos juntos. Seguro que sabían que yo también estaba ahí.

Tiene razón. Los administradores del orfanato se lo habrían dicho, ¿no? Seguro que sí.

Pero, por otro lado, no creo que mis padres supieran que tenía un hermano y nunca me lo dijeran. Mi instinto me dice que aquí pasa algo más, pero Harrison parece convencido; continúa hablando.

—Pensé que quizá no era bueno. Que era demasiado mayor para ellos… los niños mayores tienen más problemas, ¿verdad? Los bebés son como un folio en blanco. —Se encoge de hombros—. Pero, al cabo de un tiempo, lo acepté. Así eran las cosas. Estaban fuera de mi control.

El dolor en su voz es sutil, pero está ahí, como un filo cortante bajo su apariencia tranquila. Me duele saber que, mientras yo crecía en un hogar cálido y amoroso, él se crió en un mundo frío y desconocido.

—Ojalá las cosas hubieran sido diferentes —susurro.

—Sí, ojalá. —Frunce el ceño—. ¿De verdad nunca te dijeron que tenías un hermano?

Me muerdo el labio.

—No. Pero no creo que lo supieran. Mis padres no suelen guardar secretos. Siempre han sido muy transparentes conmigo, sobre todo, en lo referente a la adopción. No entiendo por qué iban a contármelo todo menos esto.

—Tal vez no querían que me buscaras.

Vuelvo a percibir su resentimiento e intento desviar la conversación del tema de mis padres. Parece un terreno peligroso.

—¿Recuerdas algo de nuestros padres biológicos? —pregunto mientras envuelvo los dedos alrededor de la taza—. ¿Sabes por qué nos dejaron allí?

—No sé si hubo un «ellos». No creo que nuestro padre biológico estuviera presente. Joder, hasta me sorprende que nuestra prueba de ADN revelara que tenemos el mismo padre —admite—. Recuerdo que muchos hombres entraban y salían de nuestro apartamento antes de que nacieras.

—¿Teníamos un hogar?

—No sabría decirte… Me vienen recuerdos borrosos de un apartamento pequeño. De una habitación sucia con un colchón en el suelo.

Se me encoge el corazón. Suena muy… desalentador.

—¿Nuestra madre era prostituta? —pregunto con cautela.

—No lo sé. Quizá. Y no recuerdo un padre, ni siquiera su nombre. Tampoco el de ella.

—En mis documentos de adopción no aparecen los nombres de los padres. Pero supongo que es normal. Me parece que allí el abandono infantil es ilegal, ¿verdad? Si las autoridades supieran quién era nuestra madre biológica, probablemente la habrían detenido.

—Tengo algunos recuerdos de omma… —Utiliza una palabra coreana, que traduce al ver mi mirada perdida—. Nuestra madre. Recuerdo algunas cosas de ella, no muchas, y vagamente cuando nos dejó en el orfanato. Cuando nos abandonó. Subimos a un autobús, no tenía dónde dejarte, así que rebuscó en un callejón lleno de basura hasta que encontró un cubo de plástico o algo por el estilo.

—Un canasto para la ropa sucia —murmuro, con un dolor punzante en el estómago—. Mis padres me contaron que en el orfanato les dijeron que me dejaron en un canasto para la ropa sucia.

—Sí, eso. Y gritabas como una descosida. —Sonríe con ironía—. Tenía un peluche que llevaba a todas partes y te lo puse en el canasto. No parabas de llorar y no sabía cómo calmarte, así que te di lo único que tenía para intentar tranquilizarte.

—¿Un conejito azul?

Las comisuras de sus labios se elevan en una sonrisa triste.

—¿Cómo demonios recuerdas eso? Eras un bebé.

—Todavía lo tengo, Harrison.

—Estás de coña.

—No. Mis padres lo trajeron a Estados Unidos. —Lo miro fijamente, con el corazón en un puño—. ¿Tiger era tuyo?

—¿Tiger? —repite con una risa—. No se llamaba así entonces.

—¿Cómo se llamaba?

—Tokki —responde con una sonrisa—. Significa conejo en coreano.

—¿Hablas coreano? —pregunto con un poco de envidia.

Una de las cosas de las que más me arrepiento es de no permitir que mis padres me llevaran a estudiar coreano cuando todavía era lo bastante pequeña como para retener el idioma. Me mofaba cada vez que lo mencionaban. No quería hablar coreano. Me sonaba demasiado extraño. ¿Por qué iba a estudiar un idioma que ninguno de mis amigos hablaba? Hoy desearía hablar otro idioma, especialmente mi lengua materna.

—Muy poco —contesta Harrison—. Olvidé casi todo cuando vine aquí, pero aún recuerdo algunas palabras.

—¿Has vuelto a Seúl desde que te adoptaron?

—No. —Resopla mientras da un sorbo al café—. No teníamos dinero para viajar a Asia. ¿Has estado allí?

Niego con la cabeza.

—No, pero me gustaría ir algún día. Es curioso: de pequeña, no quería conocer mis orígenes. Mis padres insistían en que conectara con la cultura coreana. Nos llevaban a restaurantes coreanos, me leían libros sobre el país e intentaban que aprendiera a hablar el idioma. Yo siempre me resistí.

—Yo también —confiesa.

—¿En serio?

Asiente con la cabeza.

—Me hacía sentir muy diferente a mis compañeros.

—A mí también. Y no quería sentirme diferente. Solo, encajar. Pero a medida que me fui haciendo más mayor, más curiosidad tenía. Por eso me inscribí en BioRoots. En estos últimos dos años, mi necesidad de respuestas ha aumentado. Quería saber por qué mi madre biológica me abandonó. ¿Dónde está ahora? ¿Y mi padre? ¿Murió?

Harrison suelta una risita irónica.

—Y yo no soy de gran ayuda, ¿eh? No puedo ofrecerte ni una sola respuesta.

—Quizá no haya respuestas. —Suspiro—. Quizá nunca sepamos por qué nos dejaron en ese orfanato. O puede que algún día obtengamos otra coincidencia de ADN. Tal vez encontremos una tía o un primo que nos explique por qué nuestra madre biológica nos abandonó y conozca la identidad de nuestro padre biológico.

—¿Y si es lo primero? ¿Y si nunca sabemos nada?

Lo medito.

—Entonces, al menos habremos sacado algo de la búsqueda, ¿no? —Sonrío con timidez—. Nos tenemos el uno al otro.

La camarera regresa y nos pregunta si ya sabemos lo que queremos, pero hemos estado tan absortos en nuestra conversación que ni siquiera hemos mirado los menús. Cuando Harrison coge una carta, se le suben las mangas a los codos, lo que deja sus antebrazos al descubierto. Se me para el corazón.

¿Son quemaduras de cigarrillo?

No se da cuenta de que observo las cicatrices y, cuando empieza a levantar la mirada, bajo la mía a toda prisa hacia mi carta y finjo que la leo.

Cuando dejo la carta sobre la mesa, las mangas de Harrison están en las muñecas.

Madre mía. Solo se me ocurre una razón para que tenga antiguas quemaduras de cigarrillo en los brazos: maltrato, claro. Me gustaría preguntarle. Quiero acercarme para consolarlo, pero no lo conozco lo suficiente. Siento que estamos en lados opuestos de un abismo, unidos por los lazos sanguíneos, pero separados por todo lo demás.

—Sigo sin creerme que hayas conservado a Tokki todos estos años —se maravilla cuando la camarera se va.

Se me llenan los ojos de lágrimas y tengo que parpadear rápidamente para que no se me escapen.

—Lo conservé porque me hacía sentir segura. Y porque era el único vínculo que tenía con mis orígenes.

—Bueno, me alegra que te haya ayudado. Lamento no haber podido darte nada más. —De repente, sonríe—. De hecho, quizá pueda darte algo más. ¿Recuerdas tu nombre coreano?

Cojo aire de golpe.

—Ni siquiera sabía que tenía. Mis padres me enseñaron todos los documentos de la adopción cuando tuve edad para leerlos y entenderlos, y en la casilla del nombre ponía «Niña» y un número.

—Es Hae-Won.

Ya no puedo contener las lágrimas. Las emociones estallan en mi pecho. Tengo un nombre coreano de verdad.

Incluso si este… vínculo, o lo que sea, que he iniciado con Harrison… me explota en la cara como una supernova, habrá valido la pena por el regalo que acaba de darme.

—¿Y el tuyo? —pregunto con un nudo enorme en la garganta.

—Ki-jung. —Su mirada refleja una mezcla de incomodidad y tristeza—. Pero no me gusta que me llamen así.

—¿Por qué?

—Porque ya no soy esa persona. Ki-jung es el niño al que su madre no quería. —Se encoge de hombros y vuelve a sujetar la taza —. Harrison es el que sobrevivió a todo lo que vino después.

Siento una puñalada de dolor en el corazón. Sus palabras me confirman que no tuvo una buena infancia, aunque las quemaduras de cigarrillo ya eran un indicativo claro.

Al ver mi expresión, la suya se suaviza.

—No pasa nada, Charlotte. No fue culpa tuya.

Pero sí pasa. A mí me lo dieron todo, mientras que él parece que recibió muy poco. Aun así, es él quien me consuela a mí.

—Ojalá pudiera cambiar las cosas —digo con voz temblorosa.

Extiende el brazo y su mano flota en el aire un instante antes de posarla suavemente sobre la mía.

—Mira, no podemos cambiar el pasado, pero podemos empezar de cero. Conocernos como hermanos. Si quieres.

Asiento mientras contengo otro torrente de lágrimas.

—Me encantaría.



Cuando vuelvo a Delta Pi, el peso del encuentro me aplasta. Subo corriendo las escaleras y me echo una siesta, otra cosa que no había hecho nunca.

Sobre las siete, me despierto aturdida, hambrienta y desorientada. Bajo a la cocina y me preparo una cena ligera, que

como en el comedor con Dana y un par de chicas más. Cuando paso por delante del salón un rato después, oigo voces e inhalo el familiar aroma de palomitas que suele hacerme sonreír. Agatha quiere mantener la casa aséptica y fría, pero no puede prohibir la noche de cine.

Normalmente, me pondría algo cómodo y me uniría a las chicas para el maratón de comedias románticas, pero esta noche quiero encerrarme en mi habitación y olvidarme de todo.

Faith vuelve a casa sobre las nueve, después de su última clase en el campus. Asoma la cabeza por la puerta de mi habitación y me ve acurrucada con mi conejito. Tiger. No Tokki. Se me llenan los ojos de lágrimas al recordarlo, y mi amiga me mira preocupada.

—¿Estás bien? ¿Cómo ha ido?

Me pongo boca arriba y aprieto a Tokki contra mi clavícula.

—Brutal. Ha sido brutal.

—¡Oh, no! ¿Qué ha pasado?

Faith frunce el ceño y se acerca para sentarse a mi lado. Con un gemido, me acurruco mirando hacia ella y apoyo la cabeza en su regazo.

No quiero ver su expresión preocupada, así que miro al techo. Intento organizar mis pensamientos, pero todo está confuso y desordenado en mi cabeza.

—Hablamos —suelto al fin—. De su vida, de su infancia. Fue duro escucharlo. O sea, siempre supe que tuve suerte de que me adoptara la familia Kingston, pero él se llevó la peor parte. Tengo la sensación de que a mí me tocó la lotería y a él lo estafaron.

—Joder.

—Sí.

Faith se queda en silencio y me deja hablar sin interrumpirme. Es una de las cosas que más me gustan de ella: sabe cuándo dejarme hablar.

—No se me va de la cabeza. Él pasó un año más en el orfanato después de que me adoptaran. Y, durante todo ese tiempo, yo vivía con mi nueva familia llena de cariño y atención… Y luego, solo dos años después de que lo adoptaran, su nueva madre murió en un accidente.

—Joder —repite.

—Es tan injusto. Y me siento tan culpable, los dos tendríamos que haber compartido destino.

Faith me aprieta la mano.

—No. No es culpa tuya. No escogiste que los Kingston te adoptaran.

—¿Por qué lo dejaron a él allí? —Me muerdo el labio—. Harrison cree que sabían que tenía un hermano y decidieron no adoptarlo.

—Quizá. —Igual que a mí, a Faith no le convence esa idea—. Pero tus padres son tan… íntegros. No los creo capaces de ocultar que tienes un hermano biológico.

—Yo pienso lo mismo.

—¿Se lo vas a preguntar?

—En algún momento. Pero eso significa que les diga que he contactado con Harrison, y aún no estoy lista.

—¿Sigues creyendo que se enfadarán?

—Sí. Pero más que eso, no quiero… —Intento expresar lo que siento—. Supongo que no quiero que factores externos influyan en este proceso con Harrison. Hoy ha sido un día incómodo, doloroso, emotivo y un montón de cosas más que ni siquiera puedo procesar aún. Me gustaría centrarme y construir una relación con él, si es posible, sin que las emociones de los demás me agobien. —Suspiro —. ¿Soy una mala persona por pensar eso?

—Claro que no. Es tu vida, cariño. Tu historia, tu futuro. Tú decides cómo vivirla y cuándo contárselo a tu familia.

—No puedo dejar de pensar en lo diferente que podría haber sido su vida si mi familia lo hubiera acogido. No habría tenido que pasar por todo ese sufrimiento y soledad.

—Su historia es dura, indudablemente, pero no puedes responsabilizarte de su vida. No es cosa tuya. Ni tú ni él pudisteis controlar lo que sucedió. Ambos erais muy pequeños y los adultos tomaron las decisiones.

—Lo sé, pero por eso no me siento mejor. Es como si yo lo tuviera todo y él, nada.

—Eso no es cierto. No te tocó la lotería. Os tocaron cartas diferentes y ahora tenéis que averiguar cómo jugarlas. Y, con suerte,

lo haréis juntos. Si quieres.

Tardo un rato en asimilar sus palabras.

—La situación me parece abrumadora.

—Lo sé. Pero no estás sola. Y, ahora que te ha encontrado, Harrison tampoco.

—No sé qué hacer.

—Ve poco a poco. Ya lo has conocido y escuchado, el primer paso. Lo demás irá fluyendo.

Me siento un poco más ligera.

—Tienes razón. Poco a poco. —Sonrío con la cabeza todavía en su regazo—. Gracias. Adoro tu amistad.

Faith esboza una sonrisa.

—No hay de qué. Dicho esto, he descubierto un *reality show* malísimo que me muero por criticar. ¿Te apuntas?

—Siempre.

CAPÍTULO 30

CHARLOTTE



No te comas tanto el coco

Cuando me despierto a la mañana siguiente, todavía siento la tensión de mi encuentro con Harrison. Faith tiene razón: no puedo cambiar el pasado, pero eso no impide que la culpa me corroa.

Llego antes de lo habitual al edificio de Ciencias Ambientales porque Agatha quiere hablar sobre uno de nuestros juramentos. Ella y Ciara ya me están esperando en el vestíbulo, con vasos de café con leche en la mano y bufandas de cachemira alrededor del cuello, encima de sus abrigos de firma, abiertos.

Me quito el abrigo mientras me acerco. Agatha echa un vistazo a mi ropa y contengo el impulso de revolverme, cohibida. Mi cárdigan rosa con botones de perla combina a la perfección con mi falda gris, y llevo el pelo recogido en un moño perfecto, sin un solo pelo fuera de lugar. No hay ningún defecto a la vista, pero, a juzgar por la forma en que arruga la nariz, parece que la ropa está hecha jirones.

—Mi pequeña es un muermo —protesta Ciara, nuestra compañera de hermandad, dirigiéndose a Agatha—. Yo la animo a ser más proactiva y a defenderse ante sus profesores, pero le asusta llamar la atención. Su profesor de psicología le puso un suficiente en el examen parcial y se niega a apelar la nota.

Miro a Ciara.

—Quizá cree que merecía esa nota.

—¿Y eso qué importa? Una Delta Pi no saca un suficiente. —Ciara parece molesta.

—Lo que importa ahora es mi pequeña —protesta Agatha sacando el teléfono—. Charlotte, ¿has visto esto?

Cuando voy a bajar la vista para mirar, una ráfaga de aire fresco atraviesa el vestíbulo. El corazón me da un vuelco al ver que Beckett entra en el edificio y se acerca a nosotras, con su metro ochenta de altura. Es la personificación de un deportista buenorro. Hombros anchos, piel bronceada, aunque ya no sea verano, y un paso tranquilo, decidido, que ensombrece a todos los demás.

—Buenos días, chicas —saluda con voz ronca.

Esboza esa sonrisa que me aceleró el pulso la noche de su casa. Mitad diabólica, mitad encantadora. Siento que Agatha va a poner los ojos en blanco antes de que lo haga.

Ella no responde, se limita a mirar su teléfono.

Ciara tiene la decencia de ser educada.

—Buenos días.

—Buenos días —murmuro.

Finjo que no he visto su cuerpo desnudo, porque soy así de inmadura. ¿Qué pasa si se me ha quedado grabado el recuerdo de su cuerpo pegado al mío? Eso no significa que lo salude en público como si fuéramos viejos amigos.

Pero me cuesta muchísimo entender que Agatha y Ciara puedan mirar a un tío como Beckett sin babear. Todos los deportistas, sobre todo los de *hockey…* tienen cuerpos increíbles. Los de fútbol americano son demasiado corpulentos para mí, porque, desde luego, existe el exceso de músculo. Los de *lacrosse* y natación son demasiado flacuchos y fibrados. Pero el cuerpo de los del *hockey…* es totalmente diferente.

En lugar de seguir caminando hacia nuestra aula, Beckett se queda ahí plantado.

—¿Qué planes tenéis para este fin de semana? ¿Hay alguna fiesta importante?

Esta vez, Agatha no se molesta en ocultar su desdén. Lo mira con una mezcla perfecta de aburrimiento y repulsión y, a continuación,

vuelve a centrar la atención en su teléfono como si el chico no estuviera allí.

Beckett se ríe entre dientes, completamente indiferente a su menosprecio.

—¿Sabes? Deberías sonreír, Agatha. Tu sonrisa es absolutamente refulgente e ilumina toda la habitación.

Lo miro con los ojos entrecerrados. ¿Refulgente?

—Venga, chicas, entremos —nos ordena Agatha al tiempo que se aparta de la pared—. Podemos hablar de nuestras protegidas después de clase.

Mientras mis compañeras de hermandad se alejan, me aparto de Beckett y finjo mirar mi teléfono.

—Enseguida voy. Acabo de recibir una llamada perdida de mi madre. Tengo que llamarla.

Me llevo el teléfono a la oreja y lo mantengo ahí hasta que veo que las puertas del aula se cierran. Entonces, me vuelvo hacia Beckett, que sigue apoyado contra la pared.

—¿Has leído *La virgen y la espada?* —pregunto.

—No sé de qué me hablas, nena.

—Y una mierda. ¡Nadie usa la palabra «refulgente» si no ha leído *La virgen y la espada!*

—En serio, me confundes con otra persona.

—Mentiroso.

Mientras vamos al aula, me mira de reojo.

—¿Estás bien? Pareces distraída.

Su comentario me sorprende, porque pensaba que había conseguido ocultar bien mis emociones. Beckett es mucho más perspicaz de lo que aparenta.

—Sí. —Llegamos a la puerta, pero me detengo con la mano en el pomo. Dejo caer la mano y me muerdo el labio inferior—. Es mentira. No estoy bien.

Se coloca a mi lado al instante, con el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Qué pasa?

—¿Recuerdas que te conté lo de mi hermano biológico y que no me respondía al mensaje?

Beckett asiente.

—Bueno, pues me localizó. En persona.

—¡Guau! Qué pasada.

—Lo sé —convengo mientras vuelvo a sentir un peso sobre los hombros—. El otro día quedamos y fue intenso. No sé cómo afrontarlo. Si debería decirles a mis padres que lo he visto. Si debería seguir viéndolo. Hay muchos frentes que resolver.

Beckett me observa un momento.

—¿Me estás pidiendo consejo?

—Quizá. No lo sé. Es mucho para procesar.

Suelta una risa triste.

—Bueno, no soy la persona indicada. Se me da fatal dar consejos. Siempre recomiendo buscar una distracción.

—¿Es lo que haces tú cuando las cosas se ponen muy difíciles?

—Más o menos. Busco algo, o a alguien, que me distraiga. El *hockey.* Salir con mis amigos. Tú.

Me sonrojo al oír el tono sugerente de su voz. Por suerte, me salva la profesora, que viene hacia el aula con el maletín en la mano.

—Buenos días —saluda.

—Buenos días —repito y, a continuación, miro a Beckett—. Gracias por el consejo. Supongo.

—No hay de qué. —Siento su mirada clavada en mi espalda cuando cruzo la puerta detrás de nuestra profesora.

Me acomodo junto a Nikki y saco el portátil. Beckett se sienta un minuto después. Alguien me mira fijamente, pero esta vez es Mitch, lo pillo mirándome por encima del hombro con el ceño fruncido. Estoy deseando que termine este semestre. La clase de Política Medioambiental es un incordio.

Cuando empieza la clase, intento concentrarme en el temario, pero mis pensamientos (y mi mirada) no dejan de desviarse hacia Beckett. Joder, ese chico tiene algo. Algo que me tranquiliza y me desconcierta a la vez.

Después de clase, Mitch espera a que Nikki salga de la fila para adelantarse y bloquearme el paso.

—¿Podemos hablar?

Reprimo un suspiro. Por el rabillo del ojo, veo que Beckett tarda en recoger sus cosas y las mete en su mochila a paso de tortuga. Nos ha visto a Mitch y a mí.

—¿De qué?

—¿Te importa que vayamos a algún sitio? ¿A la cafetería? ¿A mi dormitorio?

Casi resoplo. ¿Su dormitorio? ¿Está loco?

—Lo siento, pero no puedo. Voy al laboratorio a trabajar en mi proyecto final. Dime qué pasa, Mitch.

Mira hacia Beckett, que camina por el pasillo.

—Mitch.

—¿Sabes qué? Olvídalo —murmura y, a continuación, se va a la salida como si lo hubiera ofendido. Si es así, me da igual. Ya no estamos juntos. Ni siquiera somos amigos.

Beckett me intercepta en la puerta.

—¿Tienes prisa? —murmura.

—No, la verdad es que no —respondo a pesar de lo que le dije a Mitch. El laboratorio seguirá ahí cinco minutos más tarde—. ¿Por qué?

—Solo quería decirte que, quizá, no soy bueno con los consejos, pero… —Se encoge de hombros—. Las distracciones se me dan genial.

Ha vuelto. La tentación. El profundo e implacable deseo que me invade cada vez que estoy cerca de él. O de Will. O de ambos. Les dije que no volvería a suceder. Creía que cuanto más tiempo pasara, menos pensaría en ellos.

Pero pienso en ellos a todas horas.

—Empiezo a entenderte, Charlie —continúa con una sonrisa en los labios—. Eres como Will. Piensas demasiado. Y ahora mismo… parece que necesitas un respiro.

Tengo la boca seca, así que trago saliva. Debería irme.

En lugar de eso, pregunto:

—¿Y qué sugieres?

Se le ilumina la cara.

—Ven conmigo.

Cuando quiero darme cuenta, ya nos hemos colado en un armario de suministros vacío que hay al final del pasillo. La puerta se cierra tras nosotros y nos deja envueltos en sombras.

—¿Qué hacemos aquí, Ice Boy? —Mi voz suena ronca.

—Depende, buñuelito.

—¿De qué?

—De si me pides que te bese.

El armario cae en un silencio sepulcral mientras su pregunta flota entre nosotros. Lo único que oigo es mi respiración superficial y mi corazón acelerado.

—Bésame —susurro.

Beckett no se hace de rogar. Me atrae hacia él y presiona sus labios contra los míos en un beso lento y apasionado que me provoca una descarga eléctrica. Alguien podría entrar en cualquier momento, pero no me importa. Solo puedo pensar en lo bien que me siento al perderme en este momento.

Profundiza el beso y su lengua se entrelaza con la mía, de modo que gimo contra su boca y me fundo con él. No deja de tocarme por todas partes. Me besa con tanta ansia que me da vueltas la cabeza. Es tan ardiente y emocionante como la primera vez, y como todas las que siguieron aquella noche que estuve con él y Will.

Cuando por fin nos separamos, sin aliento y ruborizados, Beckett me sonríe.

—¿Ves? A veces, una pequeña distracción no viene mal.

Frunzo el ceño cuando de repente caigo en la cuenta de algo. Beckett lo nota y alarga el brazo para acariciarme la frente con el pulgar.

—¿Qué ocurre?

—¿Se enfadaría Will si supiera que nos estamos enrollando aquí y ahora?

—No le importaría. —Beckett se inclina y me roza el lóbulo de la oreja con los labios mientras susurra—: Nos gusta compartir, ¿recuerdas?

Un escalofrío me recorre la espalda. Esto supera por completo cualquier cosa que hubiera imaginado. La emoción es innegable, pero, aun así, la confusión vuelve a apoderarse de mí.

—Quiero preguntarte algo. —La voz de Beckett se vuelve sorprendentemente delicada.

Trago saliva.

—¿Qué pasa?

—Cuando piensas en esa noche, cuando ambos… te besábamos y te tocábamos… ¿cómo te sientes?

No contesto.

—¿Cómo te sientes? —repite.

—Excitada —confieso. Luego dejo escapar un suave gemido—. Pero no sé cómo manejar la situación. Insistís en que no es para tanto, pero estoy hecha un lío porque me atraéis los dos.

—Nosotros lo entendemos así. Y no hay nada que manejar, Charlie. Déjate llevar, sin reglas ni expectativas.

Lo miro fijamente, con el corazón acelerado. Parece tan simple cuando lo dice, pero sé que no lo es. Para nada.

—¿Qué pasa si alguien resulta herido?

—Ya lo resolveremos si llega ese momento. Pero, por ahora, limítate a disfrutarlo. No te comas tanto el coco.

Asiento, aunque mi mente sigue dándole vueltas. Estoy fuera de mi zona de confort, pero no puedo negar cuánto lo deseo. Cuánto deseo volver a estar con ellos. Los límites empiezan a difuminarse y me aterra no saber adónde podría llevar esto.

Se me acelera el pulso cuando Beckett se acerca a la puerta… y echa el pestillo. Cuando oye mi respiración entrecortada, me mira con una pequeña sonrisa.

—Quizá sea mejor que nadie nos interrumpa en este momento.

Suelto un suspiro tembloroso.

—¿Qué momento?

Acorta la distancia entre nosotros y me estremezco cuando siento que me recorre la mandíbula con los labios. Llega hasta mi boca y permanece ahí, sin llegar a tocarme.

—El momento en que hago que te corras.

Antes de que me dé tiempo a parpadear, se arrodilla en el suelo. Echa la cabeza hacia atrás para mirarme, a la espera de mi señal.

Como respuesta, abro las piernas.

Sonríe.

—¿En serio? ¿No vas a soltar ni una mísera protesta?

—No. Quiero esto.

Apoya las manos en mis muslos y me roza el dobladillo de la falda con las yemas de los dedos. No sé si es por la forma en que desliza las manos hacia arriba o por la lujuria con la que me mira, pero cada centímetro de mi cuerpo está alerta, a la espera. Sus dedos siguen subiendo y se cuelan debajo de mi falda, de modo que rozan la suave piel de la cara interna de mis muslos. Suelto un jadeo.

Esboza una sonrisa socarrona. Sabe perfectamente lo que hace.

Pero tengo un par de ases bajo la manga.

—No sé si me provocarías tanto si supieras lo que te pierdes —le advierto.

Con una sonrisa en los labios, me subo del todo la falda para que me vea las bragas.

El gemido que deja escapar enciende el aire que nos rodea.

—¡Me cago en la puta! ¡Tiene un lazo!

—No. Tiene dos lazos.

Acaricio los lados de la cinturilla y jugueteo con los lazos de seda rosa.

—Me vas a matar —murmura—. En serio, Charlotte.

—No te mueras todavía. Deja que me corra en tu cara primero.

Suelta una risa profunda.

—¡Joder! Es increíble que haya pasado todo el semestre sentado dos filas delante de ti sin ver este lado tuyo. ¿Por qué te escondías?

—Necesidad social.

—Pues es un auténtico desperdicio. Me gusta esta Charlotte.

Me acaricia los muslos, lo que envía una oleada de calor por todo mi cuerpo. Luego me aparta las bragas a un lado para dejar el coño al descubierto.

Beckett suelta un gemido de aprobación.

—Joder. Es precioso, nena. ¿Puedo besarlo?

Asiento sin decir palabra.

Se inclina hacia adelante, pero no hace nada todavía. Me recorre la piel con los labios, muy cerca, pero enloquecedoramente lejos.

—Beckett… —susurro con una voz apenas audible, pero él me oye.

Presiona la boca contra mi entrepierna y un escalofrío de placer me recorre el cuerpo. Quiero cerrar los ojos y perderme en el momento, pero no puedo dejar de mirarlo. Me observa como si yo fuera lo único que importara.

Y quizá eso es lo que me pone tanto: que Beckett me haga sentir así. Como si pudiera olvidar todo, como si no importara ser egoísta un rato. Disfrutar de estar así, aquí, con él. Tanto a él como a Will se les da muy bien provocarme sensaciones que desconocía y conseguir que olvide todo lo demás.

—No puedes hacer ruido —me advierte contra mi ardiente entrepierna.

Y entonces empieza a lamer.

Lame, besa, chupa y succiona hasta que apenas puedo mantenerme erguida. Lo observo mientras me da placer. Está muy concentrado, completamente entregado a hacerme sentir bien, como si este fuera el único lugar donde quisiera estar y la única tarea que quisiera.

Me tiemblan las rodillas cuando me agarra el clítoris con los labios y lo acaricia con la lengua. Casi me desplomo, de modo que me agarra la cintura con una mano para sujetarme con firmeza.

—Yo te aguanto. Sigue frotándote así contra mi cara. Eso es, nena. Justo así.

Me noto el cuerpo tenso y caliente. El clítoris me palpita de forma dolorosa, y vibra cuando Beckett lo rodea con la lengua. Una mano fuerte me mantiene pegada a la pared. La otra se cuela entre mis muslos y, a continuación, dos dedos se deslizan en mi interior. Me balanceo contra su ansiosa boca y disfruto de cada gramo de placer que me ofrece, de modo que me estremezco cuando el orgasmo me alcanza por fin. Beckett permanece ahí mientras me calmo, acariciándome el muslo con la nariz e introduciéndome los dedos de forma perezosa, hasta que me da un último beso y se pone de pie.

Se lame los labios.

—Qué delicia, joder.

Cuando veo la erección que hace presión contra sus vaqueros, sonrío y alargo el brazo para acariciarla.

—Parece doloroso. ¿Quieres que me ocupe de esto?

—No tienes por qué hacerlo. Eras tú la que necesitaba una distracción, ¿recuerdas?

—¿Cuál es tu próxima clase?

—Desarrollo Sostenible. ¿Por qué?

Arqueo una ceja.

—¿De verdad crees que podrás prestar atención en clase de Desarrollo Sostenible con este calentón?

Abre la boca para responder, pero ya le estoy bajando la cremallera, después los vaqueros y los bóxeres. Su polla sale disparada, gruesa y dura. El deseo me invade y me incita a dejarme caer de rodillas y envolver los dedos alrededor de ella. Cuando me la meto en la boca, gime y me agarra del pelo.

Le doy un lametón largo y profundo antes de mirarlo a los ojos.

—Tengo que estar pronto en el laboratorio —comento antes de tragármela entera.

—¿Es tu forma de decirme que quieres que te folle la boca fuerte y rápido?

Sonrío con la boca alrededor de su miembro y ronroneo en señal de aprobación. Beckett vuelve a gemir y me da justo lo que he pedido. Me embiste una y otra vez, con las caderas flexionadas mientras me agarra la cabeza con las manos para guiarme a lo largo de su longitud. No espero que dure mucho… y no lo hace.

—Maldita sea, nadie consigue que me corra tan rápido —gruñe entre dientes. Mareada por el empoderamiento femenino que siento, me deleito en una sensación de satisfacción mientras se derrama en mi garganta. Trago el sabor familiar que me encendió la sangre de deseo el fin de semana pasado.

Con la respiración entrecortada, me levanto y me aliso la falda y el pelo. Cuando veo que sigue empalmado, lo acaricio de forma provocativa. Baja la mirada hacia mis uñas francesas alrededor de su polla, hacia la gota de semen que aún se acumula en la punta.

—Nena —dice con una mirada traviesa—. ¿Qué te parece ser modelo de manos?

—¿Qué?

—Creo que Will debería saber lo que se ha perdido.

Esbozo una sonrisa malvada.

—Qué malo eres.

—Créeme, le gustará.

Beckett se saca el teléfono del bolsillo y abre la cámara. Mientras me enfoca los dedos, froto la humedad restante en su pene. En cuanto hace la foto y la envía, nos arreglamos la ropa lo mejor que podemos y salimos del armario. Por suerte, el pasillo está vacío.

En cuestión de segundos, suenan los dos teléfonos.

Will: Jodeeeer. Pienso castigaros por esta tortura, que lo sepáis.

Miro a Beckett.

—Es mucho más intenso de lo que pensaba.

—Oh, créeme. No hay mucha gente que conozca al verdadero Larsen.

Sospecho que tiene razón. He empezado a formarme una imagen mental de Will. Es mucho más que el típico deportista americano, tranquilo que aparenta. Tras esa bonita sonrisa, se esconde un hombre que me devoró con una mirada hambrienta cuando estaba desnuda en su cama.

Me doy cuenta de que él también es una cebolla. Los dos. Porque tengo la ligera sospecha de que Beckett no es tan frívolo como parece y que se preocupa mucho más de lo que aparenta.

LA VIRGEN Y LA ESPADA, DE LOURDES

CAPÍTULO 9
No puedes conquistarme a mí

Los fríos muros de piedra de la Torre de Londres se cernían sobre Isabel como una jaula. El aire fresco y húmedo le atravesaba el vestido, antaño orgulloso, mientras permanecía sentada en la habitación mal iluminada, con su regia postura desafiante a pesar de las cadenas que le sujetaban las muñecas. Su corona había desaparecido y su ciudad, caída, pero, aun así, su espíritu permanecía inquebrantable.

La puerta se abrió con un crujido y el aire cambió cuando Alejandro entró en la habitación. En esta ocasión, sin armadura, solo vestía una túnica sencilla y una capa, pero su presencia era tan imponente como siempre. Su ejército conquistador había asaltado Londres, de modo que su estandarte ondeaba sobre el palacio.

A pesar de su victoria, no había triunfo en su mirada al contemplar a la reina caída.

—Isabel. —Pronunció su nombre con la autoridad de un rey que ha conquistado imperios—. No tiene por qué ser así.

Isabel alzó la barbilla.

—Así lo has querido —respondió con voz firme, llena de veneno—. Habrás tomado mi ciudad y mi trono, pero jamás conquistarás mi lealtad. Soy la reina de Inglaterra. No me arrodillaré ante ti.

Alejandro se arrodilló ante ella. No por sumisión, sino por algo mucho más profundo. Extendió la mano hacia sus cadenas, pero no las tocó: su mano quedó suspendida justo sobre sus muñecas atadas, como si el mero hecho de estar cerca de ella fuera suficiente para abrir los eslabones de hierro.

—

¿Por qué eres tan orgullosa? —preguntó en voz baja, con la mirada clavada en sus ojos—. ¿Tan valioso es tu orgullo como para

sacrificarlo todo? ¿La Torre, las cadenas, la ciudad destruida?

Los labios de Isabel se curvaron en una sonrisa amarga.

—¿Orgullo? Me malinterpretas, Alejandro. Esto no es orgullo. Es deber. Es amor por mi país, por mi pueblo. Prefiero morir encadenada a vivir en sumisión.

La mirada del hombre se ensombreció, pero no de ira, sino de… admiración. La reina era tal cual se la habían descrito: inquebrantable, feroz, cortante como una espada forjada en batalla. Y, sin embargo, en el silencio de la Torre, lejos de las miradas del mundo, veía a la mujer que se escondía bajo la corona, una mujer cuya fuerza lo había cautivado desde el primer momento en que la vio, una mujer cuya refulgente presencia lo dejaba sin aliento.

—Sabes que podría obligarte. Podría ordenarte que te arrodillaras aquí y ahora, y arrebatarte tu reino para siempre.

—Podrías intentarlo. Pero fracasarías. Puedes conquistar naciones, Alejandro, pero no puedes conquistarme a mí.

Alejandro alargó el brazo y le acarició la mejilla. Ella se puso rígida, a la espera de su próximo movimiento.

—No quiero conquistarte, Isabel —confesó con voz áspera—. Quiero que gobiernes a mi lado. Como mi igual. Como mi reina.

La vulnerabilidad que impregnaba sus palabras la tomó por sorpresa. Esperaba arrogancia, exigencias, tal vez incluso crueldad.

Pero no esto. No esta súplica inesperada. La mano del hombre, que aún seguía en su mejilla, era suave y, por un breve instante, se permitió sentirla. Se permitió imaginar un destino diferente, en el que pudieran estar juntos dos de los gobernantes más grandes del mundo.

No obstante, solo fue una fantasía fugaz.

Respiró hondo y se apartó, de manera que las frías cadenas tintinearon con suavidad al liberarse de su tacto.

—Quieres que traicione todo lo que defiendo. Quieres que dé la espalda a mi pueblo, a mi corona, a mi alma. No soy un premio que se pueda ganar.

—Sí, eres mucho más que eso. Eres la mujer más extraordinaria que he conocido. Por eso te quiero a mi lado… no como premio, sino de compañera.

—¿Tu compañera? —se mofó—. ¿Qué compañerismo puede haber entre el conquistador y el conquistado?

Alejandro no respondió de inmediato. En cambio, se acercó tanto a Isabel que su rostro quedó a escasos centímetros del de ella. Su presencia era embriagadora, poderosa, aunque también había en él una ternura que no había visto antes.

—Si así lo deseas, te liberaré. Me iré de esta ciudad, de Inglaterra, y no volveré jamás. Conservarás tu trono, tu pueblo y tu libertad.

Isabel respiró de forma entrecortada. ¿Era posible? ¿Sería cierto? ¿De verdad se marcharía?

—Te lo devolveré todo… a cambio de una noche en tus aposentos.

Los ojos de Isabel se abrieron de par en par.

—Una noche en la calidez de tu cama y el calor húmedo de tu sexo. Dame eso… y te devolveré Inglaterra.

CAPÍTULO 31

BECKETT



De nada. Acabo de salvar tu relación

Es viernes por la noche y estamos todos apiñados en el vestuario del equipo visitante. Ojalá nos tocara jugar en casa. St. Anthony's es una universidad de primera división, pero no tiene el mismo apoyo financiero que Briar. Por el amor de Dios, Garrett Graham construyó unas instalaciones de *hockey* completamente nuevas. En comparación, el estadio de St. Anthony's es una chabola.

Lo único bueno de esta noche es que nuestro inseparable equipo de cámaras por fin se ha largado a vete tú a saber dónde. La asistente del padre de Will le informó anoche que *Capitol TV* ya tiene todas las grabaciones y entrevistas que necesitaba, lo que significa que ya no hay que preocuparse de que alguien nos grabe el pene por casualidad mientras nos cambiamos.

El entrenador se coloca al frente del vestuario para gritarnos las diez palabras de sus «charlas motivacionales». Shane y yo apostamos sobre el número de palabras total. Baremo de hoy es doce. Yo digo que utilizará menos, así que espero que sea breve.

—Concentraos esta noche. Estamos a punto de ganar nuestra liga. No la caguéis.

Trece palabras.

Hijo de puta.

Shane me da un codazo en el costado. Llevo todas las protecciones puestas, así que apenas lo noto. Pero siento su petulancia. Shane es un vencedor asqueroso.

Mientras me dirijo hacia la puerta con los patines puestos, el entrenador me intercepta.

—Dunne, quiero que te pegues al culo de Palecki esta noche. Es muy molesto.

—Entendido, entrenador.

Cumplo mi promesa. En cuanto Nathan Palecki se acerca un mísero milímetro al disco, me pego a él. Cuando el partido termina, les hemos dado una paliza que nadie esperaba. Pensábamos ganar por uno o dos goles, pero nos vamos del St. Anthony's, eufóricos por la tunda del siglo que les hemos dado.

Resultado final: 6 a 1.

Hasta que subimos al autobús para volver a Briar no empiezo a darle vueltas a la cabeza. Antes, muchísimas distracciones me mantenían la mente ocupada. Ahora, nada me impide pensar en lo que pasó esta semana con Charlie.

No debería haberme acostado con ella.

Debería haberla consolado.

Porque eso era lo que realmente buscaba esa mañana: consuelo. Quería consejo, apoyo emocional y, en lugar de eso, la llevé al terreno sexual.

El sexo es más fácil que los sentimientos. En cuanto las cosas se ponen demasiado difíciles, tengo el asombroso poder de aligerarlas con un poco de encanto y mucha lengua.

Sin embargo, hace mucho tiempo que no sentía la tentación de conectar con alguien a un nivel más profundo. Cuando Charlie confesó que se sentía abrumada y asustada, porque no sabía cómo manejar la situación con su hermano, hice lo de siempre: recurrí a la distracción.

Oigo que Ryder se ríe entre dientes. Estamos sentados juntos en la parte trasera del autobús mientras yo finjo que no veo los mensajes guarros que le está enviando a su mujer. Qué raro se me hace decir su mujer. ¿Quién se casa en la universidad?

—Oye —lo llamo mientras le doy un codazo en el brazo.

—¿Mmm?

—Voy a plantearte una hipótesis.

Bloquea la pantalla con el ceño fruncido.

—De acuerdo.

—Crees que Gigi es el amor de tu vida, ¿verdad?

—No, sé que es el amor de mi vida.

No lo dice con petulancia, simplemente afirma un hecho.

—Está bien, bueno, supongamos que Gigi te destroza el corazón con sus propias manos y te arranca el alma del cuerpo…

—Espera, ¿es un demonio?

—No. Pero te hace daño. Te destruye y luego te abandona.

Ryder suelta una risa seca.

—Qué panorama más deprimente, colega.

—Lo sé. Pero digamos que pasó. —Me paso la lengua por el interior de la mejilla y me revuelvo en el asiento incómodo—. ¿Volverías a… intentarlo… alguna vez… con otra persona?

Su respuesta es un silencio sepulcral. Me observa con atención. Es tan desconcertante que tengo que apartar la mirada y fingir que me interesa muchísimo el asiento de delante, donde se sienta Will con Case. Shane está al otro lado del pasillo, junto a Nick Lattimore, que esta noche parece malhumorado. El tío llegó con cara de cabreo, como si alguien le hubiera dado una patada a su cachorro.

Se oye mucho parloteo en las primeras filas, pero, en general, el autobús está en silencio.

La mirada de Ryder, que suele ser inexpresiva, refleja confusión y, luego, preocupación.

—Beck… ¿es una hipótesis o me pides consejo?

—Es… —Trago saliva al darme cuenta de que no debería haber abierto la puta boca—. Solo una hipótesis.

Frunce el ceño.

—Vale. Eh… Bueno, entonces… supongo que no. Si Gigi me dejara, no creo que volviera a intentarlo con otra persona. Ella es mi vida.

—Deja de restregarnos por la cara que tu mujer es perfecta —refunfuña Nick. El delantero moreno se gira en su asiento para mirar

a Ryder con el ceño fruncido—. Hay relaciones que apenas se sostienen, tío.

Reprimo una sonrisa. Lattimore no es muy hablador, así que, si está dispuesto a participar en una conversación sobre mujeres, debe de preocuparle algo muy malo.

—¿Quieres contarnos de una vez qué ha pasado? —gruñe Shane —. No dejas de hacer comentarios ambiguos y me estás sacando de quicio. Es evidente que quieres hablar, imbécil. Pues suéltalo, joder. Imbécil.

Se escuchan varios resoplidos.

Nick vuelve a fruncir el ceño, esta vez con la mirada clavada en mí.

—¿Quieres saber qué pasó? Pregúntale a Dunne, todo es culpa suya.

Me quedo boquiabierto.

—¿Mía? ¿Qué cojones he hecho yo? ¡Piérdete!

—Tú eres quien me envió esa fanficción.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Espera, ¿qué? —Will se une a la conversación y se da la vuelta en su asiento para mirarme con recelo—. ¿Qué fanficción?

Estoy preparado para negarlo todo, pero Lattimore vuelve a venderme.

—Beck le envió a Darcy el enlace de una historia absurda sobre la reina Isabel y Alejandro Magno y me han mandado al sofá por eso.

—Para empezar… —comienzo a decir.

—No —me interrumpe Will con los ojos en blanco—. Para empezar, ¿has cogido mi portátil?

Me encojo de hombros.

—Puede.

—¿Y leíste la historia que estoy corrigiendo de mi antigua compañera de laboratorio?

Vuelvo a encogerme de hombros.

—¿Y se la enviaste a Darcy?

Esta vez, me defiendo.

—Oye, ella me pidió el enlace. Yo no se lo ofrecí. —Fulmino a Nick con la mirada—. Y eso fue todo lo que hice, colega. Así que no me culpes de que te hayan mandado al sofá.

—¿Y qué tiene que ver la fanficción de Lourdes con el enfado de tu novia? —le pregunta Will a nuestro compañero de equipo.

Nick aprieta la mandíbula.

—Da igual. Ha pasado y ya está, ¿vale?

—¿Qué hiciste? —insiste Shane, incapaz de ocultar su expresión divertida. Esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Nada.

—Venga, ¿qué hiciste?

—¿Te ha pedido que lo leas y tú no quieres? —conjetura Case desde su asiento.

—He dicho que da igual —responde Nick con los dientes apretados.

—Vale, no nos lo cuentes. Tengo el número de Darcy —dice Shane—. Se lo preguntaré yo mismo.

—Ni se te ocurra, joder.

—Vale. Pues cuéntanoslo tú.

Nick maldice por lo bajo.

—Como quieras. Tampoco es para tanto. Ella, eh, ya sabes… —Se encoge de hombros—. Me pilló.

Frunzo el ceño.

—¿Te pilló haciendo qué? —Inhalo con brusquedad—. Tío. No. No lo digas.

Su mirada desdichada es toda la confirmación que necesito.

Me doblo de la risa.

—¡Joder! —jadeo entre carcajadas incontrolables—. ¿Qué capítulo?

—¿Qué me he perdido? —pregunta Shane.

Me cuesta hablar por las punzadas de dolor en el costado. Jadeo por el esfuerzo.

—Lo pilló masturbándose con una fanficción histórica.

Se produce un silencio sepulcral y, a continuación, todos los que nos rodean se unen a mi risa estremecedora y desternillante.

—¿Qué capítulo? —Will repite mi pregunta, es la única persona del autobús, aparte de mí, que ha leído la obra maestra de Lourdes.

Nick tiene pinta de querer tirarse por un precipicio. Se tapa la cara con las manos.

—Que os den por culo.

—Oye, aquí no juzgamos a nadie —le aseguro, con los labios apretados para contener la risa.

Nick levanta la cabeza. Su rostro es el de un hombre derrotado.

—Capítulo doce.

Asiento en señal de aprobación.

—La desfloración. Muy bueno.

Shane parece perplejo.

—Espera, ¿tu chica está enfadada por eso? ¿Te ha prohibido hacerte pajas?

—¿Qué? No, claro que no. Está enfadada porque perdí la noción del tiempo y llegué una hora tarde a su cena de cumpleaños. Ahora piensa que «no valoro su tiempo ni que haya nacido», palabras textuales.

Esta vez, todos conseguimos contener la risa.

—Ah —dice Shane en tono delicado—. Bueno… entiendo su enfado.

—A ver, ¿qué pasa ahí atrás? —pregunta el nuevo entrenador.

Mike Hollis se acerca desde la parte delantera del autobús. Se detiene en medio del pasillo y apoya la mano en el respaldo del asiento de Will. Echa un vistazo al grupo.

—¿Hay algún problema? ¿Quién está discutiendo con quién?

Shane niega con la cabeza.

—Nadie está discutiendo. Solo le damos consejos sobre mujeres a Lattimore.

Nick le lanza una mirada a Shane que claramente dice: «Eres un bocazas».

Hollis asiente en señal de comprensión.

—Ya veo. Muy bien, cuéntame. Soy un pozo de sabiduría.

Me río entre dientes.

—Bueno, ¿sabes qué? Ni siquiera importa. —Hollis apoya la cadera contra el asiento y mira a Nick con seriedad—. Tengo una

pregunta para ti, Nicholas.

—Por favor, no me llame así.

—Dime. Esta chica… ¿podría convertirse en tu mujer? ¿Te gustaría casarte con ella algún día?

Parpadeo, sorprendido. No me esperaba esta pregunta.

Y creo que Nick tampoco, porque titubea. Luego asiente.

—Sí. Creo que sí.

—¿Crees o sabes?

—Lo sé —responde con timidez.

—Entonces, solo hay una solución a tu problema. Llámala y dile: «Tienes razón». Eso es todo. De nada. Acabo de salvar tu relación.

Shane asiente.

—Bueno, no se equivoca.

—Yo nunca me equivoco —suelta el entrenador Hollis—. ¿Por qué crees que llevo casado unos mil años? Sé cómo burlar al sistema. Ah, y quiero a mi mujer. Seguramente eso también ayuda.

—¿Cómo se conocieron? —pregunta Colson desde su asiento.

Hollis se anima.

—Oh, es una historia fantástica. Mis hijas dicen que es la historia más romántica que han escuchado en la vida. Acomodaos, chicos.

Ryder y yo intercambiamos una mirada. No hace mucho que conocemos a este hombre, pero seguro que cualquier historia de amor contada por Mike Hollis tendrá más de un giro inesperado.

—Pues hay quien dice que Rupi me estaba acosando… —comienza a explicarnos.

Doy mi alegato por terminado.



Charlie: ¿Puedo ir a vuestra casa esta noche?

El mensaje aparece en nuestro grupo de chat cuando Will y yo salimos del Graham Center, poco después de que el autobús del equipo nos dejara allí. Will lo lee y me mira mientras niega con la cabeza.

—¿Qué? —pregunto.

—Se lo comiste todo en un armario —me regaña.

—¿Y?

—Que no quiero que se sienta presionada a quedar con nosotros otra vez.

—¿Qué tiene que ver el hecho de que baje al pilón en un armario con esto? Ambos sabemos que no hay quien presione a Charlie. Pero dile que no si eso te preocupa.

No le dirá que no. Porque se siente tan atraído por ella como yo. Charlie es un misterio precioso. Todo lo que la define hace que quiera adentrarme en ella lo máximo posible. Meterme dentro de su cabeza. Hacerla sonreír. Escuchar su risa.

No he sentido ese impulso desde el instituto.

Me deshago de ese pensamiento. ¡Joder! No quiero enamorarme de Charlotte Kingston. Quiero volver a acostarme con ella. Quizá conocerla mejor. Nada más.

Me vibra el teléfono en la mano. Es la respuesta que Will le acaba de enviar.

Larsen: Llegaremos a casa en unos 30 minutos. Estamos volviendo del estadio.

Charlie: Vale. Estaré allí en una hora.

CAPÍTULO 32

BECKETT



Las estadísticas no mienten

Cuando llegamos a casa, cojo un táper de lasaña que hizo Willanoche y lo meto en el microondas. Probablemente no sea buena idea comer carbohidratos justo antes de una posible noche de sexo, pero no doy por hecho que Charlie haya cambiado de opinión. Además, estoy muerto de hambre.

—Voy a darme una ducha de verdad —dice Will en cuanto terminamos las sobras—. La presión del agua de las duchas del St. Anthony's es una mierda. Creo que todavía tengo champú en el pelo.

Una ducha no me parece mala idea. Y sería aconsejable depilarse un poco.

Por si acaso.

Desaparecemos en nuestros respectivos dormitorios y nos reunimos de nuevo abajo media hora más tarde. Cojo algunas cervezas mientras Will pone una película de la saga *Timeline.*

—Tío, ¿has visto? El año que viene sale una peli nueva —grita hacia la cocina.

—¿¡Qué!? ¿En serio? —Regreso con dos latas grandes de IPA y le doy una.

—Acabo de verlo en su página. —Levanta el teléfono para enseñármelo.

—¿Volverá Lykander?

Bobby Lykander es el actor que protagonizó las cuatro películas de *Timeline,* pero murió trágicamente en la última entrega. A manos de su yo más joven. Una puta desgracia.

Will echa un vistazo al teléfono.

—Forma parte del elenco, pero no sabemos si volverá en forma de *flashbacks* o si Qualls sobrevivió.

—No hay duda de que sobrevivió. O, por lo menos, retrocedió aún más en el tiempo para asegurarse de no morir. Obviamente.

—Obviamente.

Suena el timbre. Intercambiamos una mirada.

—Voy a abrir —digo y, a continuación, me dirijo hacia el vestíbulo.

Abro la puerta principal y veo a Charlie en el porche.

Me quedo boquiabierto.

—¿Qué llevas puesto?

Parece confundida.

—¿Qué tiene de malo lo que llevo puesto? Solo son unas mallas y una sudadera.

—Exacto. Solo son unas mallas y una sudadera —repito de mal humor—. No sueles vestir así. ¿Dónde están las medias hasta el muslo y la falda plisada? Se supone que debes cumplir mi fantasía de colegiala.

Resopla y me da un puñetazo en el pecho. Luego me esquiva y entra en casa.

—Lo siento, pero no pienso arreglarme para ti, Ice Boy.

—Pues deberías hacerlo, buñuelito. Yo me arreglo para ti.

—¿En serio? ¿Te has puesto esos pantalones de chándal grises y esa camiseta tan fina, que parece que se romperá si le doy un tirón, para mí? —Y lo enfatiza dando un tirón a la tela de forma provocativa.

Sonrío.

—De hecho, me he vestido para ti.

—¿En serio? —repite mientras me sigue hasta la sala de estar.

—Estadísticamente hablando, la excitación sexual de una mujer aumenta en un trescientos por ciento al ver unos pantalones de chándal grises.

—Las estadísticas no mienten —grita Will desde el sofá.

—Entonces, ¿dónde está tu chándal? —Will lleva unos pantalones holgados de cuadros oscuros y va sin camiseta. Tiene un aire muy sensual.

—No quería excitarte demasiado —responde con una mirada seria —. Todo el mundo sabe que ver muchos pantalones de chándal resulta excesivo.

—Las estadísticas no mienten —convengo.

—Oye —dice Charlie mientras se sienta en el centro del sofá—, ¿por qué no se puede confiar en los metalúrgicos?

—¿Por qué? —pregunta Will receloso.

Charlotte hace una pausa dramática para darle más efecto.

—Porque siempre están maquinando algo.

Will suspira.

—No sé por qué me gustas…

Charlie sonríe. Me gusta verla sonreír. Parecía muy deprimida la última vez que la vi, al menos antes de distraerla con un orgasmo.

La culpa me atormenta. Quiero sacar el tema de su hermano y preguntarle cómo está, si ya lo va procesando mejor.

En cambio, le ofrezco algo de beber.

—¿Quieres un té verde, como siempre?

Charlotte arquea una ceja.

—Que te lo haya pedido una vez no significa que siempre beba eso.

—Vale, ¿qué te apetece entonces?

—Un té verde, por favor.

Esbozo una sonrisa tan grande que me duele la cara. Esta chica es adorable, joder.

Voy a la cocina para encender la tetera eléctrica y me apoyo en el marco de la puerta que separa las dos habitaciones mientras espero a que hierva el agua. Esta vez, me animo a abordar un tema serio.

—¿Llevas mejor el asunto de tu hermano? —pregunto.

—Un poco. —Duda un segundo—. Harrison me dijo mi nombre coreano. El orfanato de Seúl no se molestó en incluirlo en los documentos de adopción, pero él lo recuerda.

—Ah, ¿sí? —Estoy intrigado—. ¿Cuál es?

—Hae-Won. —Se pone colorada y la emoción en sus ojos es evidente. Eso significa mucho para ella.

—Hae-Won —repite Will con una sonrisa en los labios—. Me gusta. Es muy bonito.

—Gracias. —Charlie le devuelve la sonrisa, aunque esta se desvanece enseguida—. Pero todavía no sé cómo gestionar esto. Me resulta raro tener de repente un hermano del que no sabía nada. Llevamos toda la semana escribiéndonos, pero es como intentar entablar una amistad con un desconocido que conociste en una fiesta. Intentar descubrir lo que tenéis en común. Lo que lo motiva. Y la dura infancia de Harrison no ayuda nada. —Charlie nos lanza una mirada culpable—. Es mucho esfuerzo, y una parte de mí se pregunta si vale la pena. Quiero decir, he vivido veintiún años sin este chico en mi vida y me iba de maravilla.

—Lo comprendo. —Me encojo de hombros—. Pero mírame a mí, soy hijo único, y de pequeño siempre quise tener un hermano. Todavía pienso en eso a veces.

—Yo también —admite Will en voz baja—. Tampoco tengo hermanos y me pasa lo mismo.

Miro a Charlie de nuevo.

—Yo en tu lugar, me esforzaría por conocerlo. Puede que te arrepientas si no lo intentas al menos.

La tetera hace clic y vuelvo a la cocina para preparar el té de Charlie mientras los escucho hablar de la situación en la otra habitación. Un minuto después, le llevo una taza humeante y la dejo en la mesa junto a mi cerveza. Me siento en el otro extremo del sofá para mantener cierta distancia entre Charlie y yo.

—Vamos a dejar el tema ya —dice.

Will la mira con la cabeza ladeada.

—¿Estás segura? Nos encantaría escucharte.

—Lo sé y os lo agradezco. Pero tengo demasiadas cosas en la cabeza. Me voy a saturar.

—¿Te pasa a menudo? —pregunto—. ¿Te saturas?

—Bueno… sí. Hago una especialidad de ciencias y estoy en el último curso. Tengo que terminar el proyecto final y presentar unos ensayos para entrar en el posgrado. Soy la vicepresidenta de

finanzas de mi hermandad y estamos preparando una gran gala. Tengo una protegida de la que se supone que soy mentora. Un hermano biológico que apareció de la nada. Dos chicos me ponen cachonda…

Se calla y cierra la boca de golpe.

Will sonríe.

Me resulta imposible contener la risa.

—Así que te ponemos cachonda, ¿eh?

—Cállate.

Will y yo soltamos una fuerte carcajada.

—Qué madura eres, Charlotte —la chincho.

—No soy Charlotte. Ahora soy Charlie. Charlie manda callar a la gente.

—Ya. ¿Y qué otras cosas hace Charlie?

Cuando veo que frunce el ceño, me doy cuenta de cómo ha sonado.

—No es un reto —aseguro—. Lo prometo. Esta noche no hay expectativas.

—Ah, ¿no?

—Solo vamos a ver una película. Como la última vez.

—La última vez terminamos follando.

—Eso no significa que fuera un precedente.

—¡Eso es exactamente lo que significa sentar un precedente! —Suspira y mira la pantalla, que está pausada en una escena en la que el Profesor Qualls está a punto de besar a la atractiva ladrona de diamantes que salvó en la anterior película—. Vale. ¿Qué película es? ¿Otra de tus comedias románticas de triángulos amorosos donde se ven tetas?

Will se ríe.

—No. Es la entrega más reciente de la saga Timeline. La cuarta.

—¿Sabes? No he visto ninguna peli de la saga.

La miro boquiabierto.

—¿Cómo es posible?

—No tengo tiempo para ver películas. ¿No has oído la lista de factores estresantes que os he enumerado? —Levanta las rodillas

para ponerse más cómoda mientras Will reanuda la película—. ¿Hace falta que me pongáis al día de las tres primeras?

—No, todas son autoconclusivas. Ese es el profesor que inventó la máquina del tiempo. La rubia guapa es su amor actual, pero lo traicionará. Como siempre. Y el tío que entra ahora es el hijo del profesor Qualls. —Señalo con la cabeza al hombre barbudo que aparece en la pantalla.

—Espera, ¿es su hijo? Parecen de la misma edad… ¡Ah! —Asiente. Lo ha pillado—. Viajes en el tiempo.

Will suelta una risita.

—Parece que hemos dado con una chica lista, Beck.

—Un auténtico cerebrito.

—Bueno, callaos. Me voy a pasar la noche repitiéndolo. Callaos.

Cojo mi cerveza de la mesa y, cuando me incorporo, nuestros brazos se rozan.

—Lo siento —murmuro.

—No, no lo sientes.

Me tiemblan los labios.

—No lo he hecho a propósito. Pero tienes razón. No lo siento.

Con una sonrisa socarrona en los labios, le doy un sorbo a la cerveza. Siento su mirada clavada en mí mientras bebo. Cuando Will se pasa la mano por el pelo, veo que también lo observa a él.

Ella está muy pendiente de nosotros y yo de ella. Se acomoda y estira las piernas para apoyar los pies en la mesa. Sus calcetines son de color rosa, igual que la camiseta de tirantes que lleva debajo de la sudadera gris extragrande, que se le cae de un hombro. Me pregunto si lleva sujetador. No lo llevaba la noche que quedamos para tomar algo a las afueras de Boston, en un bar cualquiera donde nadie veía lo traviesa que era. Recuerdo cómo se le marcaban esos pezones duros y pequeños contra la camiseta.

De repente, siento un hormigueo en la boca. Joder. Necesito chupar algo.

Doy otro sorbo para hidratarme la boca, algo que necesito desesperadamente.

Charlie resopla al oír el chiste malo que acaba de contar el profesor Qualls. No sé por qué, pero el resoplido me parece *sexy* y

adorable. Will también se ríe. Una carcajada profunda y ronca. Por un segundo, mi libido se pregunta qué cojones está pasando. Hay dos personas atractivas a mi lado y ninguno de los tres está desnudo. Esto parece una parodia.

Sin dejar de reír, Charlie se inclina para coger su taza. Sopla el líquido para enfriarlo, pero cada vez que se lleva la taza a los labios, se acobarda y no bebe.

Will, que también observa el dilema que tiene con el té caliente, esboza una sonrisa.

—Hazlo.

—No quiero quemarme la lengua —protesta.

—Hazlo —ordena—. Siente el ardor.

Charlie respira profundamente y se tensa de pies a cabeza, pero da el sorbo más pequeño y temeroso que he visto en la vida. El vapor le humedece la cara y se le enrojecen la nariz y las mejillas. Nada me gustaría más que arrebatarle la taza de la mano, bajarle las mallas y follármela hasta dejarla sin sentido.

Sí. Me estoy excitando al ver a una mujer tomando un té.

Nunca me había pasado esto.

—Bueno, lo imaginaba peor —admite y, a continuación, vuelve a centrar su atención en la película.

Will sigue intentando explicarle la trama con una expresión animada.

—Básicamente, en la anterior película, el profesor descubrió que tenía un hijo con Maritza, la asesina española con la que tuvo una aventura cuando viajó en el tiempo a la España del siglo XVIII. Intentaba impedir que la mujer asesinara al hombre que en diez años descubriría la cura para la rara enfermedad de la sangre que mató a la primera mujer del profesor…

Aún sigue hablando cuando Charlie se inclina y lo besa.

El movimiento lo pilla desprevenido. A mí también. Parpadeo y, de repente, su boca está pegada a la de Will.

Antes de que le dé tiempo a devolverle el beso, Charlie se aleja y dice:

—Lo siento.

Me río mientras doy un trago.

Charlie me mira.

—Lo siento.

—¿Por qué me pides perdón a mí?

—Porque besé a Will —gruñe—. Es que estaba muy *sexy* explicando esa locura de trama.

—Sí, lo sé. La ciencia ficción le pone muy cachondo —digo y Will suspira.

Al oír la palabra «cachondo», Charlie me mira la entrepierna.

—¿Por qué miras ahí abajo? —pregunto con una sonrisa en los labios.

—No lo sé —responde mientras suelta otro gemido—. Es que estoy tan…

—Cachonda —termino su frase.

Will se ríe.

—Confundida —corrige ella.

—Porque estás cachonda.

—Sí. ¡Sí! ¿Vale? —Se pone roja como un tomate—. ¡Uf! Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

—Sí, sí lo sabes —dice Will con suavidad.

Charlie vuelve a clavar la mirada en mí.

—Beckett, ¿el mensaje iba en serio?

—¿Qué parte? En realidad, da igual. Todo era verdad. Así que sí, iba en serio.

Esboza una pequeña sonrisa.

—Dijiste que lo que más te gusta de mí es mi lado salvaje e intrépido.

—Cierto. —Mi voz suena ronca y seria.

Charlie mira a Will.

—Nunca me he sentido atraído por nadie como tú —confiesa mi amigo con una expresión llena de sinceridad.

Veo que él también siente una atracción inexorable hacia ella. Y parece que todo transcurre a cámara lenta cuando él le rodea el cuello con la mano y acerca su rostro al de ella. La polla me late cuando Will la besa.

Es un beso calculado y exploratorio. Veo que Will desliza la lengua dentro de su boca. Las puntas de sus lenguas se rozan. Charlie

arquea el cuerpo hacia él. Luego presiona la palma de la mano contra su pecho desnudo y acaricia con los dedos el vello que lo recubre.

Mi polla medio erecta hace presión contra mis pantalones.

—Lo siento —suelta Charlie cuando rompe el beso.

Will parpadea.

—¿Por qué?

—Por juzgarte. —Sus ojos están llenos de remordimientos—. Te impulsé a pensar que no eras normal. A los dos. Pero… eso no es lo que siento, de verdad. No habría hecho *match* con vosotros en la aplicación si creyera que sois asquerosos por lo que os gusta.

Will asiente con aire pensativo.

—¿Por qué te avergonzaba lo que pasó entre nosotros? ¿Porque te arrepentías?

Will tiene un efecto relajante en la gente. A veces su mirada te traspasa, como si te leyera la mente y viera dentro de tu corazón. Encuentra todas las piezas rotas y esparcidas en tu interior y las vuelve a armar para enseñarte cómo será el rompecabezas final.

—No —confiesa Charlie mientras traga saliva con fuerza—. No me arrepentía. Disfruté cada segundo de esa noche.

—Entonces no te avergonzabas de verdad. Era algo externo, una vergüenza que te inculcaron.

Frunce el ceño.

—¿No es lo mismo?

—No. Una cosa es sentirte avergonzada o culpable porque consideras que hiciste algo mal y otra, por las opiniones de los demás… unas opiniones que ni has oído ni sabes si serán así… por eso no hay que avergonzarse. —Le acaricia la mejilla—. Nadie tiene por qué enterarse, Charlie. Nada de lo que hacemos aquí sale de esta casa.

Charlie se muerde el labio y se gira hacia mí en busca de confirmación.

—Espacio sagrado —confirmo con una sonrisa.

Libera su labio de la prisión de sus dientes y saca la lengua para aliviar la punzada de dolor. Quiero ser yo quien lama ese labio. Veo que le brillan los ojos a Will, sé que está pensando lo mismo que yo.

—Bueno… —dice Will— ¿seguimos viendo la película? ¿O…?

—¿O qué? —pregunta ella.

—Tú mandas. ¿Qué deseas?

Después de un largo y prolongado silencio en el que tanto Will como yo esperamos en ascuas, Charlie por fin deja escapar un suspiro agonizante.

—Te deseo a ti —confiesa, y vuelve a besarlo.

Debería sentir un destello de celos, una chispa de resentimiento, porque no deja de besarlo a él primero, pero solo me embarga el ansia mientras observo el momento en que sus labios se encuentran con los de Will.

Will respira con dificultad cuando ella lo suelta. Entonces, Charlie se da la vuelta y gatea por el sofá hacia mí. Es lo más excitante que he visto en la vida.

—Y a ti —admite mientras cubre mi boca con la suya—. También te deseo a ti.

Dejo que saboree mi lengua durante unos pocos segundos y me dé unas cuantas lamidas provocativas.

—¿Qué más? —pregunto con voz áspera—. ¿Qué más deseas?

—Deseo… —Su pecho se eleva cuando inhala. Echa un vistazo a la ventana para comprobar que las cortinas estén echadas. Lo están. Suelta un suspiro tembloroso—. Deseo tu pene en mi boca.

Joder. Ni siquiera sé cuál de los dos quiere, pero ambos obedecemos. Me bajo los pantalones y libero mi erección. Estoy tan duro que me duele. En el diván, Will se quita los pantalones y los tira al suelo, de modo que se queda completamente desnudo, con los abdominales marcados y los músculos tensos.

Charlie se desliza por el suelo frente a mí. Se me para el corazón cuando me agarra y envuelve sus delicados dedos alrededor de mi miembro para acariciarlo lenta y provocativamente.

Su tacto es tremendamente suave. Es una tortura. Quiero que me clave las uñas en los muslos. Quiero que me succione la polla con avidez.

La miro con una mezcla de hambre y frustración.

—Chúpala —suplico.

El brillo travieso de su mirada me indica que no me lo va a poner fácil. Me provocará. Tardará. Dominará la situación hasta que me retuerza de pura necesidad.

Efectivamente, me suelta y gira la cara, de modo que deposita un suave beso en mi muslo y, luego, en mi cadera. Deja un reguero de besos hasta mi abdomen.

Miro a Will a los ojos por encima de la cabeza de Charlie y sonríe al ver mi expresión tensa.

—Estoy disfrutando bastante con esto —asegura mientras se agarra el miembro y observa a Charlie atormentarme a besos—. Sigue torturándolo, nena.

—Que te jodan, Larsen —murmuro.

La risa de Charlie me calienta el muslo. Su lengua baila sobre mis oblicuos antes de llegar al fin a la única parte de mí que palpita por ella.

Baja la boca hacia mi polla. Apenas me roza la punta antes de retirarse con una sonrisa. Está poniendo a prueba mis límites.

—Charlie —gruño—. Basta de jueguecitos.

Su lengua sale disparada para saborearme y, a continuación, rodea la punta y roza la sensible parte inferior. Will sigue observándonos desde el diván mientras se acaricia de forma perezosa.

Enredo los dedos en su pelo y los entrelazo con los sedosos mechones negros mientras me acoge más profundamente en su boca. Luego ahueca las mejillas y chupa con tanta fuerza que me hace gemir. El placer me invade como un fuego descontrolado y se expande de forma rápida e implacable. Pierdo el control cada vez que su boca me envuelve.

Me chupa fuerte y rápido, de modo que me veo obligado a advertirle.

—Me voy a correr si no bajas el ritmo, nena.

Sin aliento, me masturba con la mano y me provoca con diversión.

—Primero me dices que basta de juegos, ahora quieres que baje el ritmo. Decídete, nene.

Will tiembla de la risa.

—Vete a la mierda, Larsen…

Me callo cuando vuelve a engullirme hasta el fondo.

¡Me cago en la puta! Intenta matarme. Cuando se me escapa un gemido ronco, veo que sonríe con los labios alrededor de mi pene.

Adicto. Soy adicto a esta chica. Es como si supiera exactamente cómo romperme en mil pedazos. Y no es solo la conexión física. Algo más peligroso empieza a acechar bajo la superficie, pero no puedo permitirme pensar en eso. Ahora no. Así que aparto esos pensamientos y me concentro en el calor de su boca, en la forma en que desliza la lengua por mi miembro y me lleva más y más alto.

Cuando vuelve a acelerar el ritmo, la detengo de un tirón de pelo. Mi polla sigue atrapada entre sus labios cuando me mira. Tan dulce e inocente.

—Lo digo en serio. Baja el ritmo si no quieres que me corra.

Charlie me suelta para susurrar:

—Eso es lo que quiero. —Y luego me devora de nuevo.

Joder, tengo muchas ganas de follármela, pero la mujer quiere que me corra en su garganta. ¿Y quién soy yo para negárselo? Así que le follo la boca y ella lo toma todo. Gime con los labios alrededor de mi polla mientras me mira con esos grandes ojos oscuros.

—¿Es lo que quieres? —Le agarro más fuerte el pelo a medida que la presión aumenta dentro de mí.

Charlie gime.

Lo tomaré como un sí.

La sujeto por la nuca y la embisto lo más profundo que me permite. Mi mundo entero se reduce a ella: su boca, su lengua, su mano, sus gemidos. Simplemente ella.

Se me tensa el abdomen y el orgasmo me hormiguea en los testículos antes de desbordarse y llenarle la boca a Charlie. Gruño de placer mientras gimo su nombre al correrme, con la mente en blanco por la intensidad del momento.

Will se ríe entre dientes mientras observa cómo me estremezco.

—¿Tan bueno ha sido?

—Maravilloso —respondo con voz ahogada.

Se levanta y se masturba mientras ella sigue lamiéndome. Cuando por fin se me estabiliza el ritmo cardíaco, salgo de su boca y me

desplomo hacia atrás. ¡Dios mío! Ha sido… de otro mundo.

Charlie está sumamente complacida consigo misma mientras se limpia la boca con el dorso de la mano. Erguida sobre sus rodillas, se gira hacia Will. Le recorre los muslos con las manos, tan traviesa que mi polla está casi para correrse de nuevo.

Para distraerme de la creciente excitación, me levanto y me acerco a Charlie por detrás y vuelvo a agarrarla del pelo. Me lo enrosco en el puño, la guío a lo largo del miembro de Will y observo cómo se lo chupa. Charlie sigue completamente vestida, mientras que él está completamente desnudo, sin dejar de mover las caderas para recibir los ansiosos lametones en su pene. Es de lo más excitante, joder.

—Ah, mira qué buena chica eres —la animo—. Sigue chupándosela. Se siente muy bien.

Charlie se lleva una mano a su entrepierna y se acaricia por encima de las mallas.

Le sonrío desde arriba.

—Quieres quitártelas, ¿verdad? ¿Quieres meterte los dedos mientras se la chupas?

Asiente con la cabeza. Tiene las mejillas sonrojadas y me lanza una mirada necesitada.

—Qué pena. Tendrás que quedarte así, mojada y palpitante. No vas a correrte hasta que Larsen se corra.

Will gime.

—¿Ves? Le parece bien —señalo con una risita.

Tiene la polla resbaladiza por la saliva de ella, y se le escapa un poco de líquido preseminal de la punta, que Charlie limpia con la lengua con cada lametón. Me acaricio de forma distraída mientras observo cómo complace a Will.

—Se te da genial, Charlie —la elogia con voz baja y ronca—. Eres muy dulce. —Se estremece cuando le pasa la lengua por la punta hinchada—. ¡Joder!

Charlie empieza a moverse más rápido, pero conozco a Will. No es lo bastante rápido. Le gusta más duro. Efectivamente, saca el pene de su boca y lo agarra con el puño para masturbarse él mismo

con más fuerza. Mientras él acelera el ritmo, tiro con fuerza del pelo de Charlie para acercarle la cara al pene de Will.

—Abre la boca, nena. Quiero ver cómo se corre en tu lengua. Quiero ver cómo te lo tragas todo.

Charlie gime y abre la boca.

Y, así sin más, Will se corre, al tiempo que suelta una maldición. Ambos observamos cómo Charlie se traga el líquido. En cuanto se pone de pie, le arrancamos la ropa tan rápido que batimos un récord de velocidad en desnudarla.

—Ven aquí —le ordeno con voz ronca mientras le rodeo la cintura con el brazo. La beso despacio y disfruto de la forma en que sus duros pezones me rozan el pecho cuando se arquea contra mí. Noto el sabor de Will en su lengua y gimo contra su boca.

Larsen necesita tiempo para recuperarse, pero al parecer no tiene reparos en tomar decisiones sobre mi pene. Sus ojos se encuentran con los míos, brillantes de deseo.

—Prepara tu polla, Beck. Nuestra chica necesita que la follen.

Charlie suspira de felicidad.

Joder, nunca había estado con nadie como ella. Esta mujer no tiene inhibiciones cuando se adentra en una nueva experiencia. Se entrega de lleno, igual que yo.

Me gusta mucho.

El pensamiento sigue atormentándome, por mucho que intente apartarlo.

Pero no puedo permitirme llegar a ese punto. No puedo admitir que es posible que sienta algo más que lujuria por ella. Porque no está aquí sola conmigo. También está con Will. Y lo que tenemos, da igual lo que sea, no está destinado a ser más que… esto.

LA VIRGEN Y LA ESPADA, DE LOURDES

CAPÍTULO 12

Forjada con el fuego de mi deseo

La reina Isabel permanecía de pie bajo la tenue luz de las velas de los aposentos reales. El corazón le latía con fuerza mientras contemplaba la formidable figura que tenía ante sí. Ataviado con la antigua armadura con la que había conquistado el mundo, su presencia era abrumadora. Era una leyenda viviente. Se acercó a ella con una sonrisa burlona en los labios y una mirada cómplice que brillaba con intensidad.

Isabel temblaba de ansia, nerviosa. Había gobernado su reino con gracia y fuerza, pero, en presencia de Alejandro, se sentía vulnerable, como una chiquilla.

El gran conquistador le rozó la mejilla con los dedos y luego los deslizó hasta la curva de su cuello para trazar la delicada línea de su clavícula.

—He blandido muchas espadas a lo largo de mi vida, mi reina, pero ninguna como la que empuñaré esta noche.

Isabel se sonrojó y sintió un calor que nunca antes había experimentado. Se le aceleró el corazón cuando comprendió sus palabras, ya que cada sílaba estaba cargada de un deseo puro y primario. Tenía las manos callosas y ásperas por años de batalla, pero fueron delicadas cuando desató los cordones de su vestido para dejar al descubierto su piel desnuda por primera vez.

—Esta espada está afilada —susurró Alejandro con una mirada oscura y hambrienta—, forjada con el fuego de mi deseo. Y esta noche reclamará su botín.

El cuerpo de Isabel tembló bajo su tacto, y el ansia aumentó cuando su vestido cayó al suelo en un suave murmullo de tela. Nunca se había sentido tan expuesta, tan vulnerable, pero en sus brazos anhelaba adentrarse en lo desconocido.

—¿Dolerá? —susurró.

Alejandro sonrió.

—Una espada debe dejar huella, mi reina. Pero descubrirás que el dolor solo es el primer bocado de placer.

Las palabras del hombre provocaron una oleada de calor en su cuerpo y, antes de que le diera tiempo a responder, él se cernió sobre ella y capturó sus labios en un beso abrasador. Le acarició el cuerpo con una posesividad que no dejaba lugar a dudas: esta noche, ella era suya.

Total y absolutamente suya.

Con un movimiento rápido, Alejandro se despojó de la última pieza de su armadura y su cuerpo se alzó sobre ella en todo el esplendor de su desnudez. Isabel abrió los ojos de par en par mientras lo contemplaba y contuvo la respiración al ver su poderosa figura. Tenía unos músculos cincelados y la piel marcada por cicatrices de la guerra, pero fue la feroz determinación de su mirada lo que hizo que se estremeciera.

Eso y la impresionante espada de la que le había hablado, la cual apuntaba en su dirección. Era una amenaza y una promesa a la vez.

—Mi espada —susurró de nuevo mientras presionaba las caderas contra las de ella— está ansiosa por ti, Isabel. Anhela penetrar tus profundidades intactas, hacerte mía.

Isabel jadeó al sentir el calor del cuerpo del conquistador contra el suyo, la energía cruda que irradiaba. Se aferró a sus hombros con las manos mientras él depositaba su tembloroso cuerpo sobre la suave cama.

—Déjame poseerte —pidió con voz ronca—. Déjame reclamarte y descubrirás un placer que va más allá de cualquier cosa que hayas imaginado.

Isabel asintió con la cabeza; perdió la voz en la tormenta de emociones que la azotaba. Esperaba ese momento, lo había soñado y, cuando Alejandro se colocó sobre ella, supo que no había vuelta atrás.

Con un gemido de triunfo, Alejandro la embistió y su espada por fin dio en el blanco.

Isabel jadeó y se tensó ante la desconocida sensación, pero cuando el hombre empezó a moverse, el dolor se desvaneció rápidamente y lo reemplazó una creciente oleada de placer. Alejandro la llenó por completo, con movimientos dominantes e implacables.

—Mi espada te ha saboreado —gruñó con la voz cargada de deseo—. Y no pararé hasta que seas mía en todos los sentidos.

Cada embestida era una declaración, y cada gemido de Isabel, un reconocimiento de su poder sobre ella. Nunca había conocido tanta intensidad, tanta pasión. El cuerpo de Alejandro se movía como el guerrero perfecto que era. Controlado, deliberado y poderoso.

—Dilo —exigió de forma entrecortada—. Di que eres mía.

—Soy tuya, Alejandro. Completamente tuya. —Habló con voz débil y jadeante, pero lo dijo llena de entrega.

Con una última embestida triunfal, hundió su gruesa y dura espada más hondo de lo que ella creía posible y la llevó al límite, a un mundo de placer que jamás había imaginado. Sus gritos llenaron la habitación y se mezclaron con los de él cuando ambos alcanzaron el clímax, con los cuerpos unidos en perfecta sintonía.

CAPÍTULO 33

CHARLOTTE



Fuera de alcance

Faith cree que tengo novio. Uno que se llama Will Larsen, juega al *hockey* en el equipo masculino de la Universidad de Briar y es mi compañero en el laboratorio de Ingeniería Celular y de Tejidos.

Y mi mejor amiga tiene todo el derecho del mundo a creer eso, porque durante las últimas dos semanas he pasado más tiempo en casa de Will, en Hastings, que en la de Delta Pi.

Lo que Faith no sabe es que cuando voy a casa de Will, Beckett también está y que cuando estamos todos allí, inevitablemente termino desnuda y gimiendo en una de sus camas mientras aúnan esfuerzos para hacer que mi cuerpo cobre vida.

Ahora mismo, lo único que deseo es estar en esa posición. Tumbada boca arriba mientras unos labios me besan el cuello y otros se deslizan entre mis piernas para rodearme el clítoris. Hoy me siento al borde del desastre, y mi nivel de estrés se acerca a la ola de presión de forma peligrosa. Por poco no entrego el último trabajo a tiempo. Tuve un problema muy gordo con el proyecto final, que me obligó a solicitar una reunión urgente con mi tutor de laboratorio para intentar solucionarlo. Y ahora estoy atrapada en una reunión del comité administrativo en el que Agatha se queja sin parar de una estudiante de Delta Pi, de primer año, que mancilló el nombre de la hermandad porque tuvo la osadía de divertirse en una fiesta.

No tengo paciencia esta noche. Estoy empezando a cansarme de la molesta costumbre de Agatha de vigilar nuestra vida social para asegurarse de que todas las que compartimos casa con ella cumplan los mismos estándares elevadísimos que ella.

—Agatha —la interrumpo, y el resto de miembros del comité se sobresaltan. Rara vez armo revuelo en estas reuniones—. Solo fue una apuesta. Lucy no suele ir por el campus en bikini, en pleno diciembre. Alguien la retó.

—Y debería haber dicho que no —responde Agatha con voz tensa —. El mal comportamiento de una Delta Pi perjudica al resto de la hermandad. —Suelta un sonido despectivo entre dientes—. Esto es lo que pasa por incluir la diversidad en nuestro convenio. Te dije que no era adecuado.

Me quedo mirando a la presidenta de la hermandad mientras intento no gruñirle con la voz llena de rabia.

—Perdona, pero ¿qué acabas de decir?

Hace un gesto de desdén con una mano de manicura perfecta.

—Tranquila, Charlotte, no me refería al origen étnico, sino a la diversidad de circunstancias.

¿Se refiere a que es pobre? ¡Me cago en la puta! Lo ha mejorado. Lucy es una estudiante becada de un pueblito de Texas, que, desde luego, no es el más avanzado ni el más adinerado de Estados Unidos. Pero parece una chica simpática y su hermana mayor pertenecía a la hermandad Delta Pi de la Universidad de Austin.

Agatha arquea una ceja.

—Lo único que digo es que una chica puede salir del campo, pero el campo no siempre sale de la chica.

Sherise y Samantha asienten en señal de acuerdo.

Siento que se me encienden las mejillas, pero me contengo. A duras penas. He aprendido a morderme la lengua en esta casa, pero eso no significa que no esté furiosa por dentro. En lugar de desahogarme con ella, asiento con sequedad y, no sé cómo, consigo pasar el resto de la reunión sin derramar sangre.

En cuanto Agatha da la reunión por terminada, cojo el bolso, el abrigo y las llaves y me abro paso hasta la puerta principal.

Prácticamente corro hacia el coche. No puedo quedarme en esta casa ni un segundo más.

Suena el teléfono justo cuando me siento al volante. Es Harrison, que ha vuelto a Las Vegas. Como *freelance,* puede trabajar desde cualquier sitio siempre que tenga un portátil y conexión a Internet, pero no puede pagar el alquiler de su apartamento en Las Vegas y, al mismo tiempo, el motel en el que se alojaba a las afueras de Hastings. Sin embargo, este fin de semana vendrá de visita, y he aceptado de forma provisional ir a verlo a Las Vegas durante las vacaciones de primavera, en función de cómo lleve el proyecto final.

Normalmente, contestaría su llamada, pero esta noche le doy a «Ignorar». Estoy de un humor de perros y sé que lo notará en mi voz. Me preguntará qué me pasa, terminaré contándole que estoy enfadada con Agatha y luego hará un comentario despectivo al respecto, porque cada vez que menciono mi hermandad, siempre tiene algo sarcástico que decir.

No lo entiende. Cree que formar parte de una hermandad es una práctica grandilocuente e irrelevante. No lo culpo del todo; mucha gente piensa lo mismo. Y puede que vivir en una hermandad sea un poco ridículo, lo cual no significa que a mí no me importe.

«Es que no te importa», me reprocha mi zorra interior. «Le importa a mamá».

Uf. Vale. Da igual. ¿Qué pasa si estoy aquí por mi madre? Que sea de Delta Pi la hace feliz. Y me gusta hacerla feliz.

Pero no voy a decirle eso a Harrison. Solo avivaría su resentimiento. Siempre que hablamos, hago todo lo posible por evitar el tema de mi familia.

Y todavía no he dicho nada a mi familia. La carga de ese secreto se hace cada vez más pesada, y sé que cuanto más tiempo lo oculte, peor será cuando por fin lo confiese.

Al salir del aparcamiento, la ola de presión amenaza con brotar a la superficie. De repente, siento que el mundo se cierne sobre mí por todos lados. Detengo el coche y respiro hondo mientras visualizo mi caja.

«Mete todo el estrés ahí dentro, Charlotte. Puedes hacerlo».

Pero no consigo cerrar la caja del todo. Se abre constantemente.

Estoy demasiado llena.

O quizá el problema es que no estoy lo suficientemente llena.

Como si necesitara que me llenaran. Will Larsen, Beckett Dunne… o ambos lo harán.

Necesito estar en un lugar donde no haya que fingir ni guardar las apariencias. Un lugar donde pueda ser yo misma. Tengo la sensación de que paso mucho tiempo luchando contra mí misma, contra mi propia naturaleza, cosa que no ocurre cuando estoy con mis chicos. Ellos me entienden. Y cuanto más tiempo paso con ellos, más los entiendo.

El viaje a Hastings y la caminata hasta la entrada son como un borrón en mi memoria. Cuando toco el timbre, estoy llena de frustración contenida. Soy un cable de alta tensión a punto de estallar.

Will abre la puerta, sin perder tiempo entro a toda prisa.

—Quítate los pantalones —le ordeno—. Ahora.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Lo necesito. —Suelto un gemido ahogado de impaciencia. De desesperación—. Ahora, Will.

Aunque se ríe a carcajadas, no hace falta que se lo pida dos veces. Y así es como termino en el salón, donde Will me folla por detrás mientras me sujeta las caderas con tanta fuerza que me duele. Estoy tumbada sobre el regazo de Beckett, quien me ha enroscado el pelo alrededor de su puño para guiar mi boca a lo largo de su polla.

Will me rodea con el brazo y me acaricia el clítoris. Se inclina sobre mí para cambiar el ángulo de penetración y suelto un grito cuando el orgasmo me recorre el cuerpo. Los chicos me siguen poco después.

Al rato, me dejo caer encima de Beckett para recuperar el aliento y, a continuación, me bajo del sofá y me dirijo al baño del pasillo para lavarme.

Cuando regreso, veo que los dos jugadores de *hockey* de Briar me miran con incredulidad.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Cómo que qué? —se ríe Beckett—. Te has presentado aquí como si nada y nos has follado hasta dejarnos secos. ¿No tienes ninguna explicación?

—¿Necesitas una explicación cuando el resultado final es echar un polvo?

—Bien visto.

En lugar de ponerme mi propia ropa, cojo la camiseta que se ha quitado Will. La suave prenda me llega hasta las rodillas. Huele a él, a ese aroma embriagador y especiado del que no me canso.

Beckett tira de mí para que me siente en su regazo. Apoyo la cabeza en su hombro mientras Will me agarra las piernas y las coloca sobre su regazo. Will me frota el pie derecho y suelto un gemido de placer.

Los dos siguen sin camiseta, pero tienen la polla guardada bajo los pantalones y se han quitado los condones. Me encanta que ninguno de los dos se haya inmutado por que apareciera un miércoles por la noche para exigirles un polvo como si fuera una lunática.

—Normalmente no hablo de mis ex con los chicos con los que salgo, pero quiero agradeceros que os toméis mi libido con tanta calma.

Will parece divertido.

—De nada. Pero hacerte sentir bien no es ninguna molestia.

—Lo era para mi ex —digo mientras me encojo de hombros.

—¿Quién? ¿Macho Mitch? —pregunta Beckett con voz pausada—. Es evidente que no puede satisfacer a alguien como tú. Eres una purasangre majestuosa, y él, uno de esos caballos tristes y cansados que suelen montar los turistas de los complejos turísticos.

Resoplo.

—Creo que es la segunda vez que me comparas con un caballo.

Me acaricia el cuello.

—Sí, pero con un caballo muy *sexy.*

Will se ríe, cambia a mi otro pie y me clava los dedos en el arco.

—Le enviaba mensajes parecidos al de esta noche, le decía que iba a su casa y prácticamente le suplicaba que folláramos. Él lo odiaba. Decía que no funcionaba si le daban órdenes y que era una

egoísta por pensar siempre en mí misma. —La culpa me revuelve el estómago.

—Supongo que tiene razón con lo de funcionar cuando se lo ordenan —admite Will—. Pero tampoco me pareces el tipo de persona que forzaría la situación si aparecieras y él te dijera que no tiene ganas.

—Pues claro que no lo forzaría. Me iría a casa y me ocuparía del asunto yo misma.

—Y no creo que sea egoísta expresar tus necesidades —añade—. Parece que simplemente no estabas con la persona adecuada. Tú misma lo dijiste: había incompatibilidades. Alguien con la libido alta ni siquiera se inmutaría.

—Como vosotros.

—Los jugadores de *hockey* siempre están cachondos —coincide Beckett.

Me hundo en su pecho y disfruto de lo cálido y sólido que es.

—Dios, estoy tan cansada de esto —suelto de golpe.

La mano de Will se detiene en la planta de mi pie.

—No, de eso no. —Sonrío—. Eso es maravilloso. No pares.

Beckett me da un beso en el cuello.

—Entonces, ¿cansada de qué?

—De todo. De mi hermandad y sus reglas absurdas, de guardar las apariencias… de todo.

—¿Y por qué sigues con eso?

—Por obligación —murmuro contra su hombro—. Porque todos me miran. Me juzgan. Y lo odio. Odio que nunca pueda sentirme libre ni plenamente viva. Es como si siempre estuviera atrapada en una caja, haciendo lo que se espera de mí e interpretando el papel que todos esperan. Y nunca puedo ser… yo misma.

Will me mira pensativo.

—¿Y qué harías si pudieras? Ser tú misma, quiero decir. Si nadie te mirara ni te juzgara, ¿qué te gustaría hacer ahora mismo?

La pregunta me pilla desprevenida. En cierto sentido, ya sé lo que haría. Porque lo hago. Tengo líos de una noche con chicos con los que no debería relacionarme. Conduzco coches de carreras en un circuito desierto en plena noche. No me importa arriesgarme (joder,

me encantan), siempre y cuando pueda hacerlo lejos de miradas indiscretas.

Pero ¿qué más?

Frunzo los labios. Le doy vueltas al asunto. ¿Qué me muero por hacer y nunca lo he conseguido? ¿Algo demasiado arriesgado, incluso para mí?

—Iría a una *rave* y me drogaría.

Beckett se ríe contra mi pelo.

—Vale. No me esperaba eso para nada. Pero… continúa.

—No hay mucho más que decir. Siempre he querido ir a una *rave* y tomar… no sé, éxtasis o algo así. Algo que me haga sentir bien. Quiero bailar toda la noche y perderme en la música. Solo una vez.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunta Will. No hay juicio en su mirada, solo curiosidad.

—Porque es irresponsable. Potencialmente peligroso. Y tengo demasiado miedo. Nunca he consumido ni una sola droga. Me preocupa sufrir un ataque de pánico y que nadie me cuide.

Will me aprieta el pie.

—Nosotros te cuidaremos. Si de verdad quieres hacer eso, Beck y yo te acompañaremos.

—¿De verdad?

—Por supuesto. No nos separaremos de ti. Podrás hacer lo que quieras con la tranquilidad de que alguien vela por tu seguridad.

—Podríamos ir durante las vacaciones —sugiere Beckett—. Quizá el fin de semana antes de que empiece el nuevo semestre. No tenemos partidos ese finde.

La oferta me conmueve.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente —responde, y Will asiente con la cabeza—. Mereces sentirte viva. No ocultar quién eres. Eres increíble, Charlie, y no deberías tener que fingir.

Me siento muy tentada, pero aún me asusta lo que pueda pasar.

—Quizá lo haga —digo sin comprometerme, pero sin rechazar la idea tampoco.

Beckett me acaricia el brazo desnudo con las yemas de los dedos.

—Bueno, la oferta seguirá en pie si quieres.

—Gracias. —Le doy un besito en la barbilla. Luego clavo la mirada en Will y le sonrío.

Por primera vez en todo el día, siento que puedo volver a respirar.

CAPÍTULO 34

CHARLOTTE



Cautivado

El fin de semana llega más rápido de lo que esperaba, lo cual es algo bueno y malo a la vez. Es bueno porque significa que no tengo que trabajar en el laboratorio hasta medianoche ni supervisar ningún experimento, solo me falta redactar los informes finales. Y es malo porque significa que queda un día menos para que termine el semestre y mi proyecto final no está todavía para la revisión semestral. Estoy deseando que lleguen las vacaciones. Necesito despejar mi mente de toda la información que he acumulado este semestre. De todo el estrés. De los pensamientos contradictorios relacionados con los dos jugadores de *hockey* con los que me acuesto todas las noches.

El sábado por la tarde, mi pequeña me convence para ir a ver un partido de fútbol y, como Harrison está aquí de visita este fin de semana, viene con nosotras. Es la primera vez que se lo presento a alguien como «mi hermano», y hacerlo me llena de alegría.

El estadio está abarrotado y el ambiente es electrizante cuando encontramos nuestros asientos. Es uno de los pocos años en que Briar ha llegado a las eliminatorias, así que la afición está entusiasmada. Vamos todos abrigados porque hace muchísimo frío para diciembre, y Harrison se ofrece a traernos unos vasos de chocolate caliente.

Mientras sale de nuestra fila para ir hacia el pasillo, me siento sobre mis manos enguantadas para calentarlas con el calor de mi culo.

—No me puedo creer que hayas venido a un partido para animar a Isaac —le digo a Blake con una sonrisa.

—He decidido seguirle un poco la corriente.

¡Ja! Sí, claro. Veo a través de su respuesta evasiva. Es evidente que le gusta ese grandullón engreído. Puede fingir que no le importa todo lo que quiera, pero me percato del modo en que observa el campo en busca de alguna señal de él.

—¿Tanto te cuesta admitir que te gusta?

—No está mal. —Esboza una diminuta sonrisa antes de girar la cabeza.

—¿Siempre haces lo mismo?

—¿Qué? —pregunta Blake.

—Negar lo evidente.

Me fulmina con la mirada.

Isaac debió reservar estos asientos, porque estamos justo al lado del banquillo local de Briar. Preveo muchas miraditas entre Blake y el jugador de fútbol, a quien mi pequeña describe con un «no está mal» a pesar de haber salido con él unas doce veces.

Harrison regresa con una bandeja de cartón en la que lleva tres vasos de poliestireno con tapas blancas.

—Eres nuestra salvación —digo mientras acepto con gratitud el vaso que me tiende.

—Gracias —añade Blake con una sonrisa.

Vuelve a sentarse con la mirada perdida en el campo. Los jugadores aún no han salido del túnel, pero tanto el banquillo local como el de visitantes están abarrotados de personal del equipo y asistentes.

—Hace años que no voy a un partido de fútbol —suelta Harrison mientras destapa su vaso. Él se pidió un café en lugar de un chocolate caliente, y el delator aroma flota hasta mis fosas nasales —. Probablemente desde que era adolescente.

—¿Practicas algún deporte, Harrison? —pregunta Blake. Tiene la punta de la nariz roja mientras le da un sorbo a su chocolate.

—No —responde en tono mordaz—. Yo era más de videojuegos. Pasaba días enteros sin salir de casa y casi sin ver a mis amigos. Jugábamos *online* y hablábamos por los auriculares durante horas.

El teléfono de Blake vibra. Echa un vistazo a la pantalla y se levanta.

—¿Te importa aguantarme esto un segundo? —me pregunta mientras me tiende su chocolate caliente—. Voy a llamar a mi madre antes de que empiece el partido. Vuelvo enseguida.

Le cojo el vaso y encojo las piernas para que pase por delante de nosotros hacia el pasillo. En cuanto Blake se va, siento las oleadas de tensión que emana Harrison.

—Bueno —dice mirándome de reojo—, ¿se lo has dicho ya?

Finjo que no sé a qué se refiere.

—¿Decir qué a quién?

—A tus padres adoptivos. ¿Les has hablado de mí?

Mis padres. Nada de «adoptivos». Odio que siempre haga ese matiz.

Se me forma un nudo en el estómago y la culpa me revuelve por dentro.

—No. Todavía no.

Su expresión se ensombrece.

—No lo entiendo, Hae. ¿Por qué no?

Otra cosa que hace últimamente. Llamarme Hae-Won o Hae. Fue tierno la primera vez, incluso se me hizo un nudo en la garganta, pero ahora percibo cierta… hostilidad cuando lo dice. Como si intentara recordarme constantemente que mis raíces no provienen de mi familia. Que soy diferente, alguien a quien no conocen.

Lo haga o no de forma intencionada, cuando usa mi nombre coreano me siento más «marginada». No soy blanca ni coreana. Soy diferente de ellos y diferente de él.

Se suponía que encontrar a mis parientes biológicos iba a ayudarme a descubrir una pieza que faltaba de mi identidad, no a fragmentarla todavía más.

—¿Por qué no se lo has dicho? —insiste Harrison.

—Porque… —Me cuesta encontrar las palabras—. Porque no estoy preparada. Me da miedo su reacción. No quiero que piensen que no

son suficientes para mí. Que intento reemplazarlos o algo por el estilo.

Aprieta la mandíbula.

—¿Así que me vas a mantener en secreto para siempre?

—Claro que no —protesto mientras extiendo la mano para tocarle el brazo. Sin embargo, él se aparta.

—¿Estás segura? —pregunta con voz áspera y llena de dolor. —Porque empiezo a sentir que solo soy un extraño del que te avergüenzas.

—¡No! ¡Para nada! —Alzo la voz con desesperación—. No es eso, te lo prometo. Pero no sé cómo gestionar la situación. Todavía estoy intentando averiguarlo.

—Soy tu hermano. —Ahora parece triste—. Tu familia de sangre. Eso significa algo. O al menos debería.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero las contengo. Me niego a llorar delante de él, delante de toda esta gente.

—Claro que significa algo —respondo con voz temblorosa—. Pero ellos también son mi familia. Me han apoyado y querido durante toda mi vida, y voy a afrontar esta situación como mejor me parezca.

Harrison niega con la cabeza, con una expresión de pura decepción.

Me invade el alivio al ver que Blake regresa por el pasillo. Gracias a Dios. Esto se estaba poniendo demasiado intenso para mi gusto.

Lo entiendo. Sé por qué está molesto. Pero está presionándome y lo odio. No estoy preparada para tener esa conversación con mis padres. No estoy preparada para saber si escogieron de forma deliberada adoptarme a mí y dejar a Harrison. Bueno, puede que lo esté procrastinando. O quizá necesito tiempo para procesar esta nueva relación, este vínculo desconocido, antes de abrir la puerta y dejar entrar al resto de mi familia. De todos modos, siento que me está obligando a elegir entre la única familia que he conocido y el hermano que acabo de encontrar, y es injusto.

—¿Estás bien? —pregunta Blake mirándome.

—Todo bien. —Se me da de maravilla esbozar sonrisas falsas, y esa habilidad no me abandona hoy.

Supongo que logro convencerla, porque se sienta y coge el vaso que le tiendo sin insistir.

—¿Cómo está tu madre…?

Mi voz queda ahogada por el sonido del locutor del estadio, que grita por los altavoces para anunciar que el partido está a punto de comenzar.

Los jugadores de Briar salen del túnel en una nube de negro y plata. Nuestro *quarterback* suele ser quien atraviesa la pancarta de papel, pero hoy el equipo pasa por el lado y la deja intacta. En cambio, los jugadores levantan los brazos para animar a la afición. La multitud ruge, y la emoción que inunda el estadio hace que parezca un ente vivo.

Mientras el resto del equipo trota hacia el campo, seguido por sus oponentes, la voz del locutor vuelve a resonar en el aire.

—Señoras y señores, chicos y chicas, tenemos que anunciar algo especial antes de que empiece el partido —grita con una voz potente —. Uno de nuestros jugadores quiere decir unas palabras.

Siento que Blake se pone rígida a mi lado.

—Oh, no —gime; empieza a deducir adónde va esto.

Cinco corpulentos jugadores de Briar se alinean en el campo. Cada uno sostiene una gran placa de yeso blanca.

Blake se gira hacia mí con los ojos muy abiertos.

—No se atrevería, ¿verdad?

Esbozo una sonrisa de oreja a oreja.

—Parece que no lo conozcas…

—No. Noooo. Deténlo.

—Lo siento, Logan. Te lo has buscado tú solita.

El primer jugador, un liniero gigantesco con la cabeza rapada y brillante, levanta un cartel que pone «ME».

—¡Madre mía! —exclamo—. Esto es maravilloso.

—No, no lo es —sisea Blake, mientras Harrison se ríe a mi otro lado.

—¿Es tu novio? —pregunta. Parece que su mal humor se ha desvanecido gracias al espectáculo de la pista.

—No es mi novio —murmura Blake con los dientes apretados.

En el cartel del siguiente jugador pone «TIENES».

Blake se hunde más en su asiento.

En el tercer cartel se lee «CAUTIVADO», seguido de «BLAKE» y «LOGAN», de modo que los jugadores forman una frase completa que dice:

ME TIENES CAUTIVADO, BLAKE LOGAN

Isaac Grant irrumpe a través de la pancarta de papel de la Universidad de Briar como si estuviera atravesando la línea de meta en los Juegos Olímpicos. Corre entre los gritos ensordecedores de la multitud y se para frente a los jugadores que portan los carteles.

Luego señala directamente a Blake y grita:

—¡Estoy cautivado, ángel!

Los aficionados estallan en vítores y silbidos, mientras que las mejillas de Blake se tiñen de un rojo aún más intenso. Se tapa la cara con las manos, mortificada.

—Este tío está loco —murmura.

—Sí, pero también es bastante romántico —admito, muy a mi pesar—. De una forma ridícula, exagerada y completamente innecesaria.

Blake echa un vistazo por entre sus dedos, claramente dividida entre sentirse halagada y querer esconderse bajo una piedra.

—¿Se ha ido?

—Sí.

Levanta la cabeza y luego me fulmina con la mirada cuando se da cuenta de que Isaac sigue ahí de pie, con los ojos clavados en ella.

Tras soltar un suspiro, Blake lo saluda con la mano y el rostro del chico se ilumina. No hay duda de que está locamente enamorado.

Me percato de las miradas de celos de todas las mujeres que hay a nuestro alrededor.

—Ay, ay, están sacando las garras —la chincho—. Creo que corres un serio peligro con los miembros del club de fans de Isaac Grant.

—Que se lo queden —murmura—. No me gusta llamar la atención.

—Bueno, pues acostúmbrate. —Le doy una palmadita en la espalda.

—Me niego. Espero que no se convierta en algo habitual. No sé si podré soportar este nivel de humillación pública cada semana.

Me río, a pesar de que sigo dudando que Isaac vaya en serio con Blake. Para empezar, el bombardeo amoroso es una señal de alerta. Y sí, Isaac es guapo, encantador y está claramente dispuesto a lo que sea para impresionarla, pero no puedo evitar preguntarme si no lo hace únicamente para llamar la atención. Los grandes gestos son bonitos, pero no siempre significan lo que nosotros queremos.

A mi lado, la expresión de Harrison se ha vuelto seria de nuevo. No quiero que crea que lo oculto por vergüenza. Irónicamente, la razón por la que no he hablado aún con mis padres es ajena a él. Es cosa mía. Me da miedo molestarlos.

Sin embargo, lo único que he conseguido es enfadar a Harrison. La tensión entre nosotros ha vuelto y no sé cómo disiparla.



Llamo a Ava cuando llego a casa después del partido. Y no es una simple llamada, sino una videollamada. Es algo que mi hermana y yo apenas hacemos, así que no me sorprende que me salude con el ceño fruncido de preocupación.

—Hola —saluda con cautela—. ¿Estás bien?

—Sí. Bueno, no mucho.

Me lanza una sonrisa burlona.

—¿Qué pasa?

Me recuesto contra la cabecera y levanto las rodillas. Apoyo el teléfono en una rodilla, cojo el conejito de peluche que descansa sobre la almohada y lo abrazo contra mi pecho. Tiger. Tokki.

Joder, hasta mi conejito de la infancia tiene una doble vida.

—¿Charlotte? —insiste Ava.

—Yo… eh… he hecho algo.

—¡Mierda! ¿Estás embarazada?

—No, no es nada de eso.

Respiro hondo, y las palabras se me pegan en la garganta. Sin embargo, ya no puedo seguir manteniendo el secreto.

Cuando exhalo, suelto de golpe:

—Tengo un hermano biológico.

Sus ojos de color azul grisáceo se abren de par en par.

—¿Qué?

—Me registré en una de esas webs de genealogía y envié mi ADN. Los resultados revelaron que tengo un hermano biológico.

—¿Cuándo?

—Hace un par de meses —admito, e ignoro la punzada de culpa que me atormenta—. Y… lo he conocido.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿No está en Corea? ¿Ha venido para verte?

—No, también lo adoptó una familia estadounidense. Vive en Las Vegas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo sé. —Se me quiebra la voz—. No sabía cómo, y no quería que nadie se enfadara. Pensé que mamá y papá se sentirían… traicionados o algo así. Y quería conocerlo a mi ritmo, sin sentirme presionada a presentároslo ni tener conversaciones difíciles sobre el asunto.

Se queda callada un momento.

—Lo entiendo. Es mucho batiburrillo, ¿verdad?

—Muchísimo. Y él tuvo una infancia muy difícil. Su madre murió poco después de que lo adoptaran, y se quedó solo con su padre, que me parece que lo maltrataba.

Ava jadea.

—Joder. ¿En serio?

—Tiene quemaduras de cigarrillos en los brazos y cada vez que menciono a su padre, se queda callado. Su expresión se vuelve atormentada. —Me muerdo el labio—. No dejo de preguntarme… ¿por qué no nos adoptaron a los dos?

—¿Quién?

—Mamá y papá. ¿Por qué me adoptaron solo a mí y dejaron a Harrison?

Su rostro se ensombrece y veo una expresión incómoda.

—Charlotte, no puedes culparlos por eso. Probablemente no lo sabían.

—Me cuesta creer que en el orfanato no les dijera que tenía un hermano. Me parece una gran irresponsabilidad. —Dudo—. ¿Y si lo hubieran sabido y hubieran decidido adoptarlo? Podrían haberle ahorrado la infancia que tuvo. Pero no, y ahora está enfadado y dolido, y no sé cómo arreglarlo.

La expresión de Ava se endurece.

—No te corresponde a ti arreglar nada. Y no es justo culpar a mamá y a papá por la infancia de ese chico. No son responsables de su vida. Son responsables de ti. Te quieren.

La ira me invade el pecho. Puede que esté fuera de lugar o sea un poco irracional, pero no consigo contener esa sensación de quemazón.

—No lo entiendes. No tienes ni idea de lo que significa estar en la piel de Harrison, sentirse indeseado. Eres su verdadera hija. Nunca tuviste que plantearte si eras suficiente para ellos. Si tu lugar estaba junto a ellos.

Se encoge como si la hubiera abofeteado. Parece conmocionada.

—¿De verdad te sientes así? ¿Crees que no perteneces a nuestra familia?

Abro la boca para responder, pero no me salen las palabras. No pretendía decirlo así, soltárselo tan bruscamente, y la mirada devastada de Ava me oprime el pecho de arrepentimiento.

—No lo sé —susurro. De repente, me siento expuesta, como si hubiera abierto una vieja herida y no pudiera volver a cerrarla. Cojo aire despacio—. ¿Podemos hablar de esto en otro momento? Quizá deberíamos asimilar todo un poco y retomar el tema más adelante.

—No. Vamos a hablar de esto ahora.

—Por favor, Ava, olvidémoslo. Te llamé para contarte lo de Harrison, no para hablar de mi adopción.

Me clava la mirada.

—Char, eres mi hermana pequeña. Mi verdadera hermana. Eso nadie lo ha dudado, ni yo ni mamá y papá. Siempre has sido suficiente.

Sus palabras no me reconfortan tanto como quisiera. Al contrario, solo agudizan la culpa. Ya no puedo sostenerle la mirada.

—¿Puedes mantener lo de Harrison en secreto por ahora? —pregunto—. Todavía no estoy preparada para contárselo a mamá y papá, y quiero ser yo quien se lo diga.

—Por supuesto. Seré una tumba. Pero…

—Tengo que irme. Hablamos pronto.

—Char, espera… —protesta, pero ya he finalizado la llamada.

Me quedo mirando el teléfono y la tensión crece en mi pecho cada segundo que pasa. Me siento indefensa. Como si estuviera al borde de algo que no puedo controlar.

Necesito despejar mi mente. Hacer algo. Lo que sea para olvidar la incómoda conversación.

No debí abrir la boca.

Le escribo a Dante, quien me confirma que puedo pasar por el circuito, y luego cojo el bolso y la chaqueta. Me dirijo a la puerta justo cuando suena el teléfono. Me preparo mentalmente, espero ver una llamada de Ava. Por suerte, es Beckett.

Lo saludo con un cansado «Hola».

—Hola, buñuelito. ¿Dónde estás?

—En casa. ¿Por qué?

—Se suponía que esta noche ibas a venir, después de cenar con tu hermano, ¿recuerdas?

—Oh, joder, lo siento. Lo olvidé por completo. Ha sido una noche intensa.

—¿Qué ha pasado?

—Me he peleado con mi hermana, y antes con Harrison. ¿Puedo llamarte mañana? Estoy a punto de salir.

Su voz se agudiza.

—Son las once de la noche. ¿Adónde vas?

—Por ahí —respondo. Intento que mi voz suene despreocupada —. Solo necesito desahogarme.

—¿Dónde? —repite, desconfiado.

Suspiro, porque sé que no va a dejarlo correr.
—¿Quieres venir conmigo?
—Sí.
—Está bien. Te recojo en veinte minutos.

CAPÍTULO 35

BECKETT



Sí, esa

Prácticamente no hablamos en todo el trayecto, pero es un silencio cómodo. Es tan fácil estar con Charlie. No necesito impresionarla ni llenar cada pausa con conversaciones banales. Tiene suficiente con sentarse al volante y cantar al ritmo de las canciones pop que suenan por los altavoces, y de vez en cuando se gira para dedicarme esa sonrisa que hace que me duela el pecho. Es preciosa.

No he insistido para que me diga adónde vamos. Le he preguntado dos veces desde que me recogió en Hastings, y me ha respondido que ya lo vería encogiéndose de hombros.

Esto solo demuestra que Charlotte Kingston tiene muchas más capas por desentrañar.

No esperaba que me gustara tanto. Pero cuanto más tiempo pasamos Will y yo con Charlie, más me impresiona. Es jodidamente lista, capaz de defenderse en cualquier conversación y sobre cualquier tema que le propongas. Me hace reír a carcajadas. Me pone la polla más dura que nadie.

Y esta es la primera vez que siento… pavor. Saber que este acuerdo llegará a su fin me provoca ansiedad. Porque siempre acaba. La mujer se aburre, la novedad de estar con dos hombres se desvanece. O se enamora de uno de los dos, como Caitlin al

principio del semestre. Y entonces fin. Todos seguimos caminos separados.

No quiero separarme de Charlie. Quiero… joder, no sé qué quiero. Solo sé que la idea de romper con ella me causa un nudo en el estómago.

Cuando llegamos a nuestro destino, miro el enorme cartel de AMATO RACING que cuelga sobre nuestras cabezas, y luego me fijo en el hombre corpulento y musculoso que está de pie cerca de la entrada con un cigarrillo en la boca. Parece unos años mayor que nosotros, con el pelo oscuro y un montón de tatuajes.

Giro la cabeza hacia Charlie.

—¿Qué es esto?

—Ese de ahí es amigo mío. Dante. A veces me deja conducir cuando cierran al público.

Una lenta sonrisa se extiende por mi rostro.

—¿Te gustan los coches?

—Un poco.

—¿Un poco?

Su sonrisa es tímida.

—Vale, mucho —corrige.

¿Ves? Esta mujer nunca deja de sorprenderme.

Salimos de su coche y nos adentramos en la noche oscura y silenciosa. Hace frío afuera. No llevo guantes, así que meto las manos en los bolsillos del abrigo mientras sigo a Charlie hacia el hombre tatuado. Mi aliento forma volutas blancas que flotan en el aire gélido.

—Hola, princesa —grita cuando nos acercamos, aunque clava los ojos en mí con cierta curiosidad—. ¿Quién es este, Lars o Björn?

No puedo contener la risa.

—Es Beckett Dunne —me presenta Charlie—. Y, por desgracia, no es sueco.

—Lástima.

—Pero soy australiano, mejor, ¿no?

Me tiende la mano.

—Soy Dante. Encantado de conocerte. Cualquier amigo de Charlie es amigo mío.

—Lo mismo digo, colega. —Cuando le devuelvo el apretón de manos, miro a Dante con curiosidad—. ¿De qué os conocéis?

—Nos conocimos en una fiesta hace unos años y los coches nos unieron —me explica Charlie mientras se frota las manos. Ella tampoco lleva guantes, y tiene las mejillas sonrojadas por el frío—. Espero que no te importe que haya traído a Beckett. Te prometo que no le permitiré conducir.

—Oye —protesto—. ¡Qué crueldad!

Dante sonríe.

—Lo siento, colega. Estás aquí de pasajero. Sobre todo, porque tengo que irme.

Charlie se sobresalta al oír eso.

—¿Te vas?

—Sí, estaba a punto de escribirte. El coche de Kody se averió y tengo que ir a rescatarlo. —Saca un juego de llaves del bolsillo trasero y abre la puerta de entrada—. Pero entrad de todas formas, me sentaría fatal dejarte fuera después de que hayas conducido hasta aquí. Pero prométeme que irás despacio, ¿vale?

—¿Estás seguro? —Charlie le toca el brazo—. Lo entendería perfectamente si nos mandas de vuelta a casa. No me enfadaría.

—Confío en ti. Cierra cuando termines y deja las llaves en la caja fuerte. Te enviaré un mensaje con el código —dice Dante y, a continuación, le entrega el llavero. Luego rebusca en su bolsillo para sacar otra llave—. Ah, y solo puedes conducir este. Trátalo bien.

Charlie mira el símbolo del fino llavero negro.

—¡Oh, Dios mío! —exclama—. ¿Lo dices en serio?

—Sí. Sé cuánto lo deseas. —Le guiña un ojo y esboza una suave sonrisa. Es evidente que le tiene mucho cariño a Charlie—. Lo he dejado en la pista para ti.

—Oh, Dios mío —repite.

—Apárcalo en el garaje cuando termines. —Dante se dirige al único vehículo que hay en el aparcamiento, aparte del de Charlie: una camioneta polvorienta—. No dejes que el guaperas se ponga al volante —grita por encima del hombro.

—No.

Nunca me había impresionado tanto Charlie como viéndola recorrer las instalaciones dominando completamente la situación. Y la ropa también ayuda, le da un aire de tipa dura. Se ha puesto unas mallas negras, unas botas negras de tacón grueso y un jersey negro extragrande que queda a la vista cuando se desabrocha el grueso abrigo.

Resulta inquietante estar en un circuito de carreras por la noche. La tribuna oscura y vacía es perturbadora y, al pasar por delante, casi espero que un asesino salga de entre las sombras con un cuchillo y nos descuartice. Cuando llegamos al borde de la pista, se me acelera el pulso. Arriba, el cielo invernal está salpicado de estrellas. La luna ilumina débilmente el asfalto bajo nuestros pies, pero el Ferrari rojo brilla como un fuego ardiente.

Charlie se quita la chaqueta y me hace un gesto para que la imite. Dejamos nuestras cosas en una repisa que hay cerca y sonrío cuando Charlie camina hacia el Ferrari con una mirada de auténtica avidez.

No me entra en la cabeza que venga hasta aquí en plena noche para conducir coches deportivos. Si alguien me hubiera dicho que mi pequeña mojigata hacía estas cosas por diversión, me habría reído en su cara.

—¿En serio haces esto? ¿Siempre?

Me lanza una sonrisa traviesa por encima del hombro.

—Es lo mío. Mi forma de desahogarme.

—La mayoría de la gente va al gimnasio o, no sé, come helado cuando está estresada.

—No soy como la mayoría de la gente.

No, no lo es.

Me acerco al deportivo y paso la mano por el suave metal rojo.

—Esto es una locura, en el mejor sentido de la palabra.

—Espera a que me meta.

Antes de que me dé tiempo a responder, se desliza en el asiento del conductor como si fuera suyo y cierra la puerta, de modo que el sonido del pestillo resuena en la quietud de la noche. Me hace un gesto para que me una a ella. El corazón me va a mil por hora, y las expectativas me revuelven el estómago mientras me siento a su

lado. Me hundo en el asiento del copiloto, envuelto en el olor a cuero y gasolina.

Cuando Charlie aumenta las revoluciones del motor, siento su potencia. Su gruñido grave y gutural hace que me vibre la espalda y me hormigueen las pelotas.

—Abróchate el cinturón —me ordena, con los ojos brillantes bajo las luces del salpicadero—. No voy a ir despacio.

—Ah, ¿sí? Enséñame lo que sabes hacer, nena.

Sin decir nada más, cambia de marcha y pisa a fondo el acelerador. Salimos disparados, tan rápido que me estrello contra el asiento.

—¡Me cago en la puta! —Me agarro a la maneta de la puerta con todas mis fuerzas.

Charlie se ríe. Una risa salvaje y despreocupada que envía oleadas de lujuria directamente a mi polla.

—Pues espera, nene —me imita—. Solo estoy calentando.

Toma la primera curva a una velocidad que parece imposible, pero me alivia ver el control que tiene, la facilidad con la que se desenvuelve en las curvas, la fluidez con la que mueve el volante. Es evidente que ha hecho esto muchas veces. Y es… *sexy.* Aterrador, pero *sexy.*

—¡Esto es increíble, joder!

—¡Te lo dije! —grita por encima del rugido del motor. No aparta la mirada de la pista mientras tomamos otra curva cerrada—. Me siento libre, ¿sabes? Sin presión, sin expectativas. Solo estamos el coche, la velocidad y yo.

Esta noche estoy viendo un lado de ella completamente diferente. Está en su salsa. Segura de sí misma. Salvaje. Libre. Me produce una extraña opresión en el pecho, una sensación de… anhelo.

Pero me obligo a ignorarla. No me estoy enamorando de esta chica. Simplemente me gusta lo aventurera que es.

Aceleramos por el siguiente tramo y la pista vuela a nuestro alrededor. No puedo dejar de sonreír. Will se pondrá celoso por perderse esto. El muy idiota decidió ir a tomar algo con Colson esta noche.

De repente, tomamos una curva cerrada prácticamente a la velocidad de la luz. El Ferrari derrapa y, por un instante, siento que volamos.

—Charlie, te juro por Dios que, si nos estampamos, te perseguiré desde el más allá —le prometo, pero suelto una carcajada y mi adrenalina alimenta la de ella.

Charlie se limita a sonreír y vuelve a pisar el acelerador. La pista se extiende ante nosotros como una mancha de asfalto y focos mientras ella acelera el Ferrari, de modo que el velocímetro sube con cada segundo que pasa.

—¿De verdad no puedo conducir?

—No. Dante me mataría.

—¡Oh, por favor! No he venido hasta aquí solo para ir de copiloto.

—¡Ni siquiera sabías que venías aquí!

—Vamos —suplico.

—¡No!

—Eres malvada. —Aunque quizá sea lo mejor. No quiero que ese Dante me dé una paliza por rayarle el Ferrari.

Clavo la mirada en Charlie mientras reduce la velocidad y el silbido del viento al otro lado de las ventanas empieza a calmarse.

—Eres increíble.

Charlie me mira con los ojos brillantes.

Alargo el brazo por encima de la consola central y le acaricio el cuello con los dedos. Sonrío cuando se estremece.

—Me encanta ver esta faceta tuya. Deberías mostrarla más a menudo.

—Lo haría —admite— si no sintiera que tengo que reprimirlo todo siempre.

Conduce el Ferrari hacia lo que parece un hangar de aviones. A medida que nos acercamos, me doy cuenta de que es un garaje. Atraviesa la entrada y se detiene, de modo que el motor zumba suavemente bajo nosotros hasta que se apaga.

Coloco la mano sobre la suya, que descansa sobre la palanca de cambios.

—No tienes que reprimir nada. No tienes que esconderte de mí ni de Will. Queremos verte en todas tus facetas. Lo bueno, lo malo, lo

salvaje.

Se gira hacia mí y se muerde el labio.

—¿Lo dices en serio?

Le acaricio la mejilla. Su piel es increíblemente suave.

—Todo lo digo en serio.

Parece que algo dentro de ella se rompe al oír mis palabras, como si sus paredes se derrumbaran mientras se inclina para besarme. Al principio lo hace despacio, con ternura, pero el ansia crece rápidamente, alimentada por la adrenalina que aún corre por nuestras venas.

Charlie se desabrocha el cinturón de seguridad para girar su cuerpo en mi dirección. Su pecho sube y baja, y tiene los labios ligeramente entreabiertos. Está excitada. Igual que yo.

Sus suaves labios y la calidez de su lengua hacen que el resto del mundo se desvanezca. No me importa ni el pasado ni el futuro, solo el aquí y ahora. Lo jodidamente vivo que me hace sentir esta chica.

Nos separamos el tiempo justo para sujetarle la cintura y tirar de ella por encima de la consola hasta mi regazo. La agarro por las caderas mientras nos fundimos en otro beso apasionado. Gime en mi boca y enreda los dedos en mi pelo.

—Joder —murmuro—. Te deseo con todas mis fuerzas ahora mismo.

Tira de mi camiseta y me la quita por la cabeza.

—Pues tómame —susurra.

Nuestras bocas vuelven a encontrarse y, cuando deslizo las manos por debajo de su suéter, algo me viene a la cabeza.

Rompo el beso.

—Oye, ¿recuerdas nuestras charlas en la aplicación? ¿Tu fantasía?

—¿Cuál? Nos escribimos tantas cosas que… —Se calla de golpe cuando lo comprende. Sus mejillas se tiñen de un tono rosado de lo más dulce.

—Sí, esa —confirmo—. ¿Todavía quieres cumplirla?

Responde con un gemido, y es lo único que necesito. Abro la puerta del coche y salgo con ella en brazos. Tiene pinta de ser un garaje frío, pero alguien (Dante, supongo) debe de haber trabajado aquí con la calefacción a tope, ya que el calor persiste en el aire. El

amplio espacio apenas está iluminado; el único resplandor azulado que se ve proviene de las luces de emergencia.

Charlie presiona su cuerpo contra el mío y deposita un beso en mi cuello mientras la llevo hacia la parte delantera del coche.

—¿Aquí? —pregunto en tono de burla. Pero ya sé la respuesta.

—Aquí.

Una oleada de deseo me recorre. La recuesto sobre el capó y el Ferrari rojo brilla bajo su cuerpo mientras me mira, sonrojada y necesitada. Cuando apoyo las manos a ambos lados de su cabeza, siento el frío metal contra mis palmas, que contrasta drásticamente con el calor que nos une. Inclino la cabeza para besarla, y nuestras lenguas se entrelazan mientras tiro de sus caderas hacia el borde del coche.

—Joder, estoy tan feliz de haberte conocido —confieso entre besos, con la voz ronca por la necesidad.

Mi erección se aprieta dolorosamente contra la cremallera. Pero no la saco, porque a mí no me toca todavía. Ahora es el turno de la diosa tumbada sobre el capó de un maldito Ferrari, de la chica cuyos ojos brillan de deseo. Por mí. Debí de ser un chico muy bueno en otra vida para que esta mujer salvaje, hermosa y perfecta me mire así.

Se le corta la respiración cuando le subo el suéter para revelar la fina camiseta de tirantes que lleva debajo. Tiro de la camiseta para exponer sus pechos desnudos y firmes. Sus pezones se contraen al instante por el aire frío, y se me hace la boca agua.

Le beso el cuello y bajo por su clavícula hasta llegar a sus deliciosos pechos. Cuando capturo un pezón erecto entre mis labios, Charlie gime, por lo que chupo ese capullo apretado hasta que todo su cuerpo empieza a temblar. Luego deslizo la lengua hasta su otro pezón y lo mimo con la misma atención. Le cuesta respirar cuando dejo de acariciarla.

Sonrío al ver la neblina de placer en sus ojos y agarro la cinturilla de sus mallas con los dedos. Las deslizo por sus largas piernas mientras me arrodillo frente a ella.

—Beck… —susurra con la voz temblorosa de ansia.

Verla tumbada así, con el pelo negro desparramado sobre el capó del coche, me vuelve loco. Es preciosa, joder.

Presiono los labios contra la parte interior de su muslo y subo lentamente. Charlie empieza a retorcerse y se agarra al borde del capó mientras me acerco al lugar donde más me necesita. Respira de forma entrecortada y jadea con desesperación.

—Madre mía —exclama cuando por fin llego a su coño—. ¡Por favor!

Me río entre dientes contra su entrepierna.

—Por favor, ¿qué?

—Lámeme.

No tiene que pedírmelo dos veces. Soy adicto a su sabor. Dulce, ácido y sumamente delicioso. Deslizo la punta de la lengua por su raja hacia su entrada, y luego se la introduzco. Arquea la espalda y suelta un grito mientras me agarra el pelo con las manos para apretarme contra ella.

Tras soltar una risa por su violenta respuesta, vuelvo a deslizar la lengua hacia arriba y gimo cuando por fin llego a su clítoris. Está hinchado y palpitante. Suplica que lo laman y lo succionen.

—Me encanta tu coño —murmuro mientras la saboreo con la lengua.

Vuelve a levantar las caderas, y me tira del pelo con tanta fuerza que me provoca un dolor punzante en el cuero cabelludo.

—No pares.

No podría, aunque quisiera.

Los sonidos guturales que emite, la forma en que su cuerpo responde a mi lengua y a mis labios… me están volviendo loco. La devoro como si mi vida dependiera de ello, y me pierdo en su sabor y en la forma en que jadea mi nombre. Se deshace bajo mi lengua, y provoca en mí una sensación de satisfacción que nunca antes había sentido, porque sé que soy la razón de que esta mujer se estremezca y gima de placer. Cuando se corre, casi me corro yo también, tengo que apretarme con fuerza la polla por encima de los vaqueros; el dolor resultante me impide culminar.

—Beckett —suplica, con el cuerpo tembloroso por las secuelas del orgasmo—. Te necesito. Por favor…

Me levanto con el pecho agitado y la atraigo hacia mí para besarla con fuerza. Me agarra el cinturón, desesperada y temblorosa, y gimo en su boca mientras lo desabrocha. Saco un condón de mi cartera y me bajo los pantalones por el culo para liberar mi pene. Charlie se apoya sobre los codos mientras me coloco entre sus muslos.

—¿Quieres esto dentro de ti? —pregunto mientras me agarro la erección con el puño. Me masturbo de forma pausada.

Charlie gime y abre más las piernas.

Joder. Esta mujer es la personificación del auténtico abandono.

Me introduzco en ella, y la sensación es tan abrumadora e intensa que me golpea como una ola. Me inclino hacia adelante para hundir la cara en su cuello y la abrazo con fuerza mientras la penetro una y otra vez. Me rodea la cintura con las piernas y me agarra los hombros con las manos.

—Nena… —gimo, con la voz ronca por la necesidad—. Eres increíble, joder.

Me clava las uñas en la espalda y me atrae hacia sí para rozarme la oreja con los labios.

—Más fuerte —me suplica, y no lo dudo ni un segundo. Me muevo más rápido, más fuerte.

Todo se desvanece. Esto es crudo. Primitivo. Solo estamos los dos, conectados tan profundamente que jamás me había sentido así. Lo único que podría mejorar esto sería que Will estuviera aquí, chupándole el pezón y tirándole del pelo mientras me la follo hasta alcanzar otro orgasmo.

Cuando por fin suelta un grito, cedo el control a su perfecto coño y llego a mi límite con Charlie. Me corro con tanta intensidad que veo estrellas. Esta mujer me consume por completo, me dejo llevar por el calor húmedo de su coño y la fuerza con la que me exprime la polla. Me derrumbo sobre ella con nuestros cuerpos entrelazados, y la brisa nocturna nos enfría la piel sonrojada.

El corazón me sigue latiendo con fuerza mientras deposito un suave beso en su sien.

—Ha sido… —No encuentro las palabras adecuadas.

Charlie suelta una carcajada.

—Sí. Lo ha sido.

Nos quedamos ahí tumbados un buen rato mientras recuperamos el aliento. Le acaricio el cuello y le beso la suave piel. Traza círculos perezosos en mi espalda con los dedos, y siento que su corazón se calma poco a poco contra mis pectorales.

Pasado un rato, la ayudo a bajar del coche y nos vestimos. Sin embargo, parece que no tiene prisa por irse todavía. En cambio, sale del garaje y camina hacia el borde de la pista. La sigo, y nuestros alientos se entremezclan con el aire. Charlie inclina la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas. Cuando tirita, la atraigo hacia mí para mantenerla caliente tanto a ella como a mí.

—¿Mejor? —murmuro mientras le froto los hombros.

—Mucho —susurra en respuesta.

Al cabo de un rato, suelta un fuerte suspiro, como si hubiera estado conteniendo el sonido en su interior.

—¿Quieres hablar de lo que pasó con tu hermano? ¿Y con tu hermana?

Charlie niega con la cabeza. Luego asiente. En voz baja, me explica que Harrison la hizo sentir culpable en el partido de fútbol y que, cuando llamó a su hermana después, su culpa aumentó.

—La situación con Harrison es muy complicada. Cuando empecé con toda esta búsqueda de mi ascendencia, pensé que sería más fácil. Que si encontraba un pariente, sería como si la pieza que faltaba del rompecabezas encajara. Creía que tendríamos una buena relación o que me entendería porque es… bueno, mi familia. Pero resulta incómodo. Ni siquiera nos conocemos, y a veces creo que empeoro la situación, que hago algo mal.

—Por lo que me has contado, no ha sido precisamente fácil hablar con él.

Charlie asiente con el ceño fruncido.

—Sí, es muy difícil. Está resentido porque nos han criado de maneras muy diferentes, y parece que siempre la cago cuando hablo con él. No dejo de sentir que debería disculparme por haber tenido una buena vida.

Cuando deja de hablar y aprieta los labios, creo que ha terminado, pero luego deja escapar un gemido irritado y sigue.

—Y no es solo con Harrison. También me sentía así con mi ex, como si fuera a perderlo si me equivocaba. Siempre intenté ser la novia perfecta para Mitch, pero al final no pude más. Era agotador no dañar su frágil ego y hacerlo feliz cada segundo del día.

—Ese tío es un completo idiota —gruño.

—Sí. E incluso cuando era perfecta, él siempre encontraba algo malo —dice con voz amarga—. Llegó a un punto en el que incluso ser yo misma parecía un peligro. Como si todo fuera a derrumbarse si bajaba la guardia.

Una punzada de ira me revuelve el estómago. No contra ella, sino contra cualquiera que la hiciera sentir así.

—Sabes que todo es culpa suya, ¿verdad? Nada de eso tiene que ver contigo. Macho Mitch tenía esos putos problemas, no tú.

Me mira con los ojos un poco brillantes.

—A veces no lo veo así.

—Pues deberías. Porque si no pudo ocuparse de ti… ocuparse de verdad, de la verdadera tú… es su problema. Él se lo pierde.

—¿De verdad crees eso?

—No lo creo, lo sé. No deberías cambiar para conservar a alguien. Eso no es amor. Eso es… control.

Se queda en silencio mientras lo medita. Sobre nosotros, el cielo se extiende como un mar negro e infinito salpicado de estrellas demasiado lejanas para alcanzarlas, pero lo bastante cercanas como para llenar el aire que flota entre nosotros.

Charlie apoya la cabeza en mi hombro y le da la vuelta a la tortilla.

—¿Y tú? ¿Cómo era tu ex?

Le doy una respuesta vaga.

—Era… no sé. Solo éramos unos críos, ¿sabes? Estábamos descubriendo lo que queríamos, quiénes éramos. —Busco las palabras adecuadas, pero todo me parece extraño, como si estuviera intentando hablar de un sueño. ¿Cómo explicas que esa persona, en un momento dado, significó todo para ti?—. Fue bonito mientras duró.

—¿Rompió ella contigo o tú?

—Ella me dejó.

Charlie asiente con la cabeza.

—¿Te engañó?

Ahora soy yo quien asiente.

—¿Habéis vuelto a hablar desde entonces?

—No. —Niego con la cabeza e instintivamente quiero dejar el tema, pero las palabras se me escapan antes de conseguir detenerlas—. Pero yo, eh, le escribía. Cartas. Lo hice durante prácticamente todo el año posterior a nuestra ruptura. —Me río entre dientes, me siento como un idiota por admitirlo—. Pero nunca llegué a enviarlas.

—Entonces, ¿para qué las escribías?

Me encojo de hombros y esbozo una modesta sonrisita.

—Supongo que era mi forma de dejar todo atrás, aunque ella nunca las leyera. Le dije cosas que antes no sabía, cosas que no entendí hasta después.

Charlie vuelve a dudar.

—¿Crees que es más feliz sin ti?

La pregunta me golpea de lleno en el pecho.

No respondo de inmediato. Respiro hondo y, por un segundo, el frío se intensifica.

—Sí —contesto al final—. Sí, creo que sí.

—¿Y tú? ¿Eres más feliz sin ella?

Se me hace un nudo en la garganta.

—Esa es una pregunta difícil de responder. Ya no soy la misma persona de antes. Mi idea de la felicidad es diferente ahora.

Me observa con toda su atención centrada en mí, y su mirada es tan cálida que hace que la gélida noche sea más soportable.

—Me alegra que estés aquí —confiesa en voz baja—. Conmigo.

Le sostengo la mirada y le aparto un mechón de pelo de la cara.

—A mí también.

Nos quedamos en silencio, y el peso del pasado flota entre nosotros como si fuera humo que se niega a disipar. Sin embargo, en cierto modo, me siento más ligero después de mostrar una parte de mí que normalmente oculto. Cuando me doy cuenta de eso, el pecho y la garganta se me cierran, lo que me dificulta la respiración.

Sí.

No hay duda de que empiezo a sentir algo por ella.
Esto no es bueno.
En absoluto.

CAPÍTULO 36

BECKETT



Innegociables

La cocina huele a canela y azúcar. Es mi combinación favorita, y el familiar aroma que desprenden las galletas mientras se hornean me envuelve como una cálida manta. Mamá y yo llevamos horas haciéndolas, con las manos llenas de harina y la encimera abarrotada de cortadores de galletas y cuencos de glaseado. Es uno de esos momentos que parecen atemporales, como si nada en el mundo importara más que la masa que tengo en las manos y la cancioncilla que mamá tararea a mi lado.

Es una tradición de siempre, un momento de paz en medio del caos navideño habitual, pero lo irónico es que ninguna de las dos somos buenas reposteras. De hecho, se nos da fatal. Las galletas navideñas de Ava están mucho más ricas. Incluso las de papá, con jengibre, son mucho mejores.

No sé por qué, pero mamá y yo siempre terminamos cubiertas de harina, por mucho cuidado que tengamos, y se nos prohibió oficialmente utilizar moldes en forma de bastones de caramelo después del Catastrófico Día de los Penes de Galleta de hace cinco años.

Cuando era pequeña, mi madre intentó incorporar galletas coreanas a nuestra tradición de repostería navideña, pero cometió el error de explicarme que llevaban vino de arroz y que había que

freírlas. Como una mocosa malcriada, tuve una rabieta, porque las galletas «no llevan arroz».

También recuerdo aquella Navidad en la que invitaron a Daisy, una compañera de primaria, y a su familia a cenar, creyeron que así conectaríamos culturalmente. No obstante, pronto descubrimos que la familia de Daisy era más estadounidense que la nuestra. Sus padres eran coreano-estadounidenses de segunda generación, sin ninguna afinidad con el país de origen de sus antepasados, y tampoco les preocupaba que Daisy se acercara a esa cultura. Al menos mis padres intentaron que mantuviera vínculos con Corea.

Y yo me resistí en cada intento.

—Estos copos de nieve parecen un poco tristes, ¿no? —bromea mi madre mientras me da un codazo y coge otro trozo de masa.

Miro las galletas que he estado cortando y me doy cuenta de que es cierto. Todos tienen formas diferentes y los bordes son irregulares porque me tiemblan demasiado las manos.

Fuerzo una sonrisa mientras intento mantener la calma.

—Qué va. Son abstractos. Muy modernos.

Suelta una carcajada.

—Oye, ¿cuáles eran las galletas coreanas que hacías cuando era pequeña? —le pregunto.

—Mmm… No recuerdo cómo se llamaban, pero a tu padre y a tu hermano les encantaban. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Pensaba que estaría bien aprender a hacerlas.

Cojo aire y analizo su reacción: aunque parece sorprendida, creo que también está complacida.

—Oh, eso sería maravilloso, cariño. ¡Qué buena idea! Luego buscaré en mis viejos libros de recetas. Quizá podamos comprar algunos ingredientes mañana.

Me sonríe y, por un instante, siento que todo va bien. Estoy aquí con mi madre, horneando galletas de Navidad, y nada me oprime el pecho.

Pero, entonces, la puerta trasera se abre y la ilusión se hace añicos. El aire frío se cuela en la cocina, y con él llega Ava. La tensión invade la cocina como un invitado indeseado.

—¡Cariño! Llegas justo a tiempo —exclama mi madre cuando la saluda con una sonrisa. Pero luego frunce el ceño al ver a Ava sola —. ¿Dónde está Ash? Creíamos que venía contigo.

Ava se quita el abrigo y lo cuelga junto a la puerta.

—Tenía que trabajar durante las fiestas, así que se quedó en Nueva York.

La sonrisa de mamá se desvanece.

—Oh, qué lástima. Teníamos muchísimas ganas de conocerlo.

Me concentro en las galletas para intentar no meterme en la conversación. Trato de mantener una paz, que se ha vuelto tan delicada desde que le hablé de Harrison a Ava. Como un reloj, me ha escrito cada pocos días, para preguntarme si ya se lo había contado a nuestros padres. Así que, por supuesto, esta tarde no es diferente. Mamá sale un momento de la cocina para revisar la ropa tendida y, en cuanto se va, Ava se abalanza sobre mí.

—Se lo vas a decir estas vacaciones, ¿verdad?

No levanto la mirada. Me mantengo ocupada con la masa, aunque uso el cortador con más fuerza de la necesaria.

—Se lo diré cuando esté preparada. Deja de presionarme.

—Charlotte, vamos. Eres ridícula. No puedes seguir evitando el tema. Merecen saberlo —me regaña con los brazos cruzados, como si fuera ella la agraviada.

—Lo sé —digo mirándola por fin a los ojos. Hablo en tono de advertencia, pero mi hermana no cede. —Es mi decisión, ¿vale? Se lo diré cuando esté lista.

—No puedes mantener esto en secreto para siempre.

—Joder, ya lo sé, Ava —repito con evidente irritación—. En serio. Déjame en paz, ¿vale?

—Lo que tú digas. Voy a buscar mi maleta al coche —resopla. Se gira hacia la puerta justo cuando mi madre vuelve a entrar en la cocina, felizmente ajena a la tormenta que se avecina entre sus hijas.



Harrison: No, mejor así. Papá es más mezquino en las fiestas. Los últimos años, lo he evitado por completo en Navidad.

Sentada en la mesa de la cocina, contemplo el mensaje que acabo de recibir de Harrison y me pregunto qué debo responder. Es el mensaje de respuesta al que le envié diciendo que me daba pena que pasara las Navidades en California, con unos amigos, en lugar de con su padre y sus abuelos en Nevada. Hace poco descubrí que tiene una relación bastante estrecha con sus abuelos. Por lo que cuenta, parecen simpáticos. Su padre, no tanto.

La culpa me invade y mitiga la alegría de estar aquí con mi familia. A pesar de la tensión entre Ava y yo, la casa rebosa calidez. La música navideña suena suavemente de fondo, el aroma a pino del árbol impregna el aire, mi madre y Oliver se ríen de algo mientras ordenan el salón después de competir en un escandaloso juego de mímica. Mi padre ha salido a dar un paseo con mi cuñada y pronto nos pondremos los pijamas para ver una comedia romántica navideña, cursi.

Es todo lo que Harrison no tiene, y odio que sea así. Pero tampoco pienso disculparme por mis circunstancias, que es lo que parece que exige.

Ava entra en la cocina y me mira fijamente antes de ir al frigorífico para coger algo de beber. Rápidamente pongo el teléfono bocabajo sobre la encimera, pero mi hermana ya lo ha visto.

—¿Es él? ¿El hermano?

Asiento con la cabeza.

—Nos estábamos felicitando las fiestas. —Al ver que frunce el ceño, la fulmino con la mirada—. Basta. Por favor. No necesito que me critiques con la mirada constantemente.

Los últimos días han sido difíciles. Cada vez que estábamos en la misma habitación, su cuerpo irradiaba decepción de forma palpable.

—Merecen saberlo, Char —repite. A estas alturas, empieza a sonar como un disco rayado.

—Es Navidad. No voy a soltar una bomba ahora. —Estoy a la defensiva, como si tuviera que justificar el nudo en el estómago que no he podido deshacer desde que llegué a casa.

Suspira, visiblemente frustrada, pero deja de insistir. Al menos por ahora. No hay duda de que luego volverá a la carga. Ava coge un refresco de la balda central, cierra el frigorífico y sale de la cocina.

Sé que tiene razón, pero no puedo lidiar con esto. Ahora no. No con el remordimiento que me atormenta cada vez que miro el móvil y pienso en que Harrison está pasando las fiestas con unos amigos mientras yo estoy aquí, rodeada de gente que me quiere.

Me planteo dar un paseo para despejarme cuando el teléfono vuelve a vibrar. Me tenso, porque espero ver otro mensaje de Harrison, pero es Beckett.

Desbloqueo el móvil y veo una captura de pantalla en nuestro grupo de chat que anuncia una *rave* nocturna. Pone que la fiesta es mañana, a solo una hora en coche de mi casa.

Se me acelera el pulso. Me parece increíble que se hayan acordado. Cuando les conté a los chicos que quería ir a una *rave,* tomar un poco de éxtasis y bailar toda la noche, no hablaba muy en serio. Suena divertidísimo en teoría, pero la realidad da un poco de miedo. No me van las drogas. Joder, ni siquiera me gusta fumar marihuana. Me produce dolor de cabeza.

Aparece otro mensaje.

Beckett: Vuelvo de Indianápolis mañana por la mañana. ¿Te apetece ir?

Pero… creo que necesito esto. Necesito escapar de la presión, la culpa y el peso de todos los secretos que guardo. Aún queda una semana de vacaciones. Ava no regresa a Nueva York hasta dentro de dos días. Lo necesito desesperadamente.

Solo una noche para recomponerme. Podría quedar con los chicos, relajarme durante veinticuatro horas y volver aquí para pasar el Año Nuevo con mi familia.

Apenas dudo antes de responder.

Yo: Me apunto.



Y así es como termino en una fiesta de música electrónica, cerca de Hartford, la noche siguiente. Voy en coche y lo dejo en un enorme aparcamiento de grava detrás de la gigantesca nave donde se celebra la fiesta. El frío aire de diciembre me azota la piel cuando salgo del coche, por lo que me ajusto el vestido debajo del abrigo. Ya se me ha acelerado el corazón, y ni siquiera he entrado.

Les escribí a los chicos cuando me faltaban cinco minutos para llegar. Ahora los observo cruzar el aparcamiento hacia donde estoy, y el corazón me da un vuelco al verlos. Hace una semana que nos separamos y, sorprendentemente, me doy cuenta de que los he echado de menos.

Mucho.

Que ambos estén guapísimos esta noche también tiene algo que ver con mi emoción. Will lleva una camisa negra abotonada, que se le ajusta perfectamente al pecho, con unos vaqueros oscuros y

botas. Se ha peinado el pelo hacia atrás, lo que realza sus pómulos marcados y su rostro bien afeitado. Beckett va con su estilo informal habitual: chaqueta ajustada sobre una camiseta blanca, vaqueros de cintura baja y esa sonrisa desenfadada y arrogante que siempre me derrite.

—Joder —murmura Beckett—. ¡Ese pintalabios es mortal, buñuelito!

Opté por pintarme los labios de color rojo sangre para la fiesta de esta noche, y lo combiné con un maquillaje de efecto ahumado en los ojos. La mirada de los chicos me confirma que logré el resultado deseado.

Will sonríe.

—Noche dura, ¿verdad?

—¿Por qué no? Me gusta cuando vais de duros.

Beckett deja escapar un suave gemido.

—Eres una provocadora.

—Te encanta que lo sea. —Suelto una carcajada y, a continuación, vuelvo a ponerme seria—. ¿Cómo está vuestro amigo?

El fin de semana pasado, ambos fueron a Vermont para asistir a un funeral. El padre de uno de sus compañeros de equipo murió de cáncer la semana pasada, lo cual me parece horrible. Pero justo antes de las fiestas, es una crueldad…

—No muy bien —admite Beckett—. Shane está pasando las fiestas ayudando a su madre a vender la casa. Qué pena, joder.

—Lo siento, no debería haberlo mencionado —me disculpo con un suspiro.

—No pasa nada —dice Will—. Pero sí, probablemente no es el mejor tema de conversación justo antes de una *rave.*

Asiento con la cabeza y, a continuación, me bajo la cremallera del abrigo y me lo quito.

—Creo que lo dejaré en el coche. No quiero perderlo dentro.

En cuanto me quito el abrigo, el calor de sus miradas me abrasa. El vestido verde menta que escogí se ajusta a mis curvas y tiene un escote pronunciado que deja ver la cantidad justa de pecho para que se queden boquiabiertos. Es ajustado en los lugares correctos y

el bajo llega a la mitad del muslo, de modo que me deja las piernas al descubierto.

Beckett me mira de arriba abajo.

—¡Madre mía, Charlie! Estás preciosa, joder.

Antes de que me dé tiempo a responder, me atrae hacia él y captura mis labios en un beso profundo. Me rodea la cintura con las manos y me agarra con fuerza, de modo que nuestro entorno se llena de electricidad y me cosquillea la piel. Cuando finalmente se aparta, Will ya está ahí. Desliza la mano alrededor de mi cuello mientras se inclina para besarme también. Me devora con fuerza y avidez, lo que me hace gemir en su boca.

Por un instante, me olvido de dónde estamos. Solo siento el calor de sus cuerpos pegados al mío y la forma en que mueven las manos, como si conocieran cada centímetro de mi cuerpo y quisieran reclamarme con tanta intensidad que me tiemblan hasta las rodillas. Los dedos de Will se deslizan hacia mi cadera, y siento el cálido aliento de Beckett en mi oreja.

—Deberíamos… —empieza a decir Beck, pero se calla para aclararse la garganta—. Parar —termina la frase con voz ronca.

—Sí —asiente Will—. Tenemos que hablar de negocios.

Parpadeo y los miro, todavía sin aliento por sus besos.

—¿Habéis pagado ya la entrada?

Will asiente.

—Sí, eso ya está arreglado. También hemos reservado habitación en un hotel cercano, como te prometimos. Está todo organizado, cariño.

—Y… —Beckett se mete la mano en el bolsillo. Saca una bolsita transparente, que agarra entre los dedos—. También nos hemos encargado de esto.

Miro la diminuta pastilla de éxtasis y, de repente, la noche parece todavía más cargada.

De verdad lo han hecho. Ni siquiera voy a preguntar cómo han conseguido la droga. No me dirán nada, por supuesto. Pero se me acelera el corazón al verla. En parte es por los nervios y el ansia, pero sobre todo, por la emoción de lo que está a punto de suceder.

Miro de uno a otro.

—No puedo creer que hayáis hecho todo esto.

Cuando alargo el brazo para coger la bolsita, Beckett cierra el puño en torno a ella.

—No, pequeña.

Frunzo el ceño.

—No hasta que hablemos de las reglas —aclara con voz firme.

Arqueo una ceja.

—Creía que el objetivo de esta noche era olvidarnos de las reglas.

El tono de Will es igual de inflexible.

—Todavía no. Antes de que lo tomes, tenemos que aclarar algunas cosas.

Intenta mostrar su faceta protectora y severa… y lo consigue. Me encanta cuando Will se pone así. Cuando recurre a su lado dominante de macho alfa. No puedo contener la sonrisa de suficiencia, sé que se preocupa mucho, pero voy a protestar, aunque sea un poco.

—Muy bien. Vamos a debatir.

Beckett se cruza de brazos, apoyando a Will.

—Oh, esto no es un debate. Las reglas son innegociables.

Will clava la mirada en mí.

—Regla número uno: no te separes de nosotros bajo ningún concepto. Nada de deambular por ahí ni ir sola a ningún sitio. ¿Entendido?

Asiento al tiempo que intento ignorar la calidez que me brota en el pecho al ver que se lo toman tan en serio. Por un lado, me siento como una cría a la que le dicen que no corra con unas tijeras en la mano. Por otro, esa actitud dominante y sobreprotectora me excita.

—Entendido —afirmo.

—Regla número dos —sigue Beckett—. Si empiezas a sentirte rara, aunque sea un poco, nos lo dices de inmediato. Aunque creas que no es nada, dínoslo.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo contener la sonrisa.

—Promételo —insiste Beckett. No está para bromas.

Me muerdo el labio para contener la risa.

—Si empiezo a sentirme rara, os lo diré enseguida. Lo prometo.

Beck asiente con la cabeza, satisfecho.

—Regla número tres —interviene Will—. Hidratación. Bebe mucha agua, y lo digo en serio. No te deshidrates. Sorbos pequeños, nada de tragarte la botella entera.

—Mucha agua, sorbos pequeños. Entendido —respondo mientras me esfuerzo por mantener la cara seria. Parece que nos estamos preparando para un examen importante en lugar de para una noche de baile y desenfreno.

—Regla número cuatro: nada de sexo.

Abro la boca de par en par cuando oigo eso.

—¿Qué?

—Nada de sexo —repite, y Beckett asiente en señal de acuerdo.

Parpadeo y los miro con sorpresa.

—Pero… me han dicho que el éxtasis te pone muy…

—Cachonda —concluye Beckett riéndose—. Sí, así es. Y precisamente por eso, ninguno de los dos te tocará esta noche. Me da igual cuántas veces nos digas que lo deseas o cuánto nos supliques. ¿Verdad, Larsen?

—Exacto.

Hago pucheros con los labios, pero, aunque estoy decepcionada, también siento un poco de respeto.

Will se acerca y me agarra la barbilla para inclinarme la cabeza hacia atrás y mirarme a los ojos. Me roza el labio inferior con el pulgar, lo que provoca una oleada de deseo en mi cuerpo.

—Cariño. —Baja la voz, de manera que casi parece un gruñido—. No vamos a follarte drogada. ¿Entendido? Ese tipo de consentimiento es una línea demasiado difusa para mí. Para los dos. —Mira a Beckett, quien vuelve a asentir con firmeza.

—Prometimos cuidarte —añade Beckett con voz ronca—. Eso incluye no aprovecharnos de ti en ese estado.

—Nada de sexo. —Will me mira fijamente para asegurarse de que lo he entendido—. Sin discusiones.

Suelto un pequeño suspiro al darme cuenta de lo mucho que significan estos chicos para mí. No están aquí solo para divertirse… quieren cuidarme. Y eso me llena de emoción el corazón.

—Última regla —concluye Will—. Haznos caso. Si decimos que es hora de irnos, nos vamos. Sin discusiones ni «solo una canción

más». ¿Entendido?

Me lamo los labios y veo que ambos siguen el movimiento de mi lengua.

—Joder, estáis buenísimos ahora mismo.

Beckett me mira con los ojos entrecerrados, aunque también le está costando mantener la compostura.

—Hablamos en serio. No estamos de broma.

—Lo sé —digo mientras alargo el brazo para apretarle la mano—. Y me encanta que os preocupéis tanto.

Beckett abre el puño y me tiende la bolsita.

—¿Todavía quieres tomar éxtasis?

Asiento con la cabeza. El calor me inunda el pecho cuando cojo la bolsa y saco la pastilla. Antes de metérmela en la boca, miro a los chicos con un nudo en la garganta.

—Gracias —susurro con suavidad—. Por cuidarme.

—Siempre. —La voz de Will es un murmullo bajo.

—Tómala antes de que cambiemos de opinión —dice Beckett con una sonrisa.

Le devuelvo la sonrisa y, a continuación, me coloco la pastilla en la lengua y me la trago tras darle un sorbo a la botella de agua que me tiende Will.

Al margen de lo que pase esta noche, sé que cuidarán de mí.

CAPÍTULO 37

BECKETT



Está con nosotros

Un caleidoscopio de colores baña a la multitud, las luces laten al ritmo frenético de la música y el aire está cargado del sudor y la electricidad de mil cuerpos que se mueven al unísono. Ya había estado en alguna *rave,* pero esta es diferente. Esta vez, Charlie está conmigo. Y brilla con luz propia, joder. La forma en que se mueve, en que sonríe… Es como ver a alguien que cobra vida por primera vez. Se ha dejado llevar por completo, y está perdida en la música mientras su cuerpo se balancea y gira a su propio ritmo.

Will y yo nos mantenemos cerca para asegurarnos de que esté segura, pero es imposible no quedarse hipnotizado por su forma de bailar. Mientras baila bajo los destellos de las luces, su vestido se mueve y le roza los muslos pálidos y firmes. El pelo negro le cae en cascada sobre los hombros. No puedo apartar la mirada.

La última vez que me fascinó tanto una chica fue en el instituto. Shannon. Todavía recuerdo la primera vez que la vi, en noveno. Era el primer día. Entré en el aula, ella estaba sentada en la primera fila. Su melena dorada brillaba bajo las luces fluorescentes y apretaba los labios carnosos con angustia tratando de resolver una ecuación matemática. Sí, hacía los deberes antes de que nos los mandaran.

Parece que me ponen las chicas exigentes y ambiciosas.

Siempre me he sentado al fondo del aula, pero en cuanto vi a esa rubia esbelta que fruncía el ceño con dulzura y estrangulaba el lápiz con sus delicados dedos, me sentí perdido. Caminé hacia la primera fila, me senté a su lado y me presenté. Tenía mucha confianza en mí mismo, incluso a los catorce años.

Creo que le sorprendió que le hablara. Aunque solo era el primer día, ya estaba destinado a ser el chico popular del instituto Lincoln, una de las estrellas del equipo de *hockey,* como se demostró durante la concentración de verano. Llevaba una camiseta de *hockey* con los colores del instituto.

En nuestra primera cita, Shannon confesó que no pensaba atraer a un deportista. Me aseguró que en primaria la consideraban un bicho raro, invisible para los chicos. Yo no entendía que alguien como Shannon resultara invisible. Su aura me atrajo desde el momento en que la vi. Nunca creí en el amor a primera vista hasta que entré en el aula esa mañana.

Con Charlotte, no fue amor a primera vista. Cuando la conocí en clase de Política Medioambiental, me fijé en que estaba buenísima, pero nada más. Joder, incluso ahora, no sé qué siento por ella. No es amor, obviamente. Ya no me van esas cosas.

Pero es… algo.

Por Dios, hasta le conté lo de las cartas que le escribí a Shannon. Eso indica algo más que lujuria.

Pero, sin duda alguna, no es amor.

Charlie nos pilla mirándola y nos lanza una sonrisa radiante. Tiene las mejillas rojas de emoción. Bueno, de emoción y por el éxtasis que le recorre las venas. Está colocada, pero es un subidón vertiginoso y eufórico. Su risa resuena por encima de la música mientras baila mirándonos.

—¡Vosotros no os movéis! —Agarra a Will y lo arrastra hacia la pista por entre la gente que baila—. ¡Bailad conmigo!

Will se ríe entre dientes y se deja arrastrar hacia la multitud. Los sigo de cerca, incapaz de resistir su energía contagiosa. Odio bailar, pero esto no requiere mucha habilidad. Hay demasiada gente para poder moverse bien. Solo tengo que quedarme ahí de pie y restregarme contra el cuerpo ardiente y firme de mi chica, que está

atrapada entre Will y yo. Bailamos los tres juntos y nos movemos al unísono mientras nos reímos como si el resto del mundo no existiera.

Inclino la cabeza hacia el oído de Charlie y le pregunto cómo está, como llevo haciendo toda la noche.

—¿Estás bien, buñuelito?

Me mira.

—Estoy mejor que bien —responde antes de apoyar la cabeza en mi pecho—. Me siento viva.

La música vibra al ritmo de mi corazón mientras bailamos, perdidos entre la multitud. Nuestros cuerpos se mueven juntos bajo las luces estroboscópicas. La sonrisa de Charlie es amplia y le brillan los ojos mientras se balancea entre nosotros. Nunca la había visto sentirse tan libre.

Es una vista maravillosa.

Bailamos durante horas. El ambiente frenético y el fuerte sonido del bajo hechiza a toda la discoteca. Me sorprende lo tranquilo que está todo el mundo. Aunque, en cuanto lo pienso, me fijo en él: un chico un poco mayor que nosotros intenta abrirse paso entre la multitud, con la mirada vidriosa clavada en Charlie. Se acerca mucho, excesivamente, pero ella está demasiado absorta como para darse cuenta.

—¡Hola, guapa! —grita el chico con los labios prácticamente pegados a su oreja—. Parece que necesitas compañía.

Charlie lo mira parpadeando. Aunque sigue sonriendo, está confundida, como si no procesara del todo lo que sucede. El éxtasis la ha programado para sentirse bien y quiere lo mismo para todos los que la rodean.

Contengo una oleada de ira, ardiente e inminente. Antes de que me dé tiempo a reaccionar, Will se interpone entre ellos: apoya la mano en el pecho del chico con firmeza y lo empuja hacia atrás.

—No le interesas —gruñe—. ¡Lárgate!

El tipo se tambalea un poco, con la sorpresa reflejada en su rostro.

—¿Qué cojones, tío? Puede hablar por sí misma.

—Claro que puede —suelta Will. Clava la mirada en el tío, como si lo retara a hacer otro movimiento—. Y está con nosotros. Así que capta la indirecta.

Me acerco a Will para mostrarle mi apoyo.

El chico cuadra los hombros y se hincha como un pavo real.

—¿Crees que puedes…?

—Sí, lo creo —espeta Will—. Así que… ¿por qué no te facilitas las cosas y te largas?

Por un momento, parece que el tío va a responder, pero luego nos mira a Will y a mí. Sabe que lo superamos en número y en fuerza.

—¡Lo que vosotros digáis, cabrones! —masculla mientras retrocede entre la multitud—. Esta zorra no vale la pena.

En cuanto se va, vuelvo a mirar a Charlie. Esperaba que estuviera conmocionada, quizá incluso molesta, pero, para mi sorpresa, está visiblemente cachonda.

—Eso ha sido muy excitante. —Su voz tiene un matiz que hace que mi polla se sacuda. Algo sensual y cautivador.

—Te gusta que nos pongamos en plan cavernícolas, ¿verdad? —bromea Will mientras le rodea la cintura con el brazo.

—Mucho.

Charlie se inclina y lo besa. Deposita un beso tan rápido y duro en los labios de Will que le arranca un gemido de la garganta.

Me río entre dientes.

—Bueno, volvamos a bailar antes de que os pongáis a hacer cosas inapropiadas y nos echen.

Charlie se ríe y se deja llevar de nuevo por el ritmo de la música. Ahora nos envuelve una energía diferente a la de antes, pero no puedo sucumbir a ella. Le prometimos que esta noche no la tocaríamos, y no pienso abusar de esa confianza.

Nos quedamos hasta que termina la fiesta, hasta que las luces se apagan y la música se desvanece en el silencio matutino. Charlie se apoya en nosotros con pesadez, con las pilas totalmente agotadas. La acompañamos fuera de la nave. Arrastra los pies, pero esboza una sonrisa soñadora y satisfecha, que indica que aún siente los efectos de la droga.

Will reservó una habitación en un hotel cercano, y la ciudad está tranquila mientras caminamos las cuatro manzanas que hay hasta el hotel, abrigados para protegernos del frío de finales de diciembre. La adrenalina de la noche se disipa lentamente, y deja tras de sí una calma apacible. Nuestro aliento forma ligeras bocanadas blancas que la brisa nocturna arrastra por el aire. Todavía no ha nevado este invierno, al menos no en Nueva Inglaterra. Charlie se quejó en nuestro chat de que este año la Navidad no era blanca, pero, sinceramente, a mí me gusta así. Odio la nieve.

Cuando llegamos a la habitación, Charlie se desploma sobre la cama de matrimonio extragrande, con las extremidades extendidas sobre la colcha blanca, como si estuviera haciendo un ángel de nieve. Las luces de la ciudad se filtran a través de las cortinas y proyectan suaves sombras sobre la cama. Tiene los ojos entrecerrados y una sonrisa perezosa se dibuja en sus labios mientras nos mira a Will y a mí. De forma distraída, empieza a trazar formas con los dedos en las sábanas.

—Ha sido la mejor noche de mi vida —murmura con la voz cargada de cansancio, aunque todavía persiste un toque de emoción —. No quiero que termine. Quitaos la ropa. Los dos.

Intercambio una mirada con Will, y él niega con la cabeza, divertido. Ya esperábamos esto.

—¿Cómo hemos terminado saliendo con la chica más cachonda del mundo? —pregunta.

—Ni idea. —Suelto una carcajada, me siento a su lado y le aparto unos mechones de pelo de la cara, que está sonrojada—. Ha sido divertido, pero se acabó. Te toca banquillo.

Se incorpora y se apoya sobre los codos.

—¡Pero no estoy cansada! —protesta—. Y te deseo. Deseo a Will. Estáis siendo muy injustos.

Por muy tentador que suene (y lo es, joder), hicimos una promesa. No está en sus cabales.

—Charlotte. —Utilizo su nombre completo para demostrarle que hablo en serio—. Por muy *sexy* que estés esta noche, no vamos a aprovecharnos de ti. Dijimos que nada de sexo, y era en serio. Es una línea que no estamos dispuestos a cruzar.

Su puchero es jodidamente adorable, pero ninguno de los dos cedemos.

Tras soltar un gruñido de decepción, Charlie se desploma hacia atrás. Está tan guapa con ese vestido que tengo que apartar la mirada de ella.

Necesito una ducha fría. Ya.



La luz del sol se filtra a través de las cortinas abiertas de la habitación del hotel, de modo que ilumina el revoltijo de sábanas y ropa tirada. Charlie sigue dormida, tumbada entre Will y yo con el rostro sereno y relajado. La observo un momento, mientras mi mente rememora los sucesos de la noche anterior. Veo a Charlie bailando con desenfreno, con los ojos brillantes cada vez que nos miraba. Recuerdo el momento en que se quedó dormida, apretada entre nosotros.

Nuestra chica se despierta y, cuando abre los ojos, me mira con una sonrisa somnolienta.

—Buenos días. —Su voz suena adormilada.

—Buenos días —respondo mientras me inclino para besarle la frente.

Mira a Will, que está tumbado de espaldas a nosotros. Alarga el brazo para acariciarle el tendón entre los omóplatos. Will gruñe en respuesta, y la sonrisa de Charlie se ensancha.

—Necesito una ducha —dice—. Y luego deberíamos irnos. Mis padres se pondrán furiosos si no llego a tiempo para la comida de Nochevieja. Es una tradición.

—No hay problema —asegura Will cuando por fin se despierta del todo. Se estira y le da un beso en el hombro a Charlie—. ¿Cómo te sientes? Ya se te habrá pasado el subidón, ¿no?

—Sí, se acabó. —Suspira—. Ha sido muy divertido.

—¿Así que le darás al éxtasis todos los fines de semana? —bromea Will.

—Dios, no. Ha sido algo puntual. Me gustó demasiado como para repetirlo.

Resoplo.

—Lo digo en serio —insiste—. Algo tan bueno no debería convertirse en un hábito.

No puedo evitar relacionar esa frase de advertencia con nuestra propia situación, porque soy adicto a nuestra vida sexual. Cada vez es mejor que la anterior. Ya sea Charlie y yo solos o los tres juntos, nunca es suficiente para mí.

Echo un vistazo a mi teléfono mientras Charlie se ducha. Pongo los ojos en blanco al leer los últimos mensajes de mi padre. Entiendo que está muy triste porque la semana pasada rechazé la oferta de trabajo, pero se pone muy melodramático con todo el asunto. No para de enviarme memes de cachorritos tristes.

Justo le estoy escribiendo para decirle que lo olvide de una puta vez cuando Charlie sale del baño con una toalla diminuta envuelta alrededor de su húmedo cuerpo. De la parte *inferior* del cuerpo. La toalla es tan pequeña que ni siquiera le cubre las tetas.

Boquiabierto, se me resbala el teléfono de la mano y cae sobre la cama.

—Estoy bastante seguro de que esa toalla está pensada para envolverte el pelo —consigo decir a pesar del nudo de lujuria que me oprime la garganta.

—Ah, ¿sí? —Sus ojos irradian inocencia.

Will se lame los labios, igual de afectado por su descaro.

—Creía que tenías prisa por irte.

Nos mira con una ceja arqueada.

—Mi familia sobrevivirá si llego una hora tarde.

—Ven a la cama —gruño.

Charlie esboza una sonrisa.

Un instante después, se tumba sobre el colchón como si fuera una deliciosa ofrenda. No puedo apartar la mirada de ella. Está preciosa así, tan salvaje y completamente a nuestra merced.

—Ponte de rodillas frente a ella —le ordeno a Will.

Él también sonríe mientras se arrodilla a los pies de la cama.

—Estás de suerte, nena —le dice a Charlie al tiempo que acerca su cuerpo desnudo al borde de la cama—. El Beck Mandón ha hecho una aparición inusual esta mañana.

Tiene razón. Tras aguantar el cuerpo de Charlie restregándose contra el mío durante toda la maldita noche, necesito correrme desesperadamente, así que voy a ponerme al mando hasta que lo consiga.

Charlie clava la mirada en mí, con un destello de intriga en los ojos. Antes de que pueda decir nada, la boca de Will ya está sobre ella. Empieza a recorrerle el vientre, sé exactamente adónde se dirige.

Me siento a su lado y le acaricio la suave piel con la mano. Todavía está sonrojada de la ducha.

—Más despacio, colega —digo. Recorro el duro pezón de Charlie con los dedos y la hago jadear—. Tómate tu tiempo. Quiero oírla suplicar.

Will me mira con una sonrisa burlona, pero me hace caso y se lo toma con calma mientras desliza la boca hacia abajo y le besa justo encima del punto donde más necesitada está. Charlie se retuerce y arquea la espalda al tiempo que deja escapar un suave gemido de impaciencia.

—Beckett, por favor… —susurra con voz temblorosa.

Sonrío.

—¿Quieres que te saboree? ¿Quieres su boca en tu coño?

Asiente frenéticamente mientras se aferra a las sábanas.

—Sí. Joder, sí.

Suelto una carcajada. Me encanta lo alterada que está.

—¿Lo has oído, Larsen? Te desea.

Will no dice ni una palabra. Se limita a mirarme mientras espera mi señal. Sabe que esta mañana estoy yo al mando. Acaricio el vientre a Charlie, de modo que siento el temblor de sus músculos bajo mi mano, y me inclino un poco hacia atrás para darle espacio a Will.

—Adelante —ordeno con la voz ronca de excitación—. Hazla gritar.

Esta vez, no duda. Desliza la boca hacia su entrepierna y, en cuanto la roza con la lengua, Charlie deja escapar un fuerte gemido y todo su cuerpo se estremece ante la sensación.

—Eso es —lo animo—. Despacio. No tengas prisa. Haz que disfrute de cada segundo.

Will la lame lenta y deliberadamente, y Charlie empieza a jadear de forma entrecortada. Noto que ya está cerca. Siempre es muy receptiva y se adapta a nosotros a la perfección.

—Te encanta, ¿verdad? —le pregunto mientras le acaricio un pecho y le doy un suave apretón—. Que los dos nos centremos en ti. Quieres correrte para él, ¿verdad?

Asiente con la cabeza porque tiene la voz demasiado rota para hablar, pero el modo en que me agarra el brazo me dice todo lo que necesito saber.

—Díselo. Dile a Will cuánto necesitas correrte.

Charlie se estremece.

—Will, por favor. Necesito correrme ya.

Will levanta la cabeza brevemente para mirarme con una sonrisa maliciosa en los labios y, a continuación, vuelve a inclinarse y le roza el clítoris con la lengua. Charlie se sacude y deja escapar un gemido ahogado.

—Dile lo que le vas a hacer, Larsen —le ordeno, porque sé que eso la volverá aún más loca—. Dile cómo vas a destrozarla.

Will gime contra su coño, y no necesito mirarlo para saber que está duro como una piedra. Con un gruñido, le clava los dedos en los muslos y le abre aún más las piernas.

—Voy a hacer que te corras con tanta fuerza que perderás la cabeza —le promete con la voz llena de lujuria. Luego atrapa su clítoris entre los labios y lo succiona.

Es evidente que las palabras de Will le afectan. Ya está empapada, y está claro que nos necesita con urgencia.

—¿Has oído eso, nena? —le susurro al oído mientras le acaricio el pezón con el pulgar—. Te va a destrozar con esa boca. Y yo observaré cómo te deshaces por nosotros.

Will presiona la lengua contra ella para provocarla con un movimiento largo y perezoso, y Charlie comienza a temblar incontrolablemente.

Mi amigo se ríe entre dientes y la sujeta por las caderas para que no se mueva.

—Sí, te gusta, ¿verdad? Siento lo mojada que estás, lo preparada, para nosotros.

Vuelve a lamerla para torturarla con cada movimiento de su lengua.

—Está cerca —digo mientras enredo la mano en su pelo y tiro lo suficiente como para hacerla jadear—. Que se corra, no pares hasta que grite.

Will hace exactamente lo que digo y la devora con experta precisión. El cuerpo de Charlie empieza a tensarse, le tiemblan las piernas. Está al borde del abismo.

Me inclino hasta que mi boca está a unos milímetros de la suya.

—Córrete, pequeña.

Entonces, sin previo aviso, Will le da un golpecito con la lengua en el punto justo y Charlie pierde el control. Le tiembla todo el cuerpo mientras Will la sujeta para prolongar cada segundo de su orgasmo. Observo su rostro, con los labios entreabiertos y los ojos cerrados con fuerza, y es lo más excitante que he visto en la vida.

—Buena chica —susurro—. Ya está. Eso es.

A medida que Will aminora la marcha, siento que Charlie se relaja a mi lado. Cuando por fin abre los ojos, los tiene vidriosos, y no puedo contener la sonrisa mientras la beso. Cuando me separo, dejo los labios pegados a los suyos.

—Podría pasarme el día viendo cómo te corres —confieso.

Will levanta la cabeza y se limpia la boca con el dorso de la mano mientras endereza sus anchos hombros. Parece tan satisfecho como yo.

Charlie intenta recuperar el aliento. Está absolutamente preciosa tendida frente a nosotros, completamente despeinada. Pero aún no he terminado con ella. Ni de cerca.

La levanto con cuidado y le doy la vuelta para ponerla a cuatro patas, con su culo perfecto en alto. Suelta un suave gemido cuando me pongo un condón y me coloco detrás de ella. Estoy tan duro que apenas puedo pensar con claridad, pero quiero tomarme mi tiempo, disfrutar de cada segundo.

Will se coloca a su lado y se inclina hacia ella para acariciarle la espalda.

—¿Estás preparada para más? —pregunta.

A Charlie se le corta la respiración mientras me mira por encima del hombro, con los ojos vidriosos de lujuria.

—Sí.

No necesito nada más.

La agarro por las caderas para introducirme en ella y, en cuanto estoy dentro, se me escapa un gemido profundo de la garganta. Está tan apretada, tan mojada por todo lo que Will le ha hecho, que la sensación es maravillosa. La penetro despacio, quiero saborear el modo en que su cuerpo reacciona y la forma en que me aprieta cuando la embisto más profundamente.

Will le recorre la columna con los dedos y, con los ojos brillantes, observa cómo se estremece bajo su tacto.

—Mírate, nena. Tienes un cuerpo perfecto, joder. Me encanta lo bien que aceptas su polla, lo desesperada que estás por nosotros. Sabes que nos vuelves locos, ¿verdad? Con ese cuerpecito prieto que pide a gritos que lo toquemos… ¡Joder! —gime.

Le acaricia el culo y le da un firme apretón mientras yo sigo profundamente enterrado en ella. Siento que palpita alrededor de mi polla.

—Estoy deseando estar dentro de ti luego —dice Will con la voz cargada de deseo—. Mira qué bien te adaptas a él.

No puedo contener el gemido al verla completamente a nuestra merced. La embisto profundamente de nuevo.

—Sí —gime Charlie mientras empuja hacia atrás cuando empiezo a moverme más rápido.

—Estás preciosa así. A cuatro patas, suplicando que te follemos. Eres una chica muy buena. —Los ojos de Will brillan de lujuria.

Charlie gime más fuerte, sé que vuelve a estar cerca. Me lo dice la forma en que se mueve contra mí, el modo en que se le tensa el coño. Es casi insoportable.

—Vas a correrte otra vez, ¿verdad? —la provoca Will—. Te correrás mientras Beckett te penetra hasta el fondo y te abre para él.

Me retiro y luego la embisto de nuevo, absorto en lo que siento cuando me aprieta la polla, y apenas puedo contenerme.

—Dámelo, Charlie —pido con la voz entrecortada—. Quiero sentirte.

Will se ríe entre dientes mientras observa cómo perdemos la cabeza.

—¿Lo has oído, nena? Quiere sentir cómo te corres en su polla. ¿Vas a darle lo que quiere?

Nuestra chica jadea mientras se aferra a las sábanas y suelta otro gemido desesperado.

—Sí… por favor… estoy tan cerca…

Le doy un cachete en una nalga y la penetro hasta el fondo.

—Esa es mi chica. Córrete para nosotros. Enséñanos lo bien que aguanta ese cuerpecito tuyo.

Charlie se deja llevar y tiembla por la fuerza de su orgasmo, es todo lo que necesito para culminar yo también. La embisto una última vez mientras el placer me invade el cuerpo.

Completamente agotados, ambos nos desplomamos sobre el colchón mientras Will nos observa con una sonrisa satisfecha.

—¡Joder! —exclama—. Hacéis un buen tándem. —Se acerca a Charlie para acariciarle la sonrojada piel con los dedos—. Lo has hecho muy bien, nena.

Charlie gira la cabeza para besarlo y estira el brazo para agarrar la erección que apunta hacia ella.

Sí.

No hay duda de que llegará tarde a la comida de su familia.



Dejamos las llaves de la habitación en la recepción de la planta baja, vamos hacia el aparcamiento de detrás del hotel y acompañamos a Charlie a su coche.

Nos besa, a uno y después al otro.

—Gracias por lo de anoche. Y por lo de esta mañana. Creo que nunca me había divertido tanto.

—No hay de qué —responde Will con suavidad. Veo cómo la mira, no aparta la mirada mientras Charlie se sienta al volante y se abrocha el cinturón.

—¿Nos vemos en el campus? —pregunta con los ojos clavados en nosotros.

—Por supuesto —respondo mientras cierro la puerta.

En cuanto vemos que sale del aparcamiento sin problemas, subimos a la furgoneta de Will y nos vamos. Sin embargo, el silencio es diferente ahora. Más denso. Cargado de preguntas que ninguno de los dos sabe cómo expresar.

—No dejo de pensar en ella —confieso finalmente, y odio lo expuesto que me siento—. En Charlie. No me la quito de la cabeza, nunca.

—Yo igual —admite Will—. Es diferente. Especial.

Vuelvo a dudar hasta que por fin pregunto:

—¿Qué es esto, colega? Lo que tenemos los tres. ¿Cómo cojones vamos a conseguir que funcione?

Le da vueltas a la pregunta.

—No lo sé. Pero quizá no tenemos que saberlo ahora. Dejemos que… todo siga su curso.

Me muerdo el labio y asiento lentamente con la cabeza.

—Sí. Supongo que tienes razón. No hay que darle demasiadas vueltas.

Will coge el teléfono y busca otra lista de reproducción. Una canción lenta de rock tradicional llena el asiento delantero. La tensión se disipa, igual que mi confusión.

Lo que sea que tenga con Charlie, lo que tenemos los tres…

Lo resolveremos sobre la marcha.

CAPÍTULO 38

CHARLOTTE



Un magnífico polvo exclusivo

Los nuevos semestres son muy prometedores. Es como hacer borrón y cuenta nueva, siento que todo vuelve a ser fácil y que el estrés del semestre anterior ha quedado en el olvido. Me encanta conocer a los profesores. Ojear el temario de una nueva asignatura. Es un momento mágico y optimista en el que el futuro está a mi alcance y todo parece posible.

En este día nevado de enero, estoy de muy buen humor. No hay olas de presión a la vista. El laboratorio de Ingeniería de Rehabilitación de esta mañana fue fascinante, creo que será mi favorito del semestre. Estamos con los dispositivos de asistencia, y hoy hemos hablado en profundidad sobre las prótesis y su impacto en la movilidad y la calidad de vida del paciente. Casi me arrepiento de no haber elegido diseñar un dispositivo de rehabilitación para el proyecto final, pero ya es demasiado tarde.

Will me espera fuera del laboratorio, tan atractivo como siempre, con el pelo castaño peinado hacia atrás y la mandíbula bien afeitada. Mi novio número uno es la personificación del vecino atento y majo. Y sí, ahora me refiero a él como «mi novio». Es mucho más fácil que seguir llamándolo «el chico con el que salgo» o «el jugador de *hockey* con el que me acuesto».

Mi novio número dos parece más rudo últimamente, se está dejando crecer la barba por el *hockey.* Briar está arrasando esta temporada, y he descubierto que los jugadores de *hockey* son sumamente supersticiosos. Beckett olvidó afeitarse el día que el equipo dominó el partido que, en teoría, estaría muy igualado, así que, obviamente, su vello facial fue la razón por la que ganaron. Su habilidad y esas cosas no tuvieron nada que ver. Le dije que parece un montañés australiano. Me gusta.

Me gustan los dos. Pero, para el resto del mundo, Will es mi novio. Mi único novio.

A Beckett no parece importarle no ser la cara pública de nuestra relación, pero, aun así, siento una punzada de culpa cada vez que le doy la mano a Will en el Malone cuando Beckett está a un metro y medio de distancia. Vale, puede que la otra noche Beckett me tocara en el coche de camino a casa mientras Will conducía, pero, da igual, me siento mal. No quiero que piense que me avergüenzo de él, aunque creo que le gusta mantener esa distancia. A Beckett no le va el amor. Lo ha dejado bien claro.

Aunque yo no estoy enamorada. No puedes enamorarte de dos hombres. Es una locura.

Solo siento lujuria.

Pura y absoluta lujuria.

Pero no le doy más importancia de la necesaria. Tan solo nos estamos divirtiendo, eso es todo.

—¿Quieres comer en Carver Hall o volvemos a Hastings? —me pregunta Will mientras me pongo una bufanda roja de lana alrededor del cuello.

—Vamos al comedor. Esta noche tengo una reunión absurda en Delta Pi, así que quiero quedarme en el campus. Pero iré a vuestra casa después de la reunión.

Cuando estamos a punto de llegar a la salida, le suena el teléfono. Mira la pantalla y aprieta la mandíbula.

—Lo siento, tengo que cogerlo.

—No pasa nada. Contesta.

Salimos y Will suspira antes de responder:

—Hola, papá.

Sigo caminando a su lado, de modo que mis botas de invierno crujen contra el sendero cubierto de nieve. Por fin nevó la semana pasada y el campus está cubierto de un manto blanco. Will permanece en silencio durante varios segundos y, a juzgar por su postura rígida, algo no va bien. Cada vez que su padre lo llama, termina estresado.

—¿Otro más? —pregunta con voz tensa—. ¿Qué pasa? ¿El artículo del *Capitol* no fue suficiente para mejorar tu imagen?

Su cara expresa frustración. Oigo la voz fuerte y autoritaria de su padre a través del teléfono, pero no estoy tan cerca como para entender lo que dice.

Will vuelve a apretar la mandíbula y se frota la nuca mientras escucha a su padre.

—Sí, lo entiendo… He dicho que lo entiendo. Es que… Está bien. Lo haré. Dile a Alessia que me envíe los detalles por correo electrónico.

Cuelga el teléfono con los hombros caídos.

—¿Qué quería? —pregunto.

Se guarda el teléfono en el bolsillo y luego entrelaza nuestras manos enguantadas.

—Ha programado otra entrevista. Otro artículo para alabar a su hijo, un deportista estrella y un ejemplo a seguir. —El sarcasmo es evidente—. Está obsesionado con que salga perfecto en los medios. Es como si me considerase un producto comercial.

Frunzo el ceño y me detengo frente a él.

—No permitas que siempre se salga con la suya. Puedes decir que no.

Will niega con la cabeza, con una sonrisa triste en los labios.

—No conoces a mi padre. Te presiona hasta que cedes. Es imposible llevarle la contraria.

Su mirada derrotada me rompe el corazón. Will es muy fuerte en muchos sentidos, pero su padre ejerce un poder sobre él que lo hace sentir inferior. Lo odio.

—Eres más fuerte de lo que crees —le aseguro mientras lo rodeo con los brazos. Mi aliento forma una nube blanca en el aire—. Eres un hombre fuerte, *sexy* y decidido. No consientas que te controle.

Will me mira y su expresión se suaviza, pero siento que está librando una batalla interna. Como si quisiera creerme, pero la influencia de su padre a lo largo de los años se lo impidiera.

—Puede —dice con voz áspera mientras coloca las manos en mi cintura—. Aunque no es fácil.

—Sé que no lo es, pero confío en ti. Creo que eres totalmente capaz de liberarte de su control. Solo tienes que mantenerte firme —digo y, a continuación, me pongo de puntillas para besarlo.

Un beso lento, ya que el objetivo es consolarlo, pero enseguida se vuelve más profundo, como siempre ocurre con Will y Beckett. Se relaja contra mí y me abraza con más fuerza.

Justo cuando nuestras lenguas se encuentran, una voz sarcástica nos interrumpe.

—Vaya, qué imagen más íntima.

Me doy la vuelta y veo a mi exnovio en mitad del camino observándonos. Genial. Tenía que ser él.

Mitch se cruza de brazos y nos mira a Will y a mí de forma intermitente.

—Hola, Mitch —lo saludo con un tono de voz que intento que suene ligero.

—Hola, Charlotte —saluda con el mismo tono. Sonríe con suficiencia y da un paso hacia nosotros—. ¿No vas a presentarnos?

—Ah, claro. Mitch, este es Will. —No doy más detalles.

Mi ex se fija en la chaqueta de Will y aprieta los labios.

—Jugador de *hockey,* ¿eh?

Will se pone rígido y su instinto de protección entra en acción.

—¿Tienes algún problema con eso?

Mitch lo observa y se encoge de hombros.

—Ninguno. Solo me preguntaba cuánto tardará Charlotte en aburrirse de tu polla y seguir adelante. Es lo que hace siempre.

La irritación me recorre el cuerpo, pero antes de que me dé tiempo a decir nada, Will se pone delante de mí y me bloquea de la vista de Mitch.

—Cuidado con lo que dices —le advierte.

Mi ex hace una mueca de desprecio.

—¿Qué? ¿Vas a pegarme?

—Tal vez —responde Will con voz tranquila, pero su tono deja claro que no bromea.

La chulería de Mitch flaquea un segundo. Luego disimula con otra mirada burlona.

—Lo que tú digas, tío. Es toda tuya. Que tengas suerte.

Mitch se da la vuelta y se aleja. Suelto un suspiro al ver que se va.

—Lo siento —me disculpo mientras le toco el brazo a Will.

Niega con la cabeza y se vuelve hacia mí.

—Tú no tienes que disculparte, él sí. Ha sido un puto maleducado.

—Ya. Aún no ha superado nuestra ruptura. No sé si conseguirá hacerlo. —Le ofrezco una pequeña sonrisa para intentar animar el ambiente—. Por cierto, eres bastante intimidante cuando quieres. Así es como deberías tratar a tu padre.

—Sí, puede que sí. —Will suelta una risita y me coge la mano cuando retomamos nuestro camino.



Sigo pensando en el encontronazo con Mitch cuando llego a casa más tarde y, cuando recuerdo el tenso encuentro, se me hace un nudo en el estómago. Intento deshacerlo mientras cojo el portátil para nuestra reunión semanal.

Entro en el comedor y me siento junto a Sherise. Luego me giro en la silla para saludar y sonreír a Blake, que está apoyada contra la pared. Ella me devuelve la sonrisa, bronceada y feliz. Se fue a San Bartolomé en las vacaciones, con su familia y algunos amigos. Supongo que alguien que conoce tiene una casa en la playa por allí. Faith también estaba fuera, uno de sus millones de hermanos se casó durante las vacaciones. La boda se celebró en Grecia. ¡Menuda zorra afortunada!

Todas parlotean esperando que Agatha empiece la reunión. Se me erizan los pelos de la nuca cuando noto que algunas chicas me miran de reojo y empiezan a susurrar más fuerte de repente. Sin embargo, disimulo el ceño fruncido y las ignoro para centrarme en Agatha. Está sentada a la cabecera de la mesa, con su habitual aire de superioridad.

—Vamos a empezar —anuncia cuando ya estamos todas.

Para mi alivio, la siguiente hora pasa volando. Y lo que provocó el chismorreo de mis compañeras de hermandad parece que ha pasado, al menos hasta que Agatha me impide salir del comedor después de terminar la reunión.

—Charlotte —me llama con voz áspera—. No te vayas todavía. Tenemos que hablar.

Me da un vuelco el corazón, pero asiento. Mientras las demás salen del comedor, algunas me lanzan miradas compasivas. Otras simplemente parecen curiosas.

Me preparo mentalmente mientras Agatha se acerca con su pelo perfecto, su vestido de marca y una expresión que es una mezcla de preocupación y condescendencia.

—¿Qué pasa, Agatha? —pregunto mientras reprimo mi irritación.

La presidenta se cruza de brazos.

—Me han informado de que hoy te han visto besándote con un chico en el campus.

Me quedo boquiabierta.

—Perdona… ¿qué?

—Ya me has oído.

—Eso no es asunto tuyo —protesto, divertida. Esperaba algo mucho más grave. Como que me hubieran acusado de malversar fondos de la cuenta de la casa o que alguien hubiera descubierto que me acuesto con dos hombres.

Pero ¿está enfadada porque besé a Will en el campus?

Menudo escándalo, joder.

—Es asunto mío si afecta negativamente a esta casa. Como hermanas Delta Pi, se espera que mantengamos cierta imagen. Una imagen de clase y dignidad. La promiscuidad es indigna de una Delta.

Cierro las manos en puños a mis costados y su tono condescendiente provoca una chispa de ira.

—¿Promiscuidad? —repito con la voz un poco alzada—. Solo fue un beso, Agatha. Tranquilízate, joder. Ni que le hubiera hecho una mamada en el patio.

—Esa no es la cuestión —dice bruscamente—. Tu comportamiento destaca y no para bien. Tenemos una reputación que mantener, y la pones en riesgo.

La miro con incredulidad.

—A todo esto, ¿quién te lo ha contado? ¿Quién está tan preocupado por mi vida personal que tuvo la necesidad de decírtelo? —Pero sé la respuesta antes de que Agatha abra la boca siquiera—. Mitch. Fue él, ¿verdad?

Por supuesto que se rebajaría a tanto. Y sé con certeza que tiene el número de teléfono de Agatha. Como vicepresidente de Delta Tau, estuvo en el grupo de chat de nuestro comité administrativo cuando organizamos una cena con su fraternidad, el año pasado.

—Da igual quién me lo haya dicho. Lo que importa es que empieces a pensar en cómo nos afectan tus actos.

Se me acaba la paciencia.

—¿Sabes qué? Ya no aguanto más. Ya no aguanto que pienses que puedes controlar cada aspecto de mi vida porque podría perjudicar a esta preciosa hermandad. Así que… ¿por qué no te metes en tus asuntos y dejas de actuar como si fueras la puta policía de la moral?

Abre los ojos de par en par. Es evidente que no esperaba que le respondiera así.

—Solo intento…

—¿Qué? ¿Avergonzarme hasta que me someta? Bueno, no voy a disculparme por vivir como me da la gana. Si eso no encaja con lo que para ti debería ser una hermana Delta, entonces quizá no pertenezca a esta hermandad.

Se hace el silencio mientras Agatha me mira boquiabierta, sin palabras por una vez. Me doy media vuelta y salgo furiosa de la habitación. Tengo el pulso acelerado y me tiemblan las manos por la adrenalina.

Subo las escaleras de dos en dos. Joder. ¿Hablaba en serio cuando he dicho lo de no pertenecer a este lugar?

No lo sé, pero ahora mismo no me importa. Necesito alejarme de todo. Alejarme de las reglas, de las expectativas, de la presión asfixiante por ser perfecta.

Cuando oigo que unos pasos me siguen de cerca, no necesito girarme para saber que es Faith.

Entra conmigo en mi habitación con una sonrisa traviesa.

—Sabes que toda la casa lo ha oído, ¿verdad?

—Me da igual.

—Ha sido épico.

—Ya, bueno, no creo que me lo perdone —murmuro pasando una mano por el pelo.

—¿Y qué más da? Agatha tenía que oírlo. Te aseguro que si vuelve a soltarme esa chorrada de que algo es «impropio de una Delta», yo también perderé los papeles.

—Es una puta creída. Se comporta como si fuera la reina que controla la vida de sus súbditos. —Sigo furiosa—. Parece mentira que intentara avergonzarme por un beso.

—Pues yo sí. Esa zorra va con la cabeza tan alta que es un milagro que no se ahogue cuando llueve.

Suelto una risita.

—Es que… ¿en qué mundo esto es asunto suyo? No hago daño a nadie. —Ahora suelto un suspiro—. Uf. Seguro que ya está planeando cómo devolvérmela.

—Que lo intente. Le recordaremos que no todo el mundo quiere participar en su jueguecito de «¿Quién es la Delta más perfecta?».

Se me encoge el corazón al percibir la convicción en la voz de Faith. Cuando me uní a esta hermandad y vi a las otras chicas de mi clase de iniciación, me asusté por si nunca conseguiría encajar o encontrar una aliada. Una verdadera amiga. Pero no todas eran tan estiradas y prejuiciosas. Faith emergió como un glorioso unicornio entre un montón de purasangres presumidas y me mostró, por primera vez en la vida, lo que significa tener una amiga que te apoya incondicionalmente.

Me acerco a ella con energía y la rodeo con los brazos para estrecharla con fuerza.

—Te quiero, Faith Grierson.

Faith resopla contra mi pelo.

—¿Estás ligando conmigo?

—No. Solo quiero que sepas que te quiero. No sé qué haría en esta casa sin ti.

—Probablemente estarías encerrada en el salón escuchando a Agatha parlotear sobre la reputación y el decoro. —Arquea una ceja —. Ahora, ¿podemos hablar de esa ardiente sesión de besuqueo de la que todo el mundo habla en la casa? Según Jia, le metiste la mano en los pantalones a tu jugador de *hockey* y le estabas haciendo una paja en medio del patio.

—Oh, Dios mío. Sí, claro. Solo fue un beso.

—Pero ¿en público? —Faith sonríe—. Eso es un gran paso para Charlotte Kingston. Besarse en el patio es como hacerlo oficial en Instagram. ¿Podría decirse que ya tienes novio oficialmente?

Tengo dos.

Pero me guardo ese detalle para mí.

—Yo no diría que es mi novio oficialmente. Pero sí, Will y yo estamos juntos.

—¿Exclusivamente?

Me tambaleo. Joder.

—¿Qué? —pregunta Faith con el ceño fruncido.

—Acabo de darme cuenta de que nunca les he preguntado si somos exclusivos. Di por sentado que sí.

Faith suelta una risita.

—Quizá deberías salir de dudas.

—Sí. Debería hacerlo.

Voy a casa de los chicos en Hastings obsesionada por el rollo de la exclusividad y, al mismo tiempo, disfruto de la euforia de haberle plantado cara a Agatha. Revivo la confrontación con ella durante todo el trayecto. Luego revivo la noche de la rave, el sexo alucinante, cada momento que pasé con los chicos.

Me siento imparable. Segura de mí misma.

Entro en su casa y me quito los zapatos. Will está trabajando en su portátil sentado en el sofá, pero arquea una ceja cuando entro con aires de grandeza en el salón.

—Alguien parece satisfecha —bromea cuando se fija en mi expresión. Cierra el ordenador y lo deja a un lado—. ¿A qué viene esa alegría?

Sonrío tirando el bolso en el sillón.

—Le acabo de decir a Agatha dónde puede meterse sus reglas de hermana Delta.

Suelta una carcajada grave.

—¿Nuestra querida y dulce Charlotte ha hecho eso? ¿En serio? ¿Qué pasó?

—Me llamó después de la reunión y me sermoneó por ser una «promiscua», porque Mitch se chivó de que nos vio besándonos —le explico. Todavía me arde la sangre por la satisfacción del momento —. Así que le dije que se metiera en sus asuntos.

Me uno a él en el sofá y, de inmediato, Will me sienta en su regazo y me envuelve la cintura con los brazos.

—Esa es mi chica —exclama, y el elogio hace que vacile un momento, una reacción que no le pasa desapercibida—. ¿Qué ocurre?

—Estuve hablando con Faith antes de venir aquí. —Me muerdo el labio—. Y me di cuenta de que nunca hemos hablado de…

—¿Hablado de qué? —pregunta con una mirada divertida—. ¿Te refieres a hablar de sexo? El pene entra en la vagina y todo el rollo.

—Sí —afirmo con solemnidad—. No hemos hablado de la mecánica de las relaciones sexuales. —En broma, le doy un puñetazo en el brazo—. Me refiero a hablar sobre salir con otras personas.

Se le tensan los hombros.

—¿Sales con alguien?

—¡Dios mío, no! Claro que no. Lo decía por ti y por Beckett. Nunca me habéis confirmado la exclusividad…

—Confirmada.

Esbozo una sonrisa.

—¿Sí?

—Por supuesto. No quiero ver a otras personas. Y sé que Beck tampoco.

—¿Dónde está Beckett, por cierto?

—Se fue a una fiesta con algunos de los chicos.

—Qué pena —digo.

—¿Por qué?

—Porque está a punto de perderse un magnífico polvo exclusivo.

Will me agarra con más fuerza por la cintura mientras deposito un reguero de besos a lo largo de su mandíbula. Se le corta la respiración cuando llego a sus labios y capturo el inferior entre mis dientes. Lo muerdo y suelta una maldición.

Le recorro el pecho con las manos y trazo las definidas crestas y líneas de sus músculos por encima de su camiseta. Me encanta cómo se le tensa el cuerpo cuando lo provoco. Me encanta sentir cómo se le endurece la polla con cada roce, hasta que termina siendo una erección en toda regla que me golpea la cara interna del muslo.

Desliza las palmas hasta la parte baja de mi espalda y me aprieta todavía más contra él, hasta que no hay espacio entre nosotros.

—Vas a acabar conmigo —gruñe, pero su mirada hambrienta me dice que no le importa en absoluto.

—Bien.

Acerco mi boca a la suya y lo beso. Will me devuelve el beso y me recorre el cuerpo con las manos, ávidas y hábiles. Lo empujo hacia atrás en el sofá y me siento a horcajadas sobre él. Suelta otro gemido. Desliza los dedos bajo mi camiseta y me roza la piel, de modo que una oleada de escalofríos me recorre la columna.

Tumbada encima de él, con la lengua en su boca y las manos por todo su musculoso cuerpo, le doy un golpe sin querer a su portátil con el codo. Consigo atraparlo antes de que se caiga del sofá.

—Lo siento —me disculpo mientras lo dejo rápidamente sobre la mesa de café.

—Más te vale. Lourdes me matará si me destrozas el portátil antes de que termine de corregir su capítulo.

Estaba a punto de besarlo de nuevo, pero me quedo paralizada, con los labios a unos centímetros de los suyos.

—¿Hay un nuevo capítulo?

—Ajá. —No obstante, se olvida rápidamente del asunto y su boca se aferra a mi cuello.

Le doy un golpe en el pecho y lo obligo a mirarme.

—¿Y? —exijo saber—. ¿Isabel está de acuerdo en unir fuerzas con Alejandro contra el ejército invasor chino?

—Charlie —me riñe Will—. ¿De verdad quieres hablar de *La virgen y la espada* o quieres que te folle hasta dejarte sin sentido?

Cuando lo medito un momento, suelta una carcajada.

—¡Has dudado!

—¡Porque quiero saber qué pasa!

Mientras suelta una risita, tira de mí hacia abajo y me besa antes de que pueda seguir discutiendo. En cuanto su lengua roza la mía, me olvido por completo de Isabel y Alejandro y recuerdo cuánto deseo desnudar a este hombre.

Así que eso es lo que hago. Le arranco la ropa al mismo tiempo que él me arranca la mía, terminamos desnudos en el sofá, pegados el uno al otro, con las bocas fusionadas. Cuando Will empieza a deslizar la mano entre mis muslos, oímos que la puerta principal se abre con un crujido.

Me tenso al instante y alargo el brazo en busca de mi camiseta, porque, por lo que sé, Beckett podría volver a casa con diez jugadores de *hockey.* Pero cuando mi novio número dos aparece por la puerta, afortunadamente está solo.

Los ojos grises de Beckett se clavan de inmediato en la escena que se desarrolla frente a él. Parece que contiene una sonrisa al verme encima de Will. Su mirada se posa en la mano de Will, enterrada entre mis piernas, y la sonrisa aparece en sus labios.

—Por mí no os cortéis —dice con voz áspera mientras se apoya en el marco de la puerta.

Ambos lo miramos, pero ninguno hace ademán de soltar al otro. De hecho, Will se pone aún más duro contra mi muslo. Y empieza a acariciarme la dolorida entrepierna con la palma de la mano, como si quisiera mostrarle a Beckett exactamente lo que se pierde.

Mi montañés australiano no se acerca, pero tampoco se va. En cambio, se deja caer en el sillón, sin apartar la mirada de nosotros. Sigo sentada a horcajadas sobre Will, con las palmas de las manos sobre su pecho desnudo. Siento que el corazón le late con fuerza bajo mis manos.

—¿No vas a unirte a nosotros? —pregunto mientras me giro para mirar a Beckett.

Niega con la cabeza y esboza una sonrisita burlona.

—Esta noche, no. Pero vosotros seguid a lo vuestro. Yo disfrutaré del espectáculo.

Con una sonrisa en los labios, Will vuelve a acariciarme el coño y frota la palma de su mano contra mi clítoris. Me estremezco de placer, que se intensifica cuando me introduce un dedo y, a continuación, añade otro. Gimo ante la repentina sensación de plenitud, y mis caderas cobran vida para mecerse contra su mano.

Los ojos de Will brillan con necesidad y lujuria.

—Joder, nena. Estás tan jodidamente *sexy* mientras te follo con los dedos. ¿Quieres que meta otro?

Estoy demasiado excitada para responder, pero mis músculos internos se tensan alrededor de sus dedos, lo que le provoca una sonrisa maliciosa.

—Lo he sentido, Charlie. Alguien necesita que la llenen esta noche, ¿eh?

—¡Sí! —Se me escapa un gemido desesperado de la garganta.

Añade un tercer dedo y los curva dentro de mí, de modo que toca un punto que hace que se me nuble la vista y me humedezca al instante. Me froto con más fuerza contra su mano mientras respiro entrecortadamente.

—Veo que te gusta eso —dice y suelta una risa malvada—. Te sientes llena, ¿verdad, nena? Espera a que mi polla esté dentro de ti. Te la meteré hasta el fondo. Entonces sí te sentirás llena.

Mete y saca los dedos, y el sonido de succión llena el aire que hay entre nosotros. Apenas puedo respirar. El clítoris me palpita y me implora que lo toquen. Alargo el brazo entre nuestros cuerpos para frotarlo y oigo que Beckett maldice en voz baja. Hay algo en su forma de mirarnos, en el fuego abrasador de su mirada, que hace la situación aún más excitante. Se me acelera la respiración cuando Will aumenta el ritmo de sus dedos. Mi excitación le empapa la mano.

—Córrete para él —me ordena Beckett en voz baja y autoritaria—. Muéstrame cuánto lo deseas.

Will vuelve a encontrar ese punto mágico y lo presiona con los dedos. Pierdo el control, y el orgasmo me recorre en fuertes oleadas ardientes. Me derrumbo sobre su pecho temblando y jadeando. Siento que su erección contra mi vientre deja un rastro de líquido preseminal en mi piel, y saber que está tan excitado por conseguir que me corra me provoca otra oleada de placer estremecedor.

Will gime, y sus labios buscan los míos mientras empieza a mover las caderas. Oigo que Beckett gime también, y la emoción de saber que está disfrutando con esto no hace más que intensificar las sensaciones. Siento cómo todos los músculos de Will se tensan, y su deseo es tan palpable que resulta casi abrumador.

—Nena —susurra—. Siéntate sobre mi polla antes de que explote.

—Condón —le recuerdo, pero Beckett lo tiene todo controlado. Un paquete cuadrado sale volando hacia nosotros y Will lo atrapa sin problemas.

Un momento después, me introduzco en él y ambos jadeamos en busca de aire. Cuando estoy completamente sentada sobre él, le acaricio el torso y disfruto del calor de su piel.

—Cabálgame fuerte —murmura.

Le doy lo que quiere. Lo cabalgo rápido y con fuerza, y la presencia de Beckett añade una capa adicional de ardor a un encuentro ya de por sí abrasador. Will tiembla debajo de mí, con los párpados cada vez más pesados, y va perdiendo poco a poco el control, a medida que lo llevo más y más al límite.

—No pares —ordena Beckett—. Que se corra.

Y, con eso, Will se deja llevar. Se corre con un gemido bajo y me abraza con fuerza mientras me embiste y me llena hasta el fondo. Nos quedamos enredados durante un rato, necesitamos un buen rato para recuperarnos. Tanto, que a Beckett le da tiempo a ir a la cocina para prepararme un té, cuando regresa, aún sigo abrazada a Will.

Al cabo de un rato, me levanto del sofá para recoger mi ropa y los tres nos acomodamos para pasar la noche. Los chicos ponen un videojuego. Yo me acurruco junto a Beckett y observo el juego de zombis en la pantalla, pero no le presto mucha atención. Me siento tan cómoda con estos chicos. Con los dos. Menos mal que no quieren que elija entre ellos, porque realmente no creo que pueda hacerlo.

Paso la noche en la habitación de Will, como siempre. He descubierto que Beckett prefiere dormir solo. Sospecho que es otra forma de mantener la distancia entre nosotros, de no comprometer nunca más que su cuerpo en esta relación. Incluso me costó sonsacarle dos míseras frases sobre su exnovia. Aún me sorprende que admitiera haberle escrito algunas cartas tras su ruptura. Es alérgico a la intimidad, y eso empieza a molestarme un poco, pero no quiero presionarlo, porque sé lo horrible que es sufrir presión.

A la mañana siguiente, me despierta un mensaje de socorro de mi pequeña.

Blake: ¿Podemos vernos cuanto antes? Me acaban de echar de la residencia.

CAPÍTULO 39

CHARLOTTE



El Método me ha fallado

Me reúno con Blake en el Della's Diner un par de horas después. Está con Gigi y una rubia platino llamada Diana. Blake ya me contó que a Diana la había agredido su ex hacía poco, algo francamente aterrador, así que consigo disimular la sorpresa cuando veo las manchas moradas y negras en su cara. Parece que Diana y su novio, Shane, han pasado un invierno difícil. El padre de Shane murió. Diana sufrió una agresión. Ni siquiera puedo imaginar vivir alguna de esas experiencias sin sufrir una crisis nerviosa.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto a Blake mientras me siento junto a ella en el reservado—. ¿Por qué te han echado de Burton House? ¿Es definitivo?

—Al parecer, sí —responde con indiferencia—. No me permiten entrar, salvo para recoger mis cosas y supervisada. Pero mis padres van a hablar con el decano.

—En serio, ¿qué coño ha pasado?

Blake aprieta los dientes.

—Isaac es lo que ha pasado.

Oh, vaya.

—Anoche estábamos en la sala común e invitó a algunos de sus compañeros de equipo para ver el partido con nosotros. No me entusiasmaba la idea, pero me prometió que se comportarían. —Sus

ojos azules brillan con furia—. Pues de eso nada. Lo destrozaron todo. Y me refiero a muebles rotos, bebidas por el suelo y alfombras pringadas. Uno de los linieros incluso le dio una patada a la pared e hizo un agujero. Fue sin querer, pero aun así.

Blake es tranquila, serena, pero esta mañana percibo un tono de pánico en su voz.

—¡Qué horror! ¿Qué vas a hacer?

—Mi padre me prometió que se encargaría de todo, pero el decano está fuera hasta el martes, así que tendré que dormir en la calle durante los próximos días.

—No dormirás en la calle —le asegura Diana—. Ya te he dicho que puedes instalarte en mi casa hasta que lo soluciones. Yo me quedaré con Shane en el piso de al lado.

Al ver mi mirada de desconcierto, Diana me explica que ella y su novio son vecinos en un complejo de apartamentos que hay cerca de aquí. Beckett me contó el otro día que Shane había vuelto a Briar. Regresó a casa un tiempo después del fallecimiento de su padre, para ayudar a su madre y a su hermana, pero regresó a Hastings después del ataque a Diana. Tengo el presentimiento de que nunca volverá a separarse de ella. Estoy descubriendo que los jugadores de *hockey* son extremadamente protectores.

—Y si no —le digo a Blake—, estoy segura de que a Will y Beckett no les importará que te quedes en su habitación de invitados.

—Hablando de Will… —Gigi me mira por encima del borde de su taza de café mientras da un largo sorbo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Un pajarito nos ha dicho que sales con Will.

—El nombre del pajarito es Will —aclara Diana con un bufido.

Me remuevo en el asiento incómoda.

—Ah, ¿sí? ¿Qué más os ha contado?

—Nada. —Diana pone los ojos en blanco—. Por eso te pedimos detalles.

—Dejad a mi mentora en paz —protesta Blake.

Gigi hace una mueca.

—Madre mía, qué rara es la jerga de las hermandades.

—Desde luego —suspiro.

—Pero no, Blakey, no dejaremos en paz a tu mentora —afirma Diana echándose la coleta encima del hombro—. Dinos, mentora… ¿cuáles son tus intenciones con nuestro William?

Por suerte, el teléfono empieza a vibrar con fuerza y me salva.

—Un momento, chicas —digo mientras rezo para que tengan memoria de pez y olviden la conversación en cinco segundos.

Me pongo el bolso en el regazo y busco el teléfono, hasta que por fin lo encuentro escondido debajo de la cartera. Cuando lo saco, un trozo de papel sale disparado del bolso y cae en la mesa, frente a Diana.

Ella lo coge y me lo devuelve.

—Aquí tienes.

—Gracias —digo con el ceño fruncido. No sé qué es ese papel ni por qué está en mi bolso, pero en lugar de leerlo después, decido estúpidamente desdoblarlo delante de todas.

Se me para el corazón cuando reconozco la letra.

Es de Beckett.

No de Will.

—Oh, Dios mío, ¿es una carta de amor? —Con una sonrisa, Diana vuelve a quitarme el papel. Sus ojos verdes brillan con picardía.

Intento arrebatárselo de la mano, pero ya lo está leyendo en voz alta.

—«Que tengas un buen día, pequeña. Ya te echo de menos». —Se queda boquiabierta—. Guau. ¿Will te deja notitas en el bolso? Debes de gustarle mucho.

Me siento aliviada al ver que da por hecho que la nota es de Will. Menos mal que no conoce su letra.

Y menos mal que Beckett escribió la nota más inocente del mundo. Esto podría haber terminado fatal si en el papel pusiera: «Will y yo nos morimos por follarte luego, pequeña».

—Vaya, eso es muy bonito. —La voz de Gigi rebosa diversión.

Suelto una risa nerviosa, con la esperanza de que el rubor de mis mejillas no me delate.

—Sí. Will es muy dulce a veces.

—¿Tanto te cuesta admitir que te gusta? —pregunta Blake con una sonrisa, y me doy cuenta de que ha usado exactamente las

mismas palabras que le dije yo cuando la atosigué con Isaac en otoño.

—Me gusta mucho —admito.

Guardo la nota en el bolso con la mayor naturalidad posible, fingiendo que no era del tío equivocado. No, no del tío equivocado, sino del otro tío. La cabeza me va a mil, y la culpa me corroe. Ya no sé cómo manejar esta situación. No quiero mentir sobre quién me escribe notas cariñosas. Pero tampoco quiero decir la verdad.

—¿Cuánto es mucho? —pregunta Gigi con una sonrisa.

¿Qué se supone que debo decir? ¿Que me estoy enamorando de él y de Beckett? Solo pensarlo me parece demasiado serio. Demasiado aterrador. Cuando empezó todo esto, no pensaba enamorarme… y mucho menos de los dos.

Por primera vez en la vida, el Método me ha fallado. Porque «enamorarme de dos chicos» no estaba en mi lista de posibles resultados.

—No lo sé —respondo finalmente—. A ver, puede que me esté enamorando de él. —Suelto una risa incómoda, como si quisiera restarle importancia.

Blake arquea las cejas.

—¿Te estás enamorando de él? Charlotte, eso es serio.

—Lo sé. —Suspiro, no me gusta sentirme tan confundida. Tan asustada.

Porque… enamorarse de un chico está bien.

Pero ¿de dos?

Es un lío para el que no estoy preparada.



Unas noches después, estoy de nuevo en casa de los chicos, sentada con las piernas cruzadas en el sofá. Tengo el portátil abierto frente a mí y un montón de libros de texto y notas garabateadas esparcidas

sobre la mesa de café mientras esbozo la última versión del diseño de mi monitor cardíaco.

Prefiero trabajar en su casa. De hecho, ya se ha vuelto una costumbre preparar una bolsa de viaje e ir a Hastings, donde no hay ninguna Agatha vigilando los pasillos para asegurarse de que todas llevemos pijamas apropiados para una Delta Pi y no tecleemos demasiado fuerte. Aquí, soy tan silenciosa o ruidosa como me dé la gana. Puedo quedarme despierta toda la noche, sin preocuparme de que alguien haga comentarios burlones de mis ojeras al día siguiente. Porque las ojeras son comunes en los programas de ciencias. La ingeniería implica muchas noches sin dormir, bastante cafeína y ocasionales crisis por culpa de los algoritmos complejos.

No lo cambiaría por nada del mundo. Puede que los programas de ciencias sean exigentes, pero también, estimulantes. Gratificantes. Divertidos. Quizá no todo el mundo los definiría así, pero, sin duda, yo sí.

Will está sentado en el otro extremo del sofá, con la mirada fija en el partido de los Bruins, que ponen en la tele. Cada pocos minutos, maldice furioso o exclama: «¡Sí, joder!».

Beckett ha salido con uno de sus compañeros, alguien llamado Niño de Kansas. Hace poco me enteré de que se referían a un hombre cuando lo mencionaban. Durante mucho tiempo, pensé que hablaban de una película del oeste.

Cuando me vibra el teléfono sobre la mesa, suelto un gemido y reprimo las ganas de ir corriendo al baño del pasillo y tirar el maldito trasto por el inodoro. Harrison me ha estado bombardeando con llamadas esta semana y, aunque me siento fatal por admitirlo, disfruté cuando estuvo en California. Al final se quedó allí otras seis semanas después de las Navidades: durmió en casa de su amigo y le ayudó a crear una página web para su empresa tecnológica. Solo me llamó unas cuantas veces, porque estaba muy ocupado, y no puedo negar que me gustó ese respiro.

Cada vez que hablo con Harrison, siento un peso terrible sobre los hombros. Me provoca la necesidad incesante de enmendar el hecho de haber tenido la suerte de disfrutar de una infancia maravillosa y una vida plena. Y mi hermana aumenta continuamente esa culpa.

Dejó de presionarme para que confesara lo de Harrison a nuestros padres, lo que es casi peor a que me dé la tabarra. Una parte de mí necesitaba que siguiera insistiéndome. Sin esa presión, estoy aún menos decidida a decir la verdad a mamá y papá.

—¡Madre mía! Deberías haber venido esta noche, Larsen. Nazzy casi se pelea en el bar con un marine en activo.

Levanto la vista cuando Beckett entra en el salón como una exhalación dorada y barbuda, con vaqueros descoloridos y una sudadera blanca que realza su bronceado. Tiene los ojos brillantes, pero no vidriosos, lo que indica que está más achispado que borracho.

—Tío, un día lo matarán por bocazas —suelta Will sin apartar la mirada del partido de hockey.

Beckett se sienta a mi lado y se inclina para darme un beso en la mejilla.

—¿Cómo va tu proyecto de la sangre?

—Es mi proyecto final —corrijo con una sonrisa—. Y es un dispositivo de presión arterial.

—Claro. ¿Me lo explicas otra vez? —Echa un vistazo a la pantalla del portátil por encima de mi hombro—. Quiero saciar mi sed de sabiduría esta noche.

Will resopla.

Pero como resulta que yo soy una empollona, no puedo dejar pasar la oportunidad de impartir sabiduría.

—Vale. La cosa es esta —le explico a Beckett mi proyecto final emocionada—. Imagina un dispositivo que pueda medir la frecuencia cardíaca y la presión arterial sin necesidad de usar los molestos manguitos, nada invasivo. Ya sabes, no te aprieta.

—Pero apretar es divertido. —Me guiña un ojo.

—Sí, para ti, pervertido. —Me río entre dientes—. Pero a la gente normal no le gusta que esos manguitos les aprieten los brazos, sobre todo si tiene que tomarse la tensión varias veces al día.

—Eso es verdad —coincide. Mira de nuevo el portátil—. ¿Y dices que este aparato puede medir la tensión? ¿Cómo?

—Tío —le advierte Will desde el diván—. No tienes ni idea de dónde te estás metiendo, es una empollona.

Le ofrezco a Beckett una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quieres saber cómo? ¡Yo te lo explico!

—Larsen —gime Beck—. Sálvame.

—No.

—Básicamente, se trata de una combinación de fotopletismografía y oscilometría. La fotopletismografía es una técnica que utiliza la luz para medir los cambios en el volumen sanguíneo, y la oscilometría se usa para estimar la presión arterial en función de las pulsaciones.

Beckett suspira.

—A mí háblame en cristiano.

—Eso hago.

—¿Podemos decir que crearás un dispositivo que convierte los manguitos actuales en piezas de la época de los dinosaurios? No necesito saber nada más.

—Vale, pero solo si me prometes que me ayudaréis a probar el prototipo. Los dos. Seréis mis conejillos de indias humanos.

Will me mira con una sonrisa lasciva.

—Puedes hacer lo que quieras con mi cuerpo.

—Cuando tú quieras —insiste Beckett—. En realidad, no. Seré tu rata de laboratorio siempre y cuando no implique cables espeluznantes ni descargas eléctricas.

—No te preocupes, será indoloro. A menos que te duela escuchar los detalles de la variabilidad de la frecuencia cardíaca y el procesamiento de señales.

—¿Sabes qué es lo realmente *sexy* de todo esto? —pregunta Beckett.

No puedo contener una carcajada.

—Nunca habría asociado la palabra *«sexy»* con mi proyecto final, pero, bueno, morderé el anzuelo. ¿Qué tiene esto de *sexy?*

—Lo buena que estás cuando hablas de tu trabajo. Me gusta. —Su voz es áspera.

Maldita sea. Siempre que me dice cosas así, me derrito a sus pies.

Sigo trabajando mientras los chicos ven lo que queda de partido y, cuando termina, Beckett se pone con un juego de zombis que le gusta mucho mientras Will se queda frito en el sofá. Al cabo del rato, se me empiezan a cerrar los ojos, así que apago el ordenador y me

acurruco junto a Beckett. Deja el juego, se estira a mi lado y me acerca más a él, para que apoye la cabeza en su pecho.

No hace ningún gesto de iniciar nada físico. Es tarde, más de las dos de la mañana, y a los dos nos basta con acurrucarnos en el sofá, vestidos y con las partes íntimas a buen resguardo.

Meto la mano bajo su sudadera y le acaricio la piel cálida y firme. No de forma sexual. Simplemente me gusta tocarlo.

—Qué gusto —murmura.

Mientras permanezco tumbada con él, recuerdo lo irritante que me parecía el semestre pasado, creía que era un insustancial, y la culpabilidad me azota.

—¿Beck?

—¿Mmm?

—Te juzgué mal.

—¿Qué?

—El semestre pasado. Creía que eras un mujeriego.

—Bueno… —Se encoge de hombros y siento que sonríe contra mi pelo.

—Y que eras un insustancial. —Cuando me doy cuenta de lo duro que ha sonado, suelto una palabrota—. Lo siento. Acabo de oírlo en voz alta y suena fatal.

Beckett se tumba de lado y quedamos uno frente al otro. Me lanza una mirada cómplice.

—No te disculpes. No eres la primera que piensa eso. Y seguramente no serás la última. —Una sonrisa irónica se forma en las comisuras de sus labios—. La gente no me toma en serio porque parezco un surfista rubio y hablo con un estúpido acento australiano. Pero a mí me parece bien, la verdad. Me da ventaja. La pilla desprevenida cuando se da cuenta de que veo mucho más de lo que cree.

—¿Qué ves?

—A ellos. Veo a las personas tal y como son.

—Ah, ¿sí? —Le acaricio la barba y, por un instante, se deja llevar por la caricia—. Pues dime lo que ves.

—De acuerdo. Bueno… —Señala con la cabeza a Will, que está dormido, y su voz se vuelve más grave—. Larsen, por ejemplo,

interpreta un papel cuando sale de esta casa: el del chico bueno, modesto y amable. El perfecto caballero.

—¿Y no es un caballero?

—Por supuesto, cuando quiere. Pero también es muy malhablado, un animal en la cama y despiadado. No como su padre, porque él no aplastaría a nadie para superarlo. Pero tampoco es un pusilánime. A la hora de la verdad, sabe lo que quiere. Sería capaz de escogerse a sí mismo si hace falta.

Frunzo el ceño.

—¿Se elegiría a sí mismo antes que a ti o a mí?

—No. Pero sí antes que a algunas personas, sin duda, incluso antes que a algunos amigos, pero nunca antes que a la gente que quiere.

Sonrío contra su pecho.

—¿Nos quiere?

—¿Lo dices de coña? Está locamente enamorado de ti, Charlie. Y creo que se preocupa por mí, sí. Seguro que siempre me apoyaría.

Me incorporo y miro a Will. Duerme profundamente.

—Así que Will es despiadado, pero altruista. Es un caballero y un animal. ¿Qué más?

—Es intenso.

—Eso lo sé.

—Sonríe para ocultar esa intensidad, pero está dentro de él. Es ambicioso, aunque reniega de eso porque cree que lo convierte en su padre. Así que finge no tener ese impulso innato para triunfar en todo lo que se proponga.

Joder. Beckett es muy perspicaz.

Me acurruco a su lado otra vez, le tomo la mano y entrelazo nuestros dedos.

—Está bien. ¿Y yo? Háblame de mí, oh, sabio todopoderoso.

Me roza la frente con los labios.

—Eres la persona más fuerte y frágil que conozco.

Me río.

—Eso es imposible. Existe una ley llamada «ley de la contradicción».

—¿Eh?

—Principio fundamental de la lógica. Básicamente, es una ley que establece que una proposición no puede ser verdadera y falsa al mismo tiempo y con el mismo sentido.

—O sea… ¿un oxímoron?

—Claro, si quieres usar el término común.

Se ríe entre dientes.

—Otra verdad sobre ti: no eres una esnob, aunque a veces lo finjas.

—¿Qué más, sabelotodo?

—Eres muy perfeccionista.

—Obvio.

—Porque tienes miedo de no ser lo suficientemente buena para tu familia.

Titubeo.

—Eh… ¿cómo?

—Por eso te esfuerzas tanto. Siempre intentas ser perfecta, porque crees que, si cometes un solo error, tu familia no te querrá tanto.

Se me encoge el corazón y sus palabras me golpean de una manera que no esperaba.

—¿Qué más? —pregunto con voz temblorosa.

—En modo Charlotte, nunca te permites relajarte y siempre te mantienes alerta. Te has pasado la vida intentando demostrar que mereces ser amada.

Cada palabra es como una cuchilla diminuta y precisa que corta verdades que siempre he mantenido enterradas en las profundidades, escondidas bajo todos los logros y sonrisas. Siento que se me llenan los ojos de lágrimas. Intento tragar saliva, pero el nudo en la garganta no cede.

—Yo… —Parpadeo para contener las lágrimas, pero es demasiado tarde.

Se desbordan y corren por mis mejillas mientras se me escapa un sollozo.

Beckett maldice cuando se da cuenta de lo que pasa. Se incorpora, alarmado, y me sienta en su regazo.

—Charlie. Lo siento, nena. No quería hacerte llorar.

Las lágrimas siguen cayendo, y lo odio con todas mis fuerzas. Odio lo vulnerable que me siento. Odio que haya sacado a la luz todos mis miedos y me obligue a afrontarlos.

—Lo siento. —Su voz irradia tristeza—. Soy un puto idiota. No se me da bien esto. Ya no. No debería haber dicho nada.

Otro sollozo me sacude el cuerpo.

—Por favor, deja de llorar, cariño —me suplica.

El alboroto despierta a Will.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Su mirada llena de preocupación me destroza por dentro. Lloro todavía más, y me tiembla el pecho mientras libero el llanto tanto tiempo contenido. Es demasiado. Demasiada verdad. Demasiada vulnerabilidad.

Beckett me abraza más fuerte.

—Es culpa mía —le dice a Will—. He dicho algunas estupideces.

—No —murmuro entre lágrimas—. Tienes razón. Todo lo que dijiste… es verdad.

Will se deja caer junto a nosotros y me rodea la cintura con los brazos desde atrás. Resulta extraño cómo me conecta a la realidad y me da seguridad. Beckett también, pero de una forma diferente. Confío plenamente en Beckett, pero él no me conecta a la realidad precisamente. Al contrario.

—Quiero a mis padres —susurro cuando las lágrimas por fin empiezan a remitir—. Muchísimo. Y estoy segura de que me quieren. Pero ser adoptado a veces te trastorna, sobre todo de niño. Es irracional. Nunca me han dado ni una sola razón para dudar de su amor. Pero recuerdo que algunas noches me quedaba despierta, sobre todo si me había portado mal, si, por ejemplo, había robado una galleta y luego lo negaba o alguna tontería por el estilo. No dormía en toda la noche, me aterraba que mis padres entraran en la habitación y me dijeran que era hora de volver.

Will apoya la barbilla en mi hombro y deposita un beso en él.

—Lo siento. Suena horrible.

Trago saliva para intentar deshacer el nudo de la garganta. Los recuerdos provocan un nuevo torrente de lágrimas.

Me veo con seis años, con la ropa sucia y aferrada a mi madre después de correr por el parque lleno de barro cuando ella me lo había prohibido.

Recuerdo que le apreté la mano con fuerza, quería que me tranquilizara desesperadamente. Le pregunté si me devolvería por ser mala.

Y luego, cuando mi madre me abrazó y me susurró que yo siempre sería su hija, me invadió el alivio.

No me había dado cuenta de que aún cargaba con muchos de esos miedos de infancia. Entierro la cara en el cuello de Beckett para intentar contener las lágrimas mientras él me acaricia el pelo y Will me abraza con fuerza.

—Respira —me susurra Beckett al oído.

Cierro los ojos y respiro profundamente. Luego exhalo despacio y trato de deshacerme de la ansiedad, la inseguridad y la constante necesidad de demostrar mi valía.

Pero no tengo nada que demostrar. Aquí, con estos dos chicos, no. Aquí, no necesito ser perfecta. Puedo ser simplemente… yo.

CHAT DE PADRES

Will Larsen ha sido añadido al Chat de Padres
Luke Ryder ha sido añadido al Chat de Padres
Shane Lindley ha sido añadido al Chat de Padres
Beckett Dunne ha sido añadido al Chat de Padres

John Logan: Hola. Os hemos reclutado.

Luke Ryder: ¿Reclutado para qué?

John Logan: Para cuidar de mi hija. Este Isaac es una amenaza.

Beckett Dunne: No quiero estar en este chat. Me voy del grupo.

Will Larsen: Yo me quedo solo porque tres de vosotros jugasteis en la NHL y ganasteis varias Copas Stanley.

John Logan: Todos os quedaréis en el chat hasta que os eliminemos.

Hunter Davenport: ¿Cómo que tres? Sabes que yo también existo, ¿verdad? Gané una puta copa con Tampa.

Will Larsen: Oh, mierda. ¿Davenport también está en el chat?

Shane Lindley: El entrenador Hollis se pondrá furioso cuando se entere de que estamos en el chat y él no.

Garrett Graham: Hola, Shane. Siento mucho lo de tu padre. Gigi me dijo que estabais muy unidos.

Shane Lindley: Gracias, señor Graham. Sí… ha sido duro. Lo echamos mucho de menos.

Garrett Graham: Garrett. Te entiendo. No imagino lo que estás pasando.

Colin Fitzgerald: Probablemente no hace falta decirlo, pero que Hollis no se entere de que os hemos metido en el grupo. ¿Entendido?

Beckett Dunne: ¿Hay alguna razón por la que lo hayáis excluido de un grupo tan fantástico como el «Chat de Padres»?

Jake Connelly: Su mujer es una soplona. Le lee los mensajes y luego se lo cuenta a nuestras mujeres.

Shane Lindley: Oye, eso está fatal. ¿Le coge el teléfono sin permiso?

Colin Fitzgerald: No, él se lo permite. Hollis dice que los secretos son los tornillos que clavan el ataúd de un matrimonio.

Shane Lindley: Qué raro es ese tío.

John Logan: ¿En qué momento habéis empezado a hablar de vuestras cosas, cabrones? La vida de mi hija está en peligro.

John Tucker: La vida de tu hija no peligra.

Dean Di Laurentis: Puede que corra el riesgo de quedarse embarazada de un futbolista. Pero ¿peligro de muerte? Es bastante improbable.

John Logan: No se quedará embarazada porque no se acuestan.

Beckett Dunne: ja, ja, ja.

Garrett Graham: ja, ja, ja.

Conor Edwards: ja, ja, ja.

Shane Lindley: ja, ja, ja, ja, ja.

Dean Di Laurentis: ¿Qué tiempo hace en el país de la negación?

John Logan: Que os jodan a todos.

Vamos al asunto, estudiantes de Briar. Blake es demasiado confiada. Aún no tiene las habilidades necesarias para identificar las mentiras del imbécil ese. Pero yo sí. Isaac Grant es una APMH.

Shane Lindley:¿¿??

Garrett Graham: Yo os lo traduzco, que hablo el idioma de Logan. Una… amenaza para mi hija.

John Logan: Exacto. Además, ¿quién llama Isaac Grant a su hijo? Unos capullos integrales, eso es. Casi echan a Blake de la residencia por su culpa. Y como no estoy ahí para vigilar a ese imbécil, os declaro oficialmente mis representantes. Sobre todo a ti, Ryder. Prácticamente sois parientes ahora.

Luke Ryder: Mmm… no me meteré en la vida sentimental de una chica de primer curso.

Shane Lindley: Paso.

Beckett Dunne: Yo me ocupo. Es muy mona.

Beckett Dunne ha sido eliminado del Chat de Padres

John Logan: Los demás… cuidaréis de Blake, ¿me habéis entendido?

Dean Di Laurentis: O preparaos para morir.

Will Larsen: La cuidaremos lo mejor posible.

John Logan: Por fin, alguien razonable.

Garrett Graham: Sí. ¡Por fin!

John Logan: ¿Quieres decir que yo no soy razonable?

Hunter Davenport: ¡Joder! Acaban de anunciar los nominados al Salón de la Fama del Hockey de este año.

Jake Connelly: ¿Enlace?

Garrett Graham: Déjame verlo y luego lo comentamos.

Shane Lindley: ¡Madre mía! Vamos a hablar de hockey con leyendas del hockey.

John Logan: No, se acabó la conversación. Cuidad de Blake.

Dean Di Laurentis: O moriréis.

John Logan: Cállate de una puta vez, Dean. Si fuera una de tus hijas, harías lo mismo.

Shane Lindley: ¿Podemos hablar ya de las nominaciones al Salón de la Fama?

Shane Lindley ha sido eliminado del Chat de Padres
Luke Ryder ha sido eliminado del Chat de Padres
Will Larsen ha sido eliminado del Chat de Padres

CAPÍTULO 40

CHARLOTTE



Es de lo peor, ¿verdad?

Tras meses de rigurosa planificación y reuniones interminables, con algunas presentaciones de PowerPoint estelares incluidas, por fin llega la noche de la Gala de Presidentas de Delta Pi. Y tengo que admitir que mis compañeras de hermandad acertaron de lleno con la decoración. Los centros de mesa de Yara son francamente gloriosos.

El salón de baile del hotel de Boston reluce, iluminado con candelabros. Me aliso la parte delantera de mi vestido rosa pálido y me ajusto los tirantes finos buscando a Will, mi compañero esta noche.

Se me acelera el corazón cuando lo veo junto a la barra; está guapísimo con un esmoquin negro impecable. Me mira y me dedica esa sonrisa fácil que siempre me provoca temblores en las rodillas. Está muy elegante, aunque no me sorprende. Por supuesto, el esmoquin le queda como un guante al señor Estadounidense Perfecto.

No puedo evitar admirar el modo en que destaca entre la multitud de antiguos alumnos, mayores y ricos. Transmite seguridad en sí mismo, serenidad, como si fuera de este lugar, lo que es cierto. El hijo de un congresista encaja a la perfección en este tipo de eventos y con esta clase de gente.

Me acerco a él mientras me abro paso entre varios grupos de personas que están demasiado ocupadas charlando como para notar mi presencia. Cuando llego a su lado, me besa la mejilla y, con suavidad, me posa la mano en la parte baja de la espalda.

—Lo siento, la cola para pedir algo de beber es interminable —se disculpa.

—No pasa nada. No hay prisa. Los invitados de honor ni siquiera han llegado.

No dejo de observar la puerta con forma de arco en busca de mi madre, quien me envió un mensaje hace unos minutos diciendo que estaba a punto de llegar al hotel. Mi padre no ha podido acompañarla esta noche por una emergencia laboral, así que ha viajado sola.

Cuando vuelvo a echar un vistazo a la sala, mi mirada se posa en un rostro familiar.

Uf. Mitch está aquí.

Todos mis músculos se ponen en alerta máxima. No sé por qué me sorprende tanto verlo. Un tercio de mis compañeras de hermandad están saliendo con chicos de Delta Tau. Su fraternidad es nuestra contraparte masculina y a menudo organizamos eventos con ellos, así que esta noche hay unos cuantos miembros de Delta Tau.

Cuando los ojos de Mitch se encuentran con los míos, me dedica una sonrisita burlona. Aparto la mirada de su cara de suficiencia, y me pregunto qué vi en ese chico. Era tan dulce cuando empezamos a salir. Atento. Amable. Pero su energía nunca pudo igualar la mía, ni en la cama ni los estudios ni en las aspiraciones personales. Parece mentira que haya desperdiciado casi dos años con él.

Will sigue mi mirada.

—¿Es Mitch?

—Sí. Ignóralo.

—Con mucho gusto.

El camarero por fin le trae dos copas de vino tinto a Will. Me da una y entrelazamos los brazos mientras nos alejamos de la barra. Buscamos un lugar tranquilo al otro lado de la sala con Faith, Yara y Blake y, en lugar de prestar atención a las constantes miradas que me lanza Mitch, intento concentrarme en la voz grave de Will, que

charla con mis amigas. El salón rebosa de risas y conversaciones, y el tintineo de las copas resuena en las paredes.

Cuando vuelvo a mirar a la entrada, veo que mi madre atraviesa la puerta.

Toco el brazo de Will.

—Mi madre está aquí.

Will ni se inmuta.

—¿Quieres ir sola primero o te acompaño?

Lo miro fijamente.

—¿Qué? —pregunta.

—Estás a punto de conocer a mi madre y actúas como si no fuera nada del otro mundo.

Will se encoge de hombros.

—Porque no es nada del otro mundo. Le dijiste que estamos saliendo, ¿no?

Sí, pero se me olvidó mencionarle que también salgo con su mejor amigo. Mi madre lleva toda la semana escribiéndome para decirme que está deseando conocer a Will. No obstante, cada vez que leo alguno de sus emocionados mensajes, la tristeza me invade al recordar que Beckett no está con nosotros. Beck insistió en que no le importaba, que disfrutara de la noche sin preocuparme de él, pero, aun así, no me siento del todo bien.

Tengo la sensación de que traiciono a Beckett por no presentárselo a mi madre, por actuar como si no fuera tan importante en mi vida como Will.

—Venga —dice Will mientras entrelaza nuestros dedos—. Vamos a saludarla.

Veo que Faith asiente con la cabeza en señal de aprobación, al ver la confianza de Will para presentarse a mi madre. La otra noche me dijo que Will le gusta mucho. Cree que es bueno para mí.

Llamo la atención de mi madre y nos acercamos a ella. Su rostro se ilumina al vernos y su sonrisa se ensancha.

—¡Charlotte, cariño! Estás preciosa. —Me abraza y me besa en la frente. Luego se gira hacia Will y lo observa atentamente—. ¡Y por fin conozco a Will! Eres mucho más guapo de lo que Charlotte dice —le asegura, y él se ríe entre dientes.

—Gracias —dice con timidez mientras se muerde el labio con una sonrisa—. Es un placer conocerla, señora Kingston.

—Por favor, llámame Anna. —Le estrecha la mano y luego se la envuelve entre las suyas—. El placer es mío. Char no nos ha hablado mucho de ti, así que me muero de ganas de conocerte mejor. Me han dicho que juegas al *hockey,* ¿no?

Will asiente con la cabeza.

—Soy delantero en el equipo de Briar. ¿Has visto algún partido de *hockey?*

Mi madre se ríe.

—¡Qué va! Pero me encantaría que me explicaras en qué consiste. ¿Te gusta jugar?

Mira a Will con verdadero afecto mientras charlan y le pregunta por sus estudios e intereses. Will responde con la combinación perfecta de encanto y respeto, y no puedo evitar sentirme orgullosa. Es muy dulce, y mamá está claramente impresionada.

Mientras hablan, otra oleada de culpa me inunda el cuerpo.

Beckett también debería estar aquí.

No tendría que elegir ni decidir quién es mi novio «público». El puesto le ha tocado a Will, porque la primera vez que fui a su casa, le dije a Faith que iba a ver una película con él. Y así quedó desde entonces.

La noche transcurre con tranquilidad. Celebramos la ceremonia de entrega del reconocimiento a mi madre y a la otra antigua presidenta, Will permanece a mi lado. Su presencia es reconfortante y estable, pero no puedo quitarme de la cabeza que me falta algo. Cada vez que lo miro, pienso en Beckett y en lo injusto que es todo. Necesito hablar con Beckett. Necesito oír su voz para asegurarme de que está bien.

—Oye —susurro a Will cuando la banda de *jazz* empieza a tocar anunciando que comienza el baile—. Voy a salir un momento, ¿vale? Quiero llamar a Beck para ver cómo está. Vuelvo enseguida.

—Claro. Dedica el tiempo que necesites.

Salgo del salón de baile y voy hacia un pasillo silencioso mientras saco el teléfono del bolso. Me planto sobre la suave alfombra y

golpeteo la pared de color crema con las uñas de manicura francesa esperando que Beckett conteste. Tarda un poco.

—Hola, nena —responde finalmente con voz áspera. El corazón me late de deseo solo por escucharlo.

—Hola. Quería saber cómo estabas. ¿Cómo lo llevas?

—Todo bien por aquí —asegura, y puedo oír la sonrisa en su voz —. Te dije que no te preocuparas por mí. ¿Lo estás pasando bien?

—Sí, mucho —admito—. Pero ojalá estuvieras aquí. Los dos lo deseamos.

—No te sientas mal, Charlie. Lo digo en serio. Disfruta de la noche.

—No puedo evitarlo… me siento mal. Pero te prometo que te compensaré luego.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo? —Su voz se vuelve baja y juguetona.

—Bueno… creo que con tu polla, mi boca y muchos gemidos.

Su risa me hace cosquillas en la oreja.

—Me gusta cómo suena. Aunque creo que tu coño también debería hacer acto de presencia.

Se me tensa la entrepierna de deseo.

—Eso se podría arreglar.

—¿Estás mojada?

—Desde hace dos segundos, empapada. Te he llamado para animarte y, en cambio, me has excitado. Muchas gracias, Beckett.

—No pienso disculparme por excitarte. Ponerte cachonda es mi pasatiempo favorito.

Me muerdo el labio para reprimir un gemido.

—Me muero por follarte luego.

Antes de que le dé tiempo a responder, oigo un bufido detrás de mí.

—¿En serio, Charlotte? ¡Guau!

Cuando me giro, veo a Mitch de pie, al principio del pasillo, con una expresión de disgusto en el rostro.

Me quedo paralizada, con el corazón en un puño.

—Tengo que irme —susurro al teléfono—. Te llamo cuando salgamos de aquí.

—Charlie … —empieza a decir Beckett.

Cuelgo el teléfono y respiro hondo. Se me revuelve el estómago mientras camino hacia mi exnovio.

—Sigues siendo la misma zorra de siempre, ¿eh? —se mofa Mitch.

Espero que no vea lo mucho que me tiemblan las rodillas.

—No tengo ni idea de qué hablas —digo con frialdad.

Se echa a reír con fuerza.

—Le acabas de decir a otro tío que te mueres por follártelo luego.

—Habrás escuchado mal.

—Y una mierda —gruñe—. Lo llamaste Beckett. ¿No es ese estúpido deportista que iba a nuestra clase el semestre pasado?

Aprieto la mandíbula.

—Eres increíble. ¿Te has escabullido para hablar con un tío mientras estás aquí con otro? —Alza la voz—. Sabía que eras una puta adicta al sexo y comepollas, pero esto es demasiado, incluso para ti.

Se me hiela la sangre. Miro hacia el vestíbulo y rezo para que nadie lo haya oído. Pero entonces veo movimiento por el rabillo del ojo. Mi madre aparece por el pasillo con una expresión confusa y preocupada a partes iguales.

—¡Charlotte! ¡Aquí estás! —grita—. Te estaba buscando. —Entorna los ojos al reconocer a mi exnovio—. Mitch. No sabía que venías a la gala.

—Anna —la saluda con educación.

—Señora Kingston —lo corrige. «¡Bien dicho, mamá!». Nos mira a uno y a otro con atención—. ¿Qué pasa?

—Nada —respondo rápidamente—. Solo charlábamos.

—¿Charlar? —se burla Mitch—. ¿Así es como lo llamas ahora?

Mi madre frunce el ceño.

—Cariño, ¿qué pasa?

—Nada, lo juro.

No parece convencida, pero no pienso repetir nada de lo que Mitch acaba de decir. Lo fulmino con la mirada y le ruego en silencio que se olvide. Por suerte, no dice nada más.

—Volvamos con Will —le pido a mi madre.

Ella asiente lentamente.

—Está bien.

Dejamos a mi ex atrás y cruzamos el vestíbulo hacia las puertas del salón de baile, pero cuando estamos a punto de atravesar el arco, mi madre se detiene y me toca el brazo.

—Char —dice. La preocupación se ha desvanecido de su expresión, y sus labios esbozan una sonrisa irónica—. Solo digo esto porque estoy segura de que nunca volverás con Mitch, pero… tu padre y yo odiábamos a ese chico.

Se me escapa una carcajada.

—Es de lo peor, ¿verdad?

—Lo peor de lo peor.

—Ojalá me hubieras dicho eso cuando salíamos.

—No me habrías hecho caso.

—Seguramente.

Sigo riéndome mientras volvemos a unirnos a la fiesta, pero la risa se desvanece cuando recuerdo la conversación que interrumpió mi madre.

Mitch me escuchó hablar con un chico que no es Will, mi novio oficial.

Lo escuchó todo, joder.

CAPÍTULO 41

CHARLOTTE



Respira conmigo

No sé cómo, pero consigo mantener la compostura el resto de la noche. La mayoría de los invitados de más edad se marchan antes de medianoche, pero, como miembro del comité administrativo, se espera que me quede hasta el final, aunque la fiesta se alargue hasta las cuatro de la madrugada. Gracias a Dios, estoy segura de que solo hemos alquilado el salón de baile hasta las dos. No me apetece nada quedarme toda la noche aquí.

Los chicos de Delta Tau no parecen tener prisa por irse. No dejo de oír risas que provienen de su mesa y, cada vez que miro hacia allí, están apiñados como una manada de lobos.

Mientras Faith y Will charlan a mi lado, pillo a Mitch mirándome un segundo antes de inclinarse hacia los de su fraternidad y decir algo que les provoca carcajadas.

—¿De qué cojones se ríen esos idiotas? —pregunta Faith con cara de enfado.

—Probablemente Joey contó otro de sus chistes de pedos —respondo, pero el nudo que tengo en el estómago sugiere algo más inquietante.

Mi instinto me grita que Mitch ha contado a los tíos de Delta Tau lo que escuchó, aunque deseo encarecidamente equivocarme.

Pero, entonces, oigo que la voz de Mitch, clara y cortante, dirigiéndose hacia nosotros.

—Sí, Charlotte se está tirando a dos tíos. Una auténtica zorra.

Will se pone rígido a mi lado y aprieta la mandíbula.

Siento que la sangre me sube a la cabeza y me pongo colorada como un tomate, pero en lugar de huir hacia la puerta como me exige que haga mi sentimiento de mortificación, mis piernas cobran vida propia. Sin poder contenerme, voy directa hacia la mesa de Delta Tau.

—¿Qué acabas de decir? —le gruño a Mitch.

Todo el mundo se gira hacia nosotros y nos mira con curiosidad, pero no me importa.

Mitch se recuesta en su silla y esboza una sonrisa arrogante.

—Oh, ¿no me has oído bien? Les decía a los chicos que te gusta combatir el aburrimiento con más de una polla. Debe de ser agotador mantener esa actitud tan remilgada todo el tiempo.

Will se planta a mi lado con los puños apretados, pero le pongo una mano en el pecho para detenerlo. No pienso permitir que mi exnovio me afecte, así no.

—No sabes nada de mí. No me nombres siquiera, Mitch.

Antes de que le dé tiempo a decir algo más, Agatha aparece con su vestido blanco de firma y su pelo perfectamente peinado en ondas que rebotan con cada paso que da.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta.

Mitch sonríe desde su silla.

—Oye, Agatha, ¿sabías que Charlotte salta de cama en cama de dos jugadores de *hockey?* De alguna manera tiene que satisfacer su adicción al sexo, ¿no?

Ahora es Faith quien se lanza hacia adelante.

—Oye, imbécil, déjalo de una puta vez.

Mitch pone los ojos en blanco en dirección a mi mejor amiga.

—Deberías darle ese consejo a Char, Faith. Que deje de chupar tantas pollas.

Una vez más, tengo que contener a Will para que no se abalance sobre mi ex. Le aprieto la mano para pedirle en silencio que mantenga la calma.

—¿Es cierto eso, Charlotte? —Agatha se queda boquiabierta.

—¡Por supuesto que no! —salta Faith—. Joder, Agatha. Charlotte no es adicta al sexo. Ese tipo está amargado porque lo dejó. ¡Eres patético, imbécil!

—No es verdad —le aseguro a Agatha. La ira me revuelve las entrañas—. Solo quiere fastidiar, como siempre.

Agatha mira a Mitch y a mí, sin saber a quién creer.

—Ahora no es momento de dramas —dice finalmente—. Tenemos unas normas, y no quiero que rumores como este afecten a la reputación de nuestra hermandad.

Grito:

—No es ningún rumor. ¡Miente!

—Ah, ¿sí? ¿Miento? —interviene Mitch, y su sonrisa burlona se hace cada vez más grande. Sus amigos vuelven a reírse para meter cizaña.

Ni siquiera puedo mirar a Will, porque temo lo que veré en su expresión. Sed de sangre, probablemente. Mitch y sus colegas de fraternidad se ríen entre dientes mientras Agatha se aleja resoplando, y tengo que tirar de toda mi fuerza de voluntad para mantener la compostura.

—Salgamos de aquí —le ordeno a Will mientras le aprieto la mano con tanta fuerza que me da miedo rompérsela.

Faith nos sigue de cerca y me obliga a detenerme cuando estamos lejos.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Solo quiero largarme de aquí. —Me inclino para abrazarla—. Gracias por apoyarme.

—Siempre.

—Sé que tendría que quedarme para ayudar a limpiar, pero…

—Vete —me ordena—. Yo me encargo de Agatha y las demás.

—Gracias. —No sé qué hice para merecer una amiga como Faith.

Mientras Will y yo salimos del salón, siento las miradas de Mitch y sus compañeros de Delta Tau clavadas en mi espalda. La vergüenza me oprime el pecho. La mano de Will me sostiene con firmeza, pero ni siquiera su tacto puede calmar la tormenta que siento en mi interior.

Le damos la ficha a la chica del guardarropa, recogemos los abrigos y luego nos dirigimos al vestíbulo, donde Will se detiene y me pregunta:

—¿Te importa si voy al baño antes de irnos?

—No hay problema. Te espero fuera.

Salgo del hotel por las puertas corredizas de cristal del vestíbulo a la amplia acera. El aire invernal me golpea la cara como una bofetada, pero me sienta de maravilla. El frío me abre los pulmones y por fin siento que puedo respirar de nuevo.

Me apoyo en la pared de ladrillo y observo la calle bien iluminada mientras intento recomponerme.

Pero el silencio no dura mucho.

—Pensabas que podías huir sin más, ¿eh?

Me pongo rígida al oír la voz de Mitch. Me doy la vuelta y veo que sale por la puerta con una sonrisa maliciosa en el rostro. Se me revuelve el estómago. No quiero volver a pasar por esto. Ni ahora ni nunca.

—Lárgate —murmuro.

Se acerca a mí.

—¿Qué pasa? ¿No soportas que la gente sepa la verdad sobre ti?

—He dicho que me dejes en paz.

—¿O qué? —Su voz se vuelve venenosa—. Eres increíble, ¿lo sabías? Te haces la importante y finges que eres la más perfecta de todas. Pero solo eres una zorra, Charlotte. ¿Crees que acostarte con dos tíos te hace especial? Eres patética.

Aprieto los puños.

—No sabes nada de mí.

—Sé lo justo y necesario. Nunca fuiste lo suficientemente buena para mí, y tampoco lo eres para esos jugadores de *hockey.* Con el tiempo lo entenderán.

Las palabras me hieren en lo más profundo, aunque sé que no deberían. Abro la boca para responder, pero antes de que pueda decir nada, Will aparece detrás de nosotros con una mirada furiosa.

—¿Qué cojones le acabas de decir?

La sonrisa de Mitch flaquea un momento, pero se recupera enseguida.

—Vaya, mira quién es, el caballero de brillante armadura. ¿Qué? ¿Has venido a defender a tu juguetito? ¿No te molesta que se acueste con tu colega a tus espaldas?

Will no lo duda ni un instante. Se abalanza sobre Mitch, lo agarra por el cuello y lo estrella contra la pared.

—¡Cállate de una puta vez!

Mitch suelta una carcajada.

—¿Me vas a pegar, machote? Adelante. A ver qué tal se te da.

—Si insistes.

El puño de Will sale disparado hacia adelante e impacta contra la mandíbula de Mitch con un crujido espantoso. Mi ex se tambalea y se agarra la cara.

—Lárgate ya de aquí, joder —gruñe Will.

No hace falta que lo repita dos veces. Mitch vuelve dentro a toda prisa maldiciendo en voz baja.

En cuanto se va, la realidad de lo que acaba de pasar me golpea de repente. Mitch no mantendrá la boca cerrada. Para nada. Entrará ahí y empezará a despotricar sobre el jugador de *hockey* de Charlotte. Dirá que es un matón que le dio un puñetazo en la cara y que Charlotte es una zorra que se acuesta con todo el equipo de *hockey.* Ya puedo oír las preguntas de mis compañeras de hermandad y el interrogatorio de Agatha.

—¿Estás bien? —me pregunta Will.

Niego con la cabeza. El nudo en la garganta casi me impide hablar.

—No puedo creer que haya pasado esto.

—No es culpa tuya. Se lo merecía.

Sé que tiene razón, pero no por eso la vergüenza me abruma menos.

—Agatha y las demás tendrán mucho que decir.

—Que digan lo que quieran. ¿A quién le importa lo que piensen?

A mí. A mí me importa… demasiado. Ya oigo los rumores y los prejuicios, ya veo cómo me mirarán mañana, seré la comidilla de la universidad. Mi vida secreta me está pasando factura y empieza a invadir mi vida real.

Una vida que, al parecer, está cada vez más fuera de control.



Me voy a casa con Will en lugar de a la hermandad. Mantengo una actitud evasiva. Faith me escribe para preguntarme cómo estoy y le aseguro que bien, pero es mentira.

En casa de los chicos, me desvisto en la habitación de Will y dejo las joyas en su mesita de noche y el vestido en el suelo. Luego me pongo la camiseta que me tiende. Es del equipo de hockey de Briar. Me llega hasta las rodillas y huele a él.

Me dejo caer en su colchón, pero la tensión de mis músculos no desaparece.

Oigo que corre el agua en el baño del pasillo. Beckett estaba en la ducha cuando llegamos a casa, y ahora parece que se está cepillando los dientes. Mientras Will se prepara para acostarse, me mira cada pocos segundos, como si quisiera comprobar que no voy a echarme a llorar. Hace bien en preocuparse.

Antes de que pueda detenerla, la ola me golpea. De repente, siento una opresión en el pecho, como si una prensa me apretara los pulmones, y el corazón me late tan rápido que se me nubla la vista.

Hacía mucho tiempo que no experimentaba una ola de presión tan sofocante.

Todo se me echa encima. La universidad, mi proyecto final, mi familia, mi nuevo hermano. Mantener esta vida secreta oculta. Fingir que todo va bien cuando está claro que no.

Es demasiado.

Estoy saliendo con dos chicos. Dos chicos increíbles, complicados e intensos. Y si alguien se entera, todo mi mundo se derrumbará.

No soporto la idea de perderlos, pero creo estar al borde de un precipicio, a punto de caer. La culpa, el miedo y la abrumadora sensación de impotencia me azotan como un maremoto y, antes de darme cuenta, salgo de la cama y me siento en el suelo de la habitación de Will entre jadeos.

—¿Charlie?

No puedo respirar. Las lágrimas me caen por las mejillas. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando.

—¡Charlotte!

La voz de Will es suave, pero percibo una urgencia en ella que atraviesa la niebla que hay en mi mente. Se arrodilla frente a mí y me agarra el rostro con las manos mientras intenta obligarme a mirarlo.

—Respira, cariño. Respira.

—No… no puedo —jadeo.

—Sí, sí puedes —insiste mientras me seca las lágrimas con los pulgares—. Estoy aquí, ¿vale? Concéntrate en mí. Respira conmigo.

Respira lenta y profundamente. Exagera la respiración para que lo acompañe. Intento imitarlo, así que inhalo y exhalo con la misma lentitud. Sigo con el corazón acelerado y la cabeza me da vueltas, pero Will no me suelta. Mantiene la mirada clavada en la mía.

—Buena chica —murmura con voz tranquilizadora—. Sigue así, respira profundo. Estás a salvo. No pienso soltarte.

Consigo asentir débilmente, y me aferro a sus muñecas como si fueran un salvavidas. Pasa una eternidad hasta que consigo que la respiración empiece a estabilizarse y el pánico se disipe.

Pero el miedo persiste, acecha bajo la superficie y amenaza con resurgir en cualquier momento.

—¿Y si la gente se entera? —Las palabras se me escapan antes de que pueda contenerlas—. ¿Y si se enteran de lo nuestro, lo de los tres?

—Eso no pasará.

—Mitch me oyó hablar con Beckett. —Respiro hondo—. No creo que nadie le crea. Todo el mundo deducirá que es un rumor falso. Pero ¿y si la verdad sale a la luz?

—Pues buscaremos una solución.

Me empieza a temblar el labio inferior.

—Tengo mucho miedo de perderlo todo.

—No perderás nada —me promete, y se inclina para depositar un suave beso en mi frente.

Me dejo caer contra su cuerpo, desesperada por el consuelo que me ofrece, y él me envuelve entre sus brazos y me abraza con fuerza.

Se oyen los pasos de Beckett en el pasillo. Ya ha terminado de ducharse. Como si percibiera las oleadas de tensión que emanan de la habitación de Will, aparece por la puerta abierta con una toalla envuelta alrededor de su esbelta cintura.

Echa un rápido vistazo a la escena frente a él y sus rasgos cincelados se suavizan al verme aferrada a Will.

—¿Estás bien?

Asiento, incapaz de hablar. Will sigue abrazándome, pero mira a Beckett, y algo tácito pasa entre ellos. Beckett se acerca a nosotros y se agacha a mi lado.

—Sí —responde Will, y luego le cuenta lo que pasó en la gala. Se me revuelve el estómago solo al oírlo.

—Lo siento —me disculpo cuando veo que ambos se han arrodillado a mi lado, como si me fuera a desmayar o algo así—. Ya estoy bien. Solo ha sido un ataque de pánico.

Beckett me pone la mano en la espalda para tranquilizarme.

—No tienes que disculparte de nada.

Lo miro con la cara aún mojada de lágrimas.

—Lo siento. No quería…

—Deja de disculparte —me interrumpe sacudiendo la cabeza.

Se me hace un nudo en la garganta. Trago saliva para deshacerlo.

—Odio que todo el mundo hable de mí. Que me juzgue.

—Que juzguen lo que quieran —suelta Will—. No saben nada de nuestra relación. No es asunto de nadie, solo nuestro.

Miro a uno y a otro alternativamente, mientras el familiar nudo de duda me retuerce las entrañas.

—Pero ¿y si tienen razón? ¿Y si esto es demasiado complicado? ¿Demasiado turbio? Tengo la sensación de que me escondo como si estuviéramos haciendo algo malo.

—No haces nada malo. No hacemos nada malo. —Will me coloca el pelo detrás de las orejas—. Sé que una parte de ti todavía piensa que esto no es normal, pero ¡que le den a la normalidad! Yo también tuve que superar mis dudas. Hubo momentos en los que pensé que

no podía con la situación. Pero… te quiero, Charlie. Y sé que lo que tenemos es bueno. Para los tres.

Se me corta la respiración.

¿Me acaba de decir que me quiere?

—Y nada va a cambiar eso —continúa, como si no hubiera soltado una palabra tan gorda—. Ni una fiesta, ni un imbécil como Mitch ni, desde luego, lo que piensen los demás.

—Pero a mí me importan las opiniones de los demás. Ojalá no fuera así. Pero no creo que…

—No pienses en nada de eso ahora. —Will traza círculos relajantes en mi brazo con el pulgar—. Olvídate de todo y quédate con nosotros.

Beckett asiente y se inclina para besarme la sien.

—Déjanos cuidarte esta noche.

El aire cambia y se espesa cuando asimilo sus palabras. El calor de sus cuerpos me provoca temblores, veo que sus miradas se intensifican y se convierten en algo más… primario. Se me acelera el pulso; esta vez no por el miedo, sino por el ansia.

—Está bien —susurro mientras me entrego al momento.

Los labios de Will encuentran los míos primero y me besan con parsimonia. Me derrito contra él, ya que la presión de su boca contra la mía me ancla al suelo y me recuerda que estoy a salvo. Beckett desliza los dedos por mi columna con firmeza y posesividad, como si quisiera recordarme que él también está ahí, que forma parte de esto.

El beso de Will se vuelve más apremiante. La mano de Beckett se desplaza hacia mi nuca y me ladea ligeramente la cabeza para lamer la piel sensible que hay justo debajo de la oreja. Me estremezco ante la sensación y se me escapa un suave gemido.

Parpadeo y, de repente, me suben a la cama. Ambos se ciernen sobre mí, me acarician y me besan por todas partes para adorarme y hacerme olvidar el mundo exterior. Es abrumador en el mejor sentido de la palabra: el calor y el deseo se acumulan en mi vientre y me empapan las bragas, de modo que ahogan cualquier pensamiento excepto lo mucho que deseo a estos hombres.

Se mueven en perfecta sincronía, centrados por completo en mí, para que sienta que soy lo único que importa en el mundo. Y durante esos preciosos instantes, lo creo. Me olvido de todo lo demás, del miedo y la incertidumbre, y me pierdo en ellos.

A mi izquierda, Will me acaricia la piel con los dedos de forma perezosa, casi con reverencia, como si quisiera memorizar cada centímetro de mí. Beckett, a mi derecha, me recorre la mandíbula con los labios.

Se entretienen conmigo. Sin prisas ni urgencia. Solo estamos nosotros, enredados en la cama de Will, en la comodidad de los brazos del otro.

Suelto un suspiro. Mi cuerpo se derrite cuando siento que Will me recorre el costado con la palma de la mano y traza la curva de mi cintura. Me conoce a la perfección. Sabe cómo conseguir que me sienta segura y devolverme la sensatez cuando parece que todo se descontrola.

El aire de la habitación cambia. Ahora está cargado de algo más profundo que el mero deseo.

Puede que no me esté enamorando de estos chicos.

Puede que ya me haya enamorado.

Porque esto…

Parece amor. Esta relación compleja y hermosa que hemos construido juntos. La forma en que Beckett me abraza como si fuera lo único que lo une al mundo y la forma en que Will me toca para que sepa que todo irá bien.

Giro la cabeza hacia Will y nuestros labios se funden en un beso. Suave, paciente, como saboreando el momento. Luego me giro hacia Beckett y me acaricia la mejilla antes de besarme también. Desliza la lengua entre mis labios entreabiertos.

De repente, me doy cuenta de que solo lleva una toalla. La tela le cuelga de la cadera, y solo haría falta un tirón para revelar la tentación que se esconde debajo. Así que doy ese tirón y su pene sale disparado hacia mi mano, caliente y listo para mí.

Beckett me folla primero. Su cuerpo largo y musculoso se cierne sobre mí mientras me penetra con fuerza una y otra vez, mientras Will me aprieta los pechos y me susurra lo hermosa que soy.

Envuelvo las piernas alrededor de las caderas de Beckett para cambiar de ángulo, y entonces ambos comprendemos por qué la sensación es tan maravillosa.

—No me he puesto condón —murmura contra mi cuello.

Tomo la píldora, ya sé que no protege de las ETS. Pero los dos se hicieron un chequeo durante las vacaciones, después de que les soltara que los condones no protegen de todo. Aunque no se hubieran hecho la revisión, conozco a mis chicos y confío en ellos. Solo se acuestan conmigo, y yo solo con ellos.

—No pasa nada. Sigue.

Suelta un gemido ronco. Me folla con más fuerza, y me llena tan profundamente que grito. Me aferro a él para perderme en el momento y, cuando se corre, siento que la polla se le hincha y palpita dentro de mí. Es lo más excitante que he experimentado en la vida.

Will me provoca el orgasmo. Me lame el clítoris con la lengua para excitarme antes de darme la vuelta, levantarme el culo y embestirme por detrás. Sé que nota la corrida de Beckett, porque gime y me penetra aún más profundo. No dura mucho. Me embiste con las caderas, y gruñe contra mi hombro mientras se inclina hacia adelante y alcanza el orgasmo, enterrado profundamente dentro de mí.

Pasado el rato, cuando me dejan exhausta y sin aliento, me tumbo entre ellos. Hacía días que no me sentía tan relajada. Giro la cabeza para mirar a Beckett, con la esperanza de que se quede con nosotros.

Pero ya se está levantando. Sale de la cama y coge su toalla.

—¿Adónde vas? —pregunto, y percibo el anhelo en mi voz. Espero que solo vaya al baño.

Se queda quieto de espaldas a nosotros, y veo que se le tensan los hombros.

—Me voy a la cama —contesta con brusquedad, sin darse la vuelta.

Me incorporo en la cama.

—Quédate con nosotros —suplico.

Duda un buen rato, pero sacude la cabeza, como si estuviera librando una batalla interna.

—Prefiero dormir solo. —Su voz es áspera—. Buenas noches.

Sé que hay algo más, algo que no quiere contarme, pero no insisto. Me limito a observar cómo sale de la habitación. La puerta se cierra tras él y el dolor regresa a mi pecho.

Will tira de mí hacia atrás para tumbarme a su lado y me envuelve entre sus brazos.

—Beck es complicado —dice contra mi pelo—. Pero eres importante para él. Para los dos.

Sonrío contra su hombro.

—Me dijiste que me querías. Antes. Lo oí.

Hace una pausa y luego suelta una risa tímida.

—Sí. Creo que lo dije.

—¿Y en serio?

—Sí. —Esta vez, no hace ninguna pausa. No duda ni un segundo.

De repente, tengo la boca seca. Trago saliva e intento encontrar la voz.

—Yo también te quiero.

Will me abraza con más fuerza y escucho el latido de su corazón bajo mi oreja.

—Ojalá estuviera… —Dejo la frase a medias, e intento ignorar el vacío que siento en mi corazón.

Mi mirada se dirige hacia la puerta del dormitorio, y sé que Will me lee la mente porque me da un beso en la coronilla.

—Ve —dice con suavidad.

—¿Estás seguro?

—Mmm… —contesta, somnoliento. Ya se está quedando dormido —. Ve.

CAPÍTULO 42

BECKETT



Era mi mundo entero… hasta que dejó de serlo

Me meto en mi cama y miro al techo mientras intento alejar los pensamientos que no dejan de darme vueltas en la cabeza. La habitación está a oscuras y la quietud que normalmente me reconforta me oprime. Odio separarme de ellos, pero quedarme es demasiado… peligroso.

De hecho, por mucho que me importe Charlie, por mucho que quiera estar con ella, no puedo acercarme demasiado. No así. No cuando sé que, al final, el dolor será mayor.

Cuando estoy quedándome dormido oigo sus pasos y veo su silueta entrando en mi habitación. Un instante después, la cama se mueve bajo mi cuerpo. El corazón me da un vuelco y, antes de que me dé tiempo a reaccionar, Charlie se desliza bajo las sábanas y aprieta su cálido cuerpo contra el mío. Me rodea con los brazos para hacerme la cucharita y se acurruca contra mí con la cara enterrada en el hueco de mi cuello.

—Cariño —susurro con la voz cargada de emoción—. ¿Qué haces?

—No quiero que duermas solo. —Su aliento me cosquillea la piel.

Trago saliva con fuerza.

—Deberías estar con Will. Lo sabes.

Me abraza con más fuerza y se niega a soltarme.

—No. Quiero estar contigo. Te necesito a ti ahora, Beck.

Suspiro y cierro los ojos. Siento que mi determinación se desmorona. Hay algo en esta mujer que me impide alejarla de mí, por mucho que sepa que debería hacerlo.

—No me gusta dormir acompañado —confieso finalmente.

—¿Por qué? —Su voz es suave, pero insistente—. ¿Por qué no?

Dudo mientras mi mente revive los recuerdos que tanto me he esforzado por enterrar.

—Es demasiado íntimo —murmuro tras una pausa interminable.

Charlie también hace una pausa para asimilar mis palabras.

—¿Es por tu novia del instituto? ¿La que te engañó?

Me pongo rígido. La mención de Shannon me provoca una mezcla de amargura y dolor.

—Sí. Es por ella.

Charlie tira de mí hacia atrás, de modo que quedo tumbado boca arriba, y me clava los ojos en la oscuridad.

—¿Qué pasó? Sé que te hizo daño, pero nunca hablas de eso.

Tiene razón. No lo menciono y no empezaré ahora.

—No importa lo que pasó. —Me encojo de hombros—. Era mi mundo entero… hasta que dejó de serlo.

Charlie permanece en silencio, con la mirada clavada en la mía para animarme a continuar.

—¿Qué quieres que te diga, buñuelito? —Respiro hondo, los recuerdos me encogen el pecho—. Teníamos planes. Íbamos a ir juntos a la universidad. Hablamos de mudarnos, de empezar una nueva vida. Creía que ella era mi futuro.

—Seguro que fue devastador cuando te dejó.

Me encojo de hombros otra vez, tanto que mis hombros golpean la almohada.

—Y supongo que ahora te cuesta mucho confiar en la gente. Te da miedo dejar entrar a alguien, ¿verdad? Te preocupa que, si lo haces, te volverá a engañar.

—Pues no. —Suelto una risita irónica—. No atribuyo el mal comportamiento de alguien a cada persona que conozco. No veo infieles por todas partes.

—Pero temes que te hagan daño.

—Supongo. No lo sé. Es como si… hubiera construido un muro a mi alrededor que impide la entrada. No del todo.

—¿También a mí?

—Sobre todo a ti —suelto con brusquedad—. Porque mereces a alguien que te apoye por completo. Alguien como Will. Larsen es un buen partido, sería el novio perfecto.

—Will es increíble. Pero tú también. Eres mucho más de lo que crees. Eres dulce, cariñoso y protector. Serías el novio perfecto, aunque no lo creas.

—No. No estoy hecho para relaciones profundas y no quiero arrastrarte conmigo.

—No me arrastras contigo. Me estás levantando. Los dos. Mira lo que hiciste por mí esta noche. Creo que nunca había tenido un ataque de pánico como ese, y ambos os sentasteis conmigo, me ayudasteis a respirar y luego a olvidar.

Se me encoge el corazón cuando recuerdo lo vulnerable que parecía. Lo asustada que estaba. Las lágrimas que corrían por sus mejillas. Pero se equivoca. Will la tranquilizó. Will le dijo que la quería.

¿Y yo? Yo me quedé ahí. Mudo.

Dudo mientras me muerdo el interior de la mejilla.

—Will dijo que te quería.

—Lo sé. Y… yo le correspondí antes de entrar en tu habitación.

Asiento en la oscuridad. Quiero decir algo, pero las palabras se atascan en la garganta.

—Beckett —susurra agarrándome la mano bajo las sábanas—. También te quiero a ti.

Parece que la habitación se encoge. No puedo respirar. Charlie me quiere. En el fondo lo sabía, pero oír decirlo… Algo dentro de mí se rompe y el pecho se me hincha de emoción.

Por un momento, no puedo hablar. Quiero creerle, quiero dejarme llevar por lo que Charlie y yo tenemos, por lo que los tres tenemos… pero el miedo sigue ahí, corroyendo mi determinación.

Trago saliva.

—Yo… no puedo corresponderte.

—¿Por qué?

Niego con la cabeza. Soy la peor persona del mundo.

—Siento algo por ti, pero… —Dejo de hablar, con los músculos tensos. Se me da fatal esto—. No puedo decirlo en voz alta.

Me aprieta los dedos con más fuerza.

—Pero ¿sientes algo?

¿Siento algo? Sí, claro que sí. Llevo meses enamorado de ella. Pero decirlo en voz alta es como andar por la cuerda floja sin red.

Charlie espera en silencio y, cuando ve que no respondo, vuelve a preguntar:

—¿Sientes algo, Beckett?

—No lo sé.

Es mentira. Sí lo sé. Pero admitirlo significa dejarla entrar. Por completo. Dejar que vea todas las partes de mí que no estoy dispuesto a mostrar.

El silencio se extiende entre nosotros. Oigo los latidos de mi corazón en los oídos, más fuertes de lo normal.

—¿Y si te vas? —suelto de golpe. Hasta yo me sorprendo.

Charlie se incorpora, confundida.

—¿Qué?

Me obligo a mirarla a los ojos.

—¿Y si me permito sentir esto y te vas?

Su expresión se suaviza. Alarga el brazo para tocarme la mejilla y me acaricia la barba.

—No soy tu ex. Yo nunca te haría daño.

—Eso es lo que dices ahora. Pero no puedes ver el futuro. La gente cambia de opinión. La gente se va. No sabes qué pasará.

—Sé que te quiero más de lo que creía posible. Sé que nunca te haría daño intencionalmente.

Quiero creerla. Joder, me muero de ganas. Pero el miedo me oprime el pecho como una boa constrictor.

Se inclina sobre mí y apoya la frente contra la mía.

—Confía en mí, Ice Boy. Te quiero. No voy a hacerte daño.

Cierro los ojos. Me pide que la deje entrar, pero no sé si puedo hacerlo.

—Por favor —murmura—. Confía en mí.

Exhalo. Puede que no tenga que decirlo en voz alta. Puede que, por ahora, baste con aferrarme a ella.

—Lo intentaré —le prometo en voz baja mientras la atraigo hacia mi pecho.

—Eso es todo lo que pido.

Nos quedamos así un momento y su respiración se tranquiliza cuando se acurruca más cerca. Al cabo de un rato, sé que se ha dormido porque su cuerpo se relaja por completo, pero yo le sigo dando vueltas a la cabeza.

CAPÍTULO 43

WILL



El puto tictac

Unas voces ahogadas y el crujido inconfundible de la puerta principal al abrirse y cerrarse me despiertan. Tardo un rato en espabilar. Parpadeo y me doy cuenta de que no he imaginado las voces. Hay gente abajo.

Me doy la vuelta y espero ver a Charlotte dormida a mi lado, pero la cama está vacía y recuerdo que anoche durmió con Beckett.

Espero a que llegue la punzada de celos. El ardor de la posesividad. «Mía. Charlotte es mía».

Pero no llega.

Porque Charlotte es nuestra.

Aparto las sábanas, me levanto de la cama, me pongo un pantalón de chándal y guardo el móvil en el bolsillo por si necesito llamar a la Policía. Porque las voces de abajo se oyen cada vez más fuertes y no oigo el tono femenino de Charlie. Más bien suena como si varios tíos estuvieran discutiendo.

¿Qué cojones pasa?

Bajo las escaleras, pero no descubro qué pasa hasta que doblo la esquina y entro en el salón. Beckett está de pie junto a la ventana, sin camisa y con los brazos cruzados, mientras un hombre rubio, mayor da vueltas por el parqué con expresión frustrada.

A juzgar por el gran parecido, es el padre de Beck.

Y el hombre está claramente alterado, hace aspavientos con las manos y grita:

—¿Te lo puedes creer? ¡Por una oferta de trabajo!

Beckett suspira y deja caer los brazos a los costados.

—Papá. Venga. Tranquilízate, hombre. ¿De verdad te ha echado de casa?

Me apoyo en el marco de la puerta e intento no prestar demasiada atención a su conversación, pero la curiosidad puede conmigo. El padre de Beck tiene la misma espalda ancha y la misma mandíbula pronunciada que su hijo, pero el pelo le empieza a canear por las sienes y tiene un poco de barriga. A los australianos les gusta demasiado beber.

—¡Sí! —exclama el señor Dunne levantando las manos con exasperación—. ¡Me ha echado de mi propia casa porque acepté una oferta de trabajo! Una gran oportunidad, ni más ni menos, pero noooo, dice que es demasiado sacrificio.

Beckett mira a su padre boquiabierto.

—Perdona… ¿qué? ¿Has aceptado el trabajo en Sídney después de que mamá te dijera que no quiere mudarse?

Su padre titubea. Ante la cara de incredulidad de Beckett, percibo el momento exacto en que el señor Dunne se da cuenta de la estupidez que ha cometido.

Es raro verlos juntos. Observar cómo hablan un padre y un hijo normales. No recuerdo la última vez que tuve una conversación con mi padre, que no fuera por algún asunto que le interesaba egoístamente. Al congresista Larsen jamás se le ocurriría presentarse aquí si se hubiera peleado con Kelsey.

—¿Qué? ¿Diste por hecho que ella lo aceptaría?

—¡Pues sí! —El señor Dunne se detiene el tiempo suficiente para lanzarle a su hijo una mirada mordaz—. Hablamos de mi carrera profesional. Debería apoyarme. Pero, en cambio, se queja de nimiedades. Como si mudarse a otro continente fuera un gran inconveniente. El matrimonio consiste en sacrificarse, ¿no? ¿No es eso lo que se supone que tu madre debe hacer?

Se me escapa un resoplido cuando lo escucho, y ambos se vuelven hacia mí.

Cuando el señor Dunne arquea una ceja, me encojo de hombros, incapaz de reprimir una sonrisa.

—¿Considera que mudarse a otro continente es una «nimiedad»? —Hago el gesto de las comillas con los dedos—. ¡Es un sacrificio descomunal!

El padre de Beck me fulmina con la mirada.

—¿Y tú quién demonios eres, colega?

Su mirada es pura fanfarronería, no asusta. Sonrío de par en par.

—Es Will Larsen —me presenta Beckett—. Compañero de piso, compañero de equipo y mil cosas más.

—Encantado de conocerte, Will. Soy James —me saluda el señor Dunne antes de volver a fulminarme con la mirada—. Ahora, métete en tus asuntos.

Me resulta imposible contener la carcajada. Beck también se ríe.

—Papá, Larsen tiene razón. Mamá te dijo que no quería mudarse a Sídney y tú aceptas un trabajo allí. ¿Ves la incoherencia de todo esto?

Su padre resopla.

—Dices lo mismo que ella. Los dos. ¿Tú no estás de mi lado?

Beckett suelta otra carcajada.

—Yo no estoy del lado de nadie. Lo único que digo es que quizá… y solo hablo por hablar… la has cagado. A las mujeres no les gusta que las pisoteen.

James murmura algo en voz baja. Está claro que no le entusiasma la idea de haberse equivocado.

Decido hacer algo útil y voy a la cocina a encender la cafetera.

—¿Queréis un café? —grito.

—Joder, sí —responde el padre de Beckett entrando en la cocina con paso decidido—. Ahora mismo me vendría bien uno muy cargado.

Beck se une a nosotros y apoya la cadera contra la encimera mientras empiezo a preparar el café.

—No puedo creer que hayas aceptado el trabajo. No tenía ni idea de que fueras un suicida.

Resoplo.

—¿Cómo te echó de casa? ¿Te tiró la ropa por la ventana? ¿Cambió las cerraduras?

—Peor. ¡Me engañó, colega!

Le sonrío al hombre.

—¿Cómo se engaña a alguien para echarlo de casa?

—Ayer le conté que había aceptado la oferta y me planteó salir a cenar para hablarlo. Yo pensé: «¡Qué bien se lo está tomando! ¡Genial!». Así que me arreglé… —Se señala el polo y los pantalones caqui que lleva puestos, que parecen un poco arrugados, como si hubiera dormido con ellos puestos—. Subimos al coche y, de repente, me dejó en el hotel del aeropuerto y me dio un billete para un vuelo que salía esta mañana.

Me quedo boquiabierto.

—¡Vaya!

—Qué guay. —Beckett parece impresionado—. Mamá es una zorra despiadada.

—No llames zorra a tu madre —gruñe James—. En fin, me miró fijamente a los ojos y me dijo: «Ve a ver a tu hijo. Quizá te haga entrar en razón de una maldita vez». ¡Y luego se largó y me dejó allí!

—¿El billete solo era de ida? —pregunto mientras sirvo tres tazas de café.

—¡Sí! —responde, indignado—. ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué pasa aquí? —La voz soñolienta de Charlie llega desde la puerta y todos nos giramos hacia ella.

Se me acelera el corazón al verla. Lleva puesta una camiseta mía, que le cuelga por encima de las mallas, y va descalza, con la melena negra alborotada de dormir. Vacila cuando ve al padre de Beckett, y nos lanza una mirada cautelosa a Beck y a mí. Entonces, mi amigo le dedica una sonrisa triste.

—Es mi padre. James Dunne, Charlotte Kingston.

No da más detalles, Charlie y yo tampoco. En cambio, se acerca a James para estrecharle la mano y luego se prepara una taza de té verde. Cuando está echando la bolsita de té en la taza, Beckett se acerca por detrás y le da un beso en el cuello.

—Perdona que te hayamos despertado —se disculpa. Le da un apretón juguetón en el culo y luego se sienta en la encimera con el café en la mano.

—No sabía que venía tu padre.

—Yo tampoco —resopla Beck, lo que incita a James a contarle la sórdida historia a Charlie, sin importarle lo más mínimo que sea una completa desconocida.

Hoy he aprendido que los australianos comparten demasiada información.

Le doy un sorbo a mi café justo cuando me vibra el teléfono en el bolsillo. Lo saco y hago una mueca cuando leo el nombre que aparece en la pantalla.

Tessa Díaz.

No he tenido noticias de Tessa desde que publicó el reportaje que le pidió mi padre. Me envió el enlace del artículo por correo electrónico cuando salió en diciembre. El artículo me describía como el típico hijo de un congresista estadounidense respetado, con un futuro prometedor por delante.

En otras palabras, puras patrañas.

Salgo de la cocina y me llevo el teléfono a la oreja.

—Tessa, hola.

—¡Will! —exclama, demasiado entusiasmada a esas horas tan tempranas—. Perdona que te llame un sábado y antes de las nueve, pero estoy en Boston y solo me quedo hasta mediodía. Pensaba ir a Hastings para charlar un rato contigo. ¿Tienes libres las próximas dos horas?

Frunzo el ceño con curiosidad.

—Sí, si no tardas mucho. A la tarde tenemos partido y tengo que jugar.

—Será rápido. Si salgo ahora, puedo estar en tu casa dentro de una hora. ¿Te parece bien?

—¿En mi casa? ¿No prefieres que nos veamos en un restaurante o algo así?

—No, me gustaría charlar en un sitio con más intimidad.

Vale, ahora estoy intrigado.

Cuando colgamos, vuelvo a la cocina, el padre de Beckett le está preguntando a Charlotte si ella se divorciaría porque su marido aceptara un trabajo en contra de su voluntad.

—¿Quién era? —Beck me mira y da un sorbo a su café.

—Tessa Díaz, la periodista de *Capitol Magazine* que escribió mi reportaje en otoño.

—Ya. La portavoz de tu padre.

—Viene en una hora. Dice que tiene que hablar conmigo de algo.

En cuanto termino el café, dejo la taza en el fregadero y salgo de la cocina.

—Voy a darme una ducha antes de que llegue —digo por encima del hombro.

En la ducha, mientras el agua caliente me cae por la cara y el pecho, me pregunto qué cojones habrá tramado mi padre esta vez. Porque no hay otra razón por la que Tessa me llame como si nada para hablar conmigo.

Aunque ya hemos hecho un publirreportaje. Así que este nuevo artículo o lo que sea tendrá otro enfoque, otra forma de encajarme aún más en el molde que ha creado para mí.

Una hora más tarde, Tessa llama al timbre y me sonríe con los ojos brillantes cuando abro. Lleva unos vaqueros oscuros y una gruesa cazadora azul con capucha de piel. La saludo con un apretón de manos, y trato de igualar su entusiasmo, aunque mi instinto me grita que sea cauteloso.

En lugar de quitarse la chaqueta, señala la puerta con la cabeza.

—¿Qué te parece si damos un paseo y charlamos? Te prometo que no te quitaré mucho tiempo.

—Claro.

Cojo mi abrigo y me pongo las botas y los guantes. El aire matinal me golpea en la cara mientras caminamos por la acera. Hace un frío de mil demonios, pero a Tessa no parece importarle.

—Bueno, ¿qué pasa? —pregunto metiendo las manos enguantadas en los bolsillos. Ojalá hubiera cogido el gorro también.

Me mira de reojo.

—No me voy a andar con rodeos, Will. Tengo una propuesta para ti.

—Vale…

—Dejo la revista.

Arqueo las cejas.

—¿En serio? ¿Qué ha pasado con lo de cumplir con tus deberes?

—No he dicho que me vaya para siempre. Por ahora, he cogido una excedencia, pero todo depende de cómo se desarrolle la campaña. —Sonríe al ver mi mirada de desconcierto y sigue hablando—: Me han ofrecido un puesto de redactora de discursos de campaña en el equipo de Harper Wozniak.

—Vaya, qué guay. ¡Felicidades!

—Gracias. Tengo muchas ganas de empezar. —Me sonríe con un brillo juguetón en sus ojos oscuros—. Quiero que vengas conmigo.

Me detengo en seco y me giro para mirarla.

—¿Qué?

—Hay una vacante en el equipo. Asistente de Pamela Kerry, la jefa de campaña de Wozniak. Dejé caer tu nombre y Pam dijo que el puesto es tuyo si lo quieres. Sin entrevista ni nada.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio.

Esto es lo último que esperaba oír esta mañana. La cabeza me da vueltas intentando recordar algo de Harper Wozniak. Me suena su nombre, pero no sé de qué.

—¿Es la oponente de mi padre en las primarias? —pregunto con el ceño fruncido.

El próximo otoño será la primera vez en más de una década que alguien compita contra mi padre en las primarias, otra de las razones por las que me ha dado la lata con la imagen «perfecta». Durante las fiestas, no paró de despotricar. ¡Cómo se atreve alguien de su propio partido a intentar echarlo! ¡Menudo descaro! Creía que le daba un síncope.

—No —responde Tessa—. Esa es Sandra Donaldson. Harper se presenta por otro distrito. Dicho esto, no le gusta nada tu padre. Ya ha salido en prensa criticando su programa político.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que cambie de bando? ¿Trabajar para una señora que va contra mi padre?

—Creo que Harper te caería muy bien. El otro día me senté con ella tres horas para hablar de su postura y de lo que pretende. Todo muy de acuerdo con lo que hablamos durante la entrevista. De hecho, me recordó tanto a ti que he venido a Boston para contártelo en persona. —Tessa sonríe con tristeza—. Tenía el presentimiento de que me costaría convencerte, pero que con mi alegre disposición lo conseguiría.

A duras penas esbozo una sonrisa, no puedo dejar de mirarla, con la mente a toda máquina. No sé nada de Harper Wozniak, pero, aunque todos sus planteamientos coincidieran con mis convicciones, no puedo trabajar para la rival de mi padre. Es una traición descomunal.

—No sé —digo al fin. Las palabras me pesan en la garganta—. Es un gran paso.

—Enorme. Y no espero que tomes una decisión ahora mismo. Solo te pido que lo pienses.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—Dame más detalles del puesto.

Tessa me habla de mi puesto y el suyo. Será una de las redactoras de discursos de Wozniak durante la campaña y, si Wozniak gana, Tessa pasaría a formar parte de su equipo a tiempo completo. Al parecer, también podría haber otro puesto para mí; quizá no en la oficina de Wozniak, pero sí con Pamela Kerry en otra campaña.

—Hablé largo y tendido con las dos sobre ti. Están intrigadas.

—Sí, porque maquinan cómo sacar partido a esta situación. «¡Mirad, votantes! Al representante Larsen ni siquiera lo secunda su hijo».

—Puedes apoyar a tu padre en las primarias. Harper no intenta desbancarlo. Ni siquiera van por el mismo distrito. Ambas cosas no son excluyentes.

—¿Cuándo empezaría?

—En mayo, después de que te gradúes.

Caminamos en silencio unos minutos más. Sigo dándole vueltas a la oferta y, cuando volvemos a casa, estoy hecho un lío con tantas emociones contradictorias.

No puedo negar que la oferta es interesante. No tenía ni idea de a qué dedicarme después de la graduación. Sinceramente, ni siquiera he empezado a buscar trabajo. Y, de repente, me cae esta oferta del cielo.

No puedo rechazarla sin más, ¿verdad?

—¿Te importa si voy al baño antes de volver a Boston? —pregunta Tessa.

—Claro. No puedo creer que hayas venido hasta aquí solo para hablar conmigo veinte minutos.

—Me encantaría que aceptaras este trabajo, Will. —Nos detenemos en el porche y me agarra la mano. No es un gesto romántico, sino de aliento—. Eres una de las pocas personas que creo que realmente encajan en la política. Tienes integridad. Marcarías la diferencia en este terreno.

—Lo pensaré —digo sin comprometerme—. ¿Cuándo necesitas la respuesta?

—Lo ideal sería en este mes.

Asiento y abro la puerta. Entramos en el recibidor justo cuando Charlie se acerca y se pone el abrigo. Beckett, que va sin camiseta, la sigue con una taza de viaje que, imagino, contiene un té verde. Se inclina para besarla en los labios.

—Para el viaje, buñuelito —dice y le da la taza.

Charlie parece conmovida y le ofrece una sonrisa radiante.

—Gracias.

Cuando ven la pequeña figura de Tessa escondida detrás de mí, se sobresaltan.

Me apresuro a presentarlos.

—Chicos, Tessa Díaz. Tessa, él es mi compañero de piso y de equipo, Beckett. Y, eh, Charlotte —tartamudeo—. Su novia.

Beckett ni se inmuta y Tessa se limita a asentir, no le interesa ningún detalle personal. Pero la presentación se me graba a fuego en la cabeza, porque me duele en el pecho. La mentira. La omisión. Lo que fuera.

Me resulta muy incómodo presentar a Charlie como algo distinto de la novia de Beckett, acabamos de verlo besándola sin camiseta.

Pero también me provoca una oleada de culpa, porque Charlie no es solo su novia. También la mía.

Debería sentirme orgulloso de eso. Debería querer gritarlo a los cuatro vientos. Charlotte es mi chica.

Pero, en el fondo… sé lo que me ha detenido hace un momento. Una parte de mí se avergüenza de lo que Tessa pueda pensar de nosotros. De lo que piense de mí.

Y mientras esa cruda realidad me invade por completo, de repente lo oigo. El tictac. El puto tictac que resuena en mi cabeza. El reloj. La cuenta atrás.

Y comprendo que, tarde o temprano, todo lo que hemos construido se vendrá abajo y esta complicada relación llegará a su fin.

CAPÍTULO 44

BECKETT



Seguro

Me gustaría llegar pronto al Graham Center para mostrarle las instalaciones a mi padre, pero Will tiene la cabeza enterrada en su portátil y no está listo para ir, así que me lanza las llaves de su camioneta y me dice que le pedirá a Shane que lo lleve a la pista.

A pesar de las circunstancias que trajeron a mi padre a la puerta de mi casa, me alegra ver a ese grandullón. Siempre me lo paso bien con él. Esta tarde seguirá al autobús del equipo en el coche de Will para ver nuestro partido contra Quinnipiac.

Cuando salgo marcha atrás por el camino de entrada, el sol se refleja en el parabrisas y en los montones de nieve a ambos lados de la calle. Este invierno hemos tenido suerte con las nevadas. Al menos hasta ahora. Las temperaturas eran gélidas, pero apenas ha nevado. Según mi profesor de Ecología y Conservación Marina de este semestre, el cambio climático es el mal personificado, de modo que los océanos no tardarán en secarse y todos moriremos de insolación. Nos soltó una buena diatriba la semana pasada, cuando alguien le preguntó si la falta de nieve en Nueva Inglaterra era una mala señal.

En el asiento del copiloto, mi padre mira por la ventana y observa las calles residenciales de Hastings, que pasan a toda velocidad.

Apenas ha hablado desde que salimos de casa. Es raro verlo así, inquieto, como un hombre que ha perdido el ancla.

—¿Y qué plan tienes? —le pregunto—. ¿Vas a reservar un vuelo de vuelta mañana o el lunes?

Deja escapar un profundo suspiro, aunque sigue concentrado en el paisaje.

—No lo sé, hijo. Tu madre sigue furiosa. Nunca la había visto tan enfadada.

—Bueno, has aceptado una oferta de trabajo que os exige mudaros al otro lado del mundo sin consultárselo. Tiene motivos para estar enfadada.

—Creía que actuaba. Que cuando se hiciera a la idea, lo entendería, ¿sabes? Que se sentiría volviendo a casa. Pero Meg no lo ve así. Cree que soy egoísta.

Porque lo es.

Me obligo a contener la risa, está realmente molesto, pero venga ya. No se toman decisiones tan importantes en la vida si tu mujer no está de acuerdo. Debería saberlo.

Se frota la cara con la mano.

—Supongo que me dejé llevar por la emoción. Pensé que era lo mejor para nosotros, para la familia. Pero ya no estoy tan seguro. Puede que tenga razón y solo pensaba en lo que yo quería.

Noto el agotamiento en su voz, y me doy cuenta de que no solo está frustrado. Tiene miedo. Miedo de lo que esta descabellada decisión pueda significar para su matrimonio, para su vida en común.

—¿Y qué vas a hacer?

—Tendré que rechazar el trabajo. Me quedaré en Indianápolis y arreglaré las cosas con tu madre. Pero la idea de perder esta oportunidad… Creo que renuncio a algo importante.

—Pero no merece la pena si la pierdes. Lo sabes.

—Lo sé. Pero resulta difícil, hijo. Es difícil rechazar algo por lo que has trabajado tanto. Ya conoces esa sensación.

Hace una pausa, dura lo suficiente para que lo mire de reojo. Frunce el ceño con desconcierto.

—¿Qué? —pregunto.

—Eh… bueno… esa chica, Charlie. Me gusta. Parece inteligente. Divertida.

Sabía que iba a salir el tema. Desde el momento en que papá conoció a Charlie, esperaba que lo sacara. Que me interrogara sobre ella.

—No me dijiste que tenías novia.

—Hemos empezado hace poco.

Asiente con la cabeza, pero su ceño no se suaviza.

—¿Qué? —vuelvo a preguntar.

—Probablemente no debería decirte esto mientras conduces, pero, eh… tu novia se besó con tu compañero de piso cuando él salió de la ducha.

Se hace el silencio, y es tan acentuado que puedo oír cómo se me hinchan los pulmones cada vez que los lleno de oxígeno.

Ante mi falta de respuesta, mi padre sigue hablando incómodo.

—Los vi cuando subí a buscar una sudadera a tu habitación. —Señala la sudadera de la Universidad de Briar que lleva puesta en lugar de su polo, como si quisiera demostrarme que de verdad había ido a mi habitación.

Me quedo callado mientras intento pensar en qué responder.

—Beckett —insiste.

Finalmente, dejo de apretar el volante con fuerza y lo miro de reojo.

—Charlie no es solo mi novia; también es novia de Will.

Arquea las cejas.

—¿Disculpa?

Vuelvo la mirada a la carretera.

—Pues eso. Nosotros… Compartimos. Es complicado.

—¿Complicado? —Suelta una breve carcajada, aunque carece de humor—. Es una forma de decirlo. Hijo, ¿qué demonios haces? ¿De verdad crees que eso funcionará?

—De momento nos va bien. Nos preocupamos unos de otros. Nos funciona.

Mi padre se queda callado durante un rato sin apartar la mirada de mí, como si quisiera hacerme un agujero en la cabeza con los ojos.

—¿Y qué pasará en el futuro? ¿Y si quieres casarte? ¿Cómo encaja eso en esta relación?

Trago saliva con fuerza. No he pensado tan a largo plazo, la verdad. Nos hemos limitado a vivir el día a día, a disfrutar de lo que tenemos.

Pero ahora las dudas se apoderan de mí.

—No lo sé. No hemos hablado de eso.

Suspira y niega con la cabeza.

—Estás jugando con fuego, chico. He visto cómo la miras. Esto no es una aventura casual. Has involucrado el corazón en algo que podría estallarte en la cara. ¿Y para qué? ¿Porque te da demasiado miedo dejar entrar a alguien de verdad?

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—¿Acaso no lo haces por eso?

—Te equivocas —suelto apretando el volante con fuerza.

—¿Crees que no sé lo que haces? Escogiste a esta chica porque es seguro. Porque, en el fondo, sabes que esta relación no va a ninguna parte. Es una excusa para mantener tu corazón bajo llave.

La acusación me duele más de lo que esperaba. He intentado no darle demasiadas vueltas, pero mi padre tiene razón. No se trata solo del presente. El futuro es una gran incógnita.

—No estoy en esta relación porque sea seguro. —Mi voz suena a la defensiva y hago una mueca—. Charlie me importa. Los dos me importan.

—¿En serio? ¿O simplemente te escondes detrás de ellos porque es más fácil que enfrentarte a la posibilidad de volver a salir herido?

Abro la boca para responder, pero no me salen las palabras. No sé qué responder. Porque quizá tiene razón. Puede que utilice la situación para protegerme, para no abrirme completamente, para no arriesgarlo todo.

—Beckett —dice mi padre, esta vez con un tono más suave—, lo entiendo. De verdad. Después de lo que pasó con Shannon, comprendo que te dé miedo abrir la puerta a alguien. Pero esta no es la solución. No puedes… compartir novia. A la larga, lo único que conseguirás es sufrir todavía más.

Miro al frente. No quiero admitir que podría tener razón. No quiero enfrentarme a la posibilidad de estar saboteando algo por miedo.

—No lo sé —murmuro—. No sé lo que estoy haciendo.

—Da igual que no lo sepas. Pero no te conformes con algo solo porque sea seguro.

Pasamos el resto del trayecto en silencio.

CAPÍTULO 45

CHARLOTTE



La zorra suprema de la galaxia

A mitad de semana, prácticamente me mudo al laboratorio de ingeniería y estoy pensando en comprarme un saco de dormir y un hornillo. Sin embargo, el prototipo de mi dispositivo de presión arterial es una puta pasada. Funciona de maravilla. Incluso mi asesora se quedó impresionada cuando pasó a ver cómo iba.

Con las vacaciones de primavera a la vuelta de la esquina, quiero avanzar todo lo posible con mi proyecto final para poder relajarme por fin. Harrison me escribió anoche y me propuso venir a visitarme en vacaciones porque, al final, no pude ir yo y, la verdad, me apetece verlo. Además, ese fin de semana es su cumpleaños, así que estaría bien pasarlo juntos, sobre todo porque no parece tan resentido. Nuestras últimas conversaciones han sido geniales. Ni una sola pulla ni un comentario velado sobre mi familia, y tampoco me ha preguntado si les he hablado de él.

Cosa que aún no he hecho. Creo que incluso Ava se ha dado por vencida. Y, sinceramente, me sorprende y le agradezco que haya logrado mantener el secreto. Supuse que se lo habría dicho a nuestros padres hace siglos, pero ha respetado mi deseo de contárselo yo misma.

Lo cual haré.

En algún momento.

Son más de las diez cuando salgo del laboratorio. Tengo varios mensajes por leer en nuestro grupo de chat, así como una de las típicas notas de Beckett en el bolso, que descubro cuando saco el teléfono.

No más noches en vela en el laboratorio.
Por favor, nena. Echo mucho de menos tu coño.

Me muerdo el labio y sonrío. Mi novio número dos tiene un don con las palabras. Estoy un poco obsesionada con sus notas. No tengo ni idea de cómo consigue meterlas en mi bolso sin que me entere, pero cada pocos días, normalmente después de pasar la noche con ellos, encuentro una nota con su familiar caligrafía.

En el grupo de chat, los mensajes son de Will.

Will: ¿Cómo va el proyecto?

Will: Ven a casa si no sales muy tarde.

Miro la hora y decido que, en efecto, es muy tarde. Tengo clase mañana a primera hora, así que escribo una respuesta rápida y les digo que los veré mañana por la noche. Luego conduzco hasta mi casa en Greek Row.

Agatha sale del pasillo y entra en el vestíbulo justo cuando atravieso la puerta principal. Su expresión se tensa al verme y me saluda con un gesto brusco de cabeza. Me ha tratado con extrema frialdad desde la Gala de Presidentas. Dice que no cree las acusaciones de mi ex sobre que soy la zorra suprema de la galaxia, pero es evidente que sospecha de mí.

Faith asoma la cabeza por la puerta de su habitación cuando llego al pasillo del segundo piso.

—Hola, cariño. Qué tarde has vuelto.

—Prácticamente vivo en el laboratorio —respondo desanimada.

—¿Has avanzado algo, por lo menos?

—Por suerte, sí.

Faith me sigue hasta mi habitación, se deja caer en el colchón y me observa mientras dejo el bolso y el portátil en el escritorio.

—Pareces estresada —dice, divertida.

—Estoy estresada. Uf. Casi me arrepiento de no haber ido a casa de los chicos esta noche para relajarme con un poco de sexo, pero mañana tengo que madrugar mucho… —Dejo de hablar cuando veo su expresión.

Me mira con desconcierto y muchísima sospecha.

—¿Qué? —pregunto con cautela.

—¿Acabas de decir a casa de los chicos? O sea, en plural.

Una sensación de inquietud me revuelve el estómago.

—Me refiero a la casa de Will. Comparte piso con un compañero, así que supongo que se me escapó hablar en plural.

La mirada de Faith me atraviesa.

—Mientes.

—No miento —insisto.

—Sí.

—En absoluto.

Se pone de pie de un salto y cruza los brazos por encima de la camiseta extragrande de los Patriots con la que le gusta dormir.

—¿En qué andas metida?

—En nada.

—Llevamos casi cuatro años compartiendo casa, Charlotte Kingston. ¿Me tomas por tonta? ¿Una tonta que no se da cuenta de que su mejor amiga le miente descaradamente?

Se me escapa una risa ahogada. Es mi turno de dejarme caer en la cama y enterrar la cara entre las manos.

—Está bien. Tú ganas. Me he visto envuelta en una situación un poco… extraña —confieso con la cara todavía tapada.

—Mmm… ¿vale?

La miro por entre los dedos.

—He hecho una estupidez.

—Define «estupidez».

—Tengo dos novios y estoy enamorada de ambos.

El silencio invade la habitación.

Entonces, Faith se parte de risa.

Asomo la cabeza por entre mis manos.

—¿Por qué te ríes de mí? ¡Hablo en serio!

Al oírme decir eso, mi mejor amiga se queda boquiabierta.

—Espera. ¿No era broma?

—¡No! Esa es literalmente mi vida ahora.

—¡Joder! Todo lo que dijo Mitch en la gala, ¿era cierto?

—Sí y no. —Aprieto la mandíbula al recordar las crueles palabras de Mitch—. No voy por ahí chupando pollas a diestro y siniestro. Salgo con Will. Salgo con él de verdad; no es solo algo físico. —Me muerdo el labio—. Pero también salgo con Beckett Dunne. El compañero de equipo de Will.

Parpadea, sorprendida.

—¿Al mismo tiempo?

Asiento con la cabeza.

—Oh, Dios mío.

—No planeé nada de esto —gruño—. Simplemente… pasó. Y, por cierto, los dos saben que salgo con el otro. Es, eh, su rollo. Pero nadie más. Ni siquiera sus amigos.

—¿Así que tienes una relación secreta con ambos y nadie lo sabe?

—Bueno, ahora lo sabes tú. Pero sí.

Asombrada, se desploma en la silla de escritorio.

—¡Guau! ¡Qué locura! —Frunce el ceño—. ¿Eres feliz con ellos?

—Es complicado, pero… sí. Con ellos siento, no sé, que no tengo que elegir entre ser una versión u otra de mí misma. Me entienden. Aunque sea un lío.

—Decir que es un lío se queda corto. —Se ríe de nuevo y luego adopta una expresión pensativa mientras me observa con atención.

Sé exactamente lo que está pensando.

—Haz la pregunta, anda —murmuro.

—¿Te los follas al mismo tiempo?

—Sí y no.

Sus ojos brillan con diversión.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que a veces estoy sola con Will, a veces estoy sola con Beckett, y otras… —Dejo escapar un suspiro—. Otras estamos los tres.

—¿Uno en cada agujero?

—¡Faith! —la regaño por su crudeza.

—¿Qué? ¡Tengo curiosidad de verdad!

—No —confieso—. Eso no lo hemos hecho.

—Pero ¿lo haréis?

—No lo sé. Quizá. —No puedo negar que la idea de que me follen a la vez es… tentadora.

Se queda en silencio de nuevo para volver a procesar todo. Luego se levanta de la silla de un salto y los rizos le rebotan sobre los hombros mientras empieza a caminar de un lado a otro frente a mí.

Sigo sus rápidos movimientos con una sonrisa irónica en los labios.

—¿Qué?

Sin previo aviso, me bombardea a preguntas.

—¿Cómo va a funcionar esto? ¿Logísticamente hablando? —Mueve las manos y el pelo mientras pasea y habla—. ¿Tenéis un horario? ¿Qué pasa si queréis salir en público? ¿Salís todos juntos o actuáis como amigos delante de la gente? ¿Y qué hay de las vacaciones? ¿Qué harás si uno de los dos se pone celoso? ¿Habéis pensado en casaros? ¿En tener hijos? ¿Quién será el padre? ¿O serán los dos?

Dispara tantas preguntas que siento que me estalla la cabeza. Abro la boca, pero no respondo de inmediato. ¿Cómo voy a responder si ni yo misma lo sé?

—Tranquilízate —le suplico—. No lo sé, ¿vale? Todavía hay muchas incógnitas.

Deja de pasearse.

—¿No lo sabes? ¿Quieres decir que te has enamorado de dos chicos y que no sabes cómo funcionará la relación?

Me froto las sienes, noto que asoma la migraña.

—No sé cómo afrontar la situación. No hay un manual para relaciones de tres.

Faith se deja caer a mi lado y me mira como si intentara resolver un rompecabezas.

—Bueno, pero ¿qué pasa si la cosa se pone seria? No puedes seguir saliendo con los dos para siempre, ¿verdad? Llegado el momento, alguien querrá más. ¿Y si uno de los dos quiere casarse?

Se me hace un nudo en el estómago. Lo he pensado, claro, pero no demasiado. Ha sido un pensamiento distante y abstracto. Pero ahora que me lo pregunta, ya no puedo seguir escondiendo la cabeza debajo del ala.

Tiene razón. ¿Qué pasa si la cosa se pone seria?

—No lo sé. De verdad. No quiero elegir, y ninguno de los dos me lo ha pedido. Pero sí, no tengo ni idea de qué pasará más adelante.

—Bueno, está bien. Digamos que no tienes que elegir. Un problema menos. Pero ¿y si la gente se da cuenta? No puedes mantenerlo en secreto para siempre.

Me miro las manos y me retuerzo los dedos.

—No lo sé —repito mientras la incertidumbre me oprime el pecho —. Todavía no he pensado en eso. Solo sé que los quiero.

—El amor no siempre es suficiente, Charlotte. También tienes que pensar en las cosas prácticas. No puedes dedicarte a flotar sin rumbo para siempre.

Me dejo caer sobre ella y apoyo la cabeza en su hombro.

—Lo sé. Créeme, lo sé. Intento tomarme las cosas con calma, pero me abruman las preguntas sin respuesta. ¿Y si uno quiere más y el otro no? ¿Y si yo quiero más y lo echo todo a perder?

—No echarás nada a perder. Pero debes empezar a pensar en las cosas. Si quieres que la relación funcione de verdad, tienes que pensar en el futuro de los tres.

Asiento con la cabeza, pero por dentro sigo dándole vueltas.

Porque la verdad, no tengo ni la menor idea de cómo conseguir que nuestro amor funcione.

CAPÍTULO 46

WILL



Relación entre padres e hijos

El miércoles por la tarde, miro fijamente el teléfono en la cocina y me debato entre llamar o no. Prácticamente oigo la voz de mi padre en mi cabeza gritándome órdenes e ignorando mis ideas y mis sentimientos como si le importaran un bledo. Pero la oferta de trabajo que me ha hecho Tessa es demasiado importante para ignorarla. He pasado los últimos cuatro días investigando hasta el último detalle sobre Harper Wozniak, la aspirante a congresista.

Y Tessa tenía razón.

Me encanta su programa político.

Al cabo de un rato, respiro hondo y toco el nombre de mi padre en «Contactos». Da una señal, dos, y, entonces, su voz llega a mis oídos, tan cortante y seria como siempre. Una parte de mí se sorprende de que no haya saltado el contestador como habitualmente.

—William —dice. Sin saludos ni charlas triviales. Directo al grano —. ¿Qué pasa?

Lo imito y le respondo sin molestarme en formalidades.

—He recibido una oferta de trabajo de Pamela Kerry, la jefa de campaña de Harper Wozniak. Quiere que me una a su campaña.

Se hace el silencio en el otro extremo de la línea.

Prácticamente siento que la temperatura baja en picado.

Cuando mi padre por fin habla, su voz es fría como el hielo.

—Wozniak es una desgraciada, William. No puedes hablar en serio.

—Lo digo muy en serio. Me estoy planteando aceptar la oferta.

—Ni de broma. —Se ríe con asombro—. ¡Ni de broma, joder! ¿Me has oído?

—Alto y claro. —El resentimiento me quema la garganta—. Pero tú no tienes ni voz ni voto en esto, papá. Es mi decisión.

—No hay nada que decidir. He dicho que no.

—Y estoy harto de hacer todo lo que dices. De ser tu marioneta. Es hora de que tome mis propias decisiones.

—¿Tus propias decisiones? Tus decisiones afectan a esta familia, William. A mí. ¿Tienes idea de lo que tu decisión afectaría a mi campaña? Te tacharían de traidor. Un hijo que se vuelve contra su maldito padre.

Una oleada de ira me invade el pecho, ardiente y feroz.

—Ahora no hablamos de ti, papá. Se trata de mí. Por primera vez en la vida, quiero hacer algo que no tenga nada que ver con impulsar tu carrera.

Mi padre se mofa de mí, y su desdén me llega a través del teléfono.

—No seas ridículo. No vas a trabajar en la campaña de Wozniak. Te lo prohíbo.

—¿Me lo prohíbes? Ya no puedes controlarme. Estoy a punto de graduarme en la universidad. No soy un niño. Soy un adulto.

—Pues te comportas como un crío. Y si aceptas esa oferta, no pienso respaldarte. Ni yo, ni Kelsey ni nadie de esta familia. Te quedarás solo.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, pero me niego a dar marcha atrás.

—Ah, ¿sí? Bueno, quizá es precisamente lo que necesito. Estar solo, lejos de ti y de todas tus putas expectativas.

Tras un largo y tenso silencio, mi padre habla con voz fría y decisiva:

—Haz lo que quieras, William. Pero no vengas llorando cuando todo se desmorone.

Dicho esto, cuelga el teléfono y me quedo mirando la pantalla.

Quiero maldecir, romper algo, pero, en lugar de eso, estampo el teléfono contra la encimera de la cocina y salgo furioso por la puerta de atrás. Necesito un poco de aire.

Para mi sorpresa, me encuentro al padre de Beckett fuera. Se está tomando una taza de café mientras contempla el jardincito trasero cubierto de escarcha. Esta noche vuelve a Indianápolis, tengo que admitir que lo voy a echar de menos. Es como una versión más boba, divertida y dramática de Beckett. Me ha gustado tenerlo con nosotros.

Me mira mientras me acerco y se fija en mi expresión agitada.

—¿Estás bien, hijo?

Niego con la cabeza, incapaz de describir con palabras el caos de emociones que me revuelve por dentro.

—Acabo de pelearme con mi padre —consigo decir finalmente.

James asiente.

—¿Quieres hablarlo?

Dudo, y su mirada me provoca dolor en el pecho. Es la clase de mirada que nunca he visto en mi padre. Cálida, comprensiva. Como si de verdad le importara cómo me siento.

—Sé que no es asunto mío. —No contesto, pero él continúa—: Manejo bien las relaciones padres e hijos… son complicadas.

Suelto una risa amarga y me froto la cara.

—No tienes ni idea.

—Pero eres un buen chico, Will. He visto cómo tratas a Beck, cómo lo apoyas siempre que lo necesita. Tienes buen corazón.

Parpadeo ante el elogio inesperado.

—Gracias, pues a mi padre no se lo parece. Quiere que acate órdenes y obedezca sin rechistar.

James suspira.

—Sí, algunos hombres creen que su forma de vivir es la única válida. No se dan cuenta de que sus hijos necesitan encontrar su propio camino y cometer sus propios errores.

—Solo pretendo ser yo mismo, pero cada vez que lo intento, se cierra en banda. Le da igual lo que yo quiero.

—Lo siento. Es duro que quien más tendría que preocuparse por ti, no te apoye como necesitas. Yo también lo viví con mi padre, el abuelo de Beck. Le costó mucho tratarme como a un adulto hecho y derecho, y no como una extensión suya.

Se me hace un nudo en la garganta. De repente, me abruman todos los años que pasé intentando cumplir las expectativas de mi padre.

—Exacto. Me considera una extensión. Ojalá pudiera verme como soy, no como él quisiera que fuera.

James me toca el hombro y, por un momento, creo que voy a desmoronarme y echarme a llorar.

—Eres un buen chico —repite, esta vez con más firmeza—. Y no dejes que nadie, ni siquiera tu padre, te menosprecie.

Antes de que me dé cuenta, me abraza. Es un simple gesto de consuelo y apoyo que me resulta completamente ajeno. Me quedo ahí plantado, paralizado por un instante, hasta que por fin me relajo en sus brazos y una oleada de emoción que me invade.

Me suelta tras darme una palmadita en la espalda y se me hace un nudo en la garganta. Una extraña mezcla de gratitud y tristeza me oprime la tráquea, siento dolor por algo que nunca he tenido. Un padre que se preocupa más por mí que por las apariencias.

—Gracias —murmuro. Me aclaro la garganta mientras intento recuperar la compostura—. Necesitaba escuchar eso.

—Lo que necesites, hijo. Y recuerda, no estás solo. Estás rodeado de gente que se preocupa por ti, que te apoya. Dicho esto… —Hace una pausa, y su expresión se vuelve sombría—. Tenemos que hablar de Charlotte.

Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa con ella?

—Beckett me ha hablado de vuestra… relación. Me ha dicho que los dos estáis con ella. Que estáis los tres juntos. Todavía no entiendo muy bien cómo funciona. Ya sabes a qué me refiero.

Parpadeo, sorprendido. No contaba con esto. Lo miro e intento actuar con normalidad, pero espera que diga algo y, en realidad, no puedo negarlo.

Así que me limito a encogerme de hombros.

—Sinceramente, no soy quien para juzgar a nadie. Todos sois adultos y podéis tomar vuestras propias decisiones. Pero me preocupa Beckett.

—¿Te preocupa? ¿Por qué?

James se frota la cara como si esta conversación le pesara.

—Beck ha sufrido mucho, más de lo que demuestra, y me preocupa que se embarque en una relación, en una relación como esta, porque sabe que no tiene recorrido. Le resulta más seguro, ¿sabes? Si no dura, no volverá a sufrir.

Respiro profundamente, sobresaltado. Sabía que Beckett estaba siendo reservado, pero oírlo de la boca de su padre, que habla con tanta franqueza, me lleva a pensar que el problema es más serio de lo que pensaba.

—Bueno, sí. Sé que le han pasado muchas cosas. Me contó que su ex le puso los cuernos y que lo pasó muy mal.

James frunce el ceño.

—¿Le puso los cuernos? ¿De qué ex estás hablando?

—De Shannon —respondo, confundido—. Su novia del instituto. Me dijo que lo engañó, que le rompió el corazón y por eso no se permite acercarse demasiado a la gente. Le costó mucho superarlo.

Algo cambia en la expresión de James.

—Will… Shannon no le puso los cuernos. —Se queda callado un momento, como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Shannon no le rompió el corazón. Murió.

CAPÍTULO 47

BECKETT



Shannon

Vuelvo de clase de Energías Renovables de la tarde justo a tiempo para despedirme de mi padre, antes de que se vaya al aeropuerto. Mientras el taxi espera en la acera, nos abrazamos y me alborota el pelo de forma juguetona. Luego se sube al asiento trasero y me quedo mirando cómo el coche desaparece calle abajo.

En cuanto desaparece de mi vista, busco en los contactos del teléfono hasta que llego a «Mamá». Responde tras un par de tonos.

—Hola, cariño.

Vuelvo al porche.

—Hola. Papá acaba de subir al taxi. Llegará al aeropuerto en una hora o así.

—Ah, bien. Gracias por dejar que se quedara contigo, Beck. —Suspira—. Puede que haya sido un poco… dura.

—¿Te refieres a cuando lo echaste de casa? —Tras soltar un bufido, cierro la puerta de entrada y voy al salón—. Qué va, no fuiste nada dura.

Vuelve a suspirar.

—Mamá… —Me quedo en silencio mientras escojo las palabras con cuidado—. Intenta no ser tan dura con él, ¿vale? Sí, tomó una decisión estúpida en lo que respecta a esa oferta de trabajo, pero

nunca quiso hacerte daño. Simplemente lo echa de menos, ¿sabes? Su hogar.

—Sé que lo echa de menos. —Percibo el cansancio en su voz, como si no fuera la primera vez que tiene esta conversación—. Pero eso no significa que pueda tirarlo todo por la borda sin consultarme. Un matrimonio es una alianza.

—Lo entiendo —le aseguro, no quiero que crea que estoy del lado de papá—. No digo que tuviera razón. Simplemente entiendo por qué lo hizo. Echa de menos su hogar. Le dieron la oportunidad de volver y la aprovechó. Yo también lo echo de menos a veces.

—¿Echas de menos a Sídney? —pregunta, sorprendida.

Asiento, aunque no pueda verme.

—Sí. Más de lo que pensaba. Pienso mucho en aquello, en la vida que teníamos allí. A veces siento que me llama.

—Nunca me lo habías dicho. ¿De verdad querrías volver? ¿Para siempre?

Me froto la nuca e intento expresar con palabras la sensación que lleva tiempo carcomiéndome por dentro.

—No lo sé. Quizá. En Sídney me siento bien. Las playas, el océano, el olor del aire. Todo. Es como si una parte de mí nunca se hubiera ido del todo.

—¿Y qué pasa con el *hockey?* ¿Y tus amigos? ¿Tu vida aquí? Has construido algo aquí, Beck. Te has esforzado mucho para conseguirlo.

—Lo sé. Pero estoy a punto de graduarme y tengo que decidir qué demonios haré después. No quiero ser jugador de *hockey* profesional. No sé a qué me quiero dedicar. Y, me resulta difícil explicarlo, pero siento que Australia me atrae, como si necesitara volver en algún momento. Y creo que a papá le ocurre lo mismo.

—¿Tanto lo echas de menos? —Ahora percibo una pizca de miedo en su tono, como si le preocupara perderme por culpa de un lugar que creía que ya habíamos dejado atrás.

—Sí. Quizá solo sea nostalgia, o puede que algo más profundo. Pero entiendo por qué papá lo está pasando mal. Lleva mucho tiempo fuera.

—Siempre pensé que estabas muy asentado aquí. Tienes toda una vida y un futuro por delante. No sabía que seguías considerando Sídney tu hogar.

—Creo que es más que eso. Se trata de… no sé. ¿Mi propósito, quizá? ¿Mi identidad? Es como si Australia estuviera entretejida en mi ser. No puedo explicarlo.

—Bueno. Admito que no esperaba que la conversación diera este giro. Pero, cariño, quiero que sepas que, cualquier cosa que decidas, tu padre y yo te apoyaremos. Sigue a tu corazón, a donde te lleve.

—Sí. Pero esto no quiere decir que mañana me suba a un avión y me marche. Tengo mucho que pensar hasta que me gradúe, y muchas cosas me atan aquí. Solo quería que entendieras cómo se siente papá.

—Lo entiendo. Pero supongo que no me di cuenta de cuánto lo echaba de menos. Y tú también. —Me llega otro suspiro desde el otro lado de la línea—. Gracias por decírmelo. Hablaré con él cuando llegue a casa.

—Gracias, mamá.

Cuelgo y apoyo la cabeza en los cojines del sofá. El cansancio se apodera de mí de golpe. Lo noto en cada músculo, pero el estrés no es lo único que me tensa. Mi padre ha pasado aquí cuatro días.

Llevo cuatro días sin echar un polvo.

Estoy cachondo.

Y, en cuanto ese pensamiento se me pasa por la cabeza, mi cuerpo me exige remedio y empieza a vibrar, dolorido. Se me tensan las pelotas y resisto el impulso de sacarme la polla y masturbarme aquí mismo, en el salón. Pero no quiero desperdiciar esta primera noche sin mi padre. Charlie llegará pronto. ¿Por qué iba a correrme en mi propia mano cuando puedo enterrarme dentro de ella y dejarme llevar en ese coño perfecto?

Sin embargo, la espera es insoportable. No tengo ni idea de los planes que tiene Will esta noche; no contestó a mi mensaje cuando le pregunté dónde cojones estaba. Intento distraerme de mi persistente erección viendo la tele, pero no puedo concentrarme.

Cuando llega Charlie, apenas puedo dominarme.

Entra en casa sin percatarse de la tormenta de lujuria que se avecina. Me sonríe, y sé que debería decir algo casual, algo normal. Pero lo único en lo que puedo pensar es en su cuerpo apretado contra el mío, en la suavidad de su piel, en la forma en que pronuncia mi nombre entre jadeos.

—¿Puedo follarte? —Mi voz suena áspera. Casi desesperada.

Charlie se ríe, sorprendida.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo. Te necesito.

Cuando ve mi mirada, se queda sin aliento.

—¿Tanto me deseas?

—No tienes ni idea —gruño.

Sus labios esbozan otra sonrisa.

—Ven aquí.

Al instante, me acerco a ella y tiro de su cuerpo hacia mí para que pueda sentir lo duro que estoy por ella.

—¿Arriba? —pregunta.

Niego con la cabeza mientras hundo la cara en su cuello y beso su piel suave y tersa.

—No puedo esperar más —murmuro.

Me clava las uñas en los hombros.

—Está bien.

Es lo único que necesito oír.

La agarro por la cintura y la empujo contra la pared. Jadea cuando nuestros labios se funden en un beso húmedo y hambriento. Esta noche estoy fuera de control.

—Llevo días pensando en esto —murmuro antes de pasar la lengua por la comisura de sus labios—. En lo bien que encajamos. En lo mojada que estarás para mí.

Deja escapar un suave gemido y se arquea contra mi cuerpo.

Reclamo su boca como si quisiera devorarla, y ella responde con la misma ferocidad. Tira de mi camiseta y rompe el beso lo suficiente como para sacármela por la cabeza. La tiro al suelo y vuelvo a apoderarme de su boca. Deslizo las manos por debajo de su suéter y le acaricio la piel.

—Joder, eres perfecta —digo con voz áspera.

Le quito la ropa, pieza por pieza. La camiseta, el sujetador, las mallas, las bragas. Caen al suelo como si no pesaran nada y, cuando por fin la tengo desnuda contra la pared, mi pene está más duro que nunca.

Me observa con los párpados entrecerrados, y sus palmas me recorren el pecho desnudo y el vientre hasta llegar abajo. Mientras me desabrocha los vaqueros, llevo una mano a su entrepierna y la noto húmeda y lista para mí. Gime cuando le toco el clítoris y su cuerpo se estremece ante mi contacto. Esbozo una sonrisa burlona. Me encanta lo receptiva que es, lo mucho que también lo desea.

—Estás empapada —digo mientras la acaricio lo justo y necesario para que se retuerza—. Tú también has estado pensando en esto, ¿verdad?

—Siempre —susurra entre jadeos cuando introduzco dos dedos en su interior.

Vuelvo a besarla, esta vez con más dureza. Muevo los dedos más rápido, pero ya no puedo contenerme. Necesito más. La necesito a ella.

Retiro la mano, me quito a toda prisa los pantalones y los bóxeres, y los aparto de una patada antes de inmovilizarla contra la pared con mi cuerpo. Me rodea con las piernas instintivamente y me posiciono en su entrada. Le acaricio la raja con la punta de mi polla un segundo y, a continuación, la penetro.

Gimo ante la sensación, el calor, la fuerza con la que su coño me aprieta la polla. Es abrumador, casi demasiado, pero no puedo bajar el ritmo. No quiero.

—Eres increíble —gruño entre dientes mientras la embisto con fuerza hasta el fondo—. Nunca me canso de ti, Charlie. Nunca es suficiente, joder.

Cada embestida libera la tensión acumulada, la necesidad que llevo días conteniendo. Charlie me sigue el ritmo, y su cuerpo se mece contra el mío mientras su respiración se vuelve más agitada.

—Beckett —jadea con la voz tensa por el placer—. Estoy muy cerca. No pares.

—No pienso parar —gimo y la embisto con todas mis fuerzas—. No pararé hasta que te corras en mi polla.

Cierra los ojos y le tiembla el cuerpo a medida que la llevo al límite. Murmura mi nombre de forma entrecortada. Noto que su coño me aprieta, y sé que está a punto, al borde del colapso.

—Córrete, pequeña —susurro contra su cuello—. Quiero sentirlo.

Eso es todo lo que necesita. Con un grito agudo, se rompe en mil pedazos y su cuerpo convulsiona mientras el orgasmo la invade. La sensación me eleva a lo más alto hasta que llego al límite, y los testículos se me tensan mientras me corro dentro de ella.

Nos quedamos así un buen rato, con los cuerpos enredados y la respiración entrecortada mientras el mundo vuelve a la normalidad. Apoyo la frente contra la suya, con la mano todavía en su cadera y sus piernas alrededor de mi cuerpo.

—Joder —exclamo—. Lo necesitaba.

Charlie sonríe mientras traza pequeños círculos en mi pecho con los dedos.

—Yo también.



Más tarde, después de preparar la cena y sentarnos en el salón a comer, Charlie abre su portátil para trabajar en el informe de un ridículo experimento que está haciendo esta semana en el laboratorio. Yo me pongo a jugar a un videojuego, y paro de vez en cuando para tomar un sorbo de agua. Es un momento relajado y estoy contento… hasta que la puerta principal se abre con un crujido y Will entra en casa.

Extrañamente, no dice nada mientras cuelga su abrigo. Luego aparece por la puerta y nos observa un momento.

—¿Tu padre llegó bien al aeropuerto? —pregunta.

—Sí. Aterrizó en Indianápolis hace una hora.

Conozco a Larsen como la palma de mi mano, y sé que algo le pasa. Entra en el salón y se dirige hacia Charlie para darle un beso

en los labios, pero la sonrisa que le dedica es forzada. Y cuando me mira a mí, no sonríe en absoluto.

Frunzo el ceño en su dirección.

—¿Qué pasa?

Se encoge de hombros.

—Nada. ¿Quieres una cerveza?

—No. Es tarde. Mañana tenemos entrenamiento a primera hora.

No es propio de él beber por la noche entre semana, cuando nos preparamos para las eliminatorias. Regresa y destapa la botella con la mirada clavada en mí.

—¿Qué pasa, colega? —insisto.

Se produce un largo silencio. Charlie debe sentir la tensión entre nosotros, porque levanta la vista del portátil.

—¿Will? —pregunta con el ceño fruncido.

Will no rompe el contacto visual conmigo y se centra solo en mí.

—Tu padre me contó lo de Shannon.

Se me entrecorta la respiración y, por un momento, siento que me quedo sin aliento. ¡Me cago en la puta, papá! Sabe que no me gusta ir por ahí contando esas mierdas.

La aprensión de Charlie ahora se centra en mí.

—¿Qué? ¿Quién es Shannon?

—Su ex —responde Will. No llega a mofarse de mí, pero habla con un tono mordaz—. Así es como siempre te has referido a ella, ¿verdad? ¿Tu ex?

Aprieto la mandíbula.

—Beckett —dice Charlie—. ¿Qué pasa?

Will mira a nuestra chica.

—Shannon no es una ex que le puso los cuernos a Beck —contesta con rotundidad—. Era su novia y murió.

Charlie me mira fijamente. Se ha quedado sin palabras.

Will me señala con la barbilla.

—¿No es cierto?

—Sí —murmuro—. Es cierto.

—¿Qué cojones, Beck? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué nos permitiste creer que Shannon te engañó?

Me encojo de hombros para intentar restarle importancia al asunto. Como si no hubiera mentido a mi mejor amigo sobre algo tan importante.

Charlie parpadea, todavía aturdida.

—¿No te engañó? ¿Murió? ¿Cómo?

Cuando ve que no respondo, Will contesta por mí.

—Leucemia.

—¿Por qué nos has mentido? —exclama Charlie.

No miro a ninguno de los dos. No puedo.

—Beckett —me presiona.

—Charlotte, no quería hablar de eso entonces —suelto, irritado— y, desde luego, no quiero hablar de eso ahora.

Ahora ambos me miran incrédulos.

—No puedes fingir que no pasó. No puedes quitarle importancia como si no fuera nada.

La ira me invade. No contra ellos, sino contra toda la maldita situación.

—No le quito importancia. Simplemente no quiero ser un tío al que todo el mundo compadece y lo mira como si estuviera roto. Tras la muerte de Shannon, todos se acercaban a mí como si fuera una obra de caridad y andaban con pies de plomo conmigo. Lo odiaba, joder.

—¿Así que te inventaste esa historia? —pregunta Will asombrado —. ¿Prefieres que crean que te engañó a que sepan la verdad?

—Sí, lo prefiero. Al menos así la gente no se compadece de mí.

—Pero sufres igual. —Charlie extiende la mano y me toca el brazo, pero se la quito.

—Estoy bien. Fue hace mucho tiempo. Ya lo he superado.

—¿En serio? —dice Will—. Porque no parece.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que sigo destrozado? ¿Que pienso en ella cada puto día? ¿Qué sentido tiene? Se fue y tenía que seguir adelante. Así que eso hice.

Me levanto del sofá. Necesito poner pies en polvorosa.

Charlie también se levanta y se planta frente a mí. Me mira con una empatía tan delicada y obstinada que me remueve por dentro.

Aprieto los dientes. La muerte de Shannon me destrozó, y la verdad es que aún no la he superado del todo. Me he limitado a reprimir el dolor con fuerza, para no sufrir todos los días. Pero ahora, con los dos plantados delante de mí, me siento como si alguien hubiera abierto la herida y la raspara con una cuchilla sin filo para retorcer y mutilar el tejido cicatricial que nunca llegó a sanar del todo.

No soporto la forma en que me miran. La compasión, la preocupación. Es demasiado.

Así que los aparto de un empujón, e ignoro el grito de Charlie llamándome y las palabras a medio formar de Will.

Cierro de un portazo la puerta, salgo de casa sin camiseta y me adentro en el gélido frío de febrero. La nieve cruje bajo mis botas, que apenas recuerdo haberme puesto. Mi aliento forma una neblina al salir de la boca y cada exhalación corta el aire helado de la noche.

No sé a dónde voy, pero tengo que salir de aquí. Alejarme de sus preguntas.

Los pantalones de chándal que llevo son de cintura baja y apenas me abrigan, pero no me importa. Tengo el cuerpo entumecido. Como aquel día.

—¡Beckett! —La voz de Charlie atraviesa la quietud de la noche. Me ha seguido. Oigo que corre por la nieve.

Sigo caminando. No quiero parar. Si me detengo, tendré que afrontar la situación.

—Beckett, por favor. —Ya casi me ha alcanzado y, de repente, me agarra el bíceps con la mano y me obliga a detenerme—. Por favor, háblame.

Me doy la vuelta con el pecho agitado, aunque no es por el frío. Charlie me mira con los ojos muy abiertos, llenos de preocupación, y exhala volutas de humo con cada respiración. Con la luz de la luna parece frágil, pero aquí está, me ha perseguido por el frío gélido. Porque me quiere.

—¿De verdad quieres saberlo? —espeto con más dureza de la que pretendía.

Pero ella ni se inmuta. Asiente con la cabeza, desesperada por que la deje entrar.

—Murió, joder. —Las palabras me cortan la garganta como si fueran cristales rotos. Intento tragar saliva, pero no sirve de nada—. La leucemia se la comió viva, poco a poco. Y salió de la puta nada. La diagnosticaron tarde. Era tan agresiva que el tratamiento fue completamente ineficaz.

Charlie abre la boca como si quisiera decir algo, pero no lo hace. Se limita a escuchar.

—Estaba allí. Yo estaba allí cuando murió, tumbado a su lado en la cama de hospital. Pasé todas las noches con ella, la abrazaba hasta que se dormía. Pero cuando me desperté esa mañana, ya se había ido. Estaba muerta en mis brazos, y yo ni siquiera lo sabía. Yo estaba dormido cuando murió, joder.

Me atraganto con la última palabra y se me quiebra la voz. Aparto la vista de Charlie y miro la calle vacía. El frío empieza a apoderarse de mí, profundo y doloroso, pero no me muevo.

—Cuando empecé a estudiar en la Universidad de Eastwood, mentí sobre mi anterior relación, porque ya no soportaba la compasión, no después de enfrentarme a ella en el instituto. Así que me inventé esa historia para que resultara más fácil. Pero no estoy bien, Charlie. No estoy bien, y nunca lo estaré.

Por fin vuelvo a mirarla. Le brillan las pestañas por las lágrimas que aún no ha derramado. Y, de repente, las palabras contra las que he luchado aparecen y se me escapan antes de que me dé tiempo a contenerlas.

—Me da miedo perderte a ti también —confieso—. Tengo miedo porque te quiero. Te quiero, y no sé qué cojones hacer con ese sentimiento.

Su rostro se contrae y da un paso adelante para envolverme entre sus brazos. Siento su calor contra mi piel helada, y el contraste es tan fuerte que me mareo. Entierro la cara en su pelo e inhalo su aroma para volver a la realidad y darme cuenta de que está aquí. Viva.

Susurra algo, pero no puedo oír lo que dice, porque solo escucho el latido de mi corazón. Me abraza con más fuerza y su pequeño cuerpo me ancla al suelo y me aleja del abismo. Tiemblo, pero no sé si es por el frío o por las emociones que se desbordan en mi interior.

—Volvamos dentro —me ordena, echándose hacia atrás para mirarme—. Estás helado.

Asiento con la cabeza y me dejo guiar de vuelta a casa, de vuelta a la calidez, de vuelta a ellos. Pero cuando entramos y el calor de la casa me envuelve, lo único que siento es a ella. Su mano alrededor de la mía, firme y segura.

—Beck —dice como si me leyera la mente.

—¿Sí? —pregunto con voz rota.

—No pienso irme a ninguna parte.

Se me cierra la garganta.

—Lo digo en serio. No vas a perderme.

Consigo asentir con la cabeza. Puede que tenga razón. Puede que esta vez no lo pierda todo. Pero no será fácil. Sé que no lo será. Todavía hay partes de mí que soy incapaz de compartir, heridas que no han sanado del todo. Pero también sé que no quiero perder a Charlie. Ni a Will.

CAPÍTULO 48

CHARLOTTE



Este es mi sitio

Este es mi sitio

El cumpleaños de Harrison cae en un sábado inusualmente cálido de mediados de marzo. Por suerte, la temperatura aumentó diez grados y toda la nieve se derritió tres días antes de su llegada, como si el tiempo supiera que necesito desesperadamente un fin de semana soleado con mi hermano.

Pero no hay brillo en los ojos de Harrison cuando sale del aeropuerto y se dirige hacia la zona de llegadas. He venido al aeropuerto Logan para recogerlo y ni siquiera es capaz de ofrecerme una sonrisa.

Tiene los hombros encorvados por el frío y las manos metidas en los bolsillos de su raída chaqueta. No parece que haya venido a celebrar un cumpleaños.

—Hola —lo saludo con un abrazo mientras intento mantener la voz suave. Se pone un poco rígido, pero al final cede y me rodea con los brazos de una forma que me resulta familiar y distante a la vez —. Feliz cumpleaños.

—Gracias.

—¿Qué tal el vuelo?

—Una mierda.

Genial. Bien empezamos.

—Bueno, ¿qué plan tenemos? —pregunta en cuanto nos sentamos en el coche.

Meto primera para salir del aparcamiento.

—He pensado que podíamos pasar un par de horas en la montaña. Así puedes estirar las piernas después de un vuelo tan largo y yo respirar un poco de aire puro. Me he pasado toda la semana encerrada en el laboratorio de ingeniería —le informo pesarosa.

—Claro. Me parece bien.

—Bien, genial. Conozco un sendero que creo te gustará. Sigue el río y tiene unos miradores preciosos.

Harrison asiente, pero no veo la emoción que esperaba. Apenas hablamos durante el trayecto. Lo miro de reojo en busca de alguna señal que me indique que hoy podría ser diferente, que realmente podríamos conectar. Pero solo veo la misma expresión cautelosa que mantiene desde que nos conocimos.

Esta ruta, que está a las afueras de la ciudad, es una de mis favoritas. Dejo el coche en el aparcamiento gratuito que hay al principio del sendero.

—¿Listo? —le pregunto a mi compañero de rostro sombrío.

Harrison suspira, pero sale del coche y vuelve a meterse las manos en los bolsillos cuando comenzamos la caminata.

Los árboles no tienen hojas, y sus ramas se expanden contra el cielo despejado como si fueran esqueletos. Es un lugar donde reina la paz, donde puedes oír tus pensamientos con claridad. Espero que nos ayude a mantener una conversación.

Me coloco bien la mochila en los hombros y me giro para sonreírle a mi hermano. No me devuelve la sonrisa.

El aire en el sendero huele a pino y a tierra, y el sol tenue nos calienta la espalda. Últimamente he pasado demasiado tiempo en el laboratorio, y ver el cielo despejado y azul es como un regalo. Sin embargo, parece que la corriente del río es fuerte, por lo que piso con cuidado cuando nos acercamos a una ladera cubierta de escarcha. No quiero que ninguno de los dos resbalemos y caigamos al agua.

Miro a Harrison de reojo. Está callado, con la mirada clavada al frente y sin apenas reaccionar ante la belleza que nos rodea. Intento llenar el silencio y le pregunto por lo primero que se me viene a la cabeza.

—¿Qué tal el trabajo? Me dijiste que esta semana lanzabas un proyecto importante, ¿verdad?

—Va bien —murmura dándole una patada a una piedra del camino.

Pues vale. Indago un poco más, con la esperanza de que me hable.

—¿Te gustan tus clientes? ¿Son exigentes o te dejan total libertad para trabajar?

Se encoge de hombros.

—Depende.

Esto es una tortura. Dejo que el silencio se alargue, quizá se abra si le doy espacio. Pero se prolonga sin fin, denso e incómodo, cuando giramos una curva del sendero. Al final, me detengo y me giro para mirarlo.

—¿Estás bien? Pareces distraído.

Por un momento, creo que va a ignorarme otra vez, pero luego se encoge de hombros.

—He tenido una semana de mierda —admite.

—¿Qué ha pasado?

—Mi padre adoptivo. —Empieza a contarme con el rostro tenso, como si le costara pronunciar las palabras—. Lo arrestaron por conducir borracho esta semana.

Parpadeo, desconcertada.

—Madre mía. ¿Alguien resultó herido?

—No. Por suerte, chocó contra un árbol, no contra otro coche, pero su camioneta quedó destrozada. Se armó un buen jaleo en casa de mis abuelos. Se enfrentaron a él y se pelearon. Se largó hecho una furia y volvió a emborracharse, por supuesto. Ha sido un desastre.

Al principio no sé qué decir. El viento sopla a nuestro alrededor y el peso de sus emociones se instala en el aire.

—Lo siento mucho. Sería horrible.

—Sí. Ni siquiera sé cómo tratarlo. Lo odio, Hae. Detesto a ese hombre.

—Es demasiado. ¿Has hablado con alguien? ¿Con un terapeuta? ¿Con algún amigo?

Niega con la cabeza y vuelve a patear el suelo.

—No. ¿Qué sentido tiene? No cambiará nada.

Respiro hondo pensando en algo reconfortante que decir.

—Sé que la situación es desesperante, pero no tienes por qué llevarla solo. Estoy aquí, ¿de acuerdo? Puedes hablar conmigo. Cuando quieras.

—Gracias —responde de forma evasiva.

Reanudamos la marcha por el sinuoso sendero rodeado de árboles. Ojalá pudiera ayudarlo más. Quería dedicar el día de hoy a celebrar su cumpleaños, pero es evidente que no está de humor para festejos.

De repente, caigo en la cuenta del regalo que llevo en la mochila, y me pregunto si lo ayudará. No es mucho, pero algo sí.

Le doy un codazo con suavidad.

—Oye, ha sido una semana difícil, lo sé, pero es tu cumpleaños y tengo un regalo para ti.

Me mira y le tiemblan las comisuras de los labios, pero no llega a esbozar una sonrisa.

—No tenías por qué hacerlo.

—Me apetecía regalarte algo.

Veo un banco a lo lejos, en el borde del sendero, con vistas al río, y guío a mi hermano en esa dirección. Cuando se sienta, me coloco la mochila sobre el regazo para abrirla y rebusco en su interior. Saco un pequeño paquete envuelto en papel de seda y se lo doy.

—No te he comprado una postal —confieso con timidez—. Se me dan fatal las dedicatorias.

Me dedica una sonrisa sincera al escuchar eso.

—A mí también. Nunca sé qué poner.

Tras dudar un instante, despega el trozo de cinta adhesiva que sujeta el papel de seda. Frunce el ceño al ver lo que hay dentro.

—¿Es…? —Levanta la mirada hacia mí y traga saliva con fuerza—. Tokki.

Me invade una extraña sensación de nostalgia y nerviosismo al verlo acariciar las suaves orejas caídas del peluche, mientras el sol se refleja en su descolorido pelaje gris. Tiger, también conocido como Tokki, está desgastado después de tantos años en mis manos.

—Lo tengo desde hace veintiún años —digo con una sonrisa tímida—. Pensé que quizá te gustaría recuperarlo una temporada. Cuidarlo tú.

La expresión de Harrison se suaviza y, por primera vez en el día de hoy, siento que conectamos. Como si pudiéramos construir algo a partir de esto, de un recuerdo compartido y de habernos reencontrado después de tantos años.

Pero, entonces, la oscuridad resurge. Su rostro se endurece y me devuelve a Tokki de un tirón.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Creía que…

—¿Qué creías? ¿Que esto lo solucionaría todo? —Me fulmina con la mirada—. ¿Crees que un ridículo peluche va a compensar que a ti te adoptara una familia que te quiere, mientras que yo he tenido que vivir con ese monstruo?

—Harrison, no, eso no es lo que…

—Me pegó, Hae. Me quemó con cigarrillos. ¿Lo sabías? Y mientras él hacía eso, tú disfrutabas de una buena vida con tu puta familia. No crecí en un hogar acogedor. Tuve que convivir con un borracho abusivo, que me trataba de puta pena. ¿Y ahora quieres darme este ridículo conejito, como si eso lo arreglara todo? ¿Como si borrara el hecho de que me dejaron allí?

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Me levanto tambaleándome, aturdida, y la culpa me oprime el pecho.

—Eso no es lo que pretendía. Esperaba que significara algo para ti. Recuperar algo de antes de que…

—¿De antes de que nos separaran? ¿De antes de que tuvieras tu vida de ensueño y a mí me encerraran en armarios durante horas por haber sido desobediente?

Me duele el corazón.

—Sé que fue injusto. Sé que viviste cosas que ni siquiera puedo imaginar. Pero yo no decidí. No pedí que me adoptaran sin ti.

—No, fue una mera cuestión de suerte. Lo tuviste todo, y yo, nada. Cada vez que te miro, recuerdo lo jodida que ha sido mi vida comparada con la tuya. Así que no te quedes ahí parada y finjas que lo entiendes, porque no es así.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Tienes razón. No lo entiendo. Pero lo intento. Quiero entenderlo.

Harrison niega con la cabeza.

—Ya es demasiado tarde, Charlotte.

Sus palabras destruyen la poca esperanza que tenía de que este regalo nos ayudara a superar la brecha que nos separa. En cambio, solo ha conseguido distanciarnos más.

—Lo siento mucho —me disculpo con el corazón roto—. Ojalá pudiera cambiarlo, pero…

—Pero no puedes. Y no me vengas con esa chorrada de que tus padres no sabían que existía. En el fondo, ni tú te lo crees. Si no, ya les habrías hablado de mí. Pero lo retrasas porque te da miedo escuchar la verdad.

Me estremezco como si me hubiera golpeado.

—Eso no es cierto —protesto.

—Deja de mentirte a ti misma. No me querían. Solo te querían a ti.

Siento que se me acumulan las lágrimas en las comisuras de los ojos y amenazan con caer.

—Te equivocas. Mis padres habrían…

—Y una mierda —me interrumpe, frío y tajante—. Nunca debí haber contestado tu mensaje. No te quiero en mi vida y, desde luego, no quiero estos tontos recuerdos.

Antes de que me dé tiempo a reaccionar, coge a Tiger del banco, va a la barandilla de madera que nos separa del río, estira el brazo hacia atrás y lanza al conejo al agua. Horrorizada, veo que se aleja flotando.

La única conexión tangible con mi pasado se escurre fuera de mi alcance.

—¡No! —grito corriendo hacia la orilla, pero es demasiado tarde. Tiger se ha ido, arrastrado por la corriente. Me giro hacia Harrison

con el corazón hecho pedazos—. ¿Por qué has hecho eso? ¡Era todo lo que nos quedaba!

—Porque no significa nada. Todo esto no tiene ningún sentido. —Su rostro no expresa emoción—. Te espero en el coche.

Harrison se da la vuelta y se aleja. Finalmente, las lágrimas brotan y se deslizan por mis mejillas mientras lo veo desaparecer al girar la curva.

Quiero correr tras él, decirle que se equivoca, que podemos arreglarlo, que aún tenemos una oportunidad. Pero no consigo moverme. Me ahogo. El dolor es insoportable.

Y mientras permanezco allí, sola junto al río, me doy cuenta de que lo he perdido otra vez.



Dos horas.

Conduzco dos horas para verlos.

Podría haber vuelto a Delta Pi después de dejar a Harrison en su hotel o haber ido a casa y hablar con Faith o a Hastings, los chicos estarían encantados de consolarme.

Pero no quiero su consuelo.

Quiero a mi madre y a mi padre.

Es difícil conducir con los ojos llenos de lágrimas, pero, no sé cómo, llego a Hamden sana y salva. Aparco en la entrada y ni siquiera me molesto en apagar el motor. Salgo del coche y mis pies golpean el camino de piedra mientras corro hacia la puerta principal. Giro el pomo con manos temblorosas. La puerta está cerrada. Y he olvidado las malditas llaves en el maldito coche, así que empiezo a tocar a la puerta. Los frenéticos golpes resuenan con el acelerado latido de mi corazón.

La puerta se abre y aparece mi madre, cuya expresión pasa de la confusión a la alarma cuando ve mi rostro surcado de lágrimas.

—¡Oh, cariño! —jadea mientras me atrae hacia sus brazos sin dudarlo.

Entierro la cara en su hombro, y el familiar aroma de su perfume de lilas trae una oleada de consuelo en medio del caos que reina en mi corazón.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué te pasa?

—¡Lo tiró al río! —gimo con la voz amortiguada por su suave suéter blanco—. ¡Lanzó a Tiger al río!

—¿Qué? ¿Quién? —pregunta, cada vez más preocupada, mientras me rodea con un brazo para que entre en casa.

Una vez dentro, me lleva a la sala de estar, y me dejo caer en el sofá. Tiemblo por la intensidad de mis emociones.

—Encontré a mi hermano.

La confesión se me escapa antes de que pueda detenerla.

No obstante, mi madre no me entiende.

—¿Oliver?

—No. Mi hermano biológico. Lo encontré y pensé… pensé que todo iría bien. Pero tiró a Tiger al río. Era todo lo que me quedaba de mi pasado. De Corea. ¡Lo único que me quedaba de mi antigua vida!

—Cariño, baja un poco el ritmo. Quizá deberías empezar desde el principio. ¿Dices que encontraste a tu hermano? —me pregunta para ayudar a centrarme.

Respiro de forma entrecortada.

—Sí. Lo encontré en una web de genealogía. Tenía miedo de contároslo porque creía que os enfadaríais u os sentiríais traicionados.

Las lágrimas vuelven a correr por mis mejillas.

—¿Anna? ¿Qué pasa? —La voz de mi padre llega desde la puerta.

Lo miro y, cuando me ve sentada, sus ojos se llenan de preocupación.

—Cielo, ¿qué haces en casa?

—Ed, ven a sentarte —le pide mamá—. Charlotte me acaba de contar que se registró en una web de genealogía para buscar a sus parientes biológicos. Ha descubierto que tiene un hermano.

Su expresión se vuelve seria.

—Ah, ya veo.

—¿Estáis enfadados? —pregunto con la voz rota.

—¿Cómo? Jamás nos enfadaríamos contigo por querer descubrir tu ascendencia —afirma mi padre mientras se sienta a mi lado—. Ojalá nos lo hubieras contado antes. Te habríamos apoyado en cada paso del proceso.

—¿En serio?

—Por supuesto. Siempre te hemos animado a que aprendieras todo lo que pudieras sobre tus orígenes —me recuerda.

—Cuando cumpliste los dieciocho, tu padre y yo pensamos sugerirte que te registraras en una web de esas —admite mamá—, pero siempre te has mostrado muy reticente con todo lo relacionado con Corea. Me alegra saber que ahora estás abierta a saber más.

Los miro con el corazón encogido.

—¿Por qué no lo adoptasteis a él también?

Mis padres se sorprenden al escuchar mi pregunta.

—Charlotte —responde mamá con firmeza—. No teníamos ni idea de que tuvieras un hermano. Todavía no entiendo cómo ha podido pasar algo así. En el orfanato no nos lo dijeron. Creíamos que eras hija única.

—¿Por qué no os lo dijeron? —pregunto con voz entrecortada—. Podrían haberle ahorrado todo lo que le pasó.

—No lo sé. —Mi madre suaviza la voz—. Incluso los documentos de tu adopción eran un caos. La agencia con la que trabajamos se quejaba constantemente de lo desorganizada que era la agencia de Seúl. Pero de ahí a no decirnos que tenías un hermano… —Niega con la cabeza—. Estoy atónita.

Al otro lado, mi padre me aprieta la mano.

—Ojalá lo hubiéramos sabido, cielo. Habríamos sido una familia de seis en lugar de cinco. Pero nadie puede cambiar el pasado. Lo que importa es el presente. Y ahora, en este momento, eres nuestra hija, y nuestra hija está sufriendo.

Antes de que pueda detenerlas, un montón de preguntas inconexas se escapan de mi boca.

—¿Y si no soy suficiente? ¿Y si él os necesita más que yo? ¿Y si os arrepentís de haberme adoptado?

Mi madre vuelve a negar con la cabeza. Esta vez, con vehemencia.

—Siempre eres suficiente para nosotros. ¿Por qué pensarías lo contrario?

—Porque no soy perfecta. Y quiero ser perfecta para vosotros —confieso. De repente, todas mis inseguridades salen a flote—. Creía que si me esforzaba bastante, si os demostraba lo inteligente, competente y hábil que soy, quizá merecería estar con vosotros.

Sorprendido, papá me abraza con fuerza y seguridad.

—No tienes que ser perfecta, cielo. Te queremos por quien eres, no por quien crees que deberías ser.

—Lo he echado todo a perder —refunfuño—. Me peleé con Harrison y ahora me odia. Tiró a Tiger al río, el conejito de peluche que me regaló de bebé. Era lo único que tenía de la época anterior a que me adoptarais.

Mi padre parece molesto.

—Ay, pequeña. Lo siento. Seguro que te ha dolido.

Apenas puedo ver a través de las lágrimas que se me acumulan en los ojos.

—Sí. Y ahora tengo miedo de perderlo y de perderos a vosotros también. Os he ocultado esto durante meses. Llevo meses mintiéndoos. Aunque sea una mentira por omisión.

—Cariño —dice mamá—, nada de lo que hagas cambiará lo mucho que te queremos. Lo mismo que a Oliver y Ava.

—Pero yo no soy como Ava —sollozo—. No soy vuestra verdadera hija.

—¡Charlotte! —Alza la voz, pero no con ira sino con una convicción profunda e inquebrantable—. Eres nuestra verdadera hija. Siempre lo has sido. Te elegimos y siempre te elegiremos.

Me muerdo el labio con fuerza.

—Pero a veces me siento diferente. Como si no encajara del todo. Tenéis un vínculo con Ava y Oliver que nunca tendréis conmigo. Se parecen a vosotros. Encajan.

—Tú también encajas —insiste mi madre—. Perteneces a esta familia tanto como tu hermano y tu hermana. La sangre no es lo que une a la familia, sino el amor. Y te queremos más que a nada en

este mundo. Estamos muy orgullosos de ti, y nada, absolutamente nada, conseguirá que dejemos de quererte.

Me aferro a ellos, y mi corazón se rompe y sana a la vez. La ley de la contradicción.

Lloro aún más, pero ahora es diferente. No derramo lágrimas de miedo, sino de alivio. Vuelvo a esconder el rostro en el pecho de mi padre mientras mi madre sigue rodeándome con los brazos, y me permito sentir la seguridad de su presencia.

Me siento segura aquí.

Este es mi sitio.

Me enderezo y respiro hondo con la esperanza de que las lágrimas disminuyan.

—Ojalá nunca se lo hubiera dado. Fue como perder mi infancia otra vez.

Mi padre me aparta el pelo de la frente.

—No has perdido nada. Ese peluche, esté donde esté, siempre formará parte de tu historia.

—Venga. ¿Por qué no preparamos un té? —sugiere mi madre mientras me seca las lágrimas con los pulgares—. Así nos explicas qué has averiguado sobre tu hermano y nos lo cuentas todo. Saldremos adelante juntos. ¿De acuerdo?

Disfruto de su tacto y sonrío.

—De acuerdo.

Charlotte:

No sé ni qué decirte, salvo que lo siento. Sé que eso no arregla ni de lejos lo que hice, pero quiero que sepas cuánto lamento haber perdido los estribos y haber tirado algo tan importante para ti.

Casi parece una tontería disculparse por un peluche, pero no era un simple conejito. Significaba algo. Para ambos. Y tirarlo en un momento de ira… me cuesta incluso aceptar lo que hice.

Tienes todo el derecho a no volver a hablarme. Lo entiendo. No te culparía en absoluto. Mi infancia fue una mierda. No lo digo como excusa, pero tengo dentro mucha rabia y rencor por cosas que a veces ni siquiera entiendo del todo. Saber que te habían adoptado sin mí me despertó sentimientos que no supe manejar y me desquité contigo. Eso fue un error. Ahora lo sé.

Mi punto de vista sobre la familia y la adopción es horrible. He vivido con la sensación de que me dejaron atrás, y eso ha contaminado mi perspectiva de todo. Pero me he dado cuenta de que no es justo para ti. No escogiste nada de esto, tú también tuviste que forjar tu camino y resolver tus problemas. Nunca debí descargar mi dolor contigo.

Sé que probablemente he arruinado cualquier posibilidad que tuviéramos de construir algo. Pero si estás dispuesta a darme otra oportunidad, me encantaría intentarlo. Quiero ser mejor. Quiero entenderte, y quizá así tú también me comprendas. Pero si no puedes, si esto ha sido la gota que colmó el vaso, también lo entenderé. No quiero causarte más dolor.

Por favor, cuídate, decidas lo que decidas.

Harrison

CAPÍTULO 49

WILL



No sabía que me consideraras un buen partido

Case y su compañero de piso, Trager, organizan una fiesta esta noche. Hoy es el último día de las vacaciones de primavera y mañana no tenemos entrenamiento, así que es el momento ideal para emborracharse sin consecuencias. En cuanto entramos en su casa, la música nos golpea como un tsunami; está tan fuerte que la siento en el pecho. El salón está abarrotado. Hay gente desparramada en los sofás, bebiendo en unos vasos rojos de plástico, y algunos compañeros de equipo se entretienen con juegos de beber en el comedor. Todo el mundo grita para que se les oiga por encima de la música. El aire está cargado de esa inconfundible mezcla de cerveza barata y perfume, y el murmullo de las conversaciones llena cada rincón.

A mi lado, Charlie parece un poco tensa. Mira a su alrededor mientras me aprieta la mano con fuerza. Le dedico una sonrisa tranquilizadora y me inclino para que solo ella pueda escucharme.

—Estás increíble, ¿lo sabías? Tremendamente *sexy.*

Se sonroja mirándome fijamente. Luego mira a Beckett, que la tiene al otro lado. Él le sonríe y asiente.

—Larsen tiene razón. Te comería con los ojos si no estuvieras con nosotros.

—Parad ya, chicos —susurra con una sonrisa tímida en los labios.

Se nota que está nerviosa, pero los cumplidos han surtido efecto. Mantiene la cabeza un poco más alta.

Beckett y yo intercambiamos una mirada rápida, sé que pensamos lo mismo. Esta noche no es una simple fiesta en casa de Colson… Es la primera vez que salimos juntos los tres, para contar la relación que tenemos con Charlie.

Sé que tiene miedo de la reacción de la gente. No voy a mentir: yo también estoy nervioso. Me pica la nuca y contengo las ganas de rascarme.

Entonces, alguien me llama y, cuando me doy la vuelta, veo que Case se acerca a nosotros. Trager lo oye y también se aproxima. Me saluda con una palmada en el brazo.

—Oye —gruñe Trager—. Estoy muy cabreado con tu padre.

Resoplo.

—Ponte a la cola.

—¿Qué mierda de vídeo han hecho del equipo? ¡No aparece mi entrevista! Utilizan las estupideces de Pope, que se quedó paralizado, pero de mí, nada ¿¡Qué cojones!?

—Yo no tengo nada que ver. —Me encojo de hombros—. Habla con el entrenador. Puede que él sepa algo.

Cuando Trager va a responder, ve a Charlie entre nosotros. La observa de arriba abajo, y no lo culpo. Está guapísima esta noche. Falda corta, botas altas y un top negro debajo de su distintivo suéter corto de cachemira.

—¿Es tu chica? —me pregunta Trager.

—Sí —respondo al mismo tiempo que Beckett dice con voz pausada: «Sí».

Case no se molesta en contener la sonrisa. Ya conocía nuestra relación. Se lo conté hace semanas. Pero el resto del equipo no sabía nada… hasta esta noche.

Trager nos mira a Beckett y a mí, claramente confundido.

—Espera. ¿Quién…?

—Es Charlie —la presento de forma despreocupada—. Los dos salimos con ella.

Nuestro compañero se queda boquiabierto. Luego sonríe y dice:

—Qué bien.

—Espera, no lo entiendo —interviene Patrick Armstrong, y veo que tanto él como Nazem nos han escuchado a escondidas. Se acerca con el ceño fruncido—. ¿Qué es eso de que los dos salís con ella?

—Pues eso —responde Beckett rodeando la cintura de Charlie con el brazo, de forma protectora.

Patrick entrecierra los ojos y nos mira a Beckett, a Charlie y a mí como si acabara de entrar en un universo alternativo. Le da un sorbo a su cerveza y luego frunce los labios con los ojos clavados en Charlie.

—Eh… y eso… ¿os va bien?

Charlie duda. Tiene las mejillas sonrojadas.

—Bueno… sí —contesta—. A nosotros nos va bien.

Parece que los engranajes de la cabeza del pobre Niño de Kansas giran a toda pastilla y no puedo contener la risa.

—Espera —suelta Patrick levantando la mano como si aún estuviera procesando la situación—. Entonces, si es tu novia… y la tuya… ¿quién le compra flores y esas cosas?

Adopto una expresión de lo más solemne.

—Ambos.

Los dos estudiantes de primer curso nos miran de nuevo, escépticos.

—Os estáis quedando con nosotros —afirma Patrick finalmente—. No compartís novia.

—Sí —contesta Charlie para nuestra sorpresa. Alza la barbilla con seguridad mientras mira a nuestros compañeros—. Y los dos son unos novios fantásticos.

—Perdona, ¿dices que estás saliendo con estos dos perdedores? —pregunta una nueva voz, y pongo los ojos en blanco cuando veo que Shane se acerca con Diana a su lado.

El rostro de Charlie se llena de alivio al ver a Diana.

—Dios mío. Estrógeno. Gracias. Te necesito.

Diana echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Luego abraza a Charlie.

—¿Te están molestando estos idiotas?

—No mucho.

Mientras tanto, Patrick sigue mirándola como si estuviera intentando resolver la ecuación matemática más difícil del mundo.

—A ver. Entonces, si es la novia de Beck, o, espera… no, también es la novia de Larsen. ¿Cómo funciona…? —Se calla y luego vuelve a intentarlo—. ¿Quién decide cuándo hacer cosas de novios?

Beck y yo nos encogemos de hombros, como si no fuera nada del otro mundo.

—Por ejemplo —continúa Patrick—, volvamos al tema de las flores…

—¿Por qué te importan tanto las flores? —pregunta Nazzy.

Su amigo lo ignora.

—¿Los dos le regaláis flores? ¿O sea, el mismo día?

Suspiro.

—No, es una gran pregunta —interviene Shane. A todas luces, se está mofando del chico, porque se ríe a espaldas de Patrick—. ¿Hay un calendario establecido para las flores? —le pregunta a Charlie con seriedad—. ¿Beckett te las regala una semana y Larsen, la otra, para que siempre haya flores frescas en la habitación? ¿O recibes el doble de flores para que tu habitación rebose?

—No me gustan mucho las flores —suelta Charlie, y el cerebro de Patrick implosiona.

—¿Y el Día de San Valentín? —insiste Shane—. Seguro que es un momento complicado para vosotros.

—Sí —interviene Case con una sonrisa—. ¿Tenéis un Google Calendar o algo así para esas cosas?

—No le hables de su calendario, por favor —gruñe Beckett.

—Tío, me largo —exclama Trager mientras se termina su cerveza de un trago—. Esto me provoca ansiedad. Si ya me siento presionado cuando una chica me pregunta cuál es mi color favorito, imagínate esto. Vosotros dos lleváis las relaciones a otro nivel, imbéciles.

—Largaos todos —ordena Diana—. Estáis poniendo a Charlotte en un aprieto.

Por suerte, Diana consigue ahuyentarlos, de modo que solo quedan ella y Shane.

—¿Ves? —dice Beckett a Charlie—. Ha sido fácil.

—¡¿Cómo?! —bufa ella—. Estoy agotada de tanto interrogatorio.

—Qué va, ha sido más fácil de lo que pensaba —admito.

Los cinco nos dirigimos a la otra habitación, donde Charlie y Diana se apiñan para charlar mientras los chicos y yo hablamos de *hockey.* Al cabo de un rato, Diana arrastra a Shane a la pista de baile, aunque no creo que él oponga mucha resistencia. El tío puede negarlo cuanto quiera, pero ahora le encanta bailar.

Charlie vuelve a acurrucarse entre nosotros, y Beckett se inclina para depositar un beso en sus labios. Luego la empuja hacia mí, y la atraigo hacia mi pecho para besarla en la mejilla.

Un grupo de chicas que se encuentra cerca de nosotros nos mira. Noto que le lanzan miradas a Charlie, y no precisamente amables. Tienen las cejas arqueadas y apenas pueden disimular el cabreo. Susurran entre ellas tapándose la boca con el vaso.

Charlie también se da cuenta y se acerca un poco más a mí, incómoda.

Beckett le aprieta la mano con suavidad.

—Ignóralas —le pide.

Charlie asiente, pero es evidente que sigue inquieta.

Por suerte, Diana regresa en ese momento contoneándose, muy segura de sí misma, con la coleta rubio platino oscilando tras ella. Frunce el ceño al ver la expresión de Charlie. Luego se fija en las chicas que nos fulminan con la mirada y se echa a reír.

—¡Madre mía! —le dice a Charlie colocándose la coleta encima del hombro—. Has cabreado a la mitad de las mujeres de este sitio. Has conseguido a los dos partidazos del equipo.

Le guiño un ojo.

—Oh, gracias, Di. No sabía que me consideraras un buen partido.

Me sonríe antes de coger del brazo a Charlie.

—Pero, en serio, ignora sus miradas. Solo están celosas.

Como si hubiera estado esperando el momento justo, una de las chicas que nos miraban, una rubia alta, con un vestido demasiado ajustado, pasa junto a nosotros. Va con dos amigas, quienes intercambian una mirada y, al pasar por delante, la rubia lanza una pulla en voz tan alta que todos la oímos.

—Supongo que algunas chicas no soportan estar solas, ¿eh?

Charlie se pone colorada. Antes de que a ninguno de los tres nos dé tiempo a decir nada, Diana da un paso al frente y habla con los brazos cruzados y la voz helada.

—Perdona, ¿tienes algo que decir? —Su tono es tan cortante como el cristal, y veo que la rubia vacila y abre mucho los ojos mientras Diana la fulmina con la mirada. Es increíble. A pesar de que Diana solo mide un metro y medio, está poniendo en su lugar a una chica mucho más alta que ella—. ¿O simplemente estás enfadada porque no pudiste conseguir a ninguno de estos tíos, y mucho menos a los dos?

La rubia mira a Diana, a Charlie y a nosotros, y su confianza empieza a desfallecer.

—Lo que tú digas —murmura. Pone los ojos en blanco mientras intenta actuar como si nada—. Pero creo que está un poco… desesperada.

Diana resopla y le devuelve la mueca.

—¿Desesperada? Cariño, esto significa saber lo que quieres y ser feliz de verdad. Inténtalo alguna vez, puede que así no vivas tan amargada.

La rubia abre la boca de par en par, y sus amigas la cogen del brazo para llevársela de allí antes de que pueda responder.

Charlie mira a Diana con los ojos muy abiertos y esboza una sonrisa.

—Muchas gracias. No sabía qué decir.

—Oye, si vas a estar con estos dos, más te vale estar preparada para ignorar a muchas idiotas muertas de celos. Forma parte del paquete.

Observo el rostro de Charlie en busca de alguna señal de que le haya afectado más de lo que demuestra lo que ha pasado, pero parece que está bien.

Para mi sorpresa, yo también. Cuando tuve la oportunidad de revelar esta inusual relación a Tessa Díaz, me acobardé y presenté a Charlie como la novia de Beckett. No sabía muy bien cómo me sentiría esta noche al contar a tanta gente algo tan personal.

Pues, la mar de bien.

CAPÍTULO 50

BECKETT



Esa es nuestra chica

No sé qué tiene la primavera, pero en esa estación todo parece más ligero. El sol brilla, el aire es fresco. Incluso Charlie sonríe más a pesar de que tiene más carga de trabajo de la que he visto nunca. Por fin se ha adaptado a nuestro ritmo, a esta relación tan caótica y poco convencional, y Will también parece feliz. Todos estamos bien. Por ahora.

No obstante, el tiempo apremia. La graduación está a la vuelta de la esquina, y tanto la presión como la necesidad de tomar decisiones aumentan. La vida está a punto de cambiar y no sé cómo evitar que el cambio nos separe.

Esta noche, Charlie está tumbada en el sofá ojeando un libro de texto. Will, tirado en el suelo repasando unos apuntes para uno de sus últimos exámenes. Yo me he puesto con el portátil al otro lado del sofá para estudiar algunas ofertas de trabajo.

En realidad, no busco nada en específico, solo mato el tiempo. Pero no dejo de darle vueltas a lo que viene después. La incertidumbre que conlleva la graduación inminente.

—¿Has decidido ya qué responderás a la oferta de trabajo? —le pregunta Charlie a Will, casi como si me hubiera leído la mente.

—Aún no. Antes me planteaba pasar un año viajando por Europa después de graduarme, pero ya no estoy seguro. Desde luego, a mi

padre le encantaría que me olvidara del viaje. Cree que es una pérdida de tiempo y dinero.

—Oye, Larsen, cuéntale a Charlie cómo ganaste dinero el verano pasado para ese viaje —digo con una sonrisa.

Will pone los ojos en blanco.

—¿Cómo? —pregunta Charlie.

Se encoge de hombros y responde:

—Trabajando de limpiapiscinas.

Charlie se queda boquiabierta.

—¿A cuántas?

—¿A cuántas qué?

—¿A cuántas maduritas les ofreciste tus servicios?

Me parto de risa. Esa es nuestra chica.

—A ninguna, listilla. —Se incorpora y le da un codazo en las costillas. Luego le hace cosquillas hasta que se retuerce de la risa.

—Deberías pasar de Europa e ir directamente a Australia —sugiero—. Así te acompañaría en algunas zonas. Podríamos ir a Nueva Zelanda. Tiene montañas increíbles para escalar. Y Bali está a un salto.

—Suena bastante bien. No había pensado ningún sitio concreto. Solo quería escapar de aquí un tiempo. Respirar un aire diferente. Probar comida diferente. Ver gente diferente.

—¿Te apuntarías? —le pregunto a Charlie mientras le doy un golpe con el pie.

Frunce los labios.

—Mi hermana tiene un par de semanas de vacaciones este verano, y estábamos pensando en hacer un viaje juntas. Habíamos hablado de Seúl, pero no sé si quiero ir allí con Ava. Aunque también propuso Nueva Zelanda …

Mi cara se ilumina.

—Id allí.

—Pero entonces tendré que explicarle a mi hermana por qué beso a dos chicos para saludarlos. —Se muerde el labio.

—Saluda solo a Larsen con un beso —sugiero. Sé que creen que me molesta que Will sea la «cara pública» de la relación, como le gusta decir a Charlie. Pero, sinceramente, no. Lo que le hago en

privado lo compensa. —Así, cuando estemos solos, puedes demostrarme tu amor besándome en más sitios que en la boca.

Charlie esboza una sonrisa, pero se desvanece rápidamente.

—¿Cómo haremos después de la graduación si seguimos juntos?

Su pregunta me hace daño en el pecho, porque lo dice de un modo que confirma algo que temía.

Da por hecho que lo nuestro terminará cuando dejemos la universidad.

Supongo que es una hipótesis acertada, pero la idea de no volver a verla me produce un dolor físico. Estoy obsesionado con ella. Desde que se enteró de lo de Shannon, es como si algo dentro de mí hubiera cambiado. Me siento más ligero. Más abierto a compartir con Charlie y Will cosas que siempre he mantenido ocultas.

Les hablé de lo inteligente y amable que era Shannon. Les aseguré que ya no pienso en ella tan a menudo como antes, y que cuando me invaden los recuerdos, son dolorosos y agridulces, pero, a veces, me sacan una sonrisa.

Les conté todos nuestros planes, queríamos tener familia numerosa más adelante. Yo sigo queriendo.

Pero Charlie tiene razón. Joder, ¿cómo lo vamos a hacer? Ni siquiera sé dónde estaré. Charlie tampoco, aún no ha decidido a qué universidad irá a hacer el posgrado. Y Will duda entre hacer un viaje o aceptar el trabajo en esa campaña.

—Lo solucionaremos cuando llegue el momento —responde Will. Esa es siempre su respuesta. Al parecer, cree que posponer la decisión resolverá nuestro problema.

Vuelvo a centrarme en el portátil justo cuando Charlie me pregunta:

—Y tú, ¿qué planes tienes, Beck?

—En realidad, ninguno.

—Ah, ¿no? Pues si sigues buscando trabajo en Australia, empezaremos a pensar que tienes un plan secreto para dejarnos.

Le dedico una media sonrisa.

—Qué va. No pienso dejaros. Pero… no sé. La idea de volver a Australia me atrae.

—Espera, ¿te refieres a algo más que unas vacaciones de verano? —El tono de Will se vuelve duro—. ¿Mudarte a vivir allí?

Me encojo de hombros para intentar restarle importancia al tema.

—Quizá. Supongo que me lo planteo.

—¿Lo dices en serio?

—No lo sé, puede.

Me paso la mano por la barba. Ojalá pudiera afeitarme de una puta vez, pero el equipo no solo arrasó en las eliminatorias, sino que también se clasificó para el campeonato del Frozen Four, que se juega en Michigan, el próximo fin de semana. Me matarán si me afeito la barba milagrosa.

—Aún no he decidido nada. De verdad, solo estoy mirando.

Charlie se muerde el labio.

—¿Qué pasa si tú te vas a Australia, Will acepta el trabajo en Washington D. C. y yo termino en… no sé… Copenhague cursando el posgrado?

—¿Copenhague? —repito, sorprendido—. ¿Has entrado en su programa?

—No. Por ahora, solo me han aceptado en el MIT y en Cornell. —Suelta una risa seca—. Los dos lugares a los que preferiría no ir. Es un ejemplo. Y si los tres terminamos repartidos por el mundo, en tres continentes diferentes, ¿qué pasará con nuestra relación?

La pregunta queda en el aire, pero alberga una implicación que ninguno de los tres quiere afrontar.

Porque los tres sabemos cómo terminaremos.

Solos. Solteros.

Pero, entonces, Will cambia de tema, cosa que agradezco.

Los siguientes días transcurren sin incidentes. Nada de pesadumbre. Nada de conversaciones profundas. Solo sexo fantástico y entrenamientos de *hockey.* Al final, solicito varios puestos de trabajo sin muchas esperanzas, pero al menos siento que hago algo productivo.

Con el título de Ciencias Ambientales que estoy a punto de conseguir, tengo la cualificación necesaria para varios puestos de nivel básico, interesantes, en algunas ONG que defienden el medio ambiente, y en algunas organizaciones climáticas y de conservación.

Siguiendo el ejemplo de Charlie, también he enviado solicitudes de posgrado y he ampliado la red de búsqueda fuera de Estados Unidos.

Pero dejo de pensar en eso a medida que los entrenamientos se vuelven más exigentes y nos preparamos para la serie de partidos más importante de toda la temporada.



El vestuario está muy animado, el miedo y la emoción lo invaden. Adrenalina y nervios. Es el penúltimo partido de la temporada, todos sabemos lo que nos jugamos. Si ganamos esta noche, pasaremos a la final de mañana. Pero, aunque ganemos, todo acabará pronto. Para los veteranos como Ryder, Shane o yo… este es el fin de una era.

Nada será lo mismo después.

Me siento en el banco y envuelvo lentamente el palo con cinta adhesiva intentando no pensar demasiado. A mi lado, Ryder mueve los hombros como si ya se estuviera preparando para el partido. Este verano se mudará a Dallas con su mujer. Jugará de forma profesional. Ganará una o dos Copas Stanley.

—¿Qué? —pregunta cuando me pilla mirándolo.

Esbozo una sonrisa burlona.

—Solo pensaba que echaré mucho de menos tus gruñidos cuando te mudes.

Su mirada se suaviza un poco.

—Qué raro, ¿verdad? Posiblemente sea nuestro último partido con el equipo. Las últimas semanas en Briar.

—Sí. —Intento restarle importancia a este momento, pero me está afectando más de lo que pensaba. Siento el peso de las inevitables despedidas. Dentro de poco, este equipo, mis compañeros… pasarán a ser un recuerdo.

Antes de que la melancolía se apodere del vestuario, Shane se acerca a nosotros y empieza a golpear el palo contra el suelo a un ritmo pausado. También va a jugar en la NHL, aunque él lo hará en el equipo de Chicago. Que yo sepa, Diana irá con él.

—Bueno, os habéis puesto muy sentimentales —dice con una voz ronca—. Sois adorables. ¿Queréis que os grabe haciéndoos trenzas en el pelo para un tutorial de YouTube?

—Espero que Chicago esté preparado para tus comentarios impertinentes —refunfuño.

Ryder resopla.

—O se acostumbran o sus nuevos compañeros no tardarán en firmar una petición de traspaso.

Miro a Will, está poniendo cinta adhesiva a su palo, totalmente concentrado.

Todavía no ha decidido qué hará después de graduarse. Yo tampoco. La incertidumbre me envuelve como una nube oscura. Parece que todo el mundo sigue adelante con sus vidas, pero yo ya no sé dónde encajo.

Mi atención se desvía hacia el entrenador Jensen, que entra en el vestuario seguido de sus asistentes. Se queda de pie al principio de la sala, con los brazos cruzados sobre su voluminoso pecho, y niega con la cabeza como si tuviera que enfrentarse a un puñado de críos, aunque nadie ha dicho ni una sola palabra.

—Colson —espeta—. Si veo que fallas algún marcaje esta noche como el fin de semana pasado, te marcaré yo a ti. Niño de Kansas, no vuelvas a protestar a los árbitros o te protestaré en la puta cara.

—¿Qué significa eso? —pregunta Patrick, confundido.

Pero el entrenador sigue hablando.

—Dunne, necesito que pases toda la maldita noche pegado al delantero contrario, ese maldito incordio que lleva el número cincuenta y cinco. Céntrate en impedir que ponga sus sucias manos en el disco, no en tu cara de niño bonito.

—Me ofende, entrenador —grito desde el banco—. Ni siquiera tengo espejo.

Me ignora.

—Ryder, ten cuidado con Palicki. Te pisará los talones durante toda la noche.

Dicho eso, Jensen se gira para hablar con sus asistentes.

—¿Esa ha sido nuestra charla motivadora para un partido de semifinales? —pregunta Shane con un suspiro.

—Creo que el entrenador debería recibir clases para ser más agradable con la gente —suelta uno de los estudiantes de primer año.

—Todavía sigo en la habitación, Abrams —gruñe Jensen desde la puerta.

—Oiga, entrenador Hollis —grita Shane—. ¿Por qué no nos da usted la charla motivadora?

El asistente se gira hacia nosotros con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? ¿Ahora soy digno de vosotros?

Contengo la risa. Ya empezamos. Mataría por meterme cinco minutos en la cabeza de este hombre.

—Me he enterado de que os han añadido al Chat de Padres —dice Hollis mirándonos furioso—. Y no me tomo la traición a la ligera.

—Si le sirve de algo, nos eliminaron —explico.

—Pues no, no me sirve. —Hollis nos revienta los tímpanos con el silbato, dentro del puto vestuario—. No pienso daros ninguna charla motivadora hasta que llegue una carta de disculpa a mi buzón.

—¿Buzón? ¿En qué siglo vive? —murmura Shane, y me atraganto de la risa.

Mientras terminamos de vestirnos, la expectación vuelve a crecer en el vestuario. Ya con el uniforme, todos estamos listos para aniquilar al rival.

Justo cuando estoy a punto de ir al túnel, me vibra el teléfono, que está guardado dentro de la taquilla. Casi lo ignoro, pero algo me impulsa a echarle un vistazo.

Como no pasará nada si llego un minuto tarde al calentamiento, me quito los guantes y cojo el teléfono. Me quedo congelado cuando leo el correo electrónico que aparece en la pantalla.

Es una oferta de trabajo.

De una organización para la conservación oceánica. En Sídney.

Leo por encima el correo y se me acelera el pulso cuando veo las palabras «puesto remunerado». Es un trabajo de verdad, nada de prácticas ni media jornada. Un trabajo real a tiempo completo. El trabajo con el que siempre he soñado, en el terreno.

—Dunne —grita una voz aguda desde la puerta. Es el entrenador —. ¡Mueve el culo y únete al equipo!

—Lo siento, entrenador. Ya voy.

—¡Ahora!

Vuelvo a guardar el teléfono en la taquilla y corro hacia el túnel.

CAPÍTULO 51

CHARLOTTE



¿Con qué frecuencia llueve en Sídney?

¿Con qué frecuencia llueve en Sídney?

Tengo el escritorio plagado de cartas de aceptación, que me miran fijamente de forma acusadora. Me desafían a tomar esta decisión crucial para la que aún no estoy preparada. Todos los programas son fenomenales, pero me cuesta muchísimo decidir por qué camino decantarme. La presión para elegir bien es tan intensa, que una parte de mí quiere huir.

Al coger una de las cartas de rechazo, recibo un mensaje de Beckett.

Beckett: Hola. ¿Puedes venir?

Frunzo el ceño. Su equipo perdió las semifinales anoche, así que probablemente sigue deprimido. Quizá necesita hablar o distraerse de la terrible decepción.

Yo: Sí, voy para allá.

Vale, puede que yo también necesite distraerme y esté utilizando su mensaje para retrasar una vez más la elección del programa de posgrado. Aun así, mientras cojo la chaqueta y las llaves, también guardo el fajo de cartas en la mochila. Quizá aproveche que estoy allí para pedirles opinión sobre el posgrado.

Cuando entro en su casa veinte minutos después, Beckett baja enseguida a saludarme. Esperaba ver algo de tristeza después del partido, pero no está deprimido. De hecho, su mirada tiene un brillo especial. Y por fin se ha afeitado la barba, lo que me permite volver a ver sus rasgos perfectos y definidos. En serio, es uno de los hombres más guapos que he visto en la vida. Soy una mujer afortunada.

—Hola —lo saludo mientras cuelgo la chaqueta—. ¿Qué tal lo llevas?

—Bien. —Se encoge de hombros—. Gracias por venir. Hay algo que quería comentar contigo.

Lo sigo hasta el salón, y me doy cuenta de que pasa algo que no tiene nada que ver con el partido de anoche.

—¿Qué ocurre?

Beckett se pasa una mano por el pelo rubio y frunce los labios, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—Me… eh… me han ofrecido trabajo.

—¿En serio? ¡Qué bien! ¿Dónde?

—En Sídney.

Me quedo boquiabierta y, antes de que me dé tiempo a contenerla, se me escapa una carcajada.

Me mira confundido.

—¿Qué te resulta tan gracioso?

—Me han aceptado en el posgrado de la Universidad de Sídney.

—¿En serio?

—Muy en serio. —Saco las cartas de mi mochila y rebusco hasta que la encuentro. La agito en el aire—: Universidad de Sídney.

Esboza esa sonrisa pícara y *sexy* que me revuelve el estómago.

—Es el destino, ¿no crees? No cabe duda.

Niego con la cabeza sin dejar de reír.

—No creo en el destino.

—Pues yo sí. Mira, lo he estado pensando desde que me ofrecieron el puesto. ¿Y ahora me dices que te han aceptado a ti allí? Todo adquiere sentido. —Me mira fijamente—. ¿Vendrías conmigo a Australia?

El corazón me da un vuelco.

—¿Y qué pasa con Will?

Beckett no lo duda.

—Se lo preguntaré a él también. Me gustaría que vinierais los dos conmigo. Esto que tenemos, da igual qué… es real. No quiero renunciar a ello.

Estoy atónita y la cabeza me va a mil mientras intento asimilar su propuesta. ¿Mudarme a Australia? ¿Con Beckett y, posiblemente, con Will? A una parte de mí le parece imposible hasta que me lo pide, pero la otra, la que siempre ha soñado con vivir aventuras libremente, siente una oleada de emoción.

—Hablas en serio —digo, más para mí que para él.

—Hablo en serio —repite acercándose—. No tienes que decidirlo ahora. Pero quiero que lo pienses. Que imagines cómo sería. ¡Tú, Larsen y yo juntos en Sídney!

Sonrío al ver su emoción. Luego me muerdo el labio, dividida entre mi lado práctico y el que diría sí ahora mismo.

—Está bien. Lo pensaré.

A medida que pronuncio esas palabras, ya sé cuánto me tienta la idea. Sería increíble no despedirme de Beckett.

Pero, al mismo tiempo, no puedo priorizar a Beckett ni a Will. Primero, debo determinar qué significaría esta decisión para mí. Para mi familia. Para todo por lo que he trabajado.

Irme de Estados Unidos sería un gran cambio. Mis padres esperan que me quede cerca de ellos. Quizá no en la misma ciudad, pero al menos en el mismo país. Siempre me han apoyado, con la

universidad, con mi hermano biológico… ¿y ahora les digo que me marcho al otro lado del mundo? Y no solo eso, sino que me perderé un programa de élite en Estados Unidos para ir a la Universidad de Sídney. Eso disminuye la calidad de mi educación, o al menos así lo verán mis padres.

—Lo hablaré con mi familia. —Tengo un nudo en el estómago—. Ni siquiera saben que he solicitado plazas en el extranjero. —De repente, se me ocurre otra cosa—. ¿Y si después Sídney no es lo que esperaba? ¿Y si odio vivir allí?

Beckett se ríe al ver mi expresión de pánico.

—Pues te vuelves. Dato curioso, buñuelito: no hay ninguna ley que prohíba salir del continente después de que hayas pisado suelo australiano. —Se encoge de hombros—. No te pido que te quedes para siempre, Charlie. Pero piénsalo.

Asiento despacio con la cabeza.

—Vale.

Cuando salgo de su casa un par de horas después, mi cabeza sigue siendo un mar de dudas y emociones. Mudarse a Australia parece… una locura. Pero también, increíble. No puedo dejar de pensar que podría ser perfecto. No quiero ir al MIT ni a Cornell. Desde el momento en que empecé a solicitar plaza en las universidades para el posgrado, me atrajeron los lugares nuevos, emocionantes y desconocidos. Sídney. Oxford. Copenhague. Por desgracia, no he conseguido entrar en la Universidad de Copenhague (demasiado competitiva) ni en la de Melbourne, pero en las demás sí.

Oxford también sería bastante guay.

«En Inglaterra no para de llover…».

¿Con qué frecuencia llueve en Sídney? Debería investigarlo.

En cuanto llego a casa, vuelvo a obsesionarme con mis opciones y extiendo los sobres en el edredón. En el lado izquierdo de la cama está la pila de las universidades descartadas, todas las de Nueva Inglaterra. Lo siento, Ivy League, pero esta etapa se acabó. Cuatro años son bastantes.

En el lado derecho están Sídney y Oxford.

En mi escritorio las dos que no me han aceptado.

Es increíble el peso que tienen dos cartas de una sola página. El modo en que una única frase puede determinar mi futuro.

Alguien toca a la puerta, sé que es Faith antes de que hable.

—¿Char? ¿Estás ahí?

—Entra —le pido, y Faith asoma la cabeza.

—¿Quieres ver una película o algo?

—No, cariño. Estoy demasiado ocupada.

Observa el mar de papeles que hay encima de la cama.

—¿Las universidades de posgrado?

Asiento con la cabeza.

—¿Ya lo tienes más claro?

Asiento de nuevo.

—Creo que sí. Voy a hacer una lista de pros y contras, a ver si me ayuda a decidirme.

Faith pone los ojos en blanco.

—Eres una friki de cuidado, pero te quiero muchísimo.

—Yo también.

En cuanto se va, cojo el portátil y me siento en la cama con la espalda apoyada en el cabecero.

Abro un documento nuevo y empiezo con lo que más me gusta en el mundo: el Método.

ACCIÓN: Mudarse a Sídney.

CAPÍTULO 52

WILL



Nuestra, joder

La oferta de trabajo de Tessa Díaz sigue en mi bandeja de entrada. Es como una bomba armada a la espera de que la desactive o de que vuele mi vida por los aires. Tengo la oportunidad de trabajar en una campaña en Washington D. C. para una de las principales oponentes de mi padre.

Es muy tentador.

Y muy arriesgado, joder.

Acabo de comer con Case, hemos aprovechado para hablar largo y tendido sobre el asunto. Cree que debería aceptar el trabajo, pero Case no conoce a mi padre. Es incapaz de comprender la fuerza de su ira.

Mientras conduzco de vuelta a casa, todavía sigo indeciso. Tras varios minutos de vacilación, llamo a la única persona que puede aconsejarme con conocimiento de causa.

—Hola, cariño. —Mi madrastra contesta al segundo tono. Su voz resuena por los altavoces del coche.

—¿Tienes un minuto? —le pregunto a Kelsey—. Necesito hablar contigo.

—Por supuesto. ¿Qué pasa?

Giro al final de la calle principal y me dirijo al barrio residencial de Hastings.

—Me han ofrecido un puesto de trabajo. Uno importante. En una campaña.

—Lo sé. Tu padre me lo dijo.

Frunzo el ceño.

—Ah, vale.

—Y sabía que era cuestión de tiempo que llamaras para hablar conmigo.

Dudo, las palabras se me atascan en la garganta.

—Harper Wozniak ha sido muy crítica con papá en la prensa.

—Sí.

—Papá se volvió loco cuando se lo dije.

—Sí.

—¿Qué hago?

El silencio al otro lado de la línea resuena con fuerza.

—Ya sé —refunfuño—. Es una jugarreta asquerosa.

—Muy asquerosa, sí —repite con voz seca.

La frustración me oprime la garganta.

—Lo entiendo. Pero es justo el tipo de trabajo que quiero. No puedo perder una oportunidad así. La tengo al alcance de mi mano.

—Will, no puedes aceptar ese trabajo. Sería terrible para la imagen de tu padre. ¿Te das cuenta de cómo quedaría? ¡Su propio hijo trabajando en la oposición! Lo destrozaría.

Me muerdo el interior de la mejilla. Sabía que diría algo así. Pero al oír sus palabras se me encoge el pecho.

—Que le den a su imagen, Kels. Estoy harto de vivir preocupándome por cómo quedará delante de las cámaras. Es mi carrera. Mi vida.

—Lo sé, cariño. Pero has trabajado muy duro para llegar hasta aquí, y me preocupa que aceptar este trabajo lo complique todo. No solo a él, sino también a ti. Los medios de comunicación tergiversarán la situación, y no para bien. Se armará un lío totalmente innecesario.

—Puedo enfrentarme a los medios. No me importa lo que digan de mí.

—Escúchame, Will. A veces, el trabajo ideal no es el primero que nos ofrecen. Es el que encaja con uno mismo. Y no creo que este

sea el adecuado.

—Tal vez tengas razón.

—Pero decidas lo que decidas, te apoyaré.

Ah, ¿sí? Porque parece que es una de esas raras ocasiones en las que está firmemente del lado de mi padre.

Pero quizá sea revelador. Quizá sea una señal de que este trabajo no es el camino acertado.

Cuando colgamos, no sé qué demonios hacer. No dejo de darle vueltas a su consejo, pero odio que una parte de mí se sienta obligada a tener en cuenta la imagen de mi padre.

En cuanto llego a casa, oigo la voz de Beckett antes de abrir la puerta siquiera.

—¡Eh, Larsen! —grita en cuanto entro—. Tengo algo que contarte.

Cuelgo la chaqueta en el gancho del recibidor.

—¿Qué pasa?

Sonríe desde el sofá. Está muy emocionado a pesar de haber perdido el partido de semifinales de anoche.

Yo sigo cabreado. El partido estuvo igualado casi todo el tiempo. Podríamos haber forzado la prórroga. Sin embargo, Nazzy cometió la falta más estúpida del universo, por lo que Michigan State jugó en superioridad numérica durante los últimos treinta segundos del partido. Marcaron, y perdimos. Fin.

Desde luego, no es la mejor forma de terminar una temporada que, hasta ese momento, había sido impecable. Aunque tampoco me puedo quejar, ganamos el campeonato el año pasado. No se puede ganar todo, ¿no?

—He recibido una oferta de trabajo —dice Beckett.

—¿En serio? ¡Qué bien, tío! ¿Dónde?

—En Sídney.

—¡No jodas!

—Sí. Es un puesto para la conservación oceánica. —Se inclina hacia adelante y se apoya en los antebrazos. Parece un niño que acaba de enterarse de que va a Disney World—. Pero eso no es lo mejor. He hablado con Charlie. Vino a pasar un rato mientras estabas con Colson.

—Vale… —Estoy un poco perdido.

—Han aceptado a nuestra chica en el programa de posgrado de la Universidad de Sídney. Venga, dime que no es cosa del destino.

—Estás de coña.

—No. Le he preguntado si se mudaría allí conmigo y lo va a pensar.

Espera, ¿qué? ¿Le ha pedido que se mude con él?

El corazón me da un vuelco extraño ante la idea de que Charlie se mude al otro lado del mundo.

Beckett se fija en mi expresión y resopla.

—Colega. Te lo digo porque quiero que tú vengas con nosotros.

—¿Quieres que me mude a Australia contigo y con Charlie?

—¿Por qué no? —Se encoge de hombros como si fuera lo más sencillo del mundo—. Hace tiempo que tienes ganas de viajar, de hacer algo diferente, ¿no? Esto es lo que estabas buscando.

Niego con la cabeza y me río de lo absurdo que suena todo.

—No sé, tío. Yo también tengo una oferta de trabajo… Todavía no he decidido qué hacer. —Hago una pausa—. ¿De verdad crees que esto podría funcionar?

—Sí. Pero tú decides. Solo digo que yo me voy a Australia y quiero que tú y Charlie vengáis conmigo.



Charlie vuelve más tarde para pasar la noche con nosotros y, en cuanto entra por la puerta, los ojos de Beckett se iluminan. ¡Madre mía! Está coladito por ella.

Siento que mis ojos también se iluminan.

Porque yo también estoy coladito por ella.

Nos mira como si lo percibiera. Esboza una sonrisita cómplice, parece que nos conoce mejor que nosotros mismos, que entiende perfectamente lo que pasa por nuestras cabezas sin necesidad de explicarlo.

—Hola —saluda mientras se agacha para quitarse los botines de ante. Ahora que ya no hace tanto frío, ha vuelto a ponerse faldas plisadas y suéteres cortos de niña buena, no puedo resistirme a esa ropa.

Beckett cruza la habitación primero y la abraza. La forma en que encajan me oprime el pecho, pero en el buen sentido. No son celos; es saber que lo que tienen, lo que los tres tenemos, es real. Es nuestro.

Me acerco a ellos y rodeo la cintura de Charlie mientras Beck la besa. Ella se derrite contra él, no puedo contener la sonrisa mientras los observo. Siento el mismo calor que ellos en mi interior. Siempre es así cuando estamos juntos, disfrutamos de una intimidad compartida que, de alguna manera, es aún más intensa, porque ambos la queremos de la misma manera.

Cuando Beckett se aparta, lo relevo. Levanto la barbilla de Charlie hacia mí y nuestros labios se encuentran. El beso es más lento, prolongado, y se derrite contra mí con el mismo abandono.

Subimos las escaleras sin decir nada, esta noche estamos sincronizados. Beckett nos guía a la habitación y se quita la camiseta unos segundos antes que yo. Cojo la mano de Charlie para llevarla a la cama y tumbarla entre nosotros. Beckett le lame el cuello con suavidad y yo le recorro el cuerpo con las manos. Me encanta sentir la suavidad de su piel bajo mis dedos.

No es la primera vez que hacemos esto, pero la sensación es diferente esta noche. Se percibe una comprensión tácita. Una emoción pura. La conexión entre nosotros va más allá de lo físico. Es algo que ni siquiera puedo explicar del todo.

Charlie suelta un suave gemido cuando Beck deposita un reguero de besos por su cuerpo mientras yo la observo, hipnotizado por la forma en que responde a nosotros. Cuando vuelvo a besarla, lo hago despacio. Es un beso sensual en el que infundo todo lo que no puedo expresar con palabras.

—Joder —exclama Beckett con voz entrecortada.

Tiene la mirada clavada en la ropa interior de Charlie. Es de encaje rosa con un lacito blanco. Mis labios se curvan en una sonrisa.

—Cariño —dice con voz ronca—. Por mucho que me guste este lazo, voy a tener que quitarte las bragas. Quiero verte el coño.

La polla se me endurece al momento y, de repente, siento los pantalones demasiado ajustados. Me los quito y los aparto de una patada. En cuanto mi pene sale disparado, Charlie lo envuelve entre sus dedos.

—Me encanta saborearte —susurra Beckett.

Bajo la mirada justo a tiempo para ver que desliza la lengua desde su clítoris hasta su perfecto y diminuto ano con una lamida lenta y provocadora. ¡Joder! Me masturbo con la mano de nuestra chica, y los testículos se me tensan de placer.

La respiración de Charlie se vuelve entrecortada cuando Beckett empieza a lamerla con fervor. Le succiona el clítoris y luego lo recorre con la lengua una y otra vez hasta que Charlie se retuerce en la cama. Separa las piernas todavía más despatarrada para él como si fuera un festín.

—Estás preciosa así —murmuro, y le rozo el costado del pecho con los labios. La lamo hasta que llego a su pezón y lo rodeo con la lengua.

Beckett tiene la cara enterrada entre sus muslos. Suelta un gemido, y veo que estira el brazo para acariciarse a sí mismo. Se masturba mientras se la folla con la boca.

—Mira lo que le haces —le digo a Charlie al tiempo que le aprieto las tetas—. No se cansa de ti. Ninguno de los dos se resiste.

Su respiración se vuelve más agitada.

—Eres nuestra —le susurro al oído—. Nuestra, joder. Y nosotros somos tuyos.

Parece que mis palabras les afectan a los dos. Sonrío cuando veo que ambos se corren sin previo aviso. Beckett se corre en su mano y gruñe contra su coño, mientras Charlie se restriega contra su cara cuando el orgasmo la invade por completo. Sin haberse recuperado del todo, me agarra para que me ponga encima de ella y me coge la polla con desesperación para intentar metérsela.

—Yo te ayudo —la tranquilizo mientras envuelvo los dedos alrededor de los suyos.

La embisto hasta el fondo; estar dentro de ella resulta abrumador, en el mejor sentido de la palabra. En este momento, es como si todo mi cuerpo estuviera inmerso en ella. Charlie jadea. Sus músculos internos me aprietan con fuerza y me clava las uñas en la espalda tirando de mí para sentirme más cerca, más hondo. Me adentro hasta el último centímetro. Le doy todo lo que tengo. Estoy atado a ella de una manera que va más allá de cualquier cosa que haya sentido jamás. Levanto la vista y veo que Beckett nos observa. Él también lo siente. Lo sé.

Mientras la follo, siento cada vibración de su cuerpo, cada latido, y, cuando por fin me corro dentro de ella, me quedo sin aliento. Con un gruñido me desplomo sobre ella un instante antes de darnos la vuelta para no aplastarla con mi peso. Beckett se tumba a nuestro lado y nos rodea a ambos con el brazo. Su respiración se calma a medida que el sueño lo vence.

Yo también estoy exhausto, pero la cabeza me da demasiadas vueltas.

No puedo dejar de pensar en lo mucho que me gusta esto, la idea de que algo se interponga entre nosotros me oprime el pecho. Por mucho que haya intentado decidir el siguiente paso, ahora me doy cuenta de que ya sé lo que tengo que hacer.

Salgo de la cama, con cuidado de no despertarlos. Ambos duermen profundamente. Beckett abraza a Charlie con fuerza, ambos parecen tranquilos y satisfechos. Cojo el teléfono de la mesita de noche y leo el mensaje que hay en la bandeja de entrada, a la espera de mi respuesta.

Abro el correo y empiezo a escribir:

Tessa, agradezco tu oferta más de lo que crees, pero tras considerarla detenidamente, he decidido no aceptar el puesto. Por favor, díselo a Pamela, y gracias de nuevo.

Durante un segundo, dudo, pero luego doy a «Enviar». Una extraña sensación de alivio me invade. No se trata de rechazar un trabajo, sino de escogerlos.

Yo elijo esta vida, aquí y ahora.

CAPÍTULO 53

CHARLOTTE



Lo más normal hoy en día

El cumpleaños de mi padre es la semana anterior a la graduación, así que me tomo un día libre en el laboratorio para ir a comer a Hamden. Siempre me alegra ver a mi familia, pero no puedo contener los nervios que se me acumulan en el estómago. Hoy tengo que contarles muchas cosas. Bueno, muchas no, muchísimas.

Y puede que el cumpleaños de papá no sea el momento adecuado, pero he aprendido la lección después del fiasco de Harrison. Ya no guardaré más secretos a mi familia.

—¡Hola, cielo! —me saluda papá en la puerta dándome su habitual abrazo de oso—. Me alegra que hayas venido.

—No me lo perdería por nada del mundo. —Sonrío y lo abrazo antes de entrar.

Mamá ya está en modo anfitriona, tararea mientras prepara la mesa del comedor. Ava llegó de Nueva York el fin de semana y, cuando entro en la cocina, veo que está preparando una ensalada. Mientras tanto, mi padre va a reunirse con Oliver en el jardín trasero. La mujer de Oliver no ha venido; por lo que dijo en el chat familiar, Kat tenía que trabajar este fin de semana.

Ava y yo ponemos la mesa. Cenaremos en el comedor, todavía hace demasiado frío para estar fuera. Oliver y papá asan los filetes en el jardín, con sudaderas y gorros.

Después de cenar, mamá nos pasa los platos con pastel de cumpleaños y, de inmediato, comienza la tradición de compartir metas y logros de los Kingston.

—Char, ¿por qué no empiezas tú? —pregunta mamá—. ¿Alguna novedad sobre el posgrado?

Ahí está. Esta es mi oportunidad.

Dejo el tenedor en la mesa y digo:

—Me han aceptado en los posgrados de todas las universidades que solicité… excepto dos.

—¿Qué dos? —pregunta mi padre inmediatamente, sé que está rezando para que haya sido el MIT.

—Copenhague y Melbourne.

Oliver sonríe.

—Vaya, no bromeabas cuando me dijiste que habías enviado solicitudes a varias universidades. —Todavía recuerda la conversación que tuvimos hace meses.

—Sí, bueno… —Me encojo de hombros—. También me han aceptado en otras. Y estoy planteándome seriamente ir a la de… eh… Sídney.

—¿Australia? —Mi padre arquea las cejas—. Eso está muy lejos de aquí.

—Lo sé. Y lo entiendo: la Universidad de Sídney no es tan exclusiva como una de la Ivy League, pero el programa de biomedicina es bueno, y… creo que iré allí.

El silencio invade la mesa.

Mi madre me mira con el ceño fruncido.

—Es increíble que te hayan aceptado, cariño, pero ni siquiera sabíamos que habías solicitado plaza en el extranjero. ¿Por qué nos lo ocultaste?

—Quería esperar a que llegaran las respuestas antes de decidir nada. —Jugueteo con mi tenedor de postre para evitar sus miradas —. Y, eh, ya que estamos hablando de cosas que os he ocultado…

Ava gime.

—Uf. No te atrevas a decirnos que tienes otro hermano biológico.

—No, no es eso. —Trago saliva, ya que siento que la presión aumenta. Ahí va—. Se trata de mi novio. Will. Y… eh… Beckett.

—¿Beckett? —Mi madre inclina la cabeza, confundida—. ¿El compañero de piso de Will?

Suelto el aire de golpe.

—También estoy saliendo con Beckett. Estoy enamorada de los dos.

La confesión flota sobre nosotros como una nube de humo. Por una fracción de segundo, me arrepiento de todo. Y ni siquiera he terminado.

—Nos mudaremos a Sídney los tres juntos.

Más silencio.

Mis padres me miran como si hubiera dicho que he visto un unicornio en el jardín. La mandíbula de Ava roza el suelo. Y mi hermano… bueno, tiene una mirada extraña que no consigo descifrar. Sin embargo, antes de que me dé tiempo a averiguarlo, Oliver suelta la bomba.

—Me voy a divorciar.

Todos lo miramos. El tenedor de mi madre cae sobre su plato de postre.

Parpadeo.

—Espera, ¿qué?

Oliver se desploma en su silla.

—No pensaba decir nada, pero parece que hoy es el día de revelar los secretos, así que… sí. Katherine y yo nos vamos a divorciar.

—¿Divorcio? —repite mamá.

—Sí —confirma mi hermano mientras se frota la nuca—. Era cuestión de tiempo. Tenemos problemas desde hace meses. Pero no quisimos decir nada durante las vacaciones y cuanto más os lo ocultaba, más difícil me resultaba decíroslo. Y, bueno… aquí estamos.

Lo miro boquiabierta.

—¿En serio vas a soltar una bomba así en la comida de cumpleaños de papá?

—¿Yo? ¿Estás de coña? —protesta Oliver—. Acabas de lanzar el misil de que tienes dos novios en la comida de cumpleaños de papá. Así que me pareció el momento oportuno para…

—Soy lesbiana —confiesa Ava bruscamente.

¿¡Qué demonios está pasando!?

Mi mirada rebota por la mesa como una pelota de *ping-pong.* Mis padres me miran como cuando intento enseñarles a usar una aplicación nueva en el teléfono. Desconcertados e indignados. No creo que estén enfadados por las noticias en sí, sino porque todo esté saliendo a la luz ahora. Bueno, en el caso de Ava, saliendo del armario.

—¿Eres lesbiana? —exclamo—. ¿Desde cuándo? —Solo ha salido con chicos. Al menos en público.

Ahora que todas las miradas están puestas en ella, Ava se sonroja y se remueve en la silla.

—Parece que me di cuenta tarde. Sinceramente, durante mucho tiempo creí que era asexual. No me atraían los hombres con los que salía, pero tampoco las mujeres. Bueno, eh, ¿el novio del que os he hablado? ¿Ash? Es mi novia. Se llama Ashley.

Por un instante, nadie se mueve. Papá se queda paralizado, con el tenedor a medio camino de la boca.

Entonces, de repente, la tensión se rompe.

Suelto una carcajada cuando me doy cuenta de lo absurdo que es todo. Miro a mis padres.

—Os juro que si decís que sois *swingers* o algo por el estilo…

Mi padre por fin deja el tenedor y niega con la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Para nada.

Mientras tanto, mi madre nos mira a todos con una expresión vacilante.

—A ver si lo entiendo… ¿nos habéis ocultado estos cambios significativos en vuestras vidas porque creíais que los desaprobaríamos?

Oliver es el primero en responder.

—No. Simplemente me daba vergüenza —admite—. Nunca pensé que me divorciaría.

Ava, avergonzada, es la siguiente.

—Yo tampoco, pero aún lo estaba asumiendo yo. Supongo que necesitaba tiempo para asimilarlo. —Me mira de reojo—. Por eso

nunca dije nada sobre lo de Harrison, Char. Era frustrante ver que lo ocultabas a todo el mundo, pero yo hacía lo mismo, así que dejé de insistir.

Asiento con la cabeza. Ahora lo entiendo. Siempre me sorprendió que no contara a mis padres lo de Harrison.

—¿Charlotte? —pregunta mamá.

Me lamo los labios, de repente los noto secos.

—Yo sí creía que no lo aprobaríais —confieso—. Salir con dos chicos no es precisamente normal.

—Qué va, el poliamor está de moda —suelta mi hermana—. De hecho, es muy normal hoy en día.

Me encojo de hombros.

—Tengo dos novios. Es muy raro, joder. ¿Vale?

Oliver resopla.

Mamá vuelve a hablar con un tono que no deja lugar a discusión.

—Chicos, la realidad es esta: os queremos a los tres tal y como sois. No importa si tenéis dos novios o ninguno, si os vais a divorciar o salís con una chica. Os queremos, y eso nunca cambiará.

Papá asiente y recupera su habitual actitud relajada.

—Sí. Mientras seáis felices, nosotros seremos felices.

No creo lo que estoy oyendo. Esperaba que se sintieran incómodos, quizá incluso algo decepcionados. Sin embargo, solo percibo… aceptación. Como si no fuera para tanto.

Mamá se fija en mi expresión y me ofrece una sonrisa amable.

—Si quieres a este segundo chico, cariño, también queremos conocerlo. Invítalo, y a Will también. Sí, nos costará acostumbrarnos al principio, pero si te hacen feliz, eso es lo que importa.

Contengo las lágrimas, abrumada porque hacen que todo parezca simple. He pasado mucho tiempo preocupada por su reacción, por mantenerlo todo en secreto, pero aquí están, diciéndome que no pasa nada. Que me aceptan tal cual soy.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento realmente segura, tanto de mis decisiones como del amor inquebrantable de mi familia.

—Y si de verdad quieres estudiar el posgrado en Sídney, te apoyaremos —añade—. Nos da igual si vas a una universidad de

élite o no, Char. Lo único que queremos es que sigas a tu corazón. Pero te echaremos muchísimo de menos, joder.

Sonrío, asombrada.

—Acabas de decir una palabrota. —Mamá nunca dice palabrotas.

—Para que veas cuánto te echaré de menos, joder —repite, y todos estallan en carcajadas.

Más tarde, mientras Ava y yo recogemos la mesa y me habla de Ashley (que, por cierto, parece una chica genial y extraña a la vez), recibo el mensaje que esperaba.

Harrison: Llego en 5 minutos.

Me muerdo el labio mientras contemplo la pantalla. Se me revuelve el estómago de los nervios.

Ava me da un golpecito con el hombro.

—¿Es él?

Asiento con la cabeza.

—No tardará en llegar.

Esta es la parte del día que más me ha estresado. Harrison ha venido a visitarme este fin de semana. Porque yo lo invité. Anoche nos vimos y pasamos horas charlando en la cocina de Will y Beck.

Tardé un tiempo en responder al largo mensaje que me envió por la aplicación. No estaba segura de si quería mantener relación con él ni si valía la pena la angustia, el dolor y la culpa. Pero me equivoqué cuando les dije a mis padres que sin Tiger ya no me quedaba ningún vínculo con mi pasado.

Todavía tengo un vínculo. Harrison. Y si él está dispuesto a empezar de cero e intentar construir algo libre de culpa y resentimiento, yo también.

Cuando abro la puerta principal, me encuentro a un Harrison aterrorizado en el porche. Lleva unos pantalones caqui perfectamente planchados, una camisa blanca abotonada y unos

mocasines, en lugar de sus habituales zapatillas de deporte. En la mano, lleva un ramo de peonías rosas. La flor favorita de mi madre.

—Hola —me saluda nervioso.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Le has traído flores a mi madre?

Asiente con la cabeza.

—¿He hecho mal?

—No. Le encantará.

—¿Estoy presentable? —me pregunta moviendo los pies.

Esbozo una sonrisilla.

—Parece que vas a una entrevista de trabajo.

—Mierda.

—No, no pasa nada. Por cierto, has venido en el día más raro de la historia. Todos hemos confesado nuestros secretos más oscuros mientras comíamos un pastel de chocolate con chispitas azules.

—Qué intriga. ¿Alguno es un asesino en serie y tiene una mazmorra de tortura? —bromea, y me encanta este lado más dicharachero y sarcástico de él. Es como si hubiera derribado todos sus muros desde que acordamos hacer borrón y cuenta nueva.

—No. Pero he descubierto que la nueva novia de mi hermana es embalsamadora. —Tiro de él hacia adentro—. Venga, voy a presentarte a mi familia.

CHAT DE PADRES

Garrett Graham: Quiero otro perro, pero Wellsy no me deja.

John Logan: ¡Oh, mira al hombretón con sus dos perros! Grace es alérgica, así que ni siquiera podemos tener uno.

John Logan:¡Te jodes!

John Tucker: Esto ha escalado muy rápido.

Dean Di Laurentis: Lleva un cachorrito a casa sin preguntar. No lo dejará tirado en la calle. Se enamorará solo con mirar los grandes ojos del cachorrito.

Colin Fitzgerald: Eso fue lo que Hollis y sus gemelos intentaron hacer con Rupi, y ella lo echó de casa durante un mes. Fue el peor mes de mi

vida.

Dean Di Laurentis: El nuestro también.

John Logan: ¿Por qué todo tiene que girar en torno a ti?

Dean Di Laurentis: ¡Summer se quedó con nosotros ese mes! La mujer de Hollis prácticamente desató una reacción en cadena de huéspedes no deseados.

Hunter Davenport: Rupi no es un buen barómetro para el comportamiento normal de las mujeres, colega.

John Tucker: Yo no me arriesgaría, G.

Garrett Graham: Consideraré todos vuestros consejos.

Siguiente punto del día: quiero organizar una fiesta de graduación para Stan y Luke en Tahoe este verano.

Dean Di Laurentis: Hablando de Tahoe…

John Logan: No.

John Tucker: Hablando de Tahoe…

John Logan: No.

CAPÍTULO 54

CHARLOTTE



Día del Llanto

Estoy sentada en el suelo de mi dormitorio, rodeada de cajas, y, de repente, me doy cuenta.

Esto es real.

Me voy de aquí.

Faith está a mi lado. Me pasa otra pila de ropa para doblar, pero ambas sabemos que no solo estamos haciendo las maletas. Esto es una despedida.

—Qué raro me parece todo —murmuro intentando concentrarme en la tarea. Tengo la voz tensa y la garganta cerrada—. ¿Cuánto tiempo hace que vivo en esta habitación? ¿Cuatro años? Y ahora… Australia.

Faith se ríe, pero es una risa que enmascara algo.

—Sí, señorita Aventurera. Aún no me creo que te vayas de verdad. Pero estoy orgullosa de ti. Lo vas a petar allí.

Dejo de doblar la ropa y me quedo mirando el desorden de cajas a medio llenar que hay a mi alrededor. Enviaré muchas de estas cosas a casa de mis padres, pero Suzanne, la tía de Beckett que vive en Sídney, me deja guardar en su casa algunas cajas de libros hasta que encontremos alojamiento.

Beck, Will y yo volamos a Los Ángeles dentro de unos días. Luego, a Sídney para pasar tres semanas. Espero que en ese tiempo

encontremos un apartamento y firmemos el contrato de alquiler. Después volveré para pasar el resto del verano con mis padres antes de mudarme oficialmente a Australia, a mediados de agosto.

Aún no me parece real, y mira que ya está todo en marcha. Dejo atrás esta habitación, esta casa, esta vida.

Faith también deja de empaquetar y, de repente, va hacia la puerta.

—Oye —exclama—. Antes de que guardes todo, tengo algo para ti. Espera un momento.

Se va sin darme tiempo a responder y regresa antes de que pueda adivinar qué pasa. La confusión me invade cuando me entrega una cajita envuelta en un papel de regalo con ranas dibujadas.

—¿Qué es esto?

Mi mejor amiga sonríe, pero su mirada es agridulce.

—Ábrelo y verás.

Lo desenvuelvo con cuidado. En cuanto veo el conejito de peluche, me derrumbo. Las lágrimas me nublan la vista mientras abrazo el peluche y una oleada de emoción me oprime el pecho. No es gris como Tiger, sino blanco, como mi suéter de cachemira favorito.

—Dios mío. Faith… —Ni siquiera puedo terminar la frase antes de estallar en llanto.

Se acerca a mí y me abraza mientras lloro en su hombro.

—Sé que no es igual que el que tenías antes. Pero pensé que podría ser un nuevo comienzo. Algo para llevarte en tu nueva aventura.

Aprieto al conejito con más fuerza.

—Te voy a echar muchísimo de menos —consigo balbucear, se me rompe la voz con cada palabra.

—Yo también, una barbaridad.

Nos quedamos así un buen rato, abrazadas. Si algo bueno he sacado de mi experiencia en Delta Pi, por muy molesta y asfixiante que fuera a veces, es haber conocido a mi alma gemela.

Al cabo de un rato, la suelto y me seco las mejillas con el dorso de la mano. Estoy muy agradecida. Agradecida por este momento y

por esta amistad que me ha ayudado a superarlo todo.

Cuando terminamos de empaquetar casi todas mis cosas, bajo a ver cómo está Blake, que llegó temprano para la última reunión del semestre. Esa en la que Agatha suelta un discurso largo y aburrido, recapitulando los logros de nuestra hermandad durante el año, y luego cede el testigo a la nueva presidenta, la señorita Yara Merrimack. Me alegra que sea Yara. Espero que permita que nuestras hermanas se diviertan el año que viene y luego le envíe a Agatha la definición del diccionario de «diversión».

Encuentro a Blake en el salón. Está mirando su teléfono, sonríe cuando me ve en la puerta.

—¿Cómo van esas cajas? ¿Te queda mucho?

—Bastante —admito con una sonrisa cansada—. Creo que, a este paso, tardaré otra semana.

Blake se ríe.

—Me lo imagino. Mudarse a otro continente no es moco de pavo.

—No, no lo es —coincido. Me apoyo en el marco de la puerta—. Pero basta de hablar de mí. ¿Cómo te va? ¿Sigues felizmente enamorada?

Se sonroja y esboza una sonrisa.

—Yo no iría tan lejos. Todavía no hemos confesado nuestros sentimientos.

Resoplo.

—¿No se declaró Isaac en vuestra quinta cita?

—Sí, pero Isaac está loco. Yo soy racional. —Se encoge de hombros—. Aunque me gusta mucho. Vendrá de vacaciones conmigo y mi familia al lago Tahoe este verano.

—¿En serio? Es un gran paso.

Asiente con timidez.

—Lo sé. No tengo ni idea de cómo reaccionará mi padre. O sea, mi padre es genial, pero muy sobreprotector en lo que respecta a mi vida amorosa.

—No lo matará, no te preocupes. Como mucho lo someterá a horas de interrogatorio y luego le dará el visto bueno en secreto.

Se queda callada un momento antes de lanzarme una mirada, nada propia de Blake, cargada de emoción en lugar de indiferencia.

—Sé que no te lo he dicho bastante, pero… gracias. Por todo. Me has apoyado durante todo el año, no creo que hubiera sobrevivido sin ti.

De nuevo, se me forma ese nudo familiar en la garganta. ¡Madre mía! Oficialmente, hoy es el Día del Llanto.

Contengo las lágrimas y me acerco a ella para abrazarla.

—De nada. Me ha encantado conocerte este año y me cabrearé muchísimo si no me escribes cuando esté en Sídney.

—Lo haré —me promete.

Blake me devuelve el abrazo y me doy cuenta de que, a pesar de tener una relación de amor-odio con Delta Pi, voy a echar mucho de menos este sitio.



La graduación es una montaña rusa de emociones. Mis padres lloran desconsoladamente. Harrison viene desde Las Vegas y se sienta junto a mi madre, quien le agarra la mano durante toda la ceremonia. Will y Beckett se sientan con Oliver y los tres gritan y vitorean cuando subo al escenario con la toga y el birrete. George y Lourdes también han hecho un programa de ciencias, así que reciben el diploma conmigo, me quedo de piedra cuando me entero de que han roto, ya no los une el amor y el aprendizaje.

La ceremonia de los chicos es más tarde y, cuando reciben sus diplomas, los beso a ambos. En público. Nadie a nuestro alrededor se inmuta, lo cual augura un buen futuro para nuestra aventura australiana. Todavía no sé cómo funcionará esta relación ni cómo nos irá en el futuro, pero, ahora mismo, estoy feliz. Dichosa. Agradecida.

Esta noche nos vamos a Los Ángeles. El taxi nos recogerá en casa de los chicos, así que después de despedirme de mi familia con un

abrazo, Faith me lleva a Hastings. Se va a mudar a Boston, le vendí mi coche porque no puedo llevármelo a Australia.

Un rato después, estoy en la puerta viendo cómo se oscurece el cielo poco a poco. Una pesadez agridulce flota en el aire. La casa está vacía, despejada para los próximos inquilinos, pero mi corazón sigue atrapado aquí, como si se negara a seguir adelante.

—¿Estás bien? —pregunta Beckett acercándose por detrás.

Me doy la vuelta y le dedico una pequeña sonrisa.

—Estoy bien. Solo pensaba.

—Es raro irse de aquí ¿verdad?

Se me hace un nudo en la garganta.

—Sí, desde luego.

Me agarra la mano y permanecemos así un minuto, absorbiendo el momento. Cuesta creer que haya terminado este capítulo de mi vida. La universidad. Han pasado cuatro años en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Ha venido el taxi ya? —La voz de Will interrumpe mis pensamientos.

Está de pie junto a las escaleras, con la mochila colgada del hombro. Lleva una sudadera azul cielo y unos vaqueros descoloridos y, aunque sonría, la sonrisa no le ilumina los ojos. Supongo que a él también lo entristece despedirse de este lugar.

Asiento con la cabeza y me cuelgo el bolso al hombro.

—Sí, acaba de llegar. Está aparcando en la entrada.

Beckett y yo salimos al porche. Tardo un segundo en darme cuenta de que Will no nos sigue.

—¿Cariño? —digo mirando por encima del hombro.

Siento el cambio en el aire antes de que abra la boca siquiera.

—No voy a ir.

Habla tan bajo que apenas puedo oírlo. Pero cuando asimilo sus palabras, siento que el suelo se derrumba bajo mis pies.

Me quedo paralizada y agarro la correa de mi bolso con fuerza.

—¿Qué?

Beckett siente lo mismo que yo, solo que él lo expresa con más contundencia.

—¿Qué cojones, colega?

Will no me mira. A ninguno de los dos. Se mira los pies con la mandíbula apretada.

—No voy a ir a Australia.

CAPÍTULO 55

WILL



Decepcionado

«No voy a ir a Australia».

Esas seis palabras quedan suspendidas en el aire como una soga, y la tensión nos envuelve y estrangula cualquier futuro que estuviéramos a punto de emprender juntos.

Beckett se queda congelado.

Charlotte me mira como una mamá gata que ha perdido a todos sus gatitos al incendiarse el granero.

Trago saliva con fuerza, incapaz de sostener sus miradas atónitas.

—Ahora no —aclaro.

—¿De qué coño hablas? —pregunta Beckett.

Desesperado, intento encontrar las palabras adecuadas, pero ninguna me convence.

—Creía que podía. Creía que podría subir al avión e irme con vosotros, pero no puedo. Algo me dice que tengo que quedarme.

Charlie hace una mueca de desolación, me siento la peor persona del mundo.

—¿Quedarte para qué? Will, nos vamos en unas horas. Has empaquetado todo…

—Lo sé. —Se me quiebra la voz, odio lo débil que suena—. Pero…

Me quedo en silencio. La verdad es que no sé cómo llevar una relación así. Con ella y Beckett. Todavía tengo mucho que averiguar.

Aunque todos los que conocen nuestra relación la han aceptado, sigo sin poder dejar de pensar en el día que Tessa Díaz estuvo aquí y presenté a Charlie como la novia de Beckett. Suya. Ni mía, ni nuestra. Mentí para protegerme, porque no sabía cómo explicar lo nuestro. No sabía cómo decir a alguien, a un desconocido, que comparto la mujer que quiero. La mujer que ambos queremos. Era un lío y, en lugar de afrontarlo, lo enterré. Me dije a mí mismo que mientras nuestros amigos y familiares nos apoyaran, no importaba lo que pensara el resto del mundo. Pero la verdad es que… creo que me importa.

Sin embargo, esa no es la única razón para no ir. Podría aclarar mis ideas con ellos, aprender a recorrer este camino juntos, siempre que fuera con calma y seguridad. Que es exactamente lo que voy a hacer.

Pero… todavía no.

—Quiero aceptar el trabajo de la campaña de Wozniak —confieso.

La expresión de Beckett se ensombrece.

—¿Qué quieres decir? Lo rechazaste hace siglos. Y ahora, justo cuando salimos para el puto aeropuerto, ¿te echas atrás?

Respiro hondo. La culpa me carcome.

—Lo rechacé porque… bueno, supongo que intentaba reprimir mi ambición para no sentirme como mi padre, pero quiero ese trabajo. Quiero aprender a gestionar una campaña. Lo deseo con todas mis fuerzas, joder.

Le tiembla el labio a Charlie y me mata ver el dolor en su mirada.

—Cariño —susurro acercándome a ella para acariciarle las mejillas —. Te quiero. Pero no puedo hacer esto ahora. Iré. Te lo prometo. Me uniré a vosotros en noviembre, después de las elecciones.

Sin embargo, cuando pronuncio esas palabras no estoy del todo convencido. No sé si cumpliré mi promesa. Porque… ¿qué pasa si Wozniak gana y quieren contratarme para formar parte de su equipo? Sería tentador. Pero lo que más me tienta es dedicarme a lo que me gusta, rendirme a la ambición contra la que he luchado. La tentación es más fuerte de lo que quería admitir.

Con los puños apretados, Beckett se interpone entre Charlie y yo.

—Eres un puto mentiroso, tío. No vendrás en noviembre.

—Yo… —Intento hablar, pero no puedo rebatir nada porque no sé qué pasará. Beckett lo sabe. Me conoce mejor que yo mismo.

Antes de darme tiempo a reaccionar, me da un puñetazo en la cara. Fuerte.

Charlie jadea.

—¡Beckett!

Me tambaleo hacia atrás. Un dolor agudo me recorre la mandíbula, pero no me defiendo. Me lo merezco.

—Lo entiendo —digo con el sabor de la sangre en el labio—. He hecho daño a Charlie. Me lo merezco.

Beckett niega con la cabeza y me mira con los ojos grises llenos de ira y algo más: traición.

—No, Larsen. No te he pegado porque le hayas hecho daño a ella. Charlie puede librar sus propias batallas. Te he pegado porque me has hecho daño a mí.

Sus palabras me golpean más fuerte que el puño. Me siento como si me hubieran destripado.

Miro a Charlie. Las lágrimas se acumulan en sus pestañas y le tiemblan los hombros mientras intenta no venirse abajo. Me parte el corazón verla así. Quiero arreglarlo, enmendarlo, pero sé que no puedo.

—Lo siento mucho —me disculpo mientras me acerco a ella—. No quise hacerte daño.

—¿Por qué no nos lo dijiste antes? ¿Por qué has esperado hasta ahora para soltar esto?

Dejo caer los hombros.

—No quería decepcionaros. Creía que podría superarlo, pero soy incapaz. Lo siento, cariño. Lo siento mucho.

Un segundo después, Charlie me abraza con fuerza.

Le doy un beso en la frente.

—Me uniré a vosotros en noviembre. Lo prometo —aseguro, y rezo para que no sea una promesa vacía.

Beckett me observa con expresión tensa, sé que no me cree. Quizá no debería.

Inclino la cabeza para besar a Charlie y vierto en ese beso todo lo que no puedo expresar con palabras. Me duele el corazón. Quiero a

esta mujer más de lo que jamás llegará a comprender.

Tras soltarla, Beckett se acerca a mí. Me tenso. Me pregunto si está a punto de golpearme de nuevo, pero, en lugar de eso, me da un abrazo rápido y me mira con decepción.

—Cuida de ella —le pido con voz ronca.

—Siempre —responde.

Doy un paso atrás y los observo caminar hacia el taxi; Beckett carga con sus maletas en lugar de arrastrarlas.

Cuando se meten en el coche, Charlie se gira para mirarme una vez más, con los ojos llenos de tristeza y… esperanza. Esperanza de que cambie de opinión.

Pero no lo hago.

La puerta se cierra y el taxi se aleja. Me quedo ahí plantado, el corazón me late desbocado cuando el coche desaparece.

No sé si volveré a verlos algún día.

CAPÍTULO 56

CHARLOTTE



Hoy y siempre

Seis meses después

Cierro el portátil y lo guardo en el bolso pensando solo en llegar a casa. Empieza a atardecer, el sol dorado se refleja en las olas a medida que se acerca al horizonte. Las vistas desde la ventana del laboratorio me recuerdan lo bueno de estar aquí. Australia ha sido todo lo que no sabía que necesitaba. No me había dado cuenta de lo bien que huele el océano hasta ahora. Beckett y yo avanzamos como nunca habría imaginado.

Aun así, el dolor nunca desaparece del todo.

El hueco en mi corazón donde debería estar Will.

Cuando me cuelgo el bolso al hombro, algo cae de dentro y revolotea sobre la mesa. Lo cojo y sonrío. Es una nota de Beckett, en un papelito doblado. Lo abro mientras me pregunto qué me dirá hoy mi chico:

«Hola, buñuelito, qué ganas de verte esta noche. Eres mi parte favorita del día. Te quiero más de lo que nunca llegarás a comprender».

El corazón me rebosa de alegría y las mejillas me arden. Miro a mi compañera de mesa, que me observa con una ceja arqueada.

—¿Te deja notas todos los días? —se burla con una sonrisa.

Suelto una carcajada y guardo la nota en el bolso.

—Todos no. Le gusta tenerme alerta.

—Vaya, chica. Que no se te escape ese hombre. Debe de quererte mucho.

—Sí, así es. Soy muy afortunada.

—¿Afortunada? Te ha tocado la lotería.

Sonrío, pero esas palabras me encogen un poco el pecho. Sí, sin duda me ha tocado la lotería con Beckett. Es todo lo que podría desear.

Salgo, ansiosa por llegar a casa. Nuestro apartamento no está lejos del campus, y mientras camino por las calles de mi preciosa nueva ciudad, la brisa marina me abraza y me recuerda lo lejos que hemos llegado. El piso que comparto con Beckett tiene unas vistas que parecen casi irreales, como sacadas de un sueño. Hemos construido una vida increíble juntos y sé que debería sentirme completa.

Pero ese hueco, la ausencia de Will, siempre está ahí.

Cuando entro por la puerta, Beckett ya me espera. Está apoyado en la encimera de la cocina, sonríe en cuanto me ve. Su felicidad es contagiosa. Hoy desprende una energía desenfrenada, y antes de darme tiempo a saludarlo, se acerca y me abraza.

—Estás preciosa —murmura contra mi cuello.

Me río, pero, a juzgar por la forma en que me mira, sé lo que viene a continuación.

—Acabo de llegar a casa. ¿Podrías al menos saludarme como es debido antes de…?

Sus labios chocan contra los míos para callarme. El beso es profundo y hambriento, cualquier intención de ir despacio se desvanece al instante. Pero la verdad es que no quiero ir despacio. Me encanta que este hombre nunca se canse de mí. Me encanta que esté tan desesperado por mí que ni siquiera puede pensar con claridad. No soy capaz de esperar. No me molesto en saludarlo.

Es la forma en la que siempre he querido que me desearan.

—Te he echado de menos hoy —confiesa mientras empieza a desabrocharme el botón de los vaqueros.

—Beck —jadeo cuando desliza los dedos bajo mi ropa interior.

Me apoya contra la encimera de la cocina y luego se pone de rodillas. Deposita un reguero de besos por mi estómago hasta que no puedo concentrarme en nada, excepto en el calor que se acumula entre mis muslos.

—Me he pasado el día pensando en ti. —Su voz se vuelve ronca por la lujuria—. No podía concentrarme en nada.

—Ah, ¿sí? —susurro—. ¿Y en qué pensabas?

—En quitarte la ropa. —Tira de los vaqueros y me los baja con un movimiento rápido—. En saborearte. En follarte hasta que grites mi nombre.

Me roza la parte interna del muslo con los labios al tiempo que me lanza una mirada hambrienta.

—Abre las piernas para mí. Muéstrame lo mojada que estás.

Me recuesto en la encimera. Empiezo a respirar de forma entrecortada cuando obedezco y me abro para él. Y, de repente, está ahí: posa la boca en mi coño y me provoca con la lengua hasta que no puedo contener el gemido que se me escapa de la garganta.

Enredo los dedos en su pelo.

—No pares.

Me rodea el clítoris con la lengua y me provoca hasta que me tiemblan las piernas. Apenas puedo pensar ni respirar, y lo único que oigo es el sonido de succión que hace con la boca y sus roncos y sucios halagos.

—Eres tan perfecta, Charlie —murmura mientras me mira con los labios brillantes—. Estás tan mojada para mí. Dime cuánto lo deseas.

—Te deseo. Te necesito dentro de mí.

Sonríe de forma maliciosa cuando se pone de pie y me agarra con sus fuertes manos para subirme a la encimera. Antes de que me dé tiempo a recuperar el aliento, me llena por completo, y la sorpresa me hace gritar. Me agarra los muslos para acercarme más a él y me embiste hasta el fondo con urgencia.

—Me encanta sentirte tan apretada —gime—.Estás hecha para mí, ¿verdad? Hecha para que te folle así.

—Sí —jadeo.

Gruñe por lo bajo mientras me embiste una y otra vez, hasta que estoy a punto de perder el control.

—Quiero que te corras para mí. Córrete en mi polla, nena. Quiero sentirlo.

Su orden me lleva al límite y el orgasmo me recorre por completo. Beckett me sigue de inmediato y gime mi nombre mientras se estremece contra mí. Ambos temblamos durante un buen rato, de forma que el mundo se desvanece a nuestro alrededor y solo quedamos nosotros.

Su pecho esculpido sube y baja al respirar con pesadez.

—Lo siento. No podía esperar —confiesa con una sonrisa de niño travieso.

Se me escapa una risa ahogada.

—Sí, me he dado cuenta.

Permanecemos unos instantes así, abrazados, envueltos en el sonido del océano que entra por la ventana. Lo miro con el corazón henchido, pero ese dolor sigue ahí, enterrado en lo más profundo.

—Hoy he pensado mucho en Will —admito mientras le acaricio el pecho con los dedos.

Beckett asiente con una sonrisa vacilante. Se aparta de mí y vuelve a subirse los pantalones de chándal.

—Sí. Yo también. Mañana son las elecciones.

Asiento con la cabeza. Will ha estado trabajando sin parar en la campaña. Nos escribe para informarnos de todo y, aunque me emociono por él, también desearía que estuviera aquí con nosotros. Que formara parte de esta vida que estamos construyendo.

—¿Crees que su candidata ganará? —pregunto mientras recojo la ropa esparcida por el suelo.

—Eso espero. Se ha esforzado muchísimo para conseguirlo. Se lo merece.

Por un momento, ambos nos quedamos en silencio, perdidos en nuestros pensamientos.

Finalmente, Beckett me mira con ternura.

—Lo echas mucho de menos.

Trago saliva para deshacerme del nudo que se me ha formado en la garganta.

—Sí, mucho.

Se acerca y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja con suavidad.

—Yo también. Pero… tenemos esto, buñuelito. Y nos va bien. Muy bien.

No, lo que tenemos va mucho mejor que bien. Pero siempre habrá una parte de mí que echará de menos a Will.

—Y si cambia de opinión otra vez y no viene… ¿nos seguirá yendo bien a los dos solos? —pregunta Beckett de pronto.

—¿Por qué no?

—Si Will no viene… ¿soy suficiente para ti?

Me quedo boquiabierta.

—Dios mío. Claro que sí.

Me observa con atención, con una vulnerabilidad en su mirada nada habitual en él.

—¿Estás segura?

—Al cien por cien. —Ambos percibimos la convicción con la que hablo. Porque lo digo en serio—. Quiero a Will, pero mi amor por él es independiente de mi amor por ti. Eres más que suficiente, Beck. Me proteges, me cuidas, contigo me siento segura y me follas cuando te lo pido…

Beckett suelta una risita.

—¿Cómo no iba a estar satisfecha con todo eso? ¿Contigo? —Le acaricio la cara y rozo la barba incipiente de su mandíbula—. Te quiero. Hoy y siempre.

Esboza una sonrisa.

—Yo también te quiero. Y tengo el presentimiento de que… lo volveremos a ver. Puede que antes de lo que pensamos.

Asiento. Apoyo la cabeza en su hombro y, por un momento, me permito creerlo.

CAPÍTULO 57

WILL



Una oferta tentadora

La sala está repleta de electricidad y energía a medida que van llegando los resultados. Prácticamente puedo sentir la tensión en el aire, pero de la buena. La que surge cuando algo importante está a punto de suceder. Miro las pantallas colgadas en las paredes. Harper va ganando.

Luego miro a Tessa, que me ha acompañado en esta montaña rusa desde el primer día. Está tecleando en su teléfono; seguramente, redactando el titular de mañana. Le ofrezco una sonrisa rápida y ella me la devuelve, con los ojos brillantes de incredulidad y emoción.

Una emoción que yo también debería sentir. Nuestra candidata está a punto de ganar. Debería estar entusiasmado, como todos los demás. Pero no es así.

En todo caso, siento indiferencia.

—Parece que vamos a conseguirlo —afirmo casi con entonación de pregunta, porque, aunque los números son claros, todavía no parece del todo real.

Han sido seis meses duros, asquerosos y brutales, en octubre, una sorpresa casi la dejó fuera de juego: tres empleados masculinos la acusaron de acoso sexual. No tardamos nada en desacreditarlos. Al parecer, la competencia los había sobornado. Pero esos pocos días

de mala prensa la destrozaron en las encuestas. Sinceramente, no estaba seguro de si podría recuperarse.

—Eso parece —confirma Tessa con una amplia sonrisa—. Creo que va a ganar.

Toda la sala está pendiente de la pantalla, aunque las cifras no varían. Vuelve esa sensación eléctrica. Todos contienen la respiración esperando la confirmación oficial. Y entonces sucede. El presentador de las noticias anuncia el resultado. La sala estalla en vítores, la gente se levanta de sus asientos y se abraza. Algunos miembros del personal incluso lloran. Nuestra candidata acaba de ser elegida.

Aplaudo junto con el resto del equipo, pero la sensación de apatía no desaparece. De hecho, se transforma en una punzada de disgusto cuando me inundan los recuerdos de cuánto me costó llegar a este punto. Las falsas promesas que le oí a Harper. Las contradicciones que soltaba Pamela Kerry por la boca.

Sabía que la política estaba corrompida, pero pensaba que, al menos, los buenos eran más transparentes que la mayoría.

Me equivocaba.

Tessa, que sonríe como si acabara de ganar la lotería, me da un ligero puñetazo en el brazo.

—Buen discurso —la felicito mientras señalo la televisión con la cabeza.

Harper Wozniak se ha puesto delante de un atril para dar las gracias a sus votantes. El discurso que Tessa ha redactado es refinado, pero real, justo lo que uno esperaría que dijera una funcionaria recién elegida. ¡Qué pena que nada de lo que diga sea cierto!

—¿De verdad? —me pregunta Tessa.

Asiento con la cabeza.

—Eres una escritora buenísima, Tess.

Su sonrisa se desvanece un poco y, por un instante, el aire que nos envuelve cambia. Es algo tácito. Se acerca más, de modo que la distancia entre nosotros se reduce.

—Eres realmente especial, ¿lo sabías? —dice—. Presentía que se te daría bien, pero verte en acción los últimos meses… ha sido

impresionante. Cómo te entregaste para solucionar el rollo del acoso sexual e investigaste a fondo. Fue brillante, Will.

Se produce una pausa… y siento el destello de tensión sexual. Ya lo había notado antes, latente bajo la superficie cuando trabajábamos hasta altas horas de la noche en la sede de la campaña o íbamos a tomar algo después de un largo día. Tessa es guapa, inteligente y decidida. Si le diera permiso, estaría dispuesta. Sería fácil.

Pero…

Los rostros de Charlie y Beckett me vienen a la mente. Hace seis meses que no los veo. Los echo de menos. Los echo muchísimo de menos a los dos, y la idea de estar con otra persona me parece inapropiada. Como si traicionara lo que tenemos, aunque no le hayamos puesto etiquetas a nada. Son mi familia. Mi hogar.

Tessa me mira como si esperara una respuesta. Me aclaro la garganta y retrocedo un paso para romper la tensión, antes de que vaya más allá.

—Tú también lo has hecho bien, Tess —afirmo con voz firme y amigable, sin segundas intenciones.

Parece que capta la idea y asiente. Su sonrisa se vuelve más profesional.

—Gracias, Will.

La directora de campaña y mi jefa, Pamela Kerry, se acerca a nosotros y me aprieta el brazo.

—Will. Tessa. ¡Habéis hecho un trabajo magnífico, chicos! Sabía que teníamos una oportunidad, pero no creía que lo conseguiríamos con tanta contundencia.

Esbozo una sonrisa educada y respondo con las trivialidades que espera oír.

—Gracias, Pam. Sin duda, ha sido un trabajo en equipo.

Pamela asiente con expresión seria.

—Oye, de hecho, quería hablar contigo mañana, ganáramos o perdiéramos. Pero si te interesa, me encantaría contratarte a tiempo completo para trabajar en mi próxima campaña. ¿Qué dices? Ven mañana y lo hablamos con calma.

—Me parece bien —digo, pero con un tono evasivo—. Mañana lo hablamos.

Se va con otro miembro del personal y me deja con mis pensamientos. Miro a Tessa de nuevo. Ya vuelve a estar inmersa en su teléfono, seguramente preparando otro discurso para mañana.

La celebración sigue en pleno apogeo a mi alrededor. La gente vitorea y bebe champán disfrutando de la victoria. Pero yo soy incapaz de unirme a ellos. No dejo de revivir cada momento de los últimos seis meses e intentar reconciliar mis sentimientos con todo esto.

Cuando salgo a tomar el aire, me vibra el teléfono en el bolsillo. Lo saco y veo el nombre de mi padre en la pantalla. Genial. Justo lo que necesito ahora mismo.

Respondo y me preparo para lo inevitable.

—Hola, papá.

Ni siquiera me dedica un mísero saludo.

—¿Sabes qué demonios has hecho? —pregunta, furioso. Parece una olla a punto de explotar—. ¿Tienes idea de lo que esto significa? Has ayudado a que una de mis mayores oponentes salga elegida, William. ¿Sabes qué pensará la gente?

—Me da igual lo que piense la gente —respondo con un suspiro cansado—. No todo gira en torno a ti y a tu preciosa imagen.

—Ahí es donde te equivocas, hijo. ¡Todo gira en torno a mí! He dedicado toda mi vida a construir este legado y tú acabas de tirarlo por la borda por… ¿por qué? ¿Una candidata efímera que no tiene ni la más remota posibilidad de sobrevivir en este mundo?

Aprieto el teléfono con más fuerza.

—No lo entiendes, ¿verdad? Esta es mi vida, no la tuya. Tomo mis propias decisiones, y si eso significa apoyar a alguien que no te gusta, pues que así sea.

—¿Crees que puedes renunciar a tu apellido tan fácilmente? ¿A las expectativas? —Su tono cambia y adquiere ese tono condescendiente que siempre me ha sacado de quicio—. Estás cometiendo un grave error.

—Entonces, será mi error. Y quizá vaya siendo hora de que te des cuenta de que no soy una extensión de ti, papá. Soy el dueño de mi

vida, y la viviré como me dé la gana.

El silencio se instala entre nosotros un instante antes de que vuelva a estallar.

—Vas a arruinar todo por lo que he trabajado…

—Adiós, papá.

Cuelgo antes de darle tiempo a decir nada más. Respiro hondo y me obligo a calmarme. No quería entrar al trapo, pero ya estoy harto de su manía de controlarme. Estoy harto de sentirme atrapado en la sombra de sus expectativas y de sus ambiciones.

Pero junto con la habitual ira siento una punzada de…

Maldita sea, creo que podría ser compasión.

Creía que trabajar para un «buen político» no solo daría sentido a la vida, sino que demostraría que se puede sobrevivir en este mundo sin ser un capullo narcisista. Que mi padre es un imbécil y que hay funcionarios públicos que de verdad quieren convertir el mundo en un lugar mejor.

No los hay. O, mejor dicho, puede que los haya, pero no conseguirán una mierda. El sistema está demasiado corrompido y es casi imposible desmantelarlo, ni siquiera desde dentro.

Además, el sistema también corrompe. He pasado seis meses viendo cómo una mujer cedía, se comprometía y llegaba a acuerdos que socavaban sus sueños políticos y su moral. Y sí, eso la llevó a ser elegida, pero, ahora, Harper está en deuda y sujeta a tantos programas diferentes que no sé cómo conseguirá implementar el suyo.

Quizá ese mismo sistema fue el que corrompió a mi padre. Quizá cuando Kelsey lo conoció años y años atrás, aún conservaba algo de humanidad. Quizá este trabajo te roba hasta el último ápice de ti mismo, y te conviertes en alguien como mi padre.

Y aquí estoy ahora, de pie, en una oficina de campaña, con gente que apenas conozco, enfrentándome a un futuro que no incluye a la mujer que amo ni a mi mejor amigo, que la quiere con la misma intensidad. Han estado construyendo una nueva vida juntos en Sídney mientras yo luchaba por demostrar algo. Ya no sé si a mí mismo, a mi padre, o a quién.

Lo único en lo que puedo pensar ahora es en la promesa que hice a Charlie y Beckett, y sé que tengo que averiguar qué es lo que realmente quiero.

Antes de que sea demasiado tarde.

CAPÍTULO 58

CHARLOTTE



¿Esto es real?

—Espera… Entonces, al salvar al perro, ¿ahora está en otra línea temporal completamente diferente, pero los personajes de la nueva línea temporal siguen sabiendo quién es?

—Exacto.

—¿Nadie de esa franquicia conoce el principio de causalidad? ¿El efecto mariposa? Si cambias una cosa, cambia todo. Es la regla básica de los viajes en el tiempo.

Beckett se ríe entre dientes mirándome de reojo.

—Nena, deja de hablar de la causalidad. Es imposible concentrarse con la polla dura.

Me parto de risa. Es domingo por la noche, estamos tumbados en el sofá viendo una película nefasta sobre viajes en el tiempo. Al parecer, el protagonista acaba de viajar accidentalmente a 1985 otra vez y, no sé cómo, ha cambiado el curso de la historia al salvar a un perro.

Beckett estira el brazo y agarra un puñado de palomitas del bol que está sobre la mesa sin dejar de sonreír.

—Admito que esta podría ser la peor película que he visto sobre viajes en el tiempo. Y eso ya es decir, porque he visto muchísimas.

—¿Y la que vimos la semana pasada, la del tío que solo pudo retroceder dos minutos y, aun así, consiguió detener una guerra

nuclear?

—Ah, cierto. Esa sí que era especial.

Reanudo la película y avanzamos otros tres minutos antes de pausarla de nuevo.

—¡Beck! —refunfuño.

El protagonista ha reaparecido porque sí, en el mismo restaurante, en la misma silla exactamente, por tercera vez.

—¿Qué? —pregunta mientras se lleva otro puñado de palomitas a la boca.

—¿Se supone que tengo que quedarme aquí sentada y fingir que la dilatación del tiempo no existe? Porque si es posible viajar en el tiempo…

—Perdona, ¿has dicho «si» condicional?

—Tendrías que enfrentarte a la dilatación del tiempo y a los efectos relativistas. Si te mueves a través del tiempo, también te mueves a través del espacio, ¿no? Y la Tierra gira y orbita alrededor del Sol, que a su vez orbita alrededor de la galaxia. Es imposible aterrizar en el mismo lugar cada vez que viajes en el tiempo. Podrías terminar en medio del espacio.

—Tienes razón. Es una pena que esta película de bajo presupuesto no abordara todo eso.

—¿Y qué hay de la resolución de la paradoja? —pregunto como si Beck no hubiera hablado—. Debería haber al menos un bucle temporal catastrófico o, no sé, una explosión del universo.

—¡Buñuelito! Te lo digo con todo el cariño del mundo, ¡no puedo creer que viva con una empollona sabelotodo!

—Gracias.

—No era un cumplido.

—¡Dijiste que lo decías con cariño!

—Era mentira, joder.

De repente, alguien llama a la puerta.

Durante un segundo, nos quedamos paralizados y nos miramos el uno al otro.

—¿Esperabas a alguien? —pregunto.

Beck niega con la cabeza.

—No. Y nadie ha llamado abajo.

—Tal vez sea un asesino.

—¿Por qué dices eso con tono esperanzador? —Tras soltar una carcajada, Beckett se levanta y se cruje los nudillos—. Iré a abrir solo. Ya sabes, por si es un asesino. De este modo, al menos tendrás la oportunidad de escapar. Me sacrificaré de forma heroica.

—Qué noble por tu parte.

—Para eso estoy. —Me guiña un ojo y va hacia el pasillo.

Escucho sus pasos. Oigo que abre la puerta. Y luego… nada.

Supongo que ha echado a quien fuera y ahora intenta asustarme, pero el silencio se prolonga lo suficiente como para que la preocupación se instale en mis entrañas.

—¿Beck? ¿Quién es? —grito desde el sofá.

No responde. Sin embargo, unos segundos después vuelvo a oír pasos.

Se me entrecorta la respiración cuando Will entra en el salón.

Me levanto tan rápido del sofá que casi me tropiezo con la manta. Está aquí. Está aquí de verdad.

Sin pensarlo dos veces, corro por la habitación y lo abrazo al tiempo que hundo la cara en su camiseta. Ese familiar aroma especiado me llena la nariz y lo inhalo con desesperación. Echaba muchísimo de menos su olor.

—Dios mío —exclamo—. ¿Esto es real? ¿De verdad estás aquí? ¿Has venido para quedarte?

Me rodea con los brazos y siento el latido de su corazón contra mi mejilla.

—Sí. Estoy aquí y he venido para quedarme.

Detrás de mí, oigo que Beckett ríe entre dientes.

—Ya era hora, colega.

La voz de Will se endurece por el remordimiento.

—Lo sé. Siento haber tardado tanto. Tenía que resolver algunas cosas.

No quiero soltarlo, pero lo hago para poder mirarle a los ojos.

—¿Qué cosas?

Beckett interviene mientras le da una palmadita en el hombro.

—Te traeré una cerveza. Me parece que te vendrá bien.

Pero conozco a Beck lo suficiente como para saber que nos está dando un minuto a solas. Desaparece en la cocina y Will y yo nos quedamos en medio del salón.

—Te he echado muchísimo de menos —susurro agarrándole la mano. Un torbellino de emociones me recorre el cuerpo.

—Yo también —responde con voz áspera. Se aclara la garganta antes de continuar—. Te quiero. Y no puedo vivir sin ti. Cada día lejos de ti, lejos de los dos, era una tortura.

—¿Y la campaña? ¿El trabajo? ¿No te ha gustado?

—Lo odiaba —admite—. Washington es el lugar más cínico y corrupto en el que he estado. Aunque no me arrepiento de haber aceptado el trabajo. Necesitaba experimentarlo, entender por qué no sirvo para eso. Pero, aunque me hubiera encantado, no me habría quedado. No puedo estar lejos de ti. Te necesito, Charlie. Te necesito como el aire.

Se me llenan los ojos de lágrimas y no intento contenerlas siquiera.

—Te he echado de menos todos y cada uno de los días. —Odio lo vulnerable que parezco, pero es la verdad—. Creía que ya no querías saber nada de mí. De nosotros.

—En absoluto. —Niega con la cabeza mientras me seca con el pulgar una lágrima que se me ha escapado—. Solo necesitaba averiguar cómo estar contigo. Cómo asimilar lo que tenemos.

Antes de que me dé tiempo a responder, Beckett regresa con una cerveza en la mano. Pero no hay tensión ni incomodidad. Solo… nosotros.

Will se gira hacia él con expresión seria.

—Siento haber tardado tanto en venir. Os he echado de menos.

Los ojos grises de Beckett se suavizan. Luego esboza una sonrisa burlona y le tiende la botella a Will.

—En fin, por suerte para ti, nosotros también te hemos echado muchísimo de menos. Venga. Ven a sentarte.

Will echa un vistazo a la televisión y una sonrisa lenta se extiende por su cara de niño bueno.

—Vale, ¿qué película es?

EPÍLOGO

CHARLOTTE



Me gustaría hacer mamadas con tranquilidad

El sol se pone sobre la playa y proyecta un cálido resplandor dorado mientras Beckett y yo, uno al lado del otro, observamos a Helix, nuestro cachorro labrador increíblemente enérgico, que no para de corretear por la arena. Apenas puede seguir el ritmo al palo que persigue con sus desgarbadas patas, pero es un cachorrito decidido. También es muy listo, y ya entiende las órdenes como si llevara años oyéndolas. Por supuesto, los chicos creen que es porque son entrenadores caninos natos. Pero, obviamente, es por mí.

Beckett silba con fuerza y Helix trota hacia nosotros esparciendo arena por todas partes con sus enormes patas.

Detrás de nosotros, Will se ríe. Está tumbado sobre una toalla, aunque todavía con el pantalón del traje que se puso para una reunión virtual. Trabaja para una ONG tan dedicada a impulsar cambios a escala global que se reúne hasta tardísimo e incluso los fines de semana. Prácticamente hemos tenido que sacarlo a rastras de casa para dar un paseo.

Ahora vivimos en una casa de tres habitaciones cerca del mar, porque compartir una oficina para tres en el piso era un infierno y una tortura. Ellos comparten despacho y yo tengo el mío propio. Aunque el mes que viene se convertirá en la habitación de invitados, porque vienen mi hermana y su novia.

Estoy emocionada. No he visto a Ava ni al resto de mi familia desde que los chicos y yo volvimos a casa por Navidad. De hecho, celebramos tres Navidades, pasamos unos días en cada casa, incluso en la finca de Will, en Connecticut, donde su padre nos informó de que había organizado dos grupos de debate para evaluar la reacción de sus votantes ante la relación poco convencional de su hijo. El consenso fue muy dispar. Todos fingimos que nos importaba, luego fui a dar un paseo con la madrastra de Will, a quien adoro.

Pero este año no celebraremos la Navidad con ellos, porque voy a pasar dos semanas en Seúl con los chicos. Tengo muchas ganas de ir. Pasé gran parte de mi infancia resistiéndome a saber nada de la cultura coreana, porque pensaba que me hacía demasiado diferente, pero ahora sé que ser diferente no tiene nada de malo. La diferencia está bien. Me muero por aprender cosas del país donde nací y que mis chicos vean de dónde vengo.

Tumbado en una toalla, Will observa a Helix divertido, negando con la cabeza.

—¿Por qué nos ha tocado el perro más descoordinado del planeta?

—Está en la etapa de adolescente desgarbado, Larsen —responde Beckett—. Ya mejorará.

—Al menos es persistente, eso sí. Pero correr se le da de pena, joder.

—Deja de insultar a mi hijo o lo entrenaré para que se mee en tu pierna cada vez que Charlie te haga una mamada.

—¡Oye! —protesto—. No me metas en esto. Me gustaría hacer mamadas con tranquilidad, muchas gracias.

Justo cuando lo digo, una pareja de ancianos aparece a la vuelta de la esquina y me oye pronunciar la palabra «mamadas».

El marido entrecierra los ojos, pero la mujer parece intrigada y me guiña el ojo al pasar por nuestro lado. No se me escapa cómo mira a mis novios. No puedo culparla. Estoy saliendo con los dos chicos más *sexys* de Australia, y eso es mucho decir, porque este lugar está plagado de dioses nórdicos.

La vida es rara, en el mejor sentido de la palabra. Aquí estamos, en Sídney, más de un año y medio después de que Will volviera con

nosotros. Por fin tenemos la vida que deseábamos, la que tanto nos ha costado comprender. Las olas rompen con suavidad a lo lejos, la brisa me refresca la piel y la calidez constante de Beckett y Will llena los huecos que antes parecían vacíos.

Me uno a Will en la toalla y me recuesto contra su pecho. Beckett nos mira durante un momento y, a continuación, se acerca y se sienta junto a nosotros en la arena. Helix se olvida por fin del palo y trota hacia nosotros hasta que se desploma dramáticamente junto a Beckett, quien le rasca detrás de las orejas. De inmediato, el cachorro se da la vuelta para que le rasquemos la panza. Beckett lo mima un minuto antes de echarse hacia atrás y apoyarse en los codos.

Mira al cielo, donde empiezan a aparecer las primeras estrellas.

—Creo que nunca había sido tan feliz —admite mientras nos mira de reojo—. Esto, estar aquí con vosotros… es mi hogar.

—Sí —digo con una sonrisa mirándolos—. Es el hogar.

Beckett se inclina y me da un beso en la sien. Will me acerca más a él y me rodea los hombros con el brazo. Por primera vez en la vida, todo encaja. Yo encajo.

Los tres estamos exactamente donde debemos estar.

Juntos.

ANUNCIO DE PUBLICACIÓN

Se ha establecido un acuerdo importante para la primera novela de fanficción de la autora de superventas.

Nos complace anunciar que Lourdes Lo Curto, una escritora muy querida en la comunidad virtual de fanficción, ha firmado un acuerdo importante para publicar con Phoenix House Publishing su novela, previamente autoeditada, La virgen y la espada. El acuerdo, gestionado por Melanie McGerrity, de McGerrity & Vale Literary, ha surgido tras el aumento meteórico de la popularidad de Lo Curto, quien ha cautivado a millones de lectores en todo el mundo con su narrativa emotiva y sus inolvidables personajes.

La virgen y la espada es una reinterpretación transformadora de la vida de la reina Isabel I y su apasionado y tumultuoso romance con el famoso conquistador Alejandro Magno. La historia explora temas como el amor, el deber, el poder, la feminidad, la masculinidad y la guerra, además, combina romance y aventura de una manera que ya ha generado gran entusiasmo entre los fans y los profesionales del sector.

«Lo Curto posee un don innegable para la narración, y estamos encantados de acercar su increíble universo a un público más amplio», declaró Vivian Holstead-Contreras, de Phoenix House. «La virgen y la espada está destinada a ser un referente en el género del romance histórico».

La novela saldrá a la venta a principios del próximo año y se planea una gran campaña de marketing y una distribución global. Derechos cinematográficos: Heather Delano, IAA.

CAPÍTULO EXTRA

BLAKE



Octubre

Cuando mi madre estudiaba en esta universidad, su dormitorio daba a los majestuosos árboles del campus de Briar y a un idílico camino empedrado.

Por el contrario, la ventana de mi dormitorio da al aparcamiento que hay detrás de Burton House.

Esta noche, sin embargo, la horrible vista me permite presenciar el momento en que el llamativo deportivo rojo de Isaac Grant se detiene en el aparcamiento de abajo. ¡Vaya! El señor Estrella del Fútbol Americano llega cinco minutos antes.

Se ilumina el teléfono, que está en el escritorio.

Isaac: Estoy afuera, ángel. ¿Quieres que suba y te acompañe o te espero en la puerta?

¿Otra vez con lo de «ángel»? Reprimo un suspiro y escribo una respuesta rápida.

Yo: Espera en el coche. Bajo enseguida.

Está escribiendo de nuevo, pero lo ignoro y guardo el teléfono en el bolso. De camino a la puerta, echo un vistazo rápido al espejo, para asegurarme de que sigo teniendo buen aspecto. Isaac me dijo que iríamos al cine y luego a cenar por ahí, así que esta noche opté por ropa informal: unos vaqueros y una camiseta blanca debajo de una chaqueta de ante ajustada y unas botas militares negras.

Quiero estar guapa, pero sin pasarme. Todavía no sé qué pensar de este chico. Es un poco… exagerado. Prefiero un tío más tranquilo.

Isaac Grant no parece muy tranquilo.

Pero es extraordinariamente atractivo. Casi me desmayo cuando salgo de la residencia y lo veo ahí de pie.

El tío está buenísimo, con ese pelo rubio rojizo corto, la mandíbula perfecta y unos hombros anchos que me hacen perder la cabeza. También viste de forma informal, con unos pantalones oscuros y una camisa azul abotonada que se ajusta a su pecho grande y musculoso.

Me saluda con una gran sonrisa y se le marcan los hoyuelos, luego se saca la mano de detrás de la espalda y me da un ramito de rosas rojas como si estuviera en una comedia romántica.

—Hola, ángel. Son para ti.

—Eh. Gracias.

Acepto las flores y las huelo rápidamente; no me entretengo demasiado tiempo porque no quiero que piense que estoy impresionada. No me va a conquistar tan fácilmente. Un chico tiene que ganarse su hueco en mi vida. O al menos es lo que mi madre me ha enseñado.

—No sabía que fueras tan romántico —digo con una ceja arqueada.

—Ya, bueno, con la chica adecuada…

—Mmm. —Estoy segura de que hace lo mismo con todas.

—¿Vamos? —Me tiende la mano, pero no la acepto.

Isaac tiene algo que siempre me pone en guardia. No es necesariamente un aviso de peligro, pero no confío del todo en él. Me parece demasiado encantador, demasiado guapo y le gusto demasiado, si tenemos en cuenta que no sabe absolutamente nada de mí.

Deja caer el brazo a un lado y me guía hasta su coche, donde se comporta como un caballero y me abre la puerta.

—Gracias —repito. Me deslizo en el asiento del copiloto y me abrocho el cinturón de seguridad mientras Isaac se sienta al volante. Los asientos de cuero son bonitos, pero el coche es ostentoso. Me siento fuera de lugar. Me siento fuera de lugar con él.

Sospecho que él también lo siente, porque traga saliva con fuerza mientras arranca el motor. A medida que se aleja de la residencia, me mira de reojo una y otra vez, esperando que diga algo. Pero no sé qué decir. No suelo sentirme incómoda con la gente, pero Isaac me pone un poco nerviosa.

—Bueno —exclama para intentar llenar el silencio cuando salimos a toda velocidad del campus—, ¿qué tal te va el primer curso?

—Bien.

—¿Bien? ¿Eso es todo?

—Más o menos, sí. Clases, amigos, asuntos de la hermandad. No hay mucho más que contar.

—¿Has planeado algo importante para el año que viene?

—¿Para el año que viene? ¿Te refieres a enero o a mi segundo curso?

—No lo sé. Era una pregunta estúpida —gruñe con suavidad—. No soy un gran conversador.

Contengo una sonrisa. Sí, me imagino que no necesita hablar mucho cuando sale con alguien. Sus citas probablemente lo adulan, porque es la estrella del equipo de fútbol, y se pasan la noche mimando su ego, entre otras cosas.

Lo intenta de nuevo. Me pregunta dónde crecí y cómo son mis padres, pero los nervios me impiden concentrarme. Esto ha sido una idea pésima. No estoy cómoda con este chico. No siento ninguna chispa. Ni siquiera un cosquilleo en el estómago. Y se esfuerza

mucho por conectar conmigo, lo que me provoca una oleada de culpa.

Joder. Menos mal que vamos a ver una película. Eso significa que estaremos una hora y media en silencio, un respiro de este insoportable parloteo.

—Entonces, ¿te gusta el *hockey* por tu padre o también te gusta el fútbol americano?

—Prefiero el fútbol americano —admito, y me ofrece una sonrisa pícara.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que más te gusta?

—Su complicación. No me malinterpretes, el *hockey* requiere muchísima habilidad. Pero es un juego muy simple. Te apropias del disco y anotas. El fútbol americano tiene un montón de jugadas, reglas, sistemas de yardas… —Me quedo callada cuando la incomodidad vuelve a apoderarse de mí. Me lo ha preguntado, pero estoy parloteando de deportes, la conversación más aburrida para una primera cita.

Isaac suspira.

—¿Qué? —pregunto jugueteando con el ramo que tengo en el regazo.

—Casi consigo captar tu atención por un segundo. Pero te he vuelto a perder.

Frunzo el ceño.

—Estás, no sé, decidida a no conocerme. —Habla de forma monótona, como si estuviera afirmando un hecho.

—Eso no es verdad.

—Sí. —Desvía la mirada hacia el parabrisas y la clava al frente.

El sol ya se ha puesto, de modo que ha desaparecido bajo la línea del horizonte, y la carretera de dos carriles que lleva a la ciudad está envuelta en la oscuridad.

—En serio —murmura, y por fin me mira de nuevo. Su expresión no transmite ira, sino curiosidad—. ¿Qué haría falta para impresionarte?

Parpadeo.

—¿Cómo?

—¿Qué tengo que hacer para que me des una oportunidad de verdad? —De nuevo, no está enfadado, solo decidido.

Me recuesto en el asiento y apoyo las rosas en la rodilla.

—¿Sinceramente? Deja de esforzarte tanto.

Se queda boquiabierto.

—¿Qué?

—Deja de intentar impresionarme. De conquistarme. O lo que sea que hagas. Me dan ganas de largarme. Parece que… actúas.

—¿Crees que finjo que me gustas?

—Creo que quieres follar conmigo y piensas que me hago la dura… —suelto sin rodeos.

—¿Y no es eso lo que haces?

—No. —Espero que capte la sinceridad en la sílaba, porque digo la pura verdad—. ¿Quieres saber por qué acepté salir contigo? —Pongo los ojos en blanco y añado—: O sea, aparte de porque apareciste en Delta Pi para obligarme. Acepté porque tenía curiosidad por ver si te mostrarías tal cual eres. Si de verdad te interesaba salir conmigo o si era una muestra de egocentrismo por tu parte, una necesidad de que todas las chicas se enamoren de ti.

Isaac se remueve en su asiento, un poco avergonzado. Es la primera vez que veo que se le cae la máscara de seguridad.

—¿Y has decidido que es una muestra de egocentrismo?

Me encojo de hombros.

—Todavía no he decidido nada.

Se queda callado un momento. Por el rabillo del ojo, veo que endereza los hombros, como si se preparase para un duelo.

Entonces, para mi sorpresa, se gira hacia mí y dice:

—No voy a follarte.

No puedo contener la risa.

—No te lo proponía.

—Pues ni aunque me lo propusieras —responde con una sonrisa irónica—. Porque, al parecer, eso es lo que hace falta para conocernos. Que es lo que quiero.

La frustración me sube por la garganta.

—¿Por qué? Me viste una noche en una fiesta y, desde entonces, hemos tenido varios encontronazos. Yo estoy en primero, tú, en

tercero. ¿Por qué quieres conocerme siquiera?

Reduce la velocidad cuando nos acercamos a una curva en la oscura carretera.

—¿Puedo ser sincero?

—Por favor.

—Quería follarte.

Se me escapa otra carcajada.

—Lo sabía.

—Cuando te portaste como una zorra conmigo en la fiesta de la fraternidad, me puse muy cachondo. No he dejado de pensar en follarte desde entonces. —Su característica sonrisa regresa, arrogante y juguetona—. Pero cuantas más veces me rechazabas, menos me importaba el sexo. Creo que eres genial. Me gusta que no te impresione. Me gusta esforzarme para llamar tu atención. Me gusta que cuando me miras, aunque sea para fruncir el ceño o mandarme a la mierda, me veas de verdad. Que tus intenciones no sean acostarte con un deportista.

El corazón me da un vuelco ante su franqueza.

—Oh.

Desvía la mirada hacia adelante y el deportivo serpentea por la estrecha carretera rodeada de árboles y mal iluminada. Solo se oye el suave zumbido del motor.

Sin embargo, justo cuando empiezo a relajarme, escucho un ruido sordo y el coche traquetea.

—¡Oh, venga ya! —exclama Isaac con voz ronca.

—¿Qué pasa? —pregunto, alarmada.

—Hemos pinchado, joder. —Detiene el coche a un lado de la carretera, pone las luces de emergencia y suspira con fuerza.

—¡Mierda! —Yo también suelto un suspiro y miro la carretera completamente a oscuras—. ¿Sabes cambiar una rueda? Si no, puedo hacerlo yo…

—Sé cambiar una rueda —responde, divertido. Entonces, su mirada se vuelve ardiente—. Pero que tú sepas cambiarla me pone muchísimo.

—Mi padre me enseñó —confieso—. Mi abuelo y mi tío son mecánicos. También puedo cambiar el aceite… —Muevo las cejas de

forma tentadora.

—Maldita sea, Logan. No me pongas la polla dura cuando estoy a punto de cambiar una rueda.

Resoplo y me desabrocho el cinturón de seguridad.

—Venga, vamos a cambiarla.

Salimos del coche e Isaac se acerca con grandes zancadas a la rueda trasera derecha para analizar los daños.

—No tengo ni idea de qué la ha perforado —grita con el ceño fruncido mientras se incorpora y se pone derecho—. Pero está desinflada, sí.

Me acerco a él metiendo las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Pues nada. Adelante, ángel. Me quedaré aquí y disfrutaré del espectáculo.

Se ríe entre dientes y, a continuación, coge unas cuantas herramientas del maletero y las esparce por el suelo. Lo observo colocar el gato debajo del coche, pero lo mira fijamente con el ceño fruncido. Parece que el coche es demasiado bajo para meter el gato.

—¿Va todo bien? —bromeo—. ¿Llamo a una grúa?

—No —responde con demasiada tranquilidad—. Yo puedo.

Antes de que me dé tiempo a parpadear, se agacha, coloca ambas manos bajo el chasis del coche y lo levanta. En serio, levanta la parte trasera del coche. Se le tensan los músculos bajo la camisa mientras lo sube lo suficiente para deslizar el gato.

Me quedo boquiabierta.

—¿De verdad acabas de levantar el coche?

Me mira y me guiña un ojo.

—¿Qué? ¿Crees que este músculo es solo para presumir?

Sigo intentando procesar lo que acabo de ver.

—Me cago en la puta, Isaac.

Se ríe y se sacude las manos antes de empezar a aflojar las tuercas.

—¡Aleluya! ¿Por fin te he impresionado?

—No sé, puede que necesite ver cómo lo levantas otra vez para asegurarme.

—No. Eso solo fue un avance. Tienes que pagar para ver todo el espectáculo.

Pongo los ojos en blanco, pero soy incapaz de contener la sonrisa. Lo observo mientras saca la rueda pinchada y la reemplaza por la de repuesto. Es rápido, metódico, como si lo hubiera hecho cientos de veces. Sinceramente, es impresionante.

Aprieta las tuercas y, a continuación, baja el gato y lo recoge todo. De camino al maletero, me dedica una sonrisa traviesa.

Y, por primera vez en toda la noche, siento un cosquilleo en el estómago.

AGRADECIMIENTOS DE LA AUTORA



No importa cuántos libros escriba, cada historia tiene sus propios desafíos, ya sean maravillosos o desesperantes. (¿Quién iba a pensar que los personajes podían ser tan tercos? Ah, espera. Yo lo sabía). Aunque me ha encantado escribir la historia de amor de Charlie, Will y Beckett, también era consciente de que sería difícil desarrollar tres puntos de vista de tres personalidades tan diferentes. Pero me he divertido muchísimo al adentrarme en sus mentes para mostraros su romance poco convencional. Sé que algunos lectores tenían expectativas con respecto a cómo debía ser el viaje de Will y Beckett, pero mis historias surgen de forma instintiva y, en el momento en que los introduje en *El efecto Graham,* supe exactamente lo que necesitaban. ¡Espero que, después de haber leído *El Método de Charlie,* estéis de acuerdo en que lo que necesitaban era a Charlotte!

Como siempre, este libro no estaría en vuestras manos sin un equipo de personas increíblemente pacientes y con talento que merecen todos los elogios y, quizá, unas buenas vacaciones.

A mi editora, Christa Desir, que es mi familia y mi mayor animadora. Charlar sobre este libro ha sido ridículo y tronchante. Ah, y gracias por leer los dos finales alternativos que escribí y ayudarme a decidir cuál convenía a los personajes.

A todo el equipo de Bloom Books, por apoyar esta serie con tanto ahínco, con un agradecimiento especial a Madison, mi gurú del *marketing,* compañera de gira, asesora, prescriptora de libros y gerente de mi vida en general. Es increíble la cantidad de veces a la

semana que me escribes «Yo te ayudo». No sé si te has dado cuenta, pero es el lema de Will en este libro. Eres mi Will, aunque no de forma siniestra ni sexual.

A mi agente Celeste Fine y al resto del equipo de Park and Fine, por sumarse a esta aventura y entusiasmarse tanto con mis libros. Quisiera agradecer de manera especial a John, que leyó el libro en el último momento para ayudarme sin pestañear siquiera. Eres genial.

A Kimberly y Brower Literary, por poner este libro en manos de lectores internacionales y por dar vida al audiolibro.

A Eagle y Aquila Editing, por aparcar todo para corregir mis libros. No tengo ni idea de lo que he hecho para mereceros, pero no pienso quejarme.

Al equipo de Elle Kennedy: Natasha, Nicole, Lori, Ann-Marie, Erica, Lindsey y Shaye, de Good Girl PR. En serio, me moriría sin vosotras. No literalmente, pero casi.

Me gustaría mandar un agradecimiento muy especial a las lectoras de sensibilidad que compartieron conmigo su experiencia sobre la adopción y sus vivencias como mujeres coreano-estadounidenses. Vuestros comentarios fueron invaluables para ayudarme a contar estos aspectos de la historia con la sutileza y el respeto que merecen.

Y, por supuesto, a todos mis lectores: vosotros sois los auténticos MVP. Cada lectura nocturna, cada publicación entusiasta, cada momento de cariño por estos personajes, hace que todo esto valga la pena.

Con amor,

Elle

SOBRE LA AUTORA



Elle Kennedy es una de las voces más destacadas de la novela romántica. Tras graduarse en Letras Inglesas por la Universidad de York en 2005, decidió orientar su vida profesional a la escritura, y desde entonces ha ido consolidando una gran carrera literaria: una treintena de novelas que recorren la temática amorosa desde distintos géneros.

Es autora best seller del *New York Times*, el diario *USA Today* y el *Wall Street Journal*.

Sigue a Wonderbooks en www.wonderbooks.es en nuestras redes sociales y suscríbete a nuestra newsletter.

Acerca tu teléfono móvil a los códigos QR y empieza a disfrutar de información anticipada sobre nuestras novedades y contenidos y ofertas exclusivas.










Primera edición: noviembre de 2025
Título original: *The Charlie Method*

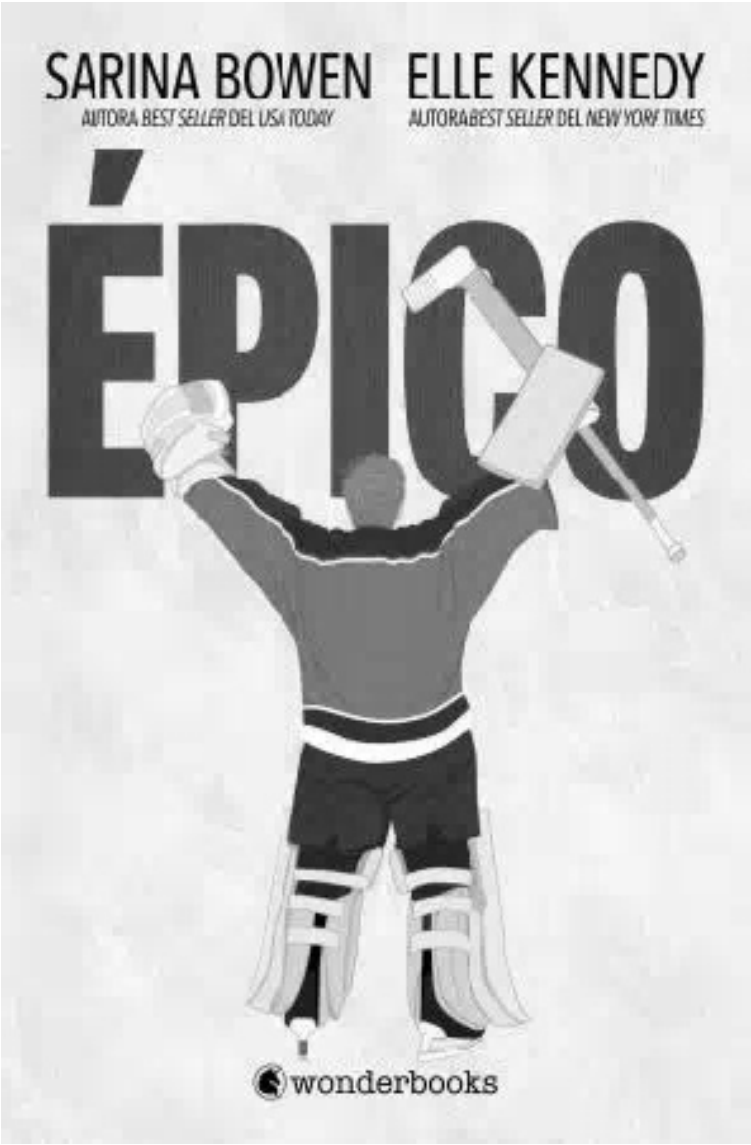
© Elle Kennedy, 2025
© de la traducción, Andrea Arroyo Valverde, 2025
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2025
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Se declara el derecho moral de Elle Kennedy a ser reconocida como la autora de esta obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Sourcebooks
Adaptación de cubierta: Taller de los Libros
Ilustración de cubierta: Monika Roe - Shannon Associates
Corrección: Sofía Tros de Ilarduya

Publicado por Wonderbooks
C/ Roger de Flor n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
www.wonderbooks.es

ISBN: 978-84-10425-54-5
THEMA: YFM
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



Épico

Kennedy, Elle
9788410425408
40

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Mi debilidad es... él

Jamie y Wes disfrutan de la vida en Toronto, donde Wes juega en la liga profesional y Jamie adora su trabajo como entrenador de porteros de *hockey* sobre hielo.

Pero todo cambia cuando llega una propuesta laboral inesperada que podría separar sus caminos…

***Épico* es una novela corta que retoma el universo de *Siempre él* y *Siempre nosotros* de las autoras superventas Elle Kennedy y Sarina Bowen.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Fuera de juego

Keelan, Avery
9788410425453
528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Y si fingir que estás enamorada… hace que te enamores de verdad?

¿Queréis la receta del peor cumpleaños de la historia?

Corazón roto, vestido arruinado… y vomitarle encima al chico más bueno (e insoportable) del campus: Chase Carter. Estrella del *hockey,* rompecorazones profesional y, para rematar, jugador del equipo rival.

¡Feliz cumple, Bailey!

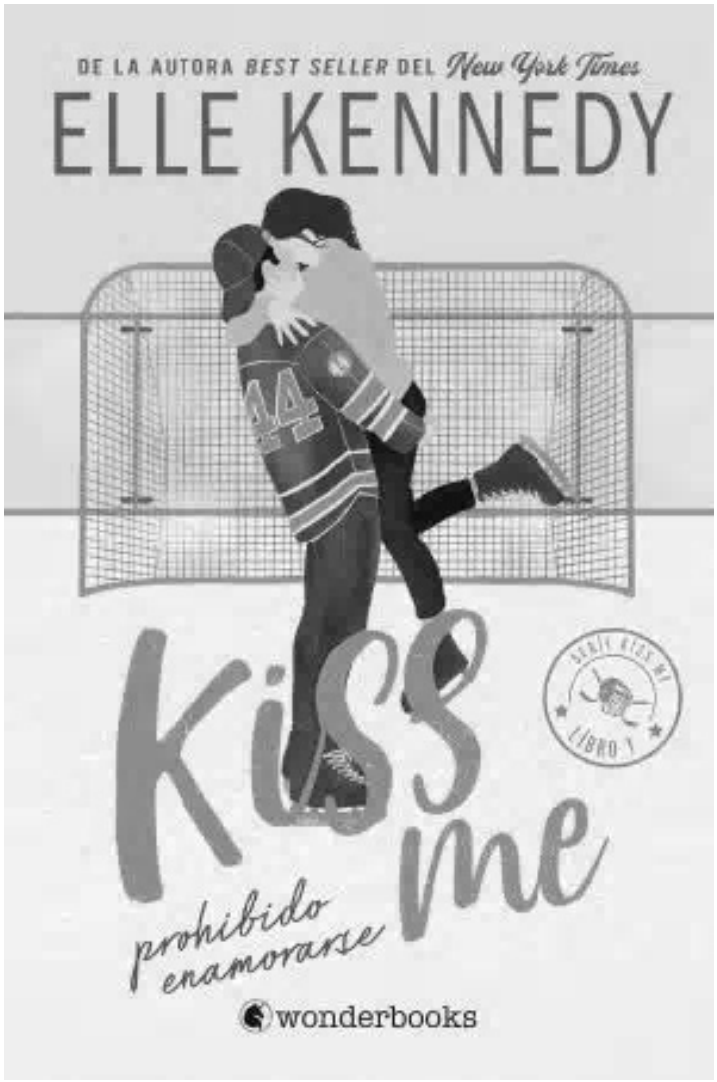
Chase podría haber pasado de ella. Pero no. La ayuda. Es amable. Demasiado amable. Y cuando Bailey le propone fingir un romance para darle celos a su ex (Luke, alias el Capullo), Chase acepta encantado. ¿Vengarse de su archienemigo con besos de mentira? ¿Dónde hay que firmar?

Solo que… los besos no parecen tan falsos. Y las miradas, tampoco.

Ahora Bailey no sabe qué es peor: que Luke quiera recuperarla… o que ella ya no quiera dejar de fingir.

Enamorarse del enemigo nunca estuvo en el plan…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Prohibido enamorarse

Kennedy, Elle
9788418509698
408

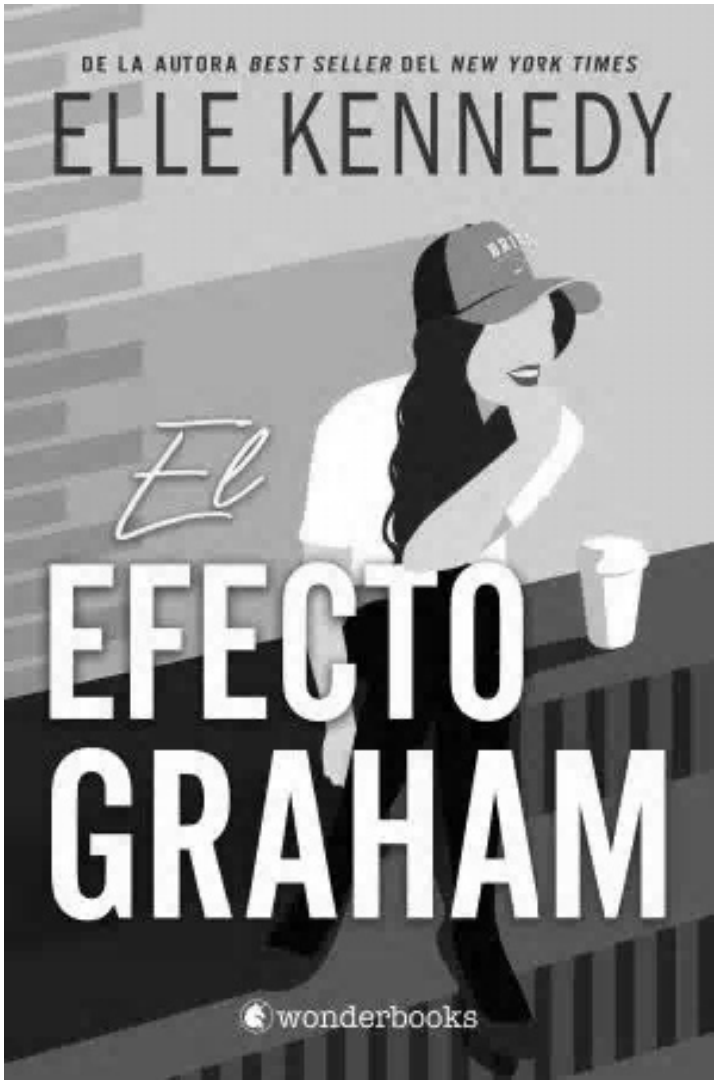
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hacer un trato con un chico malo nunca sentó tan bien

Hannah Wells ha encontrado por fin un chico que le gusta, pero se siente insegura en la seducción y el sexo. Si quiere conseguir que el chico que le interesa le preste atención, va a tener que salir de su zona de confort… Incluso si eso significa ser la tutora de Garrett Graham, el insoportable y arrogante capitán del equipo de hockey, a cambio de que finja salir con ella para así dejar de ser la chica invisible de la universidad.

Garrett, por su parte, sueña con ser jugador de *hockey* profesional, pero sus malas notas ponen en peligro su futuro. Ese es el único motivo por el que accede a ayudar a Hannah a poner celoso a otro. Pero cuando un beso inesperado conduce al sexo más salvaje de su vida, a Garrett le queda claro que no le basta con fingir. El problema ahora es que tiene que conseguir que Hannah se enamore de él.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El efecto Graham

Kennedy, Elle
9788418509933
504

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Es la chica de oro, pero acaba de hacer un trato con el chico malo

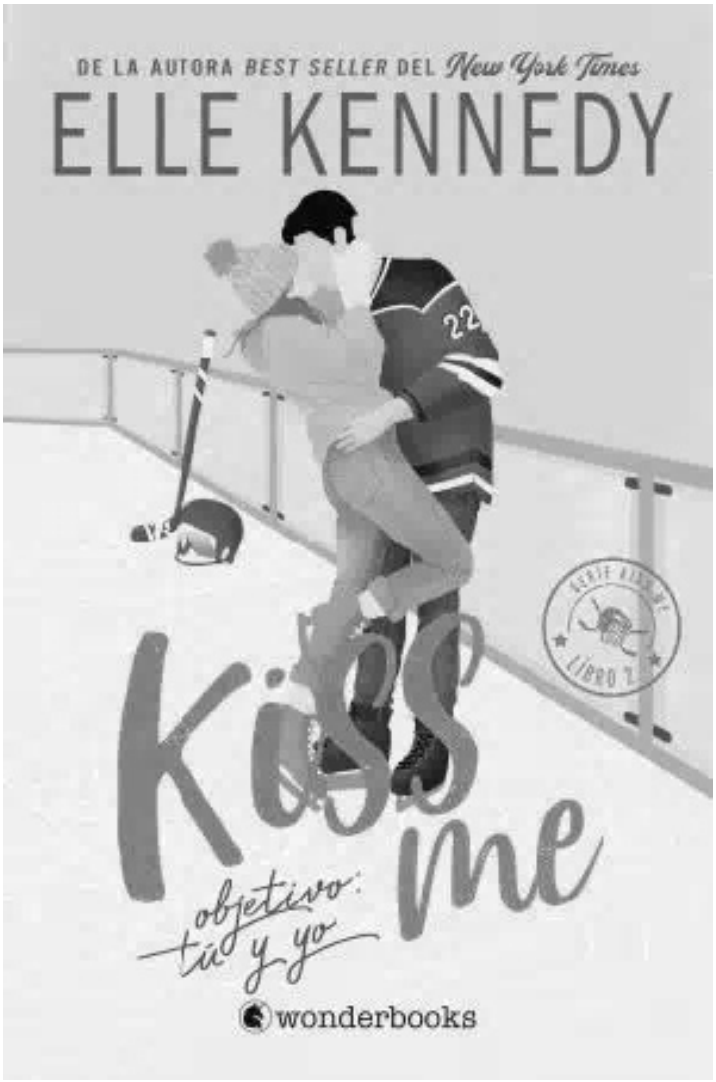
Gigi Graham tiene tres objetivos: entrar en el equipo nacional de *hockey* femenino, ganar el oro en las Olimpiadas y alejarse de la alargada sombra de su padre, Garrett Graham, uno de los mejores deportistas de todos los tiempos. Para ello, necesita ayuda, y el candidato perfecto es Luke Ryder, uno de los nuevos capitanes del equipo de *hockey* de la Universidad de Briar.

Luke es bastante antipático, testarudo e insoportablemente atractivo. Pero tal vez los dos puedan salir ganando: Gigi mejora su juego y, de paso, le habla bien de Luke a su padre, que está buscando un ayudante para un campamento de *hockey,* y claro, trabajar con Garrett Graham sería un sueño hecho realidad.

¿Qué podría arruinar este plan? La química que surge entre ellos. Es un juego peligroso, pero a veces vale la pena correr riesgos.

No te pierdas el primer libro de la adictiva serie *Campus Diaries, best seller* del *New York Times* de la autora superventas de *Kiss Me*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Objetivo: tú y yo

Kennedy, Elle
9788418509711
360

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un error inocente podría separarlos para siempre

John Logan es uno de los chicos más populares de la universidad. Es la estrella del equipo de *hockey* y puede conquistar a cualquier chica. Pero detrás de su sonrisa deslumbrante y de su actitud de chico seguro de sí mismo se esconde la tristeza por la vida que le espera después de la universidad: un callejón sin salida que lo alejará del deporte para siempre.

Un encuentro inesperado y *sexy* con Grace Ivers, una estudiante de primero, es la distracción perfecta para no pensar en el futuro, pero cuando un error banal hace saltar por los aires la relación que estaban construyendo, Logan decide que pasará el último año de universidad haciendo cualquier cosa para que Grace le dé una segunda oportunidad. Esta vez, sin embargo, las reglas las dictará ella… y no piensa ponérselo fácil.

Best seller del *New York Times,* no te pierdas la serie adictiva que ya ha enganchado a miles de lectores

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)